

2 2

1 3

1-1472

POESIAS

8 - 2
t - 3
N - 1472

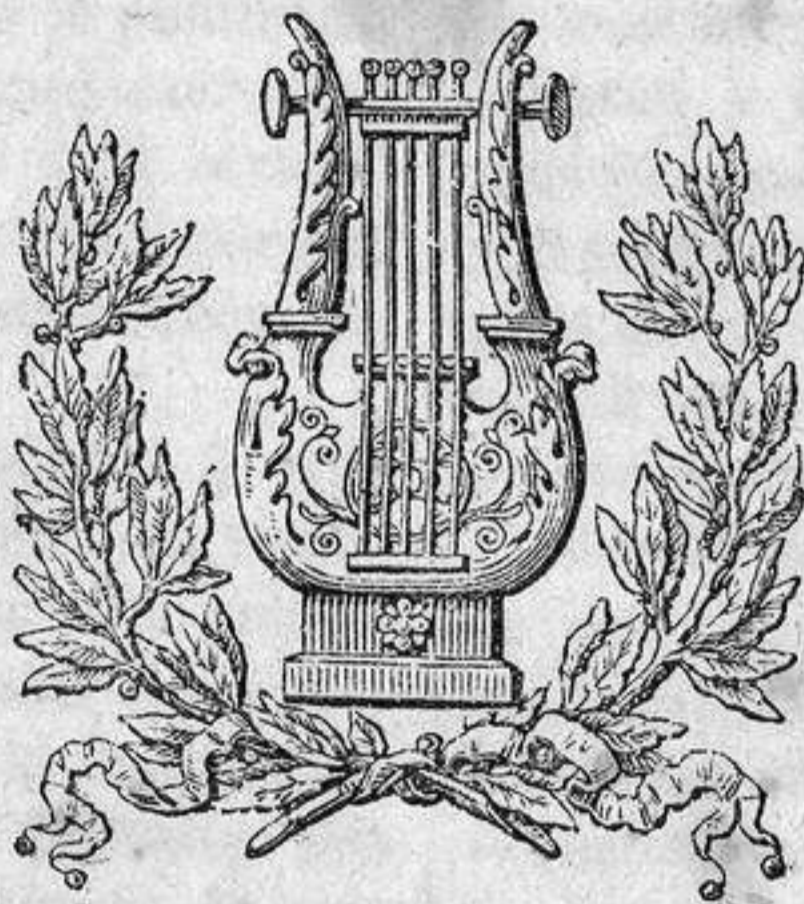
F. A. 147

DE

DON JUAN MELENDEZ VALDES,

EDICION. COMPLETA.

CON EL PRÓLOGO Y LA VIDA DEL AUTOR.



BARCELONA.

IMPRESA DE DON ANTONIO BERGNES, CALLE DE ESCUDELLERS, N.º 36.

1838.



BARCELONA

Impreso en los talleres de la imprenta de la Universidad de Barcelona, S. de 1911.

Prólogo del Autor.

Parece que la suerte se ha declarado siempre contra la edicion de estas mis poesías, queriéndome acaso apartar así de la tentacion de publicarlas. Detenida en prensa muchos meses la primera impresion por haberse el manuscrito extraviado, y apuradas á poco de su anuncio las dos que se hicieron en Valladolid á un mismo tiempo el año de 1797; tratándose ya de otra tercera, tuve que dejar la corte precipitadamente, y vivir retirado muchos años, sin que en ellos fuese posible emprender este trabajo tan agradable como útil; ni la prudencia y mi seguridad me impusiesen otra ley que la del silencio y el olvido, por si á su sombra lograba desarmar á la calumnia y el poder ensangrentado en mi daño.

Cuando cesó este estado, y yo y todos los buenos divisábamos la aurora de otro mas feliz para la nacion y las letras, en el reinado del señor Fernando VII, arrancándole de entre nosotros la mas negra perfidia, nos arrojó en el mar turbulento de una revolucion, toda sangre y horrores, en que se abismaban la patria, las fortunas, las vidas de sus hijos; y yo mismo, á pesar de mis principios y deseos, mi plan ignorado de vida y mis resoluciones, me ví arrastrado y envuelto entre sus olas en el punto de perecer en la borrasca. La necesidad imperiosa y el derecho sagrado de la conservacion me han detenido en ella hasta su fin; pero en todos sus trances, ya entre el horror y pe-

ligrosa calma que un victorioso ejército á todos imponia, ó corriendo las penas y zozobras de una emigracion de casi tres años, mi corazon y mis anhelos ni han sido, ni podrán ser otros que los del Español mas honrado, mas fiel y mas amante de su patria y sus reyes. En luces, instruccion y todo lo demás cederé sin dificultad el lugar á cualquiera; pero en estas virtudes jamás consentiré que otro se me anteponga, porque las he mamado con la leche, las consagró mi educacion, las he fortificado con mi reflexion y mis estudios, y hacen y harán constantes la parte mas preciosa de mi triste existencia, y el solo patrimonio que me resta despues de treinta y cinco años de servicios á mi nacion, y el zelo mas ardiente por su felicidad.

For fortuna en esta emigracion, en que jamás pensé que pisaria otro suelo que el español, á pesar de mis inmensas pérdidas, traje conmigo, sin saberlo, los borradores de las mas de las poesías con que va aumentada esta nueva edicion, y que el ocio y la necesidad de distraerme, y hacer así mas llevaderos mi suerte y mis quebrantos, me han hecho corregir, para darlas al público menos imperfectas que al principio lo estaban. Pero (dígoles con dolor) tan deshecha y horrible tempestad, despues de haberme aniquilado con el robo y la llama cuanto tenia, y la biblioteca mas escojida y varia que ví hasta ahora en ningun particular, en cuya for-

macion habia gastado gran parte de mi patrimonio y toda mi vida literaria; tambien acabó con las copias en limpio de mis mejores poesías en el jénero sublime y filosófico, un poema didáctico *El magistrado*, una traduccion muy adelantada de la Eneida, y otros trabajos en prosa sobre la lejislacion, la economía civil, las leyes criminales, cárceles, mendiguez y casas de misericordia, que trataba de imprimir, y me hubieran sido de mas honor, y al público de mas provecho, que los versos y encantos de esta coleccion. Los frutos de diez y mas años de aplicacion constante en mi retiro, de vijilias continuas, y la meditacion mas grave y detenida, todo desapareció, y ha perecido para siempre, sin la esperanza aun mas remota de poderlo ni descubrir ni recobrar. Mis libros, mis reflexiones y trabajos me han enseñado á llevar mis desgracias con un ánimo igual, sin abatirme ni desmayar en ellas, y si la lectura y el estudio no me pagasen hoy con este dulce premio, de nada ciertamente hubieran conducido á mi felicidad y mi aprovechamiento.

De los versos publicados antes he suprimido algunos, haciendo en los demás varias enmiendas, cual me ha parecido para mejorarlos. A veces son estas tan ligeras, que se cifran todas en la mudanza de una palabra, un jiro, un consonante ú otra cosa tal para huir de algun defecto leve de estilo ú locucion: á veces son aumentos y mudanzas de estrofas en las composiciones, ó vueltas y correcciones de mas bulto, que en mi entender les dan mas alma y nueva perfeccion. En todas he usado de la libertad de dueño de mis versos: mis lectores, si quieren cotejarlos, juzgarán si se han hecho con gusto y con acierto.

Los ahora añadidos, casi otros tantos como los antes publicados, van escojidos y castigados con la lima que me ha sido posible. Son de

todos los jéneros, desde la letrilla delicada y alegre hasta lo sublime de la oda, y lo grave y severo de la epístola, por que en todos ellos me ha parecido hallar en mis borriones composiciones de algun precio, no indignas de la luz. Me hubiera sido fácil aumentar muchas mas, y hacer la coleccion mas abultada; pero aun las publicadas son ya en demasía; y si de todas ellas, con lisonja del amor propio pudiese yo esperar que sobrevivan célebres, y queden al Parnaso pocos centenares de versos, me tendré desde ahora por muy afortunado.

He cuidado de los romances, jénero de poesía todo nuestro, en que siendo tan ricos, y sonando tan gratos al oido español, apenas entre mil hallaremos alguno corriente y sin lunares feos. ¿Por qué no darle á esta composicion los mismos tonos y riqueza que á las de verso endecasílabo? ¿por qué no aplicarla á todos los asuntos, aun los de mas aliento y osadía? ¿por qué no castigarla con esmero, y hacer lucir en ella todas las galas y pompa de la lengua? Yo lo he intentado, no sé si con acierto; pero el camino es tan hermoso como vario y florido; y si los ingenios de mi patria lo quieren frecuentar, y se convierten con ardor hácia este jénero, nuestro romance competirá algun dia con lo mas elevado de la oda, mas dulce y florido del idilio y de la anacreóntica, mas severo y acre de la sátira, y acaso mas grandioso y rotundo de la epopeya.

Tal vez se notará que en mis versos hablo mucho de mí: compuestos los mas como distraccion de mis tareas, ó hijos de mis desgracias y mis penas para aliviarme en ellas de mis justos dolores, no es mucho que los pinte, y acaso los pondere. He bebido mucho, sin merecerlo, en la amarga copa del dolor: mis años de sazón y de frutos de utilidad y gloria los sepultó la envidia en un retiro oscuro

y una jubilacion: me he visto calumniado, perseguido, desterrado, confinado, y aun crudamente preso, en el abatimiento y la pobreza, en lugar de los premios á que mis méritos literarios, mi zelo y mis servicios me debieran llevar; y por todo ello no debe ser extraño que sienta y que me queje. Los que han tenido la dicha de encontrar siempre con caminos llanos y floridos, pueden haberlos frecuentado sin fatiga y con júbilo: yo, desde que dejé la quietud de mi cátedra y mi Universidad, no he hallado por do quiera, sino cuevas, precipicios y abismos, en que me he visto ciego y despeñado.

Ingrato seria, si no me mostrase sensible á la buena acogida y los elogios, que así de nacionales como extranjeros han seguido teniendo las últimas ediciones de mis versos. Sin haber yo dado un paso para solicitarlo, se han celebrado con entusiasmo por los literatos españoles de mejor nota. Entre ellos y recientemente D. Javier de Búrgos, que hace hablar al culto y delicado Horacio en metro castellano con tanta elegancia, y acaso mas espíritu que él cantaba en latin; D. Alberto de Lista, sevillano, en quien veo renacida la musa del divino Herrera; y el ingenioso Garcia Suelto, que tan bien hermana la cítara de Apolo con la vara y profundos misterios de Esculapio, y todos tres me honran con llamarme su amigo y su maestro; me han dirijido en este mi destierro tres composiciones, que ellas solas bastaran á endulzarme sus horrores y á satisfacer la vanidad, si yo no viese bien mi medianía, ó ellas no fuesen hijas del entusiasmo y el cariño. ¡Con cuánto gusto las copiará yo aquí por sus bellezas, si la modestia no me lo estorbase!

Los papeles públicos extranjeros, y las personas de mejor gusto han hablado en su tiempo con no menor aprecio. Los ex jesuitas Andrés, Masdeu y Arteaga, la *Década filosófica*,

cuando se publicó la edicion de Valladolid, el *Mercurio extranjero* (1), Mr. Simonde de Sismondi en su obra *De la literatura del mediodía de la Europa* (2); pero sobre todo el sabio y erudito aleman Mr. Bouterwek, profesor de Gotinga, en su *Historia de la poesia y la elocuencia despues del siglo XIII* (3), dicen de mí lo que yo no merezco, y me avergonzaria de referir. Tambien se han traducido muchas de mis composiciones en inglés, italiano y francés: aun se ha llegado en esta lengua á escribir una noticia de mi vida, tan inexacta como lisonjera; y se han impreso en Paris mis obras escojidas por los años de 1800, y en Parma de 1812, segun que entonces se me notició, y víanunciado en un periódico de Milan, que hoy no tengo á la mano.

Todo esto me ha puesto en la grata precision de no admitir en mi nueva edicion composicion alguna que á mi parecer no lo merezca, corrijiéndolas todas mas y mas; porque el modo mejor de responder, así á los elogios como á las críticas, es el de esmerarse en los trabajos, fijos siempre los ojos en la posteridad que nada disimula.

No empero quiero decir con esto que todas las composiciones son iguales, como ni en Virjilio lo son todas las églogas ó todos los libros de su divina Eneida, ni lo son las odas del ameno y escojido Horacio, ni lo es nada de cuanto los hombres ejecutan. Tiene cada cosa su mérito adecuado y su belleza, de los cuales nunca es dado pasar; y el autor que los conoce y los alcanza, arribó al

(1) «*Mercure étranger, ou Annales de la littérature étrangère,*» par Mrs. Langles, Ginguéné, Amaury Duval, etc., n. 10, año 1813, páj. 203 á 213.

(2) Cap. 35, vol. 4º. Paris 1813. 4 vol. 8º.

(3) Gottingue 1804, tradueida al francés la parte de la literatura española con el título de «*Histoire de la littérature espagnole, traduite de l'allemand de Mr. Bouterwek, professeur á l'université de Göttingue.*» Paris 1812. 2 vol 8º. vol. 2º, páj. 241 á 244.

punto de la perfeccion. Yo no hice mas, por que mis fuerzas no han llegado á mas, y ya helaron los años mi jenio y mi entusiasmo: amante de las Musas españolas, he procurado ataviarlas acaso con mas gusto y aliño que las hallé vestidas, y hacerlas hablar el lenguaje sublime de la moral y la filosofía; pero (lo vuelvo á repetir) nunca he pasado de un simple aficionado, llamado y ocupado siempre en cosas de mas monta. Mi ardiente aficion al habla castellana, y la alta idea que de sus bellezas y número tengo formada, me hicieran trabajar muchas veces con un ardor y un estro, que sin ellas nunca hubiera tenido; mas desde mis bosquejos á cuadros acabados, de lo que suena ahora á lo que puede y debe resonar un dia, ¡qué inmensa distancia no alcanzan á ver el gusto y la razon!

Juventud española, amante de tu patria y de las letras; á ti queda correr esta distancia, y dar á nuestra lengua y poesía el brillo y majestad de que tan dignas son, y están demandando de justicia. Ahí tienes un Pelayo, un Colon, ó la conquista de Granada para la musa épica, argumento el primero en que pensé algun dia, embebecido por su interés y su grandeza, de que me retrajeron mis desgracias, y en que lloraré siempre no haberme ejercitado: ahí tienes en la historia cien hechos nacionales, insignes y terribles para la tragedia, y nuestras extravagancias y ridículos para la festiva Talía, con las voces mas dulces, mas llenas y sonoras para el canto y la ópera: cosas todas en que estamos tan faltos, cuanto debiéramos ser ricos, y competir, si no vencer, lo mas culto de Europa. Trabaja pues por tu gloria y la gloria nacional, que correrán á par; y déjame á mí la pequeña, pero dulce y tranquila, de haber empezado casi sin guia, haber ido adelante entre contradicciones y calumnias, y haber comprado al fin, con mi reposo y mi fortuna,

el placer inocente de querer en la mia renovar los sonos de las liras, que pulsaron un tiempo tan delicadamente Garcilaso y Herrera, Villégas y Leon.

Pero si en estos sonos encuentran por dicha mis lectores una pequeña parte de los alivios, la calma y el recreo que al repetirlos he probado yo; si les inspiran los gustos sencillos é inocentes del campo, la tranquilidad, la medianía; si los alejan de la ambicion funesta y la codicia, les hacen gratos su estado y sus hogares, y encienden en sus pechos el sagrado entusiasmo de admiracion á la naturaleza, y amor á la patria y la virtud; si imprimen en los jóvenes los sentimientos del buen gusto, las semillas del decir urbano, la agradable majia de la lengua y la dulce aficion á nuestras Musas, inflamando además con sus cuadros y campestres escenas la imaginacion de los artistas, para que nos repitan sus pinceles el siglo y los milagros de los Velázquez, Canos, Joánes y Murillos; mis esperanzas quedarán satisfechas, mi amor á mi nacion recompensado, y mis trabajos ya no lo serán.

Pudiera esta coleccion haberse impreso y publicado en Francia, y haberme sido, entre sus literatos, y los aficionados á nuestra frase y nuestras Musas, que hoy no son pocos, de nombre y de interés: alguno me lo propuso, y alguno lo aconsejó; pero español por mis principios y todos mis deseos, he querido que mi patria tenga la primera, como un humilde feudo de mi amor, los últimos frutos, sazonados ó ingratos, de la musa de un hijo, que ofreciéndole fino cuanto ha podido darle, de buen grado ansiara celebrarla con títulos y timbres mas ilustres; pero que envanecido con sus glorias, ni pensó jamás, ni hizo cosa que creyese menguarlas, ó mancillar su nombre esclarecido.

Nismes en Francia, á 16 de octubre de 1815.

NOTICIA

HISTORICA Y LITERARIA

DE MELENDEZ.

El grande interés que necesariamente inspira la muerte de un hombre célebre, se acrecienta mucho mas, cuando se la ve acompañada de penas y de infortunios. La idea de que los hombres son siempre injustos con el mérito eminente que los sirve y los ilustra, se une entonces á la compasion que escitan sus desgracias, y no suelen pesarse con bien exacta equidad todas las circunstancias de la pérdida que se llora. Tal fué la situacion de Meléndez al morir. Nacido en el Guadiana, educado y formado en el Tórmes, arrojado en su vejez por las tormentas políticas á espirar en las orillas del Lez, reunia por sus talentos y por sus trabajos todos los motivos de interés y de compasion. Los que se encargaron en Francia de anunciar su muerte al mundo literario, lo hicieron con destreza y con sensibilidad para con el poeta, con alguna injusticia para con su patria. Ella fué acusada de ingratitude, de abandono, y, lo que no pudiera creerse, hasta de calumnia (*). Pero entónces, propiamente

(*) En un artículo muy bien hecho que se puso entonces en el «Mercurio de Francia,» se decia: «Jeté sur une rive étrangère, ou-

Illum etiam lauri, etiam flevete myricæ;
Pinifer illum etiam solâ sub rupe jacentem
Mænalus, et gelidi flevetunt saxa Lycæi.

VIRG. egl. X.

te hablando, en España no habia patria. Las Musas castellanas dieron sin embargo cantos y lágrimas á su muerte; y en los diarios se anunció con igual interés y exaltacion: el Gobierno mismo, que entonces no se señalaba ni por su aficion á las letras, ni por su jenerosidad en recompensarlas, ni en fin por su disposicion á olvidar; suavizó algun tanto con Meléndez la aspereza y estrechez de su condicion. Su esposa fué acojida y considerada como viuda de un majistrado español; y la edicion completa de sus obras fué mandada costear por el Estado en la imprenta del Gobierno: monumento sin duda mas grato para el escritor, como mas duradero, que los mármoles y que los bronces.

Esta edicion es la que ahora se publica: nosotros, encargados de ella por amistad y gratitud al inmortal poeta que la nacion ha perdido, hemos creido que debia llevar á su frente una noticia mas estensa y puntual que las que sehan publicado hasta ahora. Toda está

blié, calomnié probablement par ceux qui ne tarderont pas á reclamer avec emphase l'honneur d'appartenir au ciel qui l'a vu naître etc.

sacada de documentos auténticos y del testimonio de personas fidedignas, que le trataron íntimamente, y aun viven: así estas pocas líneas que consagramos á su memoria, tendrán por lo menos, á falta de otro mérito, el de la certeza y de la exactitud.

Don Juan Meléndez Valdes nació en la villa de Ribera del Fresno, obispado de Badajoz, á 11 de marzo de 1754. Sus padres fueron D. Juan Antonio Meléndez, natural de la villa de Salvaleon, y Doña María de los Angeles Díaz Cacho, natural de Mérida; personas virtuosas las dos, y pertenecientes á familias nobles y bien acomodadas del país. Las felices disposiciones que notaron en su hijo, los determinaron á destinarle á la carrera de los estudios, y á proporcionarle la educacion correspondiente para que se aventajase en ella. Aprendió la latinidad en su patria, y la filosofía en Madrid en las escuelas de los padres dominicos de santo Tomás. Ya entónces su jenio apacible y dócil le hacia querer de cuantos le conocian; y su aplicacion y adelantamientos le granjeaban el aprecio de maestros y condiscípulos. Empezaba tambien á traspasar su aficion á la poesía, aunque no todavía su ingenio y su buen gusto: el restaurador del Parnaso español hacia romances imitando á Gerardo Lobo, y componia versos á santo Tomás de Aquino, para complacer á sus maestros. El mismo en los tiempos de su gloria recordaba riendo estos primeros ensayos, y repetia pasajes de ellos, en que seguramente nose anunciaba por ningun estilo el cantor de *Batilo*, de las *Artes* y de las *Estrellas*.

Estudiada la filosofía, ó lo que entónces se enseñaba como tal, sus padresle enviaron á Segovia por los años de 1770, para que estuviese en compañía de su hermano D. Estévan, secretario de cámara del obispo de aque-

lla ciudad, D. Alonso de Llánes, deudo tambien suyo, aunque lejano. Allí fué donde, con las buenas obras que le proporcionaban su hermano, algunos canónigos y el conde de Mansilla, adquirió aquella aficion á la lectura, aquella ansia de saber, y aquel gusto de adquirir libros, que puede llamarse la pasion de toda su vida. El mismo prelado, satisfecho de su aplicacion y talento, le envió á Salamanca en 1772, á seguir la carrera de leyes, y le auxilió constantemente para que se sostuviese allí con el decoro y comodidad que convenia. Sus adelantamientos en aquella facultad fueron consiguientes á este esmero y á estas esperanzas. Meléndez siguió todos los cursos, ganó todos los grados escolásticos desde bachiller hasta doctor; y al ver el lucimiento con que desempeñó todas las pruebas y certámenes de su carrera, nadie diria que era el mismo jóven, cuya aficion decidida á la poesía y humanidades iba ya abriéndose camino para ponerse al frente de la bella literatura de su país.

Hallábase á la sazón en Salamanca, por fortuna de Meléndez, D. José Cadalso. A unos talentos poco comunes para la poesía y las letras, reunia este hombre célebre una erudicion estensa, un despejo que solo se adquiere en el comercio del mundo y en los viajes, en fin un zelo por la gloria y adelantamiento de su patria, aprendido en la escuela y bajo la inspiracion de la virtud. Bondoso y apacible, chistoso y jovial siempre, á veces satírico sin rayar en maligno ni en mordaz, su trato era amable é instructivo, su corazon franco, y sus principios indulgentes y seguros. Era entónces el tiempo en que él se hacia tanto lugar en el mundo literario por sus *Eruditos á la violeta* y por sus *Ocios*, publicados sucesivamente en los años de 72 y 73. Pero puede decirse que, de cuantos servicios hizo entonces á nuestra literatura, el mas eminente fué la formacion de Meléndez.

El conoció al instante el valor del jóven poeta; se le llevó á su casa para vivir en su compañía; le enseñó á discernir las bellezas y defectos de nuestros autores antiguos; le adiestró á imitarlos, y le abrió tambien el camino para conocer la literatura de las sabias naciones de Europa. Todavía le proporcionó una instruccion mas preciosa en el hermoso ejemplo que le daba de amar á todos los escritores de mérito, de hacerse superior á la envidia, de cultivar las letras sin degradarlas con bajezas y chocarrerías. Los elogios que Cadalso ha prodigado á sus contemporáneos (*) en sus escritos, son un testimonio público de este noble carácter; y las poesías de Meléndez, donde no hay una sola dirigida á detraer el mérito ajeno, y su carrera literaria, exenta de todo choque y combate, muestran cuánto le aprovecharon en esta parte los documentos de su maestro.

El jénero anacreóntico, en que Cadalso sobresalia, fué tambien el primero que cultivó Melendez; y prendado aquel de los progresos que hacia su alumno, viendo ya en los frutos precoces de su musa tanta pureza y tanta perfeccion, le aclamaba á boca llena por su vencedor, y en prosa y verso le anunciaba como el restaurador del buen gusto y de los buenos estudios en la Universidad. Esta union íntima y franca entre discípulo y maestro se conservó hasta la muerte de Cadalso, sucedida, como todos saben, en el sitio de Gibraltar; y la bella cancion elejíaca que Meléndez compuso á esta desgracia, será, mientras dure la lengua castellana, un monumento de amor y gratitud, como tambien un ejemplar de alta y bella poesía.

A las instrucciones que recibió nuestro poeta de aquel insigne escritor, ayudaban tambien el ejemplo y los consejos de otros hombres distinguidos, que residian y estudiaban en-

tónces en Salamanca. Empezaba ya á formarse aquella escuela de literatura, de filosofía y de buen gusto que desarrugó de pronto el ceño desabrido y gótico de los estudios escolásticos, y abrió la puerta á la luz que brillaba á la sazón en toda Europa. La aplicacion á las lenguas sabias, así antiguas como modernas; el adelantamiento en las matemáticas y verdadera física; el conocimiento y gusto á las doctrinas políticas y demás buenas bases de una y otra jurisprudencia; el uso de los grandes modelos de la antigüedad, y la observacion de la naturaleza para todas las artes de imaginacion; los buenos libros que salian en todas partes, y que iban á Salamanca como á un centro de aplicacion y de saber; en fin, el ejercicio de una razon fuerte y vigorosa, independiente de los caprichos y tradiciones abusivas de la autoridad y de las redes caprichosas de la sofistería y charlatanismo; todo esto se debió á aquella escuela, que ha producido desde entónces hasta ahora tan distinguidos juriconsultos, filósofos y humanistas. Señalábanse en ella (y no se hablará aquí mas que de los muertos, para no ofender la modestia de los que aun viven) el Mtro. Zamora, autor de una gramática griega estimada; pero cuyo jenio audaz, alma independiente y carácter franco y resuelto, le hacian todavía mas estimable que su libro; D. Gaspar de Cándamo, catedrático de hebreo, el tierno amigo de Meléndez, á quien está dirigida la bellísima despedida que se lee entre sus Epístolas; los dos agustinos, Alba y Gonzalez, aquel apreciado por su grande instruccion, su gusto delicado y su ática urbanidad; este por la bondad inagotable de su carácter y su talento poético, en que hizo revivir á Luis de Leon; en fin, el festivo Iglesias, cuyos versos corren por las manos de todo el mundo, y que tan desigual á Melendez en la poesía noble y delicada, se ha hecho un nom-

(*) Luzan, Sedano, Moratin padre y otros.

bre tan conocido y tan clásico por sus Epigramas y sus Letrillas.

Estos fueron los principales amigos y compañeros de la juventud de Meléndez, los que con su ejemplo y sus consejos vigorizaron su razon y enriquecieron su talento. Mas el hombre que, aunque ausente, contribuyó tal vez mas que otro alguno á su adelantamiento, fué el insigne Jovellános. Hallábase entonces en Sevilla, y ministro de su audiencia, cultivando las Musas, la filosofía y las letras con el ardor jeneroso que toda la vida empleó en este noble ejercicio, y como preparándose á la carrera que despues siguió con tanta gloria. Llegaron á su noticia los trabajos de los poetas salmantinos por medio del padre Miguel Miras, relijioso de san Agustin y acreditado predicador, quien le puso en comunicacion con el maestro Gonzalez, y despues este con Meléndez.

Consérvase todavía una gran parte de aquella primera correspondencia, monumento precioso, en que se ven retratados al vivo el candor, la modestia y sentimientos virtuosos del poeta, la marcha alternativa de sus estudios, las diferentes tentativas en que ensayaba su talento, y sobre todo el respeto profundo y casi idolatría con que veneraba á su Mecénas. Allí se ve de qué manera empleaba su tiempo, y cómo variaba sus tareas. Aplicóse en un principio á la lengua griega, y empezó á ensayarse á traducir en verso á Homero y á Teócrito; pero conociendo la inmensa dificultad de la empresa, y no estimulado á ella por la inclinacion de su talento, la abandonó muy luego. Despues se dedicó al inglés; lengua y literatura á que decia tener una inclinacion excesiva; añadiendo, *que al Ensayo sobre el entendimiento humano debería toda su vida lo poco que supiese discurrir*. Seguia entre tanto escribiendo y fortificando su ingenio con la composicion de sus Anacreónticas y Romances; y como su amigo le exhor-

tase al parecer á empresas mayores, él se escusaba modestamente diciendo: *en lo demás no tiene V. S. que esperar de mí nada bueno. Los poemas épicos, físicos ó morales piden mucha edad, mas estudio y muchísimo jenio, y yo nada tengo de esto, ni podré tenerlo jamás.*

Segun le iban cayendo los buenos libros á la mano, así los iba leyendo y formando su juicio sobre ellos, que al instante dirijia á su amigo. El tratado de educacion de Locke, el *Emilio*, el *Anti-Lucrecio* del cardenal de Polignac, el *Belisario* de Marmontel, la *Teodicea* de Leibnitz, el inmortal *Esíritu de las leyes*, la obra escelente de Wattel, con otros muchos libros igualmente célebres, eran el objeto de esta correspondencia epistolar, que manifiesta la severidad é importancia que ponía en sus lecturas aquel jóven, que al mismo tiempo manejaba tan diestramente el laud de Tíbulo y la lira de Anacreonte. Convencido de la máxima de Horacio, que el principio y fuente del buen decir son la filosofía y el saber, no se saciaba de aprender y de estudiar; y en sus lecturas, en sus cartas, en sus conversaciones, por todos los medios posibles, trataba de adquirir y aumentar aquel caudal de ideas, que tanto contribuye á la perfeccion hasta en los jéneros mas tenues del arte de escribir, y sin el cual los versos mas numerosos no son otra cosa que frívolos sonsonetes.

Estos estudios, unidos á los que le obligaba su carrera escolástica y el grado á que aspiraba, llegaron á minar su salud, produciéndole una destilacion ardiente al pecho, que le hacia á veces arrojar sangre por la boca. Duróle este achaque mas de un año, la calentura empezó á declararse, los médicos adelantaban poco, y sus amigos llegaron ya á desconfiar de su vida. Jovellános le convidaba á Sevilla, á ver si con la templanza y abrigo de aquel clima se atajaban los pro-

gresos del mal, y su salud se reponia. El se negó á esta invitacion; pero suspendiendo sus tareas, y tomando un régimen dietético apropiado á su estado, y observado rigurosamente por mucho tiempo, empezó á ganar terreno. El moderado ejercicio que hacia á las orillas del Tórmes, le acabó al fin de asegurar. Eran estos paseos frecuentemente solitarios: Meléndez, á quien ya habian llegado los escritos de Thompson, de Gésner y de Saint-Lambert, se acostumbró entónces á observar la naturaleza en los campos al modo de estos poetas, y su aficion y talento para la poesía descriptiva se empezaron á desenvolver. Por manera que á esta dolencia y á estos paseos en la soledad se deben las riquezas esquisitas, con que en esta parte engalanó nuestro escritor las Musas castellanas.

Tuvo despues otro contratiempo, que él sintió mas que su enfermedad, y era en efecto mas irreparable. Su hermano D. Estévan adoleció gravemente en Segovia. Muertos como eran ya sus padres, él era su protector, su amigo, su hermano; él podia decirse que le habia criado, y á él debia las primeras semillas de la virtud y de la sabiduría. Voló pues al instante á cumplir con su obligacion, á asistirle, ó á morir, como él decia, de dolor á su lado. Llegó; y á pesar de las esperanzas que al principio dió una falsa mejoría, aquel respetable eclesiástico falleció á pocos dias, (4 de junio de 1777) dejando á su hermano huérfano, desvalido, abandonado á su ingenio y á sus recursos. Sintió estremadamente Meléndez este golpe de fortuna, porque, además del entrañable amor que los dos hermanos se tenian, contemplaba el desamparo en que quedaba. El aspecto de la escena del mundo que se abria delante de él, y en que iba á entrar sin guia y sin apoyo, le estremecia de terror. Vinieron los consuelos de sus amigos á aliviarse en su amargura. Jovellános

especialmente volvió á ofrecerle su casa y sus socorros; pero Meléndez, deshaciéndose en espresiones de ternura y de agradecimiento, rehusó segunda vez prestarse á su jenerosidad. La proteccion del obispo de Segovia, las conexiones que tenia ya en Salamanca, la direccion dada á sus estudios en aquella Universidad, todo le separaba de trasladarse á Sevilla; quizá tambien el noble sentimiento de la independendencia, poco airosa siempre, cuando se vive á costa de otro, aunque sea un amigo. Su corto patrimonio le bastaba para llegar al fin de sus estudios; y *la ley misma de la amistad*, escribia él entónces á su favorecedor, *que nos manda que nos valgamos del amigo en la necesidad, manda tambien que sin ella no abusemos de su confianza.*

El estudio, á que se volvió á entregar con mas intension que nunca, fué una distraccion poderosa de su amargura; y el tiempo, como suele, acabó al fin de disiparla. Dióse entónces á la lectura y estudios de los poetas ingleses. Pope y Young le encantaban: del primero decia *que valian mas cuatro versos del Ensayo sobre el hombre, y mas enseñaban y mas alabanza merecian que todas las composiciones suyas.* Al segundo trató de imitar, y de hecho lo hizo en la cancion intitulada de *la Noche y la Soledad*. Mas su desconfianza era estremada; y al remitir este poema á su amigo, le decia con una modestia, á todas luces escesiva, que aquella cancion al lado de las *Noches* era una composicion lánguida, su moral débil, sus pensamientos vulgares, las pinturas poco vivas y los arrebatamientos frios. El detractor mas encarnizado del poeta no le hubiera tratado con mas rigor; y aunque aquella cancion á la verdad se resiente de la juventud del escritor, cuya musa no tenia aun vigor suficiente para asuntos de esta naturaleza, todavia hay allí bastantes bellezas de espresion;

de versificación y de estilo, para no merecer una censura tan agria como la que su mismo autor hacia de ella.

Entretanto se acercaba la época en que habia de empezar á cojer las palmas debidas á tanta aplicacion y á estudios tan seguidos. Habia la Academia española abierto ya el campo á la emulacion de nuestros ingenios, con los premios que anualmente distribuia á las obras mas distinguidas de poesía y de elocuencia, cuyos asuntos proponia ella misma. En el primer concurso no se sintió con bastantes fuerzas para entrar en la palestra: en el segundo le detuvo la aversion que tenia al romance endecasílabo, clase de versificación que aborrecia, considerándola como producto del mal gusto del siglo anterior, y en que no se creia capaz de componer ni un cuarteto. Mas cuando la Academia, en la tercera concurrencia, propuso por argumento la felicidad de la vida del campo en una égloga, Meléndez, que se vió en su elemento, entró animoso en la lid, con las esperanzas que le daban el carácter de su talento y sus escelentes estudios; y era bien difícil por cierto que sus numerosos rivales le arrancasen el lauro de la victoria.

Descollaba entre ellos un hombre, que por la cortesanía de su trato, por la variedad de sus talentos, por su aplicacion laudable y sus escritos, se habia adquirido un lugar eminente en la sociedad y en las letras. Crítico ingenioso y sagaz, escritor puro, urbano y elegante, su juicio era sano y seguro, su erudicion grande y escojida. Si á estos dones se añaden el talento decidido para la música, sus conocimientos profundos en este arte, la gracia y felicidad para la conversacion, sus conexiones con las primeras clases de la sociedad, donde era altamente estimado y acojido; en fin, la celebridad que ya tenia por su poema *sobre la música*, su traduccion del *arte poético* de Horacio y otras

obras entónces apreciadas; se vendrá en conocimiento que un concurrente de esta clase debia ser de mucho peso en la balanza, y poner en duda el vencimiento.

Mas Iriarte no podia dar á sus versos aquel colorido y armonía que se llama poesía de estilo, y que es hija necesaria de una fantasía vivaz y de una sensibilidad esquisita y delicada, prendas que absolutamente le faltaban. El hizo una composicion, que tiene mas aire de disertacion que de égloga; mientras que la de su rival, segun la feliz espresion de uno de los jueces del concurso, *olia toda á tomillo* (1). Los pastores de Iriarte contravierten su argumento, y uno de ellos da á su compañero una leccion de economía doméstica, y aun de moral: los de Meléndez sienten, y la espresion de su sentimiento y de su alegría, hecha en versos delicados, fáciles, elegantes y verdaderamente bucólicos, es el mas bello elogio de la naturaleza campestre y de la vida que se disfruta en ella. *Batilo* pues fué coronado por la Academia; y los aplausos del mundo literario que le han seguido hasta ahora, y le seguirán probablemente, mientras dure la poesía castellana, han respondido harto decisivamente á la crítica injusta y lijera que el despecho de ser vencido arrancó entónces á Iriarte.

El año siguiente (2) vino Meléndez á Madrid. Su amigo Jovellános, que habia sido promovido desde la audiencia de Sevilla á alcalde de Casa y Corte, y despues á consejero de Ordenes, hacia ya tres años que se hallaba en esta capital, y Melendez tuvo entonces el gusto de abrazarle y conocerle por primera vez. Presentábase á él adornadas las sienes con una corona poética, y logrado un triunfo en el primer paso que daba en la carrera. Jovellános, que tanta parte tenia en

(1) Don Antonio Tavira.

(2) 1781.

esta gloria, y que vió llenas las esperanzas que se habia prometido en su talento, le recibió con la mayor ternura, le hospedó en su casa, le hizo conocer de todos sus amigos, y le proporcionó al instante la ocasion de cojer otros nuevos laureles.

Era costumbre de la Academia de S. Fernando dar la mayor solemnidad á las juntas trienales que celebraba para la distribucion de sus premios. La elocuencia, la poesía y la música se esmeraban á porfía en obsequiar á las artes del dibujo, dando así aparato y lucimiento á aquellas magníficas concurrencias. Ibase á celebrar entonces junta trienal. Jovellános debia leer un discurso, y Meléndez fué convidado á ejercitar su ingenio sobre el mismo argumento. Era esta una especie de prueba no menos ilustre é importante, si no tan empeñada como la primera. Luzan, Montiano, Huerta, D. Juan de Iriarte y otros escritores señalados habian dado allí el tributo de su alabanza poética, cada uno en forma y composiciones diversas, segun la diferencia respectiva de su ingenio y de su fuerza. Nadie pudo presumir entonces que el alumno de Gésner y de Garcilaso tuviese resolucion para dejar la avena pastoril, y tomar atrevidamente la lira de Píndaro en sus manos. Mas al verle en aquella hermosa oda cantar la gloria de las Artes, con un entusiasmo tan sostenido y tan igual; describir con tanta intelijencia como elegancia los monumentos clásicos del cincel antiguo; dar en sus bellos versos realce y brillo á los pensamientos de Vinkelman, con quien manifiestamente lucha; ensalzar la nobleza y dignidad del ingenio humano, que sabe elevarse á tanta altura; y por último sostenerse en un vuelo tan dilatado sin desmayar, sin decaer, sin que se confundan ni alteren las formas regulares del plan con la energía y el desahogo de la ejecucion, y en una poesía de estilo tan perfecta y

tan acabada; al ver pues reunidas tantas clases de mérito en una composicion sola; cuantos la oyeron, cuantos la leyeron, quedaron pasmados de admiracion; y tributando al poeta los aplausos debidos á su eminente talento, pusieron en su frente la corona, que nadie ha podido ni antes ni despues disputarle.

En medio de estas satisfacciones tuvo tambien la de obtener la cátedra de prima de humanidades de su Universidad, que habia sustituido algun tiempo y á que tenia hecha oposicion. Al año siguiente de 82 recibió el grado de licenciado en leyes, y el de doctor en el inmediato de 83. En este mismo año, y poco antes de recibir el último grado, habia contraido matrimonio con Doña María Andrea de Coca y Figueroa, señora natural de Salamanca, é hija de una de las familias distinguidas de la ciudad. Pero como la cátedra apenas le daba ocupacion, y de su casamiento no tuvo hijos, el poeta, á pesar de haber tomado estado y colocacion, quedó libre para seguir sus estudios favoritos, y entregarse enteramente á la filosofía y á las letras.

El ajuste definitivo de la paz con Inglaterra y el nacimiento de dos Infantes gemelos, con que se creyó asegurada la sucesion á la corona, malograda en otros dos Infantes que habian muerto anteriormente; dieron ocasion á las magníficas fiestas que preparó la villa de Madrid en el año de 84 para solemnizar estos sucesos. Abrióse concurso á los poetas españoles para que presentasen en el término de sesenta dias composiciones dramáticas, que fuesen orijinales, capaces de pompa y ornato teatral, y apropiadas al objeto de la solemnidad, ofreciendo premiar las dos que mas sobresaliesen. Entre cincuenta y siete dramas de todas clases que se presentaron, obtuvieron el premio *Las bodas de Camacho el rico* de Meléndez, y *Los Menestrales*

de D. Cándido María Triguéros, que fueron representadas con toda pompa y aparato, la primera en el teatro de la Cruz, y la segunda en el del Príncipe. Mas el éxito no correspondió al crédito de sus autores, á la decision de los jueces, ni á la espectacion del público. No hablaremos aquí de la obra de Triguéros, condenada desde entónces al olvido, de que no se levantará jamás; pero la pastoral de Meléndez, á pesar de las inmensas ventajas que podian dar al escritor su práctica y su talento para esta clase de estilo, tuvo desgraciadamente que luchar con el doble inconveniente del jénero y del asunto.

Estrecho en sus límites, sencillo en sus pasiones y costumbres, uniforme en los objetos en que se emplea, el drama pastoral no puede nunca presentar por sí solo el interés necesario para sostenerse en el teatro. A fuerza de belleza y de elegancia en el estilo, en los versos y en el diálogo, puede interesar y hacerse leer el *Aminta*, primero y único modelo de este jénero de poesía. Guarini, que despues quiso darle mayor fuerza y complicacion en su *Pastor Fido*, le desnaturalizó, y produjo una especie de monstruo, á que dió el nombre de traji-comedia, y cuyos defectos apenas pueden salvarse con el lujo de ingenio y galas poéticas que prodigó en él. Los demás que han seguido sus huellas, se han perdido sin poderlos alcanzar; de manera que puede sentarse por máxima, que estos dramas, si han de ser pastoriles, no pueden ser teatrales, y si se les hace teatrales, dejan de ser pastoriles.

Meléndez se perdió tambien como tantos otros, y esta desgracia la debió en mucha parte á la mala eleccion del asunto. Habia ya mucho antes pensado Jovellános que el episodio de Basilio y de Quiteria en el *Quijote* podria ser argumento feliz de una fábula-pastoral, siendo tal su calor

en esta parte, que tenia estendido el plan y escitado á sus amigos á ponerle en ejecucion. Meléndez se comprometió á ello, tal vez con demasiada lijereza; y creyó haber llegado el caso, cuando se anunció el concurso por la villa de Madrid. Se ignora hasta qué punto el plan de su pastoral se conformó con el de su amigo; pero es cierto que nada tiene de interesante ni de nuevo. Cervántes, en su episodio, habia pintado unos labradores ricos de la Mancha; y la majistral verdad de su pincel los retrata tan al vivo, que nos parece verlos y tratarlos. De estos personajes y costumbres tan conocidas hacer pastores de Arcadia ó de siglo de oro, como era necesario, para que cuadrasen con ellos las expresiones y los sentimientos que se les prestan, era ya equivocar la semejanza, y desnaturalizar el cuadro. Vienen en fin á acabarle de desentornar las dos figuras grotescas de D. Quijote y Sancho, porque ni sus manías, ni su lenguaje, ni su posicion se ligan en modo alguno con los demás personajes. Si á esto se añade la temeridad de hacerles hablar y obrar, sin tener el ingenio y la imaginacion de Cervántes para ello, se verá bien clara la causa de no haber encontrado *Las bodas de Camacho* una buena acogida ante el público, que las oyó entónces friamente, y no las ha vuelto á pedir mas. Este fallo parece justo y sin apelacion. Sin embargo, en los trozos que hay verdaderamente pastoriles, ¡qué pureza no se advierte en la diction, qué dulzura y fluidez en los versos, qué verdad en las imágenes, qué ternura en los afectos! Los coros solos, por su incomparable belleza y por la riqueza de su poesía, llevarán adelante esta pieza con los demás versos de Meléndez, y atestiguarán á la posteridad, que si el escritor dramático habia sido infeliz en su ensayo, el poeta lírico no habia perdido ninguna de sus ventajas.

Los detractores de Meléndez se

guardaban bien de hacer esta justicia á las prendas poéticas de su estilo; y apoyados en el poco favorable éxito que la pieza habia tenido en el teatro, y de la especie de afectacion que resultaba del continuo uso de arcaismos y formas líricas, á la verdad no muy propias del diálogo teatral, disparaban contra él y contra su compañero el diluvio de epigramas, que el despecho de su desaire les sugería. La mayor parte habian concurrido al premio, que no habian podido conseguir. Pero de estas satirillas solo se conservan en la memoria de los curiosos algun otro soneto de Iriarte y del marqués de Palacios, cuyo mérito es ya bastante para justificar esta especie de preferencia.

Meléndez dió la mejor respuesta á sus adversarios, publicando el primer tomo de sus poesías en el año inmediato de 1785, con el cual acabó de echar el sello á su reputacion literaria. La aceptacion que logró desde el momento en que se dió á luz, puede decirse que no tenia ejemplo entre nosotros. Cuatro ediciones, una lejitima y las demás furtivas, se consumieron al instante. Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, doctos é indoctos, todos se arrancaban el libro de las manos, todos aprendian sus versos, todos los aplaudian á porfía. Quien preferia la gracia inimitable y la delicadeza de las anacreónticas; quien la sensibilidad y el gusto esquisito de los romances; quien aquel estilo verdaderamente poético, lleno de imaginacion y color, que anima y ennoblece hasta las cosas mas indiferentes. Los amantes de nuestra poesía antigua, que vieron tan felizmente seguidas las huellas de Garcilaso, de Leon y de Herrera, y aun mejoradas en gusto y perfeccion, saludaron al poeta como el restaurador de las Musas castellanas, y vieron con alegría desterrado el gusto prosaico y trivial, que jeneralmente dominaba á la sazón en nuestro Parnaso. Dilatóse

el aplauso fuera de los confines del reino, y empezó á oirse tambien en los países extranjeros: la Italia fué la primera; y mientras que los doctos jesuitas, que sostenian allí el honor y reputacion de nuestras letras, le escribian el parabien, las *Efemérides* de Roma, entre otros muchos elogios, señalaban aquel libro como una reconciliacion con los sanos y verdaderos principios del buen gusto en la bella y amena literatura. Diferentes imitaciones de algunos poemas se hicieron despues en francés y en inglés. En España la juventud estudiosa le habia tomado ya por modelo; de modo que apenas publicado y conocido, se le tuvo por un libro clásico, y un ejemplar esquisito de lengua, de gusto y poesía.

Estos triunfos y esta primacía no fueron conseguidos por Meléndez en un tiempo oscuro, ajeno de aplicacion y de actividad literaria, en que á poco esfuerzo y á poco talento se pudiera ganar una nombradía, que nadie disputa ni controvierte. Era en la época tal vez mas brillante y estudiosa que hemos tenido desde el siglo XVI. Cuando se echa la vista á aquel decenio que medió desde la publicacion del *Batilo* hasta el año de 90, asombra el incremento que habian tomado las luces, y el vigor con que brotaban las buenas semillas esparcidas en los tiempos de Fernando VI y primeros años de Carlos III. En el sinúmero de escritos que cada año se publicaban; en las disertaciones de las Academias, en las memorias de las Sociedades, en los establecimientos científicos fundados de nuevo, en los de beneficencia, que por todas partes se erijan y dotaban; en las reformas que se iban introduciendo en las Universidades; en las providencias gubernativas que salian conformes con los buenos principios de administracion; en el aspecto diferente que tomaba el suelo español con los canales, caminos y edificios públicos

que se abrian y levantaban; en todo finalmente se veia una fermentacion, que prometia, continuada, los mayores progresos en la riqueza y civilizacion española. Habia tal vez demasiadas guerrillas literarias: tal vez no se seguia en el fomento de los diferentes ramos en que está cifrada la prosperidad social, el órden que la naturaleza prescribe, y se daba al ornato del edificio un cuidado y un esmero, que reclamaban mas imperiosamente sus cimientos. Pero esto nada quita del honor que se merece una época de tanta vida, de tanto ardor, de tanta aplicacion, y cuyos productos disfrutamos todavía al cabo de treinta años, en que hemos estado gastando sin cesar, y puede decirse, que sin reponer.

En esta época pues, fué cuando Meléndez se hizo por sus estudios un lugar tan preferente, y este lugar no se lo daban hombres ineptos ó medianos; eran los Jovellános, los Campománes, los Taviras, los Rodas, los Llagunos, lustre y apoyo unos y otros del estado, de la filosofía y de las letras. Despues de pasar el invierno en los ejercicios de la Universidad y de su cátedra, solia venir á gozar en el verano de las delicias de la Corte, á mostrar á sus amigos sus nuevos trabajos, á recibir sus consejos, y á disfrutar del cariño y aprecio que en todas partes se le tributaba. La dulzura de su jenio y de sus costumbres; un no sé qué de infantil que habia en su conversacion y en sus modales, en que centelleaban á veces unas llamadas de entusiasmo, y una estension de saber, que por lo mismo sorprendian mas; en fin, la misma facilidad de su trato, y puede decirse que su escesiva docilidad, le adquirian amigos y conexiones, y le hacian parecer el niño mimado de la sociedad y de las Musas.

¡Dichoso él, si hubiera sabido ú podido prolongar aquel agradable período de su vida! Sea que sus nego-

cios particulares lo exijiesen, sea que se cansase de oír á algun necio, que no servia mas que para hacer coplas, sea en fin que quisiese darse una consideracion en el mundo, que rara vez consiguen por sí solos los hombres de letras en España; Meléndez, á muy luego de haber publicado su primer tomo, empezó á solicitar un destino en la majistratura. Las Musas debieron estremecerse al verle tomar esta resolucion, y mucho mas de vérsela cumplir. Provisto en mayo de 1789 para una plaza de alcalde del crimen de la Audiencia de Zaragoza, y tomado posesion de ella en setiembre del mismo año, sus trabajos poéticos, sus estudios literarios, toda aquella amenidad de ocupaciones que antes le llenaba, debió ceder á atenciones mas urgentes, de mayor trascendencia y responsabilidad.

Mostróse empero igual y robusto para la carga que habia echado sobre sus hombros; y el foro español deberá contarle siempre entre sus mas dignos majistrados. Los buenos estudios que habia hecho para instruirse en esta carrera, y los escelentes libros de lejislacion, de política y de economía con que habia vigorizado su primera enseñanza, le ponian á la par con cualquiera de los que se hubiesen dedicado esclusivamente al estudio del derecho. Y si despues se observan su puntual asistencia al tribunal, su zelo en transijir y componer amigablemente las querellas de los litigantes, su afabilidad y franqueza para oírlos, el interés humano y compasivo con que visitaba á los presos, aceleraba sus causas, y les repartia socorros; su vijilancia en el buen órden y policia, en fin su incorruptible integridad, y su inseparable adhesion á la justicia; prendas y virtudes todas que aun recuerdan Zaragoza y Valladolid con aplauso y gratitud; se convendrá fácilmente en que Meléndez no era menos digno de respeto como hombre público, que de admi-

ración como poeta.

Promovido á oidor de la chancillería de Valladolid en 1791, fué comisionado poco tiempo despues por el Consejo de Castilla para la reunion de cinco hospitales en Avila de los Caballeros. La independenciancia que cada uno de ellos pretendia, y la repugnancia á sacrificar su interés particular al jeneral que debia resultar de la reunion, hizo embarazoso este encargo, que costó á Meléndez muchas fatigas y disgustos, un viaje á Madrid, y dos enfermedades de que estuvo muy á peligro. Estos contratiempos le hicieron restituirse á Valladolid, donde, alternando las graves ocupaciones de su destino con el trato de sus amigos, y alguna vez con el de las letras, permaneció hasta 1797, en que fué nombrado fiscal de la sala de alcaldes de Casa y Corte.

Habia el poeta guardado silencio desde que publicó el primer tomo de sus obras hasta esta última época. Solas dos veces le habia roto: la primera, enviando una oda á la Academia de san Fernando para la distribucion de premios del año de 87: y la segunda, con una epístola á su amigo D. Eugenio Llaguno, cuando fué hecho ministro de Gracia y Justicia en 1794. En esta segunda oda á las Artes se advirtió una alteracion notable en el estilo; el cual, si bien menos perfecto y esmerado que en la primera, habia adquirido una firmeza, una rapidez y una audacia, no conocidas antes en el autor, ni usadas despues por él. En la epístola es cierto que el incienso prodigado al poder, descontentó á los amantes de la dignidad é independenciancia literaria. Pero no hubo nadie que no aplaudiese al jeneroso y bellissimo recuerdo hecho allí de Jovellanos, (*) á la censura rigurosa y justa de las

(*) Estaba entónces aquél grande hombre en desgracia de la corte, y desterrado bajo un pretesto honroso á Gijon: era pues bien laudable en tales circunstancias hablar de él, y pedir su vuelta, como lo hizo en los versos siguientes:

Universidades, y á otras enérgicas y grandes lecciones que se daban á la autoridad; todo en una diction la mas noble y elegante, y en versos majistralmente ejecutados. Así estas muestras, en que ya se veia unida la madurez del talento con la robustez de la razon, hacian desear cada vez mas la continuacion de las poesías, ofrecida cuando dió á luz el primer tomo. Su nueva carrera se lo habia estorbado; pero al fin teniendo algun mas tiempo en Valladolid, obligado en cierto modo por aquella promesa, y estimulado por sus amigos, puso en órden y corrijió sus manuscritos, y reimprimió el tomo primero, añadiéndole otros dos, que fueron publicados en Valladolid en aquel año de 97.

Salió esta edicion enriquecida con un crecido número de poesías de muy diferente gusto y estilo que las primeras; porque el poeta habia levantado su ingenio á la altura de su siglo; y los objetos mas grandes de la naturaleza, las verdades mas augustas de la relijion y de la moral eran el argumento de sus cantos. Trozos descriptivos de un órden superior, elejías fuertes y patéticas, odas grandiosas y elevadas, discursos y epístolas filosóficas y morales, en que el escritor toma alternativamente el tono de Píndaro, de Horacio, de Thompson y de Pope, y saca de la lira española acentos no aprendidos antes de ella; ennoblecen esta coleccion, y la recomiendan igualmente á los ojos del filósofo y del político, que del humanista y del poeta.

Dale, y á tí y á sus amigos caros,
Y al carpentano suelo aquel que en noble
Santo ardor encendido noche y dia
Trabaja por la patria; raro ejemplo
De alta virtud y de saber profundo...
Débate mi amistad tan suspirada
Justa demanda, y subiré tu nombre
De nuevo, dulce amigo, al alto cielo,
Tú le conoces; y en sus hombros puedes
No leve parte de la enorme carga
Librar seguro, en que oprimido jimes.

Mas á pesar de su relevante mérito, y á pesar tambien de los bien merecidos elojios que de Italia y de Francia se unieron á los de España para congratular al autor, es fuerza confesar que la aceptacion que tuvieron estas poesías, no fué tan grande ni tan jeneral como la que habian logrado las primeras. La época, en primer lugar, no era tan á propósito para esta clase de triunfos literarios: la atencion de los hombres se habia vuelto casi esclusivamente á los sucesos políticos, que, amenazando trastornar la faz de la Europa toda, no dejaban apenas otro interés á la imaginacion que el de los temores ó esperanzas que ellos prometian. Aun cuando esta disposicion de ánimos fuese diferente, no era de esperar tampoco un efecto tan feliz como el de la publicacion primera, mucho mas, habiendo mediado tanto tiempo entre una y otra. Los asuntos á la verdad eran grandes y severos en la mayor parte; pero no análogos al gusto y opiniones dominantes en aquella segunda época. Abstractos y metafísicos, repetidos con alguna prodigalidad, y no siempre con igual acierto, su desempeño, aunque frecuentemente grande y poético, no era con mucho tan perfecto como el de los templados y juveniles. La composicion en ellos no presenta siempre aquel interés progresivo que acrecienta el gusto desde el principio hasta el fin. Se nota aquí esfuerzo, allá declamacion, y en no pocas partes falta de concision y de enerjía: como si la índole del autor no fuese para esta clase de argumentos. Por último, insertó composiciones que no tuvieron aceptacion ninguna: la *Caida de Luzbel*, algunas traducciones, alguna oda, algun discurso demasiado largo y tal vez prosaico, no parecieron ni han parecido nunca dignas de las demás. El mérito de Meléndez es tan grande, su reputacion y su gloria tan afianzadas y reconocidas, que nada pierden

sin duda con estas observaciones imparciales, nacidas del amor á la verdad, y que él mismo oyó alguna vez de sus amigos con tanta docilidad como modestia.

En el prólogo que les puso al frente, intentó probar que en nada derogaban los estudios poéticos á la dignidad de magistrado, y que ninguna incompatibilidad tenian con los deberes y talentos de hombre público y de negocios. Seria sin duda mejor que los que reciben del cielo el don divino de pintar la naturaleza en bellos versos, y de inflamar con su entusiasmo la imaginacion ajena, pudieran estar enteramente separados del torbellino de negocios, honores y empleos que ajita á los hombres en la grande escena del mundo. El poeta eminente no debiera ser mas que poeta: así conservaria mejor su independendencia y el decoro debido al ministerio de las Musas, sus talentos se desplegarian con toda estension y libertad, y los necios no afectarían señalarle con un nombre que ellos no entienden, y que en su boca es un apodo de frivolidad y de insuficiencia. Mas esto camina ciertamente sobre una suposicion imposible. La fortuna, las circunstancias, el interés de las familias, momentos tambien de error y de flaqueza, sacan á los hombres de su esfera, ya para mas, ya para menos: sobre todo en un pais como el nuestro, en que tan pocos recursos tienen los escritores para subsistir como tales. ¿Qué hacer pues? se dirá: lo que hacia Melendez: ser un grande poeta en sus versos, y un sabio y recto magistrado en su tribunal.

Mas lo que él no debiera haber hecho, es empeñarse tanto en disculparse. Quien estaba siendo un modelo de integridad, aplicacion y capacidad en el foro, no tenia que probar nada, ni necesitaba de apolojía ninguna: á sus detractores tocaba hacerla, si es que podian, de su propia necesidad. Esta especie de excusas no sirven para

los hombres de razon, porque no las necesitan; ni tampoco para los preocupados, porque no los convencen. Tienen además otro inconveniente, y es, dar al que las hace, el aire de poca seguridad en el crédito y dignidad de su arte; y cierto que un tan gran poeta, en ninguna ocasion, ni por pretesto alguno, debia desdeñarse de su talento. (*)

A poco tiempo despues de publicada esta edicion, fué, como se dijo arriba, nombrado fiscal de la sala de alcaldes de Casa y Corte, de cuya plaza tomó posesion en 23 de octubre de aquel año de 97. Como la avanzada edad y achaques de su antecesor tenian muy atrasados los negocios de la fiscalía, Meléndez se dió á despacharlos por sí mismo con tal actividad y aplicacion, que no solo le faltaba tiempo para otros estudios, mas tambien para el trato con sus amigos. Ofreciéronsele en la corta duracion de su cargo causas graves y curiosas, donde hizo prueba de su juicio y de su talento: entre ellas la de la muerte de Castillo, cuya acusacion fiscal corre en el público como un modelo de saber y de elocuencia. Estas puede decirse fueron las últimas satisfacciones que tuvo en su carrera; y la suerte le preparaba ya el cáliz de afliccion que tiene siempre prevenido á los hombres eminentes, como para cobrarles con usura los pocos dias que les concede de gloria y de alegría. Mas para proceder á contar estos desagradables sucesos, es preciso tomar las cosas de mucho mas arriba.

La revolucion francesa no habia sido mirada al principio por los potentados de Europa, sino como un objeto de risa y pasatiempo. Creció el Co-

(*) El abate D. Juan Andrés era mas franco: en la carta que le escribió entónces, le decia: «¿Y qué pueden decir los mas severos censores contra un magistrado que publica tan apreciables poesías? Yo antes bien creeré, que una mente que con tanta verdad sigue en sus versos lo bello, no se apartará en sus sentencias de lo justo.»

loso, y aquel sentimiento de desprecio pasó en un instante á miedo y aversion. La guerra y las intrigas fuera, la persecucion y el espionaje dentro, fueron los medios á que apelaron para contener aquel gran movimiento, y ahogar unas opiniones, en que creyeron comprometida la estabilidad de sus tronos. El mundo ha visto lo que han conseguido con esos formidables ejércitos, con esas interminables cruzadas, que por espacio de treinta años han desolado la Europa. Ni les han aprovechado mas tampoco las medidas inquisitoriales en el interior de sus estados; pues haciéndolos odiosos, han sufocado en los ánimos el amor y la confianza, bases las mas firmes de la autoridad y del poder. A menos costa sin duda les era fácil conseguir libertarse á sí mismos y á sus pueblos del contagio que temian. Arreglando bien su hacienda, gobernando en el interés jeneral de sus súbditos, y no en el particular de su corte y sus ministros; en una palabra, siendo justos y prudentes, tenian puesta la barrera mas impenetrable á aquellas novedades (*). Pero el poder no se estima sino por el abuso que de él se hace; y así se verificó desgraciadamente en España. Habia coincidido la muerte de nuestro Cárlos III con las alteraciones de Francia; y cuando era necesaria mayor dilijencia en gobernar, mayor circunspeccion en conducirse, entónces se dió la señal entre nosotros á todos los caprichos de la arbitrariedad, á todos los desconciertos de la ignorancia y de la insensatez. El escándalo de poner en circunstancias tan difíciles el timon del estado en manos de un favorito sin educacion

(*) Los pueblos no se alteran nunca, mientras su situacion es agradable, ó á lo menos llevadera. «No basta,» dice un célebre escritor español, «que los pueblos estén quietos: es preciso que estén contentos; y solo en corazones insensibles, ó en cabezas vacías de todo principio de humanidad, y aun de política, puede abrigarse la idea de aspirar á lo primero sin lo segundo.» Jovellános.

política y sin esperiencia, acrecentaba la murmuracion y el descontento; y estos á su vez producian el encono y la persecucion. Y como los primeros y mas nobles pasos de la revolucion francesa eran debidos sin duda á las luces y adelantamiento del siglo, la autoridad se puso en un estado constante de hostilidad con el saber. Ya se habian suprimido los periódicos que mas crédito tenian por las verdades útiles que propagaban (*); se habia retirado poco á poco la proteccion y fomento que se daba á los estudios, se oian delaciones, se sembraban desconfianzas. Dióse en fin la señal á las persecuciones personales con la prision del Conde de Cabarrus en el año de 90; y sus grandes talentos, su incansable actividad, el brillo que acompañaba sus empresas, los establecimientos importantes y benéficos que habia proyectado y erijido, los bienes infinitos que habia hecho á tantos particulares, no le pudieron salvar de un proceso enfadoso, de un encierro cruel y dilatado, y de un éxito al fin que tenia mas apariencia de favor que de justicia. Jovellános, ausente á la sazón en Salamanca, voló á Madrid en socorro de su amigo, y no logró otra cosa que ser envuelto en su ruina. Sucediáanse de tiempo en tiempo y á no mucha distancia estas tristes proscripciones; frecuentemente víctimas de delaciones oscuras, y á veces de su misma imprudencia, venian á herir las cabezas de personas eminentes ó por sus empleos, ó por su crédito, ó por su saber. A la desgracia de Cabarrus y Jovellános siguió la de Floridablanca y su partido: á esta la del conde de Arada: diferentes consejeros de Castilla fueron desterrados despues, por no ave-

(*) «El Censor, el Correo de los ciegos, el Corresponsal» y otros. El Gobierno al parecer habia tomado entónces á su cargo confirmar el dicho ingenioso y mordaz de un escritor, que, preguntado porqué los que mandaban aborrecian á los sabios; «por lo mismo,» respondió, «que los malhechores nocturnos aborrecen á los reverberos.»

nirse bien con su gobernador el conde de la Cañada: este cayó á su vez, víctima de una intriga de palacio; cerrándose entónces aquella serie de miserias con la escandalosa causa sobre la impresion de las *Ruinas* de Volney. Vióse en ella dar á una simple especulacion de contrabando el carácter de una gran conjuracion política, y tratar de envolver como revolucionarios y facciosos á cuantos sabian algo en España. Las cárceles se llenaron de presos, las familias de terror; y no se sabe hasta dónde la rabia y la perversidad hubieran llevado tan abominable trama, si la disciplina ensangrentada de un hombre austero y respetable, y el ultraje atroz que con ocasion de ella se le hizo, no hubieran venido oportunamente á atajar este raudal de iniquidades (*). El escándalo fué tan grande, y el grito de la indignacion pública tan fuerte, que la corte abrió los ojos; y retirando su confianza de aquellos viles maquinadores, la dió, ú aparentó darla, á hombres conocidos en el reino por su sabiduría y su virtud. Entónces fué cuando se nombró á Jovellános Ministro de Gracia y Justicia, á Saavedra de Hacienda, y al conde de Ezpeleta Gobernador del Consejo; tres hombres dignos sin duda, y capaces de restaurar el Estado, si el Estado no hubiese tenido ya una enfermedad incurable, mas poderosa que su capacidad y sus fuerzas.

Vióse entonces Meléndez en el colmo de sus deseos: su amigo en el ministerio, él establecido en Madrid, y el camino llano para llegar al puesto descansado y preeminente que sus servicios y estudios merecian. Individuo de la Academia de S. Fernando desde que recitó en ella su hermosa oda, y

(*) Para los lectores que no tengan noticia de este acontecimiento singular, no basta la indicacion sumaria que aquí se hace; y quizá seria conveniente, no solo para satisfacer su curiosidad, sino tambien para escarmiento público, entrar en mas largas esplicaciones. Pero el pudor y la decencia no se lo consienten á la historia.

admitido en el seno de la española en el año de 98, reunia en sí los honores literarios que podia desear; y era considerado y respetado dentro y fuera de España, como el primer talento de su tiempo y su nacion. Mas toda esta perspectiva de bonanza y de ventura se anubló de repente, y desapareció como el humo. No pertenece á la historia particular de nuestro poeta contar menudamente los resortes secretos, por los que fueron traídos al ministerio Saavedra y Jovellános, ni tampoco las intrigas de corte que mediaron, cuando fueron despedidos. Lo que sí no debe pasarse en silencio, es, que en los cortos momentos de favor que Meléndez logró del príncipe de la Paz, cuando le dedicó las poesías; uno de sus mayores cuidados y su principal empeño fué disipar las prevenciones que el privado tenia contra su ilustre amigo, y rehabilitarle en su estimacion y confianza. Cuando despues, á pesar de la aparente desgracia del favorito, los dos Ministros fueron sacrificados á su resentimiento y su venganza, Meléndez fué tambien sacrificado con ellos y desterrado á Medina del Campo (*), previniéndole que saliese de Madrid en el término de veinte y cuatro horas, y que esperase órdenes allí.

Obedeció y partió: entre tanto sus amigos consiguieron del nuevo ministerio mitigar el rigor de las órdenes con que se le amagaba, y convertirlas en la insignificante comision de inspeccionar unos cuarteles que se estaban construyendo mucho tiempo habia de los fondos de aquella villa. Algo mas tranquilo con esta demostracion de condescendencia, se entregó al estudio y al retiro, al trato de los amigos que su amable y apacible índole le facilitó en el pueblo, y de los que, ó por recomendacion, ó atraídos de su celebridad, venian á visitarle del contorno. Dióse al ejercicio de las obras de beneficencia que

(*) 27 de agosto de 1798.

su humanidad le inspiraba, principalmente con los enfermos del hospital. Salian estos infelices de allí por lo regular sin acabar de convalecer: él los recojia, él los vestia, él los alimentaba, y ellos le bendecian como un amigo y un padre. En medio de tan inocentes y virtuosas ocupaciones, y ajeno de toda jestion y negocio público, debia considerarse seguro en aquel asilo y á cubierto de los tiros de la malignidad. No fué así por desgracia; y otra nueva tormenta le amenazaba, mas negra y peligrosa que la primera.

Uno de aquellos hombres, que ejercitándose toda su vida en obras de villanía y perversidad, no logran subir al poder sino por el escalon de la infamia; de aquellos, para quienes la libertad, el honor y aun la vida de los otros, lo justo y lo injusto, lo profano y lo sagrado, todo es un juego, y todo les sirve como de instrumento á su codicia, á su ambicion, á su libertinaje ó su malicia; proyectó consumir la ruina de Meléndez, para hacer este obsequio á la corte, con quien le suponía en guerra abierta, y ganarse las albricias de la destruccion de un personaje en desgracia. Siguióle con esta dañada intencion los pasos, calificando y denunciando como intrigas peligrosas las visitas que él y sus amigos se hacian. Y para enredarle de una manera mas complicada é inevitable, se empezó á formar una causa á dos eclesiásticos de un pueblo inmediato, con la indicacion espresa en las instrucciones para formarla, *de que convenia mucho que en ella jugase Meléndez Valdes*. Designáronse los testigos á quienes se habia de preguntar, y no se omitió ninguna de aquellas dilijencias tenebrosas, con que estos hombres infernales han conseguido en todos tiempos perder á los que aborrecen (*). No

(*) La causa con todas las disposiciones, instruccion y demás documentos que autorizan estos hechos, existe en poder de la familia de Meléndez.

produjeron estas maquinaciones el fruto que ellos esperaban; mas bastaron para inquietar á la corte, rezelosa siempre y ya mal dispuesta con él, segun la costumbre natural en los hombres, de querer mal á quien ofenden. Por otra parte el destino de Meléndez era apetecible, estaba suspenso, y la ocasion convidaba. Todo pues conspiró á inclinar la balanza en daño suyo; y cuando menos lo podia presumir, cuando quizá tenia las esperanzas mas fundadas de ser reintegrado en su dignidad y honores, recibió la órden por la cual se le despojaba de la fiscalía, y con la mitad del sueldo se le confinaba á Zamora (*).

Recibió el golpe con serenidad y entereza, y convencido de la inutilidad de sus esfuerzos por el pronto, dejó en manos del tiempo su vindicacion y desagravio. Partió á Zamora, establecióse allí; y aunque visitado y obsequiado de las personas principales del pueblo, él conservó su vida retirada, partiendo su tiempo entre sus libros y un reducido número de buenos amigos. Entre tanto sabedor de las intrigas que habian mediado para la última demostracion de rigor recibida del Gobierno, procuró por todos medios desvanecerlas; y si no logró reponerse enteramente, consiguió por lo menos que se aliviase su suerte; y en real órden de 27 de junio de 1802 se le devolvió el goze de su sueldo completo como fiscal, permitiéndole disfrutarle donde le acomodase establecerse. Hubiera él entonces preferido á Madrid; pero á la sazón habia una de las acostumbradas persecuciones, en que estaban envueltas personas de relaciones íntimas y antiguas con Meléndez, y fuéle avisado por sus mismos favorecedores, que no le convenia presentarse en la corte por entonces. Decidióse pues á fijarse en Salamanca, donde tantos

motivos de amistad y parentesco, tantos recuerdos tiernos y afectuosos le convidaban. Allí puso su casa, recojió y ordenó su esquisita y copiosa librería, abrazó á sus antiguos amigos, y empezó á gozar con ellos de una vida mas tranquila y apacible, que la que habia disfrutado en los doce años trascurridos desde su salida para Zaragoza.

Pudieron las Musas congratularse de esta feliz novedad al verle restituido al ocio antiguo, y en aquellos sitios mismos, que tan hermosos versos le habian inspirado en otro tiempo. Los amantes de la literatura española esperaban verla enriquecida con alguna obra majistral, digna del gran talento de Meléndez, y propia de la madurez y gravedad que habia ya adquirido en aquella época. Pero el resorte de su espíritu estaba quebrado por la adversidad y la injusticia de los hombres, y su atencion distraida con rezelos ó esperanzas, que nunca tuvo bastante fuerza para sacudir de sí. Por otra parte el despotismo ministerial, cada vez mas insufrible, armado de sospechas, de rezelos y desconfianzas, las recriminaciones y falsas miras, atribuidas siempre al talento perseguido; en fin, la inercia y desidia que produce la opresion, y que si al principio repugnan, despues al cabo se aman (*); todo le desalentaba y le sumerjia en un letargo nada conveniente á su ingenio y perjudicial á las letras.

Un poema lírico descriptivo *sobre la creacion*, que se imprime ahora entre sus odas, y una traduccion de la Eneida, que la publicacion de la de Delille le hizo emprender; fueron las únicas tareas que Meléndez dió á su

(*) «Et ut corpora lentè augescunt, citò extinguuntur, sic ingenia studiaque oppresseris facilius, quam revocaveris. Subit quippe etiam ipsius inertiae dulcedo, et invisã primò desidia postremò amatur.» Tácito en estas pocas líneas señala la verdadera causa de la esterilidad y atraso de nuestra literatura.

(*) 2 de diciembre de 1800.

espíritu en aquel ocio de seis años. También pensó entonces hacer una nueva edición de sus poesías, en que se habian de suprimir todas las composiciones que no eran correspondientes al mérito de las otras, y hacer en algunas las enmiendas y cortes, que el gusto delicado y la sana crítica aun desean. Tenia ya arreglado esto con uno de sus mas queridos discípulos; mas su indolencia natural dilató esta empresa, acaso con perjuicio de su gloria; y el torrente de los sucesos, que despues se despeñaron unos sobre otros, no le dejó pensar en mucho tiempo, ni en este, ni en ningun otro proyecto literario.

Seria tal vez mejor poner fin aquí á esta noticia, y contentarse con indicar sencillamente el lugar y tiempo en que falleció el poeta. Ya desde aquella época empieza á sentirse el terremoto político, las opiniones se dividen, se inflaman las pasiones; y á pesar del tiempo trascurrido, á pesar de la vicisitud prodijiosa de los acontecimientos, ó por mejor decir, con ella misma, estas pasiones, lejos de haberse templado, empiezan á acalorarse de nuevo. Lejos del autor de estos apuntes dar ocasion de irritarlas por su parte. El ha seguido constantemente un rumbo y una opinion, opuestos á los que desgraciadamente fueron adoptados por Meléndez. Mas aun cuando cifra en ello la principal honra de su vida, no se permitirá por eso recriminacion ninguna, la cual seria tan repugnante á su corazon, como importuna en este lugar. Es preciso pues, en el discurso de los hechos que van á seguir, imponerse la obligacion de ser breve, y por lo mismo que la opinion propia ha vencido, tambien la de ser modesto.

Con la revolucion de Aranjuez fué alzado el destierro, y vueltos sus destinos á los majistrados que habian sido echados de la corte en las diferentes épocas de persecucion anteriores. Cúpole á Meléndez la suerte que

á los demás, y regresó á Madrid en aquellos dias. Ya el rey habia partido á Bayona: las señales de la terrible tormenta que amenazaba, se hacian cada vez mas siniestras y espantosas: así Meléndez no vino á la corte sino para ser testigo de la ansiedad y afañes que precedieron al dos de mayo, de los horrores de aquel execrable dia, y del desaliento y temor en que quedó sumida la capital. Quiso volverse al retiro de su casa, y no pudo verificarlo. Aceptó de allí á poco una comision para Asturias en compañía del conde del Pinar; y es fuerza confesar, que si los motivos que tuvo para aceptarla, no son del todo escusables á los ojos de los amantes de la independenciam, jamás inconsideracion ninguna fué castigada con un rigor mas cruel. Cuando los dos comisionados llegaron á Asturias, ya iba delante de ellos la prevencion que los acusaba ante la exaltacion popular. Entraron en Oviedo escoltados de jente armada; y aunque en la Junta provincial habian procurado sincerar su conducta, y allanar todas las sospechas, el pueblo inquieto y rezeloso no se dió por satisfecho. Alternativamente llevados desde la cárcel á su hospedaje y de su hospedaje á la cárcel, cuando ya al parecer todo estaba vencido, y ellos dispuestos á partir, la muchedumbre frenética se agolpó sobre el carruaje, al que ya habian subido, volviolos á lanzar en la prision, hizo pedazos y quemó el coche, desbarató los equipajes, y creciendo el furor con su mismo esceso, violentaron las puertas de la cárcel, y sacaron á los dos comisionados y otros tres presos con intencion de darles muerte.

Iba delante Meléndez: hablábales con dulzura, pidiendo que le llevarsen á la Junta, ó le encerrasen con grillos: nada bastó, porque despues de haberle puesto al pié de la horca, y hacerle mil insultos, le sacaron al campo, le cercaron, y encerrándole

los fusiles, clamaban que habia de morir. Logró al cabo que le oyesen unas pocas palabras sobre su inocencia y sus principios: les habló, les rogó, procuró ablandarlos, y aun les empezó á recitar un romance popular y patriótico que habia compuesto antes del dos de mayo. Frívolo recurso para con jentes rudas y groseras, y entónces atroces y locas de furor. Atajáronle con nuevos insultos y amenazas, y condenándole á morir, por gran favor le permitieron confesar: tuvo él la presencia de espíritu de hacer durar este acto alguntiempo. Ya estaba dispuesta la banda que habia de tirarle, cargados los fusiles, y él atado al árbol fatal; ya se habia disputado sobre si se le habia de disparar de frente, ó de espaldas como á traidor, y con este motivo desatado y vuelto á atar de nuevo; ya en fin no faltaba mas que consumir el sacrificio, cuando se vió venir de lejos al cabildo y á las comunidades con el Sacramento y la Cruz famosa de la Victoria.

Calmó todo entónces, y Meléndez que estaba el primero, fué el primeramente socorrido. Hízose despues lo mismo con los otros compañeros, y recojidos todos en la procesion, fueron llevados á la catedral, y de allí vueltos á la cárcel. Formóse causa á petición del pueblo al conde y á Meléndez; y dados por ella libres de todo cargo, se los puso en libertad, y se les permitió volver á Castilla. Tal fué el éxito inesperado de aquella terrible escena, y de tan larga agonía. Estreméce en verdad ver al autor de *Batilo* y de la *Despedida del Anciano*, perseguido popularmente, y atado á un árbol para ser muerto como traidor y enemigo de su patria. Pero ¿á quién deberá imputarse tan grande atrocidad? ¿acaso al pueblo? No sin duda alguna: á los autores y consentidores de la villana y escandalosa agresion que puso á la nacion toda en aquel estado de exaltacion y frenesí

sin el cual no se podia salvar.

Meléndez volvió á Madrid, cuando, de resultas de la memorable victoria de Bailen, los Franceses habian evacuado la capital, y retirádose al Ebro. Siempre esperando mejorar de posicion, y deseoso tambien de contribuir por su parte á los grandes trabajos que se presentaban delante de los Españoles en aquella imprevista y singular situacion, aguardó en Madrid la formacion del gobierno central, y confió ser empleado por él. Esta esperanza no era infundada, puesto que en aquel Gobierno contaba algunos amigos, y entre ellos al ilustre Jovellános, que, sacado de su prision de Mallorca por la revolucion de Aranjuez, vino nombrado por sus compatriotas á tomar su lugar entre los Padres de la Patria. Mas la fortuna, precipitando y revolviendo los sucesos en mil direcciones diferentes, dió entónces una de sus vueltas acostumbradas, y los Franceses vencedores amenazaron á Madrid. La Junta central, las fuerzas del Estado, los patriotas mas exaltados ó mas diligentes, todos se refujieron á Andalucía. Nuestro poeta, resuelto entónces á seguir el partido de la independendencia, no pudo ponerse en camino; y su mala suerte, deteniéndole en Madrid, lo dejó espuesto al vacío del desaliento, y á los lazos de la seduccion, en que cayeron y fueron envueltos tantos infelices Españoles. Su reputacion no podia dejarle indiferente á las asechanzas del Gobierno intruso, que le hizo fiscal de la Junta de causas contenciosas, despues Consejero de Estado, y presidente de una Junta de instruccion pública. El aceptó, y así se comprometió en una opinion y en una causa, que jamás fueron las de su corazon y de sus principios. ¿Cuál debió ser su amargura, al ver que la fortuna y la fuerza, hasta entónces compañeras inseparables de aquel partido, y únicas razones que la prudencia alegaba para adherirse á él,

empezaban á flaquear, y al fin le abandonaban! Vióse pues arruinado sin recurso, trastornadas sus esperanzas, saqueada por los mismos Franceses su casa en Salamanca, deshecha y robada su preciosa librería, y él precisado en fin á huir de su patria, abandonando, acaso para siempre, el suelo y cielo que le vieron nacer.

Antes de entrar en el territorio francés, se puso de rodillas, y besó la tierra española, diciendo: *¡ya no te volveré á pisar!* Entónces se acordó de su casa, de sus libros, de sus amigos, del apacible retiro que allí disfrutaba; y considerando amargamente el nublado cruel que le habia agostado aquella cosecha de ventura, las lágrimas caian de sus ojos, y las recibia el Vidasoa.

Los cuatro años que vivió despues, no hizo mas que prolongar una existencia combatida por la desgracia, por la pobreza, por los afanes y esperanzas, á cada paso malogradas, de volver á España; en fin por los achaques y dolencias, que conforme avanzaba en edad, se agravaban á porfía. Tolosa, Mompeller, Nímes y Alais fueron los pueblos de su residencia. En los intervalos que le dejaban sus males, leia ó se hacia leer, correjia sus poesías, y las disponia para la nueva edicion que proyectaba. Tambien compuso algunas, en que todavía respira el talento de su juventud con la misma gracia y facilidad; pero en que luce sobre todo el ansia y la vehemencia con que amaba su pais y deseaba volver á él. Este sentimiento que le honra, era, puede decirse, el aliento que le animaba; pero estaba escrito en el cielo que no le habia de ver satisfecho. Ya en España habia empezado á padecer mucho de reumas. A muy poco de su llegada á Francia, una fuerte parálisis casi le imposibilitó del todo, sin que los baños termales que tomó por tres veces, le pudiesen librar de ella. Atacado en fin por un accidente apoplético, á

cuya violencia no pudo resistir, falleció en los brazos de su esposa, que le habia seguido y asistido constante y varonilmente en todos los infortunios de su vida, y en medio de los compañeros de su emigracion y desgracia, que le prestaron cuantos auxilios y consuelos estaban en su mano.

Así en pocos años el torbellino de la revolucion habia arrebatado á las letras españolas tres hombres, que constituian una parte muy principal de su lustre y de su gloria. Cienfuegos fué el primero que, arrancado de su lecho, donde estaba ya casi moribundo, fué arrastrado fuera de su pais, y espíó con su desgraciada muerte en Ortez el horror que le inspiraban los tiranos. Jovellános, cuya noble alma estaba enriquecida de tantos talentos y de tantas virtudes; que hubiera sido en la antigüedad Platon con menos sueños, Ciceron con mas firmeza, y en la Europa moderna Turgot con todas sus ventajas; Jovellános fué arrojado tambien de sus hogares por los satélites de Napoleon; y prófugo, náufrago y desvalido, tuvo que ir á reclinar su venerable cabeza en el seno de la hospitalidad ajena, y allí exhalar su último aliento. Meléndez, en fin, por el diverso rumbo que habia seguido, parecia estar exento de semejante agonía; mas la inexorable fortuna no lo quiso así, y se la dió todavía mas amarga. Los tres eran amigos; los tres cultivaban los mismos conocimientos, las mismas artes; iban por las mismas sendas del saber humano: los tres en fin murieron fuera de sazon, sin que su patria hubiese recojido todo el fruto que sus estudios y talentos prometian.

Fué Meléndez de estatura algo mas que mediana; blanco y rubio; menudo de facciones; recio de miembros; de complexion robusta y saludable. Su fisonomía era amable y dulce; sus modales apacibles y decorosos; su conversacion halagüeña, un poco tar-

do á veces en esplicarse, como quien distraído busca la espresion propia, y no la halla á tiempo. Sus costumbres eran honestas y sencillas; su corazon recto, benéfico y humano; tierno, afectuoso con sus amigos, atento y cortés con todos. Tal vez faltaba á su carácter algo de aquella fuerza y entereza que sabe resolverse constantemente á un partido, una vez elejido por la razon: y esto dependia de su escesiva docilidad y condescendencia con el dictámen ajeno. Mejor acaso hubiera sido tambien que se alejara mas del torbellino de la ambicion y del centro del poder; pues esto en fin puede llamarse la causa principal de sus desgracias (1). Pero en Meléndez, el anhelo de subir estuvo siempre unido al noble deseo de trabajar, de ser útil, de contribuir por todos medios á la prosperidad y adelantamiento de su patria. Conocia su fuerza, como suelen sentirla todos los hombres superiores; pero no por eso abandonaba su carácter jeneral de modestia, que á veces se manifestaba con algun esceso (2). Su aplicacion y laboriosidad eran incansables; su lectura inmensa. De los poetas antiguos españoles preferia á Garcilaso, Luis

(1) El mismo alguna vez manifestó su disgusto en esta parte.

Corrí do me llamaban
La oficiosa ambicion y los honores
Entre mil que sus premios anhelaban;
Mas fastidiéme al punto.

Elejía 3ª.

(2) Preguntábanle una vez, porqué no escribia una oda á un asunto en que acababa de ejercitarse, y con mucha aceptacion, otro poeta amigo suyo. «Porque no quiero,» respondió, «tener la mortificacion de desempeñarle menos bien, ni tampoco causársela á él, si hago una obra mejor que la suya.» En otra ocasion leia un poema descriptivo de uno de sus discípulos: su primer movimiento fué celebrarle llorando; pero despues con un aire melancólico soltó el papel, añadiendo: «ya me van dejando atrás.» Y no tenia razon; porque ni aquel como poeta lírico, ni este como descriptivo, le serán comparados jamás.

de Leon, Herrera, Francisco de la Torre; y por una especie de contradiccion, que no deja de tener su razon y sus motivos, la poesía de Góngora, cuando no desatina, le encantaba, y se divertia mucho con los despropósitos festivos é ingeniosos de Quevedo. Su pasion principal, despues de la gloria literaria, era la de los libros, que llegó á juntar en gran número, esquisitamente elejidos y conservados. Tenia mucha aficion á las artes del dibujo, no así al canto; y un poeta de oido tan delicado, y que daba á sus versos tanta cadencia y armonía, era casi insensible é indiferente á la deliciosa música de Paesello y Cimarosa, y á la bella ejecucion de la Todi ó de Mandini.

Los principios de su filosofía eran la humanidad, la beneficencia, la tolerancia: él pertenecia á esa clase de hombres respetables que esperan del adelantamiento de la razon la mejora de la especie humana, y no desconfian de que llegue una época en que la civilizacion, ó lo que es lo mismo, el imperio del entendimiento estendido por la tierra, dé á los hombres aquel grado de perfeccion y felicidad, que es compatible con sus facultades y con la limitacion de la existencia de cada individuo. Pensaba en este punto como Turgot, como Jovellános, como Condorcet, y como tantos otros que no han desesperado jamás del jénero humano. Sus versos filosóficos lo manifiestan; y con sus talentos y trabajos procuró ayudar por su parte, cuanto pudo, á esta grande obra.

Su influjo literario como poeta ha sido ciertamente bien grande, y ha tenido las mas felices consecuencias. Cuando él empezó á escribir, la poesía castellana, no acabada aun de restablecer de su degradacion y corrupcion antigua, estaba amenazada de otro daño todavía acaso peor. García de la Huerta en quien podria decirse que habia trasmigrado el alma de Góngora con parte de su talento y

De las ondas volables,
Que al bajar se arrojaban.
En ti las avellanas
En sed árida templan,

Odas anac

Quando abrasado miro
Allí que mas la tierra,
Y el medio árida ardiente
En las al mudo oscuras,
En ti gran frescura
Fenecible sueño enciende
El laso esmirriado,
Que en raudal ardiente
En benigna corriente
El sano resquebra,
La salud sustenta

3
1
c
c
o
v
o
l
o
l
g
n
t
q
m
s
y

MACREÓNTICAS.

De tus ondas volubles,
Que al bajar se atropellan.
En ti las avecillas
Su sed árida templan,
Sus plumas humedecen,
Jugando se recrean.

Cuando abrasado Sirio
Aflige mas la tierra,
Y el mediodía ardiente
Su faz al mundo ostenta,

En ti grata frescura
Y amable sueño encuentra
El laso caminante,
Que tu raudal anhela.

Su benigna corriente
El seno refriera,
La salud fortifica.

El voluble murmullo
De sus plácidas linfas
De mis penas agudas
Amainaba las iras.

Y en sus ondas rientes
Encantada la vista,
Invisibles, cual ellas,
Mis cuidados se huían:

Cuando en torno una rosa,
Que besar solícita,
Volar ví á un cefirillo
Con ala fujitiva.

Y entre blandos susurros,
En voz dulce y sumisa
Entendí que á la bella
Cariñoso decia:

¿Do, insensible, te vuelves?
¿Por qué, injusta, te privas
En mis juegos vivaces
De mil tiernas caricias?

Mírame que rendido,
Cuando humillar podría
Con soplo despeñado
Tu presuncion esquivá,

Que te tornes te ruego,
Y á mis labios permitas
Que los ámbaros gozen,
Que en tus hojas abrigas.

No temas, no, que ofendan
Con culpable osadía
Su rosicler hermoso,
Aunque blanda te rindas.

Que muy mas la mecían.

Y en aquel mismo punto
Escuché que benigna
Nueva voz me alentaba,
Nuncio fiel de mis dichas.

No de tímido ceses:
Insta, anhela, suplica,
Cefirillo incesante,
De tu rosa Dorila.

Y en sus dulces canciones,
Delicada tu lira
Su tibieza y sus miedos
Cual la nieve derritan.

Verás cómo á tus ansias
Cede al fin; y propicia
Las finezas atiende,
Por tí ciega suspira.

Apurando en mi copa
Las inmensas delicias,
Que á mis mas fieles guardo,
Que mi afecto le brinda.

Del Amor fué el consejo;
Y así luego entre risas
Ví á la esquivá en mis brazos
Como mil rosas fina.

Empapado, que mueven
En la nariz y el seno
Mil llamas y deleites.

Con su aliento en la sierra
Derretidas las nieves,
En sonoros arroyos
Salpicando descenden.

De hoja el árbol se viste,
Las laderas de verde,
Y en las vegas de flores
Ves un rico tapete.

Revolantes las aves
Por el aura enloquecen,
Regalando el oído
Con sus dulces motetes.

Y en los tiros sabrosos
Con que el Ciego las hiere,
Suspirando delicias,
Por el bosque se pierden.

Mientras que en la pradera,
Dóciles á sus leyes,
Pastores y zagalas
Festivas danzas tejen.

Y los tiernos cantares,
Y requiebros ardientes,

Y tras ellas los días,
Y los floridos años
De nuestra frágil vida!

La vejez luego viene
Del amor enemiga,
Y entre fúnebres sombras
La muerte se avecina:

Que escuálida y temblando,
Fea, informe, amarilla,
Nos aterra, y apaga
Nuestros fuegos y dichas.

El cuerpo se entorpece,
Los ayes nos fatigan,
Nos huyen los placeres,
Y deja la alegría.

Si esto pues nos aguarda,
¿Para qué, mi Dorila,
Son los floridos años
De nuestra frágil vida?

Para juegos y bailes,
Y cantares y risas
Nos los dieron los cielos,
Las gracias los destinan.

Ven, ¡ay! ¿qué te detienes?
Ven, ven, paloma mia,
Debajo de estas parras,
Do lene el viento aspira,

Y entre brándis süaves
Y mimosas delicias
De la niñez gozemos,
Pues vuela tan aprisa.

ODA VIII.

A LA AURORA.

SALUD, riente Aurora,
Que entre arreboles vienes
A abrir á un nuevo día
Las puertas del oriente ;
Librando de las sombras
Con tu presencia alegre
Al mundo, que en sus grillos
La ciega noche tiene.

Salud, hija gloriosa
Del rubio sol, perenne
Venero á los mortales
De alivios y placeres.

Tú de eternas rosas
Ceñida vas las sienas,
Mientras tu fresco seno
Flores y perlas llueve.

Tú de brillantes ojos,
Tú de serena frente,
Y en cuya boca manan
Risas y aromas siempre.

Cuando la hermosa lumbre
De Vénus desfallece,
De ópalo, nácar y oro
Velada le sucedes :

Y el pabellon alzando
En que su faz envuelve
Tu padre el sol, sus huellas
Nuncia feliz precedes.

Tu manto purpurado
Ondea al viento leve,
Y al par que se derrama
De las playas de oriente,

Hinche el espacio inmenso,
Y de su grana y nieve
Las bóvedas eternas
Matiza y esclarece ,

En cuanto alegre cruzas

Por sendas de claveles
Desde su escelsa cumbre
Al cárdeno occidente.

El sol que en pos te sigue,
Tus vivos rosiclères
Inflama, y retemblando
Por verlos se detiene ;

Hasta que entre sus llamas
Tú misma al fin te pierdes,
Y en su torrente inmenso
Envuelta desapareces :

Si no es que tan penada
De tu Titon te sientes,
Que por sus brazos dejas
Ya la mansion celeste.

Los céfiros fugaces,
Que en un letargo muelle
Las flores en su seno
Rendidos guardar quieren,

Con tu calor se animan,
Las prestas alas tienden,
Y en delicioso juego
Las liban y las mecen :

De do á las aves corren,
Que aun en sus nidos duermen,
Con su vivaz susurro
Pugnando que despierten.

A darte, ó bella Aurora,
Los dulces parabienes,
Y henchir con su alborada
Las auras de deleite.

Tú en tanto mas graciosa
En luz y en rayos creces,
Que en transparentes hilos
Cruzando al viento penden.

Las cristalinas aguas
Cual vivas flechas hieren,
Y hacen de bosque y prados
Mas animado el verde.

A par que sus cogollos
Alzan las ricas mieses,
Y abriéndose las flores
Sus ámbarés te ofrecen ;

Que á la nariz y al seno,
Y al labio que los bebe,
De su fragancia inundan,
Y á mil delicias mueven.

Y todo bulle y vive,
Y en regocijo hierve,
Rayando tú, que al mundo
La ansiada luz le vuelves.

Haz, ¡ay! purpúrea diosa,
Que como en faz riente
Un día fausto y puro
Benigna nos prometes;
Así en mi blando seno,
Sin ansias que lo aquejen,
La paz y la inocencia
Por siempre unidas reinen.

ODA IX.

DE UN BAILE.

YA torna mayo alegre
Con sus serenos días;
Y del amor le siguen
Los juegos y la risa.
De ramo en ramo cantan
Las tiernasavecillas
El regalado fuego
Que el seno les ajita:
Y el céfiro jugando,
Con mano abre lasciva
El cáliz de las flores,
Y á besos mil las liba.
Salid, salid, zagalas:
Mezclaos á la alegría
Comun en sueltos bailes
Y música festiva.
Venid, que el sol se esconde:
Las sombras mas benignas
Dan al pudor un velo,
Y á amor nueva osadía.
¡Oh! cuál el pecho salta!
¡Cuál en su gozo imita
Los tonos y compases
De vuestra voz divina!
Mis plantas y mis ojos
No hay paso que no finjan,
Cadena que no formen,
Y rueda que no sigan.
Huye veloz burlando
Clori del fino Aminta;
Torna, se aparta, corre,
Y así al zagal convida.
¡Con qué espresion y juego
De taile y brazos Silvia
En amable abandono
Su Palemon esquiva!
De Flora el tierno amante,
O la mariposilla,

¡Cuál sobre todas brilla!
¡Qué espalda tan airosa!
¡Qué cuello! ¡qué espresiva
Volverle un tanto sabe,
Si el rostro afable inclina!
¡Ay! ¡qué voluptuosos
Sus pasos! ¡cómo animan
Al mas cobarde amante,
Y al mas helado irritan!
Al premio, al dulce premio
Parece que le brindan
De amor, cuando le ostentan
Un seno que palpita.
¡Cuán dócil es su planta!
¡Qué acorde á la medida
Va del compás! las Gracias
La aplauden y la guian.
Y ella de frescas rosas
La blonda sien ceñida,
Su ropa libra al viento,
Que un manso soplo ajita.
Con timidez donosa
De Cloe simplecilla
Por los floridos labios
Vaga una afable risa.
A su zagal incauta
Con blandas carrerillas
Se llega; y vergonzosa
Al punto se retira.
Mas ved, ved el delirio
De Anarda en su atrevida
Soltura: ¡sus pasiones
Cuán bien con él nos pinta!
Sus ojos son centellas,
Con cuya llama activa
Arde en placer el pecho
De cuantos ¡ay! la miran.
Los piés, cual torbellino
De rapidez no vista,
Por todas partes vagan,
Y á Lícidas fatigan.
¡Qué dédalo amoroso!

¡Qué lazo aquel que unidas
Las manos con Menalca
Formó amorosa Lidia!

¡Cuál andan! ¡cuál se enredan!
¡Cuán vivamente esplican
Su fuego en los halagos,
Su calma en las delicias!

¡Oh pechos inocentes!
¡Oh union! ¡ó paz sencilla,
Que huyendo las ciudades,
El campo solo habitas!

¡Ah! ¡reina entre nosotros
Por siempre, amable hija
Del cielo, acompañada
Del gozo y la alegría!

ODA X.

DE LAS RIQUEZAS.

YA de mis verdes años
Como un alegre sueño
Volaron diez y nueve,
Sin saber dónde fueron.

Yo los llamo aflijido;
Mas pararlos no puedo,
Que cada vez mas huyen
Por mucho que les ruego:

Y todos los tesoros,
Que guarda en sus mineros
La tierra, hacer no pueden
Que cesen un momento.

Pues lejos, ea, el oro:
¡Para qué el afan necio
De enriquecerse á costa
De la salud y el sueño?

Si mas gozosa vida
Me diera á mí el dinero,
O con él las virtudes
Encerrara en mi pecho,

Buscáralo, ¡ay! entónces
Con hidrónico anhelo;
Pero si esto no puede,
Para nada lo quiero.

ODA XI.

A UN RUISEÑOR.

¡CON qué alegres cantares,
O ruiseñor, celebras

Tu dicha; y de tu amada
El tierno afan recreas!
Ella del blando nido

De tu pecho encareces
Con tu voz lisonjera!

Ya pias cariñoso;
Ya mas alto gorjeas;
Ya al ardor que te ajita,
Tu garganta enajenas.

¡Oh! no ceses, no ceses
En tan dulce tarea,
Que en delicias de oírte
Mi espíritu se anega.

Así el cielo tu nido
De asechanzas defienda,
Y tu amable consorte
Fiel por siempre te sea.

Yo tambien soy cautivo:
Tambien yo, si tuviera
Tu piquito agradable,
Te diria mis penas;

Y en sencillos coloquios
Alternando las letras,
Tú cantarás tus glorias,
Y yo mi fe sincera:
Que los malignos hombres

Burlan de la inocencia;
Y espónese á su risa
Quien su dicha les cuenta.

ODA XIII.

DE UNAS PALOMAS.

UN dia que en la vega
Bajo el nogal copado
Que da á su fuente sombra
Con los pomposos ramos,
Cantaba entretenido
Con inocente labio
De mi suerte la dicha,
Las delicias del campo.
Casi á mis piés seguras
Se bañaban jugando
Las sencillas palomas
En un limpio remanso.
Su bullicio y arrullos,
Y sus besos y halagos
Me cayeron absorto
La lira de las manos.
Libre yo, y ellas libres,
Y uno así nuestro estado,
Por instantes se hacia

Mi embeleso mas grato.
Una en medio las aguas,
Cual pequenuelo barco,
Ufanándose riza
Su plumaje galano;
Otra fija bebiendo
Del vivo sol los rayos,
Y en el raudal se sume
Para templar su estrago;
Otra estiende las alas
Cual dos móviles brazos,
Y al corriente se entrega
Que la va en pos llevando;
Y otra en plácido jiro
Revolante en el llano,
Torna cien y cien veces
Del uno al otro lado:
Ajitándose todas,
Y corriendo y saltando,
Y cruzando y tejiendo
Mil revueltas y lazos.

Cuando allá de las nubes,
Cual flamíjero rayo,
Un milano sobre ellas
Precipítase aciago;
Que en sus uñas agudas
Para bárbaro pasto
De sus pollos, ¡ ay ! roba
La mas bella inhumano:
Sin bastar á salvarla
En tan súbito caso
De mis palmas y gritos
El estrépito vano.
Derramado y sin orden,
Con mortal sobresalto,
Del ladron ominoso
Huye el tímido bando;
Y yo, el alma cubierta
De amargura y espanto,
Con la vista le sigo,
Con mi voz le amenazo.
¡ Desvalida inocencia,
Siempre mísero blanco
Del poder fiero, siempre
De sus iras estrago !

ODA XIV.

DE UN CONVITE.

VED, amigos, cuál llega

Ya delicioso el mayo,
En las plácidas alas
Del céfiro llevado.

Grata Flora en su obsequio
Le engalana los campos,
Mil flores por do quiera
Desparciendo su mano.

Cojamos las mas lindas;
Y alegres emulando
Las risas y banquetes
Que libre canta Horacio;

De yedra coronadme,
Yo en torno haré otro tanto:
Y ornad copas y mesa
De pimpollos y ramos.

La rosa esté en los pechos
Del dulce Amor esclavos;
¿Y quién de sus arpones
Escapa en nuestros años?

La rosa que á Citéres
Su seno purpurado
Y del hijo á los besos
Su aroma debió grato.

Llevemos todos rosas,
Pues que todos amamos;
Y quien cuidados llore,
Por hoy les dé de mano.

Que yo al ver cuál incauta
Dorila á cada paso
Me muestra que me adora,
Perdido la idolatro.

Aun niña y simplecilla,
Un dia con mis labios
Comuniqué á los suyos
El fuego en que me abraso.

De entónces al mirarme,
De un vivo sonrosado
Anímase, y su seno
Se eleva palpitando.

Aquí pues á la sombra
Del álamo copado,
Donde mil pajaritos
Cruzan de ramo en ramo,

Y acarícianse tiernos,
Y gozan, y á otros lazos
Para nuevas delicias
Escápanse voltarios;

Do entre guijas y trébol
Con sus trémulos pasos
Murmullante el arroyo
Nos aduerme saltando;

La fiesta celebremos:

Ni el rostro mas travieso
Podrán regocijarnos.

Del dia que nos rie,
Gocemos, pues en vano
Será inquirir si un otro

Nos lucirá mas claro.

Discípulo de Apéles,
Cual yo te la pintare,
Retrátame mi ausente,
Cual sale, cuando rie
La aurora por oriente,
Tras sus mansas corderas
Al valle á entretenerse.

Sueltas las trenzas de oro,
Y al céfiro que leve
Licencioso volando,
Las ondea y revuelve.

Encima una guirnalda,
Cuyas rosas releven
El contraste agraciado
De las cándidas sienas:

De do con aire hermoso
De sencillez alegre,
La tersa frente asome,
Cual plata reluciente.

Mas para que la gracia
Le dés con que se tiende,
La fragante azucena
Te prestará su nieve.

Luego en las negras cejas
Tu habilidad ordene
La majestad del arco,
Que nace cuando llueve;

Y al traidor Cupidillo
Podrás tambien ponerme,
Que en medio esté asentado,
Y á todos vivaz fleche.

Los ojos de paloma,
Que á su pichon se vuelve,
Rendida ya de amores,
Y un beso le promete.

De llama las pupilas,
Que bullan y se alegren;
Mil lindos Amorcitos
Jugando en torno vuelen.

Y porque el fuego apague
Que sus rayos encienden,
La nariz proporciona
Tornátil y de nieve.

Tras esto entre los labios
Deshoja mil claveles,
Que nunca puedes darles
La púrpura que tienen.

Su boca...; pero aguarda:
Los pequenuelos dientes
Haz de menudo aljófara,
Que unidos no discrepen.

ODA XVI.

A UN PINTOR.

En esta breve tabla,

Y dentro, si á ello alcanzas,
 Cuando la lengua mueve,
 Dulce un panal, que afuera
 Destile hibleas mieles.

Como abejas las Gracias,
 Que con susurro leve
 Volando en el verano,
 En torno van y vienen.

Dos virjinales rosas
 Las mejillas, cual suelen
 Brillar, cuando sus perlas
 La aurora en ellas vierte.

Cargando todo aquesto
 Con proporcion decente
 Sobre el enhiesto cuello,
 Que mil corales cerquen.

Los hombros dél se aparten;
 Y en el hoyuelo empieze
 El relevado pecho,
 Tan albo que embelese.

Pon al sediento labio
 En sus pomas turjentes
 Dos veneros del néctar
 De la mansion celeste.

La vestidura airosa
 De armiños esplendentes,
 Los cabos arrastrando
 Que el valle reflorecen.

Un leonado pellico
 Por cima; y que le cuelguen
 Cien trenzas de oro y seda,
 Que su opulencia ostenten.

¡Pero ah! cesa, profano,
 Que las gracias ofendes
 De mi ausente adorable
 Con tus rudos pinceles.

Y yo á sus brazos corro,
 Donde el Amor me ofrece
 El premio de mis ansias,
 Y el colmo de sus bienes.

ODA XVII.

DONDE HALLÉ AL AMOR.

De mi donosa al lado,
 Seguía de amor ciego
 De sus amables ojos
 El dulce movimiento.

Que ora en llamas vivaces
 Centellaban inquietos,

VI.

Evitando el encuentro;

Ora hallarlas querian;

Y ora en lánguido fuego

Sobre mí se fijaban

Desmayados y tiernos.

Entonces, ¡ay! entonces

Mi crédulo deseo

Ver pensó deslumbrado

Al niño Amor en ellos.

Y alentado del mismo,

Atrevido, sin seso,

Todo su númen quise

Trasladar á mi seno.

Empero mis amores,

Donosa sonriendo,

¡Ay! dijo: no en mis ojos

Está el Amor, ó necio,

Sinó en mi boca: y blanda,

Los labios entreabiertos

De célica armonía

Llenó su voz el viento.

Y al oirla encantado,

Corrí loco á su encuentro;

Y hallé al fin venturoso

Al Rapaz ceguezuelo.

Halléle de sus trinos

En el almo embeleso;

Y en sus purpúreos labios

Y aromático aliento.

Así feliz de entonces,

Cuando á Amor hallar quiero,

Corro á su amable boca,

Y allí, allí le sorprendo.

ODA XIX.

EL ESPEJO.

TOMA el luciente espejo,
Y en su veraz esfera
Ve, Dorila, el encanto
De tu sin par belleza:

La alba frente en contraste
Con las hermosas cejas,
Que en arco prolongadas
Dos iris asemejan:

La gracia de tus ojos,
En cuya ardiente hoguera
Flechando sus arpones
Amor su trono asienta:

Su majestad afable,
Y esa languidez tierna
De su mirar, ó cuando
Rientes centellean:

Tu boca y tus mejillas,
Do esparce primavera,
Sus rosas y claveles,
Derrama sus esencias:

Ese tu enhiesto cuello,
El seno, las dos pellas
Que en él de firme nieve
Elásticas se elevan:

Y ondulando süaves,
Cuando plácida alientas,
Animarse parecen,
Y su cárcel desdeñan.

Ve el aire de tu talle,

De las Gracias guiada
Formarte muy mas bella.

De cien vistosas flores
Ornar tus blondas trenzas,
Relevar con sus rizos

La frente de azuzena:

Gobernar de tus ojos
Las miradas arteras,
Y fijar de sus niñas

La inocente licencia:

Adiestrar en su juego
La boca pequeñuela;

La sonrisa en sus labios

Hacer mas halagüena,

Mas donosos los quiebros
De tu linda cabeza,

Tu andar aun mas picante,

Tu talla mas esbelta.

¡Yo, triste! contemplarlo

No puedo, sin que sienta

Doblarse mis pesares,

Mas grave mi tristeza.

Ayer en él buscaba

Tu imájen, y en vez de ella

Ví abatido mi rostro,

Mis ojos sin viveza,

Aridas las mejillas,

Mi boca sin aquella

De risas y donaires

Festiva competencia:

Do quier en fin marcadas

Mil dolorosas huellas

De tu rigor injusto,

De mi infeliz terneza.

Así tú en el espejo

Consultándolo encuentras

A Vénus y sus Gracias,

Yo un retrato de penas.

ODA XX.

LA TORTOLILLA.

¡OH dulce tortolilla!

No mas la selva muda

Con tus dolientes ayes

Molestes importuna.

Deja el arrullo triste;

Y al cielo no ya mustia

Te vuelvas, ni angustiada

Las otras aves huyas.

¿Qué valen, ¡ay! tus quejas?
 ¿Acaso de la oscura
 Morada de la muerte
 Tu dueño las escucha?
 ¿Le adularás con ellas?
 ¿O allá en la fría tumba
 Los míseros que duermen,
 De lágrimas se cuidan?
 ¡Ay! no; que do la Parca
 Los guarda con ley dura,
 No alcanzan los gemidos,
 Por mas que el aire turban.
 En vano te querellas:
 ¿Do vuelas? ¿porqué buscas
 Las sombras, ¡ó infelice!
 Negada á la luz pura?
 ¿Por qué sola, azorada,
 De tí misma te asustas;
 Y en tu arrullo te ahogas
 En tu inmensa amargura?
 Vuelve, cuitada, vuelve;
 Y á llantos de viüda
 Del blando amor sucedan
 De nuevo las ternuras.
 Orna el hermoso cuello:
 Los ojos desanubla;
 Y aliña artificiosa
 Las descuidadas plumas.
 Verás cual de tu pecho
 Su ardor benigno muda
 Los duelos y pesares
 En risas y venturas.

ODA XXI.

Cesaron, ven y goza
 Por premio mil delicias.
 El llega: y de cobarde
 Con vueltas repetidas
 Te rodea, y tu lado
 Jimiendo solicita.
 Rueda y rueda, y se ufana,
 Tú piando le animas;
 Y él mas y mas sus vueltas
 Estrecha y multiplica....
 ¡Oh tórtola dichosa!
 ¿Do vuelas? ¿tus caricias
 Le niegas? ¿ó así huyendo,
 Su ardiente amor irritas?
 Ya paras; ya al arrullo
 Respondes; ya lasciva
 Le llamas, y á besarlo
 Ya el tierno pico inclinas.
 Tu espléndido plumaje
 Se encrespa y al sol brilla:
 Tus alas se conmueven;
 Y jimes y te ajitas.
 ¡Felices tú y tu amante,
 Feliz la haya florida
 Que en delicioso lecho
 Con dulce paz os brinda!

Mudos los pajarillos,
Del diluvio á cubierto,
Entre el fosco ramaje
Yacian sin aliento.

El cielo encapotado
De un ominoso velo,
Del mundo retiraba
Las luces del sol bello;
Y el reino de las sombras,
Y su fúnebre duelo
Entre estrépito tanto
Se anunciaban eternos.

Cuando súbito el muro
De las nubes rompiendo,
Riquísimo en fulgores
Se ostenta el rubio Febo:
Corriendo de repente,
Cual un raudal inmenso,
Los rayos celestiales
De su alto trono al suelo.

Disípanse las nubes,
Y al nuevo sol opuesto
Despliega sus matices
El iris á lo léjos,

La esfera iluminada,
En un plácido oreo

De la pena el contento.

ODA XXIII.

DE UN HABLAR MUY GRACIOSO.

DAN tus labios de rosa,
Si los abres, bien mio,
El mas sabroso néctar
Y el aroma mas fino.

Dan el almo deleite,
Que allá en el alto Olimpo
Gozan los inmortales,
Y enajena el sentido.

El ámbar de la rosa
Al albor matutino,
Al perfume que exhalan
No es de igualarse digno.

La süave miel que liban
Del romeral florido
Las abejas, con ellos
Causa amargor y hastío.

El sabor delicioso
Del maspreciado vino
Es al labio sediento
Menos dulce y subido.

Su acento es muy mas grato
Que el amoroso trino
Del ruiseñor, que el vuelo
Del fugaz cefirillo.

Porque todas sus llamas,
Donaires y cariños,
Y encanto y delicias
Amor les dió benigno.

ODA XXV.

A MI LIRA.

¿DÓNDE están, lira mia,
Los sonos delicados,
Con que un tiempo adurmieras
Mis agudos quebrantos,

Endulzaste mis ocios,
Y el contento en mi labio
Al compás de tus trinos
Me adulara mas grato?

Tú, amable compañera,
Mi delicia y regalo,
Siempre feliz pendiste
Blando honor á mi lado:

Bien al reir del alba,
Mirando el denso manto
Plegarse de las sombras
Fugaz ante sus pasos:

Bien si glorioso Febo
Con todo su boato
Descollaba de luces
Sobre el fúljido carro;

O en la lóbrega noche,
Cuando su horror opaco
Mas sublimes y graves
Me inspiraba los cantos.

Y dulce á mis amigos,
Con mimos y regalos
Preciado de las bellas,
Y en las naciones claro,

Por sus sonos alegres
De humildes y medianos
Cual de escelsos señores
Me gozara buscado:

Con estrépito alegre
Por sus fiestas vagando

Los tonos, que benignas
Las musas me enseñaron.

Yo embebecido en torno
Con tu armónico canto,
Te consagré rendido
Cuanto tuve mas caro:

De Pluto la riqueza,
La ambicion y sus mandos,
De la corte los humos,
Del ocio los halagos.

Siempre en tus cuerdas de oro
Mi solícita mano,
Y solo en pos corriendo
De la gloria y tus lauros.

¡Y ya ingrata me olvidas!
¡Y pulsándote en vano,
No responden tus trinos
A mi ardiente entusiasmo!

Vuelve, ó lira, y no ceses;
Que á tu célico canto
Desparecen las penas,
Reflorece los años.

Y vosotras, deidades,
Del escelso Parnaso,
Sostened al poeta,
Y alentad su desmayo.

Que él constante en sus cultos,
Irá en su último ocaso
Hasta el Lete ominoso
Vuestras glorias cantando:

Do Caron á escucharlas
Parará el triste barco,
Y el Cerbero trifauce
Sus aullidos insanos.

No hace nada que el bosque
 Florecidas cubriendo,
 La vista embelesaban
 Con su animado juego,
 Cuando entre ellas vagando
 El cefirillo inquieto,
 Sus móviles cogollos
 Colmó de alegres besos.

Las dulces avecillas
 Ocultas en su seno
 El ánimo hechizaron
 Con sus sonoros quiebro;
 Y entre lascivos píos,
 Llagadas ya del fuego
 Del blando amor, bullian
 De aquí y de allá corriendo;

Los mas despiertos ojos
 Su júbilo y el fresco
 De las sombras amigas
 Solicitando al sueño.

Pero el Can abrasado
 Vino en alas del tiempo,
 Y á su fresca verdura,
 Mancilló el lucimiento.

Sucedióle el otoño,
 Tras dél árido el cierzo
 Con su lánguida vida
 Acabó en un momento;

Y en lugar de sus galas,
 Y del susurro tierno
 Que al mas leve soplillo
 Vagas antes hicieron,

Hoy muertas y ateridas
 Ni aun de alfombrar el suelo
 Va valen: y la planta

Tiene pocos afanes,
 Para darle otros nuevos,
 Y añadirle pesares.

Aténgome á mi Baco,
 Que es risueño y afable;
 Pues los sabios, Dorila,
 Ser felices no saben.

¿Qué me importa que fijo,
 Cual un bello diamante,
 Esté el sol en el cielo,
 Como él nazca á alumbrarme?

La luna está poblada...
 Mas que tenga millares
 De vivientes; pues que ellos
 Ningun daño me hacen.

Quita allá las historias:
 Que del Danubio al Gánjes
 Furioso sus banderas
 El Macedon llevase,

¿Qué nos hará, Dorila?
 Si por mucho que pasten,
 Sobra á nuestras corderas
 La mitad de este valle.

Pues si no á la Justicia...
 Venga un sorbo al instante,
 Que en nombrando esta diosa
 Me estremezco cobarde.

Los que estudian, padecen
 Mil molestias y achaques,
 Desvelados y tristes,
 Silenciosos y graves.

¿Y qué sacan? mil dudas;
 Y de estas luego nacen
 Otros nuevos desvelos,
 Que otras dudas les traen.

Así pasan la vida,
 ¡Vida cierto envidiable!
 En disputas y en odios,

Sin jamás concertarse.
 Dame vino, zagala;
 Que como él no me falte,
 No hayas miedo que cesen
 Mis alegres cantares.

ODA XXVIII.

DE DORILA.

AL prado fué por flores
 La muchacha Dorila,
 Alegre como el mayo,
 Como las Gracias linda.

Tornó llorando á casa
 Turbada y pensativa;
 Mal trezado el cabello
 Y la color perdida.

Pregúntanla que tiene:
 Y ella llora aflijida:
 Háblanla; no responde:
 Ríñenla; no replica.

¿Pues qué mal será el suyo?
 Las señales indican,
 Que cuando fué por flores,
 Perdió la que tenia.

CREÓNTICAS.

Y á Vénus cipriota?
Ciñámonos las sienes
De hiedra vividora:
Brindemos, y aunque el euro
Combata con el bóreas,
¿Qué á nosotros su silbo,
Si el pecho alegre goza
De Baco y sus ardores,
De Vénus y sus glorias?
Acuérdome una tarde,
Cuando Febo en las ondas
Bañaba despeñado
Su fúljida carroza;
Que yo al hogar cantaba
De mi inocente choza,
Mientras bailaban juntos
Zagales y pastoras,
De nuestro amor sencillo
La suerte venturosa:
Riquísimo tesoro,
Que en ti mi pecho goza.
Y haciendo por tu vida,
Que tanto á España importa,
Mil súplicas al cielo,
Con voces fervorosas;
Cojí en la diestra mano,
Cojí la diestra mano,

Cuando el rubio sol nace,
 Las perlas de que el alba
 Llenó su tierno cáliz.

Ni su albor puro sienta
 La azucena fragante,
 Por vosotras ajado,
 Si buscáis azahares.

Y el clavel oloroso
 Para la bellas guarde
 Su pompa; y con la nieve
 De sus pechos contraste.

Mas los labios floridos
 Asaltad susurrantes
 De mi amada; y el néctar
 Que destilan, robadle.

Allí nardo, y aromas,
 Y dulzor inefable,
 Y líquido rocío
 Hallaréis abundante.

Pero dad á los míos,
 Del feliz robo parte,
 Sin que á herirlos se atreva
 Vuestro dardo punzante;

Que es su boca divina
 Venero inagotable
 De miel suave y pura,
 De gracias celestiales.

ODA XXXIV.

A BACO.

¡HONOR, honor á Baco,
El padre de las risas,
De las picantes burlas,
De la amistad sencilla!

¡Honor, honor á Baco,
El dios de las provincias,
Que el Málaga, el Tudela
Y el Valdepéñas crían!

El la jovial franqueza,
El la igualdad inspira,
Y en fraternales lazos
Los corazones liga.

Alas al jenio ofrece,
Calor á la armonía,
Y á los claros poetas
Templa acorde la lira.

Sobre los pechos tristes
Derrama la alegría;
Y enjuga nuestros lloros
Con mano compasiva.

Con su licor divino
No hay duelo ni fatiga
Que el ánimo desmayen,

En Náxos triunfó un dia.

Llorar vióla, y dolióse,
Y en sus labios destila
Del licor, que las mesas
Del cielo regocija.

La bella á su don grata
Miróle enternecida,
Luego en sus llamas arde
Y hoy con los astros brilla.

En hombros de sus faunos
Ved, cual la copa henchida
De jerezano néctar,
Regocijado mira.

Mal fija la guirnalda,
Ya trémula la vista,
A todos á que brinden
Solícito convida.

Los silenos beodos
Forman su compañía,
Sus bulliciosas danzas
Bacanales y ninfas.

¡Honor, gritando todos,
Al dios de las vendimias!
¡Honor, honor á Baco,
El padre de las risas!

ODA XXXV.

DE MIS DESEOS.

¿QUE te pide el poeta?
¿Dí, Apolo, qué te pide,
Cuando derrama el vaso?
¿Cuando el himno repite?

No que le des riquezas,
Que necios le codicien;
Ni puestos encumbrados,
Que mil cuidados siguen.

No grandes posesiones,
Que abrazen con sus lindes
Las fértiles dehesas
Que el Guadiana ciñe.

Ni menos de la India
La concha y los marfiles,
Preciadas esmeraldas,
Lumbrosos amatistes.

Goze, goze en buen hora,
Sin que yo se lo envidie,
El rico sus tesoros,

Sus glorias el felice:

Y el mercader avaro,

Que entre escollos y sirtes
De oro vaga sediento,
Cuando la playa pise;

Con perfumados vinos
A sus amigos brinde
En la esmaltada copa,
Que su opulencia indique.

Que yo en mi pobre estado
Y en mi llaneza humilde
Con poco estoy contento,
Pues con poco se vive.

Y así te ruego solo
Que en quietud apacible
Inocentes y ledos
Mis años se deslizen;

Sin que á ninguno tema,
Ni ajeno bien suspire,
Ni la vejez cansada
De mi lira me prive.

ODA XXXVI.

LAS AVES.

DORILA esquiva, tente,
Y escucha los suspiros
Que da la tortolilla,
Llorando á su querido.

Mira cómo en el árbol
Mas seco, ronco el pico,
Sin luz el cuello hermoso,
Los ojos descaídos,
Se queda desmayada;
Y al cielo compasivo
Se vuelve, cual si diera
El último quejido.

Mírala ya elevada,
Ya inmóvil, ya al ruido
Mas leve atenta, que hace
Del viento el rauda silbo.

La muerte hirió á su esposo:
Fiel ella en su cariño,
Cierra el llagado pecho
De amor al dulce alivio.

De chopo en chopo vaga
Buscando aquellos sitios
Mas lóbregos, que aumenten
Su duelo y su martirio.

¡O tórtola infelice!
¡Cuitada! ¿qué delirio
Te arrastra? ¿qué aprovecha

Tan ciego desvarío?
 ¡Por qué con roncós ayés
 Profanas el asilo,
 Do solo de amor suenan
 Sus delicados himnos?
 ¡Oh! ¡qué en tu mal te engañas!
 ¡Te engañas! si el oído
 Rebelde á los halagos
 Cierras del nuevo amigo.
 Las otras aves mira:
 ¡Qué fáciles! ¡qué vivos
 Son siempre sus placeres!
 ¡Qué amorosos sus pios!
 No buscan, no, las sombras:
 El valle mas florido
 Sus dichas ve y suspira
 Con sus alegres trinos.
 Ya en una débil rama
 Al impulso benigno
 Se mecen y recrean
 Del vago cefirillo:
 Ya la risueña fuente
 Las ve en afán prolijo
 Peinar sus bellas plumas
 Al rayo matutino:
 Ya en la yerba saltando
 Y en alegre bullicio,
 El ánimo enajenan
 Con mil juegos festivos,
 ¡Felices avecillas!
 ¡Oh! ¡cómo yo os envidio!
 ¡Oh! ¡si tan dulce suerte
 Gozara el pecho mio!
 Un gusto, unos placeres,
 Un venturoso olvido
 De lo pasado; libres
 De envidias, de partidos,
 Ni conoceis los zelos,
 Ni el pundonor altivo;
 Vivir y amar compone
 Vuestro feliz destino.
 ¡Qué ejemplo! ¡qué lecciones!
 ¡Serán, mi bien, contigo
 Inútiles? ¡tu pecho
 Será por siempre tibio?
 No, Dorila; en buen hora
 Siga en su duelo esquivo
 La tórtola; y tú imita
 Los tiernos pajarillos.

ODA XXXVII.

AL VIENTO.

VEN, plácido favonio,
 Y agradable recrea
 Con soplo regalado
 Mi lánguida cabeza.
 Ven, ó vital aliento
 Del año, de la bella
 Aurora nuncio, esposo
 Del alma primavera:
 Ven ya; y entre las flores,
 Que tu llegada esperan,
 Ledo susurra y vaga,
 Y enamorado juega.
 Empápate en su seno
 De aromas y de esencias;
 Y adula mis sentidos
 Solícito con ellas.
 O de este sauz pomposo
 Bate las hojas frescas
 Al ímpetu süave
 De tu ala lisonjera.
 Luego á mi amable lira,
 Mas bullicioso llega;
 Y mil letrillas toca
 Meciéndote en sus cuerdas.
 No tardes, no, que crece
 Del crudo sol la fuerza,
 Y el ánimo desmaya
 Si tú el favor le niegas.
 Limpia, oficioso, limpia
 Con cariñosa diestra
 Mi ardiente sien; y en torno
 Con raudó jiro vuela.
 Yo regaré tus plumas
 Con el alegre néctar
 Que da la vid, cantando
 Mi alivio y tu clemencia.
 Así el abril te ria
 Contino; así las tiernas
 Violas, cuando pases,
 Te besen halagüeñas:
 Así el rocío corra
 Cual lluvia por tu huella,
 Y en globos cristalinos
 Las rosas te lo ofrezcan:
 Y así cuando en mi lira
 Soplares, yo sobre ella
 A remedar me anime

Tus silbos y tus quejas.

ODA XXXVIII.

DE LOS EMPLEOS.

¿Por qué en ocio y olvido
Vivo humilde en mi aldea,
Demandáis impacientes ;
Y aun culpáis mi pereza ?

Por qué, amigos, los cargos,
Mientras son de mas cuenta,
Mas escollos ofrecen,
Mas cuidados enjendran :

Y abrumado y sumido
En zozobras y velas,
Para sí nada vive
Quien iluso los lleva.

Blanco triste á la envidia
Que en herirle se ceba,
Sus aciertos apoca,
Sus deslices aumenta.

Si á su sombra pudiese
Yo la odiosa carrera
Detener de los años,
Que tan rápidos vuelan ;

Si una cana, una ruga
En mi frente ó cabeza
Esquivar bajo el solio
De la ríjida Astrea ;

A mi fe, que no huiria
De cobarde la empresa,
De trepar por sus gradas
Do mas alto se asienta.

Y á mi rostro apropiando
Su jenial aspereza,
De la lúgubre toga
Mis espaldas cubriera.

Mas si entónces ahogado,
Y cual siervo en cadena,
Para el canto y la lira
Ni un instante tuviera ;

Ni uno libre que darles
Ni á mi blanda terneza,
Ni á los dulces amigos,
Ni al placer y las bellas ;

Tropezando en las sombras
De embrolladas sentencias,
Que afirmándolo todo
Nada claro presentan :

Allá vayan los cargos,

REÓNTICAS.

Gozoso devaneo.

El uno de las mieses ,
El otro del viñedo
Me informan, y me añaden
Las fábulas del pueblo.

Pondero sus consejas,
Recojo sus proverbios ,
Sus dudas y disputas
Cual árbitro sentencio.

Mis votos se celebran ;
Todos hablan á un tiempo :
La igualdad inocente
Rie en todos los pechos.

Llega luego el criado
Con el cántaro lleno ,
Y la alegre muchacha
Con castañas y queso ;

Y todo lo coronan
En fraternal contento
Las tazas que se cruzan
Del vino mas añejo.

Así mis faustos dias,
De paz y dicha llenos ,
Al gusto que los mide
Semejan un momento.

ODA XLI.

EL AMOR FUJITIVO.

POR morar en mi pecho
El traidor Cupidillo ,
Del seno de su madre
Se ha escapado de Gnido.

Sus hermanos le lloran ;
Y tres besos divinos
Dar promete Dione ,
Si le entregan el hijo.

Mil amantes le buscan ;
Pero nadie ha podido
Saber, Dorila, en donde
Se esconde el fujitivo.

¿ Daréle yo á Citéres ?
¿ Le dejaré en su asilo ?
¿ O iré á gozar el premio
De besos ofrecidos ?

Tres de aquel néctar llenos
Con que á su Adónis quiso
Comunicar un dia
Las glorias del Olimpo.

¡ Ay! tú, á quien por su madre

ODA XLIV.

EL PECHO CONSTANTE.

COMBATIDA la encina
De huracanes terribles,
Inmóvil en su asiento
Su estrépito resiste ;

Por sus ásperas hojas,
Que sus alas oprimen,
Resonando los silbos
En quejido mas triste.

Mas su ruda firmeza
Con el tronco compite,
Pues ni el choque las rompe,
Ni su empeño las rinde.

Y la copa ondeante,
Que á los cielos sublime
Sobre todos descuella,
Y á la selva preside,

Si en el hórrido choque
Se domeña flexible,
Pasa el ímpetu, y se alza
Mas lozana y mas firme.

Sin cuidarse las aves
Que allí plácidas viven,
Si por fuera los vientos
Entre sí airados riñen :

VI.

Cuyo segundo
Jamás sus pasos tuerce,
Jamás les fué nocivo!

ODA XLVI.

DEL MEJOR VINO.

PRECIADOS son los vinos
Que en pródigo regalo
Dió á su feliz España,
Dorila, el padre Baco.
Uno el gusto y los ojos
Solicita saltando,
Si otro mas los enciende
Con su punzante amargo.
Y el otro que á las bellas
Adula azucarado
Al paladar endeble,
Su ardor hace mas grato.
Ornase cual la noche
De un velo aquel opaco,
Y este fúlvido brilla
Mas que el oro en el vaso.
El Málaga es famoso,
Y á par que el Jerezano,
La Nava y Alicante
Por siempre serán claros
Entre cuantos penetren
Los íntimos arcanos

ODA LI.

DE MIS VERSOS.

DICEN que alegre canto
Tan amorosos versos,
Cual nuestros viejos tristes
Nunca cantar supieron.

Pero yo que sin sustos,
Pretensiones ni pleitos,
Vivo siempre entre danzas
Retozando y bebiendo,

¿Puedo acaso aflijirme?
¿Pueden mis dulces metros

No bullir en las llamas
De Cupido y Lieo?

¿Por qué los que me culpan,
De vil codicia ciegos,
Inicuos atesoran,
Y gozan con rezelo?

¿Por qué en fatal envidia
Hierven y horror sus pechos,
Cuando riente el mio
Nada en jenial contento?

¿Por qué afanados velan,
Mientras que en paz yo duermo,
Tras el fugaz fantasma
De la ambicion corriendo?

Bien por mí seguir puede
Cada cual su deseo;
Pero yo antes que al oro,
A los bríndis me atengo.

Y antes que á negras iras,
O á deleznablez puestos,
A delicias y gozos
Libre daré mi pecho.

Vengan pues vino y rosas,
Que mejor que no duelos
Son los sorbos süaves
Con que alegre enloquezco.

Así á Dorila dije,
Que festiva al momento
Me dió llena otra copa,
Gustándola primero;

Y entre mimos y risas,
Con semblante hálagüeno
Respondióme: ¿qué temes
La grita de los viejos?

Bebamos, si nos riñen,
Bebamos y bailemos;
Que de tus versos dulces
Yo sola juzgar debo.

ODA LII.

EL CONSEJO DE MINERVA.

TRISTE el amor un dia
Quejóse á Citerea,
De que el mundo sus aras
Fementido desdeña.

Ya, decia, no hieren
Mis aladas saetas,
Que un tiempo el mismo Jove

Temblaba por certeras.

Todos, madre, las burlan,
Y con risa celebran
Los suspiros y ruegos,
Y mimosas querellas,
Con que antes mil beldades
De gracia y rubor llenas,
Y miles de amadores
Me ornaban sus ofrendas.

Estos solo orgullosos,
Por mas fáciles, piensan
En vulgares banquetes,
Fastidiando mi néctar.

Y las necias muchachas,
Mariposas ligeras,
El valor no conocen
De una afable entereza;

Ni el imperio que alcanza
Sobre el mismo que ruega,
La inocente repulsa,
Que á mas ruegos empeña:

O cual dobla sus nudos
La rendida fineza,
Y mis triunfos sazona
La dulce resistencia.

Los benignos desdenes,
La picante reserva,
Las tímidas miradas,
La virjinal modestia,

Como sueños se olvidan,
Y se siguen y precian
El antojo voluble,
La liviana franqueza.

Con que en pos las dulzoras
Que mi copa presenta,
Corren siempre; y burladas
Solo acíbar encuentran.

Cual ilusos los hombres,
En su ardiente impaciencia,
Olvidando mi númen,
A su sombra se entregan.

Y de ti luego injustos
Todos, madre, se quejan;
Y en los brazos del tedio
De mi nombre blasfeman.

Oyó al penado niño
La severa Minerva,
Que á Citéres rogaba,
Que sus gracias le ceda,

Para hacer de las lirás
De cien claros poetas

Vela tus dulces hijos,
Con tu amada partiendo
Tan precioso destino.

Yo me enajeno al verte,
Bullicioso y festivo
Ir y volver en torno
Con solícitos jiros:

Ya posarte de un lado,
Y en un grato delirio
Celebrar tus venturas
Con armónicos trinos:

Ya piando allegarte,
Por dividir mas fino
Entre su madre y ellos
Los besos de tu pico:

O en la menuda yerba
 Buscarles con ahinco
 El goloso alimento
 De algun leve granillo;

En contraste gracioso
 Con su verde subido
 De tu lindo plumaje
 Lo bayo y amarillo.

Tu feliz compañera,
 Mas atenta en su alivio,
 De su seno amoroso
 Les da en tanto el abrigo:

Y acá y allá escuchando,
 El mas leve rüido
 De un ramillo, una hoja
 Se le abulta un peligro;

Con que tímida, ahincada
 Los estrecha consigo,
 Mas y mas donde suena,
 Fijos vista y oido.

Vuelves tú, y se asegura;
 Y en suavísimos pios
 Las zozobras te cuenta,
 Que su amor ha sentido.

Y los tiernos polluelos,
 Abiertos los piquillos,
 El tuyo solicitan
 Con incesante grito;

Hasta que de tu seno
 Les dispensas benigno
 El sustento, calmando
 Su voraz apetito;

Sin contarse un instante,
 En que menos activo
 Los descuide tu anhelo,
 Ni ceseis en sus mimos.

¡Avecillas felices!
 ¡Con qué placer envidio
 Vuestra union inocente,
 La delicia en que os miro!

Vuestra viva impaciencia,
 Y esos blandos suspiros,
 Tantos quiebros y halagos
 Sin cesar repetidos;

Todo, todo embriaga
 De gozo el pecho mio,
 Y en pos loco me lleva
 De mil dulces prestijios.

El cielo os libre fausto
 Del gavilan maligno,

Como yo de los hombres
 Guardaré vuestro asilo;
 Para serles de ejemplo
 Con amor tan sencillo
 De paternal ternura,
 De conyugal cariño.

ODA LIV.

EL CANTO DE LA ALONDRA.

¿DÓNDE estás, avecilla,
 Que por mas que en buscarte
 Mis ojos por el viento
 Solícitos se afanen,

Dar contigo no pueden,
 Cuando tú te deshaces
 En llenarlo armoniosa
 De tus pios süaves?

¿Dónde estás? ¿cómo el vuelo
 Tanto, alondra, encumbraste,
 Que la vista mas lince
 Desfallece en tu alcance?

Y tú el canto redoblas,
 Y en mas llenos compases
 Ensordecas la esfera,
 Y enmudecas las aves.

Tu voz sola se escucha,
 Que en trinos penetrantes
 Desciende, de do el alba
 Las puertas al sol abre:

Su alegre mensajera
 Con música incesante
 Del sueño en que se olvidan
 Llamando á los mortales,

A que gozen y admiren
 La pompa con que nace,
 Y empieza entre arreboles
 Su trono de oro á alzarse.

Yo á todos me anticipo,
 Y en este umbroso valle,
 Durmiendo aun tú, ya miro
 Si rayan sus celajes:

Que nunca el dios del sueño
 Visita favorable
 Los pechos que suspiran
 En duelos y pesares.

Tú cantas, avecilla,
 Y en quiebros agradables
 Del júbilo en que hierves,

Pareces darnos parte.

Al nuevo día aguardas,
Sin miedo de emplearle
Ni en cargos que te abrumen,
Ni en necios que te enfaden.

Siguiendo en tus gorjeos
Y trinos celestiales,
Hasta que el sol en brazos
Se apaga de la tarde.

Y siempre exenta y libre,
Do quiera que te place,
Discurres vagarosa
Con ala revolante.

Ya plácida te meces,
Ya rápida te abates,
Ya recta te sublimas,
Doblando tus cantares.

La vista que te sigue,
No alcanza ya á mirarte,
O un punto te divisa
Inmóvil en los aires.

¡Dichosa tú, á quien cupo
Tan libre ser, y sabes
Sin velas ni zozobras
Pacífica gozarle!

Yo atado á un triste cargo,
Cual siervo en dura cárcel,
No alcanzo de este suelo
Ni un punto á separarme.

Tus alas, tu soltura,
Tu independenciam dame,
Yo iré donde á mi suerte
Jamás tu suerte iguale.

Tú cantas y te gozas;
Yo envuelto en ansias graves,
Mis cantos en suspiros
Ví súbito tornarse.

Tú á la alma primavera,
Que el manto ya flotante
Despliega, y colma el mundo
De júbilo inefable,

Canora te anticipas,
Sintiendo ya inundarse
Tu seno en las delicias
De amor, esposa y madre.

Mientras yo solo en ella
De mi existencia frágil
La débil llama tiemblo
Ir súbito á apagarse.

Apenas mal seguro
Del golpe inexorable,

Que amaga de mis días
El delicado estambre,
Del fúnebre Aqueronte
Tocando ya la márjen,
Do las pálidas sombras
Se espesan á millares,
Y al viejo triste ruegan
Que en su batel las pase
Allá do en uno irémos
Pequeñuelos y grandes,
Y do ni por tesoros,
Ni por ínclita sangre,
Ni omnipotente cetro
Jamás se huyera nadie:

Sin que tus dulces trinos,
Alondra amada, basten
A desprender mi mente
De esta ominosa imájen.

Ufana tus venturas
Celebra, ó feliz ave;
Que á mí no es dado, ¡ay triste!
Sino llorar mis males.

ODA LV.

A ANFRISO.

*Que ni la voz ni la lira son ya por mis años
á propósito para la poesía.*

No suena ya, no suena
Mi lira, dulce amigo,
Cual en los faustos días
De mi verdor florido.

La voz quebrada y débil
Ya los sublimes trinos
Del ruiñeñor no alterna,
Ni sus dolientes pios.

Un tiempo, cuando el alba
Aun con dudoso brillo
Sembraba por los prados
Su aljófar cristalino,

En pos de sus fulgores
Me oyera el bosque umbrío
Con balbuciente labio
Llamar al sol divino.

Me oyera en la alborada
De alegres pajarillos,
Seguir con voz suave
Su armónico bullicio.

Oyéranme las bellas

Mas dulce y derretido
Pintar de sus encantos
La gloria y los peligros.

Y en unos lindos ojos
Gozándome cautivo,
Trocar por apiadarlos
Mis tonos en suspiros:

Suspiros que otra boca
Con mil donosos mimos
Tornar tal vez solia;
¡Yo estático de oírlos!

Luego en mas altos modos
Osé hasta el sacro Olimpo
Alzarme, y sus luceros
Cantar embebecido.

Cantar la inmensa lumbre,
Y el alto señorío
Del claro sol, de Febe
Los rayos mas benignos.

O por la humilde aldea
Y el cándido pellico
Dejando de la corte
Los májicos prestijios,

Se oyó por mí en el trono
Del labrador sencillo
La voz, de la indijencia
Los míseros jemidos.

¡Entónces, ¡ay! entónces
Con jeneroso ahinco
Tras el sublime lauro
Volaba, ó caro Anfriso.

Y el estro irresistible
Sintiendo el pecho mio,
Los dedos á las cuerdas
Corrieron sin arbitrio:

Sus voces celestiales
Hirieron en mi oido;
Y el labio á la alabanza
Se abriera y á los himnos.

¡Afortunado ensueño!
Que en humo se deshizo
Al despertar, y en vano
Que hoy torne solícito.

Brillaba mi cabello
Dorado, luengo y rizo,
Al viento entrelazado
De rosa y verde mirto;

Y en mis rientes ojos
Ora á la luz caidos,
Bullia el vivaz fuego
De mi candor festivo.

VI.

Hoy escarchar mis sienes
De nieve al tiempo miro;
Las rugas por mi rostro
Sembrar con soplo impío:
Desfallecer mi aliento;
Y hasta en el jenio mismo
Ejercitar odioso
Su funeral dominio.

Pasó mi primavera,
Pasó el ardiente estío,
Y á par de la esperanza
Los sueños y delirios.

Veloñ el blando otoño,
Cual raudo torbellino
Que cuanto en torno alcanza,
Arrastra en pos consigo,

Huiráse muy mas presto
Que el rayo fujitivo
Del sol, del mar sonante
Se apaga en los abismos.

Relámpago ominoso,
Que cruza de improviso,
Desvista y desaparece
Envuelto en su humo mismo.

Ya ni mi labio al canto
Se presta, ni el hechizo
De la armonía al númen
Aguja entorpecido,

Muy mas que de la nieve
Con los pesados grillos
Fenece inerte el grano
Del maspreciado trigo.

Mi lira inútil yace:
Ni entre su horror sombrío
El jenio de la noche
Desciende á mí propicio,

Cual antes me inspirara,
Trepando hasta el empíreo
En alas de la gloria
Mi espíritu atrevido.

La calma y el silencio
En blanda paz conmigo
Me aduermen en los brazos
Del ocio y el retiro:

Jimiedo escarmentado,
Sí con pesar tardío,
Del hado y de los hombres
Los criminales tiros.

Tal navegante cuerdo
Tras riesgos infinitos
Ganar dichoso alcanza

Del puerto el fausto asilo.

Tú en tanto, á quien los años
Y el claro dios del Pindo
Adulan, y en sus redes
Prendió el alado Niño,

Feliz mis huellas sigue;
Y en don bien merecido
Recibe, Anfriso amado,
La lira de Batilo:

La lira que á los cisnes
De nuestros sacros rios
Fué ejemplo á que cantasen
Con mas acorde estilo.

Yo en tus aplausos loco,
Mientras que al negro olvido
Me robas tú en tus versos,
Del mismo Apolo dignos (1);

Diré gozoso á todos:
Si en tan escelso jiro
Sobre los astros vaga,
Yo le mostré el camino.

ODA LVI.

DESPUES DE UNA TEMPESTAD.

¡Oh! ¡con cuánta delicia,
Pasada la tormenta,
En ver el horizonte
Mis ojos se recrean!

¡Con qué inquietud tan viva
Gozarlo todo anhelan:
Y su círculo inmenso
Atónitos rodean!

De encapotadas nubes
Allí un grupo semeja
De mal unidas rocas
Una empinada sierra:

Recamando sus cimas
Las ardientes centellas,
Que del sol con las sombras
Mas fúljidas chispean;

Y á sus rayos huyendo,
Ya cual humo deshechas
Al lóbrego occidente
Presurosas las nieblas.

De otra parte el espacio
Tranquilo se despeja,

(1) Una hermosa cancion en mi elojio, llamán-
dome con lisonja *restaurador de la poesía espa-
ñola*.

Y un azul mas subido

A la vista presenta;

Que en su abismo engolfada
Las bóvedas penetra,
Donde suspensas jiran
Sin cuento las estrellas.

El iris á lo lejos,
Cual una faja inmensa
De agraciados colores,
Une el cielo á la tierra.

Y la nariz y el labio
Estáticos alientan
Embalsamado el aire
De olorosas esencias,

Que el corazon dilatan,
Y le dan vida nueva,
Y en el pecho no cabe,
Y en delicias se anega.

Derrámase perdida
La vista, y por do quiera
Primores se le ofrecen,
Que muy mas la enajenan.

Aquí cual una alfombra
Se tiende la ancha vega,
Y allá el undoso Duero
Sus aguas atropella.

Los árboles mas verdes
Su hermosa copa ondean,
Do bullendo sacude
Cefirillo mil perlas.

Las mieses mas lozanas
Sus cogollos despliegan,
Y sobre ellos se asoman
Las espigas mas llenas.

Reanimadas las flores
Levantán la cabeza,
Matizando galanas
Los valles y laderas;

Do saltando y volando
Con alegre impaciencia
Las parlerillas aves
Se revuelven entre ellas;

Y en sus plumas vistosas
Mil cambiantes reflejan
Al sol, que sin celajes
Ya el cielo enseñoera.

¡Oh! ¡cuán rico de luces,
Cual vencedor atleta,
Entre llamas divinas
Centellante se ostenta!

¡Cuál su fúljido carro

Con sosegada rueda
Bajando va, y las aguas
Sus fuegos reverberan!

Las aves al mirarlo,
Desatando sus lenguas
En suavísimos trinos,
El oído embelesan;

Y la tierra y los cielos
Con igual complacencia
En sus rayos se animan,
Y su triunfo celebran.

Todo en fin cuanto existe,
Y envolvió en sus tinieblas
El nublado, ya en calma
Al júbilo se entrega;

Mientras ciega mi mente
De ver tantas bellezas,
En lugar de cantarlas,
Ni á admirarlas acierta.

ODA LVII.

DE MI SUERTE.

PERSEGUIDO y hollado,
Blanco puesto á las iras
Del poder, y en los grillos
De pobreza enemiga,

En olvido y en ocio
Fujitivos se eclipsan
Estériles los años
De mi cansada vida;

Y el brillo de la gloria
Que inflamarme solia,
Y allanar al deseo
Mil ilustres fatigas;

Despareció y ahogóse,
Cual se ahogaron mis dichas,
En la fiera borrasca
Que anegó mi barquilla.

Pero en tantos reveses
Aun las Musas benignas
A mi oreja se acercan,
Y sus cantos me inspiran:

Aun sus almos avisos
La sublime Sofía
Me dispensa, y sus voces
Mi bondad fortifican.

En sabrosas lecturas
Se me vuelan los dias,
Sin formar una queja,

Ni llorar una cuita.

La sencilla inocencia,
Que en mi seno se abriga,
Se acrisola en el fuego
Que el error ciego atiza.

Y adulándome grata
La jovial alegría,
Que cual Febo las nieblas,
Tal mis penas disipa;

Corre rápido el tiempo,
En que fiel la justicia
Mis trabajos consagre,
Su corona me ciña.

Con tan plácidos sueños
Lleno de una delicia,
Que jamás goza el crimen,
Y á la virtud envidia;

Mientras que los amigos
Con su blanda acogida
De mi crudo destierro
Los horrores mitigan;

No trueco pues mi suerte
Con el necio que brilla,
De oro y vicios cubierto,
Del favor en la cima:

Que si á par nuestros pasos
A la tumba caminan,
Yo una senda de flores,
Y él la sigue de espinas.

ODA LVIII.

A LAS GRACIAS.

Si en mis sencillos versos,
O Gracias celestiales,
Vuestro májico hechizo
Yo bosquejar lograrse;

Si una fugaz centella
De aquel fuego inefable
Que en vuestro rostro rie,
Y en vuestros ojos arde,

A mi lira le diese
Los trinos y compases,
Que estáticas se llevan
Tras sí las voluntades;

Y á mi voz la dulzura
Y el agrado, que valen
Cuantas flores y adornos
Prodiga al jenio el arte;

Si les diese el halago,

La delicia, las sales,
 La feliz elegancia,
 La negligencia fácil,
 Que en vuestra amable boca,
 Entre el néctar süave
 Que destila corriendo,
 Cual de un venero nacen;
 ¡Cuál en júbilo hirviera!
 ¡Cómo entonces radiante
 Mi sien brillara unjida
 De rosas y azahares!
 ¡Y á un plácido abandono
 Librándome, los aires
 De gozo y armonía
 Llenara en mis cantares!
 Que vosotras, ó Gracias,
 Con un mirar afable,
 Un quiebro, un ay, que sola
 Preciar la mente sabe;
 Al pecho mas de bronce
 De cera lo tornais,
 Logrando que el mas rudo
 Mas ciego os idolatre.
 Y á la belleza misma
 Sus mas finos quilates
 Gratas le dais, haciendo
 Que vista y alma encante.
 Vuestra es de la zagala
 La injenuidad amable,
 Y el no buscado esmero,
 La sencillez picante.
 Una flor que donosas
 Le poneis, mas realce
 Da á su cabello de oro,
 Que un fúljido diamante;
 Y á una sonrisa leve
 De tal majia animais,
 Que haceis que en mil delicias
 Los pechos embriague.
 Cual nada, sin vosotras
 Ni la hermosura vale,
 Ni el mas costoso adorno,
 Ni el mas esbelto talle.
 De Armida los pensiles,
 Como ahogados les falte
 Vuestra mano hechicera,
 Ya ominosos desplacen.
 Cuando ella no dirige
 Al jenio de las Artes,
 Sus mas sublimes toques
 Sin luz ni vida yacen.

Citéres no es la diosa
 Que en su nudez cobarde
 Sembrando ya mil risas
 De las espumas sale;
 Ni Apolo el númen sacro,
 Que de Fiton triunfante
 Con aire se sublima
 Majestuoso y grande.
 Y el verso mas canoro,
 Sin el subido esmalte,
 La llama que invisibles
 Vosotras le prestais,
 Nunca será que el labio
 De una bella lo cante,
 Ni el gusto lo repita,
 Ni venza las edades.
 Vénus, la escelsa Vénus,
 Si agradar quiere al padre
 De los hombres y dioses,
 Solícita al tocarse,
 A su beldad celeste
 Vuestra cintura añade,
 De mimos y delicias
 Tesoro inapreciable.
 Preséntase, y su boca
 Rosada no bien abre,
 Ya Jove se embebece,
 De amor los dioses arden;
 Y en alegre murmullo
 Resuenan incesantes
 Del espléndido alcázar
 Las bóvedas reales.
 La virtud, Gracias puras,
 La virtud que hace alarde
 De hermanar con sus triunfos
 El hombre á las deidades,
 Os implora benignas;
 Y en sus rudos combates
 Aun ansiosa procura
 Con vosotras ornarse.
 Y la verdad, en medio
 De su fulgor brillante,
 Risueña con vosotras
 Se aliña y se complace;
 Porque su voz sagrada
 Así los pechos halle
 Mas gratos, y sus fueros
 Mas dóciles acaten.
 ¿Pues qué de la inocencia?
 La candidez quitadle,
 Y en ella á sus mejillas

Las rosas virjinales ;
 Quitadle el embarazo,
 Los tímidos celajes
 En que el pudor se envuelve,
 Solícito en guardarse,
 Las ansias, las zozobras
 Con que anheloso bate
 Su seno puro, tiembla,
 Si tiene que mostrarse;
 Y veréis cuál en humo
 La ilusion se deshace,
 Que á rendirle nos lleva
 Tan dulce vasallaje.

Que á todo, á todo, diosas,
 Vuestra presencia añade
 Una aroma, un prestijio,
 Y elejancia y donaire,
 Que los ojos deslumbran,
 Las almas satisfacen,
 Y en vínculos de flores
 Ciegas en pos las traen.

Curad pues que mis versos,
 Si idólatra constante
 Anhelé desde niño
 Seros siempre agradable,
 Por vuestros se distingan ;
 Que aunque el estro les falte,
 Ya haréis, amables magas,
 Que duren inmortales.

ODA LIX.

A MI LIRA.

¿ SERA que salvar logren
 Mi nombre del olvido,
 O lira de tus cuerdas
 Los delicados trinos?

¿ Y qué el poeta amable
 De Baco y de Cupido
 Resuene con sus versos
 En los lejanos siglos?

Sí; que así lo afirmaron
 Con acento benigno,
 Cuando á las dos deidades
 Me consagré de niño.

Dijéronme: tú canta,
 Rapaz, sensible y fino
 De mis llagados pechos
 Las llamas y cariños;
 Y en las alegres mesas

Haz que mis dulces vinos
 Agraden mas al labio,
 Célebres ya en tus himnos:
 Y verás cuál las jentes
 Con benévolo oido
 Te acojen por humilde,
 Te imitan por sencillo.

Cómo Febo y sus Musas
 El lenguaje florido
 De Villégas y Laso
 Renuevan en tus trinos;

Y en las alas del gusto,
 Si hoy les dan grato abrigo
 Las florecientes vegas
 Del Tórmes cristalino,

Por tu España discurren,
 Y con vuelo atrevido
 El Pirene traspasan,
 Y el nevado Apenino;

Sin cesar hasta donde
 Con alto señorío

Méjico entre las aguas
 Su trono fijó altivo;

Y el felice limeño
 Goza en su valle unidos
 Del mayo entre las rosas
 Las mieses y racimos.

Deja que otros se encumbren
 Allá sobre el Olimpo,
 Y hasta del sacro Jove
 Indaguen los designios:

Que la brillante gloria
 Los lleve embebecidos
 Tras el sublime lauro,
 Sin miedo á sus peligros.

Tú, apocado y humilde,
 Prefiere en tus destinos
 A las palmas guerreras
 El pacífico olivo;

Que risueñas las Gracias
 De la olorosa Gnido
 Te ofrecen ya las flores,
 Y Citéres sus mirtos.

Dijeron las deidades:
 Yo fiel á sus avisos
 Jamás demandé necio
 Del claro dios del Pindo

Las canciones que alegran
 En su plectro divino
 De los númenes sacros
 Los banquetes festivos:

Ni de glorias ajenas
 Envidioso enemigo
 Codicié sus aplausos
 En mi oscuro retiro.

¡Ojalá que en su seno
 Inocente y tranquilo,
 O lira, salvar logres
 Mi nombre del olvido!

LA INCONSTANCIA.

Odas á Lisi.

ODA I.

EL CÉFIRO.

¡CUAL vaga en la floresta
 El céfiro süave!

¡Cuál con lascivo vuelo
 Sus frescas alas bate!

Sus alas delicadas,
 Que forman al mirarse
 Del sol en los reflejos
 Mil visos y cambiantes.

¡Cuál licencioso corre
 De flor en flor, y afable
 Con soplo delicioso
 Las mece y se complace!

Ahora á un lirio llega;
 Ahora el jazmin lame:
 La madreselva ajita;
 Y á los tomillos parte:

Do entre mil Amorcitos
 Vuela y revuela fácil;
 Y los besa y escapa
 Con alegre donaire.

La tierna yerbezuela
 Se estremece delante
 De sus soplos sutiles;
 Y en ondas mil se abate.

Él las mira y se rie;
 Y el susurro que hacen,
 Le embelesa, y atento
 Se suspende á gozarle.

Luego rápido vuelve;
 Y alegre por los valles
 No hay planta que no toque,
 Ni tallo que no halague.

Verásle ya en la cima
 Del olmo entre las aves
 Seguir con dulce silbo
 Sus trinos y cantares;

Y en un punto en el suelo
 Acá y allá tornarse
 Con jiro bullicioso,
 Festivo y anhelante.

Verásle entre las rosas
 Metido salpicarse
 Las plumas del rocío,
 Que inquieto les esparce;

Verásle de sus hojas
 Lascivo abrir el cáliz;
 Y empaparse las alas
 De su aroma fragante.

Batiendo del arroyo
 Con ellas los cristales
 Verásle formar ledos
 Mil ondas y celajes.

Parece, cuando vuela
 Sobre ellos, que cobarde
 Las puntas ya mojadas
 No acierta á retirarse.

¿Pues qué, si al prado siente
 Que las zagalas salen?
 Verás á las mas bellas
 Mil vueltas y mil darle.

Ora entre sus cabellos
 Se enreda y se retrae:
 El seno les refresca,
 Y ondéales el talle.

Sube alegre á los ojos,
 Y en sus rayos brillantes
 Se mira y da mil vueltas,
 Sin que la luz le abrasen.

Por sus labios se mete,
 Y al punto raudo sale:
 Baja al pié, y se lo besa;
 Y anda á un tiempo en mil partes.

Así el céfiro alegre,
 Sin nada cautivarle,
 De todo lo mas bello
 Felice gozar sabe.

Sus alas vagarosas
 Con jiros agradables
 No hay flor que no sacudan,
 Ni rosa que no abrazen.

¡Ay Lisi! ejemplo toma
 Del céfiro inconstante:
 No con Aminta solo
 Tu fino amor malgastes.

ODA IV.

No, no por inocente
 Te me disculpes, Fili,
 Que en los sencillos pechos

CREÓNTICAS.

Y amantes te convidan.

Tú empero bulliciosa,
Tan libre como esquivada,
Sus ámbares desdeñas,
Su seno desestimas.

Con todas te complaces;
Y suelta y atrevida,
Feliz de todas gozas,
Ninguna te cautiva.

Ya un lirio hermoso besas;
Ya inquieta sollicitas

La coronilla, huyendo
Tras un jazmin perdida;

El fresco alelí meces;
A la azucena quitas
El oro puro; y saltas

Jamas a gozar tornas.

Si la envidia te punza,
Porque artera lo pone
Do tú anidar anhelas;

¡Ah, simplecilla! entonces
Ya te hubiera lanzado

No ya el grito te azore,
Ni amedrente el encuentro;

Que en tu vida y mi suerte
Vela el Amor y Vénus,
Y tan altos patronos
Te aseguran de riesgo.

Parte pues, palomita,
Tiende el ala al momento:
¡Quién, ave afortunada,
Cuál tú pudiese hacerlo!

Vuela, y lleva á mi Fílis
Esa prenda, que el fuego
Débilmente retrata
Que arde en mí, de ella lejos:

Mas que sincera y fina,
Como mi noble pecho,
Merece que en el suyo
Le dé feliz asiento.

Díle en blandos arrullós
El dolor en que quedo,
Lo nada que confío,
Lo mucho que rezelo.

Y si fiel te asegura
Ser injusto este miedo,
Vuelve al punto, que loco
Te aguardo con un beso.

ODA XV.

PALOMITA querida,
Que jimiendo halagüeña
De tu fausto mensaje
Me das la enhorabuena;

Cesa en vuelos y arrullos,
Y oficiosa me entrega
De mi Fili adorada
La graciosa respuesta.

Que no injusto rezele
Su inmutable firmeza,
Y sencillo la adore
Sin zozobras, ni quejas;

Cariñosa me escribe;
Y en fe de sus promesas
De sus cadejos de oro
Me remite unas hebras.

¡Oh! mi boca las bese
Veces mil, débil muestra
De la inmensa delicia
Que mi pecho enajena;

Y en él luego guardadas,
En tan bárbara ausencia

Pensando son claveles.

Mas blando, palomita,

Que Fili ya lo siente:

¡Ah simplecilla! ¿qué haces?

Que su carmin ofendes.

Pica ya las mejillas

Con golpes muy mas leves,

Su bello sonrosado

No incauta les alteres.

Los ojos no los toques:

¡O cuitadilla! tente,

Que dos ardientes fraguas

En ellos Amor tiene.

¿Qué anhelas, temeraria?

¿Mis voces no te mueven?

¿Tu daño no te asusta?

¿Su ardor no te detiene?

¡O felice paloma!

Pues Fili lo consiente,

Pica cuanto yo envidio,

Bulliciosa y alegre.

ODA XIX.

PARACE, palomita,

Segun te miro atenta,

De mi labio á los trinos,

De mi lira á las cuerdas,

Que sus sonos envidias,

Y que fácil quisieras

Trocar tu alegre arrullo

Por mis blandas querellas.

¡Oh, si el amor te oyese,

Y yo en cambio tuviera

Tu garganta y tu pico,

De mi lira y mis letras!

¡Si cual tú, de mi Fílis

Amable confidenta,

Inocente gozase

Sus sencillas finezas!

¡Qué feliz, cual te miro

Dar bullendo mil vueltas

Por su seno turjente,

Yo arrullando las diera!

¡Y cual tú cariñosa

Tu piquito á su lengua!

Juntar sabes, si gustas

Beber su dulce néctar;

Yo la mia rendido,

Sin temor de ofenderla,

Con la suya, y mis labios

Con sus labios uniera!

Susurrándole tierno:

No me mires severa,
Que tu cara avecilla,
No mi amor, te lo ruega.

Y de tantos halagos
Como pierdes con ella,
Uno solo en alivio
De mis ansias emplea:

Uno solo, que temple
De mi pecho la hoguera,
Que burlándome atizan
Tus falaces promesas.

Pero amor ve ilusiones;
Y tú, ó paloma bella,
Jamás trocarás simple
Por tus dichas mis penas.

ODA XXI.

MIRA, Fili adorada,
Cuál tu linda paloma

VI.

Con su rico plumaje
Resplandece y se goza:

En sus ojos arteros
La llama abrasadora
Del Amor, y al deleite
Que en sus niñas retoza:

Cuál en su blando arrullo
Ya suspira amorosa;
Ya á su pichon, cesando,
Mas penada provoca:

La gracia y señorío
Con que marcha pomposa,
Y ufanándose barre
La tierra con la cola;

Cuál refleja su cuello,
Cuando Febo lo dora,
Mil cambiantes vistosos,
Que de nuevo lo adornan;

Los vuelitos fugaces
Con que ora parte, y ora
En tu falda ó tu seno
Arrullando se posa:

Cuán donosa se bulle,
Y ajitándose loca
En sus vueltas y jiros
Sin cesar huye y torna.

Hoy es jóven, y brilla
Con las gracias hermosas
De la niñez, que pasan
En un punto cual sombra.

Vendrá un dia en que solo,
Muda, helada, llorosa,
De bien tanto le queden
Las punzantes memorias.

De tu paloma, ó Fili,
Leccion en tiempo toma,
Antes que al triste ocaso
Tu claro sol trasponga.

ODA XXII.

PENSANDO en tu paloma,
Me dió el Amor un sueño:
Dormíme; atiende, Fili,
Lo que finjió el deseo.

En su pichon trocado,
Por mis ardientes ruegos,
En ella no sé cómo
Tambien te mudó el cielo.

Yo al verte así, perdido
Con mil donosos juegos

Y sentidos arrullos
 Te rodeaba inquieto.
 Ya la cola tendia;
 Ya con un blando vuelo
 Me alejaba; y con otro
 Luego torné mas tierno.
 Tú me esquivabas cruda;
 Pero de amor el fuego
 Te hirió al fin, y sentiste
 El dulce afan que siento.
 Oficiosos entónces,
 Para los albos huevos
 Fabricamos un nido
 Del mas mullido heno.
 Los cobijaste blanda:
 Salieron los polluelos;
 Y al mirarnos, mi Fili,
 Renacido en ellos,
 El alma se llagara
 De otro mas dulce afecto;
 Y en celestial ternura
 Transportados sin seso,
 De nuestros tiernos hijos
 Con solícito anhelo
 Ni un instante apartamos
 Nuestros unidos pechos.
 A la par los cubrimos:
 A la par el sustento
 Les diéramos lanzado
 De nuestro mismo seno.
 Por sus débiles vidas
 Leve un soplo de viento
 Nos turbara furiosos
 Volando á defenderlos.
 Hasta que al fin del nido
 Mayorcillos huyeron;
 Y nosotros tornamos
 A labrar nido nuevo.

ODA XXIII.

INQUIETA palomita,
 Que vuelas y revuelas
 Desde el hombro de Fílis
 A su halda de azucenas;
 Si yo la inmensa dicha
 Que tú gozas, tuviera,
 No de lugar mudara,
 Ni fuera tan inquieta.
 Mas desde el halda al seno
 Solo un vuelito diera;

Y allí hallara descanso,
 Y allí mi nido hiciera.

ODA XXIV.

¿SABES, ó palomita,
 Sabes, dí, lo que envidio?
 Ea pues, si lo aciertas,
 Tienes un beso mio.
 ¿Las ciencias? ¡ó inocente!
 Las ciencias son delirios
 De necios orgullosos,
 Mal hallados consigo:
 Prometen grandes cosas,
 Y al cabo en tantos siglos
 A ningun triste dieran
 En su dolor alivio.
 ¡Y nuestros

¿Embebecé tus ojos
 El carmin de sus hojas,
 O tu nariz regala

Su delicado aroma?

¿Qué tienes tú, avecilla,
Con esa flor, la gloria
Del alegre verano,
Las delicias de Flora?

¿Esa flor que Amor quiere
Que sus gracias la pongan
O en el seno nevado,
Donde él bulle y retoza;
O en un cabello de oro
Y en galana corona,
Que á par orne y releve
De sus rizos la pompa?

Cesa pues en tu juego,
Cesa, dulce paloma;
Y el don dame que aguardo
Para mi Fili hermosa.

¡Pero oyendo su nombre,
Con amable zozobra
Te conmueves y jimes,
Y mas hueca te entonas!

¡Y en su busca tendiendo
Las alas voladoras,
Vas ufana á ofrecerle
La rosa que me robas!

Ponla, ponla en su seno:
Y subiendo á la boca
Con tu lindo piquito
De sus néctares goza.

Luego artera y festiva
Sobre sus albas pomas
Tus alitas batiendo
Sus delicias provoca.

Si anhelante la vieres,
Cariñosa me nombra;
Quizá que en su embeleso
Mi nombre mejor oiga.

Y mejor, disfrazados
De tu arrullo á la sombra,
Mis finezas le suenen,
Mis suspiros acoja.

¡Cuál, palomita, envidio
La fortuna que logras,
Y seguirte en tus vuelos
Mi pasión ansia loca!

¡Ay! el alma me llevas.
Con mi flor venturosa:
Si en un beso te pagan,
Presta á dármele torna.

ODA XXVI.

Si yo trocar pudiera
Con májicos hechizos
Mi sér, ó trasformarme
Segun el gusto mio;

Yo me mudara, ó Fílis,
En tu paloma; y nido
Hiciera donde mora
Cautivo el albedrío.

El candor inocente
De mi pecho sencillo
En el tuyo ablandara
Los desdenes altivos.

Entónces, ¡ó ventura
Inefable! ¡ó destino
De tu paloma! ¡ó suerte
Que mil veces envidio!

Yo me viera en tu falda;
Y al punto de un vuelito
A posar en tu seno
Me subiera atrevido.

En él, ¡ay! me durmiera;
Las alas por cubrirlo
Tendiendo, cual si fuesen
Mis tiernos pichoncillos.

De allí las dos mejillas
Que Amor de rosas hizo,
Con el pico mil veces
Las hiriera atrevido.

Luego en el hombro puesto,
Con ardientes suspiros
El perdon ó la muerte
Te pidiera rendido:

Y al punto á los ojuelos
Volando, con mil jiros
Alegres divirtiera
Mi ciego desvarío.

De tu purpúrea boca
Tomara con el pico
La ambrosía mas pura,
De tus manos el trigo.

Tal vez tú me halagaras:
O al seno en mis deliquios
Me aplicaras, y oyeras
Mi arrullo y mis quejidos.

¡Oh dicha imponderable!
¡Oh paloma! ¡ó cariño
Mal gastado! ¡quién fuera
Lo que necio imagino!

Galatea,

Ó LA

ILUSION DEL CANTO.

ODA I.

EL CANTO.

¡ CUANTO tu voz divina
Me encanta ! ; en qué deliquio
Mi espíritu fallece
Tan dulce con sus trinos !

Por ellos arrastrado,
Sin poder resistirlo,
Al piano, do despliegas
Tu amable poderío ;

Mientras los albos dedos
Vagando en presto jiro
Se pierden á la vista
Solícita en seguirlos ;

Cuando tú , Galatea,
Repites los gemidos
De Dido abandonada,
Yo jimo á par contigo.

Cuando le das grandiosa
A la voz mayor brillo,
De Jove en los banquetes
Minerva te imagino.

Infeliz Ariadna
Con penetrantes gritos
Persigues á Teseo,
Y al pérfido maldigo.

Si á Anjélica retratas,
O el zeloso delirio
De Orlando, me estremece
Tu enojo vengativo.

Si en pos el embeleso
De dos amantes finos,
O de una ausencia triste

Los flébiles martirios

Sensible representas ;
De la ficcion me olvido,
Y en su lugar me pongo,
Y exhalo mil suspiros.

En la falaz Armida
Al imperio divino
De tu májico canto
Cual Reináldos te sigo.

Sollozas, y yo anhelo ;
Lloras, y en largos hilos
Las lágrimas me corren ;
Te alegras, y yo rio.

Misera desfalleces,
Y en tu silencio mismo
Desfallezco, tus ayes
Resonando en mi oido.

Si donosa te burlas
Con juguetes festivos,
Celebrándote todos,
Yo enmudezco á su hechizo.

Amenazas airada,
Y cobarde me aflijo ;
Aplácaste, y aliento ;
Si te indignas, me irrito.

Siendo tal mi entusiasmo,
Y el celestial prestijio,
Que al verte y escucharte
Me embarga los sentidos,

Que embriagado en su gloria
Mi corazon sencillo,
(Perdona, Galatea,)
Esclamo sin arbitrio :

¡ Por qué, ay, volver no puedo
Con mi boca perdido

ODA II.

LA SUPLICA.

AMABLE Galatea,
 ¿Qué gracia inesplicable
 Se siente en tus acentos,
 Me eleva al escucharte?
 ¿De dó, hechicera, viene,
 Que en trinos tan süaves
 Siempre medrosa dudas,
 Desfallecida clames?
 ¿Que busques en tus letras
 Las que mejor las artes
 Y las inmensas dichas
 Sepan de Amor pintarme?
 Ya ni repite el piano
 La música brillante,
 Que armónica igualara
 Los coros celestiales;
 Ni tú del estro llena
 Que veces mil probaste,
 Sublime te arrebatas
 De Jove igual al ave,
 Que en el inmenso espacio,
 Tendiendo sus reales
 Y voladoras alas,
 Se pierde de los aires.
 Hoy todo amor tu canto,
 Blanda, halagüeña, fácil,
 Los quiebros son suspiros,
 Las fugas tristes ayes.
 Te elevas con su nombre:
 Parece al pronunciarle
 Que en tu aquejado pecho
 Todas sus llamas arden:
 Que en tu embeleso grato
 De lo hondo dél te sale,
 Buscando donde logre
 Feliz depositarse.
 Si un corazón por templo
 Sencillo y fiel buscarse,
 Yo sé bien, Galatea,
 Donde él pudiera hallarle:
 Do el mas ferviente culto,
 Mas puro, mas constante,
 Por siempre alcanzaria,
 Que en sér humano cabe.

¡Mas tú me miras triste,
 Suspiras; y cobarde
 Ni música ni letra
 Seguir turbada sabes!

¿Qué? ¿si en su red dichosa
 Ya presa te debates,
 Podrá de ser sensible
 Tu honor avergonzarse?

¿Es por ventura un yerro
 Sus ansias inefables
 Feliz sentir en uno
 Con un rendido amante?

¿Y en gozos y en deseos,
 Y fe y ternura iguales,
 En solo un sér dos almas
 En su éstasi tornarse?

¡Ventura inconcebible,
 Y ante quien nada vale
 Cuanto soñarse puede
 De mas glorioso y grande!

No, dulce Galatea,
 Por mas que lo disfrazes,
 Ni es tu pecho de hielo,
 Ni estraña tú á mis males.

Cede, ¡ay! veraz; y blanda
 Mi ruego un sí te alcance;
 Un sí, que el mas dichoso
 Me hará de los mortales.

ODA III.

LA DECLARACION.

¿SERA, mi bien, posible
 Que la delicia misma
 Que yo en oírte siento,
 Tú gozas con mi vista?

¿Qué la emocion sabrosa
 Que con tu... " .

Si crédulo el deseo
 No sueña tanta dicha.
 No sueña, Galatea,
 No sueña, que espresiva
 Tu voz, y jesto, y tono,
 Que soy feliz publican.
 Con un suspiro ardiente
 Tú propia me lo afirmas:
 ¡Suspiro venturoso!
 Que mi alma vivifica.
 ¡Que soy feliz tu labio,
 Mirándome rendida,
 Repite, y tierna estrechas
 Tu mano con la mia!
 ¡Y débil el aliento,
 De grana las mejillas,
 La frente ruborosa
 Sobre mi pecho inclinas!
 No puedo á gloria tanta
 Bastar: por siempre unidas,
 Mi bien, nuestras dos almas
 Para adorarse vivan:
 Y en los floridos lazos
 Con que el Amor las liga,
 En voluntad concordés
 Anhelen, gozen, ¡jiman;
 Sin que jamás ni sombras,
 Ni duelos nos dividan,
 De finos amadores
 Emulacion y envidia.
 Yo te idolatro ciego;
 Págame tú sencilla;
 Feliz nuestro embeleso
 Se aumente cada dia:
 Y mas y mas amantes,
 La copa de delicias
 Sedientos apuremos,
 Que Vénus fiel nos brinda.

El sublime canto
 De tu dulce garganta.
 Que sus vivas centellas
 Me penetren el alma;
 O en el cielo enclavados,
 Con tu hechicera gracia
 A una vírjen semeja,
 Que á sus mansiones claras
 Entre ahincados suspiros
 Estática se lanza.
 Que tu rostro se anime
 Con la inefable gracia
 Del pudor y el deseo,
 Que alternados te inflaman;
 Y cediendo al impulso
 Que á gozar te arrebatá,
 Por pintarme mas vivos
 Tu cariño y tus ansias;
 A mí un tanto te inclina,
 Cual si ciega anhelaras
 Redoblar las delicias
 En que ya me embriagas.
 Nada en fin, Galatea,
 Nada olvides, que valga
 Para hacer de tu canto
 Mas completa la majia.
 En mí, que embebecido
 Te contemplo, no hay nada
 Que el imperio no sienta
 De tu voz soberana.
 En ti sola el oido,
 Las pasiones en calma,
 Libertad, y alma, y vida
 De tu lengua colgadas;
 Mi sangre se enardece,
 Trémulas mis palabras,
 En una espesa nube
 Los ojos se me apagan:
 Y frenético el pecho,
 Mientras mas lo regalas
 Con tus trinos süaves,
 Mas y mas te idolatra.

ODA V.

MIS DESEOS.

¡Cuan dulce es, Galatea,
 Nuestra ignorada suerte;

Y Amor qué de embelesos
 En ella nos ofrece!
 ¡Cómo embriagada el alma
 De un éstasi celeste,
 Solo feliz respira
 Delicias y placeres!
 ¡Con qué emocion tan tierna
 Mi labio una y mil veces
 Te jura que te adora,
 Fe eterna te promete!
 Tú fina me respondes
 Con votos mas ardientes;
 Y ciega entre mis brazos
 De amores desfalleces.
 ¡Cuánto, adorada, cuánto
 Tus trinos me conmueven,
 Me inflaman tus suspiros,
 Tus ojos me enloquecen!
 Tus ojos, que en mi pecho
 Tan alto imperio tienen,
 Que en sola una mirada
 Se alegran ó entristecen.
 Deja pues, Galatea,
 Que con aplauso suenen
 Allá los que del mundo
 Las glorias apetecen:
 Nosotros en olvido
 Del tiempo y de las jentes,
 Tranquilos los favores
 Gozemos de Citéres.
 Y léjos ya las nubes
 Que á nuestra dicha ofenden,
 El iris de tus gracias
 Lumbroso se despliegue.
 En el ceñudo invierno
 Los vientos inclementes
 Bramando desatados
 Los montes estremecen:
 La blanda primavera
 La ansiada paz nos vuelve,
 Y en calma bonancible
 Su estrépito adormece.
 Los dias mas tranquilos
 Son siempre mas alegres,
 Venero inagotable
 De gozos inocentes.
 Faustos los nuestros rian
 Cual ora amando siempre:
 El canto y dulces hablas
 Sus prestas horas llenen.
 Y loco y turbulento

Que el vulgo se despeñe;
 O la ambicion hinchada
 De sueños se alimente.

ODA VI.

EL CANTO SUPLIDO POR MIS VERSOS.

¡Oh, si feliz mi labio
 Dulce seguir pudiera
 Los suavísimos quiebro
 De tu garganta bella!
 ¡Si el dios de la armonía,
 Como me da las letras,
 Sus tonos me inspirase
 Benévolo con ellas!
 ¡Cuán suelto, cuán ufano,
 Divina Galatea,
 Mi acento acompañara
 Tu armónica cadencia;
 Y unidas nuestras voces
 Cual nuestras almas tiernas,
 Las auras sonarian
 Nuestra ventura inmensa!
 Si tú de amor jimieses
 Con su abrasada flecha
 Llagada, mis suspiros
 Tus ayes repitieran.
 Seguirte aunque de léjos
 Oyérasme, halagüena
 Cantando tú las glorias
 De la alma Citerea.
 O si en alegres trinos
 Parlera tu vihuela,
 Pintase las delicias
 Que nuestro ser anegan,
 Mi vivo y alto acento
 Subiera á las estrellas,
 Porque ellas lo envidiasen,
 El gozo que en mí reina:
 Diciéndoles que nada
 Al éstasi semeja
 De nuestra union dichosa,
 ¡Que haga el Amor eterna!
 Y acordes nuestros labios
 Con las sonoras cuerdas,
 Tú el eco de mis ansias,
 Yo el de las tuyas fuera.
 Ya que este anhelo es vano,
 Deja, adorada, deja
 Que el grato objeto llenen

Mis versos de la lengua ;
 Y si en dolientes modos
 Fina la tuya espesa ,
 Que á mí el Amor te liga
 Con su feliz cadena ,
 Mi musa le responda ,
 Loca , embriagada , llena
 De cuanto mas ardiente
 En su pasion se encuentra :
 Que en este fausto nudo
 Mi dicha está suprema ,
 Mil veces mas subida
 Que cuanto tu alma sienta.

ODA VII.

EL GABINETE.

¡ Qué ardor hierve en mis venas !
 ¡ Qué embriaguez ! ¡ qué delicia !
 ¡ Y en qué fragante aroma
 Se inunda el alma mia !
 Este es de amor un templo :
 Do quier torno la vista ,
 Mil gratas muestras hallo
 Del númen que lo habita.
 Aquí el luciente espejo
 Y el tocador, do unidas
 Con el placer las Gracias,
 Se esmeran en servirla :
 Y do esmaltada de oro
 La porcelana rica
 Del lujo preparados,
 Perfumes mil le brinda ;
 Coronando su adorno
 Dos fieles tortolitas,
 Que entreabiertos los picos
 Se besan y acarician.
 Allí plumas y flores ,
 El prendido y la cinta
 Que del cabello y frente
 Vistosa en torno jira ;
 Y el velo que los rayos
 Con que sus ojos brillan,
 Doblándoles la gracia,
 Emboza y debilita.
 Del cuello allí las perlas,
 Y allá el corsé se mira,
 Y en él de su albo seno
 La huella peregrina.
 ¡ Besadla , amantes labios....!

¡ Besadla...! mas tendida
 La gasa que lo cubre ,
 Mis ojos allí fija.
 ¡ O gasa....! ¡ qué de veces.... !
 El piano.... ven , querida ,
 Ven , llega , corre , vuela ,
 Y mi impaciencia alivia.
 ¡ Oh ! ¡ cuánto en la tardanza
 Padezco ! cuál palpita
 Mi seno ! ¡ en qué zozobras
 Mi espíritu vacila !

En todo , en todo te halla
 Mi ardor.... tu voz divina
 Oigo feliz.... mi boca
 Tu süave aliento aspira.

Y el aura que te halaga
 Con ala fujitiva
 De tus encantos llena,
 Me abrasa y regocija.

¡ Mas si serán sus pasos.... ?
 Sí, sí ; la melodía
 Ya de su labio oyendo,
 Todo mi sér se ajita.

Sigue en tus cantos , sigue :
 Vuelve á sonar de Armida
 Los menazantes gritos ,
 Las májicas caricias.

Trine armonioso el piano ;
 Y á mi rogar benigna,
 Cual ella por su amante,
 Tú así por mí delira.

Clama , amenaza , jime ;
 Y en quiebros y ansias rica ,
 Haz que ardan nuestros pechos
 En sus pasiones mismas.

Que tú cual ella anheles
 Ciega de amor y de ira ;
 Y yo rendido y dócil
 Tu altiva planta siga.

¡ Y tú sostenme , ó Vénus !
 Sostenme , que la vida
 Entre éstasis tan gratos
 Débil sin ti peligra.

ODA VIII.

EL JILGUERO.

ENCANTADA mi Erato
 De mirar cómo ceden
 A sus dedos fugaces

Que , entre doradas redes ,
Su cuidado y delicia ,
Plácido á un lado pende ,
Herido de los sonos
Se sacude y conmueve ,
Presta atento el oido ,
Y vivaz enloquece ,
Súbito desatando
Su piquito , que alegre
Las tocatas y juegos
Muy mas dulces nos vuelve
Redoblando donoso
Con su voz elocuente
Cuantos trinos y fugas
En la música advierte.
Galatea gozosa ,
Para mas encenderle ,
Entre risas y mimos
Nuevos tonos le ofrece ;
Y el colorin ufano
Los escucha y aprende ,
Y con glosas mas bellas
Nuestro oido embebece ;
Sin cesar en los quiebros
Ni apurar sus motetes ,
Que varía triunfante ,
Y á sí mismo se escede.
Hasta que por seguirle
Dió muy bien de repente
De su acento á las auras
La armonía celeste ;
Que colmando mi pecho
Del mas puro deleite ,
Impresion tan profunda
Causó en él y tan fuerte ,
Que ya no fué posible
Ni que el pico despliegue ,
Ni una sola piada
Provocado volviese.
Y abatido y cobarde ,
Pero atónito atiende ,
Si la letra repite ,
Si otra nueva previene.
¿Y qué fué? que la envidia
Le tomó , aunque inocente ,
VI.

ODA X.

EL CONSEJO.

No tan rápido el labio
De tono y letras trueque ;
Ni así, hechicera amable ,
Con mis afectos juegues.

Mírote yo en un punto
Ya bulliciosa, alegre ,
De la inconstancia el vuelo
Pintarme en tus motetes :

Ya en derretido labio
Sensible embebecerme
Con las delicias puras
De dos amantes fieles ;

Ya con ardiente grito
Colérica, demente ,
Colmar de imprecaciones
A algún Teseo aleve ;

O ya en helado acento
Hacer que el eco suene
De la tibieza misma
Los áridos placeres.

El alma y el oído
Seguir apenas pueden
La lijereza suma,
Que en tus mudanzas tienes :

Mudanzas que te pintan
Muy mas inquieta y leve
Que las turbadas olas,
Que en medio el Ponto hierven :

Mas que el voluble soplo
Con que fugaz se pierde
En su carrera el viento
Por las floridas mieses :

Mas que del sol la llama,
Cuando en las aguas hiere ,
Y en rápidas centellas
De aquí y de allá se vuelve.

No, Galatea amable :
Si en nuestros pechos quieres
Que las pasiones ardan,
Que con tu voz enciendes ;
Un tono y una letra

Concordes dulcemente
 Con tu interior, retraten
 Cuanto en el alma sientes.

Deja esos vanos juegos,
 En que por mal se aprende
 A no sentir, á fuerza
 De andar mudando siempre.

Y el corazon que ahora,
 Sobresaltado al verte
 Tanto en el canto vaga,
 Lo mismo en tu amor teme ;

Podrá en quietud gloriosa
 Beber todo el deleite
 Del armonioso piano,
 De tu trinar celeste.

Mira el brillante insecto
 Que en su inquietud perenne,
 Tocando flores tantas,
 Ninguna gozar puede ;

Y con su ejemplo cuerda,
 Si ser feliz pretendes,
 De la inconstancia loca
 Jamás ventura esperes.

NTICAS.

Todo lo está diciendo.

No mis sospechas nacen
De cavilosos zelos ;
Ni necio en mis visiones ,
Cual dices , devaneo.

La música fué siempre
Del alma un fiel espejo ,
Do involuntarios brillan
Sus íntimos afectos.

La tuya que otras veces ,
Cual tu inocente seno ,
Mas plácida sonaba
Que un liquido arroyuelo

Va en el florido prado
Con susurrante juego ,
Del oido y los ojos
Delicia y embeleso :

Hoy misteriosa y vaga ,
Con sus falaces quiebros
Me enseña que tus pasos
Son , desleal , lo mesmo.

Que no es la ciega suerte
Quien hace que sus ecos

Si el pecho no responde
Cual ántes al imperio
De tus canoras voces ;

Si deslumbrado de ellas
Y atónito las oye,
Sin que suspire tierno,
Ni de placer zozobre :

Que al verlo así enredado,
Tu labio desconoce
Entre ese laberinto,
Que la verdad me esconde.

Ya en vez de aquellos dulces
Cuanto sencillos sonos,
Que fáciles pintaban
Tus gozos y temores ;

De aquellos blandos ayes,
Suavísimos arpones
Que traspasar pudieran
Un corazon de bronce ;

Difícil y estudiada
Lucirme te propones,
Profusa en tus gorjeos,
Del arte los primores.

Él los admire ; y deja
Que yo incómodo note
Que así para perderte
La vanidad te adorne ;

Cual cortesana altiva,
Que por brillar escoje
Las galas que la afean,
En vez las lindas flores,

Que agracian las zagalas,
Y en su sencillo porte
En las almas despiertan
Tan plácidos amores.

Clara, fácil y pura
La voz de las pasiones,
Ora vehementes truenen,
Ora apenadas lloren ;

Solo un sollozo, un grito,
Un débil, ¡ ay ! nos rompe
De ellas lanzado el pecho,
Y en ansias mil lo pone :

Cual el pio doliente
Que en la lóbrega noche
Solitaria despide
Filomena en el bosque.

Hasta el silencio mismo
A que el dolor se acoje,
Cuando el cruel despecho
Sin compasion la roe ;

Muy mas al alma dice,
Que ese tropel informe
Que en tu voluble labio
Cual un torrente corre :

Ese tropel de quiebros
Que mi atencion absorve
Para ofuscarla, estéril
En dulces emociones.

Si pues cual veces tantas
Buscas que el seno acorde
Con tus acentos ria,
Suspire, anhele, goze ;

Vuélveles, Galatea,
A mi súplica dócil,
La sencillez amable,
Que me hechizaba entónces.

ODA XV.

LA RECONVENCION.

¡ QUÉ mal tus juramentos
Y el entusiasmo ardiente,
Con que un amor constante
Falaz probarme quieres ;

Con tus volubles pasos,
Con el fatal billete,
Con todo cuanto miro,
Galatea, conviene !

En vano, en vano intentas
Las nubes deshacerme,
Que tu decoro manchan,
Mis glorias oscurecen.

Las que tú sombras llamas,
Son muestras evidentes
De mi abandono injusto,
De tu inconstancia aleve.

De mi rival dichoso
Yo ví la altiva frente
Ornar de Amor el mirto,
Las rosas de Citéres :

Te ví por inflamarle
Solícita prenderte,
Y al valle como loca
Salir por solo verle.

Ciervilla apasionada
Que en su furor vehemente
Corre el monte, y bramando
Los aires ensordece :

Y víte al encontrarle
Perdida embebecerte,

Intérpretes los ojos
 De tu pasión demente;
 Con sus miradas tiernas
 Las tuyas entenderse:
 Con él gastar mil sales,
 Conmigo mil desdenes.
 En los canoros trinos
 Que al hielo mismo encienden,
 Te oí por él las ansias,
 Que yo escuché otras veces.
 Y en tu nevado seno,
 ¡Oh nunca yo lo viese!
 De su delirio insano
 Las señas aun recientes.
 ¡Y eres, ay, fementida,
 La que jurarme sueles
 Que triunfará tu llama
 Del tiempo y de la muerte!
 ¡La que por mí en tus cantos
 Dudas, rezelas, temes,
 O en flébiles sollozos
 Penada desfalleces!
 Injusta Galatea,
 No mas, no mas intentes
 Con lágrimas y excusas
 Falaz entretenerme.
 No mas, no mas perjura,
 Me tiendas ya tus redes:
 Los rayos de tus ojos
 Por falsos no me hieren.
 Cesó el encanto, Armida;
 En vano por prenderme
 Artera en tu regazo
 Delicias mil me ofreces.
 Tus labios y tus ojos
 Fascinan dulcemente:
 Cuanto los dos afirman,
 Tu pecho lo desmiente.
 Conozco tu inconstancia;
 Conozco que no puedes
 Guardar ni un solo día
 Lo que falaz prometes.
 No pues tu voz profane
 Amores que no tienes;
 Ni á quien te amó tan fino,

Mas, bárbara, atormentes:
 Que el plazo no está lejos,
 Si el cielo no pretende
 Cual tú burlarme injusto,
 En que el Amor me vengue:
 En que tu impuro incienso
 Su indignación desdeñe:
 De su feliz morada
 Te arroje para siempre:
 Y tú en desprecio llores
 Del mismo que hoy prefieres,
 Lo nada que en él ganas,
 Lo mucho que en mí pierdes.

ODA XVI.

EL ROMPIMIENTO.

¡Ves fósforo radiante
 Que en el cielo tranquilo
 Se enciende, corre y muere
 En un momento mismo?
 Tales, ó Galatea,
 Por tu inconstancia han sido
 Mis aparentes dichas,
 Nuestro fugaz cariño.
 Inopinado al soplo
 Prendióse de un suspiro,
 Que á tus dolientes ayes
 Exhaló el pecho mio.
 Corrió vivaz la llama
 Por todos los delirios,
 Que en su embeleso sueña
 Amor correspondido.
 Faltó por tus mudanzas
 El pábulo á su brillo;
 Y súbito entre sombras
 Hundióse en el olvido.
 Con él de tu garganta
 Cesó el fatal prestigio;
 Y amor que encendió el viento,
 Cual viento se deshizo.
 Quédate, pues, voltaria:
 Tus meliosos trinos
 A otro prendan que llore,
 Mientras que yo libre rio.

LETRILLA I.

EL AMANTE TÍMIDO.

« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir.

En la pena aguda
Que me hace sufrir
El Amor tirano

Desde que te ví;

Mil veces su alivio

Te voy á pedir,

Y luego, aldeana,

Que llego ante ti,

« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir.

Las voces me faltan,
Y mi frenesí

Con míseros ayes

Las euida suplir;

Pero el dios que aleve

Se burla de mí,

Cuanto ansio mas tierno

Mis labios abrir,

« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir.

Sus fuegos entónces

Empieza á sentir

Tan vivos el alma,

Que pienso morir.

Mis lágrimas corren,

Mi agudo jemir

Tu pecho sensible

Conmueve; y al fin

« Si quiero atreverme,
« No sé qué decir.

No lo sé, temblando,

Si por descubrir

Con loca esperanza

Mi amor infeliz,

Tu lado por siempre

Tendré ya que huir:

Sellándome el miedo

La boca; y así

« Si quiero atreverme

« No sé qué decir.

¡ Ay! ¡ si tú, adorada,

Pudieras oir

Mis hondos suspiros!

Yo fuera feliz.

Yo, Fílis, lo fuera,

Mas ¡ triste de mí!

Que tímido al verte

Burlarme y reir,

« Si quiero atreverme,

« No sé qué decir.

Mi crédulo error,
 «Tus lindos ojuelos
 «Me matan de amor.

Si evitan a
 Encontrar lo
 Sus falsos des
 Me son lisonj
 Negándom
 Su dulce fav
 «Tus li

«Me matan de amor.

Los cierras burlando,
 Y ya no hay amores,
 Sus flechas y ardores
 Tu juego apagando:

Yo entónces temblando
 Clamo en tanto horror,
 «¡Tus lindos ojuelos
 «Me matan de amor!

Los abres riente,
 Y el Amor renace,
 Y en gozar se place
 De su nuevo oriente;
 Cantando demente
 Yo al ver su fulgor,
 «Tus lindos ojuelos
 «Me matan de amor.

Tórnalos, te ruego,
 Niña, hácia otro lado,
 Que casi he cegado
 De mirar su fuego.

«De rosa y clavel.
 Los ricos matices
 Que vario el pincel

«De rosa y clavel.

Sentí al acabarla
 Tan dulce placer,
 Que al Niño vendado
 La quise ofrecer.

No, luego me dije,
 Que es falso y cruel;
 Y de la inocencia
 Premio debe ser

«Mi linda guirnalda
 «De rosa y clavel.

Allá en sus pensiles
 Él puede cojer
 Guirnaldas, que ciñan
 Su pérfida sien;

Mientras mi respeto
 Consagra á los piés
 Del decoro amable,
 Del recato fiel,

«Mi linda guirnalda
 «De rosa y clavel.

No la esquivé, niña,
 Tu áspero desden;
 O bajas los ojos
 Con mas timidez:

Ni en tanta vergüenza
 Te mire yo arder,
 Que venza tu rostro
 Por su rosicler

«Mi linda guirnalda
 «De rosa y clavel.

Sobre tu cabello
 Déjala poner,
 Que en don tan humilde
 Nada hay que temer.

Verás cuál se luce
 Con su blonda red,
 Y de tu alba frente
 Con la hermosa tez,

«Mi linda guirnalda
 «De rosa y clavel.

Las flores son galas
De la sencillez:
Tu beldad sencilla
Digna de ellas es:

Dignas tus virtudes
De mas alto bien.
Admite pues, niña,
Admite cortés

« Mi linda guirnalda
« De rosa y clavel.

¡ Y ojalá te mire
Tanto florecer,
Que eternos loores
Los siglos te den!

¡ Ojalá á tu mando
Las dichas estén!
Cual ora por feudo
De tus gracias ves

» Mi linda guirnalda
» De rosa y clavel.

LETRILLA IV.

LA LIBERTAD A LICE.

Traduccion del Metastasio.

MERCED á tus traiciones,
Al fin respiro, LICE,
Al fin de un infelice
El cielo hubo piedad:

Ya rotas las prisiones
Libre está el alma mia;
No sueño, no, este dia
Mi dulce libertad.

Cesó la antigua llama,
Y tranquilo y exento
Ni aun un despique siento
Do se disfrazé amor.

No el rostro se me inflama,
Si oigo tal vez nombrarte;
El pecho no al mirarte
Palpita de temor.

Duermo en paz, y no creo

Si hablo en tus perfecciones,
No enternecerme siento;
Si mis delirios cuento,
Ni aun indignarme sé.

Delante te me pones,
Y ya no estoy turbado:
En paz con mi engañado
Rival de ti hablaré.

Mírame en rostro fiero,
Háblame en faz humana:

Tu altanería es vana,
Y es vano tu favor:

Que en mí el mandar primero
Perdió tu hablar divino;
Tus ojos no el camino
Saben del corazon.

Lo que me place ó enfada,
Si estoy alegre ó triste,
No en ser tu don consiste,
Ni culpa tuya es:

Que ya sin ti me agrada
El prado y selva hojosa;
Toda estancia enojosa
Me cansa aunque allí estés.

Mira si soy sincero:
Aun me pareces bella;
Pero no, LICE, aquella
Que parangon no ha.

Y (no por verdadero
Te ofenda) algun defecto
Noto en tu lindo aspecto,
Que tuve por beldad.

Al romper las cadenas,
(Dígolo sonrojado)
Mi corazon llagado
Romper se vió, y morir:

Mas por salir de penas
Y de opresion librarse,
En fin por rescatarse,
¡ Qué no es dado sufrir!

El colorin trabado
Tal vez en blanda liga,
La pluma en su fatiga
Deja por escapar;

Mas presto matizado
Se ve de pluma nueva;
Ni cauto con tal prueba
Le tornan á engañar.

Sé que aun no crees estinto
Aquel mi ardor primero,
Porque callar no quiero,

Y dél hablando estó:
 Solo el natal instinto
 Me aguija á hacerlo, Lice,
 Con que cualquiera dice
 Los riesgos que sufrió.
 Pasadas iras cuento
 Tras tanto ensayo fiero:
 De la herida el guerrero
 Muestra así la señal.
 Así muestra contento
 Cautivo, que de penas
 Escapó, las cadenas
 Que arrastró por su mal.
 Hablo, mas solo hablando
 Satisfacerme curo:
 Hablo, mas no procuro
 Que crédito me des.
 Hablo, mas no demando
 Si apruebas mis razones:
 Si á hablar de mí te pones,
 Que tan tranquila estés.
 Yo pierdo una inconstante;
 Tú un corazon sincero:
 Yo no sé cual primero
 Se deba consolar.
 Sé que un tan fiel amante
 No le hallarás, traidora:
 Mas otra engañadora
 Bien fácil es de hallar.

LETRILLA V.

REGALANDO UNOS DULCES A UNA SEÑO-
 RITA DE POCOS AÑOS.

A la más dulce
 De cuantas niñas
 Del feliz Turia
 La márjen pisan:
 A la preciosa
 Y amable Silvia
 Un dulce mimo
 Mi afecto envia.
 A la que artera,
 Vivaz, festiva,
 Puede á las Gracias
 Causar envidia;
 Cuya persona
 Toda es delicias,
 Toda en su trato
 Sales y almíbar.

La que azucena,
 Pura, sencilla,
 Sin jemir hace
 Que tantos jiman;
 Y en su inocencia
 Donosa y linda
 Arrastra esclavos
 Cuantos la miran.
 Cuyos ojuelos
 La bondad misma
 Son, y la boca
 Fuente de risas.
 Mientras en su seno
 Reinan unidas
 La atencion grata,
 La amistad fina:
 Seno, á quien nada
 Bajo mancilla,
 De almos afectos
 Felice mina.
 ¡ Oh ! en paz gloriosa
 Por siempre vivas,
 Sin que te anublen
 Duelos ni cuitas:
 Todo te halague,
 Todo te ria;
 La suerte en todo
 Ciega te sirva.
 Ni en tus hervores
 Nunca despidas
 Otros suspiros
 Que de alegría.
 Nunca; y el cielo
 Cual con benigna
 Lumbre á la tierra
 Plácido mira,
 Así riente,
 La edad florida
 Regale, adule,
 Colme de dichas
 A la mas dulce
 De cuantas niñas
 Del feliz Turia
 La márjen pisan.

¡ Ay Filis ! que solo
Me es dado decir :

« Deja que en tu seno
« La ponga feliz.

LETRILLA IX.

EL DESPECHO.

SAL, ¡ ay ! del pecho mio,
Sal luego, Amor tirano,
Y apaga el fuego insano,
Que abrasa el corazon.

Bastante el albedrío
Lloró sus crudas penas,
Esclavo en las cadenas,
Que hoy rompe la razon.

No mas á una inhumana
Seguir perdido y ciego ;
Ni con humilde ruego
Quererla convencer.

Con su beldad ufana
Allá se goze altiva :
Que á mí no me cautiva

LETRILLA XI.

LA RESOLUCION.

« BRONCE á su llanto,
« Nieve á su ardor.
Por selva y prado
Mi dulce amor
Me sigue, hablando
De su dolor.
Suspira y llora,
¡ Ay! ¿ seré yo
« Bronce á su llanto,
« Nieve á su ardor?
En blando alivio
Solo un favor
Me ruega humilde:
¿ Se lo haré? no.
No; que me manda
Ser el honor
« Bronce á su llanto,
« Nieve á su ardor.
¡ Honor tirano!

LETRILLA XIV.

LA DESPEDIDA.

A Dios, mi dulce vida,
Fílis, á Dios, que el hado
Mi fin ha decretado;
Y es fuerza ya partir.

A Dios... ¡ó despedida!
¡O crudo! ¡amargo instante!
A Dios.... ¿mi pecho amante
Podrá sin ti vivir?

Sin esos lindos ojos,
Sin esa amable boca,
Que al mismo Amor provoca,
¿Qué dicha podré hallar?

Solo angustias y enojos,
Dudas, llantos y zelos.
Ay Fili, ¡qué consuelos
Para mi ardor templar!

Acordaréme en vano
De aquel felice dia
Que te juraste mia,
Que te ofrecí mi fe;
Y en mi delirio insano
A ti tornando fino,
Mil veces el camino

VI.

Amigos, bebed.

« Bebamos, bebamos

« Del suave licor,

« Cantando beodos

« A Baco, y no á Amor.

LETRILLA XVI.

EL VINO Y LA AMISTAD SUAVIZAN LOS MAS
GRAVES TRABAJOS.

« Al viento las penas :

« Las copas llenad ;

« Que todo lo endulzan

« Vino y amistad.

¡ O socios amados,

Que en tanta agonía

La fortuna impía

Combatiendo vé ;

Jamás degradados,

Adore inclinada

Nuestra frente honrada

Su orgulloso pié.

« Al viento las penas :

« Las copas llenad ;

« Que todo lo endulzan

« Vino y amistad.

Ella se complace
 En hollar odiosa
 La virtud gloriosa,
 Y el sagrado honor ;
 Pero inútil hace
 El justo su empeño ;
 Y con alto ceño
 Burla su furor.

« Al viento las penas :

« Las copas llenad ;

« Que todo lo

« Vino y amistad.

La batida nave
 De borrasca fiera
 Se pierde velera
 Por el ancho mar :

Y cuando mas grave
 Su riesgo aparece,
 El sol que amanece,
 La sale á salvar.

« Al viento las penas :

« Las copas llenad ;

« Que todo lo endulzan

« Vino y amistad.

Dejad que ora truene
 La calumnia infame,
 Que cuanto ella trame
 Sin fruto ha de ser :

Que el vulgo resuene,
 Que el error se ajite,
 Que el zelo se irrite ;
 Nada hay que temer.

« Al viento las penas :

« Las copas llenad ;

« Que todo lo endulzan

« Vino y amistad.

Clamarán que huimos
 Nuestra dulce España :
 Su bárbara saña
 Debimos huir.

Sus puñales vímos ;
 Y España en tal duelo
 Cual madre á otro suelo
 Nos hizo partir.

« Al viento las penas :

« Las copas llenad ;

« Que todo lo endulzan

« Vino y amistad.

Desde él doloridos
 Nuestros ojos miran,

De nuestra justicia
 Contra vil malicia
 Dios y la razon.

« Al viento las penas :

« Las copas llenad ;

« Que todo lo endulzan

« Vino y amistad.

Su favor divino
 Tornará el reposo ;
 Y al nublado odioso
 Seguirá la luz.

Tal sol matutino
 Que hermoso se ostenta,
 De la noche ahuyenta
 El negro capuz.

« Al viento las penas :

« Las copas llenad ;

« Que todo lo endulzan

« Vino y amistad.

En hermandad santa
 En tanto los pechos
 Ligad con estrechos
 Vínculos de amor.

Baco á dicha tanta
 Aplauda riente ;
 Y otra copa aumente
 Su plácido ardor.

« Al viento las penas :

« Las copas llenad ;

« Que todo lo endulzan

« Vino y amistad.

Amigos queridos,
 Desde estos mis brazos
 En mutuos abrazos
 A uniros corred.

« Al viento las penas :
 « Las copas llenad ;
 « Que todo lo endulzan
 « Vino y amistad.

IDILIO I.

LOS INOCENTES.

ALLÍ está la gruta
 Del aleve Amor;
 Huyamos, zagala,
 Las iras del dios.
 Su lóbrega boca
 Me llena de horror:
 Si es esto la entrada,
 ¿Qué hará su interior?
 Los negros cuidados,
 El flaco temor,
 Los zelos insomnes,
 El ciego furor
 La moran, y aflijen
 Con ímpio rigor
 Los tristes que en ella
 Su engaño encerró.
 Huyamos, huyamos
 Con planta veloz;
 Si mas lo tardares,
 Ya no es de sazón.
 Mira que sus redes
 Nos tiende el traidor;
 Y solo quien huye,
 Burlarle logró.
 Falaz como artero,
 Si escuchas su voz,
 Tú serás su esclava,
 Pero muy mas yo.

Lanzarnos ha ciegos
 Con ímpetu atroz,
 Por sendas que falso
 De flores sembró,
 A un bosque sombrío,
 Do en dura prision
 Sin fin penarémos
 En llanto y dolor.
 Este aciago bosque
 Lo finje el error
 Un val de delicias,
 Que nadie apuró.
 Las risas alegres,
 Tímido el pudor,
 Las vivas ternezas
 Y el grato favor,
 Diz que lo habitaron
 En célica union,
 Cuando en su inocencia
 El mundo vivió:
 El Amor infante
 Sin flechas ni arpones
 En nuestras cabañas
 Triscando rió;
 Y la hermosa vírjen
 No se avergonzó
 De hallarse á los ojos
 Desnuda del sol.
 Si tal fué aquel tiempo,
 Ya todo acabó;
 Y el amor del dia
 No es, niña, este Amor.

No en cosas que fueron,
Ni en una ilusion
Jamás la cordura
Sus dichas cifró:

Que el agua mas fria
La sed no apagó,
Si al labio tocarla,
Ya rauda pasó.

¡Pero tú suspiras!
¿Qué grata emocion
Tus mejillas tiñe
De un vivo rubor?

¿Por qué esa faz bella
Que al alba nubló,
Inclinas al suelo,
Cual lánguida flor?

¡Dulcísima amiga!
Ya el alma sintió
Simpática el fuego
Que á tí te inflamó;

Y súbito noto,
Que á mi corazon
Ajita y regala
Su blando calor;

Probando al mirarte
Un gozo mayor,
Y al tocar tu mano,
Mas grato temblor.

¿Si será que amemos,
Y el pérfido dios
Ya sus rudos grillos
Falaz nos echó?

No, no, que por graves,
Insufribles son,
Y jamás mi planta
Mas suelta voló.

Él lágrimas cria,
Y nunca brilló
En tus lindos ojos
Tan vivo fulgor;

Y en vez de sus quejas
Y triste clamor,
Nunca á mí tan dulce
Tu labio sonó.

Nada pues temamos,
Que es muy superior
De Amor á los fuegos
Nuestra inclinacion.

Injenua y sencilla,
La austera razon
Sus pasos regula,

Tu vellon nevado
De rizitos lleno,
Cual de blonda seda
Cuidadoso peino;
Y de alegres lazos,
Sembrándolo luego,
A tus orejitas
Dobles las prevengo.

Tus clementes ojos,
Que me están diciendo
El placer que sientes,
Mirándome tiernos,

Mi amorosa mano
Con este albo lienzo
Limpiándolos, cuida
Que luzcan mas bellos.

Y en fin de una trenza
De flores rodeo
Tu lomo, y atada
Con otra te llevo.

Ya estás, dije mio,
Si no cual yo anhelo,
Mas tal como alcaniza
Mi prolijo esmero.

Tu balar süave,
Tu bullir travieso
Sencillos publican
Tu puro contento;

Y al verte galana,
Con locos extremos
Cual hembra procuras
Lucir tus arreos.

Corderita, vamos;
Sus, corramos prestos,
Tú á servir á Fílis,
Yo á hacerle mi obsequio.

Empero si tierna
Te estrecha en su seno,
Cuando tus caricias
Le vuelvan el seso,

Cuenta que le digas
« El bien que poseo,
« Gozarlo debiera
« Quien te adora ciego.

IDILIO III.

LA AUSENCIA.

DEL cárdeno cielo
Las sombras ahuyenta

IDILIO V.

LA VUELTA.

ZAGAL de mi vida,
 Que á mi amante cuello
 Afanoso corres
 De sudor cubierto:
 Suspirado mio,
 Gracioso embeleso
 Do abismadas siempre
 Las potencias llevo:
 Norte, que arrebatas
 Mi fiel pensamiento,
 Mas claro y seguro
 Que el que arde en el cielo:
 Mi sola delicia,
 Mi amable hechicero,
 Con cuyos prestijios
 Deliro sin seso;
 Ya fina te logro,
 Ya en salvo te veo,
 Y tuya, y tú mio
 Por siempre serémos.
 Y te hablo y escucho,
 Y al lado te tengo,
 Y en firme lazada
 Conmigo te estrecho.
 En tanta delicia
 Tan vivo mi seno
 Palpita, que apenas
 Me alcanza el aliento.
 Y el corazon triste,
 Que viéndote lejos
 Cubierto jemía
 De horrores y duelo;
 En lágrimas dulces
 Y en ayes de fuego
 Parece que anhela
 Salirse del pecho.
 ¡Oh! limpien mis manos,
 Hermoso lucero,
 Las nieblas que empañan
 Tus claros reflejos;
 Y en tu rubia frente
 Enjague este lienzo
 El sudor, que undoso
 La mancha corriendo.
 ¡Venturoso punto!
 ¡Plácidos momentos,
 Que al ánimo absorto

VI.

Semejan un sueño!
 ¡Oh! siempre, sí, siempre
 Sus gratos recuerdos
 En entrambos duren,
 Cual mi amor eternos.
 Y un dia tan fausto,
 Dia de contento,
 De puras delicias,
 De gozos inmensos,
 Consagrado quede
 Al Amor y Vénus,
 Célebre en los fastos
 De su alegre reino.
 Huyó de las sombras
 El lóbrego ceño,
 Y mi sol renace
 Mas lumbroso y bello.
 Calmó la borrasca,
 Callaron los vientos,
 Y en paz y delicias
 Aduérmese el suelo.
 Los hielos y horrores
 Del áspero invierno
 Son flores y aromas,
 Y muelle sosiego.
 Gozemos, bien mio,
 Unidos gozemos
 De tanta ventura,
 Tras tan graves riesgos.
 Mis tiernos suspiros
 Y ahincados lamentos
 En vivas alegres
 Nos vuelvan los ecos,
 Y el sol mas benigno,
 Y el aire mas fresco,
 Mas plácido el valle,
 Y el cielo mas ledo
 Celebrén, acordes
 Con mis sentimientos,
 La gloria á que en verte
 Cual loca me entrego.
 Perderte he temido;
 Temblé, lo confieso,
 Que al fin no cedieses
 A un bárbaro empeño.
 Perdona, perdona
 Benigno, el exceso
 De mi amor, las dudas
 De que hoy me avergüenzo.
 ¡Yo pude formarlas!
 Sí, adorado dueño,

Que el amor ausente
Dos veces es ciego.

Un pecho apenado
Figúrase necio
Do quiera peligros,
Y dudas y miedos.

Seguid en el mio,
Mis dulces rezelos,
Los tibios no temen;
¡Infelices ellos!

Tú, hermoso pimpollo,
Repite de nuevo,
Repite á esta triste
Tu fiel juramento.

Enemigos tantos
Batiéndote fieros;
Tiemblo á mi desdicha,
Si en ti nada temo.

Cielos pues y tierra,
Oid en silencio,
Y afirmad los votos
Que entrambos hacemos.

Si yo te faltare,
Fáltenme primero
La luz que me alumbra
Y el aire que aliento;

Y mi nombre odioso,
De infamia y desprecio,
Para todos suene
Cual fúnebre agüero.

Recibe mi mano,
Y en ella el imperio
Que sobre mí toda
Por siempre te entrego.

Mas si tú me olvidas,
Proseguir no puedo
Pensándolo solo,
De horror me estremezco.

No, mi idolatrado,
No; y único ejemplo
De firmeza al mundo
A amar enseñemos.

Tú serás por siempre,
Tú serás el centro,
Do faustos caminen
Mis votos y anhelos:

Tú el ídolo mio,
Y el gozo supremo,
Y el mar de delicias
Do loca me anegó:

Tú en las tempestades

Que aun mísera tiemblo,
El sol de bonanza,
Y el íris sereno,

Y el luciente polo,
Do los ojos vueltos,
Lleve yo segura

Mi barquilla al puerto:
Vida que me anime,
Ser de mi ser mismo,
Y cuanto en amores

Se hallare mas tierno.....
Proseguir no pudo,
Que ya sus ojuelos
Al zagal no vian,
De lágrimas llenos.

Y él tambien llorando,
Con un dulce beso
A sus ansias puso
Finísimo el sello.

IDILIO VI.

LA PRIMAVERA.

Ya la primavera
Tranquila y riente
Del tiempo en los brazos
Asomando viene,

Y al mundo que en grillos
De hielos y nieves
Tuvo el crudo invierno,
La esperanza vuelve:

La dulce esperanza
De que mayo alegre
Lo colme de rosas,
Y el julio de mieses.

El blando favonio
Que llegar la siente,
Con grato susurro
Las alas extiende;

Y en torno vagando,
Su manto esplendente
Por el éter puro
Fugaz desenvuelve.

Del cándido seno
Con su soplo llueven
Sin cuento las flores,
Que el suelo enriquecen:

El suelo alfombrado
De un plácido verde,
Que el alma y los ojos

A par embebece ;
Y en silbos süaves
Gárrulo y bullente
Despierta en sus nidos
Las aves que duermen.

Sus picos canoros
Acordes ofrecen
Mil trinos al alba ,
Que á abrir se previene

Las rosadas puertas
Del fúljido oriente
Al sol, que entre albores
Galan amanece.

Su augusto semblante,
Su rayo clemente
Del yerto Fuenfria
Los hielos disuelven :

Que súbito vueltos
En raudos torrentes ,
De su escelsa cumbre
Ruidosos descenden :

Del húmedo valle
La pompa mantienen ,
Y al cabo en sus flores
Sesgando se pierden.

Cual claros espejos ,
Risueñas las fuentes
En vena mas rica
Limpísimas crecen ;

Y en hilos de plata
Su humor se desprende,
Que en blando murmullo
El ánimo aduerme.

El mundo se anima :
Cuanto vive y siente
Cual de un hondo sueño
Despierta, y se mueve.

Las selvas que el cierzo
Desnudó en noviembre,
De yemas pobladas
Sus ramas ya ofrecen ;

Do mal contenidas
Las hojas nacientes,
Sus rudos capullos
A abrirse compelen ;

Y al trépido rayo
Con que el sol las hiere,
Tienden sus cogollos ;
Y el viento los mece.

Entre ellos las aves,
Cruzando frecuentes,

Con rápidos jiros
Van, huyen y vuelven ;
Mientras Filomena
Mi pecho enternece ,
Lanzando angustiada
Sus ayes dolientes :

Ayes que un silencio
Lúgubre suspende,
Y hace que en mi oido
Mas tiernos resuenen.

No ya en sus guaridas
El hielo entorpece ,
Ni undosa la lluvia
Los brutos detiene :

Que vagos y libres
Do quier aparecen,
Y en bosques y valles
Su dominio ejercen.

Con saltos veloces
El corzo allá tuerce,
Y allí aun de su sombra
Se asusta la liebre.

A un soplo el conejo
Se arrisca y detiene,
Y á uno y otro lado
Vivaz se revuelve.

A par que en la vega
Tranquilas se tienden
La cabra golosa,
La oveja paciente ;

Y todo es delicias,
Y todo se enciende
De Amor en las llamas ,
O jime en sus redes.

¡ Amor, nueva vida
De todos los séres !
Tú en la primavera
Les dictas tus leyes

Del solio oloroso
De rosa y claveles ,
Que Flora á tu númen
Galana entreteje.

Tus flechas certeras,
Tu grito potente
A todos alcanzan,
Por todos se atiende.

Hasta en los abismos,
Y en los mudos peces
Sus ecos resuenan,
Su chispa se prende :

Que el mundo poblando

De nuevos vivientes,
Hacen que tu imperio
Sin fin se renueve.

Ya el trino mas dulce
Del ave parece,
Mas plácido el vuelo,
Sus juegos mas muelles:

La voz de los brutos
Mas llena y ferviente,
Su marcha mas presta,
Su anhelo mas fuerte.

El leon amante
Ruiendo estremece
Los anchos desiertos
Del Africa ardiente.

El oso, aunque rudo,
Su cetro obedece,
Que dóciles torna
Los tigres crueles.

Su veneno el potro
Con las auras bebe:
Las ondosas crines
Sacude demente:

Bate el duro suelo,
Fogoso se mueve,
Y hace que los montes
Sus relinchos llenen.

Del pasto olvidado,
De amor se enfurece
En pos la novilla
El toro valiente;

Y al rival que el triunfo
Disputarle quiere,
Con botes tremendos
Zeloso acomete:

Ahuyéntalo, y solo
Los premios obtiene,
Que en roncros mujidos
Feroz engrandece.

Su estrépito templan
Los dulces rabeles
De cien pastorcillos,
Que el valle conmueven;

Y á su antigua llama
Las zagalas fieles
Sus cantos repiten
Con nuevos motetes.

El bosque enramado,
Do el Ciego mantiene
Para sus misterios
Callados retretes,

Que ocultos y umbrosos
Anhelan y temen
El pudor cobarde,
Y el deseo ardiente,
De amantes felices
Ya rinde desdenes,
Ya audacias alienta,
Ya triunfos entiende.

¡Dulcísimos triunfos!
Que de un velo envuelve,
Y el recato esconde
Del mismo que vence.

¡O repuestos valles!
¡Ladera pendiente!
¡Altísima sierra,
Que las nubes hiendes!

¡Oh! ¡cómo al miraros.
Ora florecientes,
Los ojos se gozan,
Y el pecho enloquece!

Las auras se inundan
De süaves pebetes;
Con toda su gloria
Ya el sol resplandece;

Y tierras y cielos
Del año naciente
La pompa celebran,
Y en júbilo hierven.

Mientras que á la luna
En pos de Citéres
Sus danzas lijeras
Las ninfas previenen:

Do porque sin armas
Nada dél rezelen
Nudo Amor, cual niño
Vivaz se entromete.

Tú, ó raudal de vida,
Primavera, eres
Quien nos das de Flora
Tan gratos presentes.

Ella te engalana
De rosas las sienas,
Y el manto te viste
Que ostentas flüente;

Y en colores rico,
Vario en accidentes,
Su jenio imagina,
Tocan sus pinceles.

Tú al hórrido invierno
Las furias contienen,
Y en yerbas y flores

Sus hielos disuelves.

Tú al rico verano

Benigna precedes ;

Sus espigas de oro

De tu mano él tiene.

A octubre en tus gomas

Sus frutas le ofreces ;

Y al cándido Baco

Llenas los toneles.

El blando sosiego ,

Los cantos alegres ,

Las risas lijeras ,

Los gratos banquetes

En séquito amable

Te cercan rientes ,

Colmando los pechos

De dulces placeres.

¡ Oh ! ¡ el rápido vuelo

Moderá indulgente ;

Y ansioso me deja

Gozar tantos bienes !

Mas ¡ ay ! que al cantarte

Fugaz desapareces ,

Mas vaga que el viento ,

Cual ios sueños leve ;

Y cuando en seguirte

Se afana la mente ,

De Sirio en las llamas

Lánguida falleces.

Toda mieles y azahares;
 Y embebecido y colgado
 De sus gracias y donaires,
 Recibí la ley rendido,
 Y temí el rigor cobarde.
 Yo adoré, y gozé venturas,
 O lloré agudos pesares.
 ¿Es acaso amar delito?
 ¡Quién no será dél culpable!
 ¡Quién en la feliz aurora
 De una edad crédula y fácil,
 Cuando todo al gusto ríe,
 Y el seno en júbilos arde,
 No cedió al plácido aliento,
 Que bonancible á engolfarse
 Por el sosegado golfo
 Lleva su inesperta nave!
 Despues los años severos,
 Sufridos ya los embates
 Por desconocidos ru
 De mil fieros huraca
 Aherrojándome in
 Con sus cadenas fat
 En voz triste y faz c
 Mandaron que atrás

Y la alegría del alba
 En sus celestiales ojos
 La hermosísima Rosana,
 Una noche que á los fuegos
 Salió la fiesta de Pascua,
 Para abrasar todo el valle
 En mil amorosas ansias.
 La primavera florece
 Donde las huellas estampa;
 Y donde se vuelve, rinde
 La libertad de mil almas.
 El céfiro la acaricia,
 Y mansamente la halaga,
 Los Cupidos la rodean,
 Y las Gracias la acompañan.
 Y ella, así como en el valle
 Descuella la altiva palma,
 Cuando sus verdes pimpollos

ta;
 llena,
 brasa,
 de
 as;
 pañeras.

Quien al fresco y verde aliso,
Que al pié de corriente mansa
Cuando mas pomposas hojas
En sus cristales retrata:

Cual á la luna, si ostenta,
De luceros coronada,
Venciendo las altas cumbres,
Llena su esfera de plata.

Otros pasmados la miran,
Y mudamente la alaban,
Y mientras mas la contemplan,
Muy mas hermosa la hallan:
Que es como el cielo su rostro,

Un tiempo acojieron gratas;
Y mezclando sus ternezas
Con sus rústicas palabras,
No, aunque diosas, esquivaron
Sus amorosas demandas.

Su feliz ejemplo sigue,
Pues que en beldad las igualas;
Cual yo á todos los escedo
En lo fino de mi llama. —

Así un zagal le decia
Con razones mal formadas,
Que salió libre á los fuegos,
Y volvió cautivo á casa.

De entónces penado y triste
El dia á sus puertas le halla:
Ayer le cantó esta letra
Echándole la alborada:

« Linda zagaleja
« De cuerpo jentil,
« Muérome de amores
« Desde que te ví.

Tu talle, tu aseó,
Tu gala y donaire;
Tus dones no tienen
Igual en el valle.

Del cielo son ellos,
Y tú un serafin,
« Muérome de amores
« Desde que te ví.

De amores me muero,
Sin que nada alcance
A darme la vida,
Que allá me llevaste;

Si no te conduelles,
Benigna de mí,
« Que muero de amores
« Desde que te ví.

ROMANCE II.

EN UNAS BODAS DESGRACIADAS.

No por mí, bella aldeana,
Aunque sé bien cuanto pierdo,
Por ti sola me lastima
Que te cases con un necio.

Tan discreta cortesía,
Tan jentil aire y aseó,
Quien los merezca, los goze,
Y alcancen mas digno dueño:
Que si es la desdicha estrella

De la beldad , aunque el cielo
 No te hiciera tan hermosa ,
 Ganaras mucho en no serlo ;
 Y hoy dueña de tu albedrío
 Gozaras el bien supremo
 De querer y ser querida
 Por tu gusto , y no el ajeno.
 ¿Qué valen los rizos de oro ,
 Ni los alegres ojuelos ,
 El carmesí de los labios ,
 Ni lo nevado del seno ?
 ¿Qué el agasajo apacible ,
 Y ese hablar tan halagüeno ,
 Que la libertad cautiva ,
 Y embebece el pensamiento ,
 Si tan celestiales dones
 Los ha de ajar un Fileno ?
 Para tan mal emplearlos ,
 Valiera mas no tenerlos :
 Que mejor yace el diamante
 Sumido en su tosco seno ,
 Que no en la mano villana
 Que no alcanza su alto precio ;
 Y el clavel mas bien flotando
 Luce en el vástago tierno ,
 Que deshojado y sin vida
 En fino búcaro puesto ;
 Y mas bien el jilguerillo
 Se goza en dulces gorjeos ,
 Volando de rama en rama ,
 Que en dorada jaula preso.
 Si por ganadero rico
 Con él te casan tus deudos ,
 Diles tú , que no hay riquezas
 Donde se echa el gusto menos :
 Donde , en vez de un rostro afable ,
 Y el solícito desvelo
 Con que el fino amor previene
 De la amada los deseos ,
 Te abrumarán noche y dia
 En un porvenir eterno
 La dureza de las rocas ,
 De la noche el fiero ceño.
 De las bodas el bullicio ,
 Y sus galas y festejos
 Son cual la miel mas süave
 En un paladar enfermo :
 Lucimiento á la riqueza ,
 De la ociosidad recreo ,
 Fastidio de los velados ,
 Y de la envidia alimento.

Acabarán ; y tú triste
 Con el duro lazo al cuello ,
 Llorarás tarde , y en vano
 Sentirás del yugo el peso ;
 Yugo que leve y de flores ,
 Cuando Amor lo echa risueño ;
 De bronce abruma insufrible ,
 Si interés lo anuda ciego.
 ¡ Ay zagala ! por tu vida
 No tengas tan mal empleo :
 Lástima ten de ti misma ,
 Si yo no te la merezco.

Parecia en sus latidos
Decirme: en delicias ardo.

Yo, aun tu ternura escediendo,
Como en un glorioso pasmo
Me entregaba á mil delirios,
Gozándome en tu embarazo.

A par que sus leves alas
Batiendo el céfiro blando,
Y soltándose las aves
En el mas canoro aplauso;

A nuestra llama aclamaban,
Y del aire el ancho espacio
Se llenó de nuestra gloria
Con su júbilo y sus cantos.

¡Ay Clori! ¡que eterna dure!
¡Que jamás, jamás aciagos
Ni rezelos la mancillen,
Ni se mengüe con los años!

Mas de celestial fineza
Inimitable dechado
A los amantes mas fieles,
Y envidia y honor seamos.

Sí, dijo Clori, tan tierna
Como en aquel primer rapto
De su pasion; y un suspiro
Fué á nuevas dichas presajio:

Un suspiro, que en mi pecho
Dulcísimo resonando,
En él todas las delicias
Trasladó de Gnido y Páfos.

Las ninfas, aunque envidiosas
De deliquio y amor tanto,
Himeneo desde el bosque
Con alegre voz cantaron;

Y el cielo en mas grata lumbre,
Mas florecidos los campos,
Las auras con mas aromas,
Los árboles mas lozanos,

Y todo con nueva vida
Se ostentó para adularnos:
Un templo de Amor la gruta,
Nuestra fe un puro holocausto.

Así célebre de entónces,
Del hecho el nombre tomando,
La gruta de Amor se llama
Por naturales y estraños.

NCES.

Y otros con agudas chanzas
Bulliciosos las alegran.

Los que son mas entendidos,
Cortesianos les presentan
La mano para apoyarse,
Con delicada fineza.

No hay corazon que esté triste,
Ni voluntad que esté exenta:
Todo es amores el valle,
Los zagales todo fiesta.

Cual saltando se adelanta,
Cual burlando atrás se queda,
Y cual en medio de todas
Repica la pandereta.

El crótalo y tamborino
Con la alegre flauta alternan;
Y el regocijo y los vivas
Suben hasta las estrellas.

Unos de trébol y flores
Y misteriosa verbena (1)
Sus cándidas sienes ciñen,
Matizan sus rubias trenzas.

Otros por detrás sus ojos
Con un lienzo arteros vendan,
Y del juego alegres rien
Si con el engaño aciertan;

Y otros de menuda juncia
Tejiendo blandas cadenas,
Hacen como que las prenden,
Y en sus lazos mas se enredan.

Aquel deshojando rosas,
En el seno se las echa,
Y aquel en el suyo guarda
Las que á su nariz acercan.

Cuales alzando los ramos
En triunfo de amor las llevan,
Y cuales, porque los pisen,
De ellos el camino siembran.

Así llegan á la fuente
Que el gran álamo hermosea
Con su pomposo ramaje;
Do en alegre paz se asientan.

El gusto y júbilo crecen;
La risa y el placer vuelan

(1) Era uso antiguo de los mas de los pueblos
el salir al campo los días de fiesta.

Del esposo en cada hora
 El amante fiel te haga.
 Bien, Fili, lograrlo puedes,
 Si la ilusion regalada
 Que hoy le embelesa, procuras
 Que el tiempo no la deshaga.
 Ni mimosa le empalagues,
 Ni con melindres de casta
 Marchites por tus desvíos
 La flor de sus dulces ansias.
 Sé plácida á sus amores;
 Mas gratamente velada
 De un rubor tímido á veces
 Feria tus finezas cara:
 Que por vulgar no se precia,
 Aunque riquísima, el agua,
 Y al claro sol el diamante
 Por lo raro se compara.
 Ni le des, ni pidas zelos;
 Zelos que pedidos cansan,
 Y dados..... te ofenderia,
 Si mas de este achaque hablara.
 Los donosos devaneos
 Acabaron ya, cual vagas
 Pasan las nubes de estío,
 Que sin lluvia el campo engañan.
 Acabaron, bella Filis,
 Las citas á la ventana,
 Los empeños en el baile,
 Las músicas y enramadas,
 Y aquel tu bullir travieso,
 Que te dió entre las zagalas
 El renombre de festiva,
 De decidora la palma.
 Lo que en la alegre soltera
 Se rie como una gracia,
 Por liviandad se censura
 En la severa casada.
 Hoy un nuevo amor empiezas,
 Cuya deliciosa llama
 Otros frutos ha de darte,
 Y otra mas ilustre fama.
 Tu esposo, y tu esposo solo,
 Goze de tu vida y alma,
 Al par que de entrambas tuyas
 Tú eres feliz soberana.
 Un querer, un gusto, un lecho
 Comun os sea; en su cara
 Te mirarás como espejo;
 Y tu jenio al suyo iguala.
 A veces á sus antojos

Tu razon dobla, que es gala
 Del amor mandar sirviendo;
 Y al que se humilla, le ensalzan.
 Sé con cuantos te rodean,
 De trato y condicion blanda;
 Que el rigor enojos cria,
 Y mal oye quien mal habla.
 Solícita con tu esposo,
 Y desvelada en tu casa,
 Cual madre todos te miren,
 Tus doncellas como hermana.
 Pero á par cuida prudente,
 Pues su señora te llamas,
 No tan alto nombre pierdas,
 Si encubriéndolas te guardan.
 Alégrate sin rebozo,
 Y trisca en el baile y canta,
 Que la virtud nunca estuvo
 Con la risa mal hallada;
 Y huye indulgente y benigna
 La severidad ingrata,
 Que á la par que humilla, ofende,
 Y el fuego de amor apaga:
 Viendo en el mar de la vida,
 Cual á un rayo de bonanza
 Que fugaz vuela, horrorosas
 Ya mil nubes amenazan.
 Sin afectar presunciones
 Ni en cada dia una gala,
 Conserva ese limpio esmero
 Con que á todos nos encantas.
 Cuida de ti por tu amado,
 Y hazte á sus ojos tan varia,
 Que cual ora ilusos te hallen
 Cada vez mas estremada.
 Mira que el querer se entibia,
 Que el ciego embeleso pasa,
 Que desplace el desaliño,
 Y lo gozado empalaga.
 Serás madre, bella Filis,
 Serás madre, y hechizada
 Recibirás en tus brazos
 La mitad de tus entrañas.
 ¡ Oh, en qué afectos al oirlo
 Tu amante seno se inflama;
 Viéndote fecunda oliva
 De pimpollos enramada!
 Serás madre, y de tu esposo
 Crecer sentirás la llama,
 Reflorece las finezas,
 Sellarse la confianza.

Sobre él sentarás segura
 Tu amable imperio ; y ufana
 Brillarás cual entre albores
 Sè ostenta risueña el alba.

Crecerán tus dulces hijos,
 Y en ellos tus esperanzas,
 Cual mata de clavellinas
 Plantada al márjen del agua.

Tú velando noche y día
 Felizmente en su crianza ;
 En delicias celestiales
 Te sentirás inundada :

Y serás , Fili , en el mundo
 Cual tórtola solitaria,
 Que en su nido y en su amado
 Todas sus venturas halla.

En tu regazo dormidos,
 Colgados de tu garganta,
 Verás con qué de caricias
 Tu ardiente cariño pagan.

A tu voz, cual los polluelos
 Que su madre en torno llama,
 Correrán de gozo llenos
 Siguiéndolos tus miradas :

Mientras el feliz esposo
 Ya sus brazos les prepara,
 Y entre su querida y ellos
 Su corazon se derrama :

Gozando tú embebecida
 Cual nuevas las vivas ansias
 De su tierna fe, la gloria
 De ver cuán penado os ama.

¡ Oh qué de premios y dichas
 Fausto el cielo te depara !
 ¡ Qué de contentos y amores
 De pureza inmaculada !

¡ Qué porvenir tan glorioso !
 ¡ Qué deliciosa fragancia
 De virtudes ! ¡ qué de bienes,
 Esposa y madre, te aguardan !

Disfrútalos, Fili bella,
 Y las prendas que te ensalzan
 Admire yo, si es posible,
 En tus hijuelos copiadas.

Disfrútalos; y la dicha
 Sé por siempre de tu casa,
 El lustre de nuestra aldea,
 Y de todos la alabanza. —

Como parabien de boda
 Estos versos le cantaba
 Un zagal, que fué su amante,

A Fílis recién casada.

Cuando de repente al triste
 Tan al vivo se retratan
 Los dolorosos recuerdos
 De sus dichas malogradas,
 Que en su deliciosa imájen
 Como embebecida el alma,
 Ni ya al rabel armonía,
 Ni al labio le da palabras;
 Y angustiado, absorto y mudo,
 A pesar de su constancia,
 La que empezó enhorabuena,
 Si no cesa, en llanto acaba.

ROMANCE XII.

LOS DIAS DE SILVIA.

A la Escma. Sra. duquesa de Alba.

Si á los candidos impulsos
 Que mi corazon abriga,
 Mostrar toda su fineza
 Hoy dejase, amable Silvia,
 Cual disparados hervores
 De mi ardiente fantasía,
 La tibieza los burlara,
 Murmurándolos la envidia.

Mas quien íntimo supiese
 La sencillez de mi fina
 Voluntad, los dulces lazos
 Que al duque y á ti me ligan;

Lazos que á los dos me estrechan
 Con violencia tal, que unidas
 En una sola tres almas,
 Vuestra ventura es la mia;

Ni culpara mi entusiasmo,
 Ni llamara encarecida
 Una aficion, que hará siempre
 Mi embeleso y mis delicias.

Dijera sí, que la pluma
 Por el papel corre tibia,
 Ni alcanza á pintar la lengua
 Cuanto el corazon le dicta :

Este corazon que anhela
 Porque gozes aun mas dias
 Que alza luceros la noche,
 Y el mayo rosas matiza;

Mas que el abrasado julio
 Lleva de rubias espigas,
 Que la belleza de ardorés,

De gozos el Amor cria.
 Y cual plácido arroyuelo
 Que por la vega florida,
 Salpicándola de aljófara,
 Mansamente se desliza;
 Tal tus años lentos jiren
 En serie no interrumpida
 De bien logrados deseos,
 De inefables alegrías.
 Por siempre en verdor lozano,
 Del tiempo la mano impía
 Jamás tu cabello ultraje,
 Ni mancille tus mejillas;
 O esos tan lumbrosos ojos,
 Y á esa boca toda risas,
 Con las lágrimas se anublen,
 Dolientes ayes aflijan;
 Sino que hechiceros ardan
 Cual ora Amor los atiza,
 Y ella de cuantos la escuchen,
 Las voluntades te rinda.
 Jamás de amargos cuidados
 Tu sensible pecho jima;
 Ni la inquietud ó el desvelo
 Tu blando sueño persigan;
 Mas bien con plácida mano
 Fortuna tus pasos rija,
 Y por donde quier que fueres,
 Contigo lleves la dicha.
 Brillando cual la alba luna,
 Cuya claridad benigna
 A los alegres encanta,
 Y á los míseros alivia;
 O como el astro de Vénus,
 Cuando á la aurora convida
 A que abra al dia las puertas,
 Y ahuyente la noche umbría.
 Envidiada, mas sin queja,
 Todos te busquen y sirvan,
 Los hombres cual su señora,
 Las mujeres por amiga,
 Y encantados dulcemente
 De las gracias con que brillas,
 De tu lengua estén colgados,
 Que miel y ámbar destila.
 Tus saladas agudezas
 Y tu urbanidad festiva
 El ingenio las aplauda,
 La emulacion las repita:
 Corriendo de boca en boca
 Por siempre esa vena rica

De donaires, que en la tuya
 Inagotable se admira.
 Respete tu jenio amable
 Hasta la calumnia misma;
 La envidia al ver tu talento,
 Enmudezca, confundida.
 Enmudezca cual las aves,
 Cuando suavísimo trina
 El ruiñeñor solitario,
 Oyéndole embebecidas.
 Y tú, Silvia, sobre todos,
 Cual rauda el águila altiva
 Se encumbra, tu vuelo elevas,
 Y todos tu ley reciban.
 Sean tus inmensas riquezas
 Patrimonio á la desdicha,
 Tu escelso nombre un sagrado
 Contra la suerte enemiga.
 Adúlete la esperanza,
 Abrázete la sencilla
 Blanda paz, risueño el gozo
 Mas y mas sin fin te siga.
 Así ejemplo á las edades
 De virtudes peregrinas,
 Tus discreciones se aprendan,
 Cual tu bondad se bendiga.
 Favorable en fin el cielo
 A cuanto amistad me inspira,
 En su seno y en los brazos
 Del amor mil años vivas.

ROMANCE XIII.

LA ZAGALA DESDEÑOSA.

Si me quieres como dices,
 Deja el desden, zagaleja,
 Que nunca bien hermanaron
 El amor y la aspereza.
 Opon cruda los desdenes,
 Si otro zagal te festeja,
 Que escuchar á dos á un tiempo,
 Es hacer á ambos ofensa.
 Uno sea el escojido;
 Mas cuando feliz lo sea,
 Goza en paz de su ternura,
 Y él en libertad te quiera;
 Y celébrete entre todas,
 Y en derretidas finezas
 Pagándole tú benigna,
 Su llama exhalar se pueda.

Que en el amor los rigores
Son cual hielo en primavera,
Que al mayo roba sus galas,
Y á los ganados la yerba;

Y el favor plácida lluvia
Con que abril al campo alegra,
Que hace florecer los valles,
Y espirar la sementera.

Favorece, y no desdeñes,
Que no toda la belleza
Está en unos lindos ojos,
O en una dorada trenza:

La beldad erguida y vana
Es bien cual pomposa yedra,
Que alegres todos la miran,
Pero ninguno la aprecia:

Mas al agasajo unida,
Cual vid de racimos llena,
A cuya sombra apacible
Gozosos todos se sientan;

Y cuyos vástagos verdes,
Cuando en el olmo se enredan,
Lo realzan con sus hojas,
Con sus abrazos lo estrechan.

Flor de un dia es la hermosura,
Y el tiempo tras sí la lleva;
Y si en mis palabras dudas,
Toma una leccion en Celia.

Celia, la célebre un dia
Por su beldad hechicera,
Que despreció á mil rendidos
Cuanto envanecida necia;

Y hoy ultraje de los años,
Busca en sus ardores ciega
Quien la sirva, y todos huyen;
Quien la mire, y no lo encuentra.

Voló con su nieve y rosa
De sus ojos la viveza,
Y arrugada, y sola, y triste,
A un seco rosal semeja.

Solo la bondad sencilla,
Que cariñosa, aunque honesta,
Oye á su zagal querido,
Y le corresponde tierna;

La que con sus gracias rie,
Y con él baila en la fiesta,
Y en el seno pon sus flores,
Y con otras su amor premia:

La que viendo en él su esposo,
Ni se esquivaba ni avergüenza
De que á ella todos por suya,

Y á él por su amante los tengan
Esta siempre como el alba
Brillando en su luz primera,
A cuantos la ven rendidos
Guarda en su dulce cadena.

Los años no la oscurecen,
Ni los cuidados la aquejan,
La emulacion la perdona,
Y la envidia la respeta;

Siendo, aunque en edad tardía,
Su agrado y felices prendas
Delicia de los zagales,
Como encanto de las bellas.

Sé pues afable, Amarilis,
Cesa en los desdenes, cesa;
Que en tu júbilo y donaires
Bien ese rigor no suena:

Ni te formaron los cielos
Así estremada y perfecta,
Para que tan altos dones
Miseramente se pierdan.

Sé afable con quien te adora,
Y verás toda la aldea,
Si ora tu altivez murmura,
Celebrar tu jentileza.—

Así cantaba Belardo
De una zagala á las puertas;
Y ella asomándose airada,
Que calle y parta le ordena.

ROMANCE XIV.

LOS SUSPIROS DE UN AUSENTE.

TRAS aquel ceñudo monte
Que á las estrellas levanta
Su erguida frente, de nubes
Y de nieves coronada.

Está la mansion dichosa
De mi Clori, la zagala
Que es gloria de estas riberas
Y embeleso de las Gracias.

Fina el alma me lo anuncia,
Pues no cabiendo ajitada
Ya en mi lastimado pecho,
En tiernos ayes se exhala.

Con violencia irresistible
De la otra parte se lanzan
De la alta cima mis ojos,
O el duro monte traspasan.

Mil cuidados van con ellos,

Penas mil y quejas vanas,
 Y mil finezas y ardores...
 ¡Ay, que la ilusion me engaña!
 Yo aquí en soledad me aflijo,
 De la otra parte mi amada;
 Opuesta á nuestros deseos
 Esta invencible muralla.
 ¡Fiero monte! tú me privas
 Volar adonde me arrastra
 Mi dulce amor... ni aun me dejas
 Ver su pacífica estancia:
 La estancia que fué algun dia
 En mi suerte afortunada,
 Confidente de mis glorias,
 Testigo fiel de mis ansias.
 Allá estático la busco,
 Y en su impaciencia de hallarla,
 La vista allí se la finje,
 Y allí corren vida y alma
 En pos de Clori... ¡bien mio!
 Solo á tu nombre en mil llamas
 Arde el pecho, mi ser todo
 En gozo y delicias nada.
 ¡Clori! ¡Clori! ¡quién me diese
 Esta importuna distancia
 Trasponer veloz! ¡quién ciego
 Precipitarme á tus plantas!
 ¡Estrecharte entre mis brazos,
 Y así en sorpresa tan grata
 Ver tu tímida inocencia
 Cual con tu pasión luchaba;
 Y las lágrimas de gozo
 Con que tu seno inundaras,
 Mezclándolas con las mias,
 En mis ayes inflamarlas!
 ¡Quién tierna te oyese á solas
 Por mí anhelar, y en tu cara
 Ya la inquietud retratarse,
 Ya plácida la esperanza!
 ¡Ya de un infeliz dolerte,
 Que en su soledad amarga
 Mil y mil veces sin seso
 Nombra á su Clori adorada!
 Clori mi labio articula,
 Clori lisonjera el aura,
 Y Clori el eco repite
 Por la selva solitaria;
 Y mi Clori no me escucha...
 ¡Monte fiero! de tu falda
 Hasta tu cumbre te acose
 La esterilidad infausta;

Ni á tus árboles el mayo
 Vista jamás de sus galas,
 Ni tus desnudas laderas
 De flores y de esmeralda:
 Tus arroyuelos no corran;
 Los veneros que brotaban
 Bullendo tus ricas fuentes,
 Cierren sus venas de plata:
 Las aves de ti se alejen;
 Ni entre tus áridas ramas,
 O al tierno amor sacrifiquen,
 O sus blandos nidos hagan;
 Ni en fin los amantes fieles
 Honren tus sombras ingratas,
 Buscándolas por terceras
 De sus finas confianzas.
 Esto sea, odioso monte,
 Pues con aspereza tanta
 Te opones á mi ventura,
 Mi ardiente pasión contrastas.
 Ver si no á mi luz me deja;
 Deja á mi lijera planta
 Doblar tu escarpada cumbre,
 Volar hasta su cabaña:
 Sorprenderla en su retiro;
 Feliz un instante hablarla,
 Y allá lanzar sus zozobras,
 Y alentar sus esperanzas,
 Clamándole: ¡vida mia,

O de las aves las alas!
 Mas rápido que la mente,
 Clori mia, á ti volara:
 Viera si de mí te acuerdas,
 Y viera cuán fina me amas;
 Y si mis ternezas partes,
 Y si mis zozobraš pagas;
 Si enajenada me buscas,
 Si como loca me llamas:
 Y en nudo estrecho enredado
 De tu nevada garganta,
 Con ardiente sed bebiera
 Tus lágrimas regaladas:
 Arrastrárate á mi pecho;
 Y allí en mi pasión ufana,
 En ti, Clori, mi ser todo,
 Y el tuyo en mí trasladara:
 Moviérante mis gemidos,
 Callárante mis palabras;
 Y envidiara el Amor mismo
 Nuestras celestiales ansias.
 Así deshechas las dudas
 Que ausente de ti me asaltan,
 Tú ardieras en mi fineza,
 Yo me embriagara en tus gracias.
 ¡Quién esto, mi bien, hiciese....!
 ¡Ay! una sola mirada,
 Una lágrima, un suspiro,
 Todas mis dichas colmara.

No bien despiertas, el alba
 Saludan con mil gorjeos,
 Trinándole la alborada;
 Y huyen las lóbregas sombras,
 Y el horizonte se inflama,
 Y el luminar de los cielos
 En su inmenso ardor nos baña.
 A las hoces pues, amigos,
 Que el tiempo veloz se pasa;
 Y miles de espigas de oro
 Nos provocan sazonadas.
 De ellas la frente ceñida
 Nos sonríe la abundancia,
 Para henchir nuestros graneros,
 Y colmar nuestra esperanza.
 Vedlas en qué remolinos
 De aquí y de allá se esparraman,
 Moviéndose turbulentas
 Como la mar por las playas:
 Mientras las áridas hojas
 Con su sonido retratan
 El que forma la mar misma,
 Si se aduerme en suave calma;
 Y en su plácido murmullo
 Haciendo en pos una pausa,
 Tornan rápidas á alzarse,
 Y á ondear muy mas livianas.
 No pues tan rico tesoro
 La pereza desmayada
 O la ingratitud lo pierdan:
 Seguid alegres mis plantas.
 Seguidlas: de un pobre anciano,
 Ved cómo las manos flacas
 Os dan del trabajo ejemplo,
 Y á las vuestras se adelantan.
 Cuando fuí mozo, ninguno
 Logró sacarme ventaja
 Ni en el afán de una siega,
 Ni con el biello en la parva;
 Mas hoy los años me encorvan,
 Y así las fuerzas desmayan
 Cual la pajilla voluble,
 Que el viento á su antojo arrastra.
 Sus pues: empezad festivos
 De la siega la tonada,
 Que vago nos vuelva el eco
 Desde la opuesta montaña:
 O en acento mas sublime
 Y con voces alternadas,
 De la honrosa agricultura
 Resonad las alabanzas:

ROMANCE XVII.

EL VELO.

QUITA, aparta, Clori mia,
 Quitate ese odioso velo,
 Que los rayos oscurece
 De tus ojos hechiceros.

Deja que la lisa frente
 Luzca en todo su despejo,
 De los rizos coronada
 De ese tu rubio cabello:

Que tu boca y tus mejillas,
 Y tu garganta y tu seno
 A par que arrastren mis ojos,
 Electrizen el deseo:

Que esa flor de colorido
 De rosa y jazmin deshechos,
 Y tantas gracias y dotes

Que te dió pródigo el cielo,
 Brillen en toda su gloria,
 Y hagan el feliz empleo,

Sin esa importuna nube,
 De mil corazones tiernos.

¿Los tienes para ocultarlos?

¿No ves cuál ostenta Febo
 Su luz profuso, y la noche
 Miles de ardientes luceros?

Ni la noche ni el sol hacen
 De su hermosura un misterio,

Ni de su oriente la perla,
 Ni el diamante de sus fuegos.

Todo, todo cuanto existe,
 Mientras mas gracioso y bello,
 Quiere Amor, el cielo ordena
 Que brille cual brilla él mismo

En muestra de su grandeza,
 Y ornato rico del suelo,

Y ocupacion de la mente,
 Y de los ojos recreo.

VI.

Deja pues embozos tales
 A la inquietud de los zelos,
 O á la beldad que ya sufre
 La cruda mano del tiempo.

Tú empero que airosa creces,
 De perfecciones modelo,
 Como la temprana rosa
 En medio un pensil ameno;

Tú que cual la blanca luna
 De las estrellas en medio
 Esclarece el bajo mundo,
 Y hermosea el firmamento;

Así cuando te presentas
 De tus gracias en el lleno,
 Eres, mi bien, de estos valles
 La delicia y el contento:

¿A qué negarte á los ojos,
 Que en su cariñoso anhelo
 Gozar quieren, cuanto admira
 De bello en ti el pensamiento?

Si es arte, para que oculto
 Haga el delicioso empeño
 De hallar en los corazones
 Mas poderoso su efecto;

A vulgares hermosuras
 Deja ese falaz manejo,
 De que el desengaño ríe,
 Si hace ilusion un momento.

Deja á esas flores sin vida
 Para embelesar á necios,
 Que ostenten lo que no tienen,
 Disfrazen lo que perdieron.

Tiendan ellas, porque vistos
 Pierden su rostro y su cuello,
 El velo hasta la cintura,
 Y escondan su árido pecho:

Guarden de la luz sus ojos,
 Por si en su ingenioso juego
 Crece por la gasa el brillo
 De sus lánguidos reflejos;

Y á esfuerzos de un vil engaño
 Hagan en fin, que de lejos
 De su hermosura se luzcan
 Los desmoronados restos.

No tú que por tus donaires,
 Y tu mirar halagüeño,
 Y tu bullicio y delicias,
 Y tus sales y tu ingenio,

Esas formas de una diosa,
 Ese aire noble y esbelto
 De tu cabeza, esos pasos

Que envidia la misma Vénus ;
Igual en los corazones
Mantienes tu dulce imperio,
Martirio de las hermosas ,
De los hombres embeleso. —

Así yo á Clori rogaba ;
Y ella donosa riendo
Alzó , arqueando su fiel diestra,
El velo á mi ardor molesto.

Y ya tus gustos cumplidos,
Tienes, mi querido dueño ,
Dijo: gózate en mis ojos,
Que mi alma toda está en ellos.

Vélos, y hallarás tu imájen,
Que del corazon saliendo ,
Fiel sabe, y contarte puede
Sus mas íntimos secretos. —

Yo en mi impaciente delirio
Embebecido, sin seso
Mirélos, y ellos se clavan
En mí lánguidos y tiernos,

Las delicias inefables
Que á aquel instante siguieron,
Si es posible, Amor las diga,
Que yo á explicarlas no acierto.

ROMANCE XVIII.

CLORI ENFERMA.

¡ Con qué dolor, Clori mia,
Mi cariño fiel te deja !
¡ Cuánto rezela y se aflije,
Y el decirte á Dios le cuesta !

Tú padeces, y yo esclavo
De una bárbara decencia,
Apenas preguntar oso
Si el agudo mal se templá.

Pero en tu mirar doliente
El corazon me penetras :
Me lo dividen tus ayes,
Y tu silencio me hiela ;

Tanto que el dolor partiendo
Contigo mi amor, apenas
Mi mano, si te levantas,
Tímida en tu auxilio llega.

Vaste al lecho, y abatido
Te abandono á tus doncellas.
¡ Ay ! ¿ por qué el cuerpo se aparta
De do vida y alma quedan ?

¿ Por qué, mi bien, esta noche

mi entrana
¡ Qué palabras, qué consuelos
Te diria ! ¿ en qué finezas
A un ay tan solo en tu alivio
Se desharia mi lengua !

Pero no, el dolor agudo
No te aquejara: tus penas
Templara el cielo á mi ruego,
Y acabara la dolencia:

El médico Amor seria,
Con lágrimas mi ternera
El fuego apagando que arde
En tu seno, y te atormenta.

Tal vez sobre el pecho mio
Puesta la hermosa cabeza,
Tus ojos cerrara el sueño
Con blandas adormideras ;

Y el corazon palpitando
Con carga tan halagüena,
Ni aun respirar osaria,
Rezeloso de perderla.

Solícito el aire mismo
Tu amable delicadeza
Guardara; y su soplo mudo
Su vuelo insensible fuera :

Despertaras, y mis brazos
En agradable sorpresa
Te estrecharan, y los tuyos
Mi cuello tiernos ciñeran.

No, el dolor, Clori adorada,
No turbaria..... ¡ Cuál sueña
Amor ! tú sola, yo lejos,
¿ Quién oirá, mi bien, tus quejas ?

ROMANCE XIX.

EL COLORIN DE FÍLIS.

MIRABA Fílis un dia
Entre las doradas redes
De la jaula, por romperlas

ROMANCE XXII. 1820

LA HERMOSURA DEL ALMA JAMAS SE
ACABA, Y ES LA MEJOR BELLEZA.

No me rindieron, bien mio,
Ni tus ojuelos alegres,
Que con su juego me encantan,
Y al Amor mismo enloquecen;

No el frescor de tus mejillas,
Bañadas de grana y nieve,
Como dos tempranas rosas
Que al sol modestas se encienden;

No la nariz agraciada,
No la llena y blanca frente,
Ni tu boca muy mas dulce
Que son del Hibla las mieles.

La bien torneada garganta,
Que gracias tantas sostiene,
Y ese seno de jazmines,
Señuelo á mi anhelo ardiente;

Ese seno, Clori mia,
Que para mejor perderme,
A par de tu suave aliento
Realza Amor blandamente:

Donde ya artero se esconde,
Porque el cuidado lo encuentre,
Y ya entre dos azucenas,
Cansado de herir, se aduerme;

Bellos son, y solicitan
El deseo á mil placeres;
Empero no me han forzado
A que tu cautivo fuese:

Que ya en cien otras hermosas
Por mil trances diferentes
Entre el bullicio y las llamas
De mis alegres niñeces,

Por favorecido suyo
Me tendió el Ciego estas redes,
Sin que en sus lazos falaces
Tan dócil cual hoy cayese.

Otros mas escelsos dotes
Me obligaron á quererte,
Y otras gracias mas divinas,
Que el amor vulgar no entiende.

Gracias, Clori idolatrada,
Que sin cesar refloreces,
Y solo el alma las goza,
Cual ella sola las siente.

Ella sola, y su fragancia,
Que á rosas y ámbar vence,

En el seno que la aspira,
Eternas delicias mueve.

Así en la comun belleza,
Que con su esplendor luciente
Y el agrado de sus formas
Los sentidos embebece,

Mi corazon mal contento
Y la razon impaciente
Un alma ansiaban; la hallaron,
Y serán sus siervos fieles.

Que los encantos del cuerpo
Son vanos frájiles bienes,
Flor de un dia, que á la tarde
Su pompa y matices pierde:

Llama que brilla un momento,
Que luego eclipsada muere,
Y al resplandor con que alumbra,
Sombras y dolor suceden.

Un soplo, un sol la mancillan,
O anúblala el tiempo aleve,
Pero del alma los dones
Cual ella jamás fenecen.

Jamás tu amable inocencia,
Tu dulzor, y esa clemente
Ternura, que abierto al triste
Contino tu pecho tiene:

Ese pecho tan sensible,
Donde Amor rendido aprende
A saber amar, y el mundo
Ni conoce ni merece

En su prez inestimable;
Dejarán, mi bien, de hacerme
La impresion encantadora
Con que hoy todo me conmueven.

No, jamás la llama pura
De amistad en que te escedes
A ti misma, previniendo
Cuanto el deseo ansiar puede;

Ese solícito anhelo,
Que siempre exhalado viene
A alzar con pròvida mano
La humanidad indijente;

Y ese tu pensar divino,
En que oyéndote mil veces
Estática queda el alma,
Como si á un ángel oyese;

O ese encanto delicioso
Con que delicada ejerces
Sin ofender, el imperio
Que sobre todos te adquieres,

Ni tu sencillez donosa,

Y esa modestia celeste,
 Que amando, adorada, tanto,
 Nada á permitir se atreve;
 Sentirán la accion del tiempo:
 Siempre en juventud perene,
 Siempre ocupacion dichosa
 De mi pecho y de mi mente,
 Que olvidando en ti lo humano,
 Te hallarán graciosa siempre,
 Celestial, amable, y digna
 De los cultos que hoy te ofrecen.
 Así, aunque la edad caduca
 Llegue á escarchar nuestras sienas,
 Aun amarémos; que el alma,
 Clori, jamás envejece.

ROMANCE XXIII.

LA ZAGALA PENSATIVA.

1797

¿Tú triste, serrana bella?
 ¿Tus ojuelos cristalinos
 De llorar, mi bien, turbados?
 ¿Sin luz su amoroso brillo?
 ¿Tu rostro ajado? ¿el gracioso
 Color de rosa marchito
 En tus mejillas? ¿tu pecho
 Lanzar ardientes suspiros?
 ¿Tú elevada y silenciosa?
 ¿Tú de tu zagal querido
 El lado esquivar tres dias?
 ¿Por qué tan crudo desvío?
 ¿Es este el amor eterno?
 ¿Este el premio á mis martirios,
 Y la fe jurada? ¡injusta!
 ¿Me abandonas? ¿soy perdido?
 ¿Qué niebla á tu luz se opone?
 Por el corazon mas fino
 Que el Niño alado hasta ahora
 Hirió con sus dulces tiros;
 Por un alma en que dominas
 Cual señora, te suplico,
 Me digas tu mal, ó acabes,
 Cruel, de una vez conmigo.
 Vivir no puedo en mas dudas:
 Cuantos tristes desvarios
 Teme mi desdicha, todos
 Presentes ahora los miro.
 Todos á azorarme vienen;
 Y desolado el juicio,
 Sin osar fijarse, vaga

De uno en otro mal perdido:
 Cual un mísero forzado,
 Que ansiando romper sus grillos,
 Mientras mas sin fruto lidia,
 Mayor es su necio ahinco.
 Ya tu helada indiferencia
 Me hace temblar, ya el antiguo
 Ceño implacable, por otro
 Ya mi amor lloro en olvido:
 Y abandonado..... ¡dejarme
 Su fe! ¡su labio sencillo
 Torpe mentir! lejos, lejos
 De mí, pensamiento indigno.
 Lejos de mí; y tú, perdona,
 Perdona al ciego delirio
 Que me arrastra: ¡oh si algun dia
 Mi llama hubieses creído!
 ¡Qué feliz, cuán sin zozobra
 Gozara el premio contigo
 De mi afan! ya no hay remedio;
 Tú, aleve, tú lo has querido:
 Y yo víctima infelice
 De un error, en un abismo
 De males sumido, al cielo
 Clamo en vano por alivio.
 ¡Causa infeliz de estos males!
 Por tu obstinado capricho
 Feneció nuestra ventura,
 Y hoy los dos á par jemimos:
 Yendo los ojos vendados
 Por un ciego laberinto,
 Do es tan vana la salida,
 Cuan mortales los peligros.
 Mi estado mira, y piadosa
 Duélete dél; no mi esquivo
 Tormento, inhumana, dobles
 Con tu silencio, bien mio.
 ¿Qué te aqueja, ó qué padeces?
 Yo en tu seno deposito
 Mis crudas penas: ¿pues cómo
 No te merezco lo mismo?
 ¿Puede haber ningun misterio
 Entre dos que tan unidos
 Estrecha Amor? ¿tus pesares
 Son de mis males distintos?
 Unos mismos son, amada,
 Cual lo son nuestros destinos,
 Ya implacable nos aflija,
 Ya el dios nos ria benigno.
 Tú misma entre sus trasportés
 Veces mil fina lo has dicho,

Abincada poniendo al cielo
De tu verdad por testigo.

¡Y hoy, bárbara, los separas!
¡Y así en tu silencio impío
Obstinándote, los ruegos
Huyes de tu triste amigo!

¡Y te complaces en verle
Dudoso, ahogado, sombrío,
Sospechar, temblar do quiera
Desastres ó precipicios.....!

Mi ardor, mis furoros sabes,
Y á todo estoy decidido,
Menos á olvidarte, ciego
Será á tu voz mi albedrío.

ROMANCE XXIV. 1820

LA VUELTA DEL COLORIN.

¿Qué es esto, colorin mio,
Revolando á mis ventanas,
Cuando yo te suponía
Unido ya con tu amada:

Cuando en el umbroso bosque,
Saltando de rama en rama,
Debieras en dulces trinos
Día y noche requebrarla:

Cuando con ala incansable
Y en deliciosa inconstancia,
De la libertad pudieras
Gozar que tanto anhelabas?

¿Qué es esto, neciaavecilla?
Dijo Fili una mañana
Que vió al abrir sus balcones,
Que su colorin la aguarda.

¿Qué es esto,avecilla necia,
Tan presto tu bien te cansa,
Que ya, ¡infeliz! echas menos
La esclavitud de la jaula?

¿Te agrada el afan inútil
De arañar con cruda garra,
Y morder con fiero pico
Los arambres de tu guarda?

¡Y este era el empeño ardiente
Con que en romperlos pugnabas,
Y estos tus tiernos suspiros,
Tu soledad y tus ansias!

¿Valen mas doradas redes
Y el encierro de una sala,
Que cruzar suelto y ufano
Desde el prado á la enramada?

VI.

¿Posarse allí bullicioso
En la ramilla, que vaga
Tiembla á tu peso, se inclina,
Y alzándote tú, se alza?

¿Concertar el lindo pecho,
Acomodando con gracia
Las plumas que el vivo soplo
Del cefirillo rizara?

¿Volar al pensil vecino,
Y compitiendo en la gala
De tus subidos matices
Con sus flores mas lozanas,
Buscar la rosa mas bella,
Y gozar feliz del ámbar
Que exhalan sus frescas hojas,
Libándolas sin ajarla?

¿Valen mas mis cariñitos
Que las ardientes piadas
De tu querida, ó mis besos
Que los que su amor te guarda?

¿No es mejor en limpia fuente
Bañarse y beber sus aguas,
Que en estrecho bebedero,
Ni tan risueñas ni claras?

¿Y mejor con sutil pico
Buscar mil sabrosas granas,
Que el cebo y golosos mimos
Con que mi amor te regala?

¿Allí entre flores y aromas,
Al rayar riendo el alba,
Con deliciosos motetes
Darle grato la alborada?

¿Allí de tu gusto dueño
Cantar con libre garganta,
Y querer con libre pecho,
Y volar con libres alas?

¿Y en pos de tu alegre amiga,
Que en tus suspiros se inflama,
Del valle al placido nido
Esposo feliz llevarla?

Amado colorin mio,
¿No es esto mejor? ¿igual
A tan fausta independencia
Esta sujecion amarga?

Esta sujecion, que al tiempo
Su rueda abrumando para;
Y siempre y siempre la misma
A la eternidad retrata.

¡Y aun cariñoso me pías!
¡Y solícito te afanas!
¡Y revolando me pides

Que presta el encierro te abra.....!

¡ Oh ! ¡ cuánto , cuánto me enseñas !
¡ Cuánto , donoso , me hablas "
Con los sentidos gorjeos
Con que á mis balcones llamas !

Tu leccion y ejemplo sigo ,
Avecilla afortunada ,
Mas que tu dueño discreta
En tu feliz ignorancia.

Cesó mi necio delirio :
Tu empeño me desengaña
De las torres que en el viento
Mi vanidad encumbrara.

Y el tedio se hundió con ellas ,
Con que esquivé la fragancia
De las rosas , que florecen
Do quiera bajo mi planta.

Tú vuelves , ave querida ,
A la mano que te halaga ,
Al dueño que te requiebra ,
Y á la amiga que te ampara.

Tú vuelves de agradecida ,
Tú vuelves , porque criada
Entre cariños y besos ,
En ellos tus dichas hallas.

Tambien yo hallaré las mias
En querer con vida y alma
Esclava feliz al dueño ,
Que con alma y vida me ama.

Yo le pagaré , avecilla ,
Yo le pagaré afanada
Noche y dia en su regalo
Las finezas de su llama ,

Como tú loca en tus juegos
Con ellos mi afecto pagas ,
Y en suavísimas canciones
A mi voz sola te exhalas.

Tú á mi lado hallas tu gloria ,
Y abandonas por gozarla
Libertad , nido y querida ;
Y porque te encierre , clamas .

Yo sin tantos sacrificios ,
En la inefable lazada
Que con mi esposo me liga ,
Vincularé mi esperanza.

Centro á mis finos deseos ,
Él será la lumbre clara
Que mis ojos ilumine ,
Que dirija mis pisadas.

Y así en su seno aliviando
La libertad que me cansa ,

Gozar sabré las delicias
Que esquivé insensible y vana.

Ven pues , colorin precioso ,
Ven , que la prision te aguarda ;
Y yo con dulce desvelo
Cuidaré hacértela grata.

Los dos serémos felices ,
Tú en tu pacífica estancia ,
Y yo en servir á mi amado ,
Y en celebrarte sus gracias.—

El colorin cariñoso
Batiendo alegre las alas
Voló á la jaula , y su suerte
Con mil trinos ponderaba ;

Y Filis , la tierna Fílis ,
Corrió á su esposo exhalada
A jurarse entre sus brazos
Su dichosísima esclava.

ROMANCE XXV. 1820

LA VISITA DE MI AMIGA.

PERMITE , insensible amiga ,
Que en mis amargos pesares
La injusta ley que me has puesto
Una sola vez quebrante.

He callado ; y no , no puedes ,
No puedes , cruel , quejarte
De que mi labio importuno
Con mis lástimas te canse.

Guardalas el hondo pecho ;
Y aun tímido de enojarte ,
Hasta sus tristes suspiros
Mudos vuelan por el aire.

Mas de esta feliz mañana
Otro soy ya : no me caben
En el corazon las ansias ,
Y vado es forzoso darles.

¡ Tú en mi casa ! ¡ tú en mi cuarto !
¡ Y entretenida y afable
Gozando en él los primores
Del buril y de las artes !

¡ Tú de Angélica aplaudirme
El encanto inesplicable
Con que á su Medoro mira ,
Cede , y en sus brazos cae !

¡ Aquel suspiro de fuego
Que parece ir á exhalarse
De su boca , el suave anhelo
De su pecho palpitante !

¡El delirio con que estrecha
Su cuello, y á sí lo atrae,
Y el ardor que la devora,
Se esfuerza comunicarle!

¡La espresion del feliz Moro,
Que ya sus éstasis parte!

¡Su ahincado mirar do brillan
Amor y placer triunfantes!

¡Y tú con labio aun mas tierno,
Tú, Fili, á par celebrarme
De la infeliz Eloísa
La desfallecida imájen!

¡Aquellas lágrimas bellas,
Que cual perlas sobresalen
Por sus pálidas mejillas,
Que dos rosas fueron antes!

¡Aquellos ojos divinos
Que amor desolado abate,
Un amor que aun quiere al cielo
Su esposa insano robarle!

¡Mientras ella en él los fija
Con todo el fervor de un ángel,
El sacrificio ofreciendo
De sus horribles desastres!

¡Y por su cárdena boca
Que agudo el dolor contrae,
En pos su Abelardo el alma
Involuntaria se sale!

¡Esto encarecer.....! ¡oh cuántos,
Oh cuántos en un instante
De encontrados pensamientos
Con tu embeleso alentaste!

Los vientos que las borrascas
Consigo bramando traen,
Y la quieta mar encrespan
En rápidos huracanes,

Menos turbulentos lidian,
Que en mi corazon amante
Mil infelices cuidados
De entónces acá combaten;

Sin que haya un veloz momento
En que su furor se calme,
En que la razon se escuche,
Ni amor frenético calle:

Siempre en la idea indelebles,
Cual si ora grata me hablases,
La languidez de tu acento,
La espresion de tu semblante.

¿Posible será que ceda
Tu injusticia? ¿qué á mirarme
Como á tu Medoro vuelvas,

Yo mi Anjélica te llame?

¿Que las delicias renueves,
Con que algun dia galante,
Cual Eloísa en sus fuegos,
Mi loca pasion premiaste?

Acuerda, acuerda estos dias
De gloria y bien inefables,
En que tus dulces suspiros
Con mis suspiros mezclaste,

Cuando ante la faz del cielo,
Y en fe y en ternura iguales,
Nos juramos, cruda Fili,
Tú ser mia, yo adorarte;

Estrechándote en mi seno,
Que aun ahora hablando me late,
Y no pudiendo tú fina
De mis brazos arrancarte.....

No, en tu helada indiferencia
Feneció el sentir: ni sabes
En mi ardiente fantasía
Cuánto una mirada vale.

No sabes con qué delirio
A mil sueños celestiales
Me abandono, y el deseo
Los imposibles combate.

¿Mas por qué estos imposibles?
Tuyos son, que el fatal arte
Tienes de hacerte infelice,
Y á mí, bárbara, acabarme.

No los hay para quien ama:
Para dos que tan constantes
Sufren, merecen, anhelan,
Y en las mismas llamas arden...

Yo sueño, y Amor me burla.
De ilusiones agradables
El alma llena, en mi cuarto
Y á tu lado vuelvo á hallarme.

¿Díme, mi bien, no me viste
Embebecido, cobarde,
Turbado, dudoso, inquieto,
Y osando apenas hablarte?

¿No viste en mi triste rostro
Las dolorosas señales
De mi abandono? ¿no oíste
Decirte entre tiernos ayes:

Esta casa, su fiel dueño
Tuyos son? ¡oh qué de males
Con tus zelos indiscretos
A ti á par que á mi causaste!

Hoy en ella soberana,
Bajo tu imperio süave

Fuera mi gloria rendido
 Como señora adorarte:
 Recibir las dulces leyes
 Que tu labio me dictase;
 Y mirándome en tus ojos,
 Solo en tu culto emplearme;
 Haciendo así la cadena
 Que unió nuestras voluntades,
 Y hoy tu ímpia mano destroza,
 De aroma y rosa inmortales.

¡Ay Fílis! esta cadena,
 Por desdeñar tú escucharme,
 En mi bárbaro despecho
 Será un dogal que me acabe.

Contempla, cruel, la obra
 De tu altivez, y si valen
 Ruegos en ti, no mis penas
 Dobles con nuevos ultrajes;

Que aun la esperanza... ¡oh si un día...!
 Vé, injusta, el horrible trance
 En que me has puesto: el bien veo,
 Y ni aun puedo desearle.—

Fílis mas sufrir no pudo
 Que así su amor la increpase,
 Pues aunque severa le huye,
 Jamás dejara de amarle.

Suspiró profundamente,
 Y el sonrosado semblante
 Inclino sobre su seno,
 Sin atreverse á mirarle.

El dichoso que á sus ansias
 La alcanzó tan favorable,
 Entre sus brazos la estrecha,
 Y exclamando: ¡Amor, triunfaste!

Fílis, bien mio, le dice,
 Baste de violencias, baste;
 Cesen tus falsos desvíos
 Y mis dudas infernales:

Tú serás mi eterno empleo,
 Tú mi delicia inefable,
 Mi vida y mi gloria, y cuanto
 De mas tierno en amor cabe:

Que pues él feliz nos une
 Tras tamañas tempestades,
 Y haber de su amargo acíbar
 Mi labio apurado el cáliz,

¿Qué fuerza, adorada mia,
 Qué fuerza será bastante
 Ni á arrancarte de mi pecho,
 Ni á que tú dejes de amarme?

Nada, la sensible Fílis,

Nada, responde anhelante;
 Y en lágrimas de ternura
 Cual nieve al sol se deshace.

182 ROMANCE XXVI.

LA INJUSTA DESCONFIANZA.

BASTA de enojoso ceño:
 No dudes de mi cariño,
 Que te agravias y me ofendes
 Con tus desvelos, bien mio.

¡Yo faltar á mis promesas!
 ¡Yo indiferente! ¡yo tibio!
 ¡Desdeñar tu amable lado!
 ¡Llamarme y haberte huido!

¡Yo, que ciega mariposa
 Con mas bulliciosos jiros
 Que ella, la luz do fenece,
 Rondo tus ojos divinos!

¡Yo, que cuando lejos peno,
 Fílis, de ti, sin sentido,
 Cual si presente me oyeras,
 Tu dulce nombre repito!

No, donosa, nada temas
 De un corazon que sencillo
 Te idolatra, y es tu esclavo
 Por eleccion y destino.

La constancia fué su gloria;
 Y orgulloso hoy en sus grillos,
 Nombre, libertad, fortuna,
 Todo á tus piés lo ha rendido;

Y por ti sola de todos
 Olvidado en su retiro,
 No demanda en tantos suyos
 Ni el mas leve sacrificio.

¿No lo ves, zelosa mia?
 ¿No ves con qué ciego ahinco
 Gozoso en obedecerte
 Todas mis venturas cifro?

¿Hay gusto tuyo, hay deseo
 Que no halles siempre cumplido?
 ¿Ni paso en mí, que no sea
 Del amante mas sumiso?

Siempre en ti y de ti pendiente,
 Y ora como en el principio
 De tus ojos recibiendo
 La ley que inviolable sigo.

Escojite por señora,
 Y entre mil tiernos suspiros
 Eterna fe me has jurado;

Yo alma y vida te dí fino.
 Nuestros labios cariñosos,
 Los votos con los jemitos
 Mezclando, que solo hacemos
 Ya un ser, mil veces se han dicho;
 Y crecer sintiendo ardientes
 Su embeleso y desvarío,
 Estáticos nuestros pechos
 Mil veces mas se han unido.
 ¡Qué instantes, Fílis mia!
 ¡Qué abandono! ¡con qué hechizo
 Contemplándome exclamabas:
 «Tuya soy, y tú eres mio!
 «Y en ello cuántas venturas
 «El afán mas esquisito
 «Con delicia soñar puede,
 «Y aun mas si es posible miro.»
 ¿Quiénes, adorada, entónces
 Mas felices? uno mismo
 El querer, gozar, y cuanto
 Puede embargar los sentidos.
 ¡Y aun dudas y te desvelas!
 ¡Y víctima de un capricho
 Te atormentas! ó amas poco,
 O yo soy de amarte indigno.
 ¿Qué? ¿te has trocado de aquella
 Que veces tantas me ha visto
 Suspirar loco á sus plantas
 De la ira al dulce trino?
 ¿Quién osará, amada mia,
 Ni de tu beldad el brillo,
 Ni contrastar de tus ojos
 El encanto peregrino?
 ¿Quién apagar en mi pecho
 El volcan que hierve activo;
 Ni la impresion indeleble
 Turbar que en mí tu amor hizo?
 ¿Quién de aquel entre mil ayes,
 «Triunfaste al fin: ya me rindo,»
 En mi oído y mi memoria
 Jamás borraré el sonido;
 De tierno y tímido llanto
 Llenos y en el suelo fijos
 Tus ojos, feliz trofeo
 De un rigor aun mal vencido?
 Cesa pues, cesa en tus quejas:
 Caiga ya ese ceño umbrío,
 Y alegre en tu rostro ria
 De sus gracias el bullicio.
 Cesa, cesa, y mas amemos:
 Crezca el celestial prestigio

Que nos ciega: nuestro fuego
 Arda cada vez mas vivo.

Amemos y amemos siempre,
 Sin que zelos ni desvíos
 A turbar amargos vengan
 Las delicias que sentimos:
 Delicias inesplicables,
 En que ufanos y engreidos
 Al Amor mismo enseñamos
 Con nuestros dulces delirios.
 Mundo y hombres olvidemos,
 Que así mas y mas perdidos,
 Vivirás para mí solo,
 Como yo para ti vivo.

ROMANCE XXVII.

EL OTOÑO DE LA VIDA.

A mi amigo D. Manuel María Cambrero, del Consejo de S. M.

¡Ves cuán benigno el otoño,
 Fabio, á nuestros ojos rie!

¡Con qué majestad tranquila
 Sus horas el sol preside!

¡Cuán plácidas son las noches;
 Y hermosa alzando entre miles

De soles Febe su carro,
 Con el dia en luz compiten!

¡Ves cuán profuso sus dones
 Nos ostenta! ¡qué sutiles

Las auras bullen, las vegas
 De nuevas galas se visten!

¡En los árboles mecerse
 La verde pera, en las vides

La uva de oro, con que Baco
 Lagares y cubas hinche!

¡La abundancia por do quiera,
 Y en deliciosos convites

La alma paz, que á la esperanza
 Colmada riendo sigue!

Nada en vanas apariencias
 Ni en melindrosos matices

De flores, que un dia apenas
 Al rayo del sol resisten.

El hombre respira y goza;
 Donde quier se torne ó mire,

Hallará un bien, un alivio
 A las penas que le aflijen.

Trabaja el áspero invierno,

Y á par que él domina horrible
Entre nieves y aguaceros,
Su esteva encorvado oprime.

En la estacion de las flores
Con nuevo anhelo repite
La labor, y en sus barbechos
Mas honda la reja imprime.

Luego cuando el Can fogoso
Sus vivas llamas despide
Sobre la agostada tierra
Que ahogándose en ellas jime,

Él en medio de sus mieses
Contrasta con pecho firme
La congojosa agonía,
Y el trillo y biello apercibe.

Hoy goza : sus largos dones
Grato el otoño le rinde,
Y su afan galardonando
Su sien de pámpanos ciñe.

Los árboles le dan sombras,
Los céfiros apacibles
Frescura, embeleso el cielo,
Frutos la tierra felices.

Así es, Fabio, nuestra vida :
De su otoño honancible
Son los rápidos instantes
Los únicos que se vive.

Solo en ellos siente el hombre
Su noble ser ; y el sublime
Don de la razon divina
Todo su esplendor recibe.

Este don de infaustas nieblas
Lleno en los años viriles,
Que en la ancianidad se apaga,
Y la niñez no apercibe :

Las enconadas pasiones,
Que en ímpetu irresistible
Su pecho hasta allí ajitaban,
Ya en plácida union le asisten :

Despertando en él honrosas
Aquel Fuego que invisible
Yacia, y con que á la gloria
Y á la humanidad se sirve :

Aquel que de monstruos fieros
Purgó el mundo con Alcides,
Dió á Grecia leyes, y alienta
De Helicon los claros cisnes.

Entónces al cielo inmenso
Se encumbra, los pasos mide
De los astros, y adivina
Las órbitas que describen :

Sigue en su carro á la luna ;
De ella y del sol los eclipses,
O la vuelta de un cometa
Tras largos siglos predice.

Baja observador al suelo ;
Del átomo imperceptible
Del Ande á la escelsa cumbre
Corre con ojos de lince :

Cálase al abismo oscuro ;
Ve al oro entre escorias viles,
Informe roca al diamante,
Aun en masa al amatiste ;

Y admirando el vivo anhelo
Que arrastra imperioso á unirse
Perfeccionándose á cuanto
Do quier la mente concibe,

Calcula, pesa, compara,
Y en su teson invencible
Halla al fin las altas leyes
Con que ser tanto se rije.

Búscalas luego en el hombre,
Sonda las causas, los fines
De sus obras ; ¿ y qué encuentra ?
Fabio, abismos infelices :

A la honradez en las pajas,
Sobre pluma á la molicie,
Y al orgullo que en los brazos
De la opulencia se engrie :

En triunfo al error y al vicio,
Al favor inaccesible,
Y al ciego interés hollando
A la verdad que proscribe.

¡ Oh ! ¡ dichoso quien del cielo
Cual tú alumbrado consigue
De virtud la fausta senda
Seguir, de ilusiones libre !

¡ Dichoso el que en el otoño
De sus dias se redime
De la ley comun, y goza
Dulce paz en vida simple !

En la alegre primavera
Todo es galas y pensiles,
Todo músicas y ardores
Con que el alma se derrite :

Solo se respira y siente
El placer : solo se existe
Para querer : en delicias
Nada el pecho, el labio rie :

De ilusion vaga el deseo
En ilusion, insensible
Al pesar que á las espaldas

Aguja, aunque airado grite.
 ¡Loca edad, en que sin norte
 Se pierde el débil esquiife
 De la vida en rumbos ciegos,
 Siempre amenazado á hundirse!

Sucede el fogoso estío:
 La ambicion punza insufrible
 Al corazon, la codicia
 Lo sume en ansias ruines,
 Para que con su tesoro
 Su fin trájico anticipe,
 O con diez llaves cerrado,
 Del sueño y la paz le prive:

Si embriagado en loco orgullo
 En bandos no lo dividen
 Y partes mil, odios, zelos,
 Temores, envidia triste.

Con tan ásperos verdugos
 El ciego interés dirige
 Sus pasos: torres de viento
 Crédulo el error le finje:

Tras un fantasma engañoso,
 Que al lograrlo se percibe
 Amargo ya, un otro anhela
 Que sin fin le descarrie;

Alcánzalo, y se fastidia;
 Y en su ansiar incorregible,
 Entre el tedio y el deseo,
 Su cuitado ser maldice.

Por fin el plácido otoño
 Viene á calmar estas lides,
 Siendo en tan recias borrascas
 De serenidad el iris.

Viene de frutos colmado:
 Los desengaños le siguen,
 Caen las hinchadas pasiones,
 Y la razon logra oirse,

Igual al fanal del dia
 Cuando en el cenit sublime
 Deshace la opaca nube,
 Que el paso á su llama impide:

Y á su luz en grata calma
 A un tiempo se burla y jime
 De tanta inútil zozobra;
 Y el yerro al aviso sirve;

Cual convaleciente aun débil
 Que en jesto y acento tristes
 Su congojosa dolencia
 Alegre á todos repite:

O navegante, en el puerto,
 Libre de náufragas sirtes,

Temblando sus largos rumbos
 Y tempestades describe.

Nuestro otoño pues gozemos,
 Fabio mio, en paz felice;
 Que el tiempo vuela, la vida
 Es un vapor insensible,
 Y así pasa: el yerto invierno
 Al blando otoño persigue;
 Y en pos la muerte y la tumba
 Serán nuestro eterno eclipse.

ROMANCE XXVIII.

ELISA ENVIDIOSA.

Si tan niña te casaron,
 ¿Por qué murmuras, Elisa,
 Que las solteras se lleven
 Los galanes de la villa?
 ¿A qué culpar sus donaires,
 Y en tus disparadas iras
 Ni aun perdonarles las gracias
 Con que su inocencia brilla?

¿En qué te ofenden las flores
 Que su cabello matizan,
 De su seno los joyeles,
 De sus dedos las sortijas?

¿En qué el donoso bullicio
 De su juventud festiva,
 Ni el embeleso en que gozan
 Del dulce Amor las primicias?

En buen hora se engalanen,
 Y con atencion prolija
 Cuiden de realzar el lustre
 De su beldad peregrina:

Ciña el aljófar su cuello,
 Y trasparente á la vista
 Velen su pecho en la gasa,
 Que leve un soplillo ajita:

Den á su mirar mas fuego,
 Mas frescor á sus mejillas,
 Y premiándolo, á su talle
 Mas soltura y gallardía.

No esta delicia les vedes,
 Ni con tus quejas y envidias
 O sus triunfos solemnizes,
 O publiques tu desdicha.

Déjalas ir á los bailes,
 Deja que canten y rian,
 Cual tú, enojosa, lo hicieras,
 Si hoy no vivieras cautiva:

Hiciéraslo, como sabes
Que te holgaras siendo niña ;
Y que en danzar y prenderte
La palma entonces tenias.

Si feliz no te olvidaste
De las músicas y citas,
Que alcanzó mas de un dichoso,
Notándolo tus vecinas ;

Todo sin cuidado entónces,
Y tú inocente y sencilla,
Era un pasatiempo alegre
Cuanto ora llamas malicia.

Quéjate pues de tu estrella ;
No nuestras fiestas impidas,
O pensaré que son zelos
Tan enfadosa porfía.

¿Qué te importa que Belarda
Dé á su zagal una cinta,
Que Silvio y Enarda se hablen,
Ni zelosa esté Belinda ?

Delio apagará su enojo,
Y los zelos serán risas,
Como á las nubes de mayo
Sigue la lluvia tranquila :

Que tú tambien de este achaque
Otro tiempo adolecias,
Y curábalo tu esposo,
Y tú le amabas mas fina.

Deja en fin culpas y duelos
Por sus paces ó sus riñas,
Que asienta mal en tu rostro
El ceño con que nos miras ;

Y el cuento serás del valle,
Si cansada en su alegría
En dar consejos te empeñas,
Sin que nadié te los pida.

Que si á todos enamora
La modestia que es benigna,
Cuando es importuna, enfada,
Y con altivez irrita :

Cual la medida y los velos
De la viudez dolorida,
Si al baile van melindrosos,
Todo su placer mancillan.

Ama sensible á tu Albano,
Pues lo tienes de por vida,
Y desvelada en servirle,
A sus gustos te anticipa.

Parte con él tus finezas
Fiel esposa y dulce amiga,
Aun mas que en tus largos bienes,

En bondad y gracias, rica.

Ocupada en tus hijuelos
Con solicitud activa,
Cual diligente hortelana
Con dos tiernas clavellinas,

Sus débiles pasos rije,
Goza feliz sus caricias ;
Y en su amor y su cuidado
Todos tus encantos cifra.

Y dejando á las zagalas
Bien querer, y que las sirvan,
Sin esos necios afanes

Con que en vano te fatigas ;
A ellos y al padre dichoso
Consagra alegre tus dias
En la afortunada suerte
Con que los cielos te miman.

Que si él es grato á tus ojos,
Cuanto tú á los suyos linda,
Por mas que anhelar no tienes,
Lastimada casadilla.

ROMANCE XXIX.

LA MAÑANA. 1789

DEJAD el nido, avecillas,
Y con mil cantos alegres
Saludad al nuevo dia,
Que asoma por el oriente,
De do en vuelo despeñado
La ciega noche descende
Opuesta al sol, que en su alcance
Su lumbroso tren previene ;

Y semejando una hoguera
Que en inmensas llamas hierve,
Allá al confín por do asoma
Del cielo, en ellas lo enciende.

¡ Oh qué celajes y albores !
¡ Qué de ráfagas lucientes
Con sus rayos los alumbran,
Y de oro los enriquecen !

Él como en triunfo glorioso
Su rápida marcha emprende,
De animada luz dorando
De los montes la alta frente ;

Mientras que los hondos valles
Muy mas lóbregos se ofrecen,
Cual si otra noche en sus sombras
De nuevo los envolviese.

De Titon la esposa bella

Ostentándose riente
 Lleno el regazo de flores,
 De rosa orladas las sienes,
 Libra al céfiro su manto,
 Que veloz lo desenvuelve,
 Mezclando en el horizonte
 La púrpura con la nieve;
 Y luego galan vagando
 Entre las flores se pierde,
 El rocío les sacude,
 Y sus frescas hojas mece.

Ellas fragantes perfumes
 En oblacion reverente
 Tributan al sol, que á darles
 Vida con sus llamas vuelve.

¡Oh qué bálsamo, qué olores!
 ¡Qué delicia el alma siente
 Al respirarlos! del pecho
 Absorta exhalar se quiere.

En tanto de las tinieblas
 Los restos se desvanecen
 Entre la luz, que en raudales
 De los cielos se desprende.

Todo con ella del sueño
 Sale y se rejuvenece,
 Cual si del mundo este dia
 La feliz aurora fuese;

Y todo la atencion llama,
 Y bulle en gozo y deleite,
 De embeleso en embeleso
 Llevándola dulcemente.

La vista vaga perdida:
 Aquí una flor la entretiene
 Que de luz mil visos hace
 Con sus perlas transparentes:

Sobre las mieses lozanas
 Allí en tal copia las vierte
 Grata el alba, que sus hojas
 Ya contenerlas no pueden,

Corriendo en líquidos hilos
 Que los surcos humedecen,
 Para que así sus cogollos
 Con mas pompa al sol desplieguen:

Y allá el plácido arroyuelo,
 Cuyas claras linfas mueve
 El viento en fáciles ondas,
 Apenas correr se advierte.

Mas allá el undoso rio
 Por la ancha vega se tiende
 Con majestad sosegada,
 Y cual cristal resplandece.

VI.

Sereno y puro, estos rayos
 De luz, el tranquilo ambiente,

Este tumulto, este gozo
 Que universal antecede
 Al trinar el himno al dia
 Reanimados los vivientes;

Este delirio de voces
 Que en su estrépito ensordecen,
 Tantos píos de las aves,
 Tantos cánticos fervientes;

Este hervor inesplicable,
 Este bullir y moverse
 En inefable delicia
 Una infinidad de seres,

De la yerbecilla humilde
 Al roble mas eminente,
 Del insecto al ave osada
 Que al sol su vuelo alzar quiere;

¡Oh cómo me encanta! ¡oh, cómo
 Mi pecho late y se enciende,
 Y en la comun alegría
 Regocijado enloquece!

La mensajera del alba,
 La alondra mil parabienes
 Le rinde, y tan alto vuela
 Que ya los ojos la pierden.

Tras sus nevados corderos
 El pastor cantando viene
 Sus amores por el valle,
 Y al rayo del sol se vuelve.

El labrador cuidadoso
 Unce en el yugo sus bueyes,
 Con blanda officiosa mano
 Limpiándoles la ancha frente.

El humo en las caserías
 En volubles ondas crece,
 Y á par que en el aire sube,
 Se deshace en sombras leves;

Y la atmósfera mas pura,
 Y los árboles mas verdes,
 Y mas lozano está el valle,

1285

ROMANCE XXX.

DE UNA AUSENCIA.

¿Qué sirve que viva ausente,
Si con el alma te veo,
Zagala hermosa del Tórmes,
Y te adora el pensamiento?

¿Qué sirve que ausente viva,
Si un amor fino y honesto
Bien así en la ausencia crece
Cual con seca leña el fuego?

Nunca está lejos quien ama,
Aunque tenga un mundo en medio:
Para el gusto no hay distancias,
Ni violencias para el pecho.

Solo, zagala, el que olvida,
Se dice bien que está lejos;
Que yo donde quier que fuere,
En mi corazón te llevo.

Cual inseparable marcha
En pos la sombra del cuerpo,
Y vivo el fuego se esconde
Del pedernal en el seno;

Así el esperar me anima,
Y en memorias me entretengo,
Sin que en estos tristes valles
Nada encuentre de recreo.

Sin aliño las zagalas,
De altivo y áspero ceño,
Cuanto aquí miro, bien mio,
Me parece tosco y feo.

Mis locas ansias se pierden:
Los ayes los lleva el viento,
Mis lágrimas el Eresma,
Y el alba los dulces sueños.

¡En ellos, ay! ¡qué de noches
Me hallara á tus plantas puesto,
Tal vez airada conmigo,
Tal condolida á mis ruegos!

¡Y al despertar, qué de veces,

NCES.

Como burlado me sienta,
Llamándote cual si oyeras,
Bañé en lloro amargo el lecho!

Mas quisiera yo las noches,
Cuando entre escarchas y hielos
Quejándome de tu olvido
Me halló del alba el lucero;

Las noches en que llorando
No merecidos desprecios,
De mi cítara los trinos

Oyó conmovido el cielo,

Mas que no estas noches tristes
De luto y dolor eterno,
En que á solas me consumo,
Y maldigo mis deseos.

¿Pues aquellas, vida mia,
Cuando ya mis dulces versos
Sonar pudieron felices

De gozo y finezas llenos;
Y tú inflamada al oírlos,
Dándote el Amor su velo,
A tus ventanas salias

Con silencioso misterio,
Para entender mas de cerca

Los cariñosos requiebros,
Y unir tus tímidas ansias
Con mis ardientes afectos?

Nada alcanzará á borrarlas
De un alma de que eres dueño,
De un alma, donde por siempre
Será y único tu imperio.

Ni por mas que en mi desdicha
Se conjure el universo,
Dejarás de hacer, bien mio,
Mi delicia y mi embeleso.

¡Ay! ¡cuándo diré á tus rejas,
Como cantaba algun tiempo,
Ciego de amor y esperanzas
Que cual humo se han deshecho:

«Nunca yo hallado te hubiera;
Ni la noche de los fuegos
Nunca tú por mi ventura
Salieras, Rosana, á verlos!»

Cuando... Aquí llegaba un triste,
A quien del Tórmes trajeron
Al Eresma desterrado
La envidia, el odio y los zelos.

Los compasivos zagales
Que sus jemidos oyeron,
Consuélanle: y él responde,
Que á un ausente no hay consuelo.

ROMANCE XXXI. 1820

EL CONSEJO DE JACINTA.

CON Pascuala Jil se casa,
Y á la linda Fili olvida:
Lo que en la zagala es luto,
Será en Lucindo alegría.

Sirvióla Lucindo un tiempo:
Pero el engaño y la envidia,
Cual nube al sol contrapuesta,
Así eclipsaron sus dichas.

Un chismoso de la aldea
Finjió agravios y malicias,
Que á la sombra se abultaron
Del acaso y la mentira.

El zagal, que no debiera,
Despreciólos en su fina
Voluntad asegurado,
Y en su inocencia sencilla;

Pero lastimóse Fílis,
Que es sensible cuanto linda,
Y sin desdenes ni quejas
Dejó á Lucindo, ofendida.

Luego á Jil quiso en despique;
Si es amor una porfía,
O si jamás un cuidado
Con un disgusto se alivia.

Lucindo llora el olvido,
Y en vano ruega y suspira,
Que donde el engaño adula,
Nunca la verdad se estima.

¡Oh qué de veces el triste
Buscó fino á su querida;
Y con mil rendidas ansias
Amainar tentó sus iras!

¡A sus plantas qué de veces
Sus verdades ratifica,
Confunde apariencias vanas,
Injustos zelos disipa!

Mas Fili en su enojo ciega,
Cuanto el zagal mas la obliga,
Mas ciertos da sus agravios,
Y huye mas y mas su vista.

Bien haya Jil, que por necio
La saca de esta agonía,
Y libra cortés á entrambos
De un martirio de por vida.

La niña el desaire siente;
Y entre agraviada y corrida,
Por Jil, la boda y sus piques

Es la cancion de la villa.

Pero ella á Lucindo quiere;
Él la adora y la suplica,
Y así del otro el desvío
Será el iris de sus riñas.

Todos así lo murmuran;
Y ya en el baile Jacinta,
Viéndola tan triste y sola,
Le cantaba el otro dia:

Zagala del Tórmes
Deja de llorar,
Que Lucindo vuelve,
Si Jil se te va.

Porqué Jil se casa,
No tan boba seas,
Que tú el tiempo llores,
Que él rie y se alegra.
Ejemplo en él toma,
Y olvídale á par:

Que Lucindo vuelve,
Si Jil se te va.

Lo que Jil se pierde
Lucindo lo gane,
Puesto que en el trueque
Bien librada sales:
Y pues es tan necio,
No le llores mas,
Que Lucindo vuelve,
Si Jil se te va.

ROMANCE XXXII. 1820

LA TERNURA MATERNAL.

¡Oh! ¡cómo me encanta, Fílis,
Gozar del juego inocente
Con que entre risas te halaga
El ángel que al pecho tienes!

¡Cuál con sus tiernas manitas
Te lo bate, y las extiende
Hasta tus frescas mejillas,
Hundiéndolas suavemente!

Luego la cabeza esconde,
Y hace como que se duerme,
Y entre mil gozos y mimos
Entre tus brazos se mece;

Mas al punto el taimadillo,
De su quietud impaciente,
Con nuevas fiestas y risas
Salta, y de tu cuello pende.

Tú con miradas de madre

Lo contemplas, y le vuelves
Por cada caricia un beso,
Que á nuevos juegos le mueve.

Rien la dulzura y gracia
En sus ojuelos alegres,
En su boca los gorjeos,
La candidez en su frente.

No hay en torno los donaires
Con que inquieto te entretiene,
Ternura que no le grites,
Ni bendicion que no le echas.

Clavel, lumbroso diamante,
Perla de subido oriente,
Cielo, sol, ángel, lucero,
Todo aun poco te parece;

Y en el suavísimo encanto
En que viéndolo te embebes,
Por tus ojos á su pecho
Volársete el alma quiere.

Yo mudo y enajenado
Siento el mio blandamente
Latirme, y parto contigo
Tan sobrehumanos placeres.

¡Dichosa Fílis! tú gozas
Cuanto bien gozarse puede:
Tu seno nada en delicias,
Tu rostro en gloria y deleite.

Puro, anjélico, sublime;
No el grosero que se bebe
Del vicio en la amarga copa,
Que llanto y dolor previene.

¡Ves cuánto la virtud vale!
¡Cual sus encantos conmueven
El alma, y de madre tierna
Son los éstasis celestes!

¡Lo ves, Fílis! fausta sigue,
Y en gozos y afectos crece:
Da otro beso á tus amores,
Y otro y otro aun mas ardientes.

Él los busca, y te provoca
Con sus donosos juguetes;
Te mira, y se oculta y rie,
Y en gorjeos enloquece.

Con estas gracias empieza,
Y feliz la llama prende
Que en lazada deliciosa
Os ha de atar para siempre:

De ora haciendo que dos pechos
Con sola una vida alienten,
Y en ver y en querer conformes
Su union mas y mas se estreche.

Hoy el pequeñuelo infante
Que es hijo á tu pecho siente;
Y este amor sin conocerlo
Lo mama en tu dulce leche:

Este amor santo que un dia,
Como el árbol que se estiende
Rico en sazonados frutos,
Crecerá, y dártelos debe.

Y tu descanso y delicia,
Lleno de bondad y bienes,
Gloriosos hará tus años,
Tan tierno como obediente.

Cuanto hoy por su débil vida
Tu seno en afectos hierve,
Tanto y mas y mas de obsequios
Verásle en torno volverte.

Verásle, madre dichosa,
Cuando sus gracias desplieguen
Adelantados los dias,
Cómo él las luce inocente:

Cuál solícito pregunta,
De tus avisos aprende,
Y tus virtudes remeda,
Y su razon se esclarece.

De ora un enjambre de nietos,
Lindos cual él te previene,
En cuyas vidas la tuya
Con nuevo verdor florece;

Y en cuyas ilustres prendas
Correrán de jente en jente
Las que en riquísima mina
Tu corazon ennoblecen.

De ese tu rubio cabello
Se ajará el oro fuljente,
Arando la arruga fea
La fresca tez de tus sienes;

Y entónces de nuevo en ellos
Vivirás, cual en oriente
Diz que entre aromas renace
De sus cenizas el fénix.

Hoy siembras, Fílis, y el llanto
Que tan delicioso viertes,
Es un plácido rocío
Que los frutos desenvuelve.

Siembras, y con grato influjo
De esa tu feliz simiente
Sazonará el sol un dia
En abundancia las mieses.

Siembras, y abrirse en su seno
Verás, Fili, en plazo breve
Las rosas de su inocencia,

Y de tu amor los claveles.

Riega officiosa la planta,

Y en solicitud perene

Del fogoso Can la libra,

Y los hielos de un diciembre.

Vela en su amparo, y ten cuenta

Si algun ramito se tuerce,

Que la razon lo dirija,

Y no el cariño te ciegue:

Que así pomposa y lozana

El cielo hará que descuelle

Sobre cuantas hermosean

Los mas floridos verjeles;

Y que en pos de su fragancia

Felice á todos se lleve,

Porque tu nombre y tu gloria

Con los suyos se acrecienten. —

Así yo á Fílis hablaba,

Que no á mí, á su hijuelo atiende:

Estréchalo en su albo seno:

Y él mamando se adormece.

Fílis ni aun respirar osa,

Porque su amor no despierte,

Y con languidez süave

Mirándolo se enternece.

Esposa y madre en su rostro,

Rubor y amor santamente

Brillan unidos, y un ángel

Para mis ojos parece;

Que en lágrimas inundados

Sentí al punto; y reverente

Ya, aunque hermosa, no ví en Fílis

La Fílis de mis niñeces.

saber cómo, ocupada
 si siempre la sorprende.
 niña; pero replica
 e tú sola eres su empleo;
 así en tu amor y mis penas
 antino que estudiar tengo.

ROMANCE XXXIV.

LA TARDE. 1797

YA el Héspero delicioso
 entre nubes agradables,
 cual precursor de la noche,
 por el occidente sale;
 Desde allí con su almo brillo
 deshaciendo mil celajes,
 los ojos se presenta
 cual un hermoso diamante.
 Las sombras que le acompañan,
 se apoderan de los valles,
 sobre la mustia yerba
 un fresco rocío esparcen.
 Su corona alzan las flores,
 y de un aroma suave,
 Despidiéndose del día,
 Embalsaman todo el aire.
 El sol afanado vuela,
 Y sus rayos celestiales
 Contemplar tibios permiten
 Al morir su augusta imájen;
 Símil á un globo de fuego
 Que en vivas centellas arde.

Que en ella el vulgo ver suele.

Así el invierno ceñudo

Reina con cetro inclemente,

Y entre escarchas y aguaceros

Y nieve y nubes se envuelve.

¿Y de dónde estos horrores,

Este trastorno aparente,

Que en enero su fin halla,

Y que ya empezó el noviembre?

Del orden con que los tiempos

Alternados se suceden,

Durando naturaleza

La misma, y mudable siempre.

Estos hielos erizados,

Estas lluvias, estas nieves,

Y nieblas y roncós vientos,

Que hoy el ánimo estremecen,

Serán las flores del mayo,

Serán de julio las mieses,

Y las perfumadas frutas

Con que octubre se enriquece.

Hoy el arador se afana,

Y en cada surco que mueve,

Miles encierra de espigas

Para los futuros meses:

Misteriosamente ocultas

En esos granos, que estiende

Do quier liberal su mano,

Y en los terrones se pierden;

Ved, cuál fecunda la tierra

Sus jérmenes desenvuelve,

Para abrirnos sus tesoros

Profusa y risueñamente.

Ved, cómo ya retoñando

La rompe la hojilla débil,

Y cómo el rojo sombrío

Realza su intenso verde:

Verde, que el tostado julio

En oro convertir debe,

Y en una selva de espigas

Esos cogollos nacies.

Trabaja, arador, trabaja

Con ánimo y pecho fuerte,

Ya en tu esperanza embriagado

Del verano en las mercedes.

Cumple tu noble destino,

Y haz cantando tu afán leve,

Mientras insufrible abruma

El fastidio al ocio muelle;

Que entre la pluma y la Holanda

Sumido en sueño y placeres,

ROMANCE XXXVI.

EL ZAGAL APASIONADO.

¡Oh, qué mal se posa el sueño
Sobre ojos que el Amor abre,
Ni con sus dulces cuidados
Su grata calma hizo paces!

Las dos sueñan; y rendidos
De sus amargos afanes,
A un pacífico letargo
Se abandonan los mortales.

Yo solo velo, bien mio,
Y en ocupacion süave
Con tu cariño y mis penas
Regalo mi pecho amante;

Yendo y tornando el deseo,
Sin que ni un momento pare,
Hasta el lecho silencioso,
Do en plácido sueño yaces:

Do en libre y feliz soltura
Las formas inimitables
De tu belleza sin velo
Logran todo su realce.

¡Oh qué de gozos y bienes
De allá en su ilusion me trae!
¡Qué de esperanzas me adula!
¡Y qué de estorbos deshace!

Si los reyes de la tierra
Pusieran en este instante
Su cetro á mis piés en cambio
La gloria que en ti me cabe,

¡Qué ufano los desdeñara
Mi corazon! ¿pues qué valen
Su oro y pompa y señorío
Con mi embeleso inefable?

Tú lo dí, ó luna, que atiendes
Mis finezas, tú que sabes
De este corazon las ansias,
Y cuán tierno ora me late.

Dilo tú, que en tus amores
Ciega un tiempo abandonaste,
Por ver tu pastor dormido,
Las esferas celestiales:

Y entre las sombras marchando
Con planta y pecho anhelante
Estática y silenciosa
Descansabas con mirarle,

Hasta que en tu ardiente seno,
Premiándolo, con mil ayes
Tímido el suyo alentabas

A que mas y mas gozase.
 Dílo pues, hermosa luna;
 ¡Así en tus visitas halles
 A tu Endimion venturoso
 Cada noche mas galante!
 Inmóvil, los ojos fijos
 Sobre tu albergue, enviadle
 Clamo á los cielos, los sueños
 Mas lijeros y agradables.
 Volad, frescos cefirillos,
 Volad, y batid el aire
 Que fácil su labio aspire,
 Porque mas grata descanse:
 Colmad de suaves esencias
 Su estancia: flor en los valles
 No abra el cáliz, que en tributo
 De mi Clori no se exhale.
 La armoniosa filomena,
 Cuyo pico lamentable
 Trina en el bosque, á su oido
 Hoy no ensaye otros cantares,
 Que los que en quiebro canoros
 Su imaginacion halaguen,
 Den pábulo á su ternura,
 Y su corazon inflamen.
 Y tú en solícito anhelo
 Los sueños mas deleitables,
 Amor, á su mente ofrece,
 Con que se goze y regale:
 Haz que trisque con las Gracias,
 Haz que su hermana la llamen,
 Y que de rosa y jazmines
 Ciñan su sien, y la abrazen.
 Entre sus albas corderas
 Salga á la vega, un enjambre
 De Cupidillos la siga,
 Y adórenla los zagales:
 O aplaudida aun de las bellas,
 Luzca gallarda en el baile,
 Rindiendo á cuantos la miren
 Con sus pasos y su talle.
 Entónces, ó Amor, presenta
 Propicio mi fiel imájen
 A sus piés, besando tierno
 Las breves huellas que estampen.
 Mi fineza le recuerda;
 Dile, dile de mi parte
 Que duerma en paz, pues yo velo,
 Y mi fe la guardia le hace:
 Dile mis blandos suspiros,
 Y el éstasi inesplicable

En que me ves, este lloro
 Que del corazon me sale;
 Este aquí presente verla,
 Y como presente hablarle,
 Y en mis cariños perderme,
 Y en sus gracias embriagarme...
 ¡Dichosa Holanda, dichosa
 Veces mil! ¡oh quién lograrse
 Gozar lo que avara gozas,
 Saber cuanto feliz sabes!
 ¡Oh quién lograrse.... en mis venas
 Todo el fuego de amor arde,
 Un dulce temblor me ajita,
 Plácido el seno me late.
 La voz me falta.... á mis ojos
 Ven, grato sueño, ven fácil;
 Y haz que el delirio que siento,
 Entre tus brazos se calme.

ROMANCE XXXVII.

LA LIBERTAD. 1822

VE, Delio, con qué delicia,
 Con qué agradable bullicio
 Ese rruiseñor canoro
 Se goza en el bosque umbrío.
 Cuál salta de ramo en ramo,
 Cuál en su alegre delirio
 Va, y vuelve, y huye, y se pierde
 Entre el verde laberinto.
 Al impulso de sus alas
 Y su revolar festivo,
 Conmoviéndose, las hojas
 Bullen en grato ruido:
 Y corriendo de su seno
 Aljofarado el rocío,
 Como una lluvia de perlas
 Parece del sol al brillo.
 Vé con qué indecible gozo,
 Abre y cierra el dócil pico,
 Y en su floreo süave
 Se queda como embebido;
 Engolfándose sin duda
 Allá en repasar consigo
 Algun gravísimo trance,
 En que el infeliz se ha visto;
 Hasta que soltando el lleno
 De sus melodiosos trinos,
 Su primor nos ensordece
 Sabrosamente el oido;

Tan vario como sublime
En los quiebro infinitos,
Con que esplica de su pecho
Los arrebatos mas vivos.

Todo enmudece y le escucha;
Solo á su armónico silbo
La alondra allá de las nubes
Responde en agudos pios:

Pios que dilata el eco,
Y él mas ardiente al oirlos,
Hasta rendirla redobla
Sus traspasantes suspiros;

Que sin fin el viento hinchado
Cada vez mas peregrinos
Alza el júbilo en sus alas
A las cumbres del olimpo:

Y el valle todo es delicia,
Y armonía el cefirillo,
Vivas de triunfo las aves,
Y embelesa los sentidos.

Pues tantas salvas y cantos
Obra son, Delio querido,
De la libertad felice
Que ha logrado el pajarillo:

Cual rota la odiosa valla
Que embarazó su camino,
Se derrama el arroyuelo
Por todo un valle florido,

Y bullendo entre las guijas,
O durmiéndose tranquilo,
Es del ánimo y los ojos
Distraccion y regocijo.

Yacía el mísero esclavo
Entre los dorados hilos
Y el encierro de una jaula,
Pendiente de ajeno arbitrio.

Solitario y triste en ella
Sin hermosura ni aliño,
Siempre el alma en sus amores,
Siempre azorado y esquivo,

Acordando aquellas horas,
Cuando en el sagrado asilo
De su nido acompañaba
A su esposa y dulces hijos,

O asentado en algun ramo
Orillas del manso río,
El murmullo de sus ondas
Remedaba entretenido.

En vano sobre él el tiempo,
Para olvidarle benigno
De su esclavitud odiosa,

Tornaba en plácido jiro
Del mayo las lindas flores,
La rubia mies del estío,
O del sosegado octubre
La frescura y los racimos:

Pues siempre en su estrecha cárcel,
Mordiendo infeliz los grillos,
Lloraba sus desventuras
Sin mejorar su destino;

Cuando un acaso dichoso,
O el cielo apiadado quiso
Que á su libre ser volviese,
Y á morar su antiguo nido:

Y así bullicioso y loco
Y en movimiento continuo
Salta y bulle, y trisca y canta,
Todo júbilo y cariños.

Otro tanto me sucede
Despues que exento me miro,
Y que lancé de mi cuello
El yugo de Amor indigno:

Que señor de mis deseos,
Y en gloriosa paz conmigo,
Sin comprar un gozo aleve
Con un siglo de martirios,

Siempre el sol claro me luce,
Siempre alegre canto y río,
Llenando mis faustos dias
Las musas y mis amigos.

ROMANCE XXXVIII.

LAS VENDIMIAS.

Ya dió alegre el fresco otoño
La señal de la vendimia,
Y su voz redobla el eco
Por los valles y colinas.

Del peso dulce y opimo
De sus racimos vencida
Al suelo la vide pomposa,
La frente encorvada inclina;

Y entre el desmayado verde
Que su follaje mancilla,
Cual encendidos topacios
Las doradas uvas brillan:

O como el negro azabache
Que á la noche desafía
Apiñándose, el deseo
A su robo solicitan.

Alzándose el sol radiante

Desde los pasos primeros
 Que dió en la senda difícil
 De la vida mi inocencia,
 Siempre enconada me afliges:
 Siempre, cuando mas lumbroso
 Y en calma mas bonancible
 A resplandecer un dia
 Empezó á mis ojos tristes,
 Burlando al ciego deseo,
 Se alzaron á sumerjirle
 En larga y lóbrega noche
 Cien tempestades horribles.
 Sembré trigo, y cojí abrojos:
 La vida ignorada y libre
 Que mi corazon ansiaba,
 Llegó un instante á reirme.
 ¡Cuán rápido fué este instante!
 Tú en él mis venturas viste,
 Y en tus redes engañosas
 Envolviéndome invisible,
 Me arrastraste al mar ondoso,
 A arrostrar las fieras lides
 De los enconados vientos
 Entre Escilas y Caríbdis.
 ¿Cómo escapar del naufragio
 Pudiera mi leño humilde?
 ¿O en las despeñadas olas
 Vagar, y en ellas no hundirse?
 Fué mi salud una playa,
 Do á la envidia inaccesible,
 De la bondad en el seno
 Viví tranquilo y felice:
 Do rotos los crudos lazos
 Con que atado antes me vide,
 Libre ante la faz del cielo
 Pude y honrado decirme.
 Tan alto bien, cual los sueños
 Que en los aéreos pensiles
 De la ilusion embriagada
 La imaginacion concibe,
 Voló fujitiva sombra;
 Cuando á mi airada volviste
 Fortuna, y con férreo brazo
 Precipitando mi esquife
 De nuevo al agua, la muerte,
 La muerte, si lo resistes,
 Te aguarda cierta, gritaste;
 Y yo en medio un mar sentíme.
 Pero ¡qué mar! ¡qué horrascas
 Y huracanes tan terribles!
 ¡Qué vértigos! ¡qué á los cielos

Sus rizas olas subirse,
 Y luego en inmensos tumbos
 De violencia irresistible
 Estrellarse entre las rocas,
 A tal ímpetu mal firmes!
 Velada la lumbre clara
 Del polo en un denso eclipse,
 Perdido el rumbo, y sin puertos
 Donde náufragas se abriguen,
 Yo ví cien famosas naves
 Sin piloto que las guie,
 Rotos ya timon y quilla,
 De repente, ¡oh pasmo! hendirse;
 Y ví sus ricos despojos
 Entre cenagosas sirtes
 Encallar, y con sus dueños
 En los abismos sumirse.
 Do quier la espantable muerte
 El viento á sus iras sirve,
 Su brazo hiere incansable,
 El golfo en sangre se tiñe:
 Cual nada y se ajita en vano,
 Cual pugna á una vela asirse,
 A uno la ola hunde cayendo,
 Y otro se salva entre miles.
 Yo en la agonía, y temblando
 Irme cada instante á pique,
 Clamé fervoroso al cielo,
 Y el cielo se dignó oirme:
 Que á la bondad jamás deja
 Que desvalida suspire;
 Y al que rendido le implora,
 Siempre benévolo asiste.
 Al fin quebrantado y laso
 A tu ribera acojíme,
 O Garona, do en mis males,
 Hacer una tregua quise.
 ¡Ay! en peregrinas playas
 Ninguno sus dichas cifre:
 La desgracia es azarosa,
 Y del pobre todos rien.
 Náufrago, extranjero, errante,
 Ni un pecho hallé que sensible
 Ni una lágrima vertiese
 Sobre el dolor que me oprime:
 Ni uno que enjugase al menos
 Las que derramaba tristes,
 Ni uno en fin con quien el mio
 Lograra amoroso abrirse.
 Así desdeñoso, helado,
 Cuando todo cuanto existe,

Renace en vitales llamas,
Me es su delicia insufrible.

En vano ya primavera
De luz y de flores ciñe
Su sien purpúrea, y del año
A los destinos preside:

Sus aromas deliciosos,
Los riquísimos matices
Con que engalana la tierra,
Que de verde y gualda viste,
Me son de mortal zozobra
Pintándome otros países,
Y otros tan prósperos días,
Cual son estos infelices.

Todo me abruma y desplace:
En mil inventos sublimes
Que un tiempo indagar ansiara,
Nada hay que mi anhelo escite.

Mi lira, á la mano indócil,
Pulsada el son no repite,
Aunque sus himnos canoros
El mismo Apolo la inspire:
Y el ardor con que en las alas
Del jenio hasta los confines
Me alzé del inmenso cielo,
En sueño eterno se estingue.

Mis ojos, bien como al polo
Fijo el iman se dirige,
Así hácia España se vuelven
Y aun verla ilusos se finjen.

Allí el nevado Moncayo
Con las estrellas se mide;
Y allá el yerto Guadarrama
Las dos Castillas divide:
Derrámase undoso el Bétis
Regando allá sus pensiles;
Y allí el Tajo á su alto dueño
En feudo su oro le rinde:

En Madrid el rejio alcázar
Descollándose preside
A cien fábricas, y todas
Acatan su planta humildes.

¡Ay! este embeleso insano
Ya llega tan vivo á herirme,
Que el llanto mis ojos ciega,
Y es fuerza que los retire.

Así de esperanzas solo
Mi llagado pecho vive;
Sin que haya ni un breve instante
Que de ti, España, me olvide.

¡Dulce patria! mientras llego

Contigo dichoso á unirme,
Mis encendidos suspiros
Como de un hijo recibe.

Mi corazon vuela entre ellos,
Que por honrado y por firme
Tu amparo y favor merece;
Y con el mas fiel compite.

Tú eres todo á mis deseos;
Tú, si enconos me persiguen,
Tú, si envidias me oscurecen,
Todas mis penas redimes.

Tu amor en mis venas hierva;
Y con tus gloriosos timbres
Me gozaré envanecido,
Mientras el seno me palpita.

Necesidad imperiosa
Me echó de tí: bien lo jime
Mi bondad, y esta memoria
De dogal atroz me sirve.

Mira pues cual madre tierna
Una desgracia imposible
De contrastar; y en tus ojos
De mi paz mire yo el íris.

Caiga la discordia impía:
No mas en tu seno atizes
Su volcan, y hunda el averno
Odios y memorias viles.

Húndalos, y de tus hijos
No mas ilusa te prives,
No mas sus votos desdeñes,
No mas la virtud mancilles.

¡Oh! cuándo este ansiado dia,
Que con mil lágrimas pide
Mi dolor al justo cielo,
Fausto empezará á lucirme!

¡Cuándo en tu plácida orilla,
Que ora abril de flores viste,
Podrá, humilde Manzanares,
Volver mi cítara á oirse!

¡Y mis lágrimas de gozo
Se unirán con tus sutiles
Claros linfas, y mis cantos
Con tu murmullo apacible;

A par que de mis naufragios,
Cual otro sufrido Ulises,
Las lamentables historias
Repita seguro y libre!

¡Cuándo mis estrechos lares,
Que hoy en soledad se aflijen
Sin su dueño, salvo y ledo
Tornarán á recibirle;

Donde en venturoso olvido
Reine y en pobreza humilde,
Sin que ni zelos ni enconos
Contra su bondad conspiren!

¡Al ver mis dulces amigos,
¡Ay! será que fino á unirse
Mi pecho á su pecho llegue,
Y su ardor les comuniqué:

Hallando en sus tiernos brazos,
A mi eterno amor sensibles,
Un puerto, do al fin gozoso
Por siempre y en paz respire!

¡Cuándo, cuándo, patria mía,
Lograré feliz decirte:
Ya te abrazo, el noble feudo
Grata de mi amor admite!

Admítelo, y con tu nombre
Mi nombre orgulloso brille,
Y con tu vida mi vida
Por siempre se identifique:

Que jamás ni fuerza humana
De ti podrá dividirme,
Ni hasta el último suspiro
Cesaré fiel de servirte;

Siendo en él mi anhelo ardiente
Que con gloria inmarcesible
Brilles así entre los pueblos,
Y el cetro Augusta sublimes,

Cual el sol, padre del día,
Cuando descollando ríe
Por oriente, que los astros
Se hunden ante él invisibles.

¡Cuándo... Un naufrago, en desgracias
Muy mas que en cantar insigne,
Así hablaba con su patria,
Cual si ella cuidase oírle!

De repente mil recuerdos
El corazon le comprimen,
Su lengua el dolor le anuda,
Sus quejas el llanto impide;

Y á España vueltos los ojos,
¡Ay amada España! dice:
El eco en torno vagando
¡España! ¡España! repite.

ROMANCE XL.

LOS SUSPIROS DE UN PROSCRITO.

ERA la noche, y la luna
Su carro al zenit subia,

VI.

El adormecido mundo
Bañando en su luz benigna:

Todo sin accion callaba:
Su ala apenas fujitiva
Movia el blando favonio
Bullendo en la selva umbría;

O algun ave solitaria
Gritando despavorida,
El imperio de las sombras
Mas melancólico hacia,

Del fúnebre aciago canto
Las cláusulas repetidas
En la voz del eco triste
Por las opuestas colinas:

Cuando un infeliz proscrito;
A quien sus cuidados privan
Del sueño, que á los dichosos
Solo plácido visita,

Sobre una escarpada roca
Que el horizonte domina,
Y libre á los ojos deja
El paso á las dos Castillas;

Pensando en las dulces prendas
De su amor y sus delicias,
Bañado en lágrimas tristes
Así angustiado decia:

Volad, dolientes suspiros,
Hasta mi esposa querida,
Muy mas que yo afortunados,
Y llevadle el alma mia:

Llevadle de este infelice
Las lágrimas encendidas,
Y la indeleble memoria
De nuestras pasadas dichas.

Id, suspiros, y llevadle
La fe inalterable y fina
De un esposo que la adora,
Y vive porque ella viva.

Id, volad, suspiros míos,
Y á mi idolatrada hija
Llevad el dulce besillo,
Que un tiempo darle solia.

¡Ah! ya no; que blanco triste
Del encono y la mentira,
Padre infeliz, ver no puedo
Ni sus juegos ni sus risas:

No gozar de su semblante
La sencillez espresiva,
Ni una gracia, un solo halago
De cuantos loco le oía;

Ya si entre amables gorjeos

Tendidas las manecitas,
Que en mis brazos la tomase
Solicitaba festiva;

Ya si en mis tiernos cariños
Las bulliciosas pupilas
De sus ojuelos de gloria
Se gozaban en mí fijas:

O si de su hermosa madre
En el seno adormecida,
Aun en su feliz reposo
A nuestro amor sonreía.

¡Oh Dios! todo ha fenecido:
Todo una estrella maligna,
Todo lo trocó en las furias
Que hoy mi espíritu atosigan:

Que en un horroroso cáos
Envolviéndolo me abisman;
Y á mil altas esperanzas
Por siempre el verdor marchitan.

¡Cuitado! rotos los lazos
Que con la patria me ligan,
Mi honor y pobre fortuna
A merced de la malicia,

Errante, en suelo extranjero,
En olvido á mi familia,
Y á mis amigos falaces,
Ocasión de burla impía,

¿Qué por apurar me queda?
Ni en tal colmo de desdichas,
¿Dónde hallar quien de mis hados
Benigno temple las iras?

Solo tú, adorada esposa,
Tú eres solo quien mitiga
Con ese teson mis males,
Y con tu virtud me animas.

Tú en cuya bondad me apoyo,
Que anjelical dulcificas
Con tus cartas de mis ansias
El intensísimo acíbar.

Así la infeliz memoria
Clavada en ti noche y día,
En este abismo espantoso
Aguantar puedo la vida.

¡Vida...! No así, esposa, llames
La lentitud infinita
Con que sobre mi existencia
Aherrojado el tiempo jira;

Este cavilar eterno,
Este sin hallar salida,
Vagar en la incertidumbre
Mas dolorosa y sombría;

Hundiéndose así los meses,
Siempre en la misma fatiga
De ansiar un fin que no llega,
Y en que el ánimo agoniza.

¡Oh horror! ¡oh ultraje! ¡oh despecho!
Las lágrimas mis mejillas
Cual de dos fuentes inundan,
Y el seno ahogado palpita.

Todo mi ser se estremece,
Y hasta mi existencia misma
Me horroriza al echar menos
Mi entrañable compañía.

¡Yo no las veré...! ¡por siempre
Sin su amor y sus caricias,
Hasta que la cruda Parca
Mi lazo mortal divida!

Sin tener, ¡oh desconsuelo!
Tal vez ni una mano amiga
Que mis apagados ojos
Cierre en mi última agonía;

Ni quien en la humilde tumba
Con entrañas compasivas
Algunas lágrimas vierta,
Y el eterno á Dios me diga.

Y ellas en su inmenso duelo
Vagarán llorando, heridas
Del grito y los rudos golpes
Que contra mí el odio vibra:

Pobres, míseras, holladas,
Demandando á la codicia
El pan de dolores lleno,
Que la indijencia mendiga...

¡Ay! guardad, queridas prendas,
Con relijion santa y pia
De un padre y un fino esposo
Los ayes que hoy os envia:

Guardad, ídolos del alma,
La que entre ellos confundida
Para vos exhala ardiente,
Y allá unánimes partidla.

Vendrá un tiempo en que estas ansias,
En vuestra orfandad esquiva,
Recuerdos mil renovando,
De consuelo y paz os sirvan,

Cuando yo en eterno sueño
Descanse en la tumba fria,
Do se extinguirán las teas
Que hoy ciego el error ajita:

Que allí la envidia no muerde,
El engaño no alucina;
Ni con su tósigo abrasa

Da el viandante
De uno en otro p
Entónces mi h
La ambicion de r
Llenó, arrastróm
Y engolfóme en s
¡Oh qu' dias! ¡c
Siempre
Colgad
Cual
D.
Con
Aur
In
C

132

SONETOS.

AL SR. D. GASPARD DE JOVELLANOS,
DEL CONSEJO DE S. M., OIDOR EN LA
REAL AUDIENCIA DE SEVILLA (*).

Las blandas quejas de mi dulce lira,
Mil lágrimas, suspiros y dolores
Me agrada renovar, pues sus rigores
Piadoso el cielo por mi bien retira.

El dichoso zagal que tierno admira
Su linda zagaleja entre las flores,
Y de su llama goza y sus favores,
Alegre cante lo que Amor le inspira.

Yo llore solo de mi Fili airada
El altivo desden con triste canto,
Que el eco lleve al mayoral Jovino:

Alternando con cítara dorada,
Ya en blando verso, ó dolorido llanto,
Las dulces ansias de un amor divino.

SONETO I.

EL DESPECHO.

Los ojos tristes de llorar cansados,
Alzando al cielo su clemencia imploro;
Mas vuelven luego al encendido lloro,
Que el grave peso no los sufre alzados:

(*) El autor dedicó estos sonetos á su amigo el año de 1776, á escepcion de cinco, añadidos en esta edicion.

Mil dolorosos ayes desdeñados
Son, ¡ ay! tras esto de la luz que adoro;
Y ni me alivia el dia, ni mejoro
Con la callada noche mis cuidados.

Huyo á la soledad, y va conmigo
Oculto el mal, y nada me recrea:
En la ciudad en lágrimas me anego:

Aborrezco mi ser; y aunque maldigo
La vida, temo que la muerte aun sea
Remedio débil para tanto fuego.

SONETO II.

EL PRONOSTICO.

No en vano, desdeñosa, su luz pura
Ha el cielo á tus ojuelos trasladado,
Y ornó de oro el cabello ensortijado,
Y dió á tu frente gracia y hermosura.

Esa rosada boca con ternura
Suspirará: tu seno regalado
De blando fuego bullirá ajitado:
Y el rostro volverás con mas dulzura.

Tirsi, el felice Tirsi tus favores
Cojerá, altiva Clori, su deseo
Coronando en el tálamo dichoso:

Los Cupidillos verterán mil flores,
Llamando en süaves himnos á Himeneo;
Y Amor su beso le dará gozoso.

En medio de sus hojas olorosas
El delicado aroma está gozando:
Así, mi bien, el pensamiento mio
Con dichosa zozobra por hallarte
Vagaba de amor libre por el suelo;
Pero te ví, rendíme, y mi albedrío
Abrasado en tu luz goza al mirarte,
Gracias que envidia de tu rostro el cielo.

SONETO IV.

LAS ARTES DEL AMOR.

Quiso el Amor que el corazón helado
De Nise ardiese, y le lanzó una flecha;
Mas dió al punto á sus piés mil partes he-
[cha
Contra su seno de pudor murado.

Solicítala en oro trasformado,
Y al vil metal con altivez desecha:
Busca al vano favor; no le aprovecha,
Quedando en pruebas mil siempre burlado.

Válese al fin de Tirsi que la adora:
Llama al tierno Himeneo, y oficioso
De la mano la arrastra al nupcial lecho,
Victoria canta el dios: de la pastora
Cesa el desden, y en llanto delicioso
Gual nieve al sol se le derrite el pecho.

SONETO V.

LA PALOMA.

SUELTA mi palomita pequeñuela,
Y déjamela libre, ladron fiero:
Suéltamela, pues ves cuanto la quiero;
Y mi dolor con ella se consuela.

Tú allá me la entretienes con cautela:
Dos noches no ha venido, aunque la es-
[pero.
¡Ay! si esta se detiene, cierto muero:
Suéltala, ¡ó crudo! y tú verás cuál vuela.

ORA pienso yo ver á mi señora
De donosa aldeana, y que el cabello
Libre le vaga por el albo cuello,
Cantando alegre al despertar la aurora:
Ya en pellico y cayada de pastora
Los corderillos guia, y suelta al vellos
Por el prado brincar, corre en pos de ellos;
Ya en ocio blando en la cabaña mora.

Tierna ora rie, y va cojiendo flores:
A caza ora tras ella el monte sigo;
Y bailar en la fiesta ora la veo.

Así ausente me alivio en mis dolores;
Y aunque sueño de amor es cuanto digo,
El alma siente un celestial recreo.

SONETO VII.

EL RUEGO Y LA CRUELDAD.

HUYES, Cínaris bella y desdenosa,
De mil dulces palabras olvidada,
Ni vuelves hácia mí la faz rosada,
Ni mi voz oyes por correr furiosa.

¡Ah! tente, tente á mi dolor piadosa;
Tente, y yo callaré: no tu nevada
Planta la selva hiera enmarañada,
Cual la de Vénus, cuando erró llorosa.

Ni aun respirar ya puedes de rendida.
Vuelve... ¡ay! ¡ay! vuelve... mas, ¡dolor
agudo!

Que por mejor correr, suelta el cayado.
Vuelve... dijo Damon; pero no oída
De la ingrata su voz, seguir no pudo
En encendidas lágrimas bañado.

SONETO VIII.

EL DESEO Y LA DESCONFIANZA.

¡Oh si el dolor que siento se acabara,
Y el bien que tanto anhelo se cumpliera!

¡Cómo por desdichado que ora fuese,
La mas alta ventura no envidiara!

Con la esperanza sola me aliviara;
Y por mucho que en tanto padeciese,
El gozo de que el mal su fin tuviese,
Lo amargo de la pena al fin templara.

Por un instante de placer que hubiera,
Con júbilo mis ansias sufriría;
Ni en su eterno durar desfalleciera.

Pero si es tal la desventura mia,
Que huyendo el bien, el daño persevera,
¡Qué aguardar puedo en mi letal porfía!

SONETO IX.

EL PROPÓSITO INUTIL.

TIEMPO, adorada, fué cuando abrasado
Al fuego de tus lumbres celestiales,
Osé mi honesta fe, mis dulces males
Cantar sin miedo en verso regalado..

¡Qué de veces en lágrimas bañado
Me halló el alba besando tus umbrales;
O la lóbrega noche, siempre iguales
Mi ciego anhelo y tu desden helado!

Pasó aquel tiempo, mas la viva llama
De mi fiel pecho inestinguible dura;
Y hablar no puedo, aunque morir me veo.

Huyo; y muy mas mi corazon se infla-

[ma:

Juro olvidarte, y crece mi ternura;
Y siempre á la razon vence el deseo.

SONETO X.

LA ESQUIVEZ VENCIDA.

No temas, simplecilla: del dichoso
Galan pastor no tardes la ventura:

Apenado á ti corre; su ternura
Premio al fin halle, y su anhelar reposo.

De rosa en la coyunda el cuello her-

[moso

Por el yugo feliz: la copa apura
Que Amor te brinda; y de triunfar segura,
Entra en lides süaves con tu esposo.

¡La vista tornas! ¡del nupcial abrazo
Huyes tímida, y culpas sus ardores,
En rubor virjinal la faz teñida!

Mas Vénus... Vénus... su jenial regazo
Sobre el lecho feliz llueve mil flores,
Que Filis coje, y la esquivéz olvida.

SONETO XI.

LAS ARMAS DEL AMOR.

DE tus doradas hebras, mi señora,
Amor formó los lazos para asirme;
De tus lindos ojuelos, para herirme,
Las flechas y la llama abrasadora.

Tu dulce boca, que el carmin colora,
Su púrpura le dió para rendirme:
Tus manos, si el encanto quise huirme,
Nieve que en fuego se me vuelve ahora.

Tu voz süave, tu desden finjido
Y el albo seno do el placer se anida,
Pábulo añaden al ardor primero.

Amor con tales armas me ha rendido;
¡Ay armas celestiales! ¡ay mi vida!
Yo soy, yo quiero ser tu prisionero.

SONETO XII.

LA HUMILDE RECONVENCION.

DAME, traidor Aminta, y jamás sea
Tu cándida Amarili desdeñosa,
La guirnalda de flores olorosa

Que á mis sienes ciñó la tierna Alcea.

¡Ay! dámela cruel; y si aun desea,
Tomar venganza tu pasion zelosa,
He aquí de mi manada una amorosa
Cordera; en torno fenecer la vea.

¡Ay! dámela, no tardes, que el precioso
Cabello ornó de la pastora mia,
Muy mas que el oro del Ofir luciente,

Cuando cantando en ademan gracioso
Y halagüeño mirar, merecí un dia
Ceñir con ella su serena frente.

SONETO XIII.

LA RESIGNACION AMOROSA.

¿QUÉ quieres, crudo Amor? deja al

[cansado

Animo respirar solo un momento:
Baste el veneno en que abrasarme siento,
Y el dardo agudo al corazon clavado.

Ni duermo ni reposo, y de mi lado
Cual sombra huye el placer; ¡ah! ¡qué

[lamento

Suena en mi triste oido! de tormento
Basta, Amor, basta, pues de mí has triun-

fado.—

Le ruego así; y á mi dolor movido,
Él me muestra la lumbre por que muero,
Puro rayo de anjélica hermosura:

Yo me postro á adorarla, y encendido
En fuego celestial, penar mas quiero,
Y morir pido como gran ventura.

SONETO XIV.

EL RUEGO ENCARECIDO.

DEJA ya la cabaña, mi pastora,
Déjala, mi regalo y gloria mia:
Ven, que ya en el oriente raya el dia,
Y el sol las cumbres de los montes dora.

Ven, y al humilde pecho que te adora,
Torna con tu presencia la alegría.
¡Ay! que tardas: y el alma desconfía:
¡Ay! ven, y alivia mi penar; señora.

Tejida una guirnalda de mil flores
Y una fragante delicada rosa
Te tengo, Fílis, ya para en llegando.

Daréte las cantando mil amores,
Daréte las, mi bien; y tú amorosa
Un beso me darás sabroso y blando.

SONETO XV.

LOS TRISTES RECUERDOS.

En este valle, do sin seso ahora
En muda soledad tu malhadado
Nombre, ¡ay Fili! repito, afortunado
Decirte osé: mi corazón te adora.

Junto á este arroyo que tu muerte llora,
Te hallé cojiendo flores; y turbado
La guirnalda nupcial en tu dorado
Cabello puse, y te juré señora.

Allí nos reveló sus deliciosos
Misterios la alma Vénus, la sagrada
Tea encendiendo plácido Himeneo.
¡Ay! dejadme, ¡recuerdos dolorosos!
Mi Fili al claro Olimpo fué robada;
Y yo en mil ansias fenecer me veo.

SONETO XVI.

LA FUGA INUTIL.

TÍMIDO corzo, de crüel acero
El regalado pecho traspasado,
Ya el seno de la yerba emponzoñado,

Por demás huye del veloz montero:

En vano busca el agua, y el lijero
Cuerpo revuelve hácia el doliente lado:
Cayó y se ajita, y lanza congojado
La vida en un bramido lastimero.

Así la flecha al corazón clavada
Huyó en vano la muerte, revolviendo
El ánima á mil partes dolorida:

Crece el veneno, y de la sangre helada
Se va el herido corazón cubriendo,
Y el fin se llega de mi triste vida.

SONETO XVII.

EN UNAS BODAS.

Hé aquí el lecho nupcial: ¡tiembles amada;
Y para tí le ornó de gozo llena
Tu tierna madre? el corazón serena,
Y de santo pudor sube á él velada.

También yo como tú temí engañada
Doblar el cuello á la feliz cadena;
Cedí, y dichosa fuí: tu esposo pena,
Llega, y colma su suerte afortunada.

Veo asomar al Himeneo santo:
Que fausta ya fecundidad te mira;
Y en maternal amor arder tu pecho.

Llega.... La vírjen entre risa y llanto
Ansia y teme: la madre se retira;
Y corre Honestidad el nupcial lecho.

SONETO XVIII.

EL REMORDIMIENTO.

PERDONA, bella Cintia, al pecho mio,
Si evita cauto tu adorable llama;
Que Fili solo su fineza inflama,
Y él la idolatra aun en el mármol frio.

Si amarte intento, del silencio umbrío
Su voz infausta por venganza clama:
¡Así, me dice, ¡ó pérfido! se ama?
¡Ay! ¡tiembla, tiembla mi furor, impío!

Vuélveme á mi inocencia y á mi pura
Candidez virjinal: tú de mi pecho,
¡Aleve! ¡aleve! has la virtud lanzado.

Vuélveme á mi virtud... Su sombra
[oscura
Me sigue así; y en lágrimas deshecho
Me hallo en el duro suelo desmayado.

SONETO XIX.

AL EMO. SR. D. EUJENIO DE LLAGUNO,
HABIÉNDOLE NOMBRADO EL REY
CABALLERO GRAN CRUZ DE LA
ÓRDEN DE CARLOS III.

ALIVIA el peso, soberana Astrea;
Déjame un hora de feliz reposo:
El crudo afan de tu servicio honroso
Ceda una vez á mas feliz tarea.

Santa amistad en celebrar se emplea
Del claro Elpino galardón glorioso,
Merced justa de un rey que poderoso
Su mérito y saber honrar desea.

Vosotras, Musas, si á mi ruego un día
Cedisteis gratas, y mi tierno acento
Oyó afable por vos mi dulce Elpino;
Prestas volad, decidle mi alegría,
Del pueblo hispano el jeneral contento,
De la virtud el júbilo divino.

ELEJIA I.

EN UN EMPEÑO TEMERARIO.

AMOR, desdenes, ira, y todo junto
El poder de la envidia y de los zelos,
Se han unido en mi daño á un solo punto.
La medrosa inquietud con mil desvelos
Cubre mi infeliz pecho de amargura:
Doy lástima á la tierra y á los cielos.
Yo ví en mi daño una doncella pura,
Término de beldad, y con mil dones
Que esceden toda humana criatura.
Sus ojos son de fuego: sus razones

De los que a
El crujir, r
Bastaron
Ni á volv
Que An
La
D
Y
L
E
C
/

Tu esplendor fausto mi tiniebla alumbra.

Tú mi norte serás, serás mi guía,
Tú eres mi estrella, tú mi aurora hermosa;
Tuya es mi libertad y el alma mía.

A ti corre mi nave presurosa,
Tú la encamina al puerto deseado;
Y á mí vuelve los ojos amorosa. —

Tal la ruego, y al mar abandonado
Parécenme sus olas mas serenas,
Y dolido el Amor de mi cuidado.

Así el veneno corre por las venas;
Y en un ardor dulcísimo me abraso,
Que revuelve en su llama

Sé que el Ciego me arrastra embebecido
Donde pueda acabarme: sé mi engaño,
Y cuán alto mi error haya crecido.

Y el oríjen fatal de tanto daño
Sé para mas dolor; y sé la llama,
Donde ardí incauto para mal tamaño.

Y sé cómo el tirano á sí me llama;
Y á mi rota barquilla en nada ayuda
Contra el ventoso mar que hinchado bra-

[ma:
Todo lo sé, señora: mas no muda
Su voto Amor, ni yo tornar pudiera,
Deseo un remedio que al remedio acuda.

d
A
E

tera,
zara?
tera!

o;

conjurado;
o un punto;
cuidado.
nto;

nto.
empleo

Pisara yo la senda confiado;

Y ni sombra temiera, ni alarido.

Mas, ¡ay mísero! ¡ay triste! que el ai-

[rado

Mar se embravece, y amenaza al suelo;
Y á su furia el Amor me ha abandonado.

Los vientos silban, se oscurece el cielo,
Cruje frágil el leño; y donde miro,
Encuentro de la noche el negro velo.

Me quejo, jimo y por demás suspiro:
La muerte á todos lados me saltea;
Y mi barca infeliz perdió ya el jiro.

Tal merece quien tanto devanea,
Y á imposibles osado se aventura:
Si por su daño alguno los desea,
Sírvale de escarmiento mi locura.

El
El d.
Que t

Háblam.
Cual si á

O en su mirar donoso tus pupilas
Se animen, ó falaces no remedan
Otras, do Amor su trono soberano
Sentó, y se gozan las sencillas Gracias.
No tu nevado torneado cuello
Inmóvil yazca; vuélvase y recline
En mi seno amoroso esa cabeza
Que enhiesto apoya; y gózeme dichoso
Cual veces tantas en su dulce peso.
Sienta tu pecho: á la ternura se abra:
Abrase al blando amor, y arda y palpíte;
Y en plácida efusion al pecho mio
Haga correr el celestial encanto
De su anjélica llama, de los puros
Afectos mas que humanos que en sí abriga;
O el lácteo pecho de mi bien no mienta,
Do todo es suave amor, dulzura todo,
Sencillez tierna y cariñosas ansias,
Placer, trasportes, éstasis, delicias.
No la alba mano el abanico ajite
En juego inútil; ó mi dócil cuello
En torno ciña en lazo venturoso,
Indisoluble lazo en que añudara
Nuestras almas el cielo para siempre;
O cual un tiempo cariñosa oprima
Mi palpitante corazon, y sienta
El fuego asolador que le consume.
¡Ah mano! ¡hermosa mano! el pincel

[rudo

Trasladar quiso en vano tus contornos,
Tu gracia, tu candor..... De mármol era,
Si viéndola el artista..... No, profano:
Mis labios solo tributarla deben,
En su delirio idólatras, el culto
Que le ha votado amor: tu nieve y rosa
La manchan, no la tocan: ¡ay! ¡qué digo!
La menor de sus partes ¿puede acaso
Remedar el pincel? débil el arte
¿No cede á empresa tanta y se confunde?

De tus razones....? ¡qué violenta hoguera
Circula por mis venas.....! ¡qué suspiros
Se exhalan sin sentirlo de mi pecho!
¡Cómo ajitado el corazon palpita!
Con frenética sed me precipito
Sobre tu imájen muda.... irresistible
La májica virtud de tu presencia
Me arrastra..... desfallecen mis rodillas.....
Cubren mil sombras mis llorosos ojos.....
Un ardor... un ardor... mi bien, mi gloria,
Clori, amor, vida, esposa, ¡oh si pudiese
Llegar á ti la conmocion que siento,
Y este torrente de delicias puras
En que sin seso en mi ilusion me inundo!
¡Si á ti alcanzasen mis dolientes ansias,
Mis sollozos, mis ayes, los furores
De mi delirio infausto! ¡si escuchases
La inmensa copia de ternezas que hablo
A tu divina imájen.....! Tus mejillas,
Y tu frente, y tus ojos, y tu boca,
Y cuello, y pecho, y toda tú abrasada
Al fuego de mis ayes encendidos,
Y en mi llanto inundada te hallarias.....
¿Por qué estos cultos á una imájen muda
Se habrán de tributar? Ven, ven, amada,
A recibirlos, ven en los trasportes
Del mas violento amor: no se profanen
En una helada inanimada sombra:
Ven luego, ven, y unámonos por siempre,
O á mí me deja en tus amantes brazos
Fino volar, y colma mi ventura.
Una palabra, una palabra sola.....
Díla, y feliz recibirás los cultos
Que idólatra tributo á tu retrato.
Él entre tanto sobre el pecho mio
Será alivio á mis penas, compañero
De mi destierro, inapreciable joya
De tu firmeza; y suplirá, ¡ay! en vano
De su divino orijinal la ausencia.

SILVA I.

EL SUSPIRO.

FANY, Fany, ¿qué es esto? ¡tú suspiras!
¡Tú en quejidos dolientes
Tornas la voz graciosa,
Delicia de mi ser, gozo del suelo!
¡Tú al cielo triste y desolada miras!
¡Y consternada, mísera, llorosa,
En ayes mas ardientes
Te vuelves á angustiar! ¿La calma pura
De tu pecho do está? ¿quién su ventura,
Su grato olvido, su quietud gloriosa
Pudo anublarlos? ¿quién...? Benigno el
[cielo
Nos rie, idolatrada,
Y en fausta union, dulcísima lazada,
Que apuremos Citéres las delicias
De su imperio nos da. Nuestra fineza,
Nuestro embeleso, y votos, y caricias,
¿Pueden, Fany, crecer? ¿mas mi ter-
[neza
Ser puede? ¿mas la llama
Que mi fiel pecho, que tu pecho inflama?
¡Y suspiras, mi bien! ¡oh, que no sabes
Cuánto al Amor desconocida ofendes!
¡Cuál con un ay me enciendes!
¡Cuál me aflijas cruel! cada suspiro
Loco me vuelve, el corazon me abrasa:
Cada mirada el alma me traspasa,
Y en cada ay tuyo fenecer me miro.
Sí, Fany, sí: que el aura deliciosa,
Afable, tierna, plácida, que un dia
Entre aromas y néctares süaves,
Tu apasionado seno despedia,
Y mi boca tal vez robó dichosa;
Los suspiros ardientes,
Los gratísimos ayes que apenada
Tu lengua regalada,
En los trasportes del amor mas fino,

Sonaba herida de su ardor divino;
Hoy de las penas, de las ansias graves,
De las zozobras que en el alma sientes,
Son efecto infeliz... ¡Desventurado!
Ni aun ya dudarlo á mi dolor es dado.
Tus ojos, tu tristeza, tu caido
Semblante de llorar desfallecido,
Tu débil anhelar, ese quedarse
Cual muda estatua, y súbito inflamarse
Cual la grana mas viva,
Ese buscarme y evitarme esquivas;
Obstinada en callar, todo descubre
El mal agudo que tu pecho encubre,
Que sus ternezas ominoso impide,
Y en partes mil lidiando lo divide.
¿De dó empero este mal? ¿qué te desvela?
¿Qué tiembla ya el honor, ni que rezela,
Cuando á la sombra de mordaz censura
El aura del Amor mas blanda aspira
A nuestra feliz llama,
La luz sucede á la tiniebla oscura,
Y el cielo eterno bien nos asegura?
¿Merecera tu ira
La fe constante que mi pecho inflama,
Y absorto en ti de todo me enajena?
¿Te cansa ya la celestial cadena
Con que un tiempo se unieron
Nuestras dos almas, y felices fueron?
¿Los dulces himnos que en ternura iguales
Con los del Teyo armónica mi lira
Modular sabe, pero Amor le inspira,
Y á los dioses te allegan inmortales?
¡Ay! no; perdon, amada,
Perdona al dolor mio
Blasfemia tal, tan ciego desvarío;
Y á tu alma torne la quietud robada.
No mas tu pecho dolorido jima;
No mas el mio oyéndolo se oprima;
No mas..... ¡Pero de nuevo,
Cuanto mas fino á consolarte pruebo,
Vuelves á suspirar solo al mirarme.....!

De una vez, cruda, acaba de matarme.

Mas deja en tanto al labio apasionado
Que tu suspiro celestial aliente:

Benigna deja que en el hondo seno
Lo ponga reverente,

De mil y mil que exhalo, acompañado.

¡Oh corazon de sus encantos lleno!

Recíbelo feliz, y en el glorioso

Trono do reina mi Fany querida,

Do afables dulces leyes le prescribe,

Y á par tus votos sin cesar recibe,

Ponlo; y por siempre tu sin par fineza,

Tu lealtad y desvelo cariñoso,

Tu ciego ardor, tu voluntad rendida,

Tu pura fe, tu natural llaneza,

Y cuanto haya en amor de mas divino,

Ante él lo ofrece en holocausto digno,

Y tú, calma, mi bien, tan cruda pena:

Ria en sus gracia tu beldad serena.

Alienta, alienta, y mi dolor no agraves,

Alienta, y no la gloria

En que inundarme afortunado sienta,

Destruyas, ó el futuro sentimiento

Despiertes hoy aleve

En mi exaltada, mi vivaz memoria.

En las desdichas que amagarnos sabes,

Deja este espacio breve,

Déjalo, Fany, á mi fugaz ventura;

Y goze yo sin nieblas tu hermosura.

Gózela fino; á mi cariño deja

Crédulo abandonarse á los süaves

Inefables encantos,

Con que el deseo lisonjero aleja

El fatal plazo de dolor y llantos;

Y ardiente apure mi felice boca

El dulce cáliz que su sed provoca.

No en mi ilusion me aflijas; que inhu-

Vendrá, ¡ó dolor! la ausencia, [mana

La ausencia, Fany, cuyo espectro odioso

Contino asusta nuestro amor dichoso,

A ejecutar bien presto

Del hado en mí la bárbara sentencia;

Y en sañudo ademán, torvo semblante,

Con violencia tirana,

Voz imperiosa y diestra menazante,

Lejos de ti me arrastrará..... ¡Funesto

Recuerdo! ¡trance horrible! ¡Fany mia,

Que yo haya de partir! ¡que mi ventura,

Tan dulce union, tan íntimos amores,

Tan claro dia, tan divinas flores,

VI.

Hayan de fenecer! ¡ay! aquel dia,
Dia de duelo, y luto y amargura,
Tú llorarás tambien: con tus plegarias
Las raudas horas á mi bien contrarias
Anhelarás parar: bárbaro impío
Al cielo llamarás: del cuello mio
Queriendo en vano desatar tus brazos,
Perdida huir mis últimos abrazos.

Y solitaria, mísera, cuidadosa
Vagarás por tu estancia pavorosa,
Con planta vacilante,
Espíritu azorado y vista errante,
Llamando en débil voz, en grito triste,
Al que no ha nada á tus rodillas viste,
Ciego en su amor, perdido, enajenado,
La cabeza en tu seno reclinada,
Cantar apasionado
Su eterna fe, tu llama regalada;
Y entónces abismado, confundido,
Mísero, desolado, sin sentido,
Pedirá en vano, anhelará la muerte,
Cual blando alivio á su infelice suerte.

Los ayes pues, el suspirar quejoso
Con que afliges mi pecho,
A otros suspiros y zozobras hecho
En los delirios de un amor dichoso,
Déjalos, Fany, á la ominosa hora
Del á Dios triste, que á la par tenemos;
Y hoy en delicias crédulos gozemos
Del fugaz rayo que aun los montes dora.

SILVA II.

FANY ENOJADA.

¿SERA posible, idolatrado dueño,
Que contra un inocente
Dure en ti siempre el implacable ceño?
Mírote, y tiemblo: ardiente solícito
Tu gracia, y me baldonas inclemente.
Callo, y tu lado respetuoso evito,
Y huyendo, injusta, á mi pesar te irrito.
Vuelvo, y te ajitas mas: ¡en cuántas iras
Arden tus lindos ojos, si me miras!

¿Por qué tanto rigor, tan fiero encono?
¿Por qué, Fany adorada,
Tras ruegos tales desdeñarme airada,
Con jesto tal y tan amargo tono?
¿Me cesarás de amar? ¿los celestiales
Juramentos que hiciste,
Los que á mi labio apasionado oíste,

Si en fe mas puros, en delirio iguales,
Se pueden quebrantar? ¿el dulce encanto
De tus tiernas caricias
Se acaba para mí? ¿serán mis males
Con tu rigor eternos,
Y eterno mi llorar tus injusticias?

Duélete, ó cruda, de mi amargo llanto:
Duélete, y cariñosa
Vuelvan tus ojos á mirarme tiernos,
Tu suave boca á articular donosa
El idioma de amor; finos tus brazos
Ciñan mi cuello en deliciosos lazos,
Tu pecho celestial abrase al mio,
Y acabe, acabe, ese rigor impío.

Acabe ya, que la implacable saña
Ni al tierno Amor, ni á Cíprida conviene:
Todo en el mundo sus mudanzas tiene;
Y encono tanto á tu hermosura daña.

Te idolatro, y mis dudas
Son nobles hijas del amor mas fino,
De este amor puro, celestial, supremo,
Que hará por siempre mi feliz destino;
Y así perderte á cada punto temo.

Si tú, mi bien, amases
Cual yo sin seso tu beldad adoro,
Si tu pecho inclemente
Sentir pudiera mi pasión ardiente,
Y cual mísero peno, tú penases;
La gracia hicieras, que rendido imploro.

Benigna disculparas
Mi enojo ciego, mi furor demente,
Mi error celoso y las palabras rudas,
Que á tu dulzura anjelical comparas:
Y que en mi oído sin cesar sonando
Flechas semejan rápidas, agudas,
Que ímpia disparas á mi pecho triste:
Y por mi llanto mi dolor juzgando,
Por este llanto ciego

Con que hoy tus plantas dolorido riego,
Y antes de gozo derramar me viste;
En lugar de asperezas,
Y ese tu ceño indómito, ominoso
Que indigno anubla tu semblante hermo-
[so,
Solicita doblaras tus finezas
Y amorosos consuelos,
Feliz castigo en mis soñados zelos.

Pero tú, Fany fiera,
Tú anhelas solo que en mis ansias muera:
Y así en ellas te gozas de mirarme,
Burlándote, cruel, de mi tormento,

Y yo infeliz sin fruto me lamento...
Perdon, perdon, ó acaba de matarme,
Si horrisona tormenta
Cubre en tiniebla el día,
La luz y la alegría
Vuelve riente el sol.
Mírete yo contenta,
Caiga tu ceño oscuro,
Y alentará seguro
Mi afortunado amor.

SILVA III.

EL CUMPLEAÑOS DE FANY, HABIENDO DE
DEJARLA DENTRO DE BREVES DIAS.

YA entre arreboles la risueña aurora
Cielos y tierra de su albor colora:
De nuevas flores se engalana el prado:
Y el viento bulle en ámbar bañado.

Fany, amable Fany, en raudo vuelo
Fausto nos vuelve el cielo
De tu feliz natal el claro día.
Las aves en acorde melodía
Proclamándolo van... ¿Oyes, amada,
Sus trinos armoniosos?
¿De tu nombre los vivos deliciosos?
¿Tus años son; ó suerte afortunada!
Tus años, de tu vida
El oriente feliz. Fany querida,
Loco de gozo, embebecido todo,
Mi fina llama, mi sin par ternura,
Por mas que encarecértelo procura
Mi cariñoso labio, no hallan modo
Como este día celebrar: quisiera
Que tu pecho inundar dado me fuera
Del júbilo, mi bien, que inunda el mio,
Y embriagarlo en su anjélico contento.

Tierno quisiera el fujitivo plazo
Que el cielo, ó cara, me destina pio
Al de tu vida unir, unir mi aliento;
Y en delicioso indisoluble lazo
Hacer que por entrambos tu aspirases,
Y yo acabando, de mi ser gozases.

¿Entonces, ay! en mi delirio ardiente
Reclinado en tu seno blandamente,
¿Cuán alegre muriera,
Y á vida mas feliz en ti naciera!

Fin tan delicioso,
De ti acariciado,
No, dueño adorado,

No fuera morir,
Éstasi glorioso
De dulces amores,
Fuera en mil ardores
Por siempre vivir.

Esta cadena misteriosa que une
Nuestras almas amantes,
Mas cada vez en su pasión constantes,
Que de ambas con suavísima armonía
En solo un punto el anhelar reúne,
Y un solo pensamiento,
Siempre á mi gusto tú, yo al tuyo atento,
Su firme nudo aun mas estrecharía,
Y un solo ser de nuestro ser haría.

Nuestros dos pechos sin jamás saciarse,
Amaran siempre para mas amarse.
Feliz sintiera cuanto tú gustaras:
Con tus suaves afectos mi ternura
Natural escitaras:
Néctar fuera en mis labios tu dulzura:
Despertaran mis llamas tus ardores:
Tu timidez amable mis temores,
Y venturoso fuera en tu ventura,

Unida á la planta
Que fiel la sustenta,
La yedra alimenta
Su humilde raiz;
Y ufana levanta
Sus tiernos pimpollos
Hasta los cogollos
Del árbol feliz.

Yo dejara de ser; pero en la vida
De mi Fany querida
Tornara á florecer: ¡oh si me oyese
El cielo, y luego mi querer cumpliese!
¡Qué en vano, idolatrada, la aspereza
De la suerte envidiosa
Atribulara entónces mi fineza;
Ni en medio mi delirio apasionado
Me vieras siempre en dudas abismado!
¡Qué en vano, ay triste! la memoria odio-
[sa
De tener que ausentándome dejarte,
Y á un bárbaro opresor abandonararte,
Atosigara mi doliente seno,
Aun en tus brazos de zozobras lleno!
¡Qué en vano en fin el ansia de perder-
[te,
Muy mas amarga que la misma muerte,
Hoy á anublarme en mi gozar vendria,
Ni el vuelo á mi esperanza cortaria!

¿Quién te arrancara
Del lado mio,
De tu albedrío
Fiero opresor?
¿Quién me privara
De las delicias
Que en tus caricias
Me brinda Amor?

Un ser con tu ser hecho,
Y en nudo celestial á ti ayuntado,
Nudo de amor dulcísimo y estrecho,
Tú aspiraras mi aliento apasionado:
Yo inflamara tu anjélica ternura:
Y embebecido, loco en mi ventura,
Cuanto ansio ciego sin cesar gozando,
Feliz mi llama se alentara amando;
Y cuanto mas ardiera, mas gozara,
Y gozando sin fin, sin fin ansiara;
Ni nada, dulce bien, nada temiera.

Cuando ora acaso en la celeste esfera
El sol no acabará su presto jiro,
Y léjos de ti... ¡oh Dios...! perdon, ama-
[da:
Permite á mi dolor solo un suspiro;
Y años mil te haga el cielo afortunada.

Sobre tu amable vida
Plácido el tiempo jire:
De la vejez retire
Lejos de tí el horror.
Siempre en niñez florida
Brillar tus gracias veas:
Siempre adorada seas,
Siempre pagues mi amor.

SILVA IV.

A LAS MUSAS.

PERDON, amables Musas: ya rendido
Vuelvo á implorar vuestro favor; el fue-
[go
Gratas me dad con que cantaba un dia
Las dulces ansias del amor mas ciego;
O de la ninfa mia
Las gratas burlas, el desden finjido,
Y aquel huir para rendirse luego.
El entusiasmo ardiente
Dadme en que ya pintaba
La florida beldad del fresco prado,
La calma ya en que el ánimo embargaba
El escuadron fu'jente,

Que en la noche serena
 El ancho cielo de diamantes llena,
 Deslizándose en tanto fujitivas
 Las horas, y la cándida mañana
 Sembrando el paso de arrebol y grana
 A Febo luminoso.
 ¡Ah Musas! ¡qué gozoso
 Las canciones festivas
 De las aves armónico siguiera,
 Saludando su luz el labio mio!
 Ora mirando el plateado rio
 Sesgar ondisonante en la ladera;
 Ora en la siesta ardiente
 Bajo la sombra hojosa
 De algun árbol altísimo copado
 Al raudal puro de risueña fuente,
 Gozando en paz el soplo regalado
 Del manso viento en las volubles ramas.
 Ni allí loca ambicion en peligrosos,
 Falaces sueños embriagó el deseo;
 Ni sus voraces llamas
 Sopló en el corazon el odio insano;
 O en medio de desvelos congojosos
 Insomne se azoró la vil codicia,
 Cubriendo su oro con la yerta mano.
 Miró el mas alto empleo
 El alma sin envidia: los umbrales
 Del magnate ignoró; y á la malicia
 Jamás espuso su veraz franqueza.
 De rústicos zagales
 La inocente llaneza
 Y sus sencillos juegos y alegría,
 De cuidados exento
 Venturoso gozé; y el alma mia
 Entró á la parte en su hermanal conten-
 [to.
 La hermosa juventud me sonreia,
 Y de fugaces flores
 Ornaba entónces mis tranquilas sienas,
 Mientras el ardiente Baco me brindaba
 Con sus dulces favores;
 Y de natura al maternal acento
 El corazon sensible,
 En calma bonancible,
 Y en comun gozo, y en comunes bienes,
 De eterna bienandanza me saciaba.
 ¡Dias alegres, de esperanza henchidos,
 De ventura inmortal! ¡amables juegos
 De la niñez! ¡memoria,
 Grata memoria de los dulces fuegos
 De amor! ¿dónde sois idos?

Decidme, Musas, ¿quién ajó su gloria?
 Huyó niñez con ignorado vuelo:
 Y en el abismo hundió de lo pasado
 El risueño placer. ¡Desventurado!
 En ruego inútil importuno al cielo;
 Y que torne le imploro
 La amable inesperienza, la alegría,
 El injenuo candor, la paz dichosa
 Que ornaron, ¡ay! mi primavera hermosa,
 Mas nada alcanzo con mi amargo lloro.
 La edad, la triste edad del alma mia
 Lanzó tan hechicera
 Majia; y á mil cuidados
 Me condenó por siempre en faz severa.
 Crudo decreto de malignos hados
 Dióme de Témis la inflexible vara;
 Y que mi blando pecho
 Los yerros castigara
 Del delincuente, pero hermano mio,
 Astrea me ordenó: mi alegre frente
 De torvo ceño oscureció inclemente;
 Y de lúgubres ropas me vistiera.
 Yo mudo, mas deshecho
 En llanto triste su decreto impío
 Obedecí temblando;
 Y subí al solio, y de la acerba diosa
 Las leyes pronuncié con voz medrosa.
 ¡Oh quién entónces el poder tuviera,
 Musas, de resistir! ¡quién me volviese
 Mi oscura medianía,
 El deleite, el reir, el ocio blando
 Que imprudente perdí! ¡quién convirtie-
 [se
 Mi toga en un pellico, la armonía
 Tornando á mi rabel con que sonaba
 En las vegas de Otea (*)
 De mis floridos años los ardores,
 Y de Arcadio la voz le acompañaba,
 Bailando en torno alegres los pastores!
 El que iusano desea
 El encumbrado puesto,
 Goze en buen hora su esplendor funesto.
 Yo viva humilde, oscuro,
 De envidia vil, de adulacion seguro,
 Entre el pellico y el honroso arado;
 Y de fáciles bienes abastado,
 En salud firme el cuerpo, sana el alma
 De pasiones fatales,
 Entre otros mis iguales,

(*) Sitio ameno muy inmediato á Salamanca.

En recíproco amor, entre officiosos
 Consuelos, feliz muera
 En venturosa calma,
 Mi honrada probidad dejando al suelo;
 Sin que otro nombre en rótulos pomposo
 Mi losa al tiempo guarde lisonjera.
 Pero ¡ah Musas! que el cielo
 Por siempre me cerró la florecida
 Senda del bien, y á la cadena dura
 De insoportable obligacion atando
 Mi congojada vida,
 Alguna vez llorando
 Puedo solo engañar mi desventura
 Con vuestra voz y májicos encantos.
 Alguna vez en el silencio amigo
 De la noche callada,
 Puedo en sentidos cantos
 Adormir mi dolor; y al crudo cielo
 Hago de ellos testigo,
 Y en las memorias de mis dichas velo,
 Musas alguna vez: pues luego airada
 Témis me increpa; y de pavor temblando
 Callo, y su imperio irresistible sigo,
 Su augusto trono en lágrimas bañando.
 Musas, amables Musas, de mis penas
 Benignas os doled: vuestra armonía
 Temple el son de las bárbaras cadenas
 Que arrastro miserable noche y dia.

SILVA V.

AL CÉFIRO DURMIENDO CLÓRIS.

Bate las sueltas alas amorosas,
 Cefirillo süave, silencioso;
 No de mi Clori el sueño regalado
 Ofendas importuno: al fresco prado
 Tórnate y á las rosas,
 Tórnate, cefirillo bullicioso;
 Y de su cáliz goza y sus olores.
 A mi Clori perdona, tus favores,
 Tu lisonjero aliento le escasea;
 Y huye lejos del labio adormecido.
 No agravies, no, atrevido
 Su reposo felice,
 Que Amor quizá en su idea
 Me retrata esta vez, quizá le ofrece
 Mi fe pura y le dice:
 Duélete, ó desdeñosa,
 De tan fina pasion, y con su fuego
 Su tímida modestia desvanece,

Tornándola sensible y cariñosa.
 ¡Oh! ¡mi ventura no interrumpas ciego!
 Yo no sé qué, latiéndome gozoso,
 Me anuncia el corazon al contemplarla.
 Déjame ser en sueños venturoso;
 Y escapa lejos á jugar al prado,
 O respetoso pósate á su lado.
 Empero ya travieso por besarla
 Una rosa doblaste,
 Y vivaz en sus hojas te ocultaste.
 De nuevo tornas, y la rosa inclinas;
 Y con vuelo festivo,
 Bullicioso y lascivo,
 La meces y á su pecho te avvicinas.
 ¡Oh! ¡que mi ardor provocas
 Cada vez que lo tocas!
 ¡Oh! que tal vez ese cogollo esconde
 Letal punzante espina, que su nieve
 Hiera con golpe aleve!
 Cesa, y benigno á mi rogar responde:
 Cesa, céfiro manso,
 Y siga Clori en plácido descanso.
 Cesa; y á tu deseo
 Corresponda tu ninfa agradecida
 En fácil himeneo.
 ¡Oh nuncio del verano deleitoso!
 Tú que en móviles alas vagaroso,
 De las flores galan, del prado vida,
 Vas dulce susurrando,
 Con delicado soplo derramando
 Mil fragantes esencias, ¡ay! no toques
 Esta vez á mi Clori: no provoques,
 Cefirillo atrevido,
 Con tu aroma su aliento:
 Guarda, que Amor con ella se ha dormido.
 ¡Mas ay! ¡con qué contento
 Parece que se rie y que me llama!
 Su boca se despliega,
 Y su semblante celestial se inflama,
 Como la rosa pura
 Que bañada en aljófares florece,
 Emulando del alba la hermosura.
 Llega festivo, llega
 A sus párpados bellos,
 Y con ala traviesa cariñoso
 Asentándote en ellos,
 Apacible los mece,
 Que otra vez rie y su alegría crece.
 ¡Ay! ajítala, llega, y tan dichoso
 Momento no perdamos, cefirillo;
 Que Amor me llama, y su favor me envia.

Acorre, vuela, y tu fugaz soplillo
Al logro ayude de la dicha mia.

SILVA VI.

LAS FLORES.

NACED, vistosas flores,
Ornad el suelo que lloró desnudo
So el cetro helado del invierno rudo,
Con los vivos colores
En que matiza vuestro fresco seno
Rica naturaleza.
Ya rie mayo, y céfiro sereno
Con deliciosos besos solicita
Vuestra sin par belleza;
Y el rudo broche á los capullos quita.
Pareced, pareced, ¡ó del verano
Hijas y la alma Flora!
Y al nacarado llanto de la aurora
Abrid el cáliz virjinal: ya siento,
Ya siento en vuestro aroma soberano,
Divinas flores, empapado el viento;
Y aspira la nariz y el pecho alienta
Los ámbares que el prado les presenta.
Do quiera liberal. ¡ Oh, qué infinita
Profusion de colores
La embebecida vista solicita!
¡ Qué majia! ¡ qué primores
De subido matiz, que anhela en vano
Al lienzo trasladar pincel liviano!
Con el arte natura
A formaros en una concurrieron,
Galanas flores, y á la par os dieron
Sus gracias y hermosura.
¡ Mas ah! que acaso un día
Acaba tan pomposa lozanía,
Imájen cierta de la suerte humana.
Empero mas dichosas,
Si os roba, flores, el ferviente estío,
Mayo os levanta del sepulcro umbrío;
Y á brillar otra vez naceis hermosas.
Así, ó jazmin, tu nieve
Ya á lucir torna, aunque en espacio breve,
Entre el verde agradable de tus ramas,
Y con tu olor subido
Parece que amoroso,
A las zagalas que te corten clamas,
Para enlazar sus sienas venturoso.
Mientras el clavel en púrpura teñido
En el flexible vástago se mece;

Y oficioso desvelo á la belleza,
A Flora y al Amor un trono ofrece
En su globo encendido,
Hasta que trasladado
A algun pecho nevado,
Mustio sobre él desmaya la cabeza,
Y el cerco encoje de su pompa hojosa,
Y la humilde violeta, vergonzosa,
Por los valles perdida,
Su modesta beldad cela encojida;
Mas el ámbar fragante
Que le roba fugaz mil vueltas dando
El aura susurrante,
En él sus vagas alas empapando,
Descubre fiel do esconde su belleza.
Orgullosa levanta la cabeza,
Y la vista arrebatada
Entre el vulgo de flores olorosas
El tulipan, honor de los verjeles;
Y en galas emulando á los claveles,
Con fajas mil vistosas,
De su viva escarlata
Recama la riquísima librea.
Pero ¡ ah! que en mano avara le escasea
Cruda Flora su incienso delicioso;
Y solo así á la vista luce hermoso.
No tú, azucena virjinal, vestida
Del manto de inocencia en nieve pura,
Y el cáliz de oro fino recamado;
No tú, que en el aroma mas preciado
Bañando afortunada tu hermosura,
A par los ojos y el sentido encantas.
De los toques mecida
De mil lindos Amores,
Que vivaces codician tus favores,
¡ Oh cómo entre sus brazos te levantas!
¡ Cómo brilla del sol al rayo ardiente
Tu corona esplendente!
¡ Y cuál en torno cariñosas vuelan
Cien mariposas, y en besarte anhelan!
Tuyo, tuyo seria,
¡ Oh azucena! el imperio sin la rosa,
De Flora honor, delicia del verano:
Que en fugaz plazo de belleza breve
Su cáliz abre al apuntar el día,
Y en púrpura bañada, el soberano
Cercos levanta de la frente hermosa:
Su aljófar nacarado el alba llueve
En su seno divino:
Febo la enciende con benigna llama,
Y le dió Citerea

De la naturaleza
Fijará en medio de ella su morada,
Para admirar contino su belleza,
Y celebrarla en su entusiasmo ardiente!
Otros gustos entonces, otros cuidados
Mas gratos llenarán mis faustos días:
De mis rústicas manos cultivados
Los campos que labraron mis abuelos,
Las esperanzas mías
Colmarán y mis pródigos desvelos:
Mi huerta abandonada,
Que apenas ora del colono siente
En su seno la azada,
De hortaliza sabrosa
Verá poblar sus niveladas eras:
Mi mano diligente
Apoyará officiosa
Ya el vástago á la vid, ya la caída
Rama al frutal, que al paladar convida
Doblada al peso de doradas peras:
Veráme mi ganado
A su salud, á su custodia atento,
Solicito contarle cuando lento
Torna al redil de su pacer sabroso:
O en ocio afortunado,
Mientras su ardiente faz el sol inclina,
Solitario filósofo el umbroso
Bosque en la mano un libro discurrendo
Llenar mi pecho de tu luz divina,
Anjélica verdad, las celestiales
Sagradas voces respetoso oyendo,
Que en himnos inmortales,
En medio de las selvas silenciosas
Do segura reposas,
Al sencillo mortal para consuelo
Tal vez dictaste del lloroso suelo.
De las aves el trino melodioso
Allí mi dulce voz despertaria;
Y armónica á las tuyas se uniría
Cantando solo el campo y mi ventura:
Allí del campo hablara
Con el pobre colono; y en las penas
De su estado afanoso
Con blandas voces de consuelo llenas,
Humano le alentara:
O bien sentado á la corriente pura,

El ánimo doliente
Se conhortara en su dolor esquivo;
Y en sus rápidas linfas contemplando
De la vida fugaz el presto vuelo,
Calmara el triste anhelo
De la loca ambicion y ciego mando.
Imájen, ¡oh arroyuelo!
Del tiempo volador y de la nada
De nuestras mundanales alegrías,
Una de otra apremiada,
Tus ondas al nacer se desvanecen;
Y en rauda curso en el vecino rio
Tu nombre y tus cristales desaparecen.
Así se abisman nuestros breves días
En la noche del tiempo: así la gloria,
El alto poderío,
La ominosa riqueza,
Y lumbre de belleza,
Do ciega corre juventud liviana,
Pasan cual sombra vana,
Solo dolor dejando en la memoria.
¡Oh cuántas veces mi azorada mente
En tu márjen florida,
Contemplando tu rápida corriente,
Lloró el destino de mi frágil vida!
¡Cuántas en paz sabrosa
Interrumpí tu plácido rüido
Con mi voz, ¡oh arroyuelo! dolorosa,
Y en dulces pensamientos embebido,
A tu corriente pura
Las lágrimas mezclé de mi ternura!
¡Cuántas, cuántas me viste
Querer de ti apenado separarme;
Y moviendo la planta perezosa,
Cien veces revolver la vista triste
Hácia ti al alejarme,
Oyendo tu murmullo regalado,
Y exclamar conmovido
Con balbuciente acento:
¡Aquí moran la dicha y el contento!
¡Oh campo! ¡oh soledad! ¡oh grato olvido!
¡Oh libertad feliz! ¡oh afortunado
El que por ti de lejos no suspira;
Mas trocando tu plácida llaneza
Por la odiosa grandeza,
Por siempre á tu sagrado se retira!

ÉGLOGAS.

EGLOGA I.

BATILO (*).

BATILO, ARCADIO, POETA.

BATILO.

PACED, mansas ovejas,
La yerba aljofarada,
Que el nuevo día con su lumbre dora,
Mientras en blandas quejas
Le cantan la alborada
Las parlerillas aves á la aurora,
La cabra trepadora
Ya suelta se encarama
Por la áspera ladera:
De esta alegre pradera
Paced vosotras la menuda grama;
Paced, ovejas mías,
Pues de abril tornan los felices días.

Corónase la tierra
De verdor y hermosura,
Y aparecen de nuevo ya las flores:
Líquida de la sierra
Corre la nieve pura,
Y vuelven á sus juegos los pastores.
Todo el campo es amores;
Retoñan los tomillos;
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces pajarillos;

(*) Esta égloga en alabanza de la vida del campo fué premiada por la real Academia española en junta que celebró en 18 de marzo de 1780.

Y el arroyuelo esmalta
De plata el valle, do sonando salta.
Así cual es sabroso

Despues de noche triste
El rocío del alba al mustio prado;
O cual tras enojoso
Invierno el mundo viste
De gala el sol, gozándose el ganado;
Así cual al cansado
Pastor que tras hambriento
Lobo corrió, es la fuente;
Tras el marzo inclemente,
Tal es á mí del céfiro el aliento:
Y cual á abeja rosa,
Del campo así la vida deliciosa.

Apenas ha nacido
El día en los oteros,
De arreboles el cielo matizando,
Por el alegre ejido
Saco ya mis corderos,
Y alegres los cabritos van saltando.
Mientras el sol se va alzando,
Mil zelosas porfias
A la sombra en reposo
Separo, si zeloso
Mi manso está por las corderas mías;
Y si la noche viene,
El estrellado cielo me entretiene.

Mas por aquella loma
Con sosegada planta,
Al viento dando el pastoril acento,
El dulce Arcadio asoma:
Su armoniosa garganta
¡Cuán acordada sigue al instrumento!
Tambien canta contento

De la estación florida.
Para en torno seguirle,
Corro de cerca á oírle:
Algo acaso dirá de mi querida;
O la nueva tonada
Que Tirsi canta á su Licori amada.

ARCADIO.

¿Quién viendo la hermosura
De esta tendida vega,
Y el brillo y resplandores del rocío,
Los brincos, la soltura
Con que el ganado juega,
Y el soto lejos, plácido y sombrío,
El noble señorío
Con que el claro sol nace,
Las nieblas recojerse,
En ondas mil la yerba estremecerse,
Y los hilos de luz que el aire hace;
Tierno latirle el seno
No siente, y de placer su ánimo lleno?

Do quiera es primavera,
Que abril vertiendo viene
Nuevas galas y espíritu oloroso:
La novilla do quiera
Sobrado el pasto tiene
En tierna yerba de pacer sabroso.
El pastor en reposo,
Ya libre sus tonadas
Puede cantar tendido,
Viendo su hato querido
Lento buscar las sombras regaladas,
Y pueden las pastoras
Bailar alegres las ociosas horas.

No á mi gusto sea dado
Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados da sin cuento:
No el ir embarazado
Entre galas pomposas,
Ni corriendo vencer al raudo viento;
Mas sí cantar contento,
Sentado á par mi Elisa
Viendo desde esta altura
Del valle la verdura,
Y de mi dulce bien la dulce risa,
Y mis vacas pastando,
Y el manso río entre árboles vagando.

Pero aquel que allí veo
Que por el prado viene,
¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana:

¡Cuán bien á mi deseo
La suerte lo previene!
Guarda el cielo, pastor, tu edad lozana,

BATILO.

La gracia sobrehumana
De tu cantar divino
Guarda del lobo odioso:
Y sigue en tan sabroso
Tono, hechizo del valle y de Amor digno,
Que el ganado alborozado,
Y el choto jugueton por él retoza.

ARCADIO.

Tú mas antes al viento
Suelta esa voz süave
Que á todas las zagalas enamora,
Tañendo el instrumento
Que el desden vencer sabe,
Y ablandar como cera á tu pastora;
Y la letra sonora
Cántame que le hiciste,
Cuando te dió el cayado
Por el manso peinado,
Que con lazos y esquila le ofreciste;
O bien la otra tonada
De la vida del campo descansada.

Premio será á tu canto
Este rabel, que un día
Medió en prenda de amor el sabio Elpino;
Y en él con primor tanto
Pintó la selva umbría,
Que muestra bien su ingenio peregrino.
Del Tórmes cristalino
Formó en él la corriente,
Que ir riendo dijeras,
Lo largo en sus praderas
Vagando los rebaños mansamente;
Y la ciudad de lejos
Del sol como dorada á los reflejos.

A un álamo arrimado
Alegre un zagal canta,
Mientras su amada flores va cojiendo:
Por el opuesto lado
Un mastin se adelanta,
Y á otra zagala fiestas viene haciendo:
Todo lo que está viendo
Lejos un ciudadano,
El semblante aflijido,

Y en cuidados sumido,
Haciéndole á otro señas con la mano,
Que al umbral de una choza
Rie entre los pastores, y se goza.

BATILO.

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada,
Labrada de su mano diestramente.
Tan guardada la tuve
Que jamás fué tocada;
Pero mi amor en dártela consiente.
Los valles y la fuente
Puso en ella de Otea:
De vida el llano ameno
Como por mayo lleno:
Un muchacho en el cerro pastorea;
Y el rabel otro toca,
Y á contender cantando le provoca.

De flores coronadas,
Mas lindas que las flores,
Suelto el cabello al céfiro liviano,
Van bailando enlazadas,
Causando mil ardores,
Las zagalejas en el verde llano:
A un lado está un anciano
Que la flauta les toca,
Y algunas ciudadanas
Mirándolas ufanas;
Y como que la envidia les provoca
Con regocijo tanto.
Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso
Balido de la oveja,
Y la teta al hambriento corderuelo:
Dulce, si el caluroso
Verano nos aqueja,
La fresca sombra y el mullido suelo:
El rocío del cielo
Es grato al mustio prado,
Y á pastor peregrino
Descanso en su camino:
Dulce el ameno valle es al ganado,
Y á mí dulce la vida
Del campo, y grata la estacion florida.

Mire yo de una fuente
Las menudas arenas

Entre el puro cristal andar bullendo,
O en la mansa corriente
De las aguas serenas
Los sauces retratarse, entre ellos viendo
Los ganados paciendo:
Mire en el verde soto
Las tiernas avecillas
Volar en mil cuadrillas;
Y gozen del tropel y el alboroto
Otros de las ciudades,
Cercados de sus daños y maldades.

¿Dónde las dulces horas,
De júbilo y paz llenas,
Mas lentas corren, ni con mas reposo?
¿Quién rayar las auroras,
Como el zagal, serenas
Ve, ni del sol el trasponer hermoso?
¡Cuidado venturoso!
¡Mil veces descansada
Pajiza choza mia!
Ni yo te dejaria,
Si toda una ciudad me fuera dada;
Pues solo en ti poseo
Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.

¿Para qué el vano anhelo,
Ni los tristes cuidados
Que enjendran el poder y los honores?
Mejor es ver el cielo
Que no techos pintados;
Mejor que las alfombras nuestras flores.
Los árboles mayores
Nos dan fácil cabaña,
Una rama sombrio,
Otra reparo al frio;
Y cuando silba el ábrego con saña
En las noches de enero,
Lumbre para bailar un roble entero.

Aquí en la verde grama
Oiga yo en paz gloriosa
El lento susurrar de este arroyuelo:
Aquí evite la llama,
Cabe mi Elisa hermosa,
Del sol subido á la mitad del cielo;
Y su dorado pelo
Orne de florecillas,
O teja en su regazo
De ellas guirnalda ó lazo;
Y arrúllenme las blandas tortolillas,
Cuando yo la corone,
Y la firmeza de mi amor le abone.

BATILO.

Y á mí leche sobrada
 Me da, y natas y queso,
 Y su lana y corderos mi ganado:
 Mis colmenas labrada
 Miel de tierno cantueso,
 Y pomas olorosas el cercado.
 Gobierna mi cayado
 Dos hatos numerosos,
 Que llenan los oteros
 De cabras y corderos;
 Y deja á los zagales envidiosos
 Mi dulce cantilena,
 Que á las mismas serranas enajena.
 Mas bienes no deseo,
 Ni quiero mas fortuna,
 Contento con mi suerte venturosa.
 En este simple arreo
 No hay pastorcilla alguna
 Que huya de mis cariños desdeñosa.
 Su guirnalda de rosa
 Me dió ayer Galatea,
 Filis este cayado,
 Y este zurrón leonado
 La niña Silvia, que mi amor desea;
 Mas yo á Filena quiero,
 Ella me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino
 Se huyó de la alquería
 A la ciudad por sus hechizos vanos;
 Con su ingenio divino
 ¡Qué cosas no decía
 Después de los arteros ciudadanos!
 Aun á los mas ancianos,
 Si te acuerdas, pasmaba,
 Contándonos los hechos
 De sus dañados pechos.
 Yo zagalejo entonces le escuchaba,
 Y aun guarda la memoria
 La mayor parte de su triste historia.
 El semblante sereno,
 Y el corazón roído,
 Cual es el fruto de silvestre higuera;
 Miel envuelta en veneno
 Su razonar finjido;
 Pechos lisiados de la envidia fiera;
 Hijos que desespera
 La vida de sus padres;

Muertes, alevosías,
 Entre esposos falsías,
 Y doncellas vendidas por sus madres:
 Esto contaba Elpino
 De la ciudad, después que al campo vino.

BATILO.

Y Dalmiro cantaba
 Aquel que fué á la guerra,
 Y vió las tierras donde muere el día;
 Que en nada semejaba
 El río de esta sierra
 Al mar soberbio que pavor ponía.
 Me acuerdo que decía,
 Que del viento irritado
 Bramaba en son horrendo,
 Con las olas queriendo
 Estrellarse en el cielo encapotado,
 Tragándose navíos,
 Como á las enramadas nuestros ríos.

Que entonces el alarido
 Y acabar de los tristes
 Quebraba el corazón en tal cüita,
 Cual si débil balido
 De herida oveja oíste,
 O choto que su madre solicita.
 ¡Oh ceguedad maldita,
 Fiar vida y ventura
 A una tabla liviana!
 Mejor es la galana
 Vega, Arcadio, con planta hollar segura
 Tras mis mansas corderas,
 Que el ver navíos ni borrascas fieras.

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero
 Ver mas que nuestros prados,
 Ni heban mis ganados de otro río.
 Aquí no lobo fiero
 Nos trae alborotados,
 Ni nos daña el calor, ó hiel el frío.
 No ajeno poderío
 Nuestro querer sujeta,
 Ni mayoral injusto
 Nos avasalla el gusto.
 Todos vivimos en unión perfecta;
 Y el sol y helado cierzo
 Nos dan salud y varonil esfuerzo.
 Todo es amor sabroso,
 Alegría y hartura,

Y descanso seguro y regalado.
 Ni el pastor envidioso
 Murmura la ventura
 Del otro á quien da el cielo mas ganado:
 Ni el mayoral honrado
 Burla al zagal sencillo,
 Ni con doblez le trata:
 Ni su seno recata
 La amada de su tierno pastorcillo;
 Que el amante y la fuente
 Gozan de su belleza libremente.

Como las ciudadanas,
 A engañar no se enseñan
 Nuestras bellas y cándidas pastoras;
 Ni en su beldad livianas
 Nuestro querer desdeñan,
 O mudan de amador á todas horas.
 Mejor que las sonoras
 Canciones de la villa
 Su voz suena á mi oído;
 Y que el ronco alarido
 De sus plazas, la voz de mi novilla:
 Mas canta tu tonada
 De la vida del campo descansada.

BATILO.

¡Oh soledad gloriosa!
 ¡Oh valle! ¡oh bosque umbrío!
 ¡Oh selva entrelazada! ¡oh limpia fuente!
 ¡Oh vida venturosa!
 ¡Serenos y claro río
 Que por los sauces corres mansamente!
 Aquí entre llana jente
 Todo es paz y dulzura,
 Y feliz armonía
 Del uno al otro día.
 La inocencia de engaño está segura,
 Y todos son iguales
 Pastores, ganaderos y zagales.
 El cielo despejado,
 Y el canto repetido
 De las pintadas aves por el viento,
 El balar del ganado,
 Y plácido sonido
 Que del céfiro forma el blando aliento;
 Tal vez el tierno acento
 De alguna zagaleja
 Que canta dulcemente,
 Y este oloroso ambiente
 En grata suspension á el alma deja;
 Y á sueño descansado

Brinda la yerba del mullido prado:
 No aquí esperanza ó miedo,
 Las tramas y falsías
 Que saben los soberbios ciudadanos.
 El pastorcillo ledo
 En paz goza sus días,
 Sin entregarse á pensamientos vanos.
 Los cielos soberanos
 Bendicen su majada,
 Y él con sencillo zelo
 Da bendición al cielo,
 Tal vez acompañando la alborada
 Con que en el campo adora
 El coro de las aves á la aurora.

Sin fezelo ni susto
 Los términos pasea
 De las cabañas que nacer le vieron;
 Y ora aparta con gusto
 La cabra en su pelea,
 O ve do los jilgueros nido hicieron:
 Si al lagarto sintieron
 Sus tiernos corderillos,
 Rie cuál se espantaron,
 Corrieron ó balaron;
 Ora al yugo acostumbra los novillos;
 Ora fruta ó flor nueva
 En don alegre á su zagala lleva.
 Con las serranas viene
 A triscar por el prado,
 Y enguirnalda la sien de frescas flores:
 Ni entónce libre tiene
 Su pecho otro cuidado,
 Que cantarles ufano mil amores.
 Mejor son sus favores
 Que la villa y sus tristes
 Cuidados y ruidos;
 Pues no en tales jemidos
 Dos tortolillas querellarse vistes,
 Cual canta en voz sonora
 De amor un zagalejo á su pastora.

La fruta sazónada
 ¡Con cuál dulce fatiga
 De la rama se corta! ¡cuán gustoso
 Es ver la acongojada
 Lucha en la blanda liga
 Del verdecillo ú colorin vistoso!
 ¡Cuán grato el armonioso
 Susurrar y el desvelo
 De abeja entre las rosas!
 ¡O ver las mariposas
 De flor en flor pasar con presto vuelo!

¡O mirar la paloma
Bañarse alegre, cuando el alba asoma!

Así Tirsi decía,
Que la primera jente
Como agora vivimos los pastores,
Por los campos vivia
En la edad inocente,
Antes que del verano los ardores
Marchitaran las flores;
Cuando la encina daba
Mieles, y leche el rio;
Cuando del señorío
Los términos la linde aun no cortaba,
Ni se usaba el dinero,
Ni se labraba en dardos el acero.

Y cierto ¡ cuántas veces
Los mas altos señores
Vienen á nuestras pobres caserías
Sin pompa ni altiveces,
A gozar los favores
Del campo y sus sencillas alegrías?
Las rústicas porfías
Que los zagales tienen,
Miran embelesados:
Y en seguir los ganados
Por los tendidos valles se entretienen;
O de bailar se gozan,
Y al son de nuestras flautas se alborozan.

Aquí Delio y Elpino
Moraron, y el famoso
Que dijo de las magas el encanto
Con su verso divino
Junto al Bétis undoso;
Y aquí Albano entonó su dulce canto.
¡Oh grata vida! ¡oh cuánto
Me gozo en ti seguro!
De flores coronado,
Y al cielo el rostro alzado,
Este vaso de leche alegre apuro:
Bebe, Arcadio, y gozemos
Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

ARCADIO.

Cual la dulce llamada
De paloma rendida
Es al tierno pichon que la enamora;
Cual hiedra enmarañada
Que á reposar convida,
Y cual agrada el baile á la pastora;
Tal tu cancion sonora

VI.

Es, zagal, á mi oido:
Ni así es el prado ameno
De grata yerba lleno,
De las ovejas con hervor pacido
En fresca madrugada,
Cual me encanta tu música estremada.

BATILO.

No el lirio comparado
Con zarza montüosa
Ser debe, ó con el cardo la azucena.
Ni así aquel desagrado
Y altivez enojosa
De las de la ciudad con la serena
Gracia de mi Filena.
Ellas me desdeñaron
Allá en su plaza un dia:
Yo sus burlas reia;
Y ellas de mis desprecios se enojaron.
Volvíme á mis corderos,
Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada
Fuí compañero acaso
La tarde en la ciudad que fiesta habia:
Cual luna plateada
Reluce en cielo raso,
Así Elisa entre todas relucia.
¡ Cuán bella parecia,
Zagal! sus lindos ojos
Mil pechos abrasaron,
Envidias mil causaron,
Y se hicieron á un tiempo mil despojos.
¡ Ay, Elisa, bien mio,
De tu firmeza mi ventura fio!

BATILO.

Los surcos las labradas
Laderas hermocean,
Y del olmo la vid es ornamento:
Las pomasazonadas
El paladar recrean,
Y al ánimo la flauta da contento;
Al bosque el manso viento:
Tú á todo nuestro prado
Le das, Filena mia,
La risa y alegría:

Al sentirte venir, hala el ganado:
Y Melampo colea,
Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO.

No así de la pastora
La gala es deseada,
Ni del zagal el dulce caramillo,
Ni vaca mujidora
Tanto en la zela agrada
A enamorado cándido novillo,
O á la liebre el tomillo,
Cual á Elisa es sabrosa
Pradera y selva umbría.
Con menos agonía
Huye del gavilan la garza airosa,
Que Elisa desalada
Corre de la ciudad á su majada.

BATILO.

Darme quiere Lisardo
Por el mi manso un choto,
Para llevarlo en don á sus amores:
Yo para ti lo guardo,
Y el nido que en el soto
Ayer cojí con ambos ruseñores.
¡ Ay, si yo en mis ardores
Fuese abeja y volara,
Mi bien, siempre á tu lado!
¡ O en colorin mudado,
Continuo mis ardores te cantara!
¡ O hecho flor me cortases,
Y á tu labio de rosa me allegases!

ARCADIO.

No á la cigarra es dado
De voz haber porfía
Con jilguero que canta en la enramada,
Ni con cisne estremado
En dulce melodía
Puede ser abubilla comparada:
Ni á tu voz regalada
Mi tono desabrido.
¡ Oh fuente! ¡ oh valle! ¡ oh prado!
¡ Oh apacible ganado!
Si el canto de Batilo es mas subido
Que el de los ruseñores,
Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La alondra en compañía
De la alondra se goza,
Y en su arrullo la tórtola lloroso;
El ciervo en selva umbría
Con su par se alborozaba,
Y con el agua el ánade pomposo.
Yo con el amoroso
Rostro de mi pastora;
Ella con sus corderas,
Y estas en las laderas,
Cuando de nueva luz el sol las dora;
Y á Arcadio mi tonada,
Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Así loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos;
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente,
Llevando allí á pastar sus ganadillos;
Y yo que logré oillos
Detrás de una haya umbrosa,
Con ellos comparado,
Maldije de mi estado.
De entónces la ciudad me fué enojosa;
Y mil alegres dias
Gozo en sus venturosas caserías.

ÉGLOGA II.

AMINTA.

A Aminta y Lísis en union dichosa
Amor unido habia,
El casto amor de la inocencia hermano.
Lisi cual fresca purpurante rosa,
Que abre su cáliz virjinal del dia
Al suave aliento, por Aminta ardia;
Y él celebraba ufano
En tierno acento su zagala bella.
El fugaz eco plácido llevaba
Su constante ternura
A su querida, cuando lejos de ella
Su cándido ganado apacentaba.
Eran dos niños por comun ventura
Ya dulce fruto de sus castos fuegos,
Así blondos y hermosos,

Cual entre las zagalas bulliciosos,
 Sin venda ni arco en infantiles juegos,
 Porque esquivas sus llamas no rezelen,
 Suelos los Amorcitos vagar suelen,
 Cuando las danzas del abril florido.
 En ellos y en su Lisi embebecido
 Del pasto alegre del vicioso prado,
 Aminta revolvia
 A su feliz cabaña su ganado;
 Y el sol laso entre nieblas se perdía;
 Cuando asomar por el opuesto ejido
 Los vió el padre feliz: ¡oh qué alegría
 Con su vista sintió! ¡cómo su pecho
 En plácida zozobra palpitaba,
 Cual nieve al sol en blando amor deshecho!
 En lágrimas bañado los miraba,
 Y luego al cielo en gratitud ferviente;
 Y así cantó con labio balbuciente.

AMINTA.

¡Oh mis lindos amores!
 ¡Mitad del alma mía!
 ¡De vuestra madre bella fiel traslado!
 Creced, tempranas flores,
 De gloria y alegría
 Colmando á vuestro padre afortunado:
 Y cual risa del prado
 Es el fresco rocío,
 Dulce júbilo sed del pecho mio.
 ¡Ah, con qué gozo veo
 Plácidos ir jirando
 En lenta paz mis años bonanzosos,
 Cuando en feliz recreo
 De mi cuello colgando
 Inocentes reís; ó bulliciosos
 En juegos mil donosos
 Triscáis por la floresta
 Tras los cabritos en alegre fiesta!
 El colorin pintado
 Que en la ramilla hojosa
 Se mece, y blando sus cuidados trina;
 El vuelo delicado
 Con que la mariposa
 De flor en flor, besándolas, camina;
 La alondra que vecina
 Al cielo se levanta,
 Todo os es nuevo, y vuestro pecho
 [encanta.
 En vuestra faz de rosa
 Rie el gozo inocente,

Y en los vivaces ojos la alegría:
 Vuestra boca graciosa
 Y la alba tersa frente
 Son un retrato de la Lisi mia.
 La blanda melodía
 De vuestra voz remeda
 La suya, pero en mucho atrás se queda.
 ¡Y el candor soberano
 De su pecho divino!
 ¡Y su piedad con todos officiosa!
 Yo ví su blanca mano
 Del mísero Felino
 Socorrer la indijencia rigurosa.
 Clori en su congojosa
 Suerte llorar la viera,
 De su amarga orfandad fiel compañera.
 Sola estás; mas el cielo
 Si te roba, exclamaba,
 La cara madre, te dará una amiga;
 Y á la triste en su duelo
 Sollozando alentaba.
 Clori la abraza en su cruel fatiga;
 Y sus ansias mitiga
 En su seno clemente:
 Yo al verlo me inundaba en lloro ardiente.
 De entónces mas perdido
 La adoré, y ciego amante
 Sus pisadas seguí por selva y prado.
 Así en el ancho ejido
 Con balido anhelante
 Corre á su madre el recental nevado.
 Oyó en fin mi cuidado;
 Y mi feliz porfía
 Coronando, su mano unió á la mia.
 Vosotros, mis amores,
 Sois el fruto precioso
 Del dulce nudo y bendición del cielo,
 De mil suaves ardores
 Galardon venturoso,
 De nuestras ansias plácido consuelo;
 Renuevos que el desvelo
 De mi cariño cria,
 Para gozarme con su pompa un dia.
 Creceréis, y mi mano
 Os cubrirá officiosa,
 Cual tiernas plantas, de la escarcha cruda.
 El cielo soberano
 Con bendición gloriosa
 Hará que el fruto á la esperanza acuda;
 Y deleitosa ayuda
 En la vejez cansada

A mí seréis y á vuestra madre amada.

Entónces nuestra frente
El tiempo habrá surcado
De tristes rugas, el vigor perdido:
Tal el astro luciente
Se acerca sosegado
Al occidente en llamas encendido.
Pero habrémos vivido;
Y hombres os gozaremos;
Y en vosotros de nuevo viviremos.

El ganado que ahora
Mi blando imperio siente,
El vuestro sentirá; y en estos prados
Os topará la aurora
Tañendo alegremente
Mi flauta y caramillo concertados.
Los tonos regalados
Que ora á cantar me atrevo,
Hará mas dulces vuestro aliento nuevo.

En humilde pobreza,
Mas en paz y ocio blando,
Luego mi Lisi y yo reposaremos.
Sobre vuestra terneza
Nuestra suerte librando,
A vuestra fausta sombra nos pondremos.
Plácidos gozaremos
Su celestial frescura;
Y os colmarán los cielos de ventura.

Porque el hijo piadoso
Es de ellos alegría,
Y habitará la dicha su cabaña:
Pasto el valle abundoso
Siempre á su aprisco cria:
Ni el lobo fiero á sus corderas daña;
Nunca el año le engaña;
Y en su trono propicio
Acoje Dios su humilde sacrificio.

A sus dulces desvelos
Ríe blanda su esposa,
Corona de su amor y su ventura;
Y de hermosos hijuelos,
Cual oliva viciosa,
Le cerca, y en servirle se apresura:
De inefable ternura
Inundado su seno,
Cien nietos le acarician de años lleno.

¡Oh mis hijos amados!
Sed buenos; y el rocío
Vendrá del cielo en lluvia nacarada
Sobre vuestros sembrados:
Os dará leche el rio,

Y miel la añosa encina regalada:
Vuestra frente nevada
Lucirá largos dias;
¡Ay! oiga el cielo las plegarias mias!—
Con delicado acento
Así Aminta cantaba,
Bañado el rostro en delicioso llanto,
Y el feliz pecho en celestial contento:
Y con planta amorosa
A sus dulces hijuelos se acercaba.
Llegó do estaban, y cesó su canto;
Que con burla donosa
Uno el cayado jugueton le quita
Y el balante ganado ufano rije,
Que al redil conocido se dirige;
Mientras el mas pequenuelo se desquita
Con mil juegos graciosos,
Sonar queriendo con la tierna boca
La dulce flauta que su padre toca;
Y de Aminta en los brazos cariñosos.
Llegando á la alquería,
Caen las sombras, y fallece el dia.

ÉGLOGA III.

MIRTILO Y SILVIO.

SILVIO.

¿DÓNDE, Mirtilo amado,
Tan cuidadoso, tan veloz caminas?
¿Dónde? ¿el caro redil abandonado?

MIRTILO.

A ofrecer estas frescas clavellinas
A mi gentil zagala, Silvio mio,
Que cojí en el verjel: aun salpicadas
Ve en líquido rocío
Sus tiernas hojas; pero muy mas bellas
Sus mejillas rosadas
Son, y su boca mas fragante que ellas.
Voy, Silvio, pues; ¡el pecho se alborozal!
Y en la feliz ventana de su choza
En un ramo donoso
Las dispongo: y retírome de un lado.
Con paso respetoso.
Luego al rabel le canto apasionado
La amorosa tonada
Que entre todas las mias mas le agrada,
Porque me sienta allí: la zagaleja
De timidez y gozo palpitando,

El blando lecho silenciosa deja,
Y asómase á escuchar: Mira el fragante
Vistoso ramo que feliz le ofrece
Mi desvelo constante:
Tómalo, y rie: á la nariz hermosa
Lo llega, y en su aroma regalado
Pensando en su Mirtilo cariñosa,
Absorta se embebece,
Yo envidiando mi ramo afortunado.

SILVIO.

¡Zagal feliz! que de placer suspiras,
Mientras las tristes iras
Yo sin ventura lloro
De Amarilis cruel, de linda boca,
Ojos vivaces y cabello de oro,
Que parte en rizos por el cuello tiende,
Parte entre rosas agraciada prende,
Mas rebelde al amor, cual dura roca.
Así pues te dé blanda Galatea
Los dulces premios que tu fe desea,
Que me cantes te ruego esa tonada,
Que cual tuya será tierna y süave.

MIRTILO.

Harélo, Silvio amado,
Así porque no sabe
Mi sencilla afición negarte nada,
Como por ocuparme afortunado
En Galatea y mi sabrosa pena.
La noche va tornando silenciosa;
Y la alba luna, que en el alto cielo
Su carro guía en majestad serena,
Con su cándida luz bañando el suelo,
Despiertan la gloriosa
Llama de amor, mi espíritu conmueven,
Y el labio y el rabel al canto mueven.
Oye pues, Silvio: la zagala mía
Un clavel oloroso
Puesto galanamente
En el baile llevaba:
Viólo mi loco amor, y así decía,
Mientras él insensible el cerco hermoso
De sus purpúreas hojas levantaba
Sobre su seno cándido y turjente:
¡Oh, si yo feliz fuera
Ese clavel fragante,
Donosa Galatea,
Que ufana al seno traes!
¡Cuán fino y cariñoso

Su nieve palpitante
Delicioso empapara
En mi aliento süave!
Sobre él las hojas tiernas,
¡Oh dicha imponderable!
Tendiera, y sin zozobra
Lograra en fin gozarle.
Viera si su alba esfera
De rosas y azahares
Hizo Amor, ó de nieve
Mezclada con su sangre:
La fuerza que lo ajita,
Cuando turbado late,
Y el valle de jazmines
Que forma donde sale:
De do el olor subido
Le viene: y qué contraste
Con sus turjentes globos
La lisa tabla hace;
Viera si el breve hoyuelo,
De do esta tabla parte,
Es lecho de azucenas,
Do Amor dormido yace:
Pues si á gozar el ámbar
De mi encendido cáliz
Tal vez la nariz bella
Inclinaras afable,
¡Oh y cuál lo dilatara!
¡Cuán tierno, cuán amante
El tuyo inundaría
De gozos celestiales!
¡Y con tu aliento unido
Me deslizara fácil
Por él, hasta que ardieras
Del fuego que en mí arde!
¡Bebiera tus suspiros:
Mis encendidos ayes
Envueltos en aromas
Bebieras tú anhelante!
Mas ¡ah! que helada y muerta
Gozar la flor no sabe
Bien tanto; y en mil ansias
Mi pecho se deshace.
¡Clavel, oh amor, me torna,
O cefirillo amable;
Y siempre á mi bien siga,
Y en mi ámbar la embriague!

Ya Mirtilo callaba,
Y aun Silvio embebecido,
Sin sentirlo prestaba
Al eco tierno un silencioso oído.

Volvió en fin , y le dice: el bullicioso
 Curso del arroyuelo ,
 Y del favonio el susurrante vuelo
 No igualan con tu voz , zagal dichoso.
 Dulce al labio es la miel, y la mirada
 Tierna de una pastora
 Dulce al zagal que fino la enamora ;
 Pero muy mas el ánimo recrea
 Tu amorosa tonada.
 Toma , toma por ella esta cayada ,
 Que entallé diestro de arrayan y flores :
 Tan fácil premio mi amistad desea
 A tus tiernos ardores.
 Recibióla Mirtilo ; y mas contento
 Que el ciervecillo jugueton y exento
 Brinca en pos de su madre en la pradera ,
 A poner fino el ramo afortunado
 Vuela en planta lijera ,
 A la ventana de su dueño amado.

ÉGLOGA IV.

EL ZAGAL DEL TORMES.

FÉRTILES prados, cristalina fuente,
 Bullicioso arroyuelo , que saltando
 De su puro raudal plácido vagas
 Entre espadañas y oloroso trébol ;
 Y tú , álamo copado , en cuya sombra
 Las zagalejas del ardiente estío
 Las horas pasan en feliz reposo ,
 A Dios quedad: vuestro zagal os deja ;
 Que allí del Ebro á los lejanos valles
 Fiero le arrastra su cruel destino ,
 Su destino cruel , no su deseo.
 Ya mas , ¡ oh Tórmes ! tu corriente pura
 Sus ojos no verán: no sus corderas
 Te gustarán , ni los viciosos pastos
 De tus riberas gozarán felices:
 No mas de Otea las alegres sombras ,
 No mas las risas y sencillos juegos ,
 Pláticas gratas y canciones tiernas
 De la dulce amistad. Aquí han corrido ,
 Cual estas lentas cristalinas aguas
 Riendo jiran con iguales pasos,
 De mi florida edad los claros dias.
 De las dehesas del templado extremo
 Vine estraño zagal á estas riberas ,
 Cuando mi barba del naciente bozo
 Apenas se cubria ; y en las ramas
 De los menores árboles los nidos

Pudo alcanzar mi ternezuela mano
 De los dulces pintados colorines.
 Aquí á sonar mi caramillo alegre
 Me enseñó Amor ; y el inocente pecho
 Palpitando sentí la vez primera.
 Aquí le ví temer ; y á la esperanza
 Crédulo dilatarse , cual fragantes
 A los soplillos del favonio tienden
 Sus tiernas galas las pintadas flores ,
 Cuando en mayo benigno el sol les rie.
 Con planta incierta discurriendo ocioso
 En inocencia y paz , libre y seguro
 Cantar me oísteis , y volver mis trinos
 Parlero el monte en agradable juego.
 Llevar me visteis mi feliz ganado
 Del valle al soto , y desde el soto al rio,
 Bañado en gozo , cuando el sol heria
 Mi leda faz con su naciente ama ,
 En dulce caramillo y voz süave
 Su lumbre celebraba y mi ventura.
 Mis ovejillas del caliente aprisco
 Saltando huian con balido alegre ,
 Seguidas de sus cándidos hijuelos ,
 Al conocido valle , do seguras
 Se derramaban ; y ladrando en torno
 Mi perro fiel con ellas retozaba.
 Otros zagales á los mismos pastos
 Sus corderos solícitos traian ,
 A par brindados de la yerba y flores :
 Y juntos bajo el álamo que cubre
 Con sombra amiga y susurrantes hojas
 La clara fuente , en pastoriles juegos
 Nos viera el sol en su dorado jiro
 Perder contentos las ardientes horas ,
 Que en torno de él fugaces revolaban.
 Viónos la noche y el brillante coro
 De sus luceros repetir los juegos
 Entre las sombras del callado bosque ;
 Y á mí embargado en contemplar el jiro
 De tanta luz , ó la voluble rueda
 Con que del año la beldad graciosa
 Ornan del crudo enero el torvo ceño ,
 Del mayo alegre las divinas flores ,
 Las ricas mieses del ardiente estío ,
 Y de olorosas frutas coronado
 El otoño feliz ; las maravillas
 Cantar de Dios con labio balbuciente ,
 En tierno gozo palpitando el pecho ,
 Y sonando otra voz muy mas canora
 Que de humilde pastor , mi dulce flauta.
 ¡ Delicia celestial , ante quien bajo

Es cuanto precia el cortesano iluso
De oro, de mando ú deleznable gloria!
No allí á nublar tan inocente gozo
El pálido temor, no los cuidados
Solicitos vinieran, ó la envidia
Sesga mirando, su cruel ponzoña
Pudo sembrar en nuestros llanos pechos.
Todo fué gozo y paz, todo süave,
Santa amistad y llena bienandanza.
En plácida igualdad muy mas seguros
Que los altos señores, nunca el dia
Nos rayó triste, ni la blanca luna
Salió á bañar con su arjentada lumbre
Nuestra llorosa faz, cual allá cuentan
Que en las ciudades y soberbias cortes
La noche entera en míseros cuidados
Los ciudadanos desvelados lloran.
¡Tanto bien acabó! Como deshace
Del año la beldad crudo granizo,
Que airada lanza tempestosa nube;
Y la dorada mies, del manso viento
Antes movida en bulliciosas olas,
Ya entre sus largos surcos desgranada,
Del triste labrador la vista ofende;
Así el hado marchita mi ventura,
Así á dar fin á mi apenada vida
A tan lejanos términos me lleva,
¡Ay! ¿para qué? De mis fugaces años
A mas nunca tornar, desaparecieron
Los mas serenos ya; y acaso á hundirse
Los que me esperan de dolor, conmigo
Corren infaustos en la tumba fria.
Pasó cual sombra mi niñez amable,
Y á par con ella sus alegres juegos.
Relámpago fugaz en pos siguióla
La ardiente juventud: danzas, amores,
Cantares, risas, doloridas ansias,
Dulces zozobras, veladores zelos,
Paces, conciertos agradables, todo
Despareció tambien; y el sol me viera,
Entre rosas abriendo á la galana

Primavera las puertas celestiales,
Seis lustros ya sus bienhechores rayos
Mirar contento con serenos ojos.
¡Y ora habré de dejar estas riberas,
Dónde vivo feliz! ¡y estos oteros!
¡Este valle! ¡este rio en libre planta,
Cantando veces tantas, de mí hollados,
No veré mas! ¡y mis amigos fieles!
¡Y mis amigos! ¡oh dolor! Con ellos
Aquí me gozo y canto: aquí esperaba
El trance incierto de mis breves dias;
Y que cerrasen mis nublados ojos
Con oficiosa mano: ¿á qué otros bienes?
¿Otras riquezas y cansados puestos?
¿A qué buscar en términos distantes
La dicha que me guardan estas vegas,
Y estas praderas y enramadas sombras?
Mi choza humilde á mi llaneza basta,
Y este escaso ganado á mi deseo.
Téngase allá la pálida codicia
Su inútil oro, y la ambicion sus honras;
Que igual alumbra el sol al alto pino
Y al tierno arbusto que á sus plantas nace.
Mas ya partir es fuerza: bosque hojoso,
Floridos llanos, cristalino Tórmes,
Quedad por siempre á Dios; dulces ami-

[gos,
A Dios quedad, á Dios; y tú indeleble
Conserva, árbol pomposo, la memoria
Que impresa dejó en tu robusto tronco,
Y sus letras en lágrimas bañadas.
Aquí Batilo fué feliz, sus hados
Le conducen del Ebro á la corriente:
Pastores de este suelo afortunados,
Nunca olvidéis vuestro zagal ausente.
Id, ovejillas, id; y tan dichosas
Sed del gran rio en los lejanos valles,
Cual del plácido Tórmes lo habeis sido
Con vuestro humilde dueño en las orillas:
Id, ovejillas, id; id, ovejillas.

Las Bodas

DE

CAMACHO EL RICO,

COMEDIA PASTORAL.

Habiendo determinado la villa de Madrid celebrar la paz ajustada en 1783 y el feliz nacimiento de los serenísimos Infantes gemelos, CARLOS y FELIPE, con festejos públicos extraordinarios, obtuvieron el premio *las Bodas de Camacho*, para representarse en ellos en el teatro de la Cruz.

INTERLOCUTORES.

CAMACHO EL RICO, amante de
QUITERIA LA HERMOSA, su novia, y amante de Basilio.
PETRONILA, su hermana, y amante de Camacho.
BERNARDO, padre de ambas.
BASILIO EL POBRE, amante de Quiteria.

CAMILO, amigo de Basilio.
DON QUIJOTE, caballero andante.
SANCHO PANZA, su escudero.
UN PASTOR.
COROS Y ACOMPAÑAMIENTO DE ZAGALES Y ZAGALAS.

PROLOGO.

EL AMOR.

¿Quién puede resistir al triste lloro
Y angustia lastimera
De un amante infeliz y abandonado?
¿O qué bárbara fiera
Negarse puede á su clamor? el cielo,
El cielo mismo de su amargo duelo
Se mueve: y cual envía
Su benigno rocío al mustio prado
Que le alegra y fecunda, así á su alma
Torna por mí la suspirada calma,
Y alivia su cuidado.
Por mí, que soy el dios de la alegría,
Las risas y el placer, Amor en suma,

Cual lo dicen mis alas, mi semblante,
Estas mis flechas y mi aljaba de oro.
Entónces el amante,
Ledo y feliz, el sazonado fruto
De su fe recojiendo,
Goza en paz las ternuras de su amada,
De mis flechas dulcísimas llagada.
¡Dichoso entónces él, que por tributo,
Sus deliciosas lágrimas bebiendo,
Ya le ciñe la sien de tiernas flores,
Ya escucha sus favores,
Ya canta su hermosura,
Ya encarece su ardor y su ventura!
¿Y habrá quién acusarme
Pueda de ingratitud, y ose llamarme

Vengativo y cruel? Vengan y vean
 Los hombres lo que soy, si es que desean
 Al Amor conocer: darles me agrada
 Hoy entre estos pastores inocentes
 Un nuevo testimonio de mi pura
 Sencilla inclinacion: hoy la ternura
 Será galardonada
 Del mísero Basilio; y sus dolientes
 Ansias se trocarán en alegría.
 ¡Cuál jime el infeliz! ¡cuál se querella
 De su Quiteria bella!
 Que estos los nombres son de los zagales,
 En años, en ternura, en todo iguales:
 La enojosa pobreza
 Los lleva al duro trance de la muerte.
 ¿Mas qué no puede amor? ¿qué la fineza
 De los dos no merece? la lazada
 Que en uno junte su felice suerte,
 Por mí les será echada;
 Y hoy Quiteria la hermosa
 Será con su Basilio venturosa,
 Y él con su amada vivirá seguro.
 Yo llamaré al Injenio; y sus sutiles
 Graciosas invenciones
 A mi arbitrio usaré: de la locura
 Tambien he de valerme;
 Y aun la misma amistad, su candor puro
 Olvidando, usará de la librea
 Del engaño falaz por complacerme.
 ¡Oh inmenso poder mio, que á su grado
 Todo lo ordena y muda! ¡oh bien hadado
 Basilio fiel! ¡oh hermosa,
 Y mucho mas dichosa
 Quiteria! vendrá un dia,
 Cuando soneis en plácida armonía
 Allá do besa humilde Manzanáres
 Los altos sacros lares
 Del mayor de los reyes,
 Que dió á la tierra atónita sus leyes.
 Entónces deliciosa
 La santa paz descenderá del cielo;
 Y con su puro trasparente velo
 El orbe cubrirá: mientras gozosa
 En duplicada prole su ventura
 Logra Iberia segura.
 Prole del alto Empíreo acá enviada,
 Y á los ardientes votos acordada
 Del abuelo real y venerable,
 ¡Vivid, creced, pimpollos florecientes!
 Creced, preciosos niños, de las jentes
 Españolas consuelo,

VI.

Y honor y gloria del humilde suelo!
 ¡Oh PRÍNCIPE benigno! ¡oh LUISA amable!
 ¡Oh grande! ¡oh justo CARLOS! ¡cómo os
 [veo
 De laurel coronados,
 Y de Iberos felices rodeados,
 En medio de la paz y la victoria
 Subir al alto templo de la gloria!

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

BASILIO.

¡Ay! ¡cómo en estos valles,
 Morada antes de amor, hoy del olvido,
 Basilio fué dichoso!
 ¡Oh tiempo! ¡tiempo! ¿dónde presuroso
 Tan de presto has huido?
 La crédula esperanza que mi pecho
 Abrigó tantos años, ¿qué se ha hecho?
 ¿Es esta, infiel Quiteria, la ventura
 De tu zagal amado?
 Amado sí, cuando inocente y pura,
 Como la fresca rosa,
 Y mucho mas hermosa,
 Nos dió el Amor sus leyes celestiales.
 En fin todo lo alcanza la riqueza;
 Y en adorar el oro son iguales
 Ciudades y alquerías.
 El mérito es tener; y la belleza
 Cede del poderoso á las porfias,
 Cual débil caña al viento.
 ¡Quién temiera traicion y finjimiento,
 Ah Quiteria, en tu fe! ni, que yo ahora
 Maldijese impaciente
 La lengua engañadora
 Que decirme solia:
 » Nada temas, Basilio; eternamente
 » Quiteria será tuya: á ti se fia
 « Mi virjinal decoro:
 « Como tuyo le guarda y le venera.... »
 ¡Qué guardarlo sirvió, si cuando menos
 Debiera ser temido,
 A Camacho tu padre te ha vendido!
 ¡Oh pechos crudos de piedad ajenos!
 ¡Oh Bernardo! no padre,
 Tirano sí: tal joya

No te la dió para Camacho el cielo:
 Yo la merezco solo: la he ganado
 Sirviendo y adorando tantos días:
 Fruto es de mi cuidado
 Y de las ansias mías.
 ¡Oh! dámela, cruel: no de mi seno
 Robes con mano fiera
 La inocente cordera
 Para encerrarla en el redil ajeno.
 Y tú, aleve pastora,
 ¿Porqué el consejo de tu padre sigues?
 ¿No basta ser señora
 Del cuitado Basilio? te faltaba,
 Sí, del feliz Camacho la riqueza:
 Pero ¡cuánta ventura te aguardaba
 En mi humilde pobreza!
 ¡Cuál yo trabajaría
 Alegre para tí de noche y día!
 Con abundosos bienes justo el cielo
 Premiara mi solícito desvelo.
 ¡Y qué los bienes son con los placeres
 De un amor mutuo y fino!
 Pero tú sigues el comun destino,
 Y desmentir tu condicion no quieres.
 Sigue, sigue homicida,
 Que yo el camino seguiré que el hado
 Señala crudo á mi infelice vida,
 Acabando con ella y mi cuidado
 Por triste complemento
 De tus infieles bodas.... Pasos siento:
 Huyamos hácia aquí, que ya insufrible
 Le es todo á mi dolor.

ESCENA II.

BASILIO, CAMILO.

CAMILO.

¡Será posible
 Hallazgo tan feliz, ó mi deseo
 Me burla en lo que veo!
 ¡Basilio! ¿tú en el valle? ¿tú en mis bra-
 [zos?

¡Mi querido Basilio!

BASILIO.

¡Ay Camilo!

CAMILO.

¡Qué estrella tan dichosa
 A mis ojos te vuelve? yo temía
 Algun fin desastrado
 Desde el aciago día,

En que el fatal concierto fué ajustado
 De Camacho y Quiteria;
 Y tú, celoso, triste, dolorido,
 Cual novillo furioso que vencido
 Fué en la lucha, del valle te ausentaste,
 Llenándonos de amargo desconsuelo
 Con las sospechas de tu cruda muerte.

BASILIO.

¡Pluguiera al justo cielo
 Que ella hubiese acabado
 Con presto golpe mi infelice suerte!

CAMILO.

¡Y en el día á las bodas señalado,
 Tornas á renovar tus desventuras
 Entre sus regocijos y alegrías!
 ¿O has olvidado á tu enemiga bella?

BASILIO.

No lo consiente mi contraria estrella,
 Pastor amigo: las desdichas mías
 Crecen como la llama
 Por intrincada selva en el estío.

CAMILO.

¿Pues qué causa te vuelve?

BASILIO.

El mas impío

Furor, la mas rabiosa
 Determinada voluntad que pudo
 Caber en pecho de pastor. Sí, bella
 Cuanto falsa Quiteria; está segura
 Que presto, presto acabará tan crudo
 Dolor, pues tú lo quierés.

CAMILO.

¡Oh anuncio infausto! ¡oh nueva des-
 [ventura!

¡Oh mísero zagal! vuelve á tu seso;
 Y tu clara razon no ultrajes loco
 Con tan culpable esceso.

BASILIO.

¡Aun te parece mi tormento poco!
 No, zagal; mi destino
 Es morir por Quiteria: yo vivía
 Para adorarla fino:
 Hoy á Camacho ha de entregar su mano;
 Y la esperanza mia
 Acaba de agostarse. ¡Quién tan vano
 Fruto cojer temiera
 De tan florida mies! ¡quién tus palabras,
 Quiteria fementida, no creyera!

CAMILO.

¡Ah zagal! que deliras con el cuento
 De tu pasada gloria,

Doblándote las ansias su memoria.

BASILIO.

No puedo refrenar el pensamiento.
 Tú conoces mi amor: tú, amigo, sabes
 Que de la edad mas tierna
 Sola su ley mi voluntad gobierna.
 Pared en medio la enemiga mia
 De mi casa vivia:
 Casi á un tiempo nacimos,
 Y juntos nos criamos,
 Y ya en la cuna misma nos amamos.
 Apenas empezaba
 A hablar aun balbuciente,
 Ya con gracia inocente,
 Su esposo me llamaba,
 Y á mis brazos corria;
 Y los suyos me daba, y se reia:
 Yo la amaba tambien; y con mil juegos
 Pueriles la alegraba,
 Ya travieso saltando
 Tras ella en la floresta,
 Ya su voz remedando
 Con agradable fiesta,
 Ya en pos de algun nevado corderillo
 Corriendo en rededor de los rediles,
 O acechando el pintado jilguerillo
 En las varas sutiles
 Llenas de blanda liga.
 Voluntad tan acorde y tan amiga
 Jamás fué vista en una edad tan breve:
 El par mas fiel de tórtolas amantes,
 En el mas hondo valle retiradas,
 Y solo á acariciarse abandonadas,
 Eran para los dos ejemplo leve.
 Una la voluntad, uno el deseo,
 Una la inclinacion, uno el cuidado,
 Amar fué nuestro empleo
 Sin saber que era amor; y en tanto grado
 Que ya por la alquería
 De todos se notaba y se reia
 Nuestra llama inocente.
 Despues en la puericia floreciente
 Mi anciano padre á gobernar me puso
 El hato de mis cabras; y su padre
 Igualmente dispuso
 Que ella á pastar por los alegres prados
 Sacase sus ganados.
 ¡Ay qué felices dias!
 ¡Qué sencillas y puras alegrías!
 Si ella se enderezaba hácia un otero,
 Yo estaba allá primero;

Y si al valle bajaba,
 En el valle esperándola me hallaba.
 No hubo flor, no hubo rosa de mi mano
 Cojida, que en su seno no parase:
 No hubo dulce tonada
 Que yo no le cantase,
 Ni nido que en su falda no pusiese:
 Mis cabritos saltando la seguian,
 Y la sal sus corderas me lamian
 En la palma amorosas.
 De esta suerte las horas deliciosas
 En grata union pasábamos felices,
 Cuando un deseo de saber nos vino
 Que era amor, de manera
 Cual si un encanto fuera,
 Y á un zagal ya maestro preguntando:
 « Un niño hermoso, respondió burlando,
 « Halagüeno, festivo, bullicioso,
 « Con alitas doradas,
 « Que causa mil placeres y dolores.
 « Gusta de los pastores,
 « Y de edad floreciente:
 « El pecho ajita y mil suspiros cria:
 « Hace hablar á los rudos dulcemente,
 « Hace velar, y el corazon abrasa;
 « Y olvida del ganado,
 « Pensando solo en el sujeto amado,
 « Y solo con su vista da alegría... »
 Quiteria se encendia;
 Y yo turbado estaba a questo oyendo,
 Consigo mismo cada cual diciendo:
 Yo me ajito y suspiro,
 Yo canto dulcemente, y yo me abraso,
 Velo, me quejo y lloro;
 ¡Ay! á Quiteria: ¡ay! á Basilio adoro.

CAMILO.

¡Discurso bien estraño! ¡y mas estraña
 Simplicidad la vuestra!

BASILIO.

Desde entónces
 Sabiendo que era amor, á amar nos dimos
 Con inquietud tan rara,
 Que en vano á ponderártelo bastara,
 Contando un dia entero mis venturas.
 ¡Qué promesas hicimos!
 ¡Qué afectos! ¡qué ternuras!
 ¡Qué dulce libertad! ¡y qué delicias!
 Imagina, Camilo, las caricias,
 Las miradas, los juegos, los favores
 Que hallarian dos pechos abrasados
 En el amor mas puro.

CAMILO.

Finjírseles no puede el mismo amante
Fuera de aquel afortunado instante.

BASILIO.

Siete veces abril tornó florido,
Y diciembre aterido,
Viviendo yo seguro
Sin rezelar mudanza,
Cuando Camacho, ¡oh bárbara memoria!
Vino á arrojar por tierra mi esperanza;
Y yo resuelto me partí del valle
A dar fin á mi vida,
Desesperado y fiero.
No de intencion mudé; mas ora quiero
Que ante sus ojos sea,
Y que la ingrata, la perjura vea,
En el momento de sus tristes bodas,
Con qué extremo la amaba
Este desventurado,
Y hasta qué punto mi despecho llega.

CAMILO.

¡Ay Basilio infelice! que te ciega
Tu celosa pasion.

BASILIO.

Quizá mudado
Su pecho entónces llorará mi suerte,
Vivo gozar queriendo
Al que ahora por pobre da la muerte.

CAMILO.

¡Vano consuelo para mal tan grave!

BASILIO.

Este me resta solo.

CAMILO.

Aun otro queda.

BASILIO.

¿Cuál? dímelo, Camilo....

CAMILO.

El que tú hablaras

A Quiteria esforzando
Su corazon cobarde,
Que aun constante te adora,
Y por tus zelos agraviada llora.

BASILIO.

¡Yo á Quiteria...! primero
El fuego será frio, el sol oscuro,
Y el mayo irá sin flores,
Que yo la hable ni vea.
No, zagal, yo no quiero
Ponerme de la infiel á los desvíos,
Ni á su intencion contravenir en nada,
Turbando en vano con los ruegos míos

La luz serena de sus claros ojos,
Ni las purpúreas delicadas rosas
De sus mejillas.

CAMILO.

¡Tu feliz ventura
Tú mismo estorbas!

BASILIO.

Tu rogar es vano.

CAMILO.

Pues por no hablarla perderás su mano.

BASILIO.

¡Cómo amigo! ¿qué dices?

CAMILO.

Que aun puede haber retorno tu fineza.
De Quiteria el silencio, la tristeza,
Su despego á Camacho, su desvío,
Sus suspiros, sus ojos,
Mas de una vez me han dicho que te
adora.

BASILIO.

¡Cuán dichoso sería!

CAMILO.

Bailando en la enramada el otro dia,
Sin ser notado, y viéndola elevada
Como en ti contemplando,
Yo le dije burlando:

« Olvídale, zagala, pues le niegas
« El premio á tantas ansias merecido. »
Turbóse en escuchándome, encendido
Su rostro de vergüenza, y sus mejillas
Salpicó alguna lágrima, que en vano
Quiso ocultar su mano:
Háblala pues.

BASILIO.

¡Oh firme,

Malograda esperanza! vuelve, vuelve
De nuevo á florecer: ¡mas sin ventura!
¡Cómo yo la he de hablar en este dia
Y en tanta confusion! No, no me ha dado
Amor tal osadía.

CAMILO.

Pues yo por ti lo haré; mira en qué
grado

Tu dicha anhelo; y dispondré de modo
Que en secreto os veais.

BASILIO.

¡Ah dulce amigo!

Pues eres de mis lágrimas testigo,
Sensible le pondera
Mi amor, mi fe sincera.
Haz esto, y premio pide; mi ganado,

Cuanto vale Basilio, todo, todo
Está, Camilo fiel, á tu mandado.
Y á Dios, que podrán verme.

CAMILO.

Aquí me espera
Dentro de una hora.

BASILIO.

Tornaré lijero,
Cual hambriento cordero
De la madre al balido.

ESCENA III.

CAMILO, DON QUIJOTE, SANCHO.

CAMILO.

¡Cuán fácil es, cuán fácil al olvido,
Zagalas, vuestro pecho! la corriente
Del arroyo, del céfiro el ambiente
Tienen en su inconstancia mas firmeza;
Pues torna un solo día
En odio crudo la mayor terneza,
Si el orgullo, el antojo, la porfía,
O el interés el ánimo os provoca.

¡Felice yo! que la esperanza loca
Lanzar del pecho conseguí... ¿Mas cómo
Haré en bullicio tanto, que se vea
Con Quiteria Basilio? de su lado
No se aparta Camacho... de zagales
Todo el valle está lleno... la alegría...
La confusion... las danzas... ¡Ah...!
su hermana....

Petronila es buen medio;
Ella es vana y sagaz; y con envidia
Ve á Quiteria dichosa,
Y ama á Camacho, y estará zelosa.
Buscarla me conviene.

DON QUIJOTE.

¿Bien arrendado á Rocinante dejas?
Que además la cuita de Basilio
Solícito me tiene.

SANCHO.

Yo me atengo
Al ricote Camacho: muy bien hizo
La zagala en cojelle;
No sino estar sin blanca, y por las nubes
Querer luego casarse: cada oveja
Vaya con su pareja... ¡cielo santo!
¡Qué garrido zagal! tal sea mi vida.
¡Qué sayo, qué limpieza!

DON QUIJOTE.

Calla, calla,
Sancho hablador, que tú como villano
Sirves al interés. — Pastor hermano,
Hoy que en esta floresta la alegría
Y el regocijo viven,
¿Licencia habrá un andante caballero
De ver con su escudero
Unas fiestas tan célebres y nuevas,
Cual la fama pregona?

CAMILO.

Un huésped tal de nuevo las abona.
Mas ¡qué traje! ¡qué arreo!...

DON QUIJOTE.

Non vos faga
Pavor, zagal amigo, su estrañeza.
Un caballero soy de los que dicen
Van á sus aventuras:
É que magüer de tiempos tan perdidos
Al ocio renunciando y las blanduras,
Huérfanos acorriendo y desvalidos,
Y enderezando tuertos y falsías,
Si el cielo no le amengua su esperanza,
Ha de resucitar la antigua usanza.

SANCHO.

Es mi señor el mas valiente andante
Que tiene el mundo todo: á Rocinante
Oprime el fuerte lomo; y deja fechos
Cien mil desaguizados.
Señora universal de sus cuidados
Es la sin par princesa Dulcinea...

CAMILO.

Yo no os entiendo, amigo.
Mas vos, señor, en tan felice día
De aquí no partiréis: nuestra alegría
Venid, venid á honrar: y del esposo
A recibir obsequios y favores.

DON QUIJOTE.

Ya sabidor me hicieron dos pastores,
Que es cortés cuanto rico,
Siéndolo en todo extremo;
Y otro que tal la desposada hermosa
Como él rico y cortés; y la manera
Insólita en que quiere
Sus bodas celebrar y su ventura.

CAMILO.

Vence la verdad pura
Cuanto contar pudieron: en riquezas
No hay mayoral alguno que le iguale.
Estas sierras pobladas

Tiene con sus vacadas,
 Y valles y laderas
 De cabras y corderas :
 Siendo á par dadivoso que hacendado.
 De la hermosa Quiteria enamorado ,
 Al fin su honesta mano ha conseguido ;
 Y celebrar los desposorios quiere
 Con mil regocijadas invenciones.
 Las grandes y abundosas prevenciones
 No me es dado contar: veréis tendido
 El albo y rico pan así en rimeros,
 Cual suele el trigo estar en el ejido.
 Así veréis arder olmos enteros
 Cociendo las viandas,
 Cual si fuesen lumbradas de verano :
 Así caza colgada por los robles ,
 Cual si fruta fuera.
 Ha enramado este valle de manera ,
 Que á hurto el sol ha de entrar , si á ver-
 nos viene :
 Danzas y bailes de zagalas tiene,
 Y de zagales juegos y carrera :
 Finalmente este dia
 Es todo del placer y la alegría ,
 De Quiteria merced á la hermosura ,
 Pues cual la rosa es reina de las flores ,
 Ella lo es de la gracia y jentileza.
 Sus ojos amorosos
 Son mas que el sol lumbrosos,
 Y sus luengos cabellos
 No hay valor para vellos.
 De la boca destila miel y azahares ;
 Y su cuellopreciado
 Alabastro es labrado ;
 Venciendo á su beldad su gallardía ,
 Y á esta su honestidad y cortesía.

SANCHO.

Pardiez que es la zagala ,
 Despues de mi señora Dulcinea ,
 Lo mejor que ver pienso. El oro , el oro
 Sabe allanarlo todo ; y á la larga
 A la liebre mas suelta el galgo carga.

CAMILO.

Decís bien : de Quiteria
 Otros muchos la mano codiciaron ;
 Y en mil tiernas canciones
 Sus ansias y sus zelos ponderaron.
 Estos olmos veréis de letras llenos,
 Que en la dura corteza
 Publican su desden y su belleza.
 Sobre todos Basilio

Ya en la niñez mas tierna la servia ,
 Y ella su honesto amor favorecia .
 Mas el oro triunfó de este cuidado.
 Es Basilio un zagal tan acabado
 En gracias cuanto pobre :
 Suelto y ágil al salto y la carrera ,
 De dulce voz, de razonar suave
 Y jentil hermosura ;
 Y á mala de manera ,
 Que cuantos sus finezas conocemos ,
 Algun fin desastrado de él tememos.

DON QUIJOTE.

¡ Zagal cuitado !

SANCHO.

El que fortuna olvida ,
 Há de sobra la vida.

CAMILO.

Así es verdad , y solo por ser pobre
 Mientras Camacho rie ,
 Basilio triste y despechado llora.

DON QUIJOTE.

¡ Oh riqueza ! en mal hora
 La madre tierra de su seno duro
 Te lanzó entre los hombres.
 Tú lo conturbas todo , y el seguro
 Amor tornas olvido :
 Por ti el mérito yaz escurecido ,
 Virtud es otrosí desacatada ,
 É hubo en el suelo la maldad entrada.
 Ya non vale ni afan esclarecido ,
 Ni sangre por la patria derramada ,
 Ni feridas gloriosas
 De caballero fuerte.....

CAMILO.

Permitidme
 Avisar de la dicha que hoy le viene ,
 Al felice Camacho.

ESCENA IV.

DON QUIJOTE, SANCHO.

SANCHO.

¡ Sancho ! ¡ Sancho !
 ¡ Oh qué olor tan divino !
 ¡ Qué calderas aquellas ! no las vide
 Tamañas en mi vida: ¿ pues las ollas ?
 Son seis grandes tinajas.
 Bien la aventura empieza :
 A esto me atengo , y no á la jentileza
 Y gracias de Basilio.

DON QUIJOTE.

Sancho, hijo,
 Non denuestes al pobre, que los bienes
 Por eso son llamados de fortuna,
 Porque los da sin discrecion alguna
 Esta inconstante Diosa;
 Y es sandez además tanta alegría.
 Mal haya, á decir vuelvo, el negro dia
 En que topó codicia con el oro.
 Por él se amengua el virjinal decoro
 De la tierna doncella, y puerta tiene
 Franca el recuestador....

SANCHO.

Habilidades
 Son sin él necesidades:
 Nunca en casa del rico el duelo viene:
 El dar peñas quebranta: los dineros
 Vuelven en caballeros.

DON QUIJOTE.

El cielo te confunda y tus refranes.

SANCHO.

¡Válame Dios! ¡qué danzas! ¡qué zagalas!
 En solo vellas se me van los ojos.
 ¡Oh qué alegres! ¡qué sueltas! no parece
 Sino que sus cabellos estendidos
 Semejan de oro puro unos manojos.
 ¡Qué sartas de corales! no hay pagallas.
 ¡Pues montas los vestidos!
 ¡Oh bien haya Camacho y su riqueza!
 Eso que tienes, vales.

CORO I.

Tras el divino fuego
 De su adorada esposa
 Camacho vuela ciego,
 Cual tierna mariposa.

CORO II.

Quiteria desdeñosa
 Su ardor huir procura,
 Cual vírjen vergonzosa,
 Cual niña mal segura.

LOS DOS COROS.

Pues baste de estrañezas,
 Y en tálamo de flores

CORO I.

Goze ya sus finezas,

CORO II.

Temple ya sus ardores.

LOS DOS COROS.

En tálamo de flores
 Goze ya sus finezas,
 Temple ya sus ardores.

DON QUIJOTE.

Fuyamos de aquí al punto; no, no quiero
 Que el ocio muelle ó femenil halago
 Me embarguen en mis altos pensamientos.
 Hay huérfanos, viüdas, y pupilos
 Que amparar, hay doncellas
 Que acorrer, hay jigantes
 Soberbios y arrogantes
 Con quien lidiar, ¿y yo me detendria?
 Dulce señora mia,
 Non, vuestro caballero
 Non fará sandez tal: fuyamos, Sancho.

SANCHO.

¿Cómo es eso de huir? ¿para esto solo
 Fué sin yantar dormir en la floresta,
 Y hacerme despertar, cuando hacen salva
 En sus nidos los pájaros al alba,
 Hablando de la fiesta
 Y de Basilio mísero? ¡Ay, abuelo!
 Sembrasteis alazor, nació anapelo.

DON QUIJOTE.

Vamos digo.

SANCHO.

¿Quién sabe si aquí puede
 Saltar tal aventura,
 Que cuantas hasta ahora hemos tenido,
 Nada con ella sean?

ESCENA V.

DON QUIJOTE, SANCHO, BERNARDO, CAMACHO.

CAMACHO.

Bien venido
 Seais á honrarme en mi felice boda;
 Que ya el zagal con quien habeis hablado,
 De todo me ha informado:
 Y así rendido os ruego
 Deis el último punto á mi alegría
 Con vuestra compañía.
 Este es dia de gracia y regocijos;
 Venid á ver los que á Quiteria hermosa
 Ordenar, aunque rústico, amor sabe;
 Y hacedla en esto solo mas dichosa.

DON QUIJOTE.

Yo, jentil mayoral, solo lo fuera,
 Si ofertas tales disfrutar pudiera,
 Como sé agradecellas comedido.

BERNARDO.

¿Cómo, señor?

DON QUIJOTE.

En fiestas non es dado
Por ley á caballero detenerse,
De las altas empresas olvidado
A que el cielo le llama.
Él te haga con Quiteria venturoso
Luengos siglos, mancebo jeneroso;
Y licencia me da...

SANCHO.

Señor, teneos:
¿Cómo quereis partir, y á ruegos tales
Ser desagradecido,
Habiendo siempre sido
La misma cortesía?
¡Miren qué monta un día
Para un tan valeroso caballero!
Vos pedídselo, hermano.

BERNARDO.

Aunque no quiero,
Señor, importaros, si estas canas
Y esta edad algo pueden,
No hagais que nuestras súplicas sean va-
[nas.

Y el anciano Bernardo, de Quiteria
Padre feliz, añada esta ventura
A cuantas hoy Camacho le asegura.

CAMACHO.

Pueda nuestra porfía...

SANCHO.

¡Qué dureza!
Dad luego y dais dos veces; que lo mismo
Es negar que tardar.

DON QUIJOTE.

Agraviaria
Esas canas, Bernardo venerable,
Y tu discreta afable cortesía,
Jentil Camacho, en resistir mas tiempo.
Vuestro me constituyo, á vuestro grado
Ordenad, os veréis obedecidos.

BERNARDO, CAMACHO.

Hacedlo vos, pues nos teneis rendidos.

SANCHO.

¡Bueno! cayó: no ayuno
Cuentés al importuno.
Dios mejora las horas, Sancho: afuera
La escuderil miseria; y al buen día
Abre y mételo en casa. ¡Oh qué bien hue-
[le!...
Conforta el airecillo. Buen Bernardo,
¿Habrá, decid, manera..... solamente.....
De probar... no el olor...?

DON QUIJOTE.

¡Oh vil, infame,
Mal nacido escudero! ¡así me amenguas!
Viven los altos cielos,
Donde mas latamente se contiene.....

CAMACHO.

Templaos, señor.

BERNARDO.

Venid hácia este lado,
Que yo os haré placer.

CAMACHO.

A mi Quiteria
La dicha á decir vamos, que en vos tiene.

ESCENA VI.

DON QUIJOTE, SANCHO.

SANCHO.

¡Válame Dios, qué día á Sancho viene!
Tiernas pollas... cabritos... y conejos....
Pichones... lechoncillos... allá lejos
Asándose un novillo... ¡ay dulces zaques!
¡Aquí tambien os hallo! ya mis ojos,
Finos enamorados
No pueden de vosotros apartarse.
Ea, Sancho, animarse;
Y pues hay vino, afuera los cuidados.

DON QUIJOTE.

Fermosa y encantada Dulcinea,
Soberana señora
De este vuestro afincado caballero,
Membraos de mí, pues yo por vos me
[muero.

CORO PRIMERO

DE ZAGALES Y ZAGALAS.

TODO EL CORO.

Ven, dulce Amor:
De tus zagales
Oye el clamor.
Ven, dulce Amor,
Ven, dulce Amor.

CORO DE ZAGALES.

Tú nos previenes
Todos los bienes:
Tú el orbe alientas,
Y le sustentas
Como señor.

TODO EL CORO.

Ven, dulce Amor.

CORO DE ZAGALAS.

Sin ti la rosa
Fresca , olorosa
No nacería ;
Todo lo cria
Tu suave ardor.

TODO EL CORO.

Ven , dulce Amor.

CORO DE ZAGALES.

Con dócil cuello
El jóven bello
Busca á su amada ,
Por ti apiadada ,
De su dolor.

TODO EL CORO.

Ven , dulce Amor.

CORO DE ZAGALAS.

Tú á la doncella
Tímida y bella
Rindes al blando
Yugo , triunfando
De su temor.

TODO EL CORO.

Ven , dulce Amor.

CORO DE ZAGALES.

Tú á sus desvelos
Das mil hijuelos
Bellos , graciosos ,
Frutos preciosos
De un mutuo ardor.

TODO EL CORO.

Ven , dulce amor.

CORO DE ZAGALAS.

Ven ; y en el suelo
La paz del cielo ,
Nunca alterada ,
Reine ayudada
De tu favor.

TODO EL CORO.

Ven , dulce Amor.

CORO DE ZAGALES.

De tus zagales
Oye el clamor.

CORO DE ZAGALAS.

Ven , dulce Amor.

TODO EL CORO.

Ven , dulce Amor.

ACTO II.

ESCENA I.

QUITERIA.

¿Dó, Quiteria cuitada,
Sin ventura Quiteria, dó engañada
Tu corazon te lleva?
Debes huir, ¿y con inciertos pasos
De tu grado te vienes á la muerte?
Le debes olvidar, ¿y los lugares
Frecuentas do algun dia
Su honesta llama con la tuya ardia?
¡Ay! esta misma vega
Testigo fué de nuestro amor, testigo
De mil hablas süaves,
De mil tiernas promesas y mil juegos,
Que eran un tiempo gloria,
Y ahora son dolor en la memoria.
Aquí dulce cantaba;
Allí alegre reia;
Aquí con su guirnalda me ceñía;
Y allí loco de amor me la quitaba.
El valle, ¡oh triste! florecido dura
Cuando acabó agostada mi ventura.
Feliz la pastorcilla,
Pobre sí, pero libre, á quien concede
El cielo en su llaneza
Amar en libertad y ser amada,
Sin que decoro ó paternal respeto
Le dé el amante, ó le violente el gusto
Con mandamiento injusto;
Y triste la cuitada,
A quien niegan sus hados esta suerte,
Despiadados negándole la muerte.
Ella rie; yo peno
Cual esclava vendida:
Ella se goza al lado
De su zagal amado,
Y yo lloro aflijida,
Del mio para siempre dividida.
¿Qué vale el alto estado?
¿Qué vale la riqueza,
Y el don de honestidad y de hermosura,
Cuando falta, Quiteria, la ventura?
Desnudo amor se goza en la pobreza....
Mas Camilo á mi hermana
Aquí muy en secreto hablando viene.
¡Ay Basilio!... á esperarlos no me atrevo.

ESCENA II.

CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

Él ha llegado en fin; y tal le tiene
Su amor desventurado,
Que algún fin desastrado
Rezelo, Petronila, ¡oh trance fuerte!
¡Oh mísero zagal!

PETRONILA.

Su acerba suerte
Puede hallar compasión en una roca.

CAMILO.

Él en efecto se dará la muerte
Desesperado.

PETRONILA.

¡Ah triste! ¡cuánto, cuánto
Me duele su miseria!

CAMILO.

La suya á mí no tanto
Como la de Quiteria,
Cuya llorosa quebrantada vida
Será después un infernal tormento.
De imágenes continuo combatida,
El ciego, abandonado pensamiento
Le traerá siempre á su Basilio amado.
Hallarále á su lado
Bañado en sangre por su amor vertida:
Con triste voz le pedirá venganza:
Le acusará su pérfida mudanza;
O amoroso y rendido
Le dirá mil finezas, que en su oído
Falaces sonarán: iráse al lecho;
Y al sueño en vano llamará: la aurora
Tornará; y con su lumbre
Crecerá su dolor y su amargura.
¡Oh cara Petronila! ¿qué ser puede
De un lazo que han formado
Solo interés y paternal decoro?

PETRONILA.

Bien se me alcanza; mas ceder de grado
Quiteria debe á su feliz destino,
Las dichas contemplando y la riqueza
Del alto no esperado casamiento.
Es la riqueza puerta de contento;
Y la cruda pobreza
Puerta de desventura,
Cuando amor cesa, y queda su amargura.
Amor, cual niño alegre,
Risas y juegos y donaires ama,

Cuanto pobreza lloros,
Que al punto apagan su celeste llama.

CAMILO.

No, gentil Petronila;
Ni mísera fortuna ni pobreza
De un pecho fiel apagan la fineza.
La inclinación, el gusto,
La unión de voluntades
Decretada del cielo,
Las sencillas verdades,
De agradar el solícito desvelo,
Esto solo es amor, y á los esposos
Ciñe la sien de venturosas flores,
Que jamás se marchitan ni desdican
Sus primeros verdores:
Lo demás es dureza y tiranía.

PETRONILA.

Así es verdad, pues que tal vez dos pechos,
Uno para otro hechos,
Lloran amargamente divididos
Por la cruel fortuna.

CAMILO.

Esto me mueve,
Como ya te decía,
Y el amor tierno que feliz nos une
Desde la edad primera,
A que mil medios y caminos prueba,
Por si logro impedir la muerte fiera
Del mísero Basilio, suspendiendo
La triste infausta boda.

PETRONILA.

¿Cómo, Camilo, suspenderla? ¿cómo?
¿Estás en ti? ¿deliras? ¿ó te burlas
Con pasatiempo vano?

CAMILO.

Hacerlo, Petronila, está en tu mano.

PETRONILA.

¡Yo turbar de mi hermana la ventura!
¡Yo en tramas! ¡yo en ardides! ¡tú te
atreves...!

CAMILO.

Amada Petronila, hacerlo debes
Por la suerte de entrambos.

PETRONILA.

Camilo, no es posible:
No; ni aun hablarse en tan revuelto día.

CAMILO.

Pues esto al menos sea:
Véanse los cuitados, jiman, lloren,
Y quéjense y suspiren;
Y démosle aunque leve este contento.

Acaso, Petronila... en un momento
 Prodijios hace amor: dí, ¿ no es Camacho
 Rico, gentil, amable? ¿ por ventura
 No hallará cada hora
 Otra y otra pastora,
 Si Quiteria le deja?
 Roba á Basilio aquesta sola oveja
 Con tanto afan criada; y á la muerte
 Hélo al instante dado.

PETRONILA.

Tú, Camilo, me vuelves á tu grado
 Con tus dulces palabras: de Quiteria
 Tentaré el corazon; y si hallo modo.....

CAMILO.

Tu agudo ingenio lo disponga todo;
 Que yo al ciego Basilio ver deseo,
 Temiendo su furor.

ESCENA III.

PETRONILA.

¡ Qué devaneo.

Es este, malladada! olvida, olvida,
 Petronila, tu amor; y pues nacida
 Fuiste á zelos y llantos,
 Lloro, cuitada, y cumplirás tu suerte.
 ¡ Ah Camacho! ¡ Camacho! ¡ tú siguiendo
 Vas á la que te huye; y la infelice
 Desdeñas que te sigue! ¡ á Petronila
 Desprecias; y á Quiteria haces felice!
 Algun dia, cruel, arrepentido.
 Tú llorarás, como hoy furiosa lloro.
 Pero ¿ por qué llorar? ¿ no está en mi mano
 Ayudar á Camilo, y mil ardides
 Fragar contra un aleve?
 ¡ Ah! que acaso Quiteria en tan dichosa
 Suerte estará mudada.

El agua gota á gota en fin horada
 La peña, cuanto mas su tierno pecho
 Ruego tan porfiado.

No importa, Petronila, con cuidado
 Su inocencia provoca... ¡ qué aflijida
 Por allí asoma! mi asechanza empieze.

ESCENA IV.

PETRONILA, QUITERIA.

QUITERIA.

¡ Oh, cómo á un triste le parece

La mayor alegría!
 Este valle... mi hermana... vida mia.
 Para mí mas süave
 Que el alba á desvelado pastorcillo,
 Y á solícita abeja
 Oloroso tomillo;
 ¿ Tú aquí sola?

PETRONILA.

Ensayando

Estaba mi tonada.

QUITERIA.

Yo buscando

A Isabela venia; y ya dudosa
 En volverme pensaba.

PETRONILA.

Mas, Quiteria, ¡ tú triste! ¡ tú llorosa!

QUITERIA.

Yo, hermana...

PETRONILA.

De tu dicha

Tan cerca, ¡ y no te alegras! ¡ y no sientes
 Aquel contento puro, aquel süave
 Vivo placer que los demás sentimos!

QUITERIA.

Verse pasar de esta felice vida,
 Petronila querida,
 A ser de libre esclava,
 Pender de ajeno gusto,
 Y entrar en mil desvelos,
 No es mucho para risas: si los cielos
 Me diesen á elejir, yo libre y sola
 En esta grata soledad hiciera
 Mi inocente morada.
 ¡ Ay! ni amante, ni amada,
 Fueran mis compañeras
 Mis nevadas corderas:
 El arroyo, la vega, el verde soto,
 Mi sencillo recreo,
 Y mis galas las flores,
 Y mis amantes tiernos ruseñores.
 ¡ El cielo en otra forma lo ha ordenado!

PETRONILA.

Hablas, Quiteria, en el lenjuage usado.

QUITERIA.

Tú sabes bien que desdeñé mil ruegos
 De importunos amantes; y que solo
 Pudo el precepto paternal vencerme
 De Camacho en favor. No, dulce hermana,
 No hay dicha, no hay ventura
 Cual la inocencia de una humilde vida,
 De sujecion segura,

Y á quien el mundo olvida.
Los bienes no son bienes: son prisiones
Que nuestra dicha impiden; y un engaño
Do crédulos caemos,
Cual en la red elavecilla incauta.

PETRONILA.

Mas antes es forzoso
Que para asegurar nuestra ventura,
Al pacífico yugo el cuello demos:
Ninguna en libertad está segura.
Necesitamos de un arrimo: pasan
Los años; y belleza
Gracias y jentileza
Pasan tambien. La rosa
Somos, que con el dia
Abre el purpúreo seno vergonzosa,
Para perder con él su lozanía.
Nadie de amor se libra: jamás dejan
Sus tiros de acertar: es la ventura
Hallar, cual has logrado
En tu feliz estado,
La conveniencia con el gusto unida.

QUITERIA.

Sí, hermana, sí; mas pocas,
Pocas veces verás que juntos vayan,
Cuando solo interés las almas une,
Que inclinacion debiera:
Mejor es pues en libertad entera
Vivir, que al yugo someter el cuello,
Querer despues, y no poder rompello.

PETRONILA.

¿Y tú estás libre?

QUITERIA.

Si en mi mano fuera,
Por siempre lo estaria.

PETRONILA.

¿Y el mísero Basilio, vida mia?

¿Y aquel amor suave en la inocente
Tierna niñez criado?

¿Aquel sacar entrambos el ganado
A un hora, á un valle mismo? ¿aquel con-
[tarse

Hasta los pensamientos; y al hallarse
Quedarse embebecidos;
Y suspirar al verse divididos?

¿Te enterneces, Quiteria?

QUITERIA.

La memoria

De tan plácidos dias,
Y tanto amor y puras alegrías
Conmueve, hermana, mi sensible pecho,

Que no de dura roca,
Sino de cera delicada es hecho.

PETRONILA.

¿Mas Basilio?

QUITERIA.

¡Ay querida!

Basilio... ya el cuitado
Habrá con muerte dura
Sus ansias y sus zelos acabado.
Yo, yo la causa he sido: yo el agudo
Hierro llevé á su pecho; ¡ó sin ventura!
Vé si debo llorar.

PETRONILA.

Ne te angusties,

No; pues vive.

QUITERIA.

¿Qué dices?

PETRONILA.

Que en el valle

Le he visto, aunque á lo lejos, triste y solo,
Lloroso, macilento y aflijido,
Cual buscando los sitios do solia.....

QUITERIA.

¡Ah dulce hermana mia!
El gozo me rebosa, mi abatido
Corazon desfallece con tan grata,
Tan felice noticia: ¿vive el triste?

PETRONILA.

Sí: vive.

QUITERIA.

¿Dónde ciega

Me arrastró mi pasion?... en vano, en vano
Vive ya para mí. Cede á tu dura
Suerte, infeliz Quiteria: ya no eres,
No, la que ser solias.

La ley de honestidad, la fe jurada
Te mandan que su amor bárbara olvides.
¡Ay esperanza mia malograda!

PETRONILA.

Templa el dolor y el mísero lamento,
Que no es, no, leve anuncio de ventura
Haber él vuelto al valle.

QUITERIA.

Para solo su daño y mi tormento.
Mejor allá estuviera
Do jamás yo sus justas ansias viera.

PETRONILA.

¿Y por qué no has de verle?

QUITERIA.

La ley dura

De recato lo veda.

PETRONILA

¡Oh simplecilla,

Cuál te ciega el dolor! dime, ¿qué daño
En esto puede haber? ¿á quién extraño
Será que habéis, lloréis, con los gemidos,
Las quejas y los zelos confundidos?

¿No es sabida de todos su ternura?
¿Tu honestidad á ti no te asegura?
Él así lo desea; y congojoso,
En breve alivio de su amarga suerte,
Mepidió, ¡triste amante! que en su nombre
Y por su aciago amor te lo rogara.
¿Negárselo podrás?

QUITERIA.

Será la muerte

Para entrambos, hermana.

PETRONILA.

¡Tan severa

Contra tanta humildad! ¡cuándo se vido
Nacer de la cordera
El lobo, ni de cándida paloma
El basilisco fiero!

Hazle este gusto; y sea, sí, el postrero.

QUITERIA.

¡Ay! ¿me lo mandas? mas Camacho asoma...
A Dios, que estoy turbada; y peligroso
Fuera que así me viese.

PETRONILA.

¿En qué quedamos?

QUITERIA.

En tu mano queda

Mi corazón cuitado,
Dispon dél lo mejor según tu agrado.

ESCENA V.

PETRONILA, CAMACHO.

CAMACHO.

¿Qué es esto, Petronila? ¿cómo huye
Quiteria de mis ojos, cuando ciegos
En su semblante anjélico anhelaban
Consuelo hallar y plácida alegría?
¿Por qué tanto desden, rigor tan crudo?

PETRONILA.

Ni huyó Quiteria, ni sentirte pudo.
El deseo solícito á las veces
Los amantes engaña,
Feliz Camacho.

CAMACHO.

Su tristeza extraña,

Su esquivez, su silencio
Me aflijen de manera,
Que antes verme quisiera
Cercado de mil penas y dolores,
Que hallarla con desden en mis ardores.

PETRONILA.

Siempre es la edad primera desdeñosa:
Y la tierna doncella vergonzosa
Ama, y rezela, y su deseo esconde;
Y si amante la mira,
Se cubre de rubor, y se retira.

CAMACHO.

¿Mas con su esposo tímida?

PETRONILA.

¡Qué tierno!

¡Qué tímido, qué fino y rezeloso!

¡Feliz hermana!

CAMACHO.

Dulce Petronila,

Mis rezelos perdona: pero dime,
¿Mi Quiteria me quiere? ¿está contenta?

PETRONILA

¿Puede no estarlo con tan tierno esposo,
Y en el destino á que la llama el cielo?
Un mancebo gentil, rico y amable,
De edad florida, de apacible pecho
Y fácil trato, ¿á quién feliz no hiciera?
Mucho, mucho te debe
Mi hermana en torno, si pagar espera
Tal amor, tal fineza, tal ventura.

CAMACHO.

Solo anhela el deseo
Que ella la goze en mi amoroso empleo.

PETRONILA.

El cielo liberal le dió hermosura;
Mas su edad ternezuela ser rejida
Debe con asistencia cuidadosa,
Hasta que el trato y la costumbre la haga
Diestra en las prendas que tener conviene
La afortunada esposa
De mayoral tan rico,
Y en todo á tu esperanza satisfaga.
¡Oh cuánto tiene que aprender Quiteria!
¡Y qué mal cubre mi afición el pecho!

CAMACHO.

Tú me la enseñarás; de tu amor fio
Todo el contento mio.
Y ahora officiosa corre,
Corre, y dile que ciego
Ardo de sus ojuelos en el fuego.
Haz tú por Dios que ingrata no me sea,

Mientras yo pueda hablar á aquel criado
Del nuevo huésped.

PETRONILA.

¡Triste Petronila!
¡De qué jentil mensaje vas cargada!

ESCENA VI.

CAMACHO, CAMILO, SANCHO.

CAMACHO.

Amigo, ¿cómo fué?

SANCHO.

Bien regalado:
De la espuma me dieron.

CAMACHO.

¿De la espuma?

SANCHO.

Salieron

Por espuma tres pollas, que añagazas
Al apetito hacian,
Y á la boca ellas mismas se venian.
Luego dos gazapillos
Y cuatro pichoncillos;
Y tras esto el licor, dulce embeleso
De Sancho, con que el seso
Pierdo regocijado.

¡Es de lo mas añejo y estremado!
¡Oh qué bien que sabia!

CAMILO

Mas decidme,

¿Qué es este vuestro amo? ¿á qué estas
[armas,

Cual si por tierra de enemigos fuera?

¿Qué busca? ¿cómo viene
Por estos despoblados?

SANCHO.

¡Dudas tales
Podeis tener! ¿no veis en las señales
Que es mi señor andante caballero?
¡Y de los mas famosos!

CAMACHO

¿Y qué es andante?

SANCHO.

Es una cosa, hermano,
Que no sabré decilla,
Porque ora se halla en la mayor mancilla,
Ora de un alto imperio soberano:
Entuertos endereza:
Soberbios desbarata:
De acá por allá corre

Malandrines venciendo;
Y el sabio encantador que le socorre,
Su pro y claras fazañas va escribiendo,
Vuela su fama, y viene al cabo á hallarse
De un gran rey en la corte, y á prendarse
De la señora Infanta,
Que es muy apuesta y bella;
Y por quítate allá casa con ella,
Y hace conde á lo menos su escudero.

CAMACHO.

¿Qué decís?

SANCHO.

Caballero

Como este mi señor no le hallaredes
Luengos siglos atrás, mas esforzado
En el acometer, ni en repararse
Mas diestro y avezado,
Mas cortés, liberal, ni mas sabido:
Así que de tenerle á vuestras bodas
Alegraros debeis.

CAMACHO.

Son dichas todas

De mi suerte feliz. Mas ya me llama
De la fiesta el cuidado.
Quedad á Dios.

ESCENA VII.

CAMILO, SANCHO.

CAMILO.

¿Con qué de tanta fama
Es este caballero?

SANCHO.

No hay deciros
Sus fechos y proezas.
Acometer le he visto denodado
Jigantes como torres, y meterse
De dos grandes ejércitos en medio,
Y al rey Pentapolin dar la victoria:
Fracasar un andante vizcaino:
Librar desaforados galeotes:
Ganar el rico yelmo de Mambrino;
Y luego si encantado no se viera,
Del gran Micomicon rey estuviera.

CAMILO.

¡Cómo rey!

SANCHO.

Esperad, que no en un día
La cabra el choto cria.
Al valeroso andante

Venció de los Espejos;
 Y luego cuerpo á cuerpo dos leones
 Feroces y tamaños
 Como una gran montaña,
 Cuyo nombre tomó para memoria
 De tan grande aventura,
 Que antes el caballero se llamaba
 DE LA TRISTE FIGURA,
 Sin otros mil encuentros y refriegas.
 ¿Y todo para qué? para una dura,
 Sobajada señora,
 La sin par Dulcinea, que ferido
 Le tiene de su amor.

CAMILO.

¿Luego sujeto

Vive al amor?

SANCHO.

Mirad, si así no fuera,
 No fuera caballero tan perfecto.

CAMILO.

¿Y quién es su señora?

SANCHO.

¿Quién? la esfera

De la belleza misma,
 Apuesta, comedida, y bien fablada;
 Princesa del Toboso cuando menos.

CAMILO.

¿Cómo!

SANCHO.

Y por ley á los vencidos pone

Que ante ella vayan á decir de hinojos:

«Encumbrada señora, aquel andante,
 «Lumbre de caballeros, norte y guía
 «De valientes, famoso Don Quijote,
 «Nos manda ante la vuestra fermosura
 «A que de nos ordene á su talante.»
 Y así, ó me engaña la esperanza mia,
 O sus fechos estraños
 Cuando menos un reino han de ganalle;
 Y luego encaja bien á Sancho dalle
 La ínsula, que ha de estar yo no sé donde;
 Y verme así gobernador ó conde.
 Arrímate á los buenos: con quien paces,
 Sancho, no con quien naces.
 Mas hélo viene: al lobo se mentaba,
 Y él todo lo escuchaba.

CAMILO.

¿Qué estraño desvarío!
 Sin seso están.... no importa... en todo

[caso

Hacerlo quiero mio.

ESCENA VIII.

DON QUIJOTE, CAMILO, SANCHO.

CAMILO.

Felizmente, señor, os hallo al paso
 Para besar rendido vuestras plantas,
 Si dicha tal en mi humildad merezco.

DON QUIJOTE.

Alzad, jentil zagal; yo os lo agradezco.

CAMILO.

Esto á tanto valor hacer me toca.

DON QUIJOTE.

Alzad, alzad.

CAMILO.

Entre fortunas tantas,

No es del rico Camacho dicha poca
 Teneros á su lado;

Pero mayor le vino á aquel cuitado,
 Que verse libre espera de la muerte
 Por ese brazo justiciero y fuerte.

¡Ay infeliz!

DON QUIJOTE.

Mi profesion, mi estado

Ayudar es á los que pueden poco,
 Y agravios desfacer: que esta es forzosa
 Ley de caballería,
 Sin que cosa en contrario darse pueda.

¿Algun menesteroso en este dia
 Necesita de mí? corramos luego.....

CAMILO.

Tal vez..... pero yo os ruego
 Que modereis, en tanto
 Que él mismo os pueda hablar, el justo
 [enojo.

DON QUIJOTE.

Toda tardanza para mí es quebranto.
 ¡Ay alta emperatriz! ¡podrá ofrecerte
 Algun nuevo despojo
 Este tu sandio y reprochado amante!

SANCHO.

¿Va que hay entre las bodas aventura?
 ¿Y son en un instante
 Como el sueño del can mis dulces ollas?..

DON QUIJOTE.

Habédos otra vez con mas mesura,
 Sancho; y no del alegre
 Fagais, ni del juglar en demasía.
 El pro del escudero
 Es pro de su señor: su villanía
 Amengua al caballero.

SANCHO.

¿Por lo pasado lo diréis? No pude
Mas conmigo, señor; el airecillo
Tras de sí me llevaba.

DON QUIJOTE.

Ven acá, ¿te faltaba
Tiempo para comer? ¿ó mi persona
Primero ser no debe?
Nunca tan mal sirviera
Escudero á señor, cual tú me sirves.
Cuidado pues; y sígueme, que quiero
A solas departir..... El cielo os guarde.

CAMILO.

Guárdeos, señor, á vos.

ESCENA IX.

CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

Por fin ya libre
Puedo esperar á Petronila. ¡Cómo
Será que no la vea!
Mucho temo que todo en vano sea
Cuanto los dos trazemos. ¡Ah cuitado!
Poco en tu bien solicitar me es dado.
Petronila no asoma..... ¿qué camino,
Basilio, seguiré para librarte,
Si todo es mal cuanto de tí imagino?
Esperaré otro rato..... no, mas cierto
El buscarla ha de ser.... ¡Oh Petronila!

PETRONILA.

Felice yo, que en encontrarte acierto
Aquí á solas, do pueda.....

CAMILO.

Acaba, acaba:
¿Vienes con muerte, ó vida?

PETRONILA.

Vida traigo,
Pues ya dispuesta queda
A verse con Basilio, aunque no hallaba
Manera á ejecutarlo conveniente.
Todo era rezelar: libreme el cielo
Tener que persuadir á una inocente
Tan simple como hermosa,
Que al punto mismo que en amor se arde,
Melindrosa y cobarde
Cien mil estorbos halla en cada cosa.
Por último quedamos
En que dentro de un hora aquí vengamos

Los cuatro, porque puedan
Ellos hablarse, y acéchar nosotros.

CAMILO.

¡Oh dulce Petronila! ¡oh voz süave!
¡Muy mas grata á mi oido,
Que de arroyuelo plácido el ruido!

PETRONILA.

Tú pues, Camilo, de Basilio cura,
Que Quiteria, aunque tímida, es segura:
Y vamos, que tal vez de nuestra falta
Habrá ya la malicia rezelado.

CAMILO.

Vé pues por ese, y yo por este lado.

CORO II.

DE ZAGALAS.

UNA ZAGALA.

Zagalas hermosas,
Que en dulce armonía
Tan alegre día
Debeis celebrar:
Venid presurosas,
Venid á cantar.
Zagalas, venid;
Y á la bienhadada,
Bella desposada
El himno decid.

Zagalas, venid.

CORO I.

Los bienes, la ventura
Que á todos los pastores
Esta union asegura,
¡Quién podrá encarecer!
De guirnaldas y flores
Nuestras sienes ciñamos:
Bailemos, y aplaudamos
Tanta dicha y placer.

CORO II.

La vega de verdura
Se cubre, y los collados:
Sin guarda los ganados
Pacen en libertad.
Todo es paz, todo holgura
Por el dichoso suelo.
Baja del alto cielo,
Alma fecundidad!

UNA ZAGALA.

Zagalas, seguid;
El himno decid.

CORO I.

¡Qué vástagos frondosos,
Cual de fecunda oliva,
En torno de ella hermosos
Se verán florecer!
La palma mas altiva
Humílese á adorarlos;
Y llénese en gozarlos
El suelo de placer.

CORO II.

Colmad, piadoso cielo,
Ventura tan cumplida:
Y en sucesion florida
Sus vidas prolongad.
De angustias, de rezelo
Libradlos; y sellada
Quede la paz jurada,
Quede en la eternidad.

UNA ZAGALA.

Zagalas, seguid;
El himno decid.

CORO I.

Fecundidad dichosa,
Tú sola á los mortales
Concedes bienes tales:
Ven implorada, ven.

CORO II.

Contigo deliciosa
Baje la paz; y en una
Abundancia y fortuna
Con el amor estén.

UNA ZAGALA.

¡Oh dichosa vega,
Si á disfrutar llega
De tan alto bien!

CORO I.

La feliz serrana,

CORO II.

Su zagal querido,

CORO I.

En edad lozana
Viva siglos mil.

CORO II.

Con su amada unido
Viva siglos mil.

UNA ZAGALA.

Vivan siglos mil

CORO I.

La feliz serrana
En edad lozana,

CORO II.

Su zagal querido
Con su amada unido,

UNA ZAGALA.

Vivan siglos mil.

CORO I.

Vivan los esposos,

CORO II.

Alegres, dichosos;

TODO EL CORO.

Vivan siglos mil:

Vivan siglos mil.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

BASILIO, CAMILO.

En esta escena y las siguientes se ve á Sancho durmiendo á alguna distancia.

CORO PRIMERO.

Ven, Amor poderoso,
Y une en firme lazada
La bella desposada
Con el feliz esposo.

CORO II.

Corónalos de flores,
Y el beso delicado
Dales, en que has cifrado
Tus mas tiernos favores.

CORO I.

Ven y dale al amante,
Dale su dulce esposa.

CORO II.

Dale á Quiteria hermosa
Su mayoral constante.

CORO I.

Dale su dulce esposa.

CORO II.

Ven; y dale al amante,

AMBOS COROS.

Dale á Quiteria hermosa.

BASILIO.

Dale á Basilio mísero la muerte
Con este triste canto,
Luto á su pecho, y á sus ojos llanto.
Camilo, yo no puedo,
No puedo sufrir mas: déjame, amigo,
El placer doloroso

De turbar su alegría,
 ¡Ay! con la muerte mía.
 Ni me envidies, cruel, este consuelo,
 Que solo á mi dolor concede el cielo.
 ¡Oh Quiteria traidora!
 ¡Quiteria engañadora!
 Mas venenosa que áspero torvisco
 Para este desgraciado.

CAMILO.

Escesos tales
 Modera, si no intentas
 Tu ventura perder.

BASILIO.

¿Puede la fuente
 Suspender su corriente?
 ¿Su lumbre el sol, su lijereza el viento?
 ¡Oh! ¡con cuánto contento
 En este mismo sitio yo le hablaba
 En dias mas serenos y felices!
 Aquí, aquí me alentaba cariñosa:
 Aquí, Camilo mio, me juraba
 Su fementido amor: aquí á los cielos
 En mis justos recelos
 Con promesa alevosa
 Por testigos la pérfida traía:
 Aquí dijo mil veces que era mía.

CAMILO.

Y lo será, si en ves de lamentarte,
 Procuras ayudarla,
 Y de temor y esclavitud sacarla.

BASILIO.

¿Cómo? dí....

CAMILO.

Si la vieras
 Entre enemigos fieros,
 Que con sangrientos dardos amagasen
 Su delicado pecho, dí ¿temieras
 Acometer por las agudas puntas
 A darle libertad?

BASILIO.

¿Qué me preguntas!
 Por ellas tan furioso me metiera,
 Cual la tigre lijera
 Lanzarse suele al cazador, que osado
 Sus ternezuelos hijos le ha robado.

CAMILO.

Pues Camacho y Bernardo
 Los enemigos son que lidiar debes,
 Si valeroso á rescatar te atreves
 A Quiteria infelice
 De esclavitud entre sus manos fieras.

BASILIO.

Corre, corre: ¿qué esperas,
 Venturoso Basilio?...

CAMILO.

No la furia
 Nos debe dar, sino la industria sola,
 Zagal el vencimiento.
 Quiteria es cual rapaza y cual doncella
 Tímida y vergonzosa: la porfía
 De Camacho y el duro mandamiento
 Del severo Bernardo al fin vencella
 Importunos lograron;
 Mas en su pecho el fuego no apagaron.
 No, Basilio feliz, ella te quiere
 Mucho mas ora que jamás te quiso,
 Y por darte la mano ciega muere.

BASILIO.

¡Ah! ¡conozco el ardid! tú mis dolores
 Intentas halagar con tan süaves
 Lisonjeras palabras.

CAMILO.

¿Pues no sabes
 Que la mujer por condicion precisa
 Ama lo que le vedan,
 Sigue tenaz su antojo,
 Huye del que la sigue con enojo,
 Y á aquel que huyendo va, sigue impor-
 [tuna?]

BASILIO.

Fuéme siempre contraria la fortuna.

CAMILO.

Si tan tierna y tan firme no te amase,
 Solo por la porfía
 De Camacho, Quiteria te amaria.

BASILIO.

No, Camilo cortés; mi suerte escasa
 No es digna de su fe; ni mi pobreza
 Me da esperar que de su grado deje
 Al felice Camacho y su riqueza
 Por la llaneza mía.
 Conozco bien lo duro de mis hados:
 Por demás te fatigas; mis cuidados
 Solo habrán fin, cuando Basilio muera:
 Contino suena en mi doliente oido
 Una voz infelice,
 Que en lúgubre jemido,
 Muere, muere, me dice.
 Sombra fué mi esperanza y mi ventura:
 Pasó mi amor, pasó el abril lozano;
 Y el diciembre inhumano
 Vino de áspero hielo y de amargura.

Amar sin esperar es mi destino,
Y sellar este amor con muerte dura.

CAMILO.

¡Qué ciego desatino!
No mereces la dicha que te espera,
Por ese vergonzoso abatimiento:

Que el amante cobarde jamás hubo
Ni premio ni favor. En un momento
Quiteria va á llegar; ella te quiere;
Insta, ruega, importuna,
Llora, suspira, y cuanto mas temiere,
Sé tú mas esforzado:

Tú triunfarás: y tú serás dichoso.

BASILIO.

¡Ah! ¡déme Amor un corazon osado!

ESCENA.

BASILIO, CAMILO, PETRONILA, QUITERIA.

QUITERIA.

No, no puedo, no puedo, Petronila,
Su vista soportar; déjame, hermana,
Llorar triste y á solas mi amargura.

PETRONILA.

Ven; y nada receles....

QUITERIA.

Su ternura

Será mi confusion.

PETRONILA.

Será alegría

Para ti, para el triste
Que en verte solo su consuelo espera.

QUITERIA.

No puedo, no: mi pecho lo resiste.

CAMILO.

Llega, hermosa Quiteria; y no severa
Huyas de quien te adora.

BASILIO.

¡Ay Quiteria!.....

QUITERIA.

¡Ay Basilio!

CAMILO.

Dejémoslos á solas, Petronila,
Quejarse en libertad; y de ese lado
Tú vela, que este queda á mi cuidado.

ESCENA III.

BASILIO, QUITERIA.

BASILIO.

Quiteria infiel, un dia

Delicia y alegría
Del infeliz Basilio, ora tormento;
Un tiempo vida, hoy muerte.....

QUITERIA.

¡Oh mala venturada!

BASILIO.

¿Está contento

Tu corazon cruel? ¿tienes mas penas,
Mas agudas espinas, mas rigores
Para este siervo mísero y paciente,
Que de la edad mas tierna á ti obediente.
Amarte ciego es solo su pecado?

QUITERIA.

¡Ah zagal! ¡cuán errado

Juzgas de tu Quiteria!

BASILIO.

¡Cabe, cuitado yo, mayor miseria!

¡Cabe mas amargura!

¡Oh zagala mudable,
Tanto á los ojos bella y agradable,
Cuanto cruel y dura!

¿Qué te hizo tu Basilio? ¿qué en su triste
Pecho en tu ofensa, ¡ay enemiga! viste?

¿Es este el galardón, el premio es este
Que dispuesto le habias?

¿Es esta, infiel, la fe que le debias?

¿Y esto pudo esperar de tu fineza?

¡Oh no vista crudeza!

Yo mismo á la serpiente ponzoñosa
Que ahora me envenena, abrí mi pecho:
A una paloma mansa y simplecilla
Dí nido, y se ha tornado
Aguila sanguinosa,
Que el tierno corazon me ha devorado.

QUITERIA.

No con agravios tales
Culpes á una infeliz: tú mismo, aleve,
Tú eres la causa de tan crudos males:
Tú de las penas, sí, del pecho mio,
Tú de este ciego dolorido llanto,
Que en vano, en vano detener porfío,
¡Cuitada! ¡quién creyera
Que Basilio ultrajarme así pudiera!

BASILIO.

¡Y quién imaginara
Que Quiteria á Basilio abandonara!

QUITERIA.

Yo no te abandoné: tú ciego y loco,
Ciego de furia y loco de rezelos,
Cobarde huíste, ó despechado, cuando
Menos huir debieras,

A mí triste dejando
Sola y desamparada en ansias fieras.
Yo mísera ¿qué haría?
¿A quién me volvería?
¿Con quién pude llorar ó aconsejarme?
¿Con quién huir los ruegos y amenazas
Que continuo sufría?
¿Con qué ejemplo alentarme?
Jemir fué mi destino cual viüda
Tórtola solitaria, á quien el hado
Robó su dueño amado:
Pero jemir sin fruto. ¡Aleve! ¡aleve!
¡Qué poco á tu fineza mi amor debe!..
¡Tú me dejaste, y mi constancia acusas!..
¡Oh Basilio! ¡Basilio! tu partida
A ti eternos dolores,
Y á este infelice costará la vida.

BASILIO.

¡Ay me! de ti por pobre desdeñado,
Trocados en olvido los favores,
El dichoso Camacho preferido,
Yo de celos y angustias consumido;
En tan acerba, ignominiosa suerte
Otro medio no hallé sino la muerte.

QUITERIA.

Debieras esperar, y dar ayuda
A esta triste, que nada,
A tu lado feliz, jamás temiera,
Ni en tamañas desdichas hoy se viera.

BASILIO.

No, ingrata; yo partía
Despechado á morir; mas no quería
Darte el bárbaro triunfo
De acabar en mis ansias á tus ojos.
Un lazo, el hierro, un precipicio horrendo,
Las bocas sanguinosas
De los lobos voraces
Eran fácil camino
Para mi dulce fin: y ya en mi furia
Intentado le hubiera...

QUITERIA.

¡Ay infeliz!

BASILIO.

Si con mejor destino
No me inspirara el cielo que ahora torne
A turbar la alegría
De este horroroso, desastrado día,
Con mi mísera muerte: ante tus ojos
Me verás acabar en el momento
De tus infielés, execrables bodas.
Mi sombra pavorosa y lamentable

Turbará tu contento:
Te inquietará; traeráte al pensamiento
Tu dura ingratitud. Jamás esperes
Gozar de los placeres
Sin este amargo, que de noche y día
Te ha de aquejar, ¡ay enemiga mía!

QUITERIA.

¡Ah! ¡qué dices, cuitado!
¡Tú, mi dulce Basilio!
¡Tú acabar despechado!
¡Tú perder esa vida mas preciosa
A la infeliz Quiteria!
¡Que su inocente hijuelo
A cordera amorosa!
En aquel punto el cielo
Cerrara para siempre estos mis ojos.
Yo, yo soy la culpada;
Muera yo triste, y cesen tus enojos.

BASILIO.

No, mi bien, no, Basilio morir debe,
Pues te pierdes; y perdida,
Pesada le es, y por demás la vida.

QUITERIA.

¡Tú morir!.... vive, vive,
Vive, Basilio idolatrado; y sea
Tuya esta sin ventura, pues lo quieres.

BASILIO.

¿Qué dices? ¿qué palabra
Pronunciaste? ¿es posible
Que de mí te apiades?...

QUITERIA.

¡Oh terrible

Estremidad! o amor! ¡amor! no puedo,
No puedo mas. Basilio, alienta, alienta;
¡Ay! duélete de mí; y alienta, amado.
Mi libertad, mi corazón es tuyo:
Dispon, ordena de ellos á tu grado.
Tu voluntad, tu corazón es mio;
De su verdad y su fineza fio.
Tuya soy, toda tuya; me sujeto
Como tu fiel esposa
Por siempre á tu albedrío: busca el modo
Como esto pueda ser sin que yo falte,
Basilio mio, al paternal respeto,
Ni á la ley del recato:
¡Bárbara ley!

BASILIO.

¡Oh! pueda,

Pueda el feliz Basilio
Gozar sin fallecer tanta ventura,
Mostrarte su ternura,

¡Adorarte, servirte! ¿sueño? ¿sueño?
 ¿Oh es verdad, mi esperanza, vida mia,
 Tal bien, tanta alegría?

SANCHO.

¡Qué es esto! ¡requebrándose Quiteria
 Con un zagal á solas!...

¿Cuánto va que es Basilio?

Bueno, bueno: no asamos,

Quiteria, y ya empringamos....

Mas callar, que á hablar tornan.

QUITERIA.

¡Ay, amado! imagina

Algun término honesto

Con que pueda alentarse mi esperanza.

¡En qué extremo tan triste se halla puesto
 Nuestro amor sin ventura!

Mi padre es inflexible:

El tiempo va á acabar; Camacho apura,

¡Ay de mí! no es posible,

No, que medio haber pueda....

¿Pues dividirnos?..... en pensarlo muero.

BASILIO.

No, dulce esposa, no, mi bien: primero
 Basilio triste perderá la vida

Que de ti los alevos le separen.

Camacho no me asombra; amigos finos

Tengo y determinados.

QUITERIA.

¡Ay! no, fuerzas no quiero.

BASILIO.

Amor tiene, zagala, otros caminos.

QUITERIA.

¡Oh, cómo él nos engaña lisonjero!

ESCENA IV.

BASILIO, QUITERIA, CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

Basilio...

PETRONILA.

Hermana mia...

CAMILO.

Si mas os deteneis, es arriesgado

Que alguno os pueda ver.

PETRONILA.

Por ti venia

No sin algun cuidado

Preguntando Isabela, y aun me dijo

Que padre te buscaba; yo á la fuente

La encaminé sagaz. Vamos, Quiteria,

Que por esta vereda fácilmente

Llegar podremos antes.

QUITERIA.

¡Ay Basilio!...

BASILIO.

¡Ay Quiteria!... yo temo...

PETRONILA.

Vamos, vamos

Por aquí...

QUITERIA.

¡Oh desgraciada!

BASILIO.

¡Oh Basilio infeliz! Quiteria amada,
 Ten lástima de mí...

QUITERIA.

Téngala el cielo

De esta triste, pues ve mi desconsuelo.

ESCENA V.

BASILIO, CAMILO.

BASILIO.

¡Qué amarga division! Camilo amado,
 Mi suerte se ha trocado.

Envidia, envidia, amigo, mi alegría,

Mi gloria, mi esperanza, mi contento.

Quiteria me ama fiel: Quiteria es mia.

Dióme victoria Amor: ¡feliz tormento!

CAMILO.

¿Qué me dices? ¿ser puede?...

BASILIO.

Sí, Camilo:

Quiteria era inocente, me adoraba,

Y en mi ausencia lloraba;

Y á la dura violencia no pudiendo

Oponerse, á Camacho... de mi labio

Huya este nombre aleve.

Al fin resuelta, á resistir se atreve,

Y á premiar con su mano mi firmeza.

Yo ví cual mustia rosa su belleza

De padecer marchita; y ví sus ojos

Arder de amor, en lágrimas bañarse,

Y en mis felices brazos desmayarse;

Y luego rebosar en alegría

Al pronunciar mi nombre, y que era mia

CAMILO.

¡Oh dichoso Basilio!

BASILIO.

¡Pero triste!

¡Triste! ¡cómo á lograrla llegar puedo!

¡Ay! ¡mi ventura es poca! Ya la mano

Irá á dar á Camacho... su riqueza,
Sus amigos, Bernardo... ¡cuán tirano
El hado me fué siempre! Cede, cede,
Basilio miserable, á tu destino,
Y olvida con morir tal desatino.

CAMILO.

¿Cuál es el que te arrastra?
Zagal, ¿estás en ti? ¿de tu ventura
Tan segura, tan cerca, y tan cobarde?
¿Así de tu Quiteria la ternura
Quieres pagar? ¡oh ciego!....

BASILIO.

Camilo, yo lo estoy, no te lo niego;
Pero veo imposible
Que en tal apuro, en punto tan terrible
Término pueda haber para mi dicha.
A hacerse van las infelices bodas:
Si Quiteria resiste, ¿cómo puedo
Ayudarla? Si cede á su desdicha,
¡Ay! mi muerte....

CAMILO.

A tu lado

Para todo estaré determinado.
Mas alienta, que aun hallo de remedio
Alguna breve luz.

BASILIO.

¿Qué feliz medio
Puedes hallar, Camilo? dílo, acaba:
De tu agudeza mis venturas fio:
Piensa sagaz, discurre.... ¡Qué! ¿te ríes?
Tan corto te parece el dolor mio?

CAMILO.

El medio es tal que á risa me provoca.

BASILIO.

Dílo; y aquieta mi esperanza loca.

CAMILO.

Una vez, si te acuerdas,
A ver las grandes fiestas que se hacian
En la corte, Basilio, fuí curioso,
Y entre mil invenciones, los astutos
Ciudadanos finjieron un encanto,
Que dejara dudoso
De ser cierto á cualquiera, y temeroso
Por sus invocaciones y conjuros:
Tan bien lo remedaban.
Un májico..... mas jente... aquí seguro
No podremos hablar; ven al vecino
Bosque, y oirás el caso peregrino,
Que nos puede valer.

BASILIO.

Pues vamos, vamos;

Y Amor nos dé la dicha que buscamos.

ESCENA VI.

SANCHO.

¡Qué bien se lo han charlado!
¡Qué engaños! ¡qué marañas! sí, bien di-
[cen,
Que debajo los piés le sale al hombre
Cosa donde tropieze. ¡La taimada!
¡Qué pucheros! ¡y qué melificada!
Cierta, mujer hermosa
Loca ó presuntuosa.
¡Ah Camacho, Camacho! ¡mucho temo
Que la boda en bien pare!
Que amor todo lo vence:
Y diz que es un rapaz ese Cupido,
Artero y atrevido,
Que en nada se repara; y el deseo
Hace hermoso lo feo.
Mas, Sancho, en todo caso
A Camacho con ello: ¿soy yo acaso
Algun escuderillo como quiera?
¡Y montas, que cantárselo de coro
¡No sabré bien! Dormios,
Y ingenio no tengais: reparos fuera,
Que ese te quiere bien, que llorar te hace.
A Camacho al instante...

ESCENA VII.

DON QUIJOTE, SANCHO.

DON QUIJOTE.

Sancho, Sancho,
Ven acá: ¿cuándo, dime,
Aquel dia será que á saber llegues
Cómo debe servir un escudero?
¿Quién solo dejará su caballero,
Comó tú en la floresta me has dejado?
¿No hay mas, Don descuidado,
Que olvidarse de mí, comer y holgarse?
¿Cuándo al fiel Gandalin se vió apartarse
De su señor? Tú estás á mis mercedes,
Y el trabajo non curas.

SANCHO.

¿Soy de bronce?
¿Entre tantos afanes quién hubiera
Que la laceria escuderil sufriera,
Sin reposar en estos entervalos?

DON QUIJOTE.

Intervalos dirás.

SANCHO.

No acabaremos.

Digo que su nobleza y su señora,
 Su encantador y profesion andante
 Hacen llevar tamañas desventuras
 Contento y de su grado al caballero.
 Pero el pobre escudero,
 ¿Tiene mas que estrecheces y amargura?
 ¿Puede no ser ferido? ¿ó melecinas
 Tiene para curarse por ensalmo?
 ¿Sin comer ni dormir pasarse puede?
 ¿Vence lides, jigantes y vestiglos
 De solo á solo? ¿Reinos ó provincias
 De acá para allá gana? ¿las Infantas
 Se le rinden? ¿le cuidan las doncellas?
 En los altos palacios, ya folgando,
 Ya sus fechos contando,
 Su señor con los reyes se entretiene;
 Y él solícito y fiel entre desdichas,
 De la esperanza sola se mantiene.
 Señor, señor, diz al doliente el sano,
 Habed salud, hermano.

DON QUIJOTE.

Bien, Sancho el bueno, ponderallo sabes;
 Y á fe de Don Quijote, que de oírte
 Hé gran placer. Mas ven acá: ¿las penas
 Y menguas en que vive el caballero,
 ¿Hálas, Sancho, por dicha un escudero?
 ¿Lidia, acomete empresas desiguales?
 ¿Suda, se acuita, ó vese perseguido
 De malos hechiceros, sin dar vado
 A sus imaginados pensamientos?
 ¿Encantado se ve? ¿se ve ferido
 Cual él, ó en cosas tales
 Que al andante ejercicio van anejas?
 Sancho, mírame á mí, y á ti te mira,
 Si es que tal vez te quejas.
 Yo sudo, y tú reposas:
 Tú duermes, y yo velo:
 Mi espada vence, y los despojos ganas.
 ¿De qué encuentro ó peligro me rezelo,
 Por espantable ó desigual que sea?
 El escudero sirva y acompañe
 Fiel, callado, solícito y paciente,
 Mientras que su señor lidia y guerrea;
 Y del descanso y bienandanza goze
 Que en su casa sin él jamás habria.
 Bien como tú, pues mientras yo non curo,
 Sin atender la pública alegría,

En al que en acorrer menoscabados;
 Regocijado, suelto y bien seguro
 Comes, bebes y ríes
 Sin otros pensamientos ni cuidados.

SANCHO.

No hay camino tan llano que no tenga
 Su barranco y afan: y á veces caza
 Quien ménos amenaza:
 Y en los nidos de antaño
 No hay pájaros ogaño:
 Ni hay en nadie fiar: caza y amores
 Un gusto y mil dolores...

DON QUIJOTE.

¿Podrás, Sancho, acabar? ¿hay aventura?

SANCHO.

Mala ventura sí.

DON QUIJOTE.

¿Pues qué tenemos?

SANCHO.

Yo lo diré; que no le duelen prendas
 Al que es buen pagador, y en esta vida
 No hay bien seguro, y mucho tiempo [pide

El calar las personas: y á las veces
 Uno se busca, y otro se tropieza;
 Y do menos se piensa....

DON QUIJOTE.

Acaba, acaba;

En dos palabras, Sancho.

SANCHO.

Pues, señor, á Quiteria
 Ahora Basilio requebrando estaba.
 Yo los ví de mis ojos, que al ruido,
 Aunque estaba dormido,
 Despabilé, y quedaron
 En casarse los dos. Punto por punto
 Voy con todo á Camacho; que cabeza
 Mayor quita menor....

DON QUIJOTE.

¡Oh Sancho! ¡Sancho!

Eso no puede ser: yo no lo creo.
 Tú eres un vil, un sandio, malicioso,
 Descompuesto, ignorante,
 Mal mirado, infacundo y atrevido.
 ¡Así de las doncellas hablar osas,
 Y su recato en la presencia mia!
 Esto quédese aquí.....

SANCHO.

Si los he oído.

DON QUIJOTE.

Sueño tuyo sería,

Y sueño como tuyo, y de tu jenio
Embustero y villano. En todo caso
Yo te vedo que pienses ó imagines
En tamaña sandez contra el decoro
De la honesta Quiteria, ó que te atrevas
A revelalla. Sancho
Llaman al buen callar; sêlo tu ahora,
Que el caso es arduo entre personas tales.
Y pues yo estoy aquí, no, no rezeles
Ningun desaguisado.

SANCHO.

Hágalo Dios: y vamos que ya empiezan
Las carreras.

DON QUIJOTE.

Cuidado.

CORO III.

DE ZAGALES.

UN ZAGAL.

Celebremos la ventura,
Cantemos el fausto dia,
Que á todo el valle asegura
Su mas rico mayoral.

TODO EL CORO.

Amor, amor nos le envia.
Gozemos de sus favores;
Y entre todos los pastores
Su memoria sea inmortal.

EL ZAGAL DEL CORO.

Celebremos la ventura,
Que á todo el valle asegura
Su mas rico mayoral.

CORO I.

¡Oh qué de bienes
Contigo tienes,
Amable paz!
Baja del cielo,
Gózete el suelo,
Amable paz.

CORO II.

¡Oh qué de males
Ven los mortales,
Si huye la paz!
Todo es temores,
Iras, rencores,
Si huye la paz.

CORO I.

Por ti en el prado
Vaga el ganado,
Amable paz;
Y los pastores

Cantan de amores,
Amable paz.

CORO II.

Misero el seno,
Que de ansias lleno
Deja la paz,
Porque lloroso
Huye el reposo
De do la paz.

EL ZAGAL DEL CORO.

Celebremos la ventura,
Que á todo el valle asegura
Su mas rico mayoral.

CORO I.

¡Feliz lazada!
Afortunada,
¡Gloriosa paz!

CORO II.

Ven, que la vega
Te implora y ruega,
Gloriosa paz.

EL ZAGAL DEL CORO.

Celebremos la ventura,
Que á todo el valle asegura
Su mas rico mayoral.

TODO EL CORO.

¡Feliz lazada!
Afortunada,
¡Gloriosa paz!
Ven que la vega
Te implora y ruega,
Gloriosa paz.

EL ZAGAL DEL CORO.

Afortunada,
¡Gloriosa paz!

TODO EL CORO.

Ven, que la vega
Te implora y ruega,
Gloriosa paz.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

CAMILO, PETRONILA.

CAMILO.

No, cara Petronila, no desmayes,
Que yo esperanza tengo
De que logren un término dichoso
Los dos en sus amores.

PETRONILA.

En vano deshacerme estos temores,
Zagal, en vano intentas.

CAMILO.

¡Tan dudoso
Su estado te parece!

PETRONILA.

Dudoso no, mas sí desesperado.

CAMILO.

No, amada, no; que el medio
Que te dije.....

PETRONILA.

Escusado

Será cualquiera; y por demás discurre
En atajar un mal do no hay remedio.
El mísero Basilio de Quiteria
La mano perderá.

CAMILO.

Pues si la pierde,

Dale por acabado en su miseria.
Tú sabes cuál la adora;
Mas despues que se vieron, tal se aflije,
Tal-desvaría, se lastima y llora,
Tenaz en su furor, que en vano, en vano
Ha de ser persuadirle sin la mano
De su amada Quiteria, ya del ruego,
Ya del rigor te valgas.

PETRONILA.

Pero dime:

¿Al instante no van á ser las bodas?
¿No están ya juntas las personas todas
Para la gran comida
Que celebrarlas debe?
¿Muchos no son, dispuestos y animosos,
Los parientes y amigos de Camacho?
¿Y él mismo por unirse á su querida
No pugna de amor ciego?
¿Petronila infeliz! ¡qué en vano alientas!
¿Y en tantas ansias engañarte intentas!

CAMILO.

Todo, amada, es verdad; no te lo niego.

PETRONILA.

Quiteria es recatada y temerosa:
Basilio desdichado cuanto pobre:
Imposible el empeño, y poderosa
La parte que lidiamos.
¡Oh Camilo! ¡qué en vano nos cansamos!

CAMILO.

No, no ha de ser en vano, que este medio
Llevarnos puede á un término felice.
Él es ocasionado: mas la empresa

VI.

No lo es menos; y siempre
Son en los graves daños
Los remedios difíciles y estraños.
Alienta, Petronila, alienta, amada,
Que tú feliz, Quiteria afortunada,
Seréis á un tiempo mismo.

PETRONILA.

¡Ay! ¿yo, Camilo?....

CAMILO.

Tú, Petronila; mas el tiempo vuela.
Vé, vé, y de nuevo cuidadosa ensaya
Tu tímida Quiteria, y con un velo
Tráela cubierta aquí dentro de un rato:
Que esto es preciso hacer, cual ya te dije,
Para el ardid que desvelado trato.

PETRONILA.

¡Oh cómo temo!...

CAMILO.

Por demás se aflije

Ciego en su amor tu corazon cobarde,
Mas Basilio.... vé pues, que se hace tarde.

ESCENA II.

BASILIO, CAMILO.

BASILIO.

Aquí manda Camilo que lo espere:
Yo le obedezco fiel... mas él es ido...
Tarde, tarde he venido.
La ocasion se perdió..... yo no le veo.....
¡Oh cuán en balde anhela mi deseo,
Cuando contino el crudo amor me clama
Que mi solo remedio es ya la muerte!
Yo moriré; mi lamentable suerte
Será ejemplo y memoria á los pastores...
¡Ay Camilo! ¿qué nuevas?

CAMILO.

Avisado

Está ya Don Quijote, cual te dije;
Y su auxilio en tu nombre demandado
Con lastimera voz: él aquí debe
Llegar en un momento.
Esfuérzate, Basilio, y á sus plantas
Rendido, con humilde sentimiento,
Con tono triste y ademan quejoso,
Elora, suspira, jime, y ansias tantas
Díle, que le enternezcas.

BASILIO.

¡Qué dudoso,

Dulce Camilo, tu precepto sigo!
Yo no quiero, no quiero de estas artes,

Ni de engaños valerme....

CAMILO.

Pues Quiteria

De Camacho será.

BASILIO.

¡ Ay sin ventura!

¡ Cruel estremidad!

CAMILO.

El tiempo apura;

En nada, en nada dudes, ni te apartes
De mis avisos, si en mi ingenio fias,
Y el dulce premio anhelas.

BASILIO.

¡ Qué aun porfias,

Zagal, en tan estraño desvarío!

¡ Ah! deja al dolor mio

De una vez acabar: todo remedio

Inútil ha de ser.... ¡ Que con un loco

Quieres darme salud, Camilo amado!

¡ Te lo parezco en mis desdichas poco!

CAMILO.

¿ Pues qué? Si así no fuera,

¿ Ayudarnos pudiera?

Él es determinado, y con respeto

Todos aquí le miran:

Ninguno su flaqueza ha conocido:

Es cortés, es discreto y comedido;

Y ó mi ingenio me engaña,

O tú has de haber por su locura estraña
Remedio en tu locura.

BASILIO.

¿ Tu amistad, fiel Camilo, lo asegura?

Yo te obedeceré: ni un solo punto

Saldré de tú querer. ¡ Oh malhadado!

¡ Que estoy viendo la muerte,

Y aun la esperanza por salud anhela,

Y en desvaríos tales se consuela!

CAMILO.

Véle allí venir ya: tu desventura,

Si encarecerse puede,

Encarécela, y llega con respeto.

BASILIO.

Yo llegaré; mas tiene tan sujeto

Mi labio amor, que apenas me concede,

¡ Oh triste! suspirar en mi miseria.

¡ Ah, si á perderte llego, el hierro agudo

Solo, bella Quiteria,

Podrá aliviarme en un dolor tan crudo!

ESCENA III.

BASILIO, CAMILO, DON QUIJOTE, SANCHE,
CAMILO.

Llegad, llegad, ilustre Don Quijote,

Luz del valor y la virtud, sustento

De los tristes y míseros, amparo

De los que poco pueden:

Vos sois aquel á cuyo esfuerzo raro

La palma de valiente todos ceden:

Aquel á quien los cielos

Padre de desvalidos constituyen,

Para acallar sus lastimados duelos:

Flor de los caballeros olorosa,

Del pundonor en el verjel cojida.

Llegad; y con piadosa

Blanda mano acorred este cuitado,

Cuya infelice y amorosa vida

Sin vos acabará.

DON QUIJOTE.

Cortés Camilo,

Los loores que has dado

A mi persona, propios

Solo á mi profesion, yo te agradezco;

Y con firme propósito me ofrezco

De todo mi talante á remedialle.

CAMILO.

Así él lo espera, y su socorro libra

En vuestra gran bondad y brazo fuerte.

DON QUIJOTE.

Yo le haré salvo de la misma muerte.

Cuéntenos su dolor, y á cargo mio

Déjese lo demás.

BASILIO.

Es tan aguda,

Tan terrible mi pena,

Que de todo remedio el alma duda.

Señor, un infeliz á vuestras plantas

Os demanda besándolas rendido,

Lo que á tantos habedes concedido.

Amparadme, amparadme....

DON QUIJOTE.

Alzad del suelo,

Y decid reposado vuestro duelo,

Acuitado zagal.

SANCHE.

¡ Por vida mia,

Que es como un brinco de oro; y qué

Estoy ya de escuchalle!

DON QUIJOTE.

Sancho, calla.

BASILIO.

Manera el labio de empezar no halla
En tanta desventura.

Amor, ingratitud, pobreza dura
Mis enemigos son; y ya rendido
Fallece el corazón sin esperanza.

De mi dulce Quiteria la mudanza
Causa tan grave mal: yo la servía
Desde que vió la luz el primer día
De su vida dichosa.

¡Oh, nunca fuera, nunca tan hermosa!

Yo soy Basilio el pobre, y á su lado

Desde niño criado,

Mirándola ¿pudiera no querella?

¡Ay! no: yo la adoré, y ella á mi ruego

Correspondió cortés; y el Amor luego

Nos echó cariñoso su lazada,

La fe sellando por los dos jurada.

Siete abriles así firmes vivimos,

Gozando embebecidos mil ternuras;

Mas Camacho por rico ya me quita

Mi amada palomita.

¡Ay infeliz Basilio! Yo celoso,

Y en mi dolor atónito y furioso,

Corrí á los montes; y en la cruda muerte

Remedio buscar quise

A mi deshecha deplorable suerte.

De un alto precipicio iba á lanzarme:

Y una voz imperiosa de repente

Me dice: tente, tente.

Torno la vista; y á mi lado veo

Un venerable y reposado anciano,

Luengo el cabello y cano,

La barba prolongada á la cintura,

Y de una negra túnica vestido.

Con un baston nudoso

Que en la diestra traía,

El suelo hirió, y estremeciése el suelo.

Yo lleno de pavor y de rezelo,

Ni á mirarle asombrado me atrevía;

Mas él con blanda voz y faz serena,

Vuelve, dijo, Basilio, á la alquería,

Que yo vengo á librarte de la muerte.

Allí hallarás para acorrerte á un fiero,

A un soberbio leon, con cuyo amparo

Quiteria será tuya, mas la suerte

Luego declinará; y además caro

El bien te costará, si no repara

Algun sabio tu amarga desventura,

Que al punto morirás: así los cielos

Premiando con su mano tu ternura,

Castigarán con muerte tus recelos.

DON QUIJOTE.

¡Estraño caso!

SANCHO.

En escuchallo solo

Temblando estoy: ¡oh, qué vision tan fea!

Para mirada á solas!.....

BASILIO.

Yo obediente me vuelvo á la alquería,

Y hállola envuelta toda en alegría

Por esta boda infausta. ¡Ay infelice!

Yo moriré, yo moriré: no huyo

La muerte, no: mis lastimeros hados

Con esto cesarán, mas antes quiero,

Que pues por ella y de adorarla muero,

Me dé su mano mi Quiteria amada.

Con este leve bien no ya angustiada.

El alma partirá, ni congojoso

El último suspiro podrá serme.

Acabe, acabe de Quiteria esposo,

Pues que debe acabar este cuitado.

Yo á Camacho no estorbo la ventura:

Goze en buena hora, goze su hermosura,

Pues así plugo riguroso al cielo;

Y lleve yo en mi fin este consuelo.

Camilo y mis amigos

Su voluntad solícitos ganaron;

Y ella compadecida á tal fineza,

Sufre por un instante de ser mia.

Mas yo recelo, que en mi suerte impía,

Camacho me lo estorbe: su riqueza,

Sus amigos, sus deudos

Contra mí se armarán: á vos os toca

Ampararme, señor: vos sois el fuerte,

Bravo leon que el adivino dijo:

Vos sois mi apoyo y mi sustento; humilde

A vos me acojo; no dejeis que jima

Un triste á vuestras plantas sin consuelo,

Ni que el poder á la humildad oprima.

DON QUIJOTE.

Alzad, alzad del suelo,

Desdeñado zagal; y en mi animoso

Espíritu librad vuestra justicia.

BASILIO.

Hágaos por siempre el cielo venturoso.

DON QUIJOTE.

Yo soy mucho á Camacho agradecido

Por el buen hospedaje y agasajo;

Aunque esto al caballero hacerse deba,

Que en pro comun al áspero trabajo
De las armas se ofrece; empero nunca,
Nunca consentiré que la malicia
A la inocencia denostar se atreva,
Ni al puro amor. ¿Qué va á perder Ca-
[macho
En haceros feliz un solo instante?
Presupuesto que debe todo andante
A los menoscabados dar ayuda,
Y ahuyentar de do asista
La violenta opresion; ya con la mano
Contad, Basilio el pobre, de Quiteria;
¡Y ojalá el adivino
En la vuestra miseria
A acorreros viniese! Pero nada
Faré por vos á ley de caballero,
Si Quiteria primero
Con libre voluntad á ello no asiente
En la presencia mia.

CAMILO.

Mi verdad os la fia.

DON QUIJOTE.

Esto non basta, non.

CAMILO.

Pues á traerla

Yo me ofrezco ante vos.

DON QUIJOTE.

Id al instante,

Y non cureis en al.

ESCENA IV.

SANCHO.

Señor, dejallos

Ha de ser lo mejor: ¿y quién nos mete

En unir voluntades, ni á Basilio

En quererse tan mal? Allá las haya

Con su gusto en buen hora;

Y case ó no con esa su pastora.

DON QUIJOTE.

¿Qué entiendes, Sancho el necio, de

[aventuras?

SANCHO.

Temo no por nosotros hoy se cuente,

Que do cazar pensamos,

Cazados nos quedamos.

ESCENA V.

DON QUIJOTE, SANCHO, BASILIO, CAMILO,
PETRONILA, QUITERIA.

CAMILO.

Angustiada Quiteria, aliente, aliente

Tu lastimado corazon: y llega
Ante el gran Don Quijote,
Que vado sabrá hallar á tu cüita.
Aquí le tienes, su piedad implora,
Jime, suspira, llora
Compasiva á sus piés. Y vos, famoso
Ilustre caballero, en valentía
Sin par y en jenerosa bizzarria,
No negueis el valor de vuestro brazo
A dos tiernos y míseros amantes,
Que se adoran constantes.

DON QUIJOTE.

Alzad, alzad del suelo,

Fermosa lastimada, y non hayades

Empacho en mi presencia,

Que yo sé bien de amor por esperiencia.

Mas decidme: ¿queredes vos, pastora,

La vuestra mano dar en esta hora

Al infeliz Basilio? ¿él os violenta?

¿Convenís de buen grado

En el don demandado?

¿O solo por ceder á su porfía?

PETRONILA.

Su estremada vergüenza y cortesía

La lengua le embarazan;

Mas yo por ella humildemente os ruego,

Que la ampareis, señor: ella se aviene

En dar esta postrera

Prueba de su cariño al sin ventura:

Por Quiteria su hermana lo asegura.

No hagais, no, que el poder se lo embaraze;

Y el mezquino Basilio muera al menos

Con este bien, pues este bien le place.

CAMILO.

¡Ay infeliz zagal!

BASILIO.

Si dicha tanta

Logro, no lo seré.....

DON QUIJOTE.

Muy bien parece

La honestidad, zagala, en las fermosas,

Cual joya inestimable que ennoblece

Su nativo valor; empero nunca

Ser debe en demasía,

Menguando la discreta cortesía.

Ni es usanza además que una doncella,

Por muy jentil, apuesta y recatada,

Haya de estar, cual vos lo estais, velada

Ante el su caballero, al tiempo mismo

Que trata en su cüita defendella.

Alze pues, alze el velo

La angustiada Quiteria, y de su hermosa
Vista no nos defraude vergonzosa;
Que por mí queda el acallar su duelo.
Y diga, ¿si consiente en que yo tome
Sobre mí su defensa? ¿y si á Basilio
Se entrega de su grado?

QUITERIA.

¡Ay señor! escusado
El decíroslo es: el dolor mio,
Mi confusion, mis lágrimas, mis ansias.
Lo publican bastante.

SANCHO.

¡Santo Dios! ¡qué semblante!
¡Qué belleza! ¡qué brio!
Pardiez que en solo vella, no soy mio.
Un reino vale lo que encima lleva.
¡Qué arracadas! ¡qué sartas! ¡qué corales!
Pues tomadme las manos, adornadas
De anillos de oro y perlas orientales:
O los luengos cabellos,
Que á mi fe tiene el sol envidia de ellos.
No sino ved su talle y jentileza,
Y no la compareis con una palma
Que cargada de dátiles se mece;
Que á mí tal con los dijes me parece.
Juro, juro en mi alma...

DON QUIJOTE.

Sancho, ¿habrás de callar?

QUITERIA.

Señor, doleos

Del infeliz Basilio, de esta triste
Que está llorando á vuestros piés rendida.
Mi desdicha mirad, mi edad florida,
Mi inocencia, mi amor, el don tan leve
Que oprimidos y humildes os pedimos.
Él por mí morir debe,
¿Y yo mi mano le negara dura,
Muy mas que dura roca?
¡Ay de mí!... no; yo quiero
Cuanto él puede querer; de su albedrío
Un leve punto no se aparta el mio.
¡Ay Basilio infeliz!... ¡ay desdichada!

BASILIO.

¡Ay Quiteria adorada!

DON QUIJOTE.

Llevadlos, buen Camilo, que me acuitan
El corazon sus lastimadas penas;
Y dejad lo demás á cuenta mia.

BASILIO.

Viva tanto valor y cortesía.

CAMILO.

El cielo, caballero jeneroso,
Te haga en tus lides siempre venturoso.

PETRONILA.

Dete el amor cuanto tu fe desea:
Vamos, hermana, vamos...

DON QUIJOTE.

¡O ingrata, incomparable Dulcinea,
Si así en los pechos rústicos él hiere,
Qué el sandio sentirá que por vos muere!

ESCENA VI.

DON QUIJOTE, SANCHO.

SANCHO.

¿Podrá ya Sancho hablar?

DON QUIJOTE.

Dí lo que quieras,
Pero breve y al caso.

SANCHO.

Pues, señor, ¿quién nos mete en sus amores?
¿O en hacer usos nuevos?
¿Ni por qué la zagala así se aflije?
Quien bien ha, y mal escoje,
Por muy mal que le venga, no se enoje.
Ella tiene á Camacho;
Déjese de Basilio. Habilidades
Que vendibles no son, no valen nada;
Y el bien no es conocido
Hasta que es ya perdido:
Dios bendijo la paz: coja en buena hora
Basilio otra pastora,
Que mil encontrará que bien le quieran

DON QUIJOTE.

¿Y sufriré, si en mi valor esperan,
Que el poder los oprima,
Y acüitada á mis piés Quiteria jima?
¡Oh! tú de amor non sabes: yo ferido
De sus flechas estoy; y ayudar debo
A los amantes fieles. ¡Ay señora!
¡Ay alta y encantada fermosura!...

SANCHO.

Mire, señor, no cara la aventura
Nos cueste, que Camacho es poderoso:
De juro han sus parciales de ayudalle:
Nosotros somos solos: nadie puede
Saber lo porvenir...

DON QUIJOTE.

¿Y qué? no basta
¿Para todos mi aliento?

SANCHO.

¿Y así quereis pagalle
El buen acojimiento?

DON QUIJOTE.

Yo ingrato no le soy, porque le prive
Por un mínimo instante de Quiteria,
Mientras muere Basilio mal ferido.

SANCHO.

¿Pues los habeis creido?
Para mí no: que la mitad del año
Con arte y con engaño;
Y luego la otra parte
Con engaño y con arte...

DON QUIJOTE.

¿Qué imagines tamaño desvarío!
¿Así ante mí denuestras,
Traidor, á una doncella? ¿puede darse
Mas sencilla intencion en los cuitados?
Miren lo que demandan...

ESCENA VII.

DON QUIJOTE, SANCHO, UN PASTOR.

PASTOR.

A brindarse
Va, señor, por los novios; y allegados
Todos los convidados,
Solo á vos os aguardan...

DON QUIJOTE.

Al momento.
Zagal, te sigo. Sancho, á Rocinante
No me le olvides.

SANCHO.

Le veré al instante.

ESCENA VIII.

DON QUIJOTE.

Gracias vos rindo, soberanos cielos,
Que de mis claros fechos la noticia
Habedes por el mundo así estendido,
Haciendo mi valor aun conocido
De los rudos selváticos pastores.
Gracias os rindo cada vez mayores;
Y en tamaña merced de nuevo juro
Ser, como bueno, valedor y amparo
De míseros opresos. Y vos, alta
Emperatriz, dechado de hermosura,
Acorred, ¡oh señora! en la aventura
Que acomete por vos, á este cautivo,

Pues mi pecho alentais, y por vos vivo.
No afinueis mi esperar con crudo fecho:
Que si vos me acorreis, mi brazo fuerte
Sabrá estender vuestra sin par belleza
A pesar del olvido y de la muerte,
De do el sol muere, á do nacer empieza.

CORO IV.

DE ZAGALES Y ZAGALAS.

TODO EL CORO.

Amor poderoso,
Los votos recibe
De un pueblo gozoso
Que solo en ti vive.
Pueblo afortunado,
Pues de ti le viene
Su feliz estado,
Todo el bien que tiene.
En tan fausto dia
Recibe los votos,
Que alegre te envía
Entre himnos devotos.

UNA ZAGALA.

¡Ay! sus favores
Temed, pastores;
Porque el Amor
Es un traidor, es un traidor.

TODO EL CORO.

No, Amor, tú no eres
Traidor, ni engañoso,
Sino el delicioso
Dios de los placeres;
Ni crian dolores
Las süaves llamas
Con que el pecho inflamas
De tus servidores.
Ni cuando los prendes
En tus redes de oro,
Con amargo lloro
Sus ojos ofendes.

UNA ZAGALA.

¡Ay! sus favores
Temed, pastores;
Porque el Amor
Es un traidor, es un traidor.

TODO EL CORO.

No es traidor, es blando,
Fácil, compasivo,
Contino burlando,

Travieso y festivo.
 Él da al valle flores:
 Las selvas enrama,
 Y en dulces ardores
 Las aves inflama.
 No hay dicha en el suelo,
 Si en ella no entiende.
 Hasta el alto cielo
 Su imperio se estiende.

UNA ZAGALA.

¡ Ay ! sus favores
 Temed , pastores ;
 Porque el Amor
 Es un traidor , es un traidor.

TODO EL CORO.

¿ Quién dirá los bienes
 Y alegres cuidados ,
 ¡ Oh Amor ! que guardados
 A tus siervos tienes ?
 ¿ Quién del fino esposo
 Dirá la ventura ?
 ¿ La amable ternura
 De su dueño hermoso ?
 Quien traidor te llama ,
 Tus dichas no sabe ;
 Solo aquel te alabe ,
 Que goza tu llama.

UNA ZAGALA.

¡ Ay ! sus favores
 Temed , pastores ;
 Porque el Amor
 Es un traidor , es un traidor.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

CAMACHO, QUITERIA, BERNARDO, PETRONILA, DON QUIJOTE, SANCHO, Y NUMERO DE CONVIDADOS.

Todos en un teatro enramado para ver las danzas.

Danza primera de zagales, cantando el coro en los intermedios.

CORO I.

LLEGA, goza del premio
 De tu llama amorosa,
 Tierno esposo, en el gremio
 De tu Quiteria hermosa.

CORO II.

Y tú, zagala, el fruto
 Coje de tu belleza,
 Acetando el tributo
 De su amor y riqueza.

ZAGALES VITOREANDO.

Viva el feliz esposo
 Con Quiteria la bella.

OTROS.

Él á la par de rico, venturoso,
 Y cuanto hermosa, afortunada ella.

ESCENA II.

Danza segunda de doncellas, guiadas por un anciano y una matrona; y trayendo una guirnalda en un canastillo de flores.

CORO I.

Zagalas y pastores,
 Venid, venid, á vellos.

CORO II.

Pues cantais sus amores,
 Tomad licion en ellos.

LOS DOS COROS.

Venid, venid á vellos:
 Tomad licion en ellos.

Los zagales de la primera danza bailan mezclados con las doncellas.

CORO I.

Cual azucena bella
 Pagar los besos sabe
 Del céfiro süave,

CORO II.

La cándida doncella
 Dé al esposo querido
 El premio merecido.

CORO I.

Cual clavel oloroso
 Mas lozano se torna,
 Si un bello seno adorna;

CORO II.

Tal el feliz esposo
 En su cuello nevado
 Brillara reclinado.

LOS DOS COROS.

Denle, denle los cielos
 Sus dones á porfía;
 Y un enjambre de hijuelos
 Que colmen su alegría.
 Roban los zagales la guirnalda, y con ella coronan á Quiteria.

ZAGALES VITOREANDO.

Viva, viva Quiteria y su hermosura.

CTROS.

Viva su honestidad y su ventura.

ESCENA III.

BASILIO, LOS DICHOS.

CAMACHO.

¿A qué, Quiteria, suspender mas tiempo
Mi anhelada ventura? premia, premia
Con tu mano mi ardor, prémialo, amada.

QUITERIA.

¡Petronila....! ¡ay cuitado!
Él no viene.... ¡qué trance!

CAMACHO.

Dame la mano bella: alcance, alcance
Mi fineza este bien, querida esposa.

BERNARDO.

No mas se lo dilates, mi Quiteria...

BASILIO.

*Coronado de ciprés y con un baston en la
mano, empezando ya las jentes á bajar
del tablado.*

Jente inconsiderada y presurosa,
Parad, parad, y oid á este infelice
En el último punto de su vida...

Hincando denodado el baston en el suelo.

Y tú, Quiteria infiel, tú, fementida,
Tú, inhumana, á quien dieron
Leche las fieras crudas;
Tú, á quien los cielos por mi mal hicieron
Bella cuanto liviana; atiende, aleve,
En mi hora postrimera y dolorosa,
Y séme al menos en el fin piadosa.

Tú sabes lo que debe
Tu despiadado corazon al mio:
Tú sabes que ligado el albedrío
Ya en la niñez mas tierna, no te es dado
El vinculo sagrado
Romper, ni dar la mano al venturoso
Cuanto rico Camacho... ¡Ingrata! ¡in-

[grata!

Yo solo soy tu esposo,
Y tú solo eres mia.

¡Oh cielos, pues mirais su alevosía,
Por qué no confundis á la perjura!
¡Oh, mal haya, mal haya tu hermosura!
¡Mal haya amor y mi esperanza ciega,
Y el tiempo en adorarte malgastado!.....

Yo me abraso.... me abraso.... ya enojosa
La vida le es al infeliz Basilio:

La vida en otro tiempo tan gustosa,
Cuando, tú, infiel, llorando le decias
Que su esposa serias.

¡Oh, no vista traicion! ¡cruda pobreza!
Por ella moriré: por su riqueza

Camacho te me roba. Goze, goze

Feliz de tu hermosura,
Mientras Basilio acaba en muerte dura...

Pero, ¡infel! ¡inhumana! no, no esperes
De contento gozar desde este dia.

Mi crudo fin, mi caso lamentable

Tus verdugos serán: mi sombra fria

Te seguirá, te acosará espantable

Culpando tu maldad.... ¡Oh desgraciado!

¡Oh mísero Basilio....! muere.... muere....

Así, Quiteria, este infeliz te quiere.

*Arrójase sobre el baston, y queda como
traspasado y bañado en sangre.*

DON QUIJOTE, BERNARDO.

¡Estraña desventura!

QUITERIA.

¡Ay infelice!

¡Yo le maté, y aun vivo!... ¡ay Petronila!

PETRONILA.

¡Ay hermana!... ¡ay Camacho!

CAMACHO.

¡Qué es esto, amor!... ¡ay!

SANCHO.

Los ojos se me arrasan.

¡Pobre zagal! á fe que no mentia.

*Llegan á socorrer á Basilio Don Quijote,
Sancho, Petronila y algunos de sus amigos.*

BASILIO.

¡Ay!... ¡ay Quiteria mia!...

Yo muero.... sí... ¡tu esposo....

Quién fuera en este punto!... ¡qué alivia-

Muriera! ¡qué go...zoso!

Mano... feliz! ¡quién con la suya... ahora...

Estrecharte... pudiese! ¡infel!... pastora!...

No...pue...do respirar... ¡ay!... ¡si llevara...

Este... bien tu Basilio...! ¡qué fa...tiga!...

¡Oh... si ora fuese... tuyo! ¡ay enemiga!...

DON QUIJOTE.

Déjate de tamaño desvarío,

Y cura en tu salud, pidiendo al cielo

De tu yerro perdon.

LOS ZAGALES AMIGOS DE BASILIO.

Quiteria, dale

Este alivio á lo menos, pues le matas :
Dale, dale la mano.

CAMACHO.

Yo no puedo

En ello convenir, ni en este trance
Él lo debe querer.

DON QUIJOTE.

¿Por qué tan duro,
Buen Camacho, seréis con la recuesta
De un tan liviano don? ¿ó mas honrado
Con Quiteria os habréis por recibilla
Del anciano Bernardo, que viüda
Del valeroso á quien habeis llevado
Al trance de la muerte? No, no sea
Tal por vos fecho, ó quede en su deseo
Menoscabado el triste, pues no embarga,
Zagal, vuestra ventura; y lo que pide
Es justo y hacedero.

Decir sí, y arrojar el postrimero
Aliento, ha de ser uno. De estas bodas
El lecho es el sepulcro....

LOS ZAGALES AMIGOS.

Ceded, ceded á nuestro ruego.

CAMACHO.

En vano,

En vano os fatigais.

DON QUIJOTE.

Pues qué ¿liviano

Será mi demandar? ¿ó así conmigo,
Camacho, vos habedes?...

BASILIO.

¡Ay-me triste!... ¡traidora!...
¡Qué angustias!... qué ansias siento!...
Ya se acaba... el... aliento...
¡Dame!... tu mano... ¡infel!... ¡dolor... agu-
[do!...

DON QUIJOTE.

¡Qué os hayades tan crudo!
No, Camacho gentil; dad á Quiteria
Permiso para hacello:
Y vos, bella acuitada,
No hayais á mengua, no, pagar el firme
Amor del infeliz: llegad á velle,
Si podeis pavorido conocelle
En tan menguado doloroso trance.
Alcanze pues, en su despecho alcanze
Tan triste premio su sin par fineza.
Ea, llegad, llegad: tanta braveza
Non vos dice bien, non...

LOS ZAGALES AMIGOS.

Quiteria hermosa,

Ceded, y con el triste sed piadosa.

CAMACHO.

Hazlo, si de ello gustas.

BERNARDO.

No le niegues,
Hija, tan leve bien: hazlo, querida.
Yo te lo mando, yo; y al punto sea,
Que se le va la vida.

QUITERIA.

¡Ay mísera!... Basilio...

Triste Basilio...

BASILIO.

¡Ay me...!... ¡Quiteria...!...
¡Cruel!... acaba... acaba...
De quitarme esta vida... Tú me fuiste...
Siempre mortal... ¿qué viste...
¡Ay!... en mí... para tantas desventuras?..

SANCHO.

Déjese de ternuras;
Que mas parece que en la lengua tiene,
Que en los dientes el alma: mal se aviene
Hablar tanto de amores,
Con estar acabando.

QUITERIA.

Tus dolores

Templa, Basilio mio, con mi mano.
Aquí está tu Quiteria sin ventura.
Tuya soy, toda tuya, ya inhumano
El cielo te me robe, ya dolido
De mis ansias y lágrimas te salve.
Tu esposa soy: mi fe te lo asegura.
Basilio....

BASILIO.

¡Ay! ¡ay!... ¡Quiteria!...
¡Feliz, feliz... mil... veces mi... miseria!...
Tuyo soy... tú mi esposa... qué...ale...gría!..
No puedo... res...pirar... tu esposo...tuyo...
Tuyo... soy... alma mia...

QUITERIA.

Vive, vive,
Vive, Basilio amado; y venturosa
Haz con tu vida á tu angustiada esposa.

ESCENA IV.

CAMILO DE MAJICO, Y LOS DICHOS.

UNOS.

¡Qué asombro!

OTROS

¡Qué vision!

DON QUIJOTE.

¡El mago es este!

MAJICO.

El cielo favorable te recibe,
 Quiteria, ese deseo; y me ha ordenado
 Que á darle venga presta medicina.
 Yo soy el sabio Alberto, á quien se inclina
 Cielo, tierra y abismo tenebroso..
 El que puede tornar ensangrentado
 El claro sol, y escurecer la luna
 Parándola en su curso presuroso.
 A mi raro saber dolencia alguna
 Se resiste. Basilio... ¿me conoces?
 Basilio...

BASILIO.

¡Ay! ¡ay!... ¿qué voces
 Son estas?... Sabio amigo...

MAJICO.

A darte vengo
 La vida en premio de tu amor: levanta.

BASILIO.

*Curado de repente y sin la vestidura lúgubre,
 de galano pastor.*

¡Ah! deja que tu planta
 Bese humilde...

QUITERIA.

¿Basilio, vives, vives?

¡Oh felice Quiteria! Yo soy tuya:
 De nuevo lo prometo.

ALGUNOS.

¡Caso extraño!

DON QUIJOTE.

¡Inaudito portento!

CAMACHO.

¡Fiero engaño!

¡Traidor! ¡falso traidor! infamia tanta
 Tu sangre lavará... muera el aleve.

UNOS.

Muera, muera Basilio.

OTROS.

Viva, viva.

CAMACHO Y LOS SUYOS.

Muera, muera el traidor.

DON QUIJOTE.

Ténganse todos,
 Envainen todos; y óiganme, si quieren
 Quedar con vida.

SANCHO.

A las tinajas, Sancho,
 Que es sagrado; y al duelo diz que huillo.
Corre á guarecerse entre ellas.

DON QUIJOTE.

Y pues salud el cielo favorable
 Le dió, nadie sea osado
 A tocalle ante mí, ni á sus decretos
 El hombre ciego contrastar se atreva.
 Goze, goze Basilio
 De su hermosa Quiteria luengos años;
 Y el buen Camacho su cuadrilla quiete
 Sandia y desalumbrada,
 O verála en un punto aniquilada.
 Y si soberbio y temerario alguno
 Osa no obedecer, por esta lanza
 Pase, pase primero.
 ¡A este vuestro cautivo caballero
 Acorred, ó señora!...

MAJICO.

Escuchad todos

Lo que el cielo me inspira
 Por vuestra paz sin duda; y quien un
 [punto

Lo osare repugnar, en aquel mismo
 Se verá confundido. Con su amada
 Basilio vivirá en afortunada
 Prolongada vejez: quien lo estorbare,
 Sus iras sentirá. Mas tú, ¡oh Camacho!
 No habrás menores dichas, si ya sabes
 Seguir por do te llama la ventura.

¡Ah! ¡con cuánta ternura
 Te adora alguna que me atiende! ¡oh
 [ciego!

¡Que no adviertes sus ansias y su fuego!
 ¡Qué gozos! ¡qué delicias á su lado
 Cierto te guarda y favorable el hado!

*Retírase tan prestamente, que parezca des-
 aparecerse.*

PETRONILA.

¡Ay triste! ¡ay sin ventura!
 ¡Mi amor se descubrió!

CAMACHO.

¡Qué es lo que he oído!

¡Tú, Petronila!... ¡confusion estraña!
 Adorada Quiteria, me ofendia:
 Y su hermana ultrajada, así me adora.
 ¿Qué debo hacer?... mucho en el trueque
 [gano.

Si logro hacerla mia
 Perdonado mi error, Bernardo, padre,
 Interceded por mí, dadme su mano.

BERNARDO.

¡Oh dichosa vejez!

No ingrato, es,
Tenga este lev

Mi ceguedad disculpa acunada,
Y vive, Petronila, afortunada,
Para que yo te sirva.

PETRONILA.

Mi ventura
Será hacerte feliz, zagal amado.

BASILIO.

Perdonad á un amapte despechado,
Cuanto fino y leal, pues todo ha sido
Industria del amor: él ha sabido
Finjir mi herida, y disponer la sangre
De arte en este cañon, que pareciese
Ser verdadera, y ordenó el encanto,
Y trazó que Camilo el mago hiciese;
Y á vuestros piés....

QUITERIA.

Quiteria desdichada...

CAMACHO.

Todo se olvide; y á mis brazos llega.

PETRONILA.

¡Ay Quiteria!

QUITERIA.

¡Ay amada!

¡Tú le adorabas! ¡qué felices somos!

BERNARDO.

¡O cielos! cuánto bien en solo un día!

CAMACHO.

Siga pues de la fiesta la alegría;
Cantando todos la sin par terneza
De la zagala mia,
Y de su hermana bella la fineza.

DE ZAGALES Y ZAGALAS.

TODO EL CORO.

Y gozad, gozad ciegos
Entre honestas caricias
De sus plácidos fuegos,
De sus tiernas delicias.

CORO DE ZAGALES.

Gozad; y las lazadas
Que os unen, siempre sean
De rosas, ni se vean
Del crudo tiempo ajadas.

CORO DE ZAGALAS.

Cual álamo frondoso
Florece en prado ameno,
Así amor deleitoso
Florezca en vuestro seno.

CORO DE ZAGALES.

Cual las purpúreas rosas
Reinan entre las flores,
Zagalejas hermosas,
Reinad en los pastores.

CORO DE ZAGALAS.

Cual vuelve á los mortales
El rubio sol el día,
Sed, felices zagales,
Del valle la alegría.

TODO EL CORO.

Y gozad, gozad ciegos
Entre honestas caricias
De mil plácidos fuegos,
De mil tiernas delicias.

ODA I.

LA VISION DE AMOR.

Por un prado florido
Iba yo en compañía
De la zagala mia
Ocioso y distraido,
Do suelta el alma de pasiones graves
Con mi fácil rabel seguir curaba
Del viento el silbo, el trino de las aves,
O el *bé* que á mis corderas escuchaba;
Y en gozo rebosaba
Mi infantil pecho; que á un zagal divierte
Cuanto en los campos de gracioso advierte.

Cuando en faz placentera,
Cuanto en bullir donosa,
Vi á una doncella hermosa,
Que nunca visto hubiera.
La Musa, dijo, soy de los amores:
Nada, simple zagal, nada rezeles;
Y pues ves en suavísimos ardores
Los hombres y aves, brutos y verjeles,
No cantes ya cual sueles
Esa rusticidad de la natura,
Que bien mayor mi númen te asegura.

Dócil oye mis voces:
Sigue el comun ejemplo,
Ven de Vénus al templo,
Ven con plantas veloces;
Que allí es paz todo y célicas delicias.
Sobre el ara feliz tu blando seno,
Cual rosa virjinal que á las caricias
Se abre alegre del céfiro sereno,
De otros encantos lleno,
La vivaz llama del placer aspire,
Y de amor solo tu rabel suspire.

Dí en él de tu zagala
La esplendente belleza,
Su noble jentileza,

Su enhiesto cuello y gala
La luz divina de sus ojos bellos,
Su dulce hablar y anjelical agrado
Estro den á tu voz, y suenen ellos
Y su nombre por todos celebrado
De rosas coronado,
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido
Brazo con brazo á tu zagala asido.

En estos frescos valles
El ánimo se encanta:
Corra feliz tu planta
Sus deliciosas calles,
Que aquí alzó Vénus su dichoso imperio.
Vé allí nudas triscar sus ninfas bellas;
Y allá en brazos de amor y del misterio
Dulces jemir las tímidas doncellas.
Sigue alegre sus huellas;
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido
Brazo con brazo á tu zagala asido.

Mira allí prevenidas
Entre parras espesas
Cien opíparas mesas
De Amorcitos servidas,
Do risueño el placer insta á sentarse.
Al Teyo mira que el festin ornando,
Ya empieza con los brindis á turbarse;
Y entre lindas rapazas retozando
Te está dulce cantando:
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido
Brazo con brazo á tu zagala asido.

Corre, jóven dichoso,
Que el anciano te llama,
Y con su copa inflama
Tu pecho aun desdeñoso.
Allá otros niños bellos al Parnaso
Suben, do á Cintio Vénus los entrega,
Cual Tibulo, Villégas, Garcilaso,
Y alegre el niño Amor entre ellos juega.
Ea, al coro te agrega:
Sigue, tierno zagal, sigue á Cupido

Que aterido volando
Vendrá, tristeza y luto derramando.

Y desnuda y helada
Aun su cima los ojos desalienta,
La hoja en torno sembrada,
Cuando al invierno ahuyenta
Abril, y nuevas galas le presenta.

Se alza el sol con su pura
Llama á dar vida y fecundar el suelo;
Pero al punto la oscura
Tempestad cubre el cielo,
Y de su luz nos priva y su consuelo.

¿Qué día el mas clemente
Resplandeció sin nube? ¿quién contarse
Feliz eternamente
Pudo? ¿quién angustiarse
En perenne dolor sin consolarse?

Todo se vuelve y muda:
Si hoy los bienes me roba, si tropieza
En mí la suerte cruda;
Las Musas su riqueza
Guardar saben en mísera pobreza.

Los bienes verdaderos,
Salud, fe, libertad, paz inocente,
Ni á puestos lisonjeros,
Ni del metal luciente
Siguen, Menalio, la fugaz corriente.

Fuera yo un César, fuera
El opulento Creso; ¿acaso iria
Mayor, si me midiera?
Mi ánimo solo haria
La pequeñez, ó la grandeza mia.

De mi débil jemido
No, amigo, no serás importunado;
Pues hoy yace abatido
Lo que ayer fué encumbrado,
Y á alzarse torna para ser hollado.

Vuela el astro del día
Con la noche á otros climas, mas la aurora
Nos vuelve su alegría;
Y fortuna en un hora
Corre á entronar al que abismado llora.

Si hoy me es el hado esquivo,
Mañana favorable podrá serme;
Y pues que aun feliz vivo
En tu pecho, ofenderme
No podrá, ni á sus piés rendido verme.

Que al alma blandamente
 Rinde, embarga, enamora;
 Y aun haciéndola esclava la mejora?
 ¡ Oh voz! ¡ oh voz graciosa!
 ¡ Voz que todo me lleva enajenado!
 ¡ Oh garganta armoniosa!
 Pecho tierno y nevado,
 ¡ De do tono tan blando ha resonado!
 Tú solamente puedes
 Tu dulzura cantar como es debido,
 Que á las Gracias escedes
 Feliz; y á quien ha sido
 Tan claro don del cielo concedido.
 Y pues tú solamente
 Puedes bien celebrarte, ¡ ay voz sonora!
 Suenen de jente en jente
 Tus trinos, mi señora,
 Y cesen ya las salvas á la aurora.
 Ni los sueltos pardillos
 Que van la aura purísima surcando,
 Abran mas sus piquillos
 Mientras estés cantando,
 Y tu humilde zagal te esté escuchando.

ODA VIII.

A LISI, QUE SIEMPRE SE HA DE AMAR.

La primavera derramando flores,
 El céfiro bullendo licencioso,
 Y el trino de las aves sonoro
 Nos brindan á dulcísimos amores
 En lazo delicioso.
 Viene el verano, y la insufrible llama
 Agosta de su aliento congojado
 Arboles, plantas, flores, yerba y prado:
 Todo cede á su ardor, solo quien ama
 Lo arrostra sin cuidado.
 El amarillo otoño asoma luego,
 De frutas, yedra y pámpanos ceñido:
 La luz febea, su vigor perdido,
 Se encoje, mientras amor dobla su fuego
 Blando y apetecido.
 Y en el ceñudo invierno, cuando atrue-
 Mas ronco el aquilon tempestüoso,
 Entre lluvias y nieves en reposo

ODA IX.

A LA FORTUNA.

CRUDA fortuna, que voluble llevas
 Por casos tantos mi inocente vida,
 De hórridas olas ajitada siempre,

Nunca sumida:

Tú que de espinas y dolor eterno
 Pérfida colmas con acerba mano
 Tus vanos gozos, de la mente ciega

Sueño liviano:

Aunque sañosa de tiniebla cubras
 Lóbrega el cielo, que en humilde ruego
 Férvido imploro, por huir tu odioso

Bárbaro juego:

Aunque el asilo de mi hogar me robes,
 Aunque me arrastres ominosa y fiera
 Desde los campos de la dulce patria,

Donde ligera

Tu undosa vena con alegre curso,
 Ancho Garona, se desliza, y pura
 Riega los valles, que de mieses orna

Rica natura:

Y solo y pobre en peregrino suelo
 Mi labio el cáliz apurado lleve,
 Con que á la envidia la calumnia unida

Me infama aleve:

Nunca rendido mi inocente pecho,
 Nunca menguado mi valor aguardes,
 Ni que mi plectro varonil querellas

Jima cobardes.

Como afirmado en su robusto tronco,
 Añoño roble en elevada sierra,
 Inmóvil burla del alado viento

La hórrida guerra;

El justo firme en su opinion, seguro
 De su conciencia, reirá á la suerte.
 Miedo, amenaza inútiles asaltan

Su ánimo fuerte.

Ponme, Fortuna, do en eterna nieve
 Jime abismado el aterido mundo,
 Que en noche envuelto nebulosa y sueño

Yace profundo;

Ponme, do Febo, su fogoso carro
 Sin cesar rueda por el ancho cielo;
 Do Sirio ardiente la arenosa tierra

VI.

Cubre de duelo:
 Siempre tranquilo, moderado siempre,
 Con igual frente me verás, ¡oh cruda!
 Sin que provoque tu rigor, ni á viles
 Lloros acuda.

ODA X.

A UN AMIGO EN LAS NAVIDADES.

TEMPLA el laud sonoro
 Del lírico de Teyo,
 Y un rato te retira
 Del popular estruendo;
 Cantarémos, amigo,
 Con alternado acento
 En dias tan alegres
 Sus delicados versos:
 Sus versos que del alma
 Las penas y los duelos
 Disipan, cual ahuyenta
 Las nubes el sol bello.
 Y el inocente gozo,
 Las Gracias y el risueño
 Placer nos acompañen,
 Y enciendan nuestros pechos;
 O en el hogar sentados
 Las Musas y Liëo
 Nos diviertan, y burlen
 Las furias del enero.
 ¿Qué á nosotros la corte
 Ni el májico embeleso
 De confusiones tantas,
 Cual sigue el vulgo necio?
 El sabio se retira,
 Y admira dende léjos
 Del mar alborotado
 Las olas y el estruendo.
 Gozoso en su fortuna,
 Su rostro está sereno,
 Sus manos inocentes,
 Tranquilos van sus sueños:
 Ni el oro le perturba,
 Ni adula al favor ciego,
 Ni teme, ni codicia,
 Ni envidia, ni da zelos.
 Por eso entre sus vinos,
 Sus bailes y sus juegos,
 De sabio dieron nombre
 Los siglos á Anacrëon:
 Miétras el de Estajira,

Del Macedon maestro ,
 Con obras inmortales
 No alcanzó á merecerlo.
 La vida es solo un punto ,
 Las honras humo y viento ,
 Cuidado los tesoros ,
 Y sombra los contentos.
 Feliz el sabio humilde ,
 Que en ocio vive, exento
 De miedo y esperanzas ,
 Bastándose á sí mismo.
 Un libro y un amigo ,
 Pacífico y honesto
 Le ocupan, le entretienen ,
 Y colman sus deseos.
 Alegre el sol le nace :
 De noche el firmamento
 Consigo le enajena
 En pos de sus luceros.
 Sus horas deliciosas ,
 Cual plácido arroyuelo ,
 Se pierden , que entre flores
 Con risa va corriendo.
 ¡Dichoso el tal mil veces!
 Su inmóvil planta beso ,
 Pues supo así elevarse
 Del miserable suelo.
 Un tiempo á mi fortuna
 Con rostro placentero
 Tambien falaz me quiso
 Contar entre sus siervos.
 Llevóme á que adorara
 La imájen de su templo ;
 Y al ánimo inocente
 Detuvo prisionero.
 Mas luego el desengaño ,
 Bajando desde el cielo ,
 Me muestra sus ardides ,
 Y libra de su imperio.
 De entónces , dulce amigo ,
 Seguro de mas riesgos ,
 La humilde medianía
 En blanda paz celebros.

ODA XI.

AL CAPITAN DON JOSE CADALSO ,
 DE LA DULZURA DE SUS VERSOS SÁFICOS.

DULCE Dalmiro , cuando á Fílis suena
 Tu delicada lira ,
 El rio por oírte el curso enfrena ,

Absorto en tus amores.

Del céfiro en los brazos calma el vuelo
 El ábrego irritado ;
 Y el verdor torna al agostado suelo
 Tu acento regalado.

Desde el Olimpo baja Citera ,
 Tanto con él se agrada ,
 Y en sus canoros trinos se recrea ,
 De Mavorte olvidada.

Siguen tus blandos ayes arrullando
 Sus cándidas palomas ,
 Sus Cupidos contino derramando
 Sobre ti mil aromas :

Y otros tan fino amar tiernos oyendo,
 Una guirnalda bella
 De mirto y rosas y laurel tejiendo ,
 Ornan su sien con ella.

Las vagarosas parlerillas aves
 Que ven la Cipria diosa ,
 Aclaman con mil cánticos süaves
 Su llegada dichosa ;

Y en dulcísimos tonos no aprendidos
 Le dan la bienvenida ;
 Mas de tu lira oyendo los sonidos,
 Calla su voz vencida :

O Filomena solo , que enardece
 Tan celestial encanto ,
 En blandos pios remedar parece
 Las gracias de tu canto.

Mientras que de Dione los loores
 Renovando divinos ,
 La imploras favorable en tus amores
 Con mil sáficos himnos ;

Que muy mas dulces que la miel mas
 [pura,

Que el aroma agradables ,
 Solo respiran plácida blandura ,
 Solo afectos amables ,

Delicias solo , y embeleso y gloria ,
 Y paz y eterna calma ;
 Bien que de Fíli la llorosa historia
 Renuevan en el alma :

Y aquel brillar cual fósforo esplendente
 Que rauda cruza el cielo ,
 Para hundirse en el lóbrego occidente
 Dejando en luto el suelo.

Todo oyéndote calla : tu voz suena ;

Y el conceso armonioso
Puebla el aire y el ánimo enagena
En éstasi amoroso.

No cese pues, poeta soberano,
Son tan claro y subido:
Goza el sublime don, que en larga mano
Te dan Febo y Cupido.

Gózale; y en mi oreja siempre suene
Tu derretido acento,
Que de ternura celestial me llene
Y de inmortal contento.

ODA XII.

LA RECONCILIACION.

LIDIA.

INGRATO, cuando á hablarme
A mi choza de noche te llegabas,
¡Cómo para ablandarme
Al umbral te postrabas,
Y en dolorido llanto lo regabas!

FILENO.

Ingrata, cuando á verme
A la huerta del álamo salías,
¡Cuál, ay! por encenderme
Donosa te prendías,
Y estremos mil de apasionada hacías!

LIDIA.

¿Pues qué, cuando halagüeno
A la sombra del álamo dijiste:
Tú eres, mi Lidia, el dueño
De esta alma que rendiste;
Y al yo probar huir, me detuviste?

FILENO.

¿Pues qué, cuando zelosa
En la vega aflijido me topaste,
Y al verme así, amorosa
Por detrás te acercaste,
Y en tus cándidos brazos me enredaste?

LIDIA.

¿Y cuándo tú engañoso
Me importunabas que la choza abriera,
Jurándote mi esposo?
¡Qué empeños no me hiciera
Tu labio infiel, porque á tu ardor cediera!

FILENO.

¿Y cuándo tú enviabas
Con Lálage á avisar que allá tornase;
Tierna no me ordenabas
Que hasta el alba aguardase,

Clamando al alba que en salir tardase?

LIDIA.

Calla, pastor aleve,
Calla, que por Dolira me has dejado;
Y mas que el viento leve
El voto has quebrantado,
Que mi alma fina te creyó sagrado.

FILENO.

Calla, falaz pastora,
Que das tu fe por Lícida al olvido;
Y voluble y traidora
El voto no has cumplido,
Con que á ti me juzgue por siempre unido.

LIDIA.

Pues, ¡ay! zeloso mio,
Calma tu ceño; cálmalo, y entremos
Por este bosque umbrío,
Do piques olvidemos,
Y al dulce amor y nuestra union cantemos.

FILENO.

Pues canta, Lidia bella,
Y aves y vientos párense á escucharte.
Ven; con tus brazos sella
La fe con que agradarte,
Y nombre anhelo entre las bellas darte.

Bajo un roble frondoso,
Su perro fiel por centinela al lado,
Se abandona al reposo.

Y mas y mas ardiente centellea
En el cenit sublime
La hoguera que los cielos señorea,
Y el bajo mundo oprime.

Todo es silencio y paz. ¡ Con qué ale-
gría

Reclinado en la grama
Respira el pecho, por la vega umbría
La mente se derrama!

¡ O los ojos alzando embebecido
A la esplendente esfera,
Seguir anhelo en su estension perdido,
Del sol la ardua carrera!

Deslúmbreme su llama asoladora;
Y entre su gloria ciego
Torno á humillar la vista observadora,
Para templar su fuego.

Las pródidas abejas me ensordecen
Con su susurro blando,
Y las tórtolas fieles me enternecen
Dolientes arrullando.

Lanza á la par sensible Filomena
Su melodioso trino

Halla calma y reposo.

Tú me das libertad; tú mil suaves
Placeres me presentas
Y mi helado entusiasmo encender sabes,
Y mi cítara alientas.

Mi alma sensible y dulce en ver se goza
Una flor, una planta,
El suelto cabritillo que retoza,
La avecilla que canta.

La lluvia, el sol, el ondeante viento,
La nieve, el hielo, el frio,
Todo embriaga en celestial contento
El tierno pecho mio.

Y en tu abismo, inmortal naturaleza,
Olvidado y seguro,
Tu augusta majestad y tu belleza
Feliz cantar procuro;

La lira hinchendo en mi delirio ardiente
Los cielos de armonía,
Y siguiendo el riquísimo torrente
Audaz la lengua mia.

ODA XIV.

A MI AMIGO DON MANUEL LORIERE
EN SUS DIAS.

DESDEÑA, Anfriso, del enero triste
Las rudas furias y aterido ceño:
Su cana faz, su nebulosa vista

Plácido mira.
Turbe su soplo por el yermo monte
Los chopos altos: á la fuente pare
Su jiro; y hiele el delicioso pico

De Filomena;
Tú no receles: en el hondo vaso
El vino corra y el hogar se cebe,
De entre mil vivas del ilustre padre

Y los amigos;
El dia pierde que saliste fausto
A la luz alma del alegre cielo,
Que puro siempre y apacible luzca

Para la tierra.
Lejos el llanto y veladora cuita
El dia claro de mi tierno amigo:
Solo las gracias, el amable gozo

Plácido reine.
Vuele la risa cariñosa, llena
Ruede la copa con alegre canto,
Que eco vagando por el alto techo

Grato repita.

Vive feliz, ¡oh de mi pecho amante
 parte dichosa! ¡de Batilo gloria!
 Vive, mi Anfriso; y la voluble suerte
 Ciega te sirva.

ODA XV.

A JOVINO EL DIA DE SUS AÑOS.

DEJA, dulce Jovino,
 El popular aplauso, retirado
 Conmigo, do el divino
 Apolo al concertado
 Plectro te canta tu dichoso hado.

Y escúchale cual suena,
 El luciente cabello desparcido
 Por la frente serena;
 Y á su trinar subido
 El Manzanáres queda embebecido.

Él canta como fuiste
 Al nacer de sus Musas regalado;
 Y como mereciste
 Ser por él doctrinado
 En pulsar diestro su laud dorado.

Y canta los favores
 Que los cielos te hicieran, el lustroso
 Nombre de tus mayores;
 Y entre ellos cuán glorioso
 Crece el tuyo y descuella, cual frondoso
 Alamo, que, al corriente
 De las aguas tendiéndose, levanta
 Sobre todos la frente;
 Y luego el son quebranta,
 Y el triste lamentar del Bétis canta:

Cuando tú por la orilla
 Del claro Manzanáres le dejaste,
 ¡Ah! ¡cuánta pastorcilla
 Partiéndote apenaste!
 Y á los zagales ¡qué dolor causaste!

¡Oh Jovino felice!
 ¡Oh por siempre sereno, fausto dia!
 La voz alzando dice:
 ¡Vive, vive, alegría
 Del suelo ibero y esperanza mia!

¡Oh, vive, afortunado!
 Que el cielo te concede dadivoso
 Larga edad. El sagrado
 Plectro cesa, y lumbroso
 Se ostenta el dios de su cantar gozoso.

Tantos grupos y piélagos de fuego
Que hirviendo bullen, la riqueza suma
De matices y albores,
Que del iris apocan los primores;

Son otra nueva aurora, que del polo
Corriendo boreal con sus reflejos
El horizonte dora,
Cual la que al día en su nacer colora.

Allá en su natal suelo y su infinita
Copia de luz, si rozagante tiende
La undosa vestidura,
Suple del sol la pompa y la hermosura.

Viérasla allí de mil y mil maneras
El cielo esclarecer: ora lanzarse
En rápido torrente,
Ora alzar leda la rosada frente,

Ora el oro del fúlvido topacio
Mentir sus llamas, ó el azul mas puro,
Y ora de la mañana
El claro albor y la encendida grana.

Si no se ajita en turbulentos rayos,
Que aquí y allá flamíjeros discurren,
Ahogando sus centellas
El fuego brillador de las estrellas,

O en arco inmenso se derrama, y sabe
Hasta el cenit, do pródiga sembrando
Su inexhausto tesoro,
Tremola ufana su estandarte de oro:

Que el Lapon rudo estático contempla,
O á su pródiga luz atento vaca
A sus pobres afanes,
Y acata entre ella á sus paternos manes (*).

Así el imperio de la noche vence,
Que aquellas plagas desoladas cubre,
Llenando de alegría
Su eterno hielo y su tiniebla umbría.

Hija del sol, cual la que alegre rie
Para nosotros en el rubio oriente,
Recamada de albores,
Bañando en perlas las dormidas flores.

Del caro padre el rutilante carro,
Purpúreo manto y túnica vistosa
Agraciada recibe,
Y de su llama y sus favores vive.

Así la nuestra, al empezar fogoso

(*) *Paternos manes*, las almas de sus padres: creencia comun á los pueblos del norte, que, entre el brillo y las luces de este metéoro, se imaginaban ver á los Genios del país y las almas de sus mayores.

El mismo sol su plácida carrera,
Le antecede lumbrosa,
La cien ceñida de jazmin y rosa.

No temas pues sus ráfagas ardientes,
Ni rayos tantos, ni vistosos juegos
Como en sus pasos forma,
Ni si en mil modos su beldad trasforma.

La misma siempre en apariencia varia,
Si la ignorancia la tembló algun dia;
Y amenazó esplendente
Del tirano cruel la torva frente;

Hoy la verdad en colocar se place
Su númen claro en el radiante trono,
Donde inocente brille,
Y nada aciago su fulgor mancille.

Rijiendo augusta con luciente cetro
El yerto polo y páramos sombríos,
Do en toda su grandeza
Su majestad se ostenta y su belleza.

Goza pues, Lice, sin zozobra goza
Del vistoso espectáculo que ofrece
Un nuevo dia al suelo,
Ardiendo hermoso el ámbito del cielo.

ODA XIX.

AL MAESTRO FRAY DIEGO GONZALEZ, QUE
SE MUESTRE IGUAL EN LA DESGRACIA.

No con mísero llanto
Aumentes tu penar; ni á la memoria
Traigas los dias de voluble gloria
Que te robó fortuna;
Si crecer tu quebranto
En la queja importuna
No anhelas sin provecho,
Cerrando al bien el obstinado pecho.

Siente, Delio, que moras
El reino del dolor, do nada puro
Es dado ver, ni de temor seguro
El contento se asienta:

Y acaso mientras lloras,
Ya blando el cielo alienta
Tu seno; y la alegría
En copa de oro liberal te envia.

Cuanto es so el claro cielo,
El bien envuelve con el mal mezclado;
Y cuando el mal el ánimo ha llagado,
Luego el bien le sucede.
Así el lúgubre velo
Descorre, á par que cede

Al sol la noche oscura,
Con sus dedos de rosa el alba pura.

Verás que tempestuosa
Tiniebla envuelve el dia, y el luciente
Relámpago cruzar la nube ardiente,
La ronca voz del trueno
Sonar majestuosa,
Y temblar de horror lleno
El rústico inundados
Entre lluvia y granizo sus sembrados:

Y los vientos veloces
Robar las nubes de la etérea playa
Verás; el iris que purpureo raya,
Del pueblo alado mueve
Las armónicas voces;
Y el labrador se atreve
A contar por segura
Ya la esperanza de la mies futura.

Así lo ordena el cielo:
Así van lo liviano con lo grave
Enlazados, y lo áspero y suave
En perenne armonía;
Y el lloro y el desvelo
Tras la vana alegría
Con ala infausta vuela,
Cuando esperanza menos lo rezela.

Quien vive prevenido,
Rie á la suerte, el pecho sosegado:
Cantando va del mar alborotado
Entre el bramar horrendo,
Y de Marte al ruido
Y funeral estruendo
Canta, ó cuando el tirano
A su cuello amenaza en ímpia mano.

Mas si en pos fausta aspira
Fortuna, y le sublima en su engañosa
Tornátil rueda, confiar no osa:
Antes teme prudente
Que torva ya le mira
Desgracia; y diligente
La frágil vela coje,
Echa el ancla, y al puerto se recoge,

A que pase esperando
La ola bramante, y calme bonanzoso
Febo la mar; mas si en letal reposo
Le aduerme la ventura,
El huracan soplando
Le arrastra en su locura,
A do en tiniebla ciega
Por mas que clame, el piélago le anega.

ODA XX.

EL NACIMIENTO DE JOVINO.

Id, ó cantares míos, en las alas
De la fiel amistad; y de Jovino
Celebrad la alegría
En su feliz y bienhadado día.

Id al dulce Jovino, á vuestro númen:
Id, y dad el tributo de alabanza
A su nombre glorioso,
Pues su amor solo os inspiró oficioso.

¡Qué cosa mas süave y deliciosa
Que este tributo! ¡qué para la tierra
De mas prez y contento
Que de un hombre de bien el nacimiento!

Nace un héroe, y medrosa se estremece
La tierna humanidad sobre una vida,
Que del linaje humano
Destruirá la mitad con cruda mano.

El envidioso nace; y mira al punto
Al astro de la luz con torvo ceño,
Solo porque derrama
Sobre sus padres su benigna llama.

Nace un malvado; y á su vista el vicio
Bate las palmas, y gozoso rie
Viendo el nuevo aliado,
Que en su cólera el cielo le ha otorgado.

Empero hombre de bien Jovino nace:
Y á su cuna corriendo las virtudes
En sus brazos le mecen,
Y en su amable sonrisa se embebecen.

Naturaleza al verse ennoblecida,
Se regocija; y mil alegres himnos
Los ánjeles cantando,
Sus venideras dichas van contando.

Su vida, dicen, correrá apacible,
Bien cual sereno el sol brilla en un día
De alegre primavera
Por la tranquila purpurante esfera.

Será de niño de sus padres gozo;
Después creciendo de su patria gloria,
Y de premios colmado,
De sus émulos mismos ensalzado.

Detendrá la vejez por contemplarle
Su lento paso, y lucirán sus canas
Como la luna hermosa
En medio de la noche silenciosa.

Respetará la muerte su inocencia;
Y en un plácido sueño á las alturas

Subirá de la gloria,
Dejando al mundo eterna su memoria.

Será allí recibido con canciones
De gozo celestial; su acorde lira,
A los coros divinos
Por siempre unida, seguirá sus trinos.

Ni la calumnia, ni la envidia fea
Lo mancharon viviendo en su tranquila
Muerte los tristes claman,
Y dulce padre y protector le llaman.

La indulgente amistad moró en su seno,
La piedad en sus manos dadivosas,
Y en su rostro el gracioso
Aire de la virtud y su reposo.

¡Oh mil veces felice quien merece
Loores tales! ¡oh sin par Jovino,
A quien naciendo el cielo
Dió liberal en joya rica al suelo!

Vive; y en dotes y en aplausos crece,
Que de mi musa ocupacion gustosa
Será, Jovino, en tanto
Decir tu nombre en regalado canto.

ODA XXI.

A LA ESPERANZA.

ESPERANZA solícita, á mi ruego
Ven, alijera mi afanosa carga:
Ven, que abismado el ánimo fallece
Con pena tanta.

No me abandones á mi suerte cruda:
Déjame al menos que me adule el aura,
Con que á los tristes su dolor agudo
Leda regalas.

Lóbrega noche, pavoroso trueno,
De airado rayo agitadora llama,
Ruedan en torno de mi triste frente,
De horror helada.

Donde los ojos dolorido torno,
Cien furias hallo que gritando claman:
Caiga, y hollemos su abatido cuello:
¡Bárbara saña!

Ven, y disipa el ominoso bando,
Hija del cielo: tu presencia grata
Torne al herido desolado pecho,
Torne la calma.

Tú que benigna al arador avaro
Sobre la esteva en su labor halagas
Con la esperanza de la mies, que opima
Julio le guarda.

Tú que al osado marinero alientas,
 Cuando asaltado en la voluble barca
 De horribidos vientos y revueltas olas,

Misero clama.

Al que agoniza en solitario lecho,
 Entre las sombras de la triste parca,
 Aun le confortas amorosa, y nunca

Dél te separas.

Todo lo endulzas favorable, y cubres
 De un velo grato que enajena el alma;
 Que hace la copa de la vida al hombre

Menos amarga.

Tal como el brillo de la blanca luna,
 Deshecho el ceño de la noche opaca,
 Del caminante el abatido aliento

Fausta levanta.

Madre del gozo, cariñosa amiga,
 Siempre constante, deliciosa maga,
 En cuyos brazos inefable alivio

Las penas hallan;

Plácida corre á mi lloroso ruego,
 Y aplica presta á la profunda llaga
 Que en lo mas vivo de mi ser penetra,

Blanda triaca.

Dame tocar al mas humilde puerto:
 Dame alentar en su dichosa playa:
 Goze á su ocaso mi ajitada vida

Paz y bonanza.

ODA XXII.

FÍLIS RENDIDA.

ALADO dios de Gnido,
 Amor, mi gloria celestial delicia,
 Ya el ánimo aflijido
 Mereció hallar á tu deidad propicia.

Ya el laurel victorioso
 Logré, y los premios que anheló el deseo.
 ¡Dulce amor, qué dichoso

Es el estado en que por ti me veo!
 De mi Fili adorada
 La timidez domaste y los rigores,

Y en mi llama inflamada
 Pagó mi suspirar con mil favores.
 Sus ojuelos divinos

Que envidia el sol en su lumbroso oriente,
 Me halagaron benignos.
 ¡Ay mirar vivo, regalado, ardiente!

De su boca ¡qué perlas
 Dulce riendo á mi rogar saltaron!

VI.

Loco corrí á cojerlas,
 Y en néctares mis labios se inundaron.

Su mejilla de rosa

Miré inflamarse á mi feliz porfía,
 Mas fresca y olorosa

Que cuantas Gnido en sus pensiles cria:

Despues, oh! ¡quién pudiera
 Fiel retratar mi celestial ventura,

Las finezas que oyera,
 Mi ciego ardor, su virjinal ternura!

Con su mas rico lazo,
 Colmándonos amor de sus placeres,

Nos unió: en su regazo
 Un beso, mil nos dió grata Citéres.

Y con amiga diestra
 La copa de su néctar mas precioso

Brindándonos, nos muestra
 La senda á un bosque retirado umbroso,

Do nuestros finos pechos
 En llama ardieron súbito mas viva,

Cual cera al sol deshechos,
 Ni yo cobarde, ni mi Fili esquivada.

En torno revolante
 Coro de amores con alegre juego

Y bullicio incesante
 A una alentaba nuestro dulce fuego;

Y las Gracias risueñas
 Sobre mi Fili rosas derramaban:

Y aplaudiendo halagueñas,
 Ven, Himeneo, ven, dulces clamaban:

Ven fausto al delicioso
 Vínculo del amor y la belleza,

Y al triunfo mas glorioso
 Sobre el desden de la sin par fineza.

Ven, y al zagal que ahora
 Tan alto bien por su firmeza alcanza,

Estreche su pastora;
 Y eterna flor corone su esperanza.

Ven, que solo á ti es dado
 Confirmar en la paz que han recibido,

Los que en uno han juntado
 Propicia Vénus y el rapaz Cupido.

ODA XXIII.

SEGUNDOS DIAS DE FÍLIS.

¡Qué dulcísimo canto el aire llena!
 ¡Qué aplauso, qué armonía

Embebecido el ánimo enajena
 En tan alegre día!

¡Qué espléndido fulgor, qué viva llama
En su carroza de oro
Con mano liberal el sol derrama
De su inmenso tesoro!

Lleno favonio de ámbares süaves
Regala los sentidos,
Y el estrépito y trino de las aves
Encantan los oídos.

Ríe ufana la tierra, y reanimada
De galas se matiza;
La nieve en arroyuelos desatada
Sonante se desliza,

Que en purísimo aljófara por los valles
Con vistosos colores
Forman mil jiros y galanas calles,
Jugando con las flores.

Todo inocente anjélica belleza,
Se debe á tu luz pura,
Que á adornar basta la naturaleza
De no vista hermosura.

La tuya en su donaire peregrina
Nos trae la primavera,
Sü júbilo y sus rosas, la divina
Luz de la cuarta esfera.

De tus años el círculo dichoso,
Esta riente aurora
Cual tras lóbrega noche se alza hermoso,
Y el sol los cielos dora,

Vivífico tornando en cuanto existe,
El lustre antes perdido,
De lozano verdor las selvas viste,
De yerba el ancho ejido;

Así vuelven las Gracias y el contento
A la dichosa vega,
Que en raudal puro susurrando lento
Undoso el Tórmes niega.

Sus zagalejas en vistosas danzas,
Con bullicioso canto
Dicen de tu beldad las alabanzas,
Su irresistible encanto.

Y los tiernos amantes pastorcillos
Las salvas repitiendo,
Al cómpas sus acordes caramillos
Sus letras van siguiendo.

Feliz, claman, feliz tan albo día,
Y hermoso y puro brille:
Jamás lo desampare la alegría,
Ni lloro lo mancille.

Como fausto por siempre señalado
Quede de jente en jente,
Pues lo has, Filis divina, consagrado

Con tu primer oriente.
Anjélica beldad, del alto cielo
Cual joya acá enviada
Para gozo y honor del triste suelo
Mientras allá seas tornada:

Idolo celestial de los zagales,
Adorable hechicera,
Causa feliz de mil sabrosos males,
Gloria de esta ribera,

Crece, temprana flor, en gracias crece
Y en virtud te adelanta,
Cual palma escelsa que en el val florece,
Y al cielo se levanta.

Crece, y cual pomo que de rosas lleno
Puebla el aire de olores,
Así tus ojos, tu sensible seno
Derramen siempre amores.

Por ti goza la tierra venturosa
Pompa, flores, verdura,
Y cándida verdad, y gloriosa
Fe de inocencia pura.

Feliz el que á servirte consagrare
Su bien lograda vida;
Y tu hablar dulce y tu reir gozare
Que á juegos mil convida.

Pero feliz sin par quien mereciere
Fijarte, y á ti unido,
Tu seno de jazmin latir sintiere
De su amor derretido.

Así los coros y el aplauso suena
Que á mi Filis aclama:
Y el cielo en luz mas fúlida y serena
En su loor se inflama.

ODA XXIV.

A LA MAÑANA, EN MI DESAMPARO
Y ORFANDAD.

ENTRE nubes de nácar la mañana,
De aljófara regando el mustio suelo,
Asoma por oriente;
Las mejillas de grana,
De luz candente el trasparente velo,
Y muy mas pura que el jazmin la frente.
Con su albor no consiente
Que de la opaca noche al triste manto,
Ni su escuadra de fúlidos luceros
La tierra envuelva en ceguedad y espanto;
Mas con pasos lijeros,
La luz divina y pura dilatando,

Con el marfil agudo,
Que hombres y fieras domeñar bien pudo;
O cuando en ayes flébiles suspira,
Tu muerte, Fílis, llora,
Y al sordo cielo en tu favor implora.

Al sordo cielo, que ordenado hubiera
Que el vil suelo dejases,
Y á su alto asiento exhalacion volases:
Planta fugaz de efímera carrera
Que con el sol florece,
Y con su ocaso lánguida fenece.

Ceñida de laurel la sien gloriosa,
Que Febo agradecido,
Sirviéndole las Musas, ha tejido:
Y á la alma Vénus de mirar graciosa,
Que con divina mano
Un mirto enlaza al lauro soberano:

Con los dioses menores que le cercan,
Y él trinando entre todos
Con blando acento y lamentables modos;
Atónitos algunos no se acercan,
O en planta van callada,
Por no turbar su música estremada.

¿Cuál claro vate por el ancho mundo
Feliz lograra tanto?
¿Cuál pudo de los dioses ser encanto,
No ya de los del tártaro profundo,
Sino de las mansiones
Do suben poco ínclitos varones?

Orfeo y Anfion tanto ensalzados,
Que en dulce son llevaban
Hombres, fieras y aun riscos do gustaban,
Y el que los hondos piélagos alzados
Calmó á su blando acento,
Y la vida salvó por su instrumento:

La cítara de Píndaro divino,
Y la trompa de Homero,
Y el claro cisne que cantó guerrero
Las armas y el varon que á Italia vino,
Atónitos atiendan,
Y á herir, Dalmiro, el plectro de ti apren-
[dan.

Las dulces moradoras de Hipocrene
No con labio canoro
Únicas sigan tu vihuela de oro,
Cuando su trino, rubio Cintio, llene
Los cielos de alegría,
Pues ya un mortal semeja su armonía.

Y tú salve, poeta soberano,
Y con nueva corona
Tu frente se orne, ó gloria de Helicon:

La patria te la ponga por su mano,
Y en su amor tú encendido,
Con tus versos la libre del olvido.

Salve, ó Dalmiro; salve, y venturoso
De mil varones claros
Las ínclitas virtudes y hechos raros
Sublime canta en verso numeroso: (*)
Tu fama hinchando el suelo,
Rauda se encumbre al estrellado cielo.

Le seña con la mano la ardua cumbre
Do la gloria se asienta,
Y á su lauro inmortal el pecho alienta.

Con vuestra llama inflamaré mi acento,
¡ Oh blandos cisnes de Helicon! y alegre
Burlaré del oscuro

Pluvioso enero en el hogar seguro:

Que tambien algun dia silbó el noto
Sobre vuestras cabezas; y aterido
Tambien quiso el invierno

Desparciendo sus dones,
Tu mano con vistosa
Profusion orna el mundo cariñosa.

Yo cantaré tus bienes,
Padre de la abundancia, coronado
De pámpanos las sienes,
Entre parras sentado
Al rayo bienhechor del sol templado:

Ocioso, en paz süave,
De vil adulacion libre el oido,
Lejos la rota nave
Del golfo embravecido,
Y en tu belleza el ánimo embebido.

¿Qué perfumes? ¿qué olores
Lleva el aura en sus alas? ¿qué verdura
Es esta y tiernas flores?
¿Qué rica vestidura
Cubre súbito el suelo de hermosura?

Do quier me torno, veo
Mil delicados frutos: la granada
Brinda hermosa al deseo;
Y en la rama colgada
Mece el viento la poma sazónada.

Los huertos, las laderas
Brillan en mil colóres á porfia:
Las aves lisonjeras
Hinchen con su armonía
De deleite los pechos y alegría.

El rústico inocente
De su sudor el fruto con usura
Recoje dilijente;
Y ponderar procura
Con sencillas palabras su ventura:

O en mas altas canciones
Tus dones, rico otoño, alegre dice;
Los celestiales dones
Con que le haces felice,
Y en su grato entusiasmo te bendice.

Que tú su pecho llenas
De gozo y confianza; y al futuro
Arado y á las penas
Del ejercicio duro
Le haces volar en corazón seguro.

A ti solo armoniosa
Mi lira ensalzará: no los ardores
Del Leon, ó la ociosa
Estacion de las flores,
Ni del sañado invierno los rigores.

Ensalzará cantando
Tu belleza, tú calma, tu frescura;
Mientras su hervor templando,

ODA XXIX.

QUE ES LOCURA ENGOLFARSE EN PROYEC-
TOS Y EMPRESAS DESMEDIDAS, SIENDO LA
VIDA TAN BREVE Y TAN INCIERTA.

HUYE, Licio, la vida,
Huye fugaz cual rápida saeta

O vide, ó parecióme que á mi anhelo
Mi Jenio condolido,
Raudó bajando del escelso cielo
Así sonó en mi oído:
Firme sosten y con serena frente;
Que nunca al pecho entero
Hundió la tempestad: pasá el torrente,

Y él se alza muy mas fiero.

Seguirá el sol tras la tiniebla oscura;
Y á la discordia que ora
Trastorna el mundo, tu constancia apura,
La paz consoladora.

Héla cual íris asomar radiante,
Y á su luz las naciones
Al fausto cielo en júbilo incesante
Colmar de bendiciones.

Vuelto el Ibero de su error impío,
Y en el hogar colgado
El acero fatal, su ceño umbrío
Verá en amor tornado;

Con lazo firme y fraternal unirse
Su juventud lozana;
Y á una todos con lágrimas reírse
De esta cólera insana.

Plácidos dias de inmortal contento
Correrán y reposo,
Cual en pos del invierno turbulento
Asoma abril hermoso:

Y de su helado sueño despertando,
Parece que revive
El ancho suelo con su aliento blando,
Y un nuevo ser recibe.

Tú el choque en tanto con inmóvil

[planta

Resiste del destino,
Que así las olas hórridas quebranta
Escollo al mar vecino.

Ruedan en tumbos mil, con rabia fiera
Su erguida frente hieren,
Instan, bátenlo, tornan; y en lijera
Niebla deshechas mueren.

Tu asilo sea tu constante pecho,
Inaccesible muro
Al miedo, al interés, á un vil despecho;
Y allí espera seguro,

Mientras que el cielo plácido se ostenta;
Y un viento mas süave
Lleva al puerto en tan áspera tormenta
La malparada nave.—

Dijo, y desapareció..... Tu aviso santo
Dócil y humilde sigo,
O Jenio celestial, séme tú en tanto
Guarda y potente abrigo.

VI.

ODA XXXI.

A MI AMIGO DON MANUEL MARÍA CAM-
BRONERO, POR SU SENSIBILIDAD Y
SU AMOR A LA PATRIA.
ESCRITA EN DICIEMBRE DE 1813.

¡ Oh qué don tan funesto
Es, Fabio mio, un corazon sensible!
Cual débil muro puesto
De un mar airado al ímpetu terrible.
Siempre inerme y desnudo
Al punzante dolor, mal reparado
Contra su dardo agudo,
Va quien lo abriga, sin cesar llagado;
Pues cual vivaz espejo,
Que cuantas formas fúljido recibe,
Nos presenta en reflejo,
En él grabado el mal ajeno vive.

Tierno padre y esposo
Por su grey cara pródigo se azora,
Hijo humilde y cuidadoso
Sus canos padres padeciendo adora.
De cuantos seres ama,
La aciaga suerte el ánimo le oprime;
Por su patria se inflama
De santo amor, y en sus angustias jime.

Hombre ve esclavo al mundo
Del error y la odiosa tiranía;
Y en su duelo profundo
Sin la virtud su ser maldeciría.

Sufren el bruto, el ave
Del aterido invierno la aspereza,
Y á sus ansias no sabe
Solícita negarse su ternieza.

Cuantos objetos mira,
Tantos le llevan desvelado el pecho,
Y por todos suspira,
Y anhela y tiembla en lágrimas deshecho.
Bien cual tú, Fabio mio,
Cuyo sensible corazon padece
Por cuanto el hado impío
Ora aciago á nuestra patria ofrece.

Vesla, su paz perdida,
Su augusto nombre y su blason ajado,
Y con tu propia vida
Tornarle ansiaras su esplendor pasado.

De mil hijos que anhelan
Servirla fieles y de sí aun separa,
Las cuitas te desvelan;
Y del tuyo su bien tu amor comprara.

Del encono ominoso,
 Que en ella atiza la discordia impía,
 El término azaroso
 Tu seno abisma en mísera agonía;
 Y allá en tu clara mente
 No hay mal que sufra, que infeliz la ama-
 [gue,
 Por que tu amor ferviente
 No jima, y feudo en lágrimas le pague.
 Ella podrá engañada
 Lanzarnos, Fabio, de su amado seno,
 Nuestra fortuna hollada,
 De oprobio el nombre y de calumnias lleno.
 Podrá hacer que bebamos
 El cáliz hasta el fin de la amargura;
 Que míseros jimamos
 En orfandad y en indijencia dura;
 Mas hacer jamás puede
 Que nuestro honrado pecho la desame;
 Ni aunque el suelo nos vede,
 Que madre el labio sin cesar la llame.

Madre que ilusa ó ciega
 La espalda vuelve á nuestro justo ruego;
 Y á escucharnos se niega,
 Cuanto es mas puro nuestro noble fuego.
 Empero en quien perdidos
 Los ojos fijaremos espirando,
 Mas y mas á ella unidos:
 En trance tal aun su ventura ansiando.

ODA XXXII.

QUE LA FELICIDAD ESTA EN NOSOTROS
 MISMOS.

No es, Julio, la riqueza
 El oro amontonado;
 Ni huye la dicha de un humilde estado;
 La dicha, amiga aun de la vil pobreza.

Ten acorde á tu suerte
 Sin cesar el deseo:
 Frena un ciego anhelar, el devaneo
 Que en la nada hundirá luego la muerte;
 Y alegre y venturoso
 Adularán tu seno,
 Ora de nubes y zozobras lleno,
 La blanda paz, el celestial reposo.

Providente natura
 Para tu bien presenta
 Do quier placeres fáciles, y ostenta
 Tierna madre á tus ojos su hermosura.

Escoje: un claro dia,
 El sol que con su llama
 Señor del cielo el universo inflama,
 Y la beldad le torna y la alegría:
 El viento que bullente
 Jugando entre las flores
 Regala tu nariz con sus olores,
 Y el pecho te dilata dulcemente:
 Las flores que embelesan
 Con sus galas vistosas,
 Las abejas volando entre las rosas,
 Que abrazados sus vástagos se besan:
 El incesante trino
 Con que avecilla tanta
 Su gozo esplica, sus amores canta;
 De Filomena el suspirar divino;
 Y hasta en la noche oscura
 El sinfin que en su velo
 Arde de luces y tachona el cielo,
 Del sol mismo emulando la hermosura:
 Si bien sabes mirarlo,
 Todo alegrarte puede;
 Que á todos y sin precio se concede,
 Porque todos á par puedan gozarlo.
 Ni hay alfombradas salas,
 O riquezas iguales;
 Ni llegan los alcázares reales
 A pompa tanta y naturales galas,
 O mas grato embebece
 Un armónico coro,
 Que el arroyuelo de cristal sonoro,
 Que serpeando el ánimo adormece,
 Salta y rie, y la vista
 Con májico atractivo
 Deslumbra y fija: ¿en su bullir festivo
 Qué pecho habrá que al júbilo resista?
 El llanto mismo, el llanto
 En que un ilagado pecho
 Prorumpo á veces, ¡oh dolor! deshecho,
 Aun tiene su placer, y es un encanto.
 El alma que oprimida
 Siente ahogarse en su pena,
 Con sus lágrimas dulces se serena;
 Y entre ellas torna á recobrar la vida:
 Bien como el caminante,
 Que en medio la agria cuesta
 Aliento toma, y á doblar se apresta
 Su cima que enriscada ve delante.
 Veces mil, Julio mio,
 Lo llevo así probado.

Y al santo cielo tan ferviente implore?

No femenil flaqueza,

Ni torpe cobardía

Causa á mi lloro son ; que el alma mia

Sabe sufrir con ríjida entereza.

Y ya un tiempo pudiste

Impávida en los males

Notar mi frente igual: ¿ viste señales

De miedo en mí , ni lamentar me oíste ?

Hoy por do quier que miro,

En eterna amargura

Hallo al mortal jemir: de mi ternura

Mi llanto nace, y por su mal suspiro:

Que un dulce sentimiento

Uniéndome á sus penas,

Me veda ya el mirarlas como ajenas ;

Y hombre, los males de los hombres siento.

¿Y qué, tú no has probado

El placer delicioso

De llorar, Julio, alguna vez? ¿ lumbroso

Te rió siempre el cielo y despejado ?

¿Grata siempre tu amante

Oyó tu fe amorosa ?

¿Nunca esquiva te huyó, nunca zelosa ?

¿Nunca por otro te dejó inconstante ?

¿Siempre á tu fino amigo

Miró fausta su estrella ?

¿No hirió tu oído su infeliz querella ?

¿Ni un desgraciado mendigó tu abrigo ?

¿No viste en triste duelo

Tus padres venerandos,

Ni en los horrores de la guerra infandos

(*) El dulcísimo poeta Garcilaso.

OLAS.

Las dulces Musas que atendais os deban
Alguna vez su armónica dulzura :

Las celestiales Musas, que nos llevan
En mil nobles ficciones embebidos
Al alto cielo, si su canto elevan ;

O halagándonos blandas los oídos,
Saben la vida ornar de alegres flores,
Y hacer gratos del triste los jemidos.

Magas divinas, que colmar de honores
Pueden á un tiempo á quien su plectro

Y á sus tonos responde con favores.

Así dura inmortal, de olvido ajena,
La memoria de Augusto y su valido ;
Y el nombre Mediceo el orbe llena.

Llamadlas pues al premio merecido,
Y que las bellas artes reanimadas

Salgan tambien de su infeliz olvido.

Vedlas ir desvalidas, desoladas
Demandando el amparo, con que un dia
De gloria se gozaron coronadas.

Dádselo vos; y todas á porfía
Vuestro alto nombre por el patrio suelo
Celebrarán en himnos de alegría.

El cincel, el buril con noble anhelo
Al bronce vida den y al marmol rudo;
Y el compás mida el ámbito del cielo.

Aun mas que protector, sed firme es-
[cudo
De cuantos sigan, príncipe, sus huellas,
Que el ingenio sin vos se encoje mudo.

Un tiempo fué feliz, que á las estrellas
En sus brillantes alas sublimado,
Pudo inflamarse entre sus luces bellas,

Y allí tal vez de la deidad tocado,
Imajinó, creó; y osadamente
Logró seguirla en su inmortal traslado:

Atinando la ley con que la ardiente
Llama del sol á Júpiter camina,
Y alza la luna su nevada frente;

O al suelo de la esfera cristalina
Bajando, al hombre en su estension per-
[dido,
De las ciencias mostró la luz divina.

Mas hoy mísero yace; y oprimido
Del error jime y tiembla, que orgulloso
Mofándole camina el cuello erguido.

No lo sufrais, señor; mas poderoso
El monstruo derrocad que guerra impía
A la santa verdad mueve envidioso.

En la España feliz su fausto dia
Lucirá puro, cual el orbe llena
De vida el rubio sol y de alegría.

Es la civil prudencia una cadena,
Que enlazada en mil modos altamente,
El seso mas profundo abarca apena.

La antorcha de las ciencias esplendente
Por ella entre arduos riesgos nos dirige
Del comun bien á la dichosa fuente.

Del prudente varon la mente rije
Solicita en pos dél; y en su carrera
Hace que el pié jamás dudoso fije.

Que atienda dócil la verdad severa;
Y ansiando aplausos de la dulce fama,
Al grito ria de la envidia fiera.

Adiéstrale á calmar la infausta llama
De las pasiones; ó servir las hace

Del pueblo al bien, que su veneno infla-
[ma.

De adulacion la máscara deshace;
El pecho humano á conocer le enseña,
Y con la paz y la virtud se place.

Quien sus avisos útiles desdeña,
Juguete de la suerte desgraciado,
En mil tristes errores se despeña.

Mientras quien como vos arde abrasado
En su amor puro, y el odio inclina
De su labio al contento regalado;

En la llorosa tierra la divina
Esencia semejando, venturoso
Sobre las almas por su bien domina:

Y cual se rije en órden misterioso
Este inmenso universo, y blandamente
Se acuerda y jira en círculo armonioso:

La florida estacion, el Can luciente,
La escarcha ruda del enero umbrío,
El rápido huracan, el rayo ardiente,

La grata lluvia, el líquido rocío,
Todo concurre á la comun ventura,
Y ostenta del gran Ser el poderío:

Así un sabie ministro el bien procura
Universal al pueblo, confiado
A sus luces y próvida ternura.

Todo á este bien diríjelo acertado:
Sabe aun del mismo mal sacar provecho;
Mientras el pueblo que rije afortunado,
Le aclama Padre, en lágrimas deshecho.

EPISTOLA II.

AL SR. D. GASPARD DE JOVELLANOS,
DEDICÁNDOLE EL PRIMER TOMO DE POESIAS
EL AÑO DE 1785.

A ti, querido amigo, las primicias
Ofrece de su voz mi blanda musa,
En prenda cierta de su amor sencillo.

A ti ofrece sus versos, dulce fruto
De la alegre niñez, juegos amables
Que en las orillas del undoso Tórmes

Canté algun dia entre Dorila y Filis,
Para templar mi llama, y sus oidos
Regalar con la plácida armonía.

A ti, querido amigo, los consagra,
Cual suele al padre el inocente hijuelo
Con los dones brindar, que su oficioso
Afecto le procura. Tú alentaste

Mis primeros conatos ; y el camino
 Me descubriste en que marchar debía.
 El ardiente Tibulo, el delicado
 Anacreon y Horacio á la difícil
 Cumbre treparon por aquí ; sus huellas
 Sigue, dijiste, síguelas sin miedo,
 Que Amor y Febo al término te aguardan
 Para ceñir tu sien de lauro y rosas. —
 Quise empezar ; y tú con diestra mano
 El templado laud poniendo al pecho,
 Mil armónicos sonos repetias,
 Enseñándome á herir las dulces cuerdas :
 O si tal vez cobarde rezelaba,
 Tornar me hiciste á la labor difícil
 Con poderoso ruego. A ti debidos
 Los frutos son de mi sudor : tú solo
 Puedes ser su defensa y firme amparo.

Otros, Jovino, cantarán la gloria
 De los guerreros, el sangriento choque
 De dos fieros ejércitos, los valles
 De sangre y de cadáveres cubiertos ;
 Y la desolacion siguiendo el carro
 De la infausta victoria : horrendas, tristes
 Escenas de locura, que asustada
 Mira la humanidad. Otros el vicio
 Hiriendo con su azote, harán que el hom-
 [bre
 De sí mismo se ria ; ó bien al cielo
 Su tono alzando, esplicarán las leyes
 Con que en torno del sol la tierra jira,
 Quién la luz lleva hasta Saturno, ó cómo
 Del desórden tal vez el órden nace,
 Y este gran todo invariable existe.

Mi pacífica musa no ambiciosa
 Se atreve á tanto : el delicado trino
 De un colorin, el discurrir süave
 De un arroyuelo entre pintadas flores,
 De la traviesa mariposa el vuelo,
 Y una mirada de Dorila ó Fílis,
 Un favor, un desden su voz incitan ;
 Y reclinado en la mullida yerba,
 Tranquilo ensayo mil alegres tonos,
 Que el valle escucha, y que remeda el eco.
 Tú mientras tanto al tribunal augusto
 Subes, Jovino ; y desde el alto escaño,
 Organo de la ley, sus infalibles
 Oráculos anuncias. A tu diestra
 Gozosa la Justicia los atiende ;
 Y á los pueblos la Fama los pregona.
 La santa humanidad y el amor patrio
 Tu pecho encienden y tus pasos guian ;

Y como activo el fuego su ardor presta
 A cuanto toca, el duro bronce ablanda,
 Y todo en sí lo vuelve ; así tu zelo
 De tan clara virtud y amor guiado,
 Por los sabios liceos se difunde :
 La feliz llama en sus alumnos prende,
 Y Madrid goza los opimos frutos
 De tu constante afan. ¡ Oh ! ¡ qué de veces
 Mi blando corazon has encendido,
 Jovino, en él ; y en lágrimas de gozo
 Nuestras pláticas dulces fenecieron !
 ¡ Qué de veces tambien en el retiro
 Pacífico las horas del silencio
 A Minerva ofrecimos, y la diosa
 Nuestra voz escuchó ! Las fujitivas
 Horas se deslizaban ; y embebidos
 El alba con el libro aun nos hallaba.
 ¿ Pues qué, si huyendo del bullicio insano
 En el real jardin?... ¡ A dónde, á dónde
 Habeis ido, momentos deliciosos !
 ¡ Disputas agradables, dó habeis ido !
 Tú me llevaste de Minerva al templo,
 Tú me llevaste ; y mi pensar, mis luces,
 Mi entusiasmo, mi lira todo es tuyo.
 Borra, tilda, corrije, perfecciona
 Lo que empezaste ; y de una vez se sepa
 Que tú has sido mi númen, ó Jovino !
 Y que hijos son de tu amistad mis versos.
 ¡ Oh ! ¡ cuán alegre el corazon publica
 Esta dulce verdad ! ¡ cómo se goza
 Mi tierna gratitud en confesarla !

Sí, tú volviste á mí, cuando ignorado
 Yacía y sin vigor en noche oscura
 Mi inculto númen, los clementes ojos
 Con que las artes y el ingenio animas :
 Tú estendiste la mano jenerosa
 Para alzarme á la luz ; y mi maestro,
 Y mi amigo, y mi padre ser quisiste.
 Yo desde entónces, cual la tierna planta
 Del hortelano á los desvelos crece,
 Fruto de su cultivo y sus tareas ;
 A sentir, á pensar por ti enseñado,
 Obra soy tuya, y de tu noble ejemplo,
 Y tuyos son mi nombre y mis laureles.
 Si oso trepar al templo de la Gloria
 Con jeneroso ardor ; si repetidos
 Son de mi lira los acordes tonos
 Por nuestros descendientes, ¡ cuán süave
 Mi gratitud ha de sonar entre ellos !
 ¡ Oh alegre dia ! ¡ ó venturoso punto,
 Aquel en que se unieron nuestras almas

En tan estrecho y delicioso lazo!
 Un pensar, un querer, un gusto, un jenio,
 Una ternura igual, un modo mismo
 De ver y de sentir; todo pedia
 Esta union, ó Jovino: todo dobla
 Cada dia su encanto, y la hará eterna.

¡Indulgente amistad, placer divino,
 Remedo acá en la tierra de la pura
 Felicidad de los celestes coros,
 Fuente de todo bien, apoyo firme
 De la santa virtud! tú sola puedes
 Amable hacer la vida, y deliciosa
 Nuestra existencia triste: ven, inflama
 A Batilo y su amigo; y que los hombres
 De ti tomen ejemplo en ellos solos.
 Tú mis versos dictaste, tú me inspiras,
 Y hoy al dulce Jovino los ofreces:
 Tú los conserva favorable y guarda
 A los lejanos siglos, porque sean
 Muestra de tu poder, y á los mortales
 Nuestros nombres y amor eternos digan.

EPISTOLA III.

AL ESCMO. SR. D. EUJENIO DE LLAGUNO Y
 AMIROLA, EN SU ELEVACION AL MI-
 NISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA.

EN fin mis votos el benigno cielo
 Oyó, querido Elpino, y sus anuncios
 Felices mi amistad colmados goza.
 Te ve en la cima del poder, al lado
 Del trono moderar de la alma Témis
 Las sacrosantas riendas, de la patria,
 De la virtud, el mérito y las letras
 En comun beneficio: la alegría
 Oye del pueblo al repetir tu nombre,
 Tu modesta virtud, tu zelo ardiente;
 Y en su entusiasmo á las amigas Musas
 Ve coronadas de laurel sagrado,
 Cual suyo celebrar tan fausto dia,
 Apolo en medio á su vihuela de oro
 Cantando en voz divina tus loores:
 Tus loores, Elpino; de las letras
 El imperio feliz, de la justicia,
 De la blanda equidad, de las virtudes.

Sí, amigo; amanecióles claro un dia,
 Amaneció á la patria, que gozosa
 De ti anhela su gloria y su ventura.
 No ya escusarse tu modestia puede:
 Ni de tu pecho al jeneroso impulso

Negarte es dado; óyela, y mil hijos,
 Cuyo zelo y saber su cetro tornen
 A su antiguo esplendor, dale oficioso.
 Tú los conoces, ó á crearlos bastas;
 Cual el ardiente sol abre fecundo
 El seno en mayo á mil alegres flores.

Tu jenio, tus avisos celestiales,
 Tu ejemplo los formó: tras ti treparon
 Al despeñado templo de las Musas:
 De ti oyeran del Pórtico y Liceo
 Los nombres venerados; y les diste
 Que dóciles gustasen las lecciones
 Del morador de Túsculo elocuente.
 Tú de la musa de la historia amantes
 Los hiciste tambien; y ante los ojos
 De la olvidada Iberia les pusieras
 Con docto afan los polvorosos fastos.
 Las artes hechiceras con el dedo
 Les señalaste; y los encantos nobles
 Del cincel, del buril, del engañoso
 Animado pincel por ti preciaran.

Cortesano, filósofo, ministro
 A un tiempo todo, y para todos fuiste.
 ¿Quién si no te buscó? ¿quién á tu lado,
 Si te escuchó feliz, (siempre en la dicha
 Hallándote ocupado de los pueblos,
 O en útil ocio con las dulces Musas)
 No se inflamó en anhelo jeneroso
 Por trepar á la cumbre, do Sofía
 Y alma virtud inaccesibles guardan
 A los vulgares ojos sus misterios?
 ¿O quién gozó cual yo de esta ventura?

Tierno muchacho, en su divina llama
 Tocado el pecho, te busqué, y tú blando
 A mi rudeza descender quisiste,
 Y con diestra oficiosa mis dudosos
 Pasos guiar en la difícil senda,
 Ora alentando mi cobarde musa,
 Ora su voz formando á la armonía
 Del hispano laud, tan bien pulsado
 Del dulce Laso y el divino Herrera;
 Y ora inflamando el desmayado aliento
 Con el laurel de inmarcesible gloria,
 Que en la remota edad por premio justo
 Guardado á anhelo tanto me mostrabas.
 ¿Con qué tornar mi gratitud sencilla
 Podrá tales oficios? ¿dónde voces
 Hallar, que llenen los afectos tiernos
 De mi inflamado corazon? Amigo,
 Querido amigo, jeneroso padre,
 No tu modestia mi entusiasmo culpe:

Permíteme gloriar, cantar me deja
 Tu sencilla bondad: sepan los hombres
 Que tu has dignado de llamarme amigo,
 Y dirigir mis juveniles pasos;
 Que virtud y saber de ti aprendiera.

¡ Oh! déte el cielo el galardón debido
 A tu indulgente humanidad: que amado
 De tus señores y los hombres seas:
 Que tu nombre en los siglos con los nom-

De Aristides y Sócrates divinos
 En uno se venere, y fausto corra
 De boca en boca, y de uno en otro pueblo.
 Ministro de la paz, déte que gozes
 De tu amor patrio los opimos frutos
 En colmada sazón: por ti animado
 Brille el hispano ingenio, cuanto brilla
 Puro el sol en la bóveda esplendente.

¡ Qué inmensa perspectiva ante tus ojos
 De dulce gloria desplegarse veo!
 ¿ Dónde volverlos que estender no puedas
 Tu jenerosa mano? La española
 Juventud llora en su rudez sumida;
 Y la llama feliz que en ella el cielo
 Grato encendió, sin pábulo se estingue.
 Dale maestros que sus tiernas almas
 Formen á la virtud y al amor patrio.
 ¡ Ah! ¡ cuánto, cuánto bien se libra en ellas!

Las casas del saber, tristes reliquias
 De la gótica edad, mal sustentadas
 En la inconstancia de las nuevas leyes,
 Con que en vano apoyadas titubean,
 Piden alta atención. Crea de nuevo
 Sus venerandas aulas: nada, nada
 Harás sólido en ellas, si mantienes
 Una coluna, un pedestal, un arco
 De esa su antigua gótica rudeza.

Torna despues los penetrantes ojos
 A los templos de Témis, y si en ellos
 Vieres acaso la ignorancia intrusa
 Por el ciego favor, si el zelo tibio,
 Si desmayada la virtud los labios
 No osaren desplegar, en vil ultraje
 El ignorante de rubor cubierto
 Caiga; y tú, Elpino, de la santa Astrea
 Ministro incorruptible, cabe el trono
 Sé apoyo firme de la toga hispana.

Dale, y á ti y á sus amigos caros,
 Y al carpentano suelo aquel que en noble
 Santo ardor encendido noche y día
 Trabaja por la patria; raro ejemplo

De la alta virtud y de saber profundo.
 ¡ Pueda abrazarle yo! ¡ goze estrecharle
 Luego, luego en mi seno, y de sus brazos
 A los tuyos lanzarme, Elpino mio,
 Estático de gozo al verme en medio
 De mis mas caras prendas! no, no tardes
 El fausto plazo de tan claro día.
 Débate mi amistad tan suspirada
 Justa demanda, y subiré tu nombre
 De nuevo, dulce amigo, al alto cielo.
 Tú le conoces; y en sus hombros puedes
 No leve parte de la enorme carga
 Librar seguro, en que oprimido jimes.

Mientras tu zelo y tu atención imploran
 Los ministros del templo y la inefable
 Divina religión. ¡ Oh! ¡ cuánto! ¡ cuánto
 Aquí hallarás tambien!... pero su augusto
 Velo no es dado levantar: tú solo
 Con respetosa diestra alzarlo puedes,
 Y entrar con pié seguro al santuario.

Vé en él jemir al mísero colono;
 Y al comun padre demandar rendido
 El pan, querido amigo, que tú puedes
 Darle, de Dios imájen en el suelo.
 Vé su pálida faz; llorar en torno
 Vé á sus hijuelos y su casta esposa.
 La carga vé con que espirando anhela,
 Mísera carga, que la suerte inicua
 Echó sobre sus hombros infelices;
 Mientra el magnate con desden soberbio
 Rie insensible á su indijencia, y nada
 En lujo escandaloso y feos vicios.

Elpino, aquí tu caridad invoco,
 Tu jeneroso corazón: sus ayes
 Recoje fiel, sus lágrimas honradas,
 Sus justas quejas; y el clemente pecho
 Por ti conmuevan del piadoso Carlos.
 Su hollada profesion es la primera,
 La mas noble, mas útil: de ti clama
 Luces y proteccion; la valedora
 Mano le tiende, y sus plegarias oye.
 No; ya no es dado recelar: la santa
 Humanidad, la religión, las leyes,
 El honor, la verdad, todos te imponen
 Tan alta obligacion: habla, importuna,
 Clama, y débate el pobre su sustento:
 Labren tus velas su dichoso alivio:
 Y tus decretos la abundancia lleven
 A las provincias, que tu nombre adoren.

Hélas, hélas á ti vueltos los ojos,
 Humildes demandarte su anhelada

Felicidad, á su plegaria unido
 El Indio vago en los inmensos climas
 De la ignorada América: tu ingenio
 Su tibiez mueva, su pereza aguije,
 Alumbra su ignorancia, poderoso
 Débiles las ampare; y feliz llene
 De espíritu de vida entrambos mundos.

Renazca en ellos la virtud amable,
 El candor inocente y fe sencilla
 De las costumbres sobre el firme apoyo.
 Ellas de nuestros padres bienhadados
 La herencia afortunada un dia hicieron:
 Del honrado Español fueron la gloria.
 Consumiolas el tiempo: empresa tuya
 Es darles hoy su antiguo poderío,
 Y despertar las perezosas almas

Que en sueño indigno y en olvido yacen.
 ¿Pues qué es, ¡ah! de las leyes el imperio?
 ¿Qué de las armas la funesta gloria,
 La opulencia, el poder, la ciencia, el oro
 Sin las costumbres? Enojosa llama
 Que brilla devastando, y luego muere.
 Costumbres pues, costumbres; y á su
 [sombra
 Florecerán las leyes olvidadas,
 Y ellas solas harán felice al pueblo.

¡Cuánto de ti no espera! ¡qué no puedes
 Hacer al lado del escelso amigo,
 Cuya feliz prudencia acompañando
 Tu íntegra fe, tu zelo jeneroso,
 Juntos marcharais ya con firme planta
 Del aula en los difíciles senderos!
 Su noble corazón, exento y puro
 De plebeyas pasiones, mas de gloria
 Lleno y amor al bien, labre contigo
 La ventura comun; y unidos siempre
 En santa y útil amistad, que tornen
 Haced, amigo, los dorados dias,
 Que al suelo hispano mi esperanza anhela.

EPISTOLA IV.

A UN MINISTRO, SOBRE LA BENEFICENCIA.

¿Cómo humilde rendir podrá mi Musa
 Las gracias merecidas al desvelo,
 Con que tu tierno corazón acoje
 La virtud infeliz, al ruego mio?
 ¿Dó acentos hallaré, que á mi officiosa
 Gratiitud correspondan? ¿dó palabras
 Que al vivo, amigo, repetirte puedan

VI.

Las bendiciones justas, con que al cielo
 Sube tu humanidad una inocente
 Misera, desvalida, mas felice
 Ya en la esperanza con tu sombra ilustre?

No, mi Musa no basta: y tu sencilla
 Modesta probidad huye el aplauso,
 Contenta solo en bien hacer, ni menos
 La mano presta ofrecer al desvalido,
 Que cuidadosa retirarla sabe
 Para ocultar sagaz el beneficio.

Amigo, tu bondad tu premio sea:
 Ella te haga gustar de aquel secreto
 Vivo placer que la acompaña siempre,
 Tu espíritu inundando del mas puro
 Dulce contento en las calladas horas,
 Cuando las almas insensibles oyen
 Entre las sombras de la noche triste
 La olvidada piedad que las acusa,
 Y sus helados pechos estremece.
 Ella tu premio sea; en tus oidos
 Sin cesar clame, y poderosa te haga
 Poner fin á la empresa jenerosa,
 Dando sustento y pan á la viüda,
 Al orfanico, tierno y desvalido,
 Que á ti convierten sus llorosos ojos.

¡Oh! ponte en medio de ellos, si lo puede
 Tu ternura llevar: vé su cuitada
 Soledad indijente: vé sus manos,
 Sus inocentes manos estendidas
 Hácia ti, amparo suyo, sombra suya:
 Vé sus tristes semblantes, sus jemidos,
 Y la alegre esperanza, que al mirarte
 Baja y conforta sus llagados pechos.

¡O dulce, ó celestial beneficencia!
 Virtud, que abarcas las virtudes todas,
 Tan rico don, cuan poco conocido,
 Tú que al débil mortal con Dios semejas,
 Cuya esencia es bondad, de cuyas manos
 Continuo dones mil al mundo bajan;
 ¡Dichoso aquel que ejercitarte puede,
 Sus lágrimas cortando al aflijido,
 Y en diestra amiga al abatido alzando,
 Del comun Padre imájen en el suelo!

Tú, ilustre amigo, mis deseos sabes;
 Tú, mi amor á la dulce medianía,
 Do en ocio blando, en plácido retiro
 Gozo el favor de las benignas Musas,
 Lejos de la ambicion y el engañoso
 Mar de las pretensiones, do á la orilla
 En tabla débil por milagro escapa
 Algun afortunado, y mil zozobran

En inútil lección; por nada empero
 Anhele alguna vez en la alta cumbre
 Mirarme del favor, cual tú te miras,
 Sino por enjugar con blanda mano
 Su amargo lloro al pobre, y estenderla
 Al mérito modesto y desvalido.
 Mi tierno pecho á resistir no alcanza
 Tan grata tentación: él fué formado
 Para amar y hacer bien; y una corona
 Tiene en menos que hacer un beneficio.

Mil veces tú dichoso, que los puedes
 Con larga mano dispensar, y al trono
 Subir haces la voz de la miseria,
 Gozando cada instante el placer puro,
 El íntimo placer de que te miren
 Como un padre comun los desvalidos.

No basta, no, ser justo. El juez severo
 Que la vara de hierro alzada siempre
 Contra el delito, inexorable el rostro,
 Jamás sintió la compasión llorosa
 Llenar de turbación su helado pecho,
 Al ver de un reo el pálido semblante,
 Y oír el ronco son de las cadenas;
 Odioso debe ser. El sabio triste
 Que en áridos problemas engolfado,
 Por no aquejar su espíritu insensible
 Cierra los ojos, y la espalda torna
 Al infeliz que á su dureza clama;
 Odioso debe ser. Serlo aun mas debe
 El héroe sanguinario que se place
 Entre el horror de las infaustas guerras,
 Sus feas muertes y alaridos tristes,
 La sangre, el polvo y el tronante bronce,
 Tras un vano laurel. Aquel que sabe
 Llorar con el que llora, condolerse
 De su suerte cruel, con sus consejos
 Hacerle llevaderos sus rigores,
 Testificarle la amistad mas viva,
 En su seno acogerle compasivo,
 Buscarle, hacerle sombra, y en su amparo
 Solícito ocuparse; a queste solo
 Es de todos amado; su memoria
 Con bendiciones mil corre en las jentes;
 Brilla inmortal su gloria; de la tierra
 Es delicia y honor, y viva imájen
 De la Divinidad entre los hombres.
 Así el astro del día sus tesoros
 Derrama liberal, el aura pura
 Esclarece, la tierra vivifica,
 Templa los hondos mares, y es fecundo,
 Benéfico motor del universo.

Mostrarse indiferente á las desdichas,
 Doblarlas es; y hacer un beneficio,
 De aquel que lo recibe hacerse dueño.
 Lo que solo da el hombre, aquello guarda,
 Y ni muerte ó fortuna se lo roba.

Salgamos de nosotros: estendamos
 A todos nuestro amor; y la suprema
 Bienandanza á morar del alto empíreo
 Al suelo bajará de angustias lleno.

¡ Ah! ¿ cómo puede ser que en faz serena,
 Ni enjutos ojos el magnate mire
 Penar al indigente? El tigre fiero,
 Si al tigre ve sufrir, manso se duele:
 ¡ Y el hombre es insensible á la miseria!
 ¡ Y en el lujo dormido al pobre olvida!

Nuestros días fugaces, sabio amigo,
 De amargos ayes, de cuidados llenos,
 Cual hermanos vivamos. Con la carga
 De nuestros males encorvados vamos
 Por la difícil senda de la vida;
 Aliviémonos pues: al que padece
 Redimamos del peso; un infelice
 Es un justo acreedor á nuestro auxilio.

A un pecho noble y jeneroso basta
 Ser hombre y desgraciado. ¿ Quién no

[debe
 Temer continuo la cruel desdicha,
 Querido amigo? ¿ quién vivió hasta ahora
 Sin conocer las lágrimas? mil fieros
 Enemigos acechan nuestros días,
 Y el hombre á padecer nace en la tierra.

Ley es sagrada remediar sus males
 Segun nuestro poder, y al que en la cum-
 [bre
 Coloca Dios del mando, allí le pone
 Para que en él el triste halle su alivio,
 El pobre amparo, el mérito un patrono.

Prosigue pues tu empresa jenerosa,
 O dulce amigo; acábala, y mis voces
 Olvidadas no sean con los graves
 Cuidados que te abrumen noche y día.
 Oye á tu alma sensible: da á la patria
 Una familia, y sé segundo padre
 De un huérfano infeliz: ambos deudores
 Le somos y á la madre desgraciada.
 Tú piadoso favor, y yo mis ruegos,
 Le debo encarecidos. ¡ Oh! ¡ lograsen
 La suerte favorable cabe el trono,
 Que á tu benigno corazón merecen!

EPISTOLA V.

AL DOCTOR DON GASPAR GONZALEZ DE
CANDAMO, CATEDRATICO DE LENGUA HE-
BREA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMAN-
CA, EN SU PARTIDA A AMÉRICA DE CA-
NÓNIGO DE GUADALAJARA DE MÉJICO.

¡HUYES, ¡ay! huyes mis amantes brazos,
Dulce Candamo, y entre el Indio rudo,
En sus inmensos solitarios bosques
Corres á hallar la dicha que en el seno,
En el fiel seno de tu tierno amigo
El cielo y la amistad te guardan solo?
Surta en el puerto la atrevida nave,
Ya las velas fugaces libra inquieta
A los alados vientos; ya impaciente
Clama la chusma por levar el ancla:
Lévala; ciega entre confusas voces,
Salvas y vivas á la mar se arroja.

¡Oh! tente, tente, navecilla frágil,
¿Dó te abandonas?... despeñado el noto,
Mira cuál corre la llanura inmensa
Del antiguo océano, infausto padre
De borrascas y míseros naufragios.
Los ciegos vados, los escollos tristes,
Las negras nubes sobre ti apiñadas,
Y tanto monstruo que las aguas cria,
Miedo y horror al ánimo y los ojos,
Mira desventurada: cauta el puerto
Torná á ganar, y deja de mi amigo
La venturosa carga. Amigo, vuelve,
Vuelve á mis brazos, y con blanda mano
Mis dolorosas lágrimas enjuga.
Tu ciego arrojó á mi sensible pecho
Se las hace verter... ¿y mas contigo
Podrán las leyes de un respeto injusto,
La opinion ciega, el pundonor vidroso,
Que la ley santa de amistad? ¿no tienes
Aquí cuanto te debe hacer felice?

¿Tus hermanas, tu amigo...? ¿y de ellos
[huyes?
Y entre bárbaros dicha hallar esperas?

No, ingrato, no: la sólida ventura
Solo mora en las almas inocentes
Que une amistad con su sagrado lazo.
Solo esta llama celestial los pechos
Hinche de verdaderas alegrías
Y de eterno placer, que en sombra triste
Jamás se anubla de pesar tardío.
Lejos del ciego mundanal tumulto,

Tesoros, honras, dignidades, todo
Estraño le es, y con desden lo mira.

¿Aquellas dulces pláticas, aquellas
Íntimas confianzas en que á un tiempo
Nuestra razon con la verdad se ornaba,
Y el pecho en entusiasmo jeneroso
Por la santa virtud movido ardía:
Tantos plácidos dias discurriendo
Del hombre y su alto ser; del laberinto
Oscuro de su pecho y sus pasiones;
Las horas que asentados nos burlaban,
En raudó vuelo huyéndose fugaces,
Ya de un arroyo la márjen, ya perdidos
Por estos largos valles; aquel fuego
Con que tú orabas en favor del pobre,
Víctima triste de enemigos hados;
Y escuchándote yo bañadas vieras
Mis mejillas en lágrimas: las gratas
Disputas nuestras depurando el oro
De la verdad, de las escorias viles
Con que el error y el interés la ofuscan;
Los heroicos propósitos mil veces
Renovados de amarla sobre todo:
Las útiles lecturas, los festivos
Y sazonados chistes... ¿tantas, tantas
Celestiales delicias en mis brazos
Detenerte no pueden? ¿ó es que esperas
Hallar acaso en los remotos climas
Otro amigo, otro pecho como el mio?

¡Ah! que ciego te engañas: ¡ah! que
[triste,
Solo, aburrido, despechado un dia
En tu abandono y tu dolor perdido,
Me has de llamar; y los turbados ojos,
Turbados de llorar hácia estos valles
Volverás, que ora, ¡ó misero! abandonas.
Sí, sí, los volverás, y en ruego inútil
Demandarás el olvidado nombre,
Mis cariños, mis brazos... ¿mas qué digo?
Yo le ruego; y la nave ya lijera
Con sesgo vuelo por el mar cerúleo,
Atrás dejando la galaica playa,
Hiende las olas espumosas, y huye
Como el viento veloz. Querido amigo,
Mitad del alma mia, compañero
De mi florida juventud, amparo,
Consuelo de mis penas, de virtudes
Y de bondad tesoro inagotable,
Y archivo fiel de mis secretos tristes,
Vé en paz, navega en paz: pródigo el cielo
Sobre ti vele; y tus preciosos dias

Fausto conserve para alivio mio.
 Consérvelos el cielo; y de su trono
 El Dios clemente que en tu pecho puso
 El heroico propósito, y te arranca
 De la querida patria y mi fiel seno,
 Por mil afanes y peligros rudos
 Alegre sus delicias conmutando;
 Con mano poderosa te sostenga
 Salvo del mar en el inmenso abismo.
 A su benigno omnipotente imperio
 Los raudos vientos su furor enfrenen;
 Y aquellos solo blandamente soplen
 Que al puerto afortunado te encaminen:
 Cual corre al grato albergue la paloma
 Buscando fiel su nido y sus hijuelos.

Él puede, y yo le ruego fervoroso:
 No mis ardientes súplicas, nacidas
 De inocente amistad, de fe sincera,
 Vanas, ¡ah! no han de ser; que Dios atiende
 Grato al que ruega por el dulce amigo;
 Y ante su trono subirán mis voces,
 Cual el fragante aroma de las aras
 En sacrificio acepto. Y tú que llevas
 En mi amigo esta vez, vasto océano,
 Mi vida y la mitad del alma mia
 Librada á tus abismos; las sonantes
 Alzadas olas calma por do fuere
 La frágil navecilla, que conduce
 Tan sagrado depósito á las playas
 Del opulento mejicano imperio.
 ¡O padre venerando! ayuda fácil
 Su arduo camino: mis plegarias oye;
 Y lejos dél la tempestad ahuyenta.
 Yo agradecido con sonante lira
 Te cantaré por siempre de los mares
 Supremo rey; y en himnos reverentes
 Subiré á las estrellas tus loores.
 Favorable le ampara; que no loca
 Presuncion, ni osadía temeraria,
 O ciega sed de atesorar, mas solo
 La tierna humanidad, el vivo anhelo
 De conocer al hombre en los distintos
 Climas, do sabio su Hacedor le puso,
 Y de ilustrarle el zelo jeneroso,
 A tan remotas tierras le arrebatan.

¡Tierras dichosas, que esperais gozarle!
 ¡Cuál os envidia! ¡cuánto! ¡y qué tesoro
 En él os va de probidad sencilla!
 ¡Ah! ¿por qué este tesoro á mí se roba?
 ¡Ah! si unidos alientan nuestros pechos,
 ¿Por qué, mares inmensos nos separan?

¿Cómo, querido amigo, al lado tuyo
 Partícipe no soy de tus fortunas?
 ¿Por qué, por qué mi espíritu angustiado
 Su inmenso mal no ha de llorar contigo?
 ¿Por qué contigo no verán mis ojos,
 No estudiarán ese ignorado mundo,
 Tantas incultas, peregrinas jentes?
 ¡Oh! ¡á tu mente curiosa qué de objetos
 Van á ostentarse! ¡cuánta maravilla
 A ese tu jenio observador aguarda!
 Otro cielo, otra tierra, otros vivientes,
 Plantas, árboles, rios, montes, brutos,
 Insectos, piedras, minerales, todo,
 Todo nuevo y estraño; cuán opimos,
 Cuán ricos frutos cojerá tu ingenio!
 Tu ingenio conducido á la luz clara
 De la verdad en su sagaz exámen.

Sacia la ardiente sed: admira, estudia
 La gran naturaleza; y con divina
 Mente su inmensidad feliz abarca:
 Sus vínculos descubre; y un hallazgo
 Sea cada paso que en sus reinos dieres.
 Mientras yo, ¡ay Dios! en mi dolor pro-

[fundo
 Perdido y solo, de esperar cansado,
 Cansado de sufrir, víctima triste
 De mil ciegas pasiones, estos valles
 Vago sin seso; y despechado imploro
 La muerte con los tristes perezosa.
 Que de ti lejos, fiel amigo, ¿dónde
 Podrá alivio encontrar el alma mia?
 ¿Dónde aquel zelo de mi bien, aquellos
 Saludables avisos que templaban,
 Cual un divino bálsamo, las penas
 De mi pecho, hallaré?.. mudo y lloroso,
 Solitario, aburrido, los felices
 Lugares correré, donde solías
 Mi gozo hacer un tiempo y mi ventura.
 Iré al aula, á tu estancia: el nombre tuyo
 Repetiré llamándote; y mi anhelo
 Solo hallará por ti dolor y llanto.

¡Ay! ¡en qué amarga soledad me dejas!
 ¡Ay! ¡qué tierra! ¡qué hombres! la ca-
 [lumnia,
 La vil calumnia, el odio, la execrable
 Envidia, el zelo falso, la ignorancia
 Han hecho aquí, lo sabes, su manida,
 Y contra mí infeliz se han conjurado.
 ¿Podré, ¡oh dolor! entre enemigos tales
 Morar seguro sin tu amiga sombra?
 ¿Podré un mínimo punto haber reposo?

Los faustos vivas de los buenos quiere.

Sí, mi Jovino; por do quier tu nombre
Resuena en gritos de contento; todos,
Todos te aclaman, las amables Musas,
La ardiente juventud, la reposada
Cobarde ancianidad, el desvalido
Y honrado labrador, en su industrioso
Taller el menestral... yo afortunado
Los oigo, animo, y gózome en tu gloria,
Y lloro de placer, y gozo y lloro.

¡Gloria! ¡felicidad! JOVINO amado,
Dulce amigo, mitad del alma mia,
Al fin te miro do anhelaba; fueron
Agradables mis súplicas... huyera
La niebla vil que tu virtud sublime
Mancillar intentó; cual la deshace
El dios del dia del zenit, do brilla
Rico de luz en el inmenso espacio,
Tú la ahuyentaste así. CARLOS te llama,
Te acoge afable cabe sí, te entrega
De la alma Témis el imperio, y quiere
Que tú su reino á sus Hispanos tornes,
Reino de paz y de abundancia, y dulce
Holganza y hermandad... JOVINO mio,
¡Gloria! ¡felicidad!... sí, volverásle
Este reino del bien: tu zelo ardiente,
Tu patriotismo, tu saber profundo,
Tu afable probidad lábrenle á una.

Todos lo anhelan de tu justa diestra:
La humanidad, la lacerada patria
Con lágrimas te muestran sus amados
Hijos; y todos hácia ti convierten
Los solícitos ojos, de inefables
Esperanzas del bien las almas llenas.
Vélos, vélos, Jovino, en estos dias
De alegría inmortal, vélos llamarte
Padre, reparador; vélos, y goza
El sublime espectáculo de un pueblo,
Un pueblo inmenso y bueno que en ti es-
[pera.

Cayó del mal el ominoso cetro,
Clama, y el brazo asolador: radiante
Se ostente la verdad, si antes temblando
Ante el hinchado error enmudecia.
Fué, fué á sus ojos un atroz delito
Buscarla, amarla, en su beldad augusta
Embriagarse feliz: la infame tropa
Que insana la insultó, como ante el viento
Huye el vil polvo, se disipe, y lllore
Su acabado favor: Jovino el mando
Tiene; los hijos de Minerva alienten.

EPISTOLA VIII.

AL ESCMO. SR. DON GASPAR MELCHOR DE
JOVELLANOS EN SU FELIZ ELEVACION
AL MINISTERIO UNIVERSAL DE
GRACIA Y JUSTICIA.

¿DEJARÉ yo que pródiga la Fama
Cante tus glorias, y que el himno suene
De gozo universal, callando en tanto
Mi tierno amor su júbilo inefable?
JOVINO, no: si atónito hasta ahora
No supo mas mi corazon sensible
Que en ti embeberse, en lágrimas bañada
La cariñosa faz, lágrimas dulces
Que brota el alma en su alegría inmensa;
Ya no puedo callar: siento oprimido
El pecho de placer, trémulo el labio
Hablar anhela, y repetir los vivas,

Aliente la virtud: tímida un día
Si osó al aula llegar, tornó llorosa,
Desatendida, desdeñada, en tierra
Su helada faz, y del favor hollada:
Mas ya le tiende la oficiosa mano
Su ardiente adorador; y el merecido
Lauro decora sus brillantes sienes.

La misma mano cariñosa enjuga
El sudor noble al arador, y aguija
Su ardiente afán; y la esperanza rie
De espigas de oro coronada á entrambos.
No ya taladas llorará sus mieses,
Ni el ancho río los sedientos surcos
Verán correr inútil, su rocío
Al sordo cielo demandado en vano.
Vuelve á los campos la olvidada Témis,
Y la igualdad feliz; en pos le rien
La oficiosa hermandad, y los deleites
Del conyugal amor, de atroz miseria
Hoy cuasi estinta su celeste llama.
Su habitador de sus pajizos lares
Seguro goze ya, y alze la frente
Al cielo sin rubor: ama Jovino
Los campos y el arado: á vuestro númen
Corred, colonos, y aclamad su nombre.

Así la voz del bullicioso pueblo:

¿Y á su anhelante ardor negarte osaras,
Sorda la oreja al ruego fervoroso
De la querida desolada patria?
¿Y al yugo hurtabas la cerviz robusta?
¿O de trepar á la elevada cumbre,
Donde la gloria á coronar te lleva
Tu carrera inmortal, cobarde huías?

Vílo, sí; yo lo ví: (*) pueblos, sabedlo,
Y acatad la virtud: yo ví á JOVINO
Triste, abatido, desolado, al mando
Ir muy mas lento, que á Gijón le viera
Trocar un día por la corte. Nunca
Mas grande lo admiré: por sus mejillas
De la virtud las lágrimas corriendo,
Yo atónito y lloroso le alentaba.
Callaba, y yo también: si revolvia
A su albergue de paz los turbios ojos,
De ti me arrancan, suspiraba, ¡ay horas
De delicia inmortal, do en el silencio
Apuré ansioso las sublimes fuentes
Del humano saber! ¡Queridos hijos

(*) Apenas supe la elevación de mi amigo, corri á encontrarle y abrazarle hasta mas arriba de Leon.

Que al hombre haces un dios, y
[trono,
Cuando su pecho omnipotente inflamas,
Haces que ofrezca en sacrificio alegre
Reposo y vida, y cuanto abarca inmenso
En la tierra su amor, de almas sublimes
Consuelo, encanto, anhelo, númen, todo!
Hablaste, y dócil se rindió mi amigo,
Y á tu imperio obediente á hacer dichosos
Corrió, infeliz en la comun ventura.
¡Infeliz! no; tus gozos inefables
Sacian el corazón: do quier te ostentas,
Rie altísima paz, se oye el sublime
Grito inmortal de la conciencia pura,
Y los siglos sin fin que en raudos jiro
Eterno el nombre de tus hijos suenan.
Entre ellos brillará, Jovino, el tuyo,
Y de uno en otro crecerá su gloria.
La humanidad y tus canoras musas

Suyo le aclamarán; dirán que diste
Grandes ejemplos, y que empresas gran-
Consumaste feliz; la encantadora [des
Arte de Apéles lo dirá, el sonoro
Cinzel y el jenio del grandioso Herrera,
Y el ancho Bétis, y Madrid, y el suelo
De tu caro Gijon, la antigua cuna
Del cetro hispano en sus riscosas cimas
Sobre las nubes de tu planta holladas,
Infatigable para el bien: diránlo
Cuantos rijes en paz, mansa y süave,
Cual la altísima mano que sustenta
El orbe, y sabe prövida, invisible
Llevarlo siempre al bien: tu así en el [mando
Afable ordenarás; verán los hombres
Que no es yugo la ley, que es dulce nudo
De feliz libertad, y paz, y holganza.

Veránlo; y yo les clamaré, inflamado
De un fuego celestial, fuego en que arden
Nuestros dos pechos, inmortal ejemplo
De fino amor y fraternal ternura:
Este es mi amigo, y me crió, y su labio
Me enseñó la virtud, y al lado suyo
A ser bueno aprendí, y amar los hombres.
Él en mi seno el delicioso anhelo
Prendió y la sed del bien, y él me decia
Que una lágrima es mas sobre las penas
Del infeliz vertida, que oro y mando,
Y cuanto escelso prez el mundo adora.
Lloré, y gozé con él: juntos nos vieron
Las prestas horas revolver tranquilos
Los sagrados depósitos, do cierra
Minerva sus riquísimos tesoros,
Fastos sublimes de la mente humana;
Y apurélos con él: al templo augusto
Él me introdujo de la santa Témis,
Y débole su amor; y cuanto abriga
Sentir sublime el corazon, le debo.

¡Gloria! ¡felicidad, Jovino amado,
Y eterna gratitud!... pueblos, conmigo
Venid, uníos; y que el himno suene
De perdurable honor, que estienda el eco
Al Zemblo helado, y donde nace el dia;
Y el ancho espacio de los cielos llene.
Tú en tanto afana, lidia, vence, ahuyenta
El fatal Jenio, que su trono infausto
En la patria asentó; caiga el coloso
Del error de una vez, alzando al cielo
Libre el ingenio sus brillantes alas.

Un hombre sea el morador del campo:
No los alumnos de Minerva lloren
Entronizada á la ignorancia altiva;
Ni cabe el rico la inocencia tiemble.
Justa la ley al desvalido atienda,
Inalterable, igual, sublime imájen
De la divinidad; y afable ría
La confianza en los hispanos pechos.
Haz su ventura así; lábrala cuanto
Te consume su amor, siempre embargada
La escelsa mente en inefables gozos;
Gozos sublimes, que sin fin florecen;
Que en vano hiere calumniosa envidia;
Fortuna acata; de los siglos triunfan;
Y eterno lauro á la virtud ostentan.
Del individuo librase en la dicha
Del todo el bien, y al universo entero
La inocencia infeliz de duelo llena;
Con tan estrecho vínculo se añuda
El linaje humanal. — Así inflamado
Tú me decias, y en mi blando seno
Tu heroico afan solícito inspirabas.
Llegó el dia feliz: dase á tu diestra
Válida obrar cuanto enseñó tu labio:
A tu ingenio asentar el gran sistema
Que dió á los campos tu saber profundo;
Y á tu pecho filántropo embriagarse
En la dicha comun, prövido haciendo
Que do el mal antes, bienes mil florezcan.
Sí; florezcan por ti, cual en los dias
De mayo el suelo de la blanda llama
Regalado del sol, llama fecunda,
Benéfica, vital; y hasta el remoto
Manilo de tu amor los dones lleguen.
Y gratos él, de América los hijos,
Y los dichosos de tu cara Iberia,
Artistas, sabios, labradores, cuantos
En ella precian, y en el ancho mundo,
Las letras, la virtud, el almo fuego
De la amistad, y un corazon sencillo,
La ansia noble del bien, y la indulgente
Solícita bondad; todos te aclamen:
Eterna admiracion á todos seas:
Tu claro nombre en sus idiomas suene;
Y á mi entusiasmo y mi ternura unidos,
Cuando tu mando alegres recordemos,
Tu fausto mando, el grito fervoroso
En júbilo inefable enajenados,
¡Gloria! ¡felicidad! por siempre sea.

EPISTOLA IX.

AL DOCTOR DON PLACIDO UGENA,
PREBENDADO DE LA IGLESIA CATEDRAL DE
VALLADOLID, SOBRE NO ATREVERME
A ESCRIBIR EL POEMA ÉPICO
DE PELAYO.

No, Ugena mio, con rugosa frente
Mas censures mi musa silenciosa:
No perezoso, llámame prudente.

Quisieras que con trompa sonora
Ahora cantara, cual ansié algun día,
Del gran Pelayo la virtud gloriosa;

Y el brazo que á la goda monarquía,
Por tierra hollado el arrogante moro,
Rompió la vil cadena en que jemía.

Digno argumento del Cilenio coro,
De invencible constancia, de altos hechos,
Y patrio honor riquísimo tesoro.

Llano Gijón, los bárbaros deshechos,
Los dardos vueltos en la horrenda cueva
A herir, ¡oh pasmo! sus infieles pechos,

Un monte desplomarse sobre el Deva,
Y el hondo valle, y despeñado río,
Que armas y huesos aun rodando lleva;

Otro sonoro plectro, Ugena mio,
Piden que iguale la materia el canto;
Que yo mi paz de mi silencio fio.

Tú me conoces bien, tú sabes cuánto
Inflamó al númen la inmortal memoria
De tantas lides, de prodijio tanto.

Cuál de la patria la sublime historia,
El nombre augusto al corazón tocaba;
Hirviendo en gozo al contemplar su gloria.

¡Oh memoria! ¡oh dolor! ya me acechaba
La vil calumnia, y con su torpe aliento
La alma verdad y mi candor manchaba.

Indignéme en su insano atrevimiento.
Indignéme y jemí; y arrebatado
Me ví al furor de un huracan violento.

Sin nombre, sin hogar, proscrito, ho-
llado
Me viste; empero en sufrimiento honroso
Inmóble, en Dios y en mi virtud fiado.

¿Quién del trueno alestruendo pavoroso
No desmayó? ¿de tal horror testigo,
Quién por sí no tembló y huyó medroso?

Tú y otros raros cariñoso abrigo
Me disteis solo, la clemente mano
Tendiendo do apoyarse, al triste amigo.

¡Honor á la amistad, al soberano
Feliz venero de inmortal ventura,
Que ennoblece y consuela al ser humano!

Pasó el nublado asolador; mas dura,
Aun viva dura en la azorada mente
La infausta imájen de su sombra oscura.

¡Oh si pudiese hablar! ¡oh si patente
Poner la iniquidad, rompiendo el velo
De horror, do esconde su ominosa frente!

Que al fin pródigo y justo al santo cielo
Plugo amparar á la bondad hollada,
Tornando en bien mi amargo desconsuelo.

Una mano sagaz cuanto ignorada
Ya en mi poder los monumentos puso,
Blason de mi inocencia immaculada.

Todo lo hallé feliz: ni es ya confuso.
El crimen para mí: la trama infame,
La mano sé que en sombras la dispuso.

No empero aguardes que indignado
[clame:
No, aunque holladas vilmente, que en

[mi ayuda
La relijion y la justicia llame.

Pasóse el tiempo: mi conciencia es muda:
Mi ajado pundonor nada apetece;
Y en su paciencia mi bondad se escuda.

Fortuna en vano su favor me ofrece:
Quiero ignorado, en plácido sosiego,
Mientras voluble á miles embebece,

Gozar mi noble ser, sin que ni el ciego
Favor me deba, ó la ambicion cuidosa
Ni justa queja, ni oficioso ruego.

¡Cuán bien, amigo, oscuro se reposa!
¡Cuán bien del yugo de afanoso mando
Vaga exenta y feliz la mente ociosa!

Y del saber humano contemplando
El tesoro inmortal, que del olvido
Fué en cien siglos el jenio acrisolando:

Ya sobre el sol con cálculo atrevido
El vuelo de un cometa persiguiendo
En los espacios de la luz perdido:

Ya edades y naciones recorriendo,
Con noble ardor en la vivaz memoria
Mil útiles avisos imprimiendo:

Riendo ya los hijos de la gloria;
O repasando en reflexion severa
De errores mil la lamentable historia.

Atesore por mí, mande quien quiera;
Con que en grata inocente medianía
Yo arribe al puerto en mi fugaz carrera.

Pasamos vaga sombra en breve día;

Y aun ciegos anhelamos: ¡oh culpable
Hidrópico furor, necia agonía!

Pueda yo, el vuelo alzando á la inmu-
[table

Fuente del bien, en su corrienté pura

Ahogar la sed del ánimo insaciable,

Y embriagado aun beber: de la impos-
[tura

Mi bondad pueda y del letal encono

Los fieros golpes contrastar segura.

De hueca vanidad el necio entono,

De ambicion loca, ó de servil bajeza

La frente vil, el humillante tono

Desdeñe cruda en su veraz llaneza,

Y lejos de adular al vulgo insano,

Preciando noble de mi ser la alteza,

Pueda reir al ímpetu liviano

Con que ciego el poder al uno aleva,

Y al otro abate con airada mano:

Y huyendo alegre tan amarga prueba,

Mi mente ejerza el celestial empleo

Que anhela el gusto y la razon aprueba.

Logre de un huerto el plácido recreo,

El grato halago de alameda umbría,

De fresco viento el delicioso oreo;

Do el fácil jiro, la corriente fria

De un arroyuelo murmurante y puro

Vista y pecho me colmen de alegría.

Y en grata soledad libre y oscuro

Una casilla cómoda, aunque breve,

Asilo ofrezca á mi humildad seguro:

Do al fuego el ceño del invierno lleve,

Me goze en mayo, el inflamado estío,

Huya, espire de octubre el aura leve.

Y allí los cisnes de Castalio río,

El cano Homero, el culto Matüano,

Y el del perdido Eden cantor sombrío:

Horacio amable siempre, siempre hu-
[mano,

El que, ó Delia, en tus ojos se abra-
[saba,

Y el que oyó el Jeta ríjido inhumano;

El que tu amor frenético pintaba,

Fedra infeliz, ó la clemencia augusta

Que á Cina criminal su diestra daba;

O el que en Alcira á la opresion injusta,

Vengando, en César, á la audaz grnadeza,

Y en su Mahoma al fanatismo asusta;

Del dulce Laso la feliz llaneza,

Del grave Herrera la sonante lira,

Del gran Leon el gusto y la belleza,

Vengan, y cuantos Cintio afable inspira,

A acordar con sus números rientes

Los trinos que mi cítara suspira.

Mi espíritu arrebatan elocuentes

El jenio ardiente que arredró al malvado

Catilina en sus furias inclementes;

Del gran Benigno (*) el labio, que ins-
[pirado

La nada muestra de su orgullo ciego

Al poder sobre el trono sublimado;

Del cisne de Cambray el suave fuego,

Y tu voz, ó Granada, fervorosa,

Que alza al trono de Dios mi humilde
[ruego.

Lleve tras ellos mi razon medrosa

A tus piés, inmortal filosofía,

Del gran Bacon la antorcha luminosa.

Profundo Newton me dirá, quien guia

Cual ordenado ejército á sol tanto,

Rodando inmenso en la rejion vacía.

Buffon, natura, tu sublime manto

A alzar me enseñe, y á inflamar mi seno

Platon de la virtud al nombre santo.

De vicios á Neron y horrores lleno

En Tácito temblar despavorido

Mire, y morir á Séneca sereno.

Oiga en Livio del foro el gran ruido,

La voz de Bruto que venganza clama,

O de Virginia el último jemido;

Y arder á Roma en la gloriosa llama

De patriotismo y libertad, que activa

Mi sangre ajita, y su desmayo inflama.

Tanta es de la palabra fujitiva

La májica virtud, cuando imperioso

La inspira el jenio, la pasion la aviva.

Así ocupado viviré gozoso;

Sin que del ocio el insufrible hastío

Mi espíritu atosigue congojoso.

Cual sueño en tanto de la vida el río

Se huye fugaz; y hundirse resignado

En él contemplo de mi aliento el brio.

De la dura desgracia así enseñado,

Me hago mejor, como la encina añosa

Al hierro, el oro al fuego depurado.

Despareció la juventud fugosa,

Y en pos de obrar el turbulento anhelo,

Y de gloria la llama jenerosa.

Ya de la edad el perezoso hielo

Mi frente amaga, á decorarla empieza

(*) Bossuet.

La nieve, y miro con desden el suelo.

Téngase pues su brillo y su nobleza
Orgullosa el favor: llene engreída
El mundo la ambición de su grandeza.

Jima en medio su espléndida comida
La opulencia infeliz: pierda insaciable
La gula en ella la salud, la vida;

Mientras yo, Ugena mio, inalterable
Mi suerte ordeno: silencioso adoro
La alma virtud en su candor amable;

Y mil altas verdades atesoro,
Ya que no es dado el revocar los años,
Los locos años que perdidos lloro.

¡ Ah si pudiera ser! ¡ oh, si los daños
Ora en ellos borrar que amargos veo,
A la luz de mis cuerdos desengaños!

Otro fuera, ¡ oh dolor! otro su empleo.
Sola, ó sublime celestial Sofía,
De inmenso bien llenaras mi deseo:

Y mientras uno en mísera agonía
Jimiera de medrar; ó tras liviana
Beldad otro en amor sin seso ardía;

A otro ajitara la codicia insana;
Corriera aquel al funeral estruendo
De Marte; y este tras el aura vana:

Yo escarmentado de la playa viendo
Ya el Ponto hervir en furia borrascosa,
Su falaz calma sin cesar perdiendo,

Y al vendaval con ala pavorosa
Cubrir volando de tiniebla oscura
Del desmayado sol la faz lumbrosa,

A par que el hombre en su fatal locura
Ciego, en los grillos del error se ajita,
Perdiendo entre ellos su fugaz ventura,

Y mientras mas la tempestad concita
El turbulento mar, mas sin sentido
En medio su furor se precipita;

En suave paz, en inocente olvido
Solo en atar de la razón cuidara
Al útil yugo el corazón rendido;

Lo necesario sin afán buscara;
Nunca al ajeno bien contrario hiciera
El bien sencillo que dichoso ansiara:

Inmóvil al mal, al aura lisonjera
Que el cielo á veces favorable envía,
El ciego porvenir igual me viera:

Con solícito afán la noche, el día
Para elevarme hasta su escelso Dueño
Su obra inmensa sagaz estudiaría;

Y sin temblar del poderoso el ceño,
Tras el fausto correr, ó fascinado

Comprar un nombre con mi dulce sueño.

Tan seguro y veraz cuanto ignorado,
Siempre mi rostro el sol viera gozoso,
Ni de nadie envidioso ni envidiado:

Que aquel, Ugena mio, es mas dichoso,
Que mas oscuro en su rincón se encierra;
Y el oro y todo el mando de la tierra
Ni un día valen de feliz reposo.

EPISTOLA X.

LA MENDIGUEZ.

No en balde, no, si el infeliz jemido
De la indigencia desvalida alzaba,
Príncipe, á vos, para su bien fiaba
Entre el séquito y boato cortesano
Encontrar siempre un favorable oído.
Presto á tender la valedora mano,
Presto á enjugar las lágrimas que vierte
La triste humanidad; de la ominosa
Vil mendiguez, y de la horrible muerte
Que ya sus frentes pálidas cubría,
Mis niños redimís, fijais su suerte;
Y en vez del vicio y la vagancia odiosa
En que su infancia mísera jemía,
Nueva vida le dais, vida que un día
Útil, honrada, laboriosa, el cielo
Fausto bendecirá, y el patrio suelo
Sobre el rico telar verá empleada.

En vano al hambre ya su desolada
Orfandad temblará, ni el inocente
Cuello abrumado con el yugo odioso
De un mísero abandono, los umbrales
Del rico, aun mas que su indolente oreja,
Conmoverán en tono doloroso.

Lejos de oprobio vil, de amarga queja,
Del ocio torpe y sus horribles males,
En el sudor que inundará su frente,
Y en el salario de sus diestras manos,
Colmándolos la industria de sus dones,
Su vida librarán y su ventura;
Y hombres serán de hoy mas y ciudadanos.

Afable recibid de su ternura
Las lágrimas, señor, las bendiciones
De su inocente gratitud, mezcladas
Con las sencillas que mi afecto os debe.
Bendiciones de amor, no inficionadas
Del interés ó la lisonja fea:
Plácida á vos la caridad las lleve;
Y ella sola á bien tanto el premio sea.

Ella os inunde el bondadoso seno
 Del júbilo inefable que consigo
 Trae la dulce piedad: dar blando abrigo
 Al desvalido, y de ternura lleno
 Mezclar al suyo el delicioso llanto
 De un solícito amor: ¡celestes encanto!
 ¡Sólido bien divino, inmarcesible!
 Que en vano anhela el feble sibarita,
 En vano el hielo y las entrañas duras
 Del egoísta bárbaro, insensible:
 Y siempre igual en sus delicias puras
 El gozo eterno del olimpo imita.

¡Ah! ¡qué á su lado son cuantas el oro
 Da de ilusiones, ni el inquieto anhelo
 De la hinchada ambición! cuantos la tierra
 Prodigas dones, ó su seno encierra,
 ¡Cebo infeliz del humanal desvelo!
 De delicias riquísimo tesoro,
 Jamás se agotará: nunca su hastío,
 Nunca de tibia indiferencia el hielo
 Ahogan el pecho en inacción amarga.
 Entre el silencio de la noche umbrío,
 Las puntas del dolor, la odiosa carga
 Del grave mando que sus ansias zela,
 Y el crudo afán del velador cuidado,
 Su recuerdo feliz plácido vuela
 Acariciando el corazón penado:
 Bálsamo de salud sus llagas cura,
 Y alivio, y paz, y sueño nos procura.

En él veréis mis niños inocentes,
 Príncipe, alguna vez en su asqueroso
 Pálido horror de fetidez cubiertos,
 Quebrando el pecho en su jemir dolientes,
 Solo en andrajos míseros envueltos,
 Sin pan ni abrigo; oprobio vergonzoso
 Del ser humano, y de la patria afrenta,
 Que por sus hijos, ¡oh dolor! los cuenta.
 Y en torno luego de ignominia tanta
 Redimidos por vos, en el semblante
 El vivaz gozo y la salud radiante,
 Triscando alegres con lijera planta.
 O al obrador llevados por la santa
 Humanidad del templo, en su continuo
 Preciado afán enriqueciendo el suelo,
 Que su tumba infeliz sin vos sería,
 Bendecir gratos el dichoso día,
 En que á su voz os condoleis benigno,
 Trocando en tanto bien su amargo duelo.

Hoy para un nuevo ser de vuestra mano
 En faz alegre y oficioso anhelo
 La patria en su regazo los recibe.

Hoy gozosa en sus fastos los escribe
 De vuestro zelo jeneroso, humano,
 Señor, por hijos: ¡oh, feliz, si viera
 Cumplirle un día favorable cuanto
 La fama anuncia y la razón espera!
 Estos asilos pródigos que el santo
 Fervor del bien á la vagancia opone;
 Que á la indigencia humilde desvalida
 Refugio son, y la vejez helada
 Implora en el ocaso de la vida:
 Puertos sagrados, do en salud se pone
 La mísera orfandad, abandonada
 A los acasos de la suerte inciertos:
 De la alma religión santificados,
 Que es toda amor como su Autor divino:
 Por vos, solo por vos lógrense abiertos;
 Y al saber cuerdo y la virtud fiados,
 Llenen al fin su altísimo destino.

¡Oh cuán alegre España aplaudiría,
 Príncipe, á tanto bien! ¡cómo el deseo
 Lo que ahora anhela, entónces gozaría!
 Pródigo acelerad tan fausto día,
 Y al ocio dad y la indigencia empleo.
 Dádselo; ved cómo do quier se ofrece
 Cubierto el vicio de infeliz laceria,
 Y erigiendo en virtud su oprobio mismo,
 Osado vaga; y se derrama y crece
 Impune, embrutecido en su miseria,
 Corrompe el pueblo; la nación infama,
 Abriéndole á sus plantas el abismo.

Ella, señor, á su socorro os llama:
 Su nombre augusto vuestro zelo inflame:
 Miren mis ojos la vagancia infame
 Proscrita de una vez: libre se vea
 De tan hórrida plaga el suelo hispano:
 Vil el mendigo por sus vicios sea:
 Su suerte odiada y de piedad indigna;
 Y al que es baldón, no se le llame hermano.
 Contra tal peste fervorosa truene
 La religión, y su contagio enfrene.
 Sancione en fin la caridad divina
 Tan sagrada verdad; y en una mano
 La vara... y otra el pan, severa ahuyente,
 A par que al pobre verdadero aliente,
 Al que en su jesto y flébil alarido,
 Sucio, flaco, asqueroso, á un palo asido,
 ¡Oh descuido! ¡oh vil mengua! ¡oh des-

[ventura!

Vincula de sus vicios el sustento.
 No su indigno gritar hiera mi oído:
 Ni espectro tal á mis umbrales mire.

Cuenta yo , cuenta mi salud segura ,
Y no en mi propio hogar incauto aspire
La fatal fiebre con su torpe aliento.

El zelo y la piedad á ambos retire
De la vista comun: á ambos reciba ,
Si no el taller , el afanoso arado:
Su pecho inflame la ganancia activa ,
Y cada cual solícito , aplicado ,
De su noble jornal cual hombre viva.
El zelo y la piedad , que en officiosa
Santa hermandad los jenerosos pechos
A empresa apellidados tan gloriosa,
De patriotismo en vínculos estrechos
Unir sabrán , su llama difundida
Del solio escelso hasta la humilde aldea.
Y una la accion y el fin, los medios unos,
Darle al público amor sublime vida;
Al mal do quier remedios oportunos,
Y harán que obra tan ardua fácil sea.

¿ Y por qué no lo harán? ¿ podrá el tardío
Bátavo allá en su suelo pantanoso ,
El Anglo odiado con su cielo umbrío ,
O el áspero Aleman lo que , ¡ ay! en vano
El jenio nacional ansie afanoso?

¿ Menos grande será , menos humano?
¿ Ellos tendrán asilos , do segura
Labor se apreste á la indijente mano ,
Do la doncella mísera , inocente ,
Gane en su noble dote su ventura ;
Do cierto abrigo á su flaqueza cuente
La edad caduca y la niñez cuitada ;
Do del saber y la piedad guiada
La aplicacion se instruya , y la pereza
Tiemble del crudo azote la aspereza?
¿ Tendránlos , y acá no?... ¿ qué estrella

[impía
Nos domina, señor? ¿ dó está el sagrado
Amor del bien y la virtud? ¿ qué fuera
Del noble y gran carácter , algun dia
Digno blason del Español honrado?
¿ Su llama jenerosa qué se hiciera?
¿ O cuál soplo en las almas le ha apagado?
De vos , solo , de vos remedio espera
La congojada patria en tan continos
Desoladores males cual la oprimen :
En vos la suma está de sus destinos.
En hambre y muertes las provincias jimen
Ahogadas en amargo desaliento ,
Y el Anglo avaro , ¡ ó ultraje ! en ímpia

[guerra
Cual vil pirata nuestros puertos cierra ,

Déspota infiel del líquido elemento.
Yace el antiguo honor en sombra oscura,
Y del estado la ínclita grandeza :
Gloria , jenio , esplendor , poder , riqueza,
Todo pasó , y en pos nuestra ventura.
Do quiera el dios del mal su cetro estiende,
Cetro de llanto y amargura y duelo ;
Mientras la infame mendiguez segura,
De su peste inundando el ancho suelo,
Bajo sus alas fúnebres se tiende
Cual torrente sin límites ; y osada
Luto , horrores y vicics nos presenta.
Firme , firme oponed la diestra airada ,
Y acabe en fin proscrita y encerrada.
Medios la patria os prestará abundantes ,
Teson en torno y voluntad constantes
Vos consagradle , y redimid su afrenta.
Nuevo Atlante seréis que en hombros lleve
Su suerte incierta y nuestro mal repare :
Que la orfandad y la indijencia ampare ,
Y el ser humano á su nobleza eleve.

EPISTOLA XI.

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ SIENDO MINISTRO
DE ESTADO , SOBRE LA CALUMNIA.

EN el silencio de la noche , cuando
En profunda quietud el ancho mundo
Sumido yace entre su manto umbrío ,
Huye azorado de mis tristes ojos ,
Señor , el sueño plácido , acosado
Del monstruo horrible de la atroz calum-
[nia.

Ella silbando furibunda anhela ,
Su ponzoña fatal vertiendo en torno ,
Cubrir de sombras mi inocencia inerme :
Abulta , finje , infama ; y á vos osa
Llegar , príncipe amado , por lanzarme
De vuestro noble jeneroso pecho.

Brama ; y ya corren á su infausto grito
El falso zelo y la ignorancia ruda,
Que en vagos ecos su clamor repiten :
Baten las palmas , y á fantasmas vanos
Dar saben forma y menazante ceño.
Su pérfida piedad con voz aguda
Veloz los lleva de uno en otro oido ;
Y en todos , ¡ ah ! con misteriosas voces
Mañosos siembran el infiel rezelo.
Llaman delito mi franqueza honrada ,
Mi amor del bien delirio , mi constante,

Inviolable lealtad.... De horror la pluma
 De la trémula mano se desliza :
 Un sudor frio por mis miembros corre;
 Y mi ser todo desfallece y tiembla
 De noble indignacion á ultraje tanto.
 Sufrir no puede un alma jenerosa
 Tan infaustas ideas ; ni á alentarme
 Mi zelo fiel ó mi inocencia bastan ,
 Ni tus avisos , ó sublime hija
 Del cielo , alma virtud , consoladora.

Veo , señor , entre dudosas nieblas
 Vacilar vuestro espíritu : los gritos
 Del error oigo : á la funesta envidia
 Sesga mirarme , y retorcer las manos
 Lívidas , yertas , sus horribles furias
 Llamando contra mí ; y al justo cielo
 Llorando clamo en doloridas voces.

¿Será, le digo, la virtud hollada
 Siempre de la maldad ? ; su infausto trono

Allá doblando el áspero Pirene,
 Escapa apénas del hispano suelo
 El que en trueque feliz sus agrias sierras,
 Antes solo mansion de fieras bravas,
 Supo en pensiles convertir, do opima
 Rie Pomona y la dorada Céres:
 Mientras muere el pacífico Ensenada
 Desdeñado en Medina; y su suspiro
 Ultimo es por el bien que ardiente anhela.
 Allí apartado de los hombres jime
 En Bátres Cabarrus; y el noble fuego
 Siente apagarse de su escelsa mente.
 A par que tú, Jovino, gloria mia,
 Honor ilustre de la toga hispana,
 De patriotismo y de amistad dechado,
 Ves anublada tu virtud sublime:
 La envidia vil y la ignorancia ruda
 Se armaran contra tí; pero tu nombre
 Fausto crece en tu plácido retiro.

¿Qué horrible abismo ante los piés les
 [abres?
 ¿Por qué destierras de sus nobles pechos
 La amistad, la virtud? ¿por qué enemigos
 Los haces, y arman sus honrados brazos
 En mutua destruccion? Mi ruego humilde
 Fué atendido, señor: ante mis ojos
 Un resplandor desde el escelso cielo
 Parecióme bañar mi humilde estancia:
 El aire rutilar mas claro y puro;
 Y una divina voz que poderosa,
 Sigue, clamó, no temas; sigue y lidia,
 Que el dia llega de la luz: la patria
 Mira á lo lejos hácia ti las manos
 Tender, y el lauro plácida ofrecerte.
 Tiempo será, que tu inocencia brille
 Pura así como el sol: que tus anhelos,

A término felice al fin llevados,
 La ansiada gloria de tu patria vean;
 Y de las ciencias el augusto imperio,
 Derrocado el error al reino oscuro.

Yo embebecido en la vision divina
 Alzélos ojos, que hasta allí caidos
 El dolor y las lágrimas tuvieron;
 Y os ví, señor, con plácida sonrisa
 Oir mis voces, y alentar mis penas:
 Bien como cuando de la vil calumnia
 Quejándome ante vos, en vuestro seno,
 De bondad lleno y de induljencia afable,
 Depositaba mis dolientes ansias.
 Tal os viera, señor: así de entónces
 Tranquilo aliento, y su clamor insano
 Alzará contra mí la envidia en vano.

Tú, Orion tempestuoso,
 Quien las rápidas corridas
 De los animosos vientos
 Y del mar nuevas las iras.
 Y vos, plácidos hermanos, (*)
 Cual la aurora matutina
 La delicia es de los cielos
 Y del campo fausta risa,
 Seréis los que las amainen,
 Y en paz cureis, que adormidas
 De asustar dejen la tierra,
 Y amenazaros impías.
 Los de las plagas eóas,
 Los que el polo cerca mira,
 Y los que la lente apenas
 Por altísimos divisa,
 Todos estudiados fueron,
 Y sus órbitas descritas,
 Y señalados los puntos
 En que ascienden ó declinan.
 ¡O inconcebible delirio!
 Súbito la esfera henchida
 De dioses que allí forjara
 La ignorancia ó la mentira,
 Adoró el hombre á una estrella;
 Fué de un cometa maligna
 La llama, y tembló su suerte
 La tierra en el cielo escrita.
 Luego á un ángel semejante
 Sentó un mortal (**) en su silla
 Inmóvil al sol, que en torno
 Rodar sus planetas mira.
 Y ya en verdad rey del cielo
 Dió cabe sus piés rendidas
 Acatarle mil estrellas,
 Que su fausta luz mendigan.
 Empero el divino Newton,
 Newton fué quien á las cimas
 Alzándose del empíreo,
 Do el gran Ser mas alto habita,
 De él mismo aprendió felice
 La admirable ley que liga
 Al universo, sus fuerzas
 En nudo eterno equilibra,
 Y hace en el éter inmenso,
 Do sol tanto precipita,
 Que pugnando siempre huirlo,
 Siempre un rumbo mismo sigan.

(*) Castor y Pólux.

(**) Copérnico.

De que humanal osadía
 Llegase do ellos apenas
 Con arduo afan se subliman;
 Y el inapeable coro
 De estrellas, cuya benigna
 Fúljida llama en su duelo
 Agracia á la noche umbría,
 Ya descifrado á los hombres,
 De beldad mas peregrina
 Fué á sus ojos, que en pos de ellas
 En su etéreo albor se abisman.
 ¡Oh, si con iguales alas
 Al ansia en que ora se ajita,
 Sobre vosotras lograse
 Alzarse mi mente altiva!
 ¡Con qué indecible embeleso
 En vuestra luz embebida,
 La sed en que se consume,
 Saciar feliz lograría!
 ¿Cuál es vuestro ser? ¿en dónde
 Arde la inexhausta mina
 Que os inflama? ¿qué es un fuego
 Que los siglos no amortiguan?
 ¿Sois los soles de otras tierras,
 Do en mas plácida armonía
 Que aquí, sus débiles hijos
 Vivan sin odios ni envidias?
 ¿Por qué en tan distintos rumbos
 Todas jirais? ¿por qué unidas
 Como un ejército inmenso
 No formais sola una línea?
 ¿Por qué...? La mente se ahoga,
 Y á par que atónita admira,
 Mas y mas que admirar halla,
 Y mas, cuanto mas medita.
 ¿Pero mi lucero hermoso
 Dónde está? ¿de su encendida
 Vivaz llama qué se hiciera?
 ¿Quién, ¡ay! de mi amor me priva?
 Mientras yo el feudo á sol tanto
 De admiracion le rendia,
 De sus celestiales huellas
 Toda el alma suspendida,
 Él se hundió en las negras sombras,
 Y fué á brillar á otros climas,
 Hasta que en su manto envuelto
 Lo torne la noche amiga.
 Así las dichas del mundo,
 Leve un soplo las mancilla;
 O sombra fugaz volaron,

ODA III.

LA PRESENCIA DE DIOS.

Do quiera que los ojos
 Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
 Allí, gran Dios, presente
 Atónito mi espíritu te siente.
 Allí estás; y llenando
 La inmensa creacion, so el alto empireo
 Velado en luz te asientas,
 Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.
 La humilde yerbecilla
 Que huella, el monte que de eterna nieve
 Cubierto se levanta,
 Y esconde en el abismo su honda planta:
 El aura que en las hojas
 Con leve pluma susurrante juega,
 Y el sol que en la alta cima
 Del cielo ardiendo el universo anima,
 Me claman, que en la llama
 Brillas del sol; que sobre el raudo viento
 Con ala voladora,
 Cruzas del occidente hasta la aurora;
 Y que el monte encumbrado
 Te ofrece un trono en su elevada cima:
 La yerbecilla crece
 Por tu soplo vivífico, y florece.
 Tu inmensidad lo llena
 Todo, Señor, y mas: del invisible
 Insecto al elefante,
 Del átomo al cometa rutilante.
 Tú á la tiniebla oscura
 Das su pardo capuz, y el sutil velo
 A la alegre mañana,
 Sus huellas matizando de oro y grana:
 Y cuando primavera
 Desciende al ancho mundo, afable ríes
 Entre sus gayas flores,
 Y te aspiro en sus plácidos olores.
 Y cuando el inflamado
 Sirio mas arde en congojosos fuegos,
 Tú las llenas espigas
 Volando mueves, y su ardor mitigas.
 Si entonces al bosque umbrío
 Corro, en su sombra estás; y allí atesoras
 El frescor regalado,
 Blando alivio á mi espíritu cansado.
 Un relijioso miedo
 Mi pecho turba y una voz me grita:
 En este misterioso
 Silencio mora, adórale humildoso.

DAS.

Pero á par en las ondas
 Te hallo del hondo mar, los vientos llamas
 Y á su saña lo entregas;
 O si te place, su furor sosiegas.

Por do quiera infinito
 Te encuentro, y siento en el florido prado,
 Y en el luciente velo,
 Con que tu umbrosa noche entolda el
 [cielo:

Que del átomo eres
 El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo
 Que en el vil lodo mora,
 Y el ángel puro que tu lumbré adora.

Igual sus himnos oyes,
 Y oyes mi humilde voz, de la cordera
 El plácido balido,
 Y del leon el hórrido rujido.

Y á todos dadivoso
 Acorres, Dios inmenso, en todas partes,
 Y por siempre presente;
 ¡Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.

Oyele blando, y mira
 Mi deleznable ser: dignos mis pasos
 De tu presencia sean,
 Y do quier tu deidad mis ojos vean.

Hinche el corazon mio
 De un ardor celestial, que á cuanto existe
 Como tú se derrame,
 Y, ó Dios de amor, en tu universo te ame.

Todos tus hijos somos:
 El Tártaro, el Lapon, el Indio rudo,
 El tostado Africano
 Es un hombre, es tu imájen; y es mi her-
 [mano.

ODA IV.

A LA VERDAD.

VEN, mueve el labio mio,
 Anjélica verdad, prole dichosa
 Del alto cielo, y con tu luz gloriosa
 Mi espíritu ilumina.
 Huya el error impio,
 Huya á tu voz divina;
 Cual se despeña la tiniebla oscura
 Del albo dia ante la llama pura.
 No desdeñes mi ruego,
 Que hasta aquí siempre cariñosa oíste,
 Tú, que mi númen soberano fuíste,
 Y encanto delicioso;
 Que deslumbrado y ciego
 Se lanza presuroso
 Del pestilente vicio en la ancha via

El mortal triste, á quien tu luz no guia.
Mas aquel que clemente
Miras con blanda faz, en su belleza
Absorto alzarse á tu inefable alteza
Ansia con feliz vuelo;
Y hollando osadamente
Cuanto el mísero suelo
Mentido bien solícito atesora,
Su ilusion rie, y tu deidad adora.

Tu deidad, que tremenda
La mente turba del feroz tirano:
Y hace que el grito que su orgullo insano
Arranca al oprimido,
Despavorida atienda
Su oreja entre el lucido
Estrépito, en que el aula le adormece,
Y un vil incienso por do quier le ofrece.

Mientras con amorosa
Plácida diestra de los tristes ojos
Limpias el llanto, y calmas los enojos
Del infeliz opreso,
Aliviando officiosa
El rudo indigno peso
Que oprimir puede la inocente planta,
Que á Dios su ánimo libre se levanta.

Ven pues, ó deidad bella:
Fácil descende del escelso cielo,
Do te acojiste, abandonando el suelo
Con vicios mil manchado;
Y cual radiante estrella
Conduce al engañado
Mortal: tu luz su espíritu ilumine;
Y el orbe entero á tu fulgor se incline.

Yo en tu gloria embebido
Siempre te aclamaré con frente osada;
Y á tu culto la lengua consagrada,
En mi constante seno
Un templo te he erijido,
Do de tu númen lleno
Te adoro, alma verdad, libre si oscuro,
Mas de vil miedo y de ambicion seguro.

Por ti cuanto en su instable
Inmensidad el universo ostenta,
O el Altísimo en gloria se presenta,
Como posible existe:
Que en su mente inefable
Tú el prototipo fuíste,
A cuya norma celestial redujo
Cuanto despues su infinidad produjo.

Y eterna precediendo
Del tiempo el vuelo rápido, inconstante,

VI.

Mientras se pierde el orbe en incesante
Deleznable ruina,
Por ti propia existiendo,
Ante tu luz divina
Al sistema falaz el velo alzado,
Y al error ves cual niebla disipado.

Y centro irresistible
Del humanal deseo, cuanto hallara
Sagaz en la ancha tierra y en la clara
Rejion del alto cielo
Su teson invencible,
Todo al ferviente anhelo
Lo debe, ó pura luz, con que la mente
Te busca inquieta, y tus encantos siente.

En ellos embebido
A Siracusa el Griego á saco entrada
No ve: y herido de la atroz espada
Da su vida gloriosa:
Y el gran Newton subido
A la mansion lumbrosa,
Cual jenio alado tras los astros vuela,
Y al mundo absorto la atraccion revela.

¡O augusta, firme amiga
De la escelsa virtud! Tú al sabio oscuro
Que adora de tu faz el lampo puro,
Cariñosa sostienes
En la ilustre fatiga:
Sus venerandas sienes
De inmortal lauro ciñes; y su gloria
Durar haces del tiempo en la memoria.

O si el triste nublado
De la persecucion hórrido truena,
Tú le confortas; y su faz serena
Escucha el alarido
Del vulgo fascinado,
Contra sí embravecido;
O á la infame venganza que maquina
En las tinieblas su fatal ruina.

Así en plácida frente
Pudo el divino Sócrates mostrarse
Al frenético pueblo, y entregarse
A sus perseguidores,
Que la copa inclemente
Le ornaste tú de flores,
Y en su inocente diestra la pusiste,
Y en néctar la cicuta convertiste.

Mártir él jeneroso
De tu escelsa deidad así decía,
El tósigo mirando: vendrá un dia
Que útil al mundo sea
Mi suplicio afrentoso;

Y la verdad se vea
Con el gran Dios de todos acatada,
La vil supersticion por tierra hollada.

Del punto que propuse
Impávido anunciarla, el error fiero
Alzar contra mi pecho su ímpio acero
Vi con diestra ominosa:
A morir me dispuse
En la empresa gloriosa:
Dócil, mas firme abrazo las cadenas,
Con que hoy me oprime la engañada
[Aténas.

Si Anito me persigue,
Le perdono, y al crédulo Areopago;
Y muriendo, á la patria satisfago
El feudo que la debo.
Hoy mi virtud consigue
Su prez, el cáliz bebo
Con que me brinda el fanatismo impío;
Y, ¡ó Ser eterno? en tu bondad confío.

Así dijera el sabio:
Y el tósigo letal tranquilo apura.
Inmóvil le contempla en su amargura
Fedon: Cébes y Crito
Con desmayado labio
Jimén: al vil Melito
Critóbulo maldice ciego de ira,
Y él en los brazos de Platon espira:

Cual la encendida frente
Hunde escondido en nubes nacaradas
En las sonantes ondas, recamadas
De sus rubios ardores,
El sol resplandeciente:
En pálidos fulgores
Fallece el dia, y su enlutado velo
La noche tiende por el ancho cielo.

ODA V.

LA GLORIA DE LAS ARTES. (*)

¿A dónde incauto desde el ancha vega
Del claro Tórmes, que con onda pura
Y paso sosegado
De Otea el valle fertiliza y riega,

(*) Esta oda fué recitada en la junta pública que celebró la real Academia de S. Fernando el dia 14 de julio de 1781, para la distribucion de premios jenerales de pintura, escultura y arquitectura.

Hoy el númen procura
Su vuelo levantar? ¿De qué sagrado
Espíritu inflamado,
Dejando ya á los tímidos pastores
El humilde rabel, canta atrevido
La gloria de las Artes, sus primores,
Y de la patria el nombre esclarecido?

Cual el ave de Jove, que saliendo
Inesperta del nido, en la vacía
Rejion desplegar osa
Las alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guia;
Y ora vaga atrevida, ora medrosa;
Ora mas orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta;
Tronar siente á sus piés la nube oscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta
Al cielo remontándose segura:

Entonce el pecho jeneroso, herido
De miedo y alborozo, ufano late:
Riza su cuello el viento,
Que en cambiantes de luz brilla encendido:
El ojo audaz combate
Derecho el claro sol, le mira atento;
Y en su heroico ardimiento
La vista vuelve, á contemplar se pára
La baja tierra, y con acentos graves
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reina del vago viento y de las aves:

Yo así saliendo de mi humilde suelo
En dia tan alegre y venturoso
A gloria no esperada,
Dudo, temo, me inflamo, y alzo el vuelo,
Do el afan jeneroso
Al premio corre y palma afortunada:
Palma que colocada
Al pié de la Verdad y la Belleza,
Quien de divino jenio conducido
Consigue arrebatarla, á ser empieza
En fama claro, y libre ya de olvido;

Al modo que en la olímpica victoria
El vencedor en la feliz carrera
La ilustre sien ceñía
Del ínclito laurel; y su memoria
Eterna despues era.
Mas tú la voz y plácida armonía,
Noble Academia, guia,
Mi verso al cielo cristalino alzando.
¡Felice yo, si tu favor consigo!
Y el dulce plectro de marfil sonando

Las Artes canto tras mi dulce amigo. (*)

Desde estos lares, su palacio augusto,
Cual vivaz fénix renacer las veo
Del hondo y largo olvido,
En que la Iberia con desden injusto
Vió un tiempo su alto empleo.

¡O nombre de Borbon esclarecido!

A ti fué concedido

Las Artes restaurar: con tus favores

A nueva gloria y esplendor tornaron:

La fama resonó de sus loores,

Y los cisnes de Mantua las cantaron.

Ellas alegres en union amiga

La frente levantaron con ardiente

Afan, hasta encumbrarse

A la ideal belleza. A su fatiga

Cede el bronce obediente;

Y el mármol del cincel siente animarse:

Tus seres mejorarse,

¡O natura! en el lienzo trasladados

El carmin puro de la fresca rosa,

Los matices del iris variados,

El triste lirio y la azucena hermosa.

¿O divina pintura, ilusión grata

De los ojos y el alma! ¿De qué vena

Sacas el colorido,

Que al alba el velo cándido retrata,

Cuando asoma serena

Por el oriente en rayos encendido?

¿Cómo el cristal bruñido

Finjes de la risueña fuentecilla?

De los alegres prados la verdura?

Tanta varia y fragante florecilla?

El rutilante sol, la nube oscura?

¿Cómo en un plano inmensos horizon-

[tes,

La atmósfera bañada de alba lumbre,

Sereno y puro el cielo,

La sombra oscura de los pardos montes,

Nevada la alta cumbre,

La augusta noche y su estrellado velo,

Del ave el raudo vuelo,

El ambiente, la niebla, el polvo leve,

Tu májico poder tan bien remeda,

Que á competir con la verdad se atreve,

Y el alma enajenada en ellos queda?

Tú de la dulce poesía hermana,

(*) El S. D. Gaspar Melchor de Jovellános,

académico de honor, que acababa de pronunciar

una elocuente oracion sobre las Artes.

Cual ella el pecho blandamente ajitas,

Y en amoroso fuego

Con tu espresion y gracia soberana

Le enciendes, ó le escitas

A tierna compasion, á rencor ciego,

A desmayado ruego,

Y amargo lloro. ¡O Sancio! ¡oh! ¡tu admi-

[rable

Pincel cuál ha mi espíritu movido!

¡Oh! al contemplar tu Vírgen adorable

En su extremo dolor, (*) ¡cuánto hejemido!

La dolorida madre, arrodillada

Piedad pide á los bárbaros sayones

Para el hijo postrado.

Su rostro está cual la azucena ajada:

Sus humildes razones

Resuenan en mi oido: ¡ay! ¡cuán sagrado

Aspecto, aunque ultrajado,

El del Hijo de Dios! ¡cuál la ternura

De Magdalena y Juan! ¡cuál la fiereza

Del que herirte, ó Jesus, brutal procura!

Y en tu celestial mano, ¡qué belleza!

¡O pinceles! ¡ó alteza peregrina

Del grande Rafael! ¡ó bienhadada

Edad, en que hasta el cielo

En alas del ingenio la divina

Invencion se vió alzada,

Cuando su alma sublime el denso velo

Corrió con noble anhelo

De la naturaleza, y vió pasmado

El hombre ante sus ojos reverente

El universo estar, y hermoseado

De su mano salir y augusta mente!

Admira, ó hombre, tu grandeza; admira

Tu espíritu creador, y á la estrellada

Mansion vuela seguro,

Donde tu aliento celestial suspira.

La mente allí inflamada

Cruza con presto jiro del Arturo

A do tiene el sol puro

Su rutilante trono; y con brioso

Pincel, guiado de furor divino,

Copia el conceto raudo y armonioso

Con que se vuelve el orbe cristalino.

Que no tú sola, ó música, el ruido

Finjes del arroyuelo trasparente,

O imitas las undosas

(*) El bellissimo cuadro de Rafael, llamado

comunmente el PASMO DE SICILLA, y con mas

propiedad EL ESTREMO DOLOR.

Corrientes de la mar, ó el alarido
Del soldado valiente
En las lides de Marte sanguinosas.
No menos pavorosas,
O fiero Julio, en tu batalla (*) siento
Crujir las roncadas armas y la fiera
Trompa, estrépito, gritos y ardimiento,
Que si en el medio de su horror me viera.

¿Pues qué, si entre los vientos brama-
[dores

Nave de airadas olas combatida
Diestro pincel me ofrece?
Yo escucho el alarido y los clamores
De la chusma aflijida;
Y si de Dios los cielos estremece
El carro, y se enardece
Su cólera, y el trueno en son horrendo
Retumba por la nube pavorosa;
De la pálida luz y el ronco estruendo
Mi vista siente la impresion medrosa.

Pero el mármol se anima, del agudo
Cinzel herido, y á mis ojos veo

A Laocoon (**) cercado
De silbadoras sierpes: en su crudo
Dolor escuchar creo
Los jemidos del pecho congojado,
Y al aspirar alzado.
Los hórridos dragones con ñudosos
Cercos le estrechan, y su mano fuerte
En vano de sus cuerpos sanguinosos
Librarse anhela, y redimir la muerte.

¡Mira, cómo en su angustia el sufri-
[miento
Los músculos abulta, y cuál violenta
Los nervios estendidos!

¡Cuál sume el vientre el comprimido
[aliento,

Y la ancha espalda aumenta!
Y en el cielo los ojos doloridos,
Por sus hijos queridos

¡Ay! ¡cuán tarde su auxilio está implo-
[rando!

En tan terrible afán aun la ternura
Sobre el semblante paternal mostrando,
Cual débil luz por entre niebla oscura.

(*) Célebre cuadro de la batalla de Majencio, dibujado por el gran Rafael, y pintado por Julio Romano su discípulo.

(**) El grupo de Laocoonte, obra admirable del arte griega.

Ellos á él vueltos, con la faz llorosa
Y débil jesto al miserable llaman
En quejido doliente,
Rodeados de lazada ponzoñosa.
¡Oh! ¡cuán en vano claman!
¡Oh! ¡cómo el padre por los tristes siente!
¡Y cuál muestra en su frente
La fortaleza y el dolor luchando;
Y con las sierpes en batalla fiera,
Sus vigorosos muslos ajitando,
Los fuertes lazos sacudir quisiera!

Mientras en Apolo (*) la beldad divina
Se ve grata animar un cuerpo hermoso,
Do la flaqueza humana
Jamás cabida halló. Su peregrina
Forma, y el vigoroso
Talle en la flor de juventud lozana,
Su vista alta y ufana,
De noble orgullo y menosprecio llena,
El triunfo y el esfuerzo sobrehumano
Muestran del dios, que en actitud serena
Tiende la firme omnipotente mano.

Parece en la soberbia escelsa frente
Lleno de complacencia victoriosa
Y de dulce contento,
Cual si el coro de Musas blandamente
Le halagara: la hermosa
Nariz hinchada del altivo aliento:
Libre el pié en firme asiento,
Ostentando gallarda jentileza;
Y como que de vida se derrama
Un soplo celestial por su belleza,
Que alienta el mármol, y su hielo inflama.

Ni el lugar merecido á ti, ó divina
Vénus, (**) tampoco faltará en mi canto:
¡Ay! ¡dó fuiste formada!
¡Quién ideó tu gracia peregrina!
Tu tierno y dulce encanto
Al ánimo enajena en regalada
Suspension: tu delgada
Tez escede á la cándida azucena,
Cuando acaba de abrir: tu cuello erguido
Al labrado marfil: la alta y serena
Frente al sol claro en el zenit subido.

¡Oh reina de las Gracias, blanda diosa
De la paz y el contento, apasionada

(*) El Apolo de Belvedere, la mas sublime obra ideal que nos ha quedado de la antigüedad.

(**) La Vénus de Médicis, una de las mas bellas y graciosas estatuas de la antigüedad.

Madre del Niño alado!
 Tus soberanos ojos de amorosa
 Ternura, tu preciada
 Boca, do rie el beso delicado,
 Tu donaire, tu agrado,
 Tu süave espresion, tus formas bellas
 Del suelo me enajenan: yo me olvido;
 Y de cincel en ti no hallando huellas,
 Absorto caigo ante tus piés rendido.

Tan divinos modelos noche y dia
 Contempla atenta, ó juventud hispana;
 Y el pecho así escitado,
 La senda estrecha que á la gloria guia,
 Emprende alegre, ufana.
 El jenio creador vaya á tu lado:
 Aquel que al cielo alzado,
 Huye lo popular, cual garza hermosa,
 Cuando del suelo rápida se aleja,
 Al firmamento se levanta airosa,
 Y el vulgo de las aves atrás deja.

¡Oh venturoso, el que en las Artes siente
 Propicio al cielo, que al nacer le infunde
 Su vivífica llama!

Dadme, Musas, guirnalda floreciente
 Que su frente circunde;
 Mientras el pecho latiéndole se inflama
 De noble ardor, esclama
 Desvelado en su afan, no halla reposo
 Al inquieto furor, teme, suspira
 De un númen lleno, y con pincel fogoso,
 Odio, miedo, terror y amor me inspira.

Quizá algun jóven al mirar la gloria
 De tan augusto dia, y de mi canto
 Quizá tambien herido,
 Se escita ya á la próxima victoria;
 No la duda, y en llanto
 Se baña de placer. ¡Oh esclarecido
 Premio, muy mas subido
 Que el tesoro mas rico! Quien merece
 Que tú le enjugues el sudor dichoso,
 Inmortal vuela por el orbe, y crece
 En cada edad con nombre mas famoso.

Así Fídias, Lisipo, Apéles viven
 En eterna memoria; así la rara
 Fama de Zéuxis dura,
 Y el grande Urbino y Micael reciben
 Cual ellos honra clara:
 Ni á ti, ó Velázquez, en tiniebla oscura
 Sumió la muerte dura.
 Sus huellas, noble juventud, sus huellas
 Sigue, imítalos, insta; y denodada

Hiere con alta frente las estrellas,
 En sus divinas obras inflamada.

Mas de las Musas y el crinado Apolo
 Oye tambien la celestial doctrina,
 Que á Fídias dió el modelo
 El cantor frijio del que el alto polo
 Conturba, su divina
 Frente moviendo, y estremece el suelo.
 Y no en torpe desvelo

Al vicio el pincel dés: la virtud santa,
 O artistas, retratad, y disfamado
 El vicio huirá con vergonzosa planta,
 Cual sombra triste al resplandor sagrado.

Y los que de la noble arquitectura
 La ardua senda seguís, los cuidadosos
 Ojos volved contino
 A la augusta grandeza y hermosura
 De los restos preciosos,
 Que del griego poder y del latino
 Guardar plugo al destino.

Allí estudiad la majestad suntuosa,
 Sólida proporcion, sencilla idea,
 Que á Herrera hicieron claro, y su di-
 chosa
 Edad de nuevo amanecer se vea.

Mas tú, en quien Cárlos de la patria fia
 La suerte y el honor, ó esclarecido
 Conde, escucha oficioso
 Lo que me inspira el cielo en este dia.
 Si de ti protejido
 Sigue el jenio español, si el lauro honroso
 En su afan jeneroso
 Galardon fuere que al artista anime;
 Ni envidiarémos la Piedad Toscana, (*)
 Ni tus estancias, (**) Rafael sublime,
 Ni la soberbia mole vaticana.

Feliz entónces el pincel ibero
 Del gran Cárlos la imájen gloriosa
 Copiará reverente,
 Y al príncipe brillando, cual lucero,
 A par su augusta esposa.
 Brille el valor impreso en su alta frente,
 Y el consejo prudente;
 Las gracias todas en la amable Luisa,

(*) Insigne grupo de María santísima con su Hijo difunto en los brazos, ejecutado por Miguel Anjel, príncipe de la escuela florentina.

(**) Salas del Vaticano pintadas por el gran Rafael, y bien conocidas de los profesores y aficionados á las Artes.

Y en el real pimpollo, ¡ay! el consuelo
De dos mundos la paz y tierna risa
Con que recrea al venerable abuelo.

ODA VI.

DE LA VERDADERA PAZ.

AL MTRO. FR. DIEGO GONZALEZ.

DELIO, cuantos el cielo
Importunan con súplicas, bañando
En lloro amargo el suelo,
Van dulce paz buscando,
Y á Dios la están contino demandando.

Las manos estendidas
En su hogar pobre el labrador la implora,
Y entre las combatidas
Olas de la sonora
Mar, la demanda el mercader que llora.

¿Por qué el feroz soldado,
Rompiendo el fuerte muro, á muerte dura
Pone su pecho osado?
¡Ay Delio! así asegura
El ocio blando que la paz procura.

Todos la paz desean,
Todos se afanan en buscarla, y jimen;
Mas por artes que emplean,
Las ansias no redimen
Que el apenado corazón comprimen.

Porque no el verdadero
Descanso hallarse puede ni el oro,
Ni en el rico granero,
Ni en el eco sonoro
Del bélico clarín, causa de lloro;

Sinó solo en la pura
Conciencia, de esperanzas y temores
Altamente segura,
Que ni bienes mayores
Anhela, ni del aula los favores;

Mas consigo contenta
En grata y no envidiada medianía,
A su deber atenta,
Solo en el Señor fia,
Y veces mil lo ensalza cada día:

Ya si de nieve y grana
Pintando asoma el sonrosado oriente
La risueña mañana;
Ya si en su trono ardiente
Se ostenta el sol en el zenit fulgente:

O ya si el velo umbroso
Corre la augusta noche, y al rendido

Mundo llama al reposo;
Y el escuadrón lucido
De estrellas lleva el ánimo embebido,
Ensalzado; y le entona
Humilde en feudo el cántico agradable
Que su bondad pregona,
Su ley santa, inefable
Con faz obedeciendo inalterable.

¡Oh vida! ¡oh sazonado
Fruto de la virtud! ¡de la del cielo
Remedo acá empezado!
¡Cuándo el hombre en el suelo
Podrá seguirte con derecho vuelo!

¡Cuándo será que deje
El suspirar, temer, y el congojoso
Mandar, ó que se aleje
Del oro á su reposo,
Muy mas letal que el áspid ponzoñoso!

Entonces tornaría
Al lagrimoso suelo la sagrada
Alma paz; y sería
Tan fácil, Delio, hallada,
Cuan ora es, ¡ay! en vano procurada.

ODA VII.

AL SER INCOMPRENSIBLE DE DIOS.

¡PRIMERO, eterno Ser, incomprendible!
Patente y escondido,
Aunque velado en gloria inmarcesible,
De todos conocido:

Santo Jehová, cuya divina esencia
Adoro, mas no entiendo,
Cuando su influjo y celestial presencia
Dichoso estoy sintiendo:

En quien existe todo, en quien respira,
Fuerza y virtud recibe;
El ave vuela, el pez las aguas jira,
Y el hombre entiende y vive!

Mientras mas te contemplo, y con mas
[ansia
Te sigo, mas te alejas,
Y tu bondad inmensa y mi ignorancia
Tan solo ver me dejas.

¿Mas cómo, si los cielos de los cielos
No bastan á encerrarte,
De mi flaca razón los tardos vuelos
Llegarán á alcanzarte?

Ella se pierde en el escelso abismo
De tu lumbre esplendente,

Y te adora, Señor, por esto mismo
Mas ciega y reverente;

Pues si le fuera comprenderte dado,
Igual á ti sería:
El cetro te quitara, y mal tu grado
Tu trono ocuparía.

Pero tú, Señor Dios, vences mi ciencia,
Que eternos siglos vives;
Y el primero y el último en esencia,
De nadie ley recibes:

Tú que mueves los cielos, y al profundo
Mar linde señalaste;
Y con columnas de diamante al mundo
Poderoso afirmaste.

Tu solio es el empíreo, y de tus leves
Piés alfombra la tierra;
Y hasta el abismo á descender te atreves,
Y ves cuanto en sí encierra:

De do sobre tus tronos te sublimas;
Y velado en luz pura
Del orgullo del hombre te lastimas,
Burlando su locura.

Pues siendo tú mayor que el ancho cielo
Y que el mar insondable,
Y ante quien nada es, remonta el vuelo
A tu faz adorable;

Cuando los serafines acatando,
Señor, tu inmensa alteza,
Los rostros con las alas ocultando,
Publican su bajeza.

¡Oh riqueza eternal! ¡oh inmenso
[abismo!

¡Oh ser! ¡oh luz sagrada!
Tan solo comprendida en ti mismo,
Y á mi anhelo eclipsada.

¿Quién eres? ¿dónde estás? ¿no me res-
[pondes?

Préstame tus ligeras
Alas, y treparé donde te escondes
En las claras esferas.

Mas que el viento veloz, al proceloso
Orion, á la aurora,
Al aquilon, al austro sin reposo
Demandaré en una hora.

Demandaré... Destierra la osadía
De querer comprenderte
De mí, gran Dios, hasta que el alma mia
Llegue en tu gloria á verte:

Que no es del lodo humilde en cuanto
[vive,
Tanto alzarse del suelo,

Ni con débiles ojos se percibe
La inmensa luz del cielo.

Ella me ofusca: mas del vil gusano
Del sol al carro ardiente,
Todo tu ser me anuncia soberano
Con lenguaje elocuente.

Yo lo toco, lo siento, y cuidadoso
En la planta lo admiro,
Lo bendigo en el bruto, respetoso
Lo aliento, si respiro.

Pero si osada á su inefable altura,
Absorta en su belleza,
La curiosa razon trepar procura
Por la naturaleza,

Ella misma me grita: ¡Oh ciego! tente
En tu afan importuno,
Que entrar en su sagrario no consiente
El Escelso á ninguno.

Los objetos mas claros se me mudan,
Y al revés se me tornan;
De todo mis nublados ojos dudán,
Y todo lo trastornan.

Que el que arder hace al sol, su lum-
[bre ciega

Y una voz en mi oído,
Contempla, dice, adora, admira y ruega;
Y gózame escondido.

Yo así abismado en tanta maravilla,
Con miedo reverente
Ceso, y humilde inclino la rodilla
Y la devota frente.

Ven ; á un triste conforta ,
 Sublime soledad , y libre sea
 Del confuso tropel que me rodea.

¡ Ay ! ¿ por qué así agitarse el hombre
 [insano ;

Y viendo ya á los piés , ¡ oh ciego ! abierto
 El sepulcro gozarte ?

Pon , pon freno á la risa , polvo vano ,
 Calma de tu anhelar el desconcierto ,
 Y entra en tu corazon á contemplarte.

¿ Qué ves para gloriarte ?

¿ Qué ves dentro de ti ? Vuelve los ojos

A tus míseros días ; de tus gustos

La flor huyó , quedaron los abrojos

Como castigos justos ;

Y fugaces las horas se volaron...

¿ Qué poder tornará las que pasaron ?

Tú , augusta soledad , al alma llenas

De otra sublime luz ; tú la separas

Del placer pestilente ,

Y mientras en silencio la enajenas ,

A la virtud el ánimo preparas ,

Y á la verdad inclinas trasparente

Del cielo refulgente ,

Haciendo que nos abra el hondo abismo ,

Do esconde sus tesoros celestiales.

El hombre iluminado ve en sí mismo

Las señas inmortales ,

Merced á tu favor , de su grandeza ,

Del mundo vil hollando la bajeza.

La mente sin los lazos que detienen

Sorpréndelos de súbito la muerte.

El sabio , solo el sabio las prisiones

Rompe con mano fuerte :

Intrépido de todo se retira ,

Y de la playa la borrasca mira.

Entónces adormido en paz gloriosa ,

Pesa con lo pasado lo presente ,

Con remontado vuelo

Al ciego porvenir lanzarse osa ,

Y eleva á las estrellas la ardua frente.

¿ Puede á tu ser , nacido para el cielo ,

Embebecer el suelo ?

¿ Puede á un alma inmortal , con quien

[son nada

Esos soles y globos cristalinos ,

Tener el bajo suelo así apegada ;

O en juguetes mezquinos

Ocuparte , olvidando el alto grado

A que el gran Ser al hombre ha sublimado ?

Ves las esferas de eternal ventura ,

Reales mansiones del Señor , labradas

Por su poder divino ,

Del sinfin de luceros la hermosura ,

Todos jirando en órbitas variadas :

Alzándose en el éter cristalino

La luna , que el benigno

Rayo de su alba luz al mundo envía ,

Las pardas sombras y su horror sagrado ;

Del fugaz viento por la sombra umbría

El son dulce , acordado :

¿ Qué son los pasatiempos do te encantas ,

A par , ó ciego , de grandezas tantas ?

Tú , espíritu sublime , que metido

Del mundo en el estrépito , suspiras

Por el retiro al cielo ,

Del ser humano para honor nacido ;

Tú que los yerros de los hombres miras ,

Y á Témis templas el ardiente zelo

Con que hiere en el suelo ,

Do cual Jenio benéfico defiendes

Al huérfano y viüda miserables ;

Si desde el foro mi cantar entiendes ,

Los tonos lamentables

Mira en plácida faz , dulce Jovino ,

Si de honor tanto humilde verso es digno.

La amistad me lo inspira ; y pues cono-

[ces

El valor de las lágrimas , y sabes

Con tu divino canto

Mitigar mi dolor , las tiernas voces

Oye , que el pecho en sus tormentas graves

ODA IX.

AL DR. D. ANTONIO TAVIRA, CAPELLAN
DE HONOR DE S. M., EN LA MUERTE DE
UNA HERMANA.

¡Ay! ¡con qué voces en tu amargo duelo
Alentarte podré! ¡dónde palabras
Hallará de consuelo
Mi musa dolorida
Para tan cruda herida!

De pena mudo, en lágrimas bañado,
Y el pecho en mil sollozos oprimido,
Tú ruegas angustiada
A la muerte inhumana
Por la inocente hermana:

Por tu hermana, tu amor, mitad pre-
[ciosa

Del alma tuya, sin sazón perdida;
Cual delicada rosa,
Que se agosta y fenece
El día en que florece.

¡Ay! clama en vano tu dolor profundo:
Su candor, su inocencia, sus virtudes
No eran, no para el mundo;
Donde fugaz un hora
Brilló cual pura aurora.

Es campo de milicia el suelo triste;
Ella ganó la palma en breves días,
Y en la gloria do asiste,
La goza ya segura
En eternal ventura.

Deja pues de llorar y enternecerte,

Ni en su anjélico gozo te conduelas;
Que es de Dios oponerte
A la ley adorable
Con voluntad culpable.

Él alargó la diestra cariñosa,
Para darle su herencia inmarcesible
En la mansion dichosa,
Do nunca fuera oído
Ni queja ni alarido.

¡Y tú, que sus consejos con rendida
Frente hasta aquí, Tavira, has adorado,
Jimes hoy sin medida!

¡Oh! lejos tal locura,
Lejos de tu cordura.

Justo es en golpe tal el desconsuelo;
Mas pon los ojos en la dulce hermana
Coronada en el cielo;
Y en regocijo santo
Se tornará tu llanto.

ODA X.

VANIDAD DE LAS QUEJAS DEL HOMBRE CON-
TRA SU HACEDOR.

AL ESCMO. SR. D. FELIPE PALAFOX Y
PORTOCARRERO, CONDE DEL MONTIJO.

¿Es el orgullo, es la razón quejosa
La que airada se vuelve, y cuenta pide
Al Hacedor divino
De esta fábrica hermosa,
Y la grandeza de sus obras mide?
En este todo inmenso y peregrino,
¿Por qué el grado mas digno
Al linaje del hombre no fué dado?
¿Por qué fué echado en el humilde suelo?
¿No es rey universal de lo criado?
Pues suba y more el cristalino cielo.

¿La luna plateada para él solo
No recibe la luz que al suelo envía?
¿Las fulgentes estrellas
Del uno al otro polo
Sus esclavas no son? ¿y al albo día
Por él no baña con sus luces bellas
El sol, cuando huyen ellas?
Una pues, una su grandeza cuanto
Llevan los seres todo repartido:
Sus quejas cesen y su justo llanto,
Y sea en el mundo cual señor servido.—
El hombre osado en su soberbio pecho

Se queja así de Dios, y romper quiere
Vasallo rebelado

Aquel vínculo estrecho,
Que cada parte á su lugar refiere,
Y ata y sostiene cuanto está creado.

Yo fui, dice, formado
Por término de todo: el fin primero

Del universo soy: á mí es debida
La luz del sol, el brillo del lucero,
Y la tierra de yerba y flor vestida.

¿Y no se debe al ave el raudó viento,
Presa al lobo rapaz, pasto á la oveja,
Lluvias al verde prado?

¿El líquido elemento
Al pez no se le debe? ¿Dónde deja
El Hacedor ni un átomo olvidado?

Todo está colocado
Cual debe en su gran obra; y nada puede
Del círculo salir que le ha cabido,

Sin que en desórden ciego al punto quede,
Pues todo en ella mueve y es movido.

No, escelso Palafox: si el hombre osa
A el ánjel emular, cuando quisiera
Llenar mas alto grado,

La soberbia orgullosa
Habla en su corazon, no la severa
Razon con que por Dios fué sublimado.

Por el primer pecado
Su pecho está en dos bandos dividido:
El apetito arrastra por la tierra,

Cual humilde reptil; y el atrevido
Animo al cielo mismo pone guerra.

La modesta razon no encumbra el vuelo,
Sino hácia sí se vuelve, y asombrada
Ve la inmensa cadena

Que ata el abismo al cielo.
¿Del infinito en medio y de la nada,

Qué es el hombre ignorante? ¿quién serena
Las borrascas, ó enfrena

Los bravos huracanes? ¿A las aves
Quién enseña á surcar el vago viento,

Y á sus lenguas los cánticos süaves?
¿O quién dió al árbol hojas y alimento?

Entónces cuando el hombre alcanzar
[pueda

Qué es la hoguera del sol; de dónde viene
La lluvia y el rocío;

Qué fuerza impele á la celeste rueda;
Dónde suspenso el universo tiene

De Dios el infinito poderío;
Podrá en su orgullo impío

..... al cielo, y ve la esfera

De estrellas tachonada,
Todas á par hermosas!

¿Es solo para ti tanta lumbrera?
Acaso cada cual será empleada

En bañar con dorada
Llama, como acá el sol, otro gran suelo;

Y los que el globo de Saturno moran,
Tan lejos como tú miran el cielo,

Y que tú habitas este punto ignoran.
Los ojos vuelve hácia la baja tierra,

Y á sus vivientes llega á tu despecho:
El mas imperceptible

Mil otros en sí encierra.
¿Del mosquito sutil, qué inmenso trecho

Al que apenas la lente hace visible!
¿Y acaso no es posible

Descender aun de aquel? pues él contiene
Dentro en sí otros, que á vivir dispone;

Cada cual movimiento y partes tiene,
Y cada parte de otras se compone.

El hombre comparado, jeneroso
Amigo, al universo es cual el punto.

Con la tendida esfera,
O un ola al mar undoso.

Su saber es que empieza y muere junto,
Y menos que un instante su carrera.

Mas años mil viviera,
Jamás otros misterios sondaria.

Las cosas todas en la nada nacen,
Y en lo infinito paran: quien las cria,

Contará solo los guarismos que hacen.
¿Hombre mortal, escucha: al órden mira

De todo; el órden es la ley primera
Del cielo soberano!

La inmensidad admira
Del universo; y gózate en tu esfera,
Que tu felicidad está en tu mano.
Deja de anhelar vano
Por el lugar del ánjel: á él subiendo,
Tambien al tuyo el bruto encendería;
La planta al animal fuera impeliendo,
Y del órden por ti todo saldria.

La Providencia es justa: á ti te ha dado
En suerte la virtud, y al tosco bruto
El deleite grosero.

No estés, no, mal hallado
Con la augusta virtud: su dulce fruto
Es del alma la paz, y el verdadero
Gozo su compañero,

Que nada acá en la tierra darte puede.
¿Y qué en ella ó los cielos comparable
Merece ser al justo? ¿quién le escede!
¿O es hechura de Dios mas admirable?

La grande ley que vivifica todo,
Es el comun amor: ama á tu hermano,
Ama á la patria, y ama
Todo el mundo, de modo
Que antepongas al dueño soberano
Que bienes tantos sobre ti derrama.
Si este ardor bien te inflama,
Ora en la tierra mores largos dias,
O en flor te anuble un ábrego enojoso,
No temas las mortales agonías,
Que como justo acabarás gozoso.

Así naturaleza al hombre dice:
Y la blanda esperanza hasta él descende
Que le conforta el pecho;
Y él con ellas es felice.
Mas si su osada vanidad entiende,
Le deja en sus sistemas satisfecho
Trabajar sin provecho.
Su presuncion con risa mira el cielo;
Y él nunca en su locura bien hallado,
Mientras anhela el bien con mas desvelo,
Mas parece que el bien huye su lado.

ODA XI.

LA TEMPESTAD.

¿OYES, oyes el ruido
Del aquilon que en la selva
Entre los alzados robles
Con rápidas alas vuela?
¡Oh! ¡cuál silba! ¡cómo ajita

Las ramas! sus hojas tiernas
En torbellinos violentos
Desparce con rabia fiera.
Una nube le acompaña
De negro polvo: la niebla
Se lanza en un mar undoso
Del cóncavo de las peñas,
Y cubre el cielo. La llama
Del sol desaparece envuelta
En calijinosas nubes,
Y la noche á reinar entra.
Las aves huyen medrosas:
De espanto inmóvil se queda
El tardo huey, y el establo
Azorado á hallar no acierta.
Crece el huracán: del trueno
La imperiosa voz resuena,
Que el Omnipotente anuncia
A la congojada tierra.
Ya llega: otra vez horrible
El trueno la voz aumenta,
Y los relámpagos hacen
Del cielo una inmensa hoguera.
¡Señor! ¡Señor! compasivo
Mi albergue mira: tu diestra
No lo aniquile: perdona
A un ser que te adora y tiembla.
Tú eres, Señor, te descubro
Entre el manto de tinieblas,
Con que misterioso al mundo
Tu faz y tu gloria velas.
Tú eres, Señor: poderoso
Sobre los vientos te llevan.
Tus ánjeles: de tu carro
Retumba la ronca rueda:
Tu carro es de fuego.— El trueno,
El trueno otra vez: se acerca
El Señor: su trono en medio
De la tempestad asienta.
La desolacion le sigue;
Y el rayo su voz espera
Prestas las alas: lo manda;
Y el monte abrasado humea.
Arden las nubes: veloces
Los relámpagos serpean
Del Eterno en torno. Impíos,
¡Ay! temblad que Jehová llega.
Jehová la cóncava nube
Retumba, las hondas vegas
Jehová, sonoras responden
Jehová las altas esferas.

Despavorido al estruendo
 El libertino despierta;
 Y confundido el ateo
 Su inefable ser confiesa.
 De miedo y horror transidos,
 Al Dios que insultaron ruegan
 Temblando; y ante sus iras
 Aniquilarse quisieran.
 Él entre tanto imperioso
 Domina: la frente escelsa
 Mueve; la tormenta crece,
 Y los montes titubean.
 Llama al áspero granizo;
 Y que anonade le ordena
 De la vid el dulce fruto,
 Y las ricas sementeras.
 Le obedece; y con funesto
 Estrépito se despeña
 Al bajo suelo, y lo tala:
 ¡ Señor! tus iras modera.
 Mira al labrador que inmóvil,
 De espanto la obra contempla
 De tu poder; sus hijuelos
 Y su esposa le rodean.
 Todos lloran: todos tienden
 A ti las manos, y esperan
 El pan de ti que hoy les robas.
 ¡ Buen Dios! ¿ dó está tu clemencia?
 ¿ Vienes á asolarnos? ¿ vienes
 A mover al hombre guerra?
 ¿ No hay un justo que te implore?
 ¿ O á las súplicas te niegas?
 Tú, en quien un padre officioso
 Hasta el vil insecto encuentra,
 Que á millones de vivientes
 Abres la mano, y sustentas;
 ¿ Olvidas hoy á tus hijos?
 ¿ O dejarás que perezca
 Sin pan el pobre? tus iras
 Ya desarma la inocencia.
 Del justo el humilde ruego
 Prevaleció: Jehová reina
 Sobre el trueno; su alto cetro
 Pasó sobre mi cabeza.
 Ledo pasó: yo asombrado
 No osé alzar la frente. ¡ Oh! deja,
 Señor, que humilde en el polvo
 Adore tu providencia,
 Que ya la benigna lluvia
 De tu bendicion recrea
 La árida tierra: ya baja,

Y blanda el aura refresca.
 Con júbilo la reciben
 Las aves; y en dulces lenguas
 Por el mundo agradecido
 Tu inmensa bondad celebran.
 Pasó el nublado: la mano
 Del Señor la ardiente fuerza
 Del rayo imperiosa calma,
 Y el viento y el trueno arredra.
 Quiérello; y las torvas nubes
 Bajo sus piés se congregan:
 Mándalo; y rápidas parten
 De su trono mil centellas.
 Oyónos; y á la montaña
 La tempestad voló presta.
 ¿ No veis el horrido estruendo?
 ¿ Y cuál el bosque se anega?
 Ya, Padre, ya nos induitas;
 Y el iris de paz nos muestras
 En señal de la alianza
 Que has jurado con la tierra.
 Al cielo el Escelso torna:
 Mortales, su omnipotencia
 Cantad; y que el universo
 Un himno á su gloria sea.

ODA XII.

LA TRIBULACION.

¿ Por qué, por qué, me dejas?
 Señor, Dios mio, Padre, vuelve y mira:
 ¿ De mis ardientes quejas
 Tu bondad se retira?
 ¿ Tú cesas, y mi labio á ti suspira?
 De tu nombre en la gloria
 Los míseros fiaron; tú les diste
 Del opresor victoria:
 Sus plegarias oíste;
 Y su esperanza y su salud cumpliste.
 La muerte y sus dolores
 Rompen mi corazon; en mis oidos
 Suenan ya los clamores
 De los apercebidos
 Monstruos á devorarme y sus bramidos.
 A las fauces pegada
 Mi lengua está; y al polvo me ha lanzado
 Del olvido tu airada
 Diestra: en torno he mirado,
 Y el mar de la afliccion me ha circundado.
 Mi pecho como cera

De dolor se liquida y desfallece :
 Cual la llama lijera
 Muy mas mi angustia crece ;
 Y aguija el enemigo , y me estremece
 Gusano soy , no hombre ,
 Oprobio de los hombres y su ira :
 Sin que mi mal le asombre ,
 Me mofa quien me mira ;
 Y mueve la cabeza , y se retira.

A voces dicen : venga ,
 El Dios venga en que espera neciamente :
 Su brazo le sostenga ,
 O en su solio fuljente
 De gloria ciña su abatida frente.

Entonce acatarémos
 Su mísera orfandad y su inocencia ;
 En tanto devoremos
 Su pan ; y la clemencia
 De ese su Dios sustente su indijencia.

Mas tú sobre las alas
 De querubines vas : los montes toca ;
 Tu dedo , y los igualas
 Con los valles : tu boca
 Sopló , y en polvo vuela la ardua roca.

Cual madre compasiva ,
 En mi débil infancia me has guiado.
 Contra la suerte esquiva
 En hombros me has tomado ;
 Y siempre entre tus alas me has guardado.

Solo soy , y tú fuiste
 Mi padre : enfermo te imploré en el lecho ,
 Y salud me trajiste.
 ¡ Ay ! ven , cubre mi pecho ,
 Que blanco todos de su saña han hecho.

Ven , corre poderoso :
 Confúndelos , Señor : no mas dilates
 El brazo victorioso
 Con que fuerte combates ,
 Y los cedros altísimos abates.

Corre , corre , que crece
 Cual ola de la mar el dolor mio ,
 Y á mis piés se estremece
 El averño sombrío :
 Ven , Señor ; llega , que en tu diestra fio.

Y si en serena lumbre
Arder velado quieres, en reposo
Se aduerme el universo venturoso,
Y el suelo reflorécé.
La inmensa muchedumbre
Ante ti desaparece
De astros en la alta esfera,
Donde arde solo tu inexhausta hoguera.

De ella la lumbre pura
Toma que al mundo plácida derrama
La luna, y Vénus su brillante llama.
Mas tu beldad gloriosa
No retires: oscura
La luna alzar no osa
Su faz; y en hondo olvido
Cae Vénus, cual si nunca hubiera sido.

Pero ya fatigado
En el mar precipitas de occidente
Tus flamíjeras ruedas. ¡Cuál tu frente
Se corona de rosas!
¡Qué velo nacarado!
¡Qué ráfagas vistosas
De viva luz recaman
El tendido horizonte, el mar inflaman!

La vista embebecida
Puede mirar la desmayada lumbre
De tu inclinado disco: la ardua cumbre
De la opuesta montaña
La refleja encendida,
Y en púrpura se baña,
Mientras la sombra oscura
Cubriendo cae del mundo la hermosura.

¡Qué majia! ¡qué ostentosas
Decoraciones! ¡qué agraciados juegos
Hacen do quiera tus volubles fuegos!
El agua de ellos llena
Arde en llamas vistosas;
Y en su calma serena
Pinta, ¡oh pasmo! el instante
Do al polo opuesto te hundes centellante.

¡A Dios, inmensa fuente
De luz! ¡astro divino! ¡á Dios, hermoso
Rey de los cielos, símbolo glorioso
Del Escelso! y si ruego

Este átomo de polvo que orgulloso
Devastándolo ajita el hombre insano,
¡Ay! ¿ora en guerra dura?
Despareció; y perdido
Su Sol con ella: en vano
Ansia el ánimo hallarlo cuidadoso
Entre tanto encendido
Fanal, ni á sus planetas: allí estaba
La blanca Luna, y Marte allá tornaba.

Sobre ellos sublimado
Corro en la inmensidad: la Lira ardiente,
El Orión, las Pléyadas lluviosas,
Y á ti, ó Sirio, inflamado
En viva, hermosa lumbre
Dejo atrás, y las Osas.
Sobre el fanal del polo refulgente
Del empíreo á la cumbre
Trepo: la mente aun mas allá se lanza,
Y de la creacion el fin alcanza.

¡Qué digo el fin!... empieza
Otro y otro sistema, y otros cielos,
Y otros soles y globos cristalinos
De indecible belleza.
¿Qué serafin mas glorioso
En sus vagos caminos
Podrá alcanzarlos con sus raudos vuelos?
Mi espíritu congojoso
Por do quier halla mas, si mas desea;
Y el infinito en torno le rodea.

Sí, sí, que la inefable
Diestra del Hacedor no se limita
Cual la mente humanal á cerco breve.
El mar anchò, insondable
Tan nada le ha costado
Cual la arenilla leve:

ODA XVII.

EL DESEO DE GLORIA EN LOS PROFESORES DE LAS ARTES (*)

Don grande es la alta fama,
Inclito premio de virtud, que al cielo
Encumbra envuelto en nube voladora
Desde el afan del circo polvoroso
Al atleta dichoso,
Que arrebató la oliva triunfadora.
O ya á la muerte, ardiendo en noble
[anhelo,
Entre el plomo tronante, entre la llama
Al ciudadano aclama,
Que impávido obedece á su mandado
Por la brecha trepando con pié osado:
De agudas picas una selva espesa
A su pecho se opone;
Mientras en glorioso fin de la ardua em-
[presa
Su heroica diestra denodada pone
El vencedor pendon firme en el muro,
Y fruto coje de su afan seguro.
Desde la popa hincharse
Ve el ínclito Colon la onda enemiga:
El trueno retumbar; la quilla incierta
Vagar llevada á la merced del viento:
La chusma sin aliento;
Y una honda cima hasta el abismo abierta:

(*) Leyóse esta oda el día 14 de julio de 1787, en la junta jeneral de la real Academia de San Fernando, para la distribución de premios de pintura, escultura y arquitectura.

¡ Vil galardón á su inmortal fatiga !
 Pero él en tanto escribe sin turbarse
 La ínclita acción: hallarse
 Podrá un día, exclamando, tan preciado
 Depósito, y mi nombre celebrado
 De la fama será. Quiso benigno
 Darle la mano el cielo ;
 Y entre las ondas plácido camino
 Abrirle fausto hasta el hispano suelo.
 El hombre por su arrojo sin segundo
 Goza doblado el ámbito del mundo.

La fama á tanto alienta :
 Ella al alma feliz que en luces nace
 Rica, del bajo vulgo la retira
 Al templo do Sofía es adorada ;
 Y en su luz embriagada
 Sus inmensos tesoros muda admira.
 ¡ Qué vigilia ! ¡ qué afán le satisface !
 ¡ O en qué invención su anhelo se con-

[tenta!

Todo lo ansia sedienta
 A par que alcanza mas: la noche, el día
 Son breves á su ardor. Solo ella guía
 Del mando en el sendero peligroso
 Al varón que eminente,
 Mientras el vil ocio duerme perezoso,
 Busca profundo y forma en su alta mente
 Leyes que hagan el mundo afortunado,
 Fruto de su vigilia y su cuidado.

Mas la gloria lo ordena,
 La gloria de almas grandes alimento,
 Que á la virtud divina confiada
 Peligros y sudores desestima.
 Esta llama que anima
 El frágil mortal pecho, denodada
 Todo lo emprende y tienta, ¿ á su ardi-
 [miento

Qué puede huir? la inmensidad terrena
 El corazón no llena,
 Que aun es su ámbito al hombre espacio
 [breve ;
 Y en su mente sublime á mas se atreve.
 Ya el águila caudal suelto le mira
 Partir su señorío,
 Cuando en los aires se remonta y jira ;
 Baja alíjero el rayo á su albedrío ;
 Y el rauda Sena aun se paró asustado
 De hispano, enjuto pié viéndose hollado.

¡ Oh de ingenio divino
 Sumo poder ! La mente creadora,

Émula del gran Ser que le dió vida,
 Hasta las obras enmendar desea
 De su alta, escelsa idea.
 Así en la llana tabla colorida
 Nuevos seres enjendra, y los mejora
 De diestra mano el toque peregrino.
 Así en feliz destino
 El dibujo halló Ardices contornado :
 El color Polignoto variado,
 Las líneas otro, y otro los pinceles.
 La sabia perspectiva
 Los cuerpos ordenó, dejando á Apéles
 La gracia celestial, nunca mas viva
 Que al admirarla Grecia compendiada
 En su COA DEIDAD, aun no acabada.
 ¿ Al arte engañadora
 Qué entonces resistió? duda la mano
 Sombras palpando, si la vista, ó ella
 Es la burlada, y torna y se asegura.
 Una inmensa llanura
 Encierra espacio breve ; y por corrella
 La planta anhela con ardor liviano :
 De Helena infiel la sombra me enamora,
 Y aun tierno el pecho llora,
 Dido infeliz, tu trance doloroso,
 Viendo estático un lienzo mentiroso (*).
 ¡ Oh mágico poder ! el delicado
 Botón, la hórrida nube,
 La vaga luz, el verde variado,
 El ave que volando al cielo sube,
 Solo unas líneas son ; y al pensamiento,
 Cual la misma verdad, llevan contento.
 Ni los mas escondidos
 Movimientos del alma y sus pasiones
 Pueden el reino huir de los pinceles.
 Sorpréndelos el arte : indaga el pecho ;
 Y velo un volcan hecho
 De turbados deseos, que los fieles
 Matices le trasladan. Las razones
 Del Itacense escuchan los oídos,
 Yelmo y pavés bruñidos,
 Y el hasta del gran hijo de Peleo
 Al Griego demandando (**). El Jenio veo,
 El ateniense Jenio, vario, airado,
 Feroz, fugaz, injusto,
 Clemente, compasivo y elevado

(*) La muerte de Dido, célebre cuadro del Guido.

(**) Célebre cuadro de Limántes, en que venció á Parrasio.

A un tiempo todo (*); y al mirar me asusto
La faz de la ímpia guerra, que indignada
Al carro brama de Alejandro atada (**).

Tanto el deseo alcanza
De fama eterna, si su llama prende
En un pecho mortal. Ella al divino
Apéles lleva á Ródas de sus lares
Por los tendidos mares:
Tiene años siete en un afan contino
De Yaliso al autor: el jenio enciende
De Rafael; y el cetro le afianza
Con eterna alabanza,
De la pintura en su Tabor pasmoso:
Várgas, Céspedes, Juánes el reposo
Pierden por ella el Lacio discurriendo:
Y tú, Mengs sobrehumano,
Tú, malogrado Mengs, en ella ardiendo
Los pinceles no sueltas de la mano:
Ve tus divinas tablas envidiosa
Natura; y tu alma grande aun no reposa.

Pero ¡oh memoria aciaga!
Él muere, y en su tumba el jenio helado
De la pintura yace. La hechicera
Gracia, la ideal belleza, la ingeniosa
Composicion, la hermosa
Verdad del colorido, la lijera
Espresion, el dibujo delicado...
¡ Ah! ¿ dónde triste mi memoria vaga?
Deja que satisfaga,
Noble Academia, á mi dolor: de flores
Sembrad la losa fria: estos honores
Son al PINTOR FILÓSOFO debidos,
Al émulo de Apéles.
Y tú, insigne Carmona, repetidos
En el cobre nos da de sus pinceles
Los milagros; que ¡ oh cuánta, oh cuánta
[gloria
Guarda el tiempo á la suya y tu memoria!

Mas yo del mármol mudo,
Del mármol espirante arrebatado,
Do volverme no sé. Por cualquier parte
Un númen halla atónito el deseo.
Aquí estasiado veo
Que al mismo Amor amor infunde el
[arte (**).

(*) Cuadro de Parrasio, de que hace memoria Plinio, como ingenioso.

(**) Escelente obra de Apéles, consagrada por Augusto en su foro, de donde tomó Virjilio su sublime descripcion del Furor Hélico.

(***) El bellissimo Cupido de la Academia.

Allí del fiero Atleta
Huyo (*); y siento acullá que al golpe rudo
El gladiador forzado
Cae, agoniza, y lanza por la herida
Envuelta en sangre la infelice vida (**):
Quiero ahuyentar el ave que arrebatada
Al barragan troyano (***):
Por el dolor que á Níobe maltrata
Tierno se ajita el corazon liviano (****);
Y en él cual cera cada bulto imprime
El mismo afecto que falaz esprime.

Émula y compañera
Del májico pincel, tú en el grosero
Mármol con mano diestra vas buscando
La divina beldad que en sí tenia:
Tú á su materia fria
Dar sabes vida y movimiento blando,
Y haces eterno al ínclito guerrero.
Aun de Antonino al sucesor venera
Presente Roma (****); aun fiera
La faz del Macedon reina entallada.
Y tú en inmensas fábricas osada,
Con arcos y palacios suntuosos
Tambien, ó Arquitectura,
Sabes eternizar: siempre famosos
Serán Delfos y el Faro: intacta dura
De Artemisa la fama; y de Palmira (*****)
La opulenta grandeza el mundo admira.

¡ Oh Corte suntuosa!
¡ Oh muestra eterna del poder humano!
¡ De la ínclita Zenobia augusta silla!
¿ A quién estrago tanto no estremece?
¿ Quién, ¡ ay! no se enternece
Al ver el templo inmenso, maravilla
Del arte, desolado, al verde llano
Igual ya la muralla portentosa,
La selva vasta hermosa
De columnas del tiempo destrozada,
Relieve tanto é inscripcion hollada?
Entre escombros y mármoles, los valles
Solitarios la mente
Finje azorada dilatadas calles:

(*) El Atleta combatiendo, obra excelente.

(**) El Gladiador moribundo, estatua sublime.

(***) El hermoso Ganimédes.

(****) El grupo de la Níobe, lleno de espresion y belleza.

(*****) La insigne estatua ecuestre de Marco Aurelio.

(*****) Las inmensas ruinas de Palmira aun son hoy el asombro y la lástima de cuantos viajeros las visitan.

Oye el ruido y voces de la jente;
Y á mil sombras gritar: ¡ay! ¡ay Pal-
[mira!
Y entre miedo y horror tambien suspira.

Pace triste el ganado
Los soberbios salones: son zarzales
Los pavimentos; do el poder moraba,
La mísera indijencia habita ahora.
¡La mano asoladora
Del implacable tiempo qué no acaba?
Así del rejio alcázar las señales
Irritan el dolor, y el destrozado
Obelisco sagrado,
Y el pórtico y escelsos capiteles,
Que á inmenso afan pulieron los cinceles.
Pero en tanta reliquia venerable
Escrita está la gloria
Del asiano esplendor siempre durable,
Y de Zenobia la ínclita memoria:
Y así, ó CARLOS, tu nombre esclarecido
Fábrica tanta librará de olvido.

Oh pio, feliz, justo,
Oh comun padre, oh triunfador, amigo
Y amparo de las Artes jeneroso,
Benigno CARLOS, tu real largueza
Las sublimó á la alteza
En que hoy las mira el Español dichoso.
Desde tu escelso trono el blando abrigo,
¡Oh! síguete induljente; y deja, Augusto,
Deja acercar sin susto
A tus plantas mi musa, y reverente
Ceñir de lauro tu sagrada frente.
Deja á las Artes, al hispano anhelo
Gozar tu deseada
Forma en estatuas mil: da este consuelo
A tus hijos: tu corte decorada
Del domador de Nápoles se vea:
¡Oh! ¡alcánzelo mi ruego; y luego sea!
Y tú que con él partes
Los inmensos cuidados, embebido
En la comun salud, tambien patrono
De las Musas munífico Mecénas,
Las congojosas penas
Depon del mando, y oficioso al trono
Sube el ferviente voto repetido,
Que hacen conmigo tus amigas Artes.
Tú que aquí les repartes
Mil dones liberal, tambien al lado
Del TERCER CARLOS te verás copiado:
Ya en faz benigna y mano cariñosa
Dando á esta turba ardiente

De jóvenes la palma gloriosa;
Ya oyendo al artesano dilijente;
O ya al triste colono el yugo grave
Lejislador tornando mas süave.

ODA XVIII.

PROSPERIDAD APARENTE DE LOS MALOS.

EN medio de su gloria así decia
El pecador: En vano
Tender puede el Señor su débil mano
Sobre la suerte mia.

A las nubes mi frente se levanta,
Y en el cielo se esconde.
¿Dónde está el justo? ¿las promesas dónde
Del Dios que humilde canta?

Hiel es su pan, y miel es mi comida,
Y espinas son su lecho,
¿Con su inútil virtud, qué fruto ha he-
[cho?

Insidiemos su vida.

A hierro por mis hijos sean taladas
Sus casas y heredades;
Y ellos mi ínclita fama á las edades
Lleven mas apartadas:

Que el nombre de los buenos como
[nube
Se deshace en muriendo;
Solo el del poderoso va creciendo,
Y á las estrellas sube.

Caiga, caiga en mis redes su simple-
[za.—

Él habló, yo pasaba;
Mas al tornar, por verle, la cabeza,
Ya no hallé donde estaba.

Su gloria se deshizo: sus tesoros
Carbones se volvieron:
Sus hijos al abismo descendieron;
Sus risas fueron lioros.

La confusion y el pasmo en su alegría
Los pasos le tomaron;
Y entre los lazos mismos le enredaron
Que al bueno prevenia.

Del injusto opresor esta es la suerte:
No brillará su fuego;
Y andará entre tinieblas como ciego,
Sin que á salvarse acierte.

La muerte le amenaza, los disgustos
Le esperan en el lecho:
Contino un áspid le devora el pecho:

Contino vive en sustos.

Amanece, y la luz le da temores:
La noche en sombras crece;
Y á solas del averno le parece
Sentir ya los horrores.

Dará, huyendo del fuego, en las es-
[padas:

El Señor le hará guerra;
O caerán sus maldades á la tierra
Del cielo reveladas:

Porque del bien se apoderó inhumano
Del huérfano y viüda,
Le roerá las entrañas hambre aguda;
Y huirá el pan de su mano.

Su edad será marchita como el heno:
Su juventud florida
Caerá, cual rosa del granizo herida
En medio el valle ameno.

Tal es, gran Dios, del pecador la suerte.
Pero al justo que fia
En tu promesa y por tu ley se guia,
Jamás llega la muerte.

Sus años correrán cual bullicioso
Arroyo en verde prado;
Y cual fresno á sus márgenes plantado,
Se estenderá dichoso.

ODA XIX.

INMENSIDAD DE LA NATURALEZA, Y BON-
DAD INEFABLE DE SU AUTOR.

¡Oh gran naturaleza,
Cuán magnífica eres!
¡Cuánto el Señor te enriqueció de seres
En profusa largueza!
Del musgo humilde al álamo encumbrado,
Del mínimo arador al elefante,
Del polvo vil, hollado,
Del sol al globo inmenso, rutilante,
¿Qué espíritu bastante
Será á contar los hijos que en perenne
Verdor tu seno pródigo mantiene?
¿Pues qué de ese glorioso
Ejército sin cuento,
Que en viva luz y acorde movimiento
La noche orna vistoso?
¿De esos cometas por la inmensa esfera
Perdidos en la fuga arrebatada
De su vaga carrera?
¿Y esa gran zona, en cuya luz nevada

La mente enajenada,
Cual la arena del mar, así apiñados
Los soles vé? ¿de quién serán contados?
Del Escelso tan solo:
De aquel que en valedora
Diestra sabio encerró la mar sonora;
Y en uno y otro polo
Asentó los firmísimos quiciales,
Do eterno rueda el orbe, y se sustenta:
Del que los perennales
Veneros de las fuentes alimenta;
Y vuelve y tiene cuenta
Del polluelo del águila en su nido,
Y el pez al hondo piélago sumido.
Aquel, á cuyo acento
Salieron de la nada;
Y que sustenta pródigo alentada
Con su alto mandamiento
Esta máquina inmensa: á cuyo ardiente
Soplo reparador naturaleza
Fecundo el gremio siente,
Y el valle se orna en su fugaz belleza:
Mientras en ruda firmeza
Asienta el monte con su escelsa mano,
Sino, cayera sobre el verde llano.
Él, de alta ciencia lleno,
Grande en poder, de vida
Fuente eterna, lo quiso; y sin medida
Los seres de su seno
Se lanzaron al punto: el gran vacío
Inundó presurosa
La luz: el sol con noble señorío
Se alzó del cáos umbrío,
Del pueblo alado á ver la aura serena,
Y la ancha tierra de vivientes llena.
Entónces de sus flores
Galanas se vistieron
Las vegas, y los árboles sintieron
Entre suaves olores
El peso de su fruta perfumada;
Riqueza todo y profusion dichosa.
La tierra coronada
De yerba y mies, que en ala cariñosa
Con inquietud gozosa
Nuevo en volar el céfiro movía,
La bondad suma del Señor decia.
Su bondad que, velando
Cual madre diligente
Sus amados hijuelos, blandamente
Lo va todo acordando
Con grata variedad: ella señala,

Natura inmensa, el grado mas cumplido
 En tu inefable escala
 A tanto ser, del serafin lucido,
 ¡Oh portento! encendido
 En sacrosanto amor, á la bajeza,
 Del primer punto que en la nada em-
 [pieza.

¡Qué mente esta armoniosa
 Proporcion y acabados
 Contrastes á un gran fin siempre orde-
 [nados

En su serie asombrosa
 Correrá! Formas, movimientos, vidas,
 Especies, climas, estacion, terreno,
 Todo en las mas subidas
 Felices consonancias. ¡Oh Dios bueno!
 ¡Dios de consejo lleno,
 Y altísimo en poder! en cuanto obraras,
 En todo sabio lo mejor buscaras.

A tu obra convenia
 La luz; y de una amable
 Sonrisa de tu faz clara, inefable
 Procedió luego el dia.
 En pos el manto lóbrego medroso
 De la noche callada
 Debíó adormirla en plácido reposo:
 Y de soles sin fin súbito ornada
 La luna plateada,
 Nació á empezar su jiro refulgente
 Del ceño augusto de tu escelsa frente.
 El tiempo á tu imperiosa
 Voz su curso modera.
 Hablas, y rie en la luciente esfera
 La primavera hermosa,
 De do en alas del céfiro templado
 Baja á la tierra y puéblala de flores.
 El trino regalado
 De las aves, sus plácidos amores,
 Del viento los olores,
 Y un soplo celestial de nueva vida
 El universo á júbilo convida.

Si al estío inflamado
 Llamas; y él respetoso
 A sazonar el pan que dadivoso
 Al hombre has preparado,
 Corre á tu imperio tras el Can luciente,
 Tu gloria el mundo ve de pasmo lleno:
 Ya en el solano ardiente,
 Ya en el fragor horrísono del trueno,
 Ya en el cristal sereno
 Del sesgo rio, en cuya linfa pura

VI.

Libra el valle su plácida frescura.
 Tu bondad resplandece
 En el opimo octubre;
 Y la ancha tierra de sus dones cubre.
 ¡Oh! ¡cuán rica aparece
 En él la creacion! Tus bendiciones
 Los frutos son, los frutos regalados
 Con que la mesa pones,
 Do tus hijos sin número llamados,
 En comun sustentados,
 Cantan tu mano larga bienhechora
 Del pardo ocaso al reino de la aurora.
 ¡Pues qué, cuando volando
 Sobre hórridas tormentas
 Tu escelso trono entre las nubes sientas;
 Y el invierno velando
 Su helada faz en majestad umbría,
 Oye tu voz, y el aguacero crece;
 Y la tiniebla el dia
 Roba, y fragoso el viento se embravece?
 Ante ti se estremece
 Turbado el orbe: atónito te adora;
 Y tu clemencia y tu bondad implora.
 Mientras en tu inmensa alteza
 De paz una mirada
 Lanzando, en ella gózase apoyada
 La gran naturaleza;
 Y el coro fiel de espíritus gloriosos,
 Que en eterna alegría
 Tu lumbre acata, en trinos armoniosos
 Los himnos misteriosos
 Sigue, que el universo reanimado
 Suená á tu ardiente paternal cuidado.
 De él la dichosa llama
 De inefable amor viene,
 Que á cuanto existe, encadenado tiene;
 Y vivífica inflama
 Del globo luminoso inmensurable,
 Que un punto luce en el inmenso cielo,
 Al átomo impalpable;
 Del gusano que arrastra por el suelo,
 Al ave que su vuelo
 Sobre las nubes vagarosa tiende,
 Y ve do el rayo asolador se enciende:
 Y dél tanta armonía,
 Tanta union soberana,
 Que no alcanza á sondar la mente humana.
 La sombra al claro dia
 Se opone; y de su acuerdo misterioso
 En blando alivio al laso mundo viene
 Tras la accion el reposo.

El líquido elemento opuesta tiene
La tierra; y en perenne
Dulce acuerdo, en amantes y en amados,
Duran los entes todos separados.

Así elevada, umbrosa
La encina ve á su planta,
Que el humilde junquillo se levanta
Bajo su pompa hojosa.
Sobre la flor la mariposa vuela,
Do el tardo insecto reposado yace:
La tortolilla anhela
La soledad; y Progne se complace,
Si el blando nido hace
Entre los hombres; y á su mano impía
El seno inerme y los hijuelos fia.

Y en union todos viven,
Y gózanse y se aman:
A tu bondad menesterosos claman,
Y de ella el bien reciben.
Las tinieblas, la luz, el sol dorado,
El ancho mar, abismo de portentos,
El monte al cielo alzado,
El hondo valle, los alados vientos
En místicos concentos
Tu escelso nombre humildes glorifican;
Y en himnos mil su gratitud publican.
¡Y el hombre embrutecido,
O en su furor demente,
Osa acusarte, y tu bondad no siente!...
Abre, padre querido,
Su labio á la alabanza; y todo cante
En éstasis de júbilo en el suelo
Tu amor, y lo levante
Sobre la inmensa bóveda del cielo.
Todo en rendido anhelo,
Todo, Señor, del austro á los triones
Resuene de este amor las bendiciones.

ODA XX.

EL HOMBRE IMPERFECTO A SU
PERFECTÍSIMO AUTOR.

SEÑOR, á cuyos dias son los siglos
Instantes fujitivos, Ser eterno,
Torna á mí tu clemencia,
Pues huye vana sombra mi existencia.
Tú, que hinchas con tu espíritu inefable
El universo y mas, Ser infinito,
Mírame en faz pacible,
Pues soy menos que un átomo invisible.

Tú, en cuya diestra escelsa valedora
El cielo firme se sustenta, ó Fuerte;
Pues sabes del ser mio
La vil flaqueza, me defiende pio.

Tú, que la inmensa creacion alientas,
O fuente de la vida indefectible,
Oye mi voz rendida;
Pues es muerte ante ti mi triste vida.

Tú, que ves cuanto ha sido, en tu
[honda mente,
Cuanto es, cuanto será, Saber inmenso,
Tu eterna luz imploro,
Pues en sombras de error perdido lloro.

Tú, que allá sobre el cielo el trono
[santo
En luz gloriosa asientas, ó Inmutable,
Con tu eternal firmeza
Sosten, Señor, mi instable lijereza.

Tú, que si el brazo apartas, al abismo
Los astros ves caer, ó Omnipotente,
Pues yo no puedo nada,
De mi miseria duélete estremada.

Tú, á cuya mano por sustento vuela
El pajarillo, ó bienhechor, ó Padre,
Tus dones con largueza
Derrama en mí, que todo soy pobreza.

Ser eterno, infinito, fuerte, vida,
Sabio, inmutable, poderoso, padre,
Desde tu inmensa altura
No te olvides de mí, pues soy tu hechura.

ODA XXI.

EL FANATISMO.

TRONÓ indignado el cielo,
Y sus polos altísimos temblaron
Contra el ciego mortal, que en torpe rito
Mancillara en el suelo
La imájen soberana
De su Autor infinito.
Al Dios del universo abandonaron
Sus hijos por la vana
Deidad, que impíos de su mano hicieran,
Y nuevos cultos crédulos le dieran.

Aquí acatar se via
La piedra bruta, mientras allá abrasado
Entre los brazos del helado viejo
El infante jemía.
En el remoto Nilo
Con infame cortejo

Iba en danzas y cánticos llevado
 El feroz cocodrilo ;
 Y la casta matrona incienso daba
 Al adulterio que su pecho odiaba.
 Tronó el cielo en oscura
 Noche y en tempestad hórrida y fiera,
 Y á la tierra el sangriento fanatismo
 Lanzó en su desventura.
 Las cadenas crujieron
 Del pavoroso abismo :
 Tembló llorosa la verdad sincera :
 Los justos se escondieron,
 Triunfando en tanto en júbilo indecente
 El fraude oscuro y la ambicion ardiente.

El monstruo cae, y llama
 Al zelo y al error, sopla en su seno,
 Y á ambos al punto en bárbaros furoros
 Su torpe aliento inflama.
 La tierra ardiendo en ira,
 Se ajita á sus clamores ;
 Iluso el hombre y de su peste lleno,
 Guerra y sangre respira ;
 Y envuelta en una nube tenebrosa,
 O no habla la razon, ó habla medrosa.

Y él va, y crece, y se estiende
 Del suelo en la ancha faz, los altos cielos
 Su frente toca, la soberbia planta
 Al abismo descende.
 Con su cetro pesado
 Los imperios quebranta :
 De pálidos espectros, de rezelos
 Y llamas rodeado,
 El orbe cual un dios ciego le implora,
 Y sus leyes de sangre humilde adora.

Entónces fuera cuando
 Aquí á un iluso estático se via
 Vuelta la inmóvil faz al rubio oriente,
 Su tardo dios llamando :
 En sangre allí teñido
 Al bonzo penitente :
 Sumido á aquel en una gruta umbría :
 Y el rostro enfurecido
 Señalar otro al vulgo fascinado
 Lo futuro, en la trípode sentado.

Do quier un nuevo rito,
 Y un presajio fatal, que horrible llena
 La tierra de mil pánicos terrores.
 Confundido el delito
 Con la virtud gloriosa :
 Coronada de flores
 La infeliz vírjen que á morir condena

La cazadora diosa,
 Y en medio un pueblo que su zelo admira,
 La Indiana alegre en la inflamada pira.

Así el monstruo batiendo
 Las rudas palmas en su trono umbroso,
 Rije insolente al orbe consternado :
 Cual con fragor tremendo
 Su hondo seno estremece
 El Vesubio inflamado,
 El cielo envuelto en humo pavoroso
 Su alba faz oscurece,
 Y cubre un ancho mar de ardiente lava
 El rico suelo do Pompeya estaba.

De puñales sangrientos
 Armó de sus ministros y lucientes,
 Hachas la diestra fiel : ellos clamaron,
 Y los pueblos atentos
 A sus horribles voces
 Corriendo van : temblaron
 Los infelices reyes, impotentes
 A sus furias atroces ;
 Y ¡ay! en nombre de Dios jimió la tierra
 En odio infando, en execrable guerra.

Cada cual le ve ciego
 En su delirio atroz : oír le parece
 Su omnipotente voz ; y armar su mano
 Siente del crudo fuego
 De su ira justiciera.
 Del hermano el hermano,
 Del hijo el padre víctima perece ;
 Y en la encendida hoguera
 Lanza el esposo á la inocente esposa :
 Ni un ¡ay! su alma feroz despedir osa.

¿Qué es esto, Autor eterno
 Del triste mundo ? ¿tu sublime nombre
 Que en él se ultraje á moderar no alcanzas ?
 ¿Desdeñas el gobierno
 Ya de sus criaturas ?
 ¿Y á infelices venganzas,
 Y á sangre y muerte has destinado el
 [hombre ?

¿O en tantas desventuras,
 Sin que haya un coto á su dominio odioso,
 Satan por siempre triunfará orgulloso ?

Vuelve, y á tu divina
 Nuda verdad en su pureza ostenta
 Al pavorido suelo : el azorado
 Mortal su luz benigna
 Goze, y ledó respire :
 No tiemble desmayado,
 No tiemble, no, tu cólera sangrienta,

Cuando tu cielo mire.
Dios del bien, vuelve; y al averno oscuro
Derroca omnipotente el monstruo impuro.

¡Ay! que toma la insana
Ambicion su disfraz; y ardiente irrita
Su rabia asoladora y sus furores.
La cuadrilla inhumana,
¡Cuál vaga! ¡qué encendido
El rostro, y qué clamores!
¡Cómo á abrasar, á devastar se incita!
Y en tremendo ruido
Corre vibrando la sonante llama,
Y al Dios de paz en sus horrores llama.
Vedla, vedla rejida
Del fiero Mahomet, cual un torrente
Que ondisonante la anchurosa tierra
Devasta sumerjida,
De la Arabia abrasada
Con la llorosa guerra
Precipitarse en el tranquilo oriente,
En la diesta la espada,
Y el Alcoran en la siniestra alzando,
Muere ó cree, frenética clamando.

De allí de luto llena
El Africa infeliz, y tu luz clara
En su ira ardiente, ¡oh España! ¡oh patria
[mia!

A esclavitud condena.
El trono de oro hecho
Y rica pedrería,
Que opulenta Toledo un tiempo alzara,
En polvo cae deshecho.
Alcázares, ciudades, templos, todo
Se hunde, ¡oh dolor! con el poder del
Godo.

El de Ismael domina
Del Indo al mar Cantábrico; y la mora
Llama en el ancho suelo arde lijera.
En medio la ruina
Del orbe amedrentado,
La ominosa bandera
Se encumbra de la luna triunfadora;
Y ¡ay! en tigre mudado,
Ciego el Califa en su sangriento zelo,
Despuebla el mundo por vengar el cielo.

Súbito en niebla oscura
Sumir se vió la tierra desolada;
Y el jenio y las virtudes se apagaron:
Su divina hermosura
Las ciencias congojosas
Entresombras lloraron

A manos del error vilmente ajada;
Y de mil pavorosas
Supersticiones la conciencia llena,
Se dobló el hombre su infeliz cadena.

ODA XXII.

EL PASO DEL MAR ROJO,

TRADUCCION DE LA VULGATA.

CANTEMOS al Señor, que engrandecido
Gloriosamente ha sido,
Y al mar lanzó caballo y caballero.

Mi fuerza y mi alabanza el Señor fuera,
Y mi salud se hiciera;
Mi Dios es, gloriarélo:
Dios de mis padres fué, y ensalzarélo.

Apareció el Señor como un guerrero.
El POTENTE es nombrado:
De Faraon los carros y escuadrones
Ha en el mar derrocado;
Y en sus rápidas ondas sepultado
Sus mas fuertes varones.

Abismos los cubrieron;
Y al profundo cual piedra descendieron.
Con valerosa muestra
Magnificada ha sido,
Señor, tu fuerte diestra;
Señor, tu diestra al enemigo ha herido.

Con tu gloria infinita despeñaste
Tus contrarios: tus iras enviaste,
Que como paja así los devoraran.
De tu furor al soplo se juntaran
Las aguas: las corrientes se frenaron,
Y del mar los abismos se estancaron.

El enemigo dijo: seguirélos;
Partiré sus despojos, cojerélos;
Desnudaré mi espada,
Heriránlos mis manos, y saciada
Se verá el alma mia.

Tú espíritu sopló, y el mar cubriólos;
Y la corriente rápida sorbiólos,
Como á plomo pesado.

¿Cuál, Señor, de los fuertes comparado
Puede á ti ser? ¿ó tienes semejante
En santidad brillante,
Tan laudable y tremendo,
Maravillas haciendo?

La tu mano estendiste;
La tierra hálos tragado.

Caudillo al pueblo fuiste
 Por tu misericordia rescatado;
 Y con tu poderío
 A tu morada santa lo has llevado.

Los pueblos lo supieron,
 Y en ira se encendieron.
 Al Filisteo impío
 Dolores penetraron.

Los príncipes de Edon se conturbaron:
 Los fuertes de Moab se estremecieron;
 Y los que habitan en Canaan se helaron.

Sobre ellos el espanto
 Caiga y pavor de muerte;
 En la grandeza de tu brazo fuerte
 Queden cual piedra inmóviles, en cuanto
 Tu pueblo haya salido,
 Pueblo que tú, Señor, has poseído.

De tu herencia en el monte has de po-
 nerlo,
 Señor, y establecerlo.

Firmísima morada que has obrado,
 Santuario que han tus manos afirmado.

Del Señor será eterno
 Y mucho mas el reino.

Pues cuando con sus carros se metiera
 Y su caballería
 En el mar Faraon, él revolviera
 Sobre ellos la corriente;
 Mientras á pié enjuto y sosegadamente
 Su camino Israel por medio hacia.

Do el mortal alentado
Respira y goza , en tu fulgor bañado;

Entónces todo vive:

Tu luz , luna , tu luz clara y suave

Tornar en día las tinieblas sabe.

Entre la sombra oscura

El soto la recibe:

Goza de la verdura

La vista ; y fujitiva

Se pierde en una inmensa perspectiva.

¡ Oh del cielo señora !

¡ Del Dios del día venturosa hermana !

¡ De los brillantes astros soberana !

A ti en triste jemido

En alta mar implora

El náufrago perdido ;

Y á ti gozoso mira

El caminante , y por tu luz suspira.

El congojado pecho

Te adora humilde: su afliccion te cuenta;

Y en muda soledad contigo alienta,

Cuando con voz doliente

En lágrimas deshecho

Se lastima ; y clemente ,

Para templar su duelo ,

Tus ruedas paras en el alto cielo.

En lecho de dolores

Por ti el enfermo desvelado clama;

Y el ferviente amador tambien te llama,

Ya en la inmensa ventura

Una nube fatal salióte al paso,
Te envuelve en sus tinieblas, y al ocaso
Arrastra tu luz pura.

Cesa el brillante jiro,
Cesa: y no tu hermosura

Así infamarse quiera:

Y tú, nube cruel, huye lijera.

Le hundiste ya, y perdida
Entre su horror el orbe se oscurece,
Y el luto infausto y la tiniebla crece:

¡Ah beldad desgraciada!

Tambien fugaz mi vida

Brilló, y fué sombra y nada;

Tú empero á rayar tornas,

Y de luz nueva el universo adornas.

ODA XXIV.

A MI MUSA.

CONSUELOS DE UN INOCENTE, ENCERRADO
EN UNA ESTRECHA PRISION.

HASTA en los grillos venturoso sienta
Tu grata inspiracion: el pecho mio,
Mi triste pensamiento

Te reconocen ya; y entre el medroso
Son de los hierros y el clamor lloroso
De miserable tanto, al hado impío
Que mi inocencia oprime,
Contrasta el alma, y mi prision redime.

Tú, musa, favorable darme sabes
Consuelos y vigor: con tu armonía
Los tormentos mas graves,
Cual brilla el sol tras hórrido nublado
Ledo amainando el piélago ajitado,
Se truecan en pacífica alegría;
Y de mi encierro oscuro
Discurro libre por el aire puro.

Libre discurro, y libre me imagino,
Libre, libre soy, pues cuando atada
A arbitrio del destino
De mi ser jime la porcion grosera,
Con raudo vuelo por la inmensa esfera
Huyéndose fugaz la mente alada,
Hasta el empíreo cielo
Osa encumbrarse en un dichoso anhelo:

Do del bien sumo en la perenne fuente
Sacio la hidalga sed, y en un tesoro
De consuelos se siente
La razon abismar. Allí gloriosa
La verdad rie en su nudez hermosa:

La oficiosa piedad enjuga el lloro
Del mísero oprimido;

Y humanidad abraza al desvalido.

Uno mismo el lugar, igual la suerte
Del siervo vil y el sátrapa orgulloso,
Y en la llorosa muerte
El olvido final: en el de hermanos
Vueltos del mundo ya los nombres vanos;
Y mas claro, ó virtud, que el poderoso,
El que osó en la bajeza
Siempre adorar tu virjinal pureza.

O bien de eterna paz en claro asiento
Serie de héroes mirando peregrina,
No aquellos que sangriento
Marte corona, y cuyo imperio aciago
Fué azote á la equidad, del mundo estrago,
Jenios de maldicion; su luz divina
Hiere el alma y la inflama,
Su nombre adora, y semideos los llama.

Allí en sacro laurel la cien ceñida,
Brillan los que á su patria en amor santo
Prodigaron la vida;
Los que las artes útiles hallaron;
Al hombre rudo en sociedad juntaron,
O de Apolo al laud con dulce canto
Relijioso le hicieron,
Y alivio grato á sus fatigas dieron.

Radiantes ora, y númenes divinos,
De las plagas de luz que faustos moran,
Mirando los destinos
Del ser humano, y con clementes ojos
Condoliendo sus lástimas y enojos;
Mientras mil tristes su favor imploran,
Por norte los elijen,
Y á su norma feliz sus pasos rijen.

Y allí tambien resplandeciente y pura
Alzan su frente á par los que en la tierra
El cáliz de amargura
Bebieron en la afrenta y las prisiones;
Ora en paz del encono y los baldones
Con que el mundo les hizo cruda guerra,
Cuando viviendo un dia
Con su ciencia y virtud se engrandecia.

¡Sublimes jenios, almas venturosas,
Salud, gloria inmortal del nombre hu-
mano,
Que en ansias jenerosas
Del comun bien vuestra delicia hicistes,
Y Astros de luz para la tierra fuistes!
¡Quién en sí vuestro esfuerzo soberano
No siente, cuando os mira!

¡Y quién por emularos no suspira
 Con frente y pecho igual, si el vulgo
 [necio
 Su honor mancilla ó su virtud abate!
 Jeneroso desprecio
 Que al justo estima su altivez liviana.
 ¡Qué no sufristeis vos de su ira insana,
 Héroes sin par, en criminal combate
 Acosados, proscritos;
 Y viendo, ¡oh horror! en triunfo los de-
 litos!

¿Serán algo mis penas con los rudos
 Trabajos vuestros? con agudo diente
 Y alaridos sañudos
 La atroz calumnia os atacó viviendo:
 Entre los grillos y su ronco estruendo
 Pobreza amarga os afligió inclemente;
 Y delito á la lengua,
 Y fué á la patria vuestro nombre mengua.

Aun de los brazos la amistad benignos
 Os arrojó cruel: visteis volveros
 Cien amigos indignos
 La espalda con desden, sorda la oreja
 Y helado el pecho á vuestra amarga queja:
 Con bárbara impiedad desconoceros;
 Y aun al vulgo adunarse,
 Y en la vil delacion torpes gloriarse.

Firmes empero cual la añosa encina
 Inmóvil al soplo de aquilon violento,
 O roca al mar vecina,
 Que olas ve inmensas á sus piés romperse,
 Y en tumbos de alba espuma deshacerse;
 Os contempló el gran Ser de su alto asiento
 Impávido el semblante,
 Y el pecho á la desgracia de diamante.

Y de su seno celestial lanzando
 Un rayo de dulcísimo consuelo,
 Contra el inicuo bando
 Sostuvo vuestro esfuerzo jeneroso,
 Dejándoos ver el galardón dichoso
 Que allá os guardaba en el escelso cielo;
 Do la virtud segura
 Ríe á los silbos de la envidia impura.

Ligur insigne, que al antiguo mundo,
 Inmensos mares sojuzgando osado
 Con tu jenio profundo,
 Otro mundo añadiste y otros hombres
 De estrañas leyes, peregrinos nombres;
 Tú volviste cual siervo encadenado,
 Émulos te oprimieron,

Y al sepulcro los grillos te siguieron (1).
 Tú de alta trompa y tajadora espada
 Los arrastraste, ó Cámoes (2). Tú, festivo
 Quevedo, en olvidada

Y hórrida cárcel como yo penaste;
 Do tú, ¡oh baldon! tus llagas te curaste (3).
 Y tu aliviando el padecer esquivo,
 Leon, la lira de oro

Bañabas en tú encierro en largo lloro (4).

A él debieron tu fábula sublime
 Las Musas, gran Cervántes; ¿el destino
 Que inocente te oprime,
 Pudo inspirarte tan alegres sales?
 Bienhechor de los hombres, de tus males
 Corrió de gracias el raudal divino,
 Que á todos entretiene:

En el mundo tu ejemplo igual no tiene. (5)
 Y otros y otros sin fin, que hoy en hon-
 [rosa

(1) El inmortal Cristóbal Colón fué enviado á España por el inicuo Bobadilla, cargado de prisiones, desde el Nuevo-Mundo que acababa de descubrir. Los reyes católicos Fernando é Isabel, justos apreciadores de sus grandes servicios, cuidaron mucho de reparar este atentado, colmándole de honores. Pero el almirante, indignado altamente del ultraje, conservó siempre sus honrosos grillos: se mandó enterrar con ellos, y quiso que le acompañasen hasta el sepulcro.

(2) Luis de Camoens, autor de las *Lusíadas*, epopeya, con que se honra la nación portuguesa, estuvo muy mal preso en la India, donde le llevara su valor, por zelos y envidias de sus compatriotas. Dicen que en un naufragio salvó su poema en una mano, nadando con la otra: murió despues indigente en un hospital de Lisboa, y hoy es la gloria del Parnaso y las Musas lusitanas.

(3) En la del convento de S. Márcos de Leon, como caballero del órden militar de Santiago. Allí sufrió Quevedo, víctima de la envidia y la calumnia, una prision de muchos años, llegando en ella á tal extremo de miseria, que pedía de limosna una camisa; y tuvo que curarse por sí mismo y cauterizarse unas llagas, nacidas de la escesiva humedad del encierro en que estaba sepultado.

(4) El célebre poeta Fr. Luis de Leon, encerrado por mas de cinco años en la cárcel de la inquisicion de Valladolid, donde padeció (como él se explica) indecibles trabajos: compuso en ella muchas de sus obras y poesias, y salió al cabo declarado por inocente, y vuelto á sus honores.

(5) Todos saben que nuestro insigne D. Quijote se concibió y compuso en una cárcel de la Man-

Celebridad volais de jente en jente.
 ¡Raza de héroes gloriosa!
 La verdad nos mostró con su luz clara
 De vuestras vidas la inocencia rara:
 La tierra os da tributo reverente,
 Mansion el alto cielo,
 Y aquí sois mi esperanza y mi consuelo.

Musa, no ceses; y en mi mente fija
 Tu doctrina inmortal: de la memoria
 Tú que eres feliz hija,
 Grata me cuenta las ilustres penas,
 De cuantos el oprobio y las cadenas
 Justa en sus fastos consagró la historia:
 Suba yo con su ejemplo
 Por la paciencia de virtud al templo.

ODA XXV.

EN LA DESGRACIADA MUERTE DEL CORO-
 NEL DON JOSE CADALSO, MI MAESTRO
 Y TIERNO AMIGO, QUE ACABÓ DE UN
 GOLPE DE GRANADA EN EL SITIO DE
 GIBRALTAR.

SILENCIO augusto, bosques pavorosos,
 Profundos valles, soledad sombría,
 Altas desnudas rocas,
 Que solo precipicios horrorosos
 Mostrais á mi azorada fantasía;
 Tú que mis ojos á llorar provocas,
 Y al hondo abismo tocas
 Rodando, ó fuente, de la escelsa cumbre:
 Marchitos troncos, que la edad primera
 Visteis del tiempo, y á la dulce lumbre,
 Con frente altiva y fiera,
 De la alba luna, que esclarece el mundo
 Cerrais la entrada en mi dolor profundo;

¿Vuestra mas triste y fúnebre morada
 Dó está, y el laberinto mas umbrío,
 Do mi melancolía
 Del silencio y el duelo acompañada
 Se pierda libre? El sentimiento mio
 Huye la luz del enojoso dia,

cha, donde estuvo preso su pobre y desgraciado
 autor, que perseguido siempre de la adversa for-
 tuna, y mal juzgado de sus contemporáneos, mu-
 rió en Madrid tan indijente y oscuro, como hoy
 es celebrado. Es cosa inconcebible que la obra
 mas entretenida y alegre, toda sales y gracias, se
 pudiese escribir entre las penalidades y el horror
 de una cárcel, y por un ingenio tan lastimado.

VI.

Y el canto y la alegría,
 Cual ave de la noche el sol dorado.
 Solo este valle lóbrego y medroso
 De riscos y altos árboles cercado,
 Que en eco lastimoso
 El nombre infausto de mi amigo suena,
 Mi pecho adula y su dolor serena.

Aquí algun tiempo en pláticas sabrosas
 De Sirio el fuego asolador burlamos:
 Aquí á su lira de oro
 Y en sus alas alzándole fogosas
 La inspiracion, sus hijos le escuchamos,
 De los luceros el brillante coro
 Con su cantar sonoro
 Cual un Dios suspender; y aquí elevaba
 Mi tierno númen á la inmensa alteza
 De su inefable autor, ó me enseñaba
 A domar la aspereza!
 De la virtud con esforzado aliento...

¡Cuánto, ¡ay me! cuánto estas memorias
 [siento!

Ya todo feneció: la mano dura
 De la muerte cruel, aquella mano
 Que de sangre sedienta
 Postra al poder, la fuerza, la hermosura,
 Cuál débil heno el áspero solano,
 Solo en duelos y lágrimas contenta,
 Le arrebató violenta
 A su negra mansion; y allí cerrado
 Con llave de diamante, la espantosa
 Eternidad le guarda aprisionado
 En noche tenebrosa:
 Para él los seres todos fenecieron,
 Y fugaz sombra ante sus ojos fueron.

¡Terrible eternidad! ¡vasto océano
 Donde todo se pierde! ¿qué es la vida
 Contigo comparada?
 ¿Dó no alcanzó tu asoladora mano?
 Naturaleza ante tus piés rendida
 Al abismo insondable de la nada
 Desciende despeñada
 Por tu inmenso poder, del sol divino
 Apagada la luz, y ese cincuento
 De astros, al cielo adorno peregrino,
 Ciegos en un momento!

¡Y aun llega al hombre, al polvo de-
 leznable
 Tu ansia de aniquilar, jamás saciable!
 ¡Pudo el amable, el plácido Dalmiro
 Tus iras encender! el virtuoso,
 El bueno ¿en qué ofendia,

Para ser blanco al ominoso tiro?
 ¡ Oh mi Dalmiro ! ¡ oh nombre doloroso,
 Cuanto un tiempo de gloria al alma mia!
 ¡ Deten la accion impía,
 Oh muerte, oh cruda muerte...! el golpe
 [parte,
 Retiembla el suelo al hórrido estampido;
 Y nada en tu furor basta á apiadarte.

¡ Ay ! yo le veo tendido,
 Fiero, espantable en la abrasada arena;
 Y un grito de dolor el campo atruena.

¡ Imájen cara ! ¡ idolatrado amigo !
 ¡ Dalmiro , mi Dalmiro ! ¡ sombra fria !

Aguarda, espera, tente;
 Tu cuerpo abrazaré, le daré abrigo,
 Te prestaré mi aliento, el alma mia
 Divivida en los dos, tu seno aliente.....

¡ Imaginar demente!
 ¡ Vana ilusion...! mis ruegos, mis clamores
 Ni al cielo ablandan, ni Dalmiro escucha,
 Que en el trance final con los rigores
 De la atroz muerte lucha;
 Y á mí tornando el rostro desmayado,
 Ansia á llamarme, y siente el labio helado.

No, jamás esta imájen desastrada
 Mi mente olvidará, ni el lastimoso
 Espectáculo horrendo
 De herirme acabará. La quebrantada
 Frente y trémulos ojos, el hondoso
 Rio de hervidora sangre el lago hinchendo
 Viendo estoy, el estruendo.

Oigo del bronce atroz: y ¡ ay! del herido
 Tronco la gran ruina y convulsiones
 Con que en tierra se vuelve sin sentido,
 Los ayes, las razones
 No pronunciadas, y el tender la mano
 Favor á todos demandando en vano.

¡ Misero! ¡ contra el golpe irresistible
 Del infernal obus tus peregrinas
 Virtudes qué valieron?

El alto pecho, el ánimo invencible,
 El profundo consejo, y las divinas
 Luces que aplausos tantos le trajeron,
 Las sales que corrieron
 De su labio feliz, la voz sagrada,
 Organó de las Musas, con su muerte
 Hoy llorosas y mudas, nada, nada,

¡ Desapiadada suerte!
 A salvarle alcanzó; de tanta gloria
 Durando solo la infeliz memoria:

Durando solo para infando duelo,
 Y objeto triste de dolor y espanto.
 Estranjero en la tierra
 Yo al gozo y á la paz, culpando al cielo,
 Siempre en suspiros y bañado en llanto
 Ya si la lumbre matinal destierra
 Y el negro ocaso encierra
 A la azarosa noche, ya si el dia
 Torna á apagar su rayo postrimero,
 Y se hunde el mundo en la tiniebla fria,
 Imájen del primero
 Desierto cáos, do vagó perdido
 En hondo sueño y sempiterno olvido.

Y nunca, nunca mi doliente queja
 Término alcanzará: ni el malogrado,
 Porque le llame tierno,
 Grato cual antes prestará su oreja,
 Mis lágrimas verá, ni mi cuidado.
 Tinieblas, soledad, silencio eterno,
 Y un insondable averno
 Nos separaron ya: muy mas distantes,
 Sin cuento, mas que el que felice mora
 Las plagas de la aurora rutilantes,
 Y el que aterido llora,
 Del polo ansiando entre la inmensa nieve
 Del sol un rayo, aunque apocado y breve.

¡ Oh fatal Calpe! ó rocas, que rizadas
 Subís al cielo la sañosa frente,
 Gratas tanto al abrigo
 De la altiva Albion, cuanto infamadas
 Por ominosas á la hispana jente.
 Desde la edad del infeliz Rodrigo
 Siempre halló el enemigo
 En vosotras favor, gozando abierto
 Sus fuertes naos y cargadas flotas,
 ¡ O vil traicion ! vuestro seguro puerto.
 Siempre sus haces rotas,
 Mi patria en luto envuelta vió perdida
 A vuestros piés su juventud florida.

¡ Y ora á los canos padres qué desvelos
 Y honroso afan! ¡ qué lágrimas no oprimen
 Las madres castellanas!
 ¡Cuál abismadas en amargos duelos
 Por sus amados las doncellas jimen!
 Llegando á las provincias mas lejanas
 Les nuevas inhumanas
 De cuantos siega en vos la muerte impía.
 Guardad, guardad, guerreros: no fiados
 Corrais en vuestra impávida osadía
 A escalar malhadados

Tanto y tanto cañon, que hórrido atruena;
O á España dejaréis de lutos llena..... (*)

AS.

Nada que olvide nuestro ardiente zelo,
Que á todos va fiada
La empresa

Y otro tras un nombre vano
 Pierde la quietud y el sueño:
 A aquel la guerra embriaga,
 Y en el estrépito horrendo
 Del mortal cañon y el parche
 Colocó su bien supremo:
 A este en pos lleva el deleite,
 A otro un ominoso empleo,
 Y al otro el aura voluble
 Del favor le tjene ciego.
 Dejémoslos que deliren;
 Y de sus errores lejos,
 Para nosotros vivamos
 En soledad y sosiego.
 ¿No vale mas estudioso
 Gozar en libre comercio
 De esa infinidad de seres
 Que en sí encierra el universo?
 ¿Correr con ansia dichosa
 Desde la tierra á los cielos,
 Descender al hondo abismo,
 Volar sobre el raudó viento?
 ¿Y preguntarles á todos,
 Qué son, dó vienen, qué fueron,
 Quién ordenador y grande,
 Tal, les dijo, es vuestro puesto:
 Tales leyes os conservan,
 Y con tales encadenó
 Ese cincuento de soles,
 Que enciende eficaz mi aliento,
 Del inmesurable espacio
 Velocísimos corriendo
 Las sendas, que les marcara
 Con mi omnipotente dedo?
 ¿No vale mas, alma mia,
 Ofrecer tu humilde incienso
 A un Dios que á un mortal? ¿la gloria
 No vale mas que el vil suelo?
 ¿Y exhalar tus hondos ayes
 En el dulcísimo seno
 De tu Hacedor, que importuna
 Cansar al poder con ellos?
 Despréndete pues del lodo,
 Despréndete, y al Escelso
 Por el éter infinito
 Trepa con alas de fuego.
 Salud, purísimos seres,
 Que de inefable amor llenos,
 Ante su sagrario el himno
 De loor trináis eterno:
 Entre estáticos ardores

Y humos de un aroma etéreo,
 Rindiéndole el feudo antiguo,
 Siempre á vuestras arpas nuevo.
 Recibid en vuestros coros,
 Recibid á un compañero,
 Si del polvo la bajeza
 Puede de vosotros serlo.
 ¡Oh quién el fervor me diese,
 Y el santísimo embeleso
 Con que vos servís! ¡quién limpio
 De mundanales afectos,
 Postrar pudiera su frente
 Bajo el altísimo asiento
 Del gran Ser! ¡quién de su gloria
 Temblando besar el velo,
 Y con sus nublados ojos
 Llevar débil no pudiendo
 Luz tanta, precipitarse
 Entre ella atónito y ciego,
 Clamándole: un vil gusano
 Os adora fiel: mi ruego
 No desdeñeis: ved la nada
 Cabe vos, padre, Dios bueno!
 Vedla; y dad plácido oído
 A mis ayes lastimeros,
 Lanzándome una mirada
 Que avive mi desaliento.
 Una mirada de aquellas,
 En que cual Señor supremo
 Sustentais el bajo mundo,
 Y de gracia henchís los cielos.
 Y de allá do entre esplendores
 De gloria os gozais cubierto,
 Tended la clemente mano
 Al abismo en que me veo,
 Y alzadme dél amoroso.
 Cual del gavilan huyendo
 El ave al callado asilo
 De su nido aguija el vuelo;
 Así yo ahincado me arrojo
 En vuestro adorable gremio,
 Y en él mis delicias hallo,
 Y en él mi esperanza aliento.
 ¿Me desdeñaréis, Dios mio?
 ¿Será que el mísero feudo
 De mi gratitud rendida
 Os pueda encontrar severo?
 ¿Lanzaréis de vuestra casa
 Por vil al humilde siervo,
 Y las lágrimas de un hijo
 Las veréis, Señor, con ceño?

No, no; que sois el amigo,
El protector, el consuelo,
El padre, el Dios, del que jime
En orfandad y desprecio;

Del que acosado del mundo,
Y blanco á sus tiros puesto,
Solo en su amargura vive
De un pan de lágrimas lleno:

Vos le alzais en vuestros brazos
Y con solícito empeño
En sus desmayados ojos
Enjugais el llanto tierno;

Y la calma bonancible
Tornais á su triste pecho,
Y en gozo trocáis sus penas,
Y en paz su desasosiego.

Iris, que aplacais benigno
Con vuestro gracioso aspecto
Las hórridas tempestades,
Y los vendavales fieros,

Apareceis; y en un punto
Vientos, olas, aguaceros,
Todo atónito enmudece,
Todo os adora en silencio.

Yo os adoro á par; mis ojos
Fuentes de lágrimas hechos,
La lengua os canta y bendice
Con balbucientes afectos;

Que la piedad fervorosa,
El alma exhalada entre ellos,
El alma toda, recoge
Con blando oficioso anhelo:

Mientras el corazon llagado
De amor y santo respeto,
Ante vos, cual grata nube,
Arde de fragante incienso.

Y asombrado, embebecido
Por do quiera que me vuelvo,
Amoroso padre os hallo,
Y Dios grande os reverencio:

Que do quier de vuestra gloria
Inagotable el proceso
Se ostenta, de vuestro brazo
Se palpa un nuevo portentoso.

Esas bóvedas inmensas,
Ese sinfin de luceros
Que sobre mi frente brillan,
Siglos y siglos ardiendo;

Y pregonando, aunque mudos,
En el órden estupendo
Con que misteriosos ruedan,

La mano que los ha puesto.

La tierra, abreviado punto,
De seres tantos cubierto,
Que de vos solo reciben
Orden, ser, vida, sustento:

Y do en jiro invariable
Raudo en comun bien el tiempo
Alterna del Can las llamas
Con los erizados hielos,

Sembrando do quier profuso
Los tesoros, que del seno
De vuestro amor inefable
Recoje en alivio nuestro.

Ese crecer cuanto vive,
Y el insondable misterio
De encerrarse en uno solo
Millones de seres nuevos.

El mar, el mar que halla dócil,
Obedeciendo el imperio
De vuestra voz poderosa,
En cada arenilla un freno;

Ora en sus rabiosos tumbos
Asaltar tienta soberbio
Las estrellas, y los montes
Bata con ímpetu horrendo;

Ora plácido y callado
Semeje á un inmenso espejo,
En que los cielos se pintan,
Y arde y se goza el sol bello.

Esas pavorosas nubes,
En que retumbando el trueno
Y el alado ardiente rayo,
Me llenan de pasmo y miedo:

La nieve, el hielo, la lluvia,
Que en largos rios corriendo
Vuelve á la mar los tesoros,
Que el sol le robó y los vientos.

Yo mismo, abreviado mundo,
Donde en felice compendio
De vuestro universo unidas
Las leyes todas encuentro;

Que cual la yerba que piso
Me nutro y me desenvuelvo,
Respiro á par del gusano,
Y como el ángel entiendo:

Yo que en mí el fuego divino
De la virtud hervir siento,
Y con vos por ella unirme
Desde mi nada merezco.

Todo á una voz os proclama,
Todo por su inmenso dueño,

Hacedor omnipotente,
Y conservador supremo.

Alienta, espíritu mio,
Alenta, y con noble empeño
Del ser por la inmensa escala
De este Ser llégate al centro.

Llega, llega confiado,
Que ese jeneroso esfuerzo
Que en ti sientes, no es del lodo,
Ni de un instinto grosero.

Tu ambicion es mas sublime:
El polvo apegado al suelo,
Jamás, jamás se desprende
De su miserable cieno.

Tú eres inmortal: la llama
De tu alado pensamiento
Arderá siempre, aunque acabe
Ese pábulo terreno,

Do sus brillos se oscurecen,
Como al tajador acero
La vaina guarda, y se esconde
En el pedernal el fuego.

Arderá; y feliz un dia,
De los ángeles en medio
Te asentarás, con sus himnos
Mezclando tus ayes tiernos;
Y llamándoles hermanos,
Y el vestido recibiendo
De inmaculada blancura,
Con que te ornará el Escelso.

Toma pues las prestas alas
Del querubin: como estrecho
El bajo mundo abandona,
Y trepa cielos y cielos.

Trépalos; y venturoso
Al inexhausto venero
De la verdad pon el labio,
Y bebe, bebe sediento.

Raudal de inmensa dulzura,
Donde jamás satisfecho:
Mas ansia cuanto mas goza,
De amor llagado el deseo.

Allí embriagado en delicias,
Verás con desden y tedio
Cuanto hasta aquí tus sentidos
Fascinó, y preciabas necio.

Que allí la ilusion fenece:
Allí el bien es siempre el mismo,
Inmarcesibles las flores,
Y perenne el embeleso.

Vuela pues, vuela afanoso,

VI.

Redobla tu heroico anhelo:
La distancia es infinita;
Pero infinito es el premio.

La fe por seguro norte,
Y en el suavísimo incendio
De la caridad mas viva
Cual fino amador deshecho,
Por la airada mar del mundo
Entre huracanes y riesgos,
Condúzcate la esperanza
De eterna ventura al puerto.

ODA XXX.

LOS CONSUELOS DE LA VIRTUD.

No es sueño, no ilusion: las arpas de
[oro

Con su armónico trino
Me elevan de los ángeles: divino,
Divino es el concento;
La esfera se abre al rozagante coro,
Y una fragancia siento,
Con que nada seria
Cuanta goma y copal Arabia cria.

No ceséis, paraninfos celestiales,
Vuestro inefable canto,
Que ledo acalle mi perenne llanto.
Solo, él solo á ser hasta
Salud segura en los horribles males,
Con que el mundo contrasta
A un mísero inocente,
Blanco á sus tiros y furor demente.

No de tal mundo la impotente saña
Así apocado llores,
Ni á seco tronco le demandes flores;
Y alza, ¡oh ciego! los ojos
A ese inmenso esplendor que el cielo baña,
Que allí de tus enojos,
Allí mora el consuelo:
Sombra y nada los júbilos del suelo.

Sombra y nada, que leve un soplo eleva
Del menor vientecillo;
Y otro que sigue, róbales el brillo,
Y espuma se deshacen.
Mancíllalos la edad, y en pos los lleva,
Con el uso desplacen,
Y el hastío sus rosas
Torna al cabo en espinas dolorosas.

Espera pues en tu bondad seguro;
Que al fin pura y triunfante

Saldrá, y hermosa como el sol radiante.
 Tu Hacedor soberano,
 Que justo sonda el laberinto oscuro
 Del corazón humano,
 Tus ansias compadece;
 Y ya su sombra tutelar te ofrece.

La virtud brilla con su propia lumbre:
 Ni como el vil deleite
 Bella se ostenta de mentido afeite,
 Mientras con firme planta
 De mortal gloria á la sublime cumbre
 Modesta se adelanta,
 La alcanza vencedora;
 Y el vicio mismo á su pesar la adora.

Dios, el Dios que en su diestra omni-
 [potente

La creación sustenta,
 Con su soplo vivífico la alienta;
 Y á su ángel dió el destino
 De la justicia, que do quier presente
 Con su escudo divino
 La cubra, ante quien vano
 Caen de los hombres el orgullo insano.

Ara es de Dios el corazón del bueno,
 De do al cielo incesante
 La nube de su amor sube fragante.
 La paz y la divina
 Ferviente caridad de gozos lleno
 A sus piés le avecina;
 Y allí sacia, ¡oh ventura!
 Su ansia del bien cabe su fuente pura.

Con santa envidia su inefable suerte
 Absortos consideran
 Los serafines, que abrazarle esperan.
 ¿Y qué entónces la impía
 Persecución, la infamia, ni la muerte?
 Nube que en medio el día
 Al sol loca se opone,
 Que en fugaz niebla á su fulgor traspone.

Las lágrimas que ansiado á veces llora,
 Son de la primavera
 Grata lluvia, que esmalta la pradera
 De mil galanas flores.
 La piedad que su aljófar atesora,
 Entre santos fervores
 Por feudo las ofrece,
 Y una mirada á su Señor merece.

Los torvas nubes que del bajo suelo
 Se alzan en toldo oscuro
 Viles á mancillar su lampo puro,
 Entre el grito ominoso

De la maldad y su impotente anhelo,
 Hacen que mas lumbroso
 Con las pruebas se torne
 El lauro augusto que su frente adorne.
 Muere en la paz que la virtud da sola:
 Todo cabe él se aflige;

Y él ledo al ángel que sus pasos rije,
 Ve ya como á un hermano
 Presto á ceñirle la inmortal estola,
 Que el dueño soberano
 A los suyos prepara,
 Y él en lid tanta triunfador ganara.

Los alcázares sueñan estrellados
 Y de oro los quiciales,
 Abriéndose las puertas eternas
 A recibir al justo.

Mientras un coro de espíritus alados
 Trina el cántico augusto,
 Con que á la compañía
 Se aduna celestial desde aquel día.

Ven, ven feliz, tú que del ciego mundo
 Ya los grillos rompiste,
 Y ángel al centro de tu ser volviste;
 Tú, en quien halló un amigo
 Siempre el opreso en su jemir profundo,
 Del indigente abrigo,
 Y en su soledad cruda
 Padre al pupilo, amparo á la viüda:

Tú, en quien ardió con llama inestin-
 [guible

La caridad süave,
 Que amar y perdonar tan solo sabe:
 A par que la justicia
 Contra el crimen tronar te vió inflexible,
 De bronce la malicia,
 La flaqueza indulgente,
 Los hombres grato, la amistad ferviente:

Ven á cojer afortunado el fruto
 De tus largos sudores:
 Ven á gozar las eternas flores
 Que anheló tu esperanza;
 A dar ven el dulcísimo tributo
 De inefable alabanza
 Al que en su inmenso seno
 Padre hoy te inclina de ternura lleno.

Aquí todo es solaz, todo alegría,
 Todo inmortal dulzura,
 Todo consuelo y paz, todo ventura.
 Eterno resplandece
 Sin niebla y claro el sol, plácido el día,
 Con rosas mil florece

Perennial primavera,
 Sin fin bullendo un aura lisonjera.
 Y sobre nubes de esplendor divino
 El Señor asentado,
 El himno entiende de eternal agrado,
 Que sus loores suena.
 Ven, entra, llega á tan feliz destino;
 Corre á la inmensa vena
 Del rio de la vida,
 Y al mundo en su raudal por siempre ol-
 [vida.

Luego con cuanto un tiempo honrara
 [el suelo

En sociedad amante,
 De rosas y laurel la sien radiante,
 Se estrecha venturoso,
 Goza, y renace sin cesar su anhelo,
 Y á gozar vuelve ansioso;
 Ni mente humana llega
 Al bien inmenso en que feliz se anega.

¿Y jemirás, porque un espacio breve
 Penes ora entre grillos,
 Sandio anhelando los falaces brillos
 De un mundo injusto y loco?
 ¿Tan poco, ¡oh ciego! la virtud te debe,
 Y su esplendor tan poco?

¿O igual se te presenta
 Al gozo eterno el que un instante cuenta?

No así, no así: tu lacerado pecho
 Abre, enancha á la rara
 Suerte feliz que el cielo te prepara:
 Que el premio solo sigue
 Al que lidió y venció, y hollar derecho
 La ardua senda consigue,
 Que lleva hasta la cumbre,
 Do arde de gloria la inexhausta lumbre.

¡Cesais, oh santos ánjeles...! seguro
 Ya por vos, no suspiro:
 Y en manos del gran Ser mi suerte miro;
 Mientras con pecho entero
 La amarga copa del dolor apuro,
 Y constante prefiero
 La virtud indijente
 Al vicio entre la púrpura fuljente.

ODA XXXI.

LA CREACION, Ó LA OBRA DE LOS SEIS DIAS.

¿DÓNDE la mente en tus etéreas alas
 Se encumbra, el viento impávida surcan-
 [do,

Inspiracion divina?...
 Ya las nubes hollando
 Al valle el monte escelso ante ella igualas;
 Ya el sol contigo altísima domina.
 A Urano, ese invisible
 Lucero, y cuanto por la inmensa esfera
 Arde sol claro al lente inaccesible,
 Atrás los deja en su fugaz carrera,
 Hasta tocar los últimos confines
 Del reino de la luz, donde velado
 En majestad gloriosa,
 Yace el Señor sentado
 En trono de inflamados serafines.
 Allí en gozo inefable asistir osa
 Al solemne momento,
 Cuando imperioso le intimó á la nada,
 Acaba; y á su escelso mandamiento
 Esta máquina inmensa fué ordenada.

Ostentar quiso de su augusta mano
 La infinita virtud, el inefable
 Saber de su honda mente,
 Y allá en su perdurable
 Quietud contempla el tipo soberano
 Del universo su bondad clemente.
 ¡Cuánto plan en un punto
 Anhela su eleccion! Este prefiere
 De su insondable amor feliz trasunto,
 Do en larga vena derramarlo quiere.

Súbito en vuelo rápido se lleva
 Sobre el abismo solitario, ansioso
 De trazar obra tanta;
 Y en torno el cáos medroso
 El muro eterno con su vista eleva
 Fijo á la creacion. La escuadra santa
 De espíritus, que dichosa
 Acata su deidad, enmudecia
 Atónita ante el trono y respetosa;
 Cuando en potente voz Jehová decia:
 Que la luz sea; y de arreboles llena
 Resplandeció la luz, saltó exhalada
 De entre aquel yerimo oscuro
 Una llama dorada,
 Que inundó en rauda trasparente vena
 De la lóbrega noche el reino impuro.
 Los jérmenes primeros
 Por la fecunda voz á unirse empiezan,
 Ciegos jirando en vértices lijeros
 Que en su incesante vuelo se tropiezan.
 Y alzándose entre etéreos resplandores
 Un pabellon magnífico, suspenso
 A la voz soberana

Por el ámbito inmenso,
Ornólo de vivísimos fulgores.
La esmeralda, el azul, el oro y grana,
Mezclados altamente,
Tejen sus ricos transparentes velos;
Y arde en vistosos fósforos lucientes
La infinidad, do rodarán los cielos.

Ya al feliz mando del Autor divino
La hermosa luz existe, noble mnestra,
Espléndido portento
De su sagrada diestra,
Si material de altísimo destino;
Pues las mansiones de inmortal contento
Orna, do él mismo mora.
Resuena en inefable melodía
El anjélico coro, y fiel le adora:
Él cesa, y hubo fin aquel gran día.

Con él súbito el tiempo que en olvido
Yacia y sueño eterno, despertando
Asió su rueda instable;
Y el vuelo desplegando,
Vió ya á sus piés cuanto será, rendido.
Cesó la eternidad inmensurable,
Que su diestra imperiosa
En sombra y luz su duracion divide;
Y hundiéndose en la nada silenciosa,
El fugaz curso de los seres mide.

La luz empero el término no fuera
De la virtud vivífica infinita;
Ni el celestial venero
A tan nada limita
De su amor el Señor, y aunque igual viera
La flor del valle, el brillo del lucero,
Del ave el matutino
Canto, y del serafin que en llama pura
Arde de amor, el inefable trino,
En sí gozando su eternal ventura;

Vuelve, y hallando en su divino seno
Ser tanto que su voz ansia obediente,
Las aguas se dividan,
Ordena omnipotente,
Y el firmamento estiéndase sereno.
Las rápidas corrientes se retiran
Sobre el cielo lumbroso,
En torno en ancha bóveda afirmado,
Muro inmenso al abismo proceloso
Del eterno á la voz súbito alzado.

Inmenso muro en su labor divina,
De su largueza y su poder trasunto,
Do alzará su morada.
¡Qué armonioso conjunto

De eterno albor que en torno lo iluminas,
Orden, belleza, variedad estremada!
Cuanto encumbrarse puede
Mente humanal, ó de mayor riqueza
Idear feliz á el ánjel se concede,
Nada es con su magnífica grandeza.

Sienta en medio su trono; y, ¡oh
[consuelo!

Bienes allí sin número atesora
Su inefable clemencia.
La piedad que le implora,
Tierna á él se vuelve en su ferviente anhelo,
Y á él se acoje exhalada la inocencia.
Ve el Señor complacido
Por alfombra á sus piés el firmamento,
Mas que el oro purísimo lucido;
Y á mandar torna en divinal acento.

*Las aguas se unan, que á la tierra impiden
Aparecer.* En tumbos espumantes
Por entre el aire vano
Las ondas resonantes
Dóciles parten, rápidas dividen
Su inmensa madre con furor insano.
Ya hay mar: ruje y se humilla
Rendido ante el Señor; y en grato es-
[trueno
Su gloria anuncia, y nacarado brilla
De ola en ola su nombre repitiendo.

En su incesante anchísima carrera
Con misterioso círculo dél nacen
Ya los eternos rios,
Y á él vueltos se deshacen.
Tiéndese el Indo en su feliz ribera:
Reina inmenso entre páramos sombríos
El Amazona undoso:
Nilo en sus aguas la abundancia lleva;
Y el Rin, que hoy guarda al Bátavo indus-
[trioso,
Del Ponto inmenso las corrientes ceba.
Él rueda en su hondo abismo y se con-
[mueve;
Llega, huye, torna, apártase; y bramando
De hórridos vientos lleno,
Las rocas desgarrando,
Ya el cielo en sierras de agua á herir se-
[atreve;
Ya su azul pinta plácido en su seno:
¡Oh pasmo! en leve arena
Por siempre atada la voluble planta,
Hirviendo entre alba espuma el paso en-
[frena,

Y hermosa ante él la tierra se adelanta,
 Cual de inocencia y rosicler teñida
 En su fiesta nupcial brilla esplendente
 La virjinal belleza,
 Alzan su augusta frente
 Los altos montes enriscada, erguida;
 Rudas columnas de eternal firmeza
 Contra los elementos
 Que el tiempo asolador en vano ofende;
 Y en paz segura de fragosos vientos
 El ancho valle entre sus piés se tiende.

Allí abreviados en la mina oscura
 Siglos de ardua labor, fúljido crece
 El oro en vena rica:
 Sus brillos esclarece
 El hermoso diamante, y la luz pura
 Ya en prismas mil aun tosco multiplica,
 La faz de ella inundada,
 La hora á la tierra de animarse llega,
 Y en su calor prolífico empapada,
 Fecunda brota, y su vigor despliega.

El bosque sacudió la cima hojosa
 De sus escelsos hijos: los collados
 De yerba se matizan;
 Los árboles, cargados
 De flor á un tiempo y fruta deliciosa,
 La mano que los viste, solemnizan:
 Y tú, ó rosa, rompiste
 Tu cáliz virjinal, y los favores
 Del nuevo vivaz céfiro sentiste,
 Bañandolo en balsámicos olores.

Ufana en sus racimos deleitosos
 La vid los largos vástagos derrama,
 Ya el néctar preparando
 Que en gozo el pecho inflama;
 Y los pensiles de Pancaya umbrosos,
 Al firmamento en galas emulando,
 Exhalan una nubé
 De etérea suavidad, feudo agradable
 Que el ángel de Sabá volando sube, (*)
 Y aceptó en faz de amor el Inefable.

Mientras siguiendo plácido decia:
Reinen en las altísimas esferas
Los astros esplendentes;
Y en sus vagas carreras
Formen la umbrosa noche, el claro dia,
Y tiempos y estaciones diferentes.
 Súbito á la imperiosa

(*) Segun la opinion que da á cada re-jion, reino ó provincia por custodio ó protector un ángel.

Voz de Jehová los astros se inflamaron,
 Y á dar su vuelta eterna, silenciosa,
 Cual ordenado ejército empezaron.

Tú entonces, claro Erídano (1), vertiste
 Tu luz en urnas de oro: sus divinos
 Fuegos prender sintieron
 Los soles matutinos;
 Y tú, Aquilon, los tuyos recibiste:
 A sus inmensas órbitas corrieron
 Los cometas brillantes;
 Y en su inmóvil quicial el polo viera
 Miles en derredor de astros brillantes,
 Que contar solo su Hacedor pudiera.

Las Osas, el Dragon, el Cancro fiero,
 El lóbrego Orion, ese lumbroso
 Largo surco nevado,
 Cinto del cielo hermoso (2),
 Y cuanto esmalta fúljido luceró
 El manto de la noche pavonado,
 A una voz fué: con ella
 Poblóse de esplendor el gran vacío;
 Y en pos del alba y su riente estrella
 Se ostentó el sol en noble señorío.

Salve, ignífero sol, fuente abundosa
 De sempiterna luz, del rubio dia
 Padre, señor del cielo,
 Tú que hinchas de alegría
 Su ámbito inmenso, y con tu faz gloriosa
 Fecundas creador el bajo suelo;
 De tu Hacedor divino
 Lumbroso trono en la fuljente altura,
 Salve, y su brillo apaguen peregrino
 Los astros todos con tu lumbre pura.

Salve, y pródigo inunda en suave llama
 Tu hermana celestial, que en paso lento
 Ya en el zenit domina,
 Y al mundo soñoliento
 De su alba rueda tu esplendor derrama.
 ¡Deidad siempre á los míseros benigna!
 ¡Luna consoladora!
 De tu lóbrega noche el manto estiende
 Ante quien de ella te aclamó señora,
 Y á un tiempo tanto sol profuso enciende.

Pero, ¡ah! que él vuelve á su inefable
 [mando:
 Silencio, astros lucientes. — *El profundo*
Golfo animado sienta,
Dando de sí fecundo

(1) La constelacion de este nombre.

(2) La via láctea.

*Cuanta ave el aire diáfano cortando,
Cuanto pez raro en sus abismos cuenta. —*
De escama aquel bruñida
Deslízase fugaz: cual perezoso
Se arrastra incierto de su nueva vida;
Cual á la presa lánzase furioso.

Y á par que inmóvil en las ciegas rocas
En trémoro falaz (1) su presto fuego
Eléctrico despide,
El incesante juego
Salta el rebaño de las mansas focas.
Cruza el salmon, y el piélago divide
Tras la dulce corriente,
Do en paz deponga sus fecundas ovas;
Y un vulgo inmenso espárcese impaciente
A morar libre entre cerúleas tobas.

Vió el glacial polo á la ballena fiera
Señora de las olas, cual un día
La Grecia fabulosa
Su Délos ir decía
Sobre el piélago Ejeo, y la lijera
Dorada anteceder la onda espumosa.
Al tiburón aleve
Con el manso delfín: al ave iguales
Vagar sus hijos por el viento leve (2);
Y á mil gozarse en selvas de corales.

Selvas, que ornando de purpúrea alfom-
bra
Las llanuras del mar, en su galana
Espesura repiten
La alta tierra, lozana
Con bosques, prados y agradable sombra.
En formas y matiz allí compiten
Sin cuento los vivientes,
En paz rodando su crustáceo manto;
Y feliz cuaja en perlas esplendentes
La ostra del alba el cristalino llanto.

Todo es vida y acción: por los menores
Ríos revuelven con fugaz presura
Sus nadantes hijuelos;
Mientras el aura pura
Se ve inundar de alados pobladores.
Alzase audaz el águila á los cielos,
Do al sol sus ojos prueba,
Del pueblo volador reina se aclama,

(1) La raya tremela, especie de raya, cuyas emanaciones eléctricas adormecen cuanto se les presenta. Oppian. *Alitic.* lib. 2. v. 36.

(2) Los peces volantes, que se hallan así en nuestros mares como en los del ecuador: la *golondrina del mar*, el *milano marino*, etc.

A una altísima roca el nido lleva,
Y en fiero canto á su consorte llama.
Allí el pavón de su lumbrosa cola,
Tornasolada de esmeraldas y oro,
La rueda ufano tiende;
Y alegre su canoro
Pico soltando por los vientos sola
La alondra, cual un punto inmóvil, pende.
Desplega arrebatada
Sus alas la fragata vagarosa (*);
Y pule al sol el ave celebrada
De Eden las sedas de su pluma hermo-
sa (**).

Miles se pierden por el bosque espeso,
Y al ciego encanto del amor se entregan;
O en los floridos prados
Van, vuelven, saltan, juegan.
Cuanto jime en dulcísimo embeleso
Sus ayes filomena lastimados,
Sesga el cisne pompudo
Con alto cuello por el ancho río;
Y el pavoroso buho en grito agudo
Suspira ya por el silencio umbrío.

Y todo el pueblo alijero vagando
Se extiende, y goza de su nueva vida;
Y en canora garganta
Con salva repetida
De valle en valle el eco resonando,
Su divino Hacedor alegre canta.
Con paternal ternura
Él los oye y bendice; en arpas de oro
Himnos trinando de inmortal dulzura
De querubines el radiante coro.

Vivífica entre tanto su vos suena:
¡Sus! bestias de la tierra. Y de repente
Animándose, lanza
De sí cuanto viviente
Su faz no bien sabida alegre llena.
De las selvas el rey feroz se avanza,
El cuello vedijoso
Con orgullosa pompa sacudiendo;
Y de Eden por el valle deleitoso

(*) Ave de vuelo tan rápido como incansable, que suele hallarse por los navegantes á 200 leguas de la tierra, á donde vuelve á reposarse y dormir.

(**) El pájaro del sol, del paraíso, la *manucordiata*, el *ave de Dios*; de la cual se han contado mil fábulas. Sus colores son muy vistosos, y sus plumas cubiertas de unos hilos como de seda delicada, muy buscadas en la India y de gran precio.

Pausado jira, y hórrido ruiendo.

Un collado cabe él siente y se ajita,
Y hélo súbito vuelto un elefante:

Bullicioso su brio

Muestra el potro en sonantè

Casco, y rápido el paso precipita:

Anhela el ciervo por el bosque umbrío,

La cabeza ramosa

Alzando al cielo: mansa la cordera

Bala y pace: la liebre rezelosa

Párase, acecha, escucha en la pradera.

Vagan por ella en muchedumbre in-

[mensa

Las bestias cuantas son, aun de su instinto

Cual despues, ¡ay! no esclavas;

Y aunque en breve recinto

Cabra y lobo hermanados, sin ofensa

Juegan, en grata union mansas con bravas.

Todas ¡oh malogrado

Tiempo! ¡suerte feliz! ¡santa armonia!

En paz gozando del glorioso estado,

En que inocente el mundo se adormía.

Así impaciente con su frente ruda

Por juego el bravo toro el aire hiere:

Sin daño el tigre fiero

Sus garras probar quiere:

Brama el rinoceronte en voz sañuda;

Y tras la pista el can cruza lijero.

Mientras con la cabeza

Las copas de los árboles tocando,

Entre ellas con gallarda lijereza

La pintada jirafa (*) huye saltando.

Cuanto vive y alienta del florido

Mas hondo valle hasta la cima helada

Del Ande, que en el cielo

Desparece encumbrada,

Todo, todo el vivir ha recibido

De Jehová, que lo esparce por el suelo

Con diestra valedora.

Los hijos de la tierra en grato acento

Del aquilon lo anuncian á la aurora,

Jehová, gloria á Jehová, sonando el viento.

Cuando hubo un gran silencio, misterioso

Su obra mayor el Hacedor ordena:

Cielo y tierra asombrados

Escuchaban: se llena

Atónito de un pasmo respetuoso

El bando fiel de espíritus alados,

(*) El mas alto, gallardo y bien manchado de los cuadrúpedos, cuya estatura pasa de 15 piés.

Y todo enmudecía.

Jehová entonces, *al hombre*, en su hondo

[seno

A imájen nuestra hagamos, se decia,

Y el barro el hombre fué de beldad lleno:

Ardua labor de perfeccion sublime,

Con que inefable su universo sella.

En su saber profundo

Complaciéndose en ella,

Su aliento celestial vida le imprime,

Y aclámale señor del ancho mundo.

Ya en él hay, ¡oh portento!

Quien del clavel los ámbares aspire,

Oiga al ave su armónico concerto,

Y la hoguera del sol absorto admire.

Hay quien feliz del acabado enlace

De la divina creacion anhele

Sondar las perfecciones;

Quien los cielos nivele;

Quien, aunque inmenso, al universo abra-

[ze,

Y en prez alcance de tan altos dones.

Que hasta allí todo mudo,

Ciego, insensible á maravilla tanta,

Jiró en las sombras de un instinto rudo:

Él solo á lo infinito se levanta.

¡Qué augusta majestad! ¡Qué jentileza!

¡Qué acuerdo en movimientos y figura!

¡Qué gracia encantadora!

Sí: todo le asegura

Que es para el infinito. Su belleza

Cuanto do quier hay bello, en sí atesora.

Albo trono la frente

De inocente candor, escelso mira

Con faz al cielo plácida, riente;

Y del vago horizonte en torno jira.

Desplégase la rosa delicada

En su risueña boca, que sentido

Dar sabe al aura leve,

El material sonido

Fácil tornando en plática ordenada,

Que útil enseña, apasionada mueve;

Los ojos retratando

Fiel, vivo espejo, do se pinta el alma,

Ya su ternura ó su dolor llorando,

Ya en mas benigna luz su alegre calma.

Mientras la mente con el ángel vuela,

Y á su inmenso Hacedor alzarse osa;

Y del brillo encantado

De la virtud gloriosa,

Otra patria mejor gozoso anhela.

A su inefable posesion llamado,
Allá en dulce fatiga
Lánzase en alas de oro la esperanza;
Nada su ser y noble ansiar mitiga;
Ni el mismo Eden á que la olvide, alcanza.

Eden feliz, que la atencion divina
Le plantó liberal, de almo reposo
Fausta mansion, que encierra
Cuanto mas deleitoso
Hubo, y de encantos y pompa peregrina,
Rico verjel del dueño de la tierra,
¡Qué de fuentes y flores,
Qué de frutas suavísimas guardabas!
En tus vitales céfiros ¡qué olores,
Qué amable sombra á la inocencia dabas!

Allí floridas las alegres sienas
De eterna juventud gozar debia,
Sin penas ni desvelo,
Santísima alegría;
Bosquejo fiel de los inmensos bienes
Que en perenne raudal le guarda el cielo,
Cuando en nueva dulzura
Súbito se inundó, viendo á la amable
Eva á su lado, que inocente y pura
Formó de él en su ayuda el Inefable.

Hermosísimo don, milagro raro
De gracia y perfeccion, do resplandece
Muy mas la escelsa idea:
Mira tierna, y parece
Que en sus ojosse anima un sol mas claro.
Su aliento, cual el céfiro, recrea:
Si rie, la mañana
Nace en su frente, y sus mejillas dora:
Marcha, y se inclina á su esveltez lozana
La alta palma, del Líbano señora.

De los vivientes el inmenso bando
Por reina la aclamó, mientras en la cumbre
Del cielo respetuoso
El sol de su áurea lumbre
Sus miembros va castísimos bañando.
Gratamente á su rayo delicioso
Su cuerpo se estremece:
La embriaga su nariz de ámbar suave:
Ve absorta el cielo: el trino la embebece
Del colorín: y dó atender no sabe.

Que ya en su seno la celeste llama
De afectos mil purísimos se enciende;
Ya sensible palpita;
Admira, y se sorprende:
Vese tan bella, y cariñosa se ama;

Y entre donosa timidez se ajita.
La mano á una flor llega,
Y á cortarla dudosa aun no se atreve:
La encanta el ave que volando juega,
Y ansia seguirla por el aura leve.

El comun padre estático la admira,
Y Eva se inunda en virjinal ternura.
Desciende el amor santo
De la estrellada altura,
Y en mutuo ardor su corazon suspira,
Ya en lazo atados de divino encanto.
¡Ser de mi ser querido!

Adan esclama: en tu inocencia hermosa
Hallo el bien sumo al embeleso unido;
Y ella en su seno inclínase amorosa.
¡Oh sombra! ¡oh bien fugaz! ¡fatal deseo
De vedado saber! La compañera
De tan alto destino
Cayó en el mal lijera,
Sedujo al infeliz..... ¡Cielos! ¡qué veo!
En faz sañuda un querubin divino,
Y espada centellante
Les cierra el santo Eden: la pena aguda
De Adan anubla el varonil semblante;
Y Eva á su lado va llorosa y muda.

Huyen los brutos su dañado imperio:
Sorda la tierra su favor les niega;
Y su frente culpable
Hierre la muerte ciega.....
¡Oh culpa felicísima! ¡ó misterio!
¡Víctima! ¡redencion! ¡precio inefable!
Ya es gloria la caida.
Llover el claro Empíreo al Deseado
Miro, á su mismo Autor mi carne unida,
Y al polvo sobre el ángel sublimado.
¡Lenguas del universo, criaturas
De Dios, almos espíritus! cantemos
Bondad tan infinita;
Y el loor que le demos,
Suba cual grato incienso á las alturas,
Do en pura luz inaccesible habita
Su celestial grandeza.
Ordenador de mundos soberano,
En cuanto obró de tu saber la alteza,
Brilla en gracias magnífica tu mano.

Tus obras son cual tuyas, acabadas,
Buenas, pródidas, sabias, y te admiro
Do quier omnipotente.
Sobre los cielos jiro,
Cruzo del mar las bóvedas saladas,

De las heladas zonas á la ardiente;
Y todo es un portento.
¡Sublime creacion! al bosquejarte,

Falta al númen atónito el aliento:
Jamás la mente acaba de admirarte.

LA CAIDA DE LUZBEL,

Canto épico.

LA CAIDA DE LUZBEL.

Dí, musa celestial, de dónde pudo
Subir de Dios al trono luminoso
La atroz discordia, de Luzbel el crudo
Infiel tumulto, el brazo poderoso
Que su frente postró, cuando sañudo
Fijar quiso triunfante y orgulloso
Junto á la silla de Jehová su silla,
Negándose á doblarle la rodilla.

Por qué el anjel de luz fué transformado
En sombra horrible en el fatal momento
Que cayó al hondo abismo derrocado,
Mansion de luto y fúnebre lamento,
Con la hueste precitada aferrado
Con frente audaz en su nefario intento,
Sufre sin fin bajo la diestra airada
Del Señor, para herirle siemprealzada.

Tú que allá en Pátmos revelar quisiste
Tan gran misterio á tu profeta santo;
Y el Cordero sin mancha ver le hiciste,
Por quien ganado fuera triunfo tanto;
Tú que el trono á sus ojos descubriste,
Ante quien siempre el inefable canto
Se tributa de altísima alabanza,
Que humano oído á percibir no alcanza:

Tú, Espíritu de Dios, que el Dragon
[fiero
Le mostraste y la lid ardua, dudosa
En que triunfó Miguel, cayó el Lucero,
Y á Dios subió la humanidad dichosa:
Ven, fácil, ven, que con tu auxilio espero,
Si es mortal voz á tanto poderosa,
Las venganzas decir del Invencible,
Y del soberbio el precipicio horrible.
En el principio, el brazo omnipotente

VI.

Los cielos estendido acaso había;
Y en su ancho espacio el escuadrón luciente
De soles ya ordenado discurria;
En la nada tal vez confusamente
La inmensa creacion se contenia,
Silenciosa aguardando el dulce acento
De su eficaz divino mandamiento.

Quiso en sus ricos dones deslumbrado
Luzbel al monte del Señor subirse;
Y allí en silla de luz ante él sentado,
Con su inmenso Hacedor loco medirse.
Sonó su aleve orgullo, y fué aclamado
De mil ciegos espíritus, que á unirse
Corrieron al infiel, y en guerra impía
El reino de la paz turbado ardia.

Entendió que en el tiempo (así en su
[seno
Lo acordó el Padre) cabe Dios subido
Seria el Hijo del hombre de honor lleno,
Y el polvo vil en él ennoblecido.
Lo entendió: vióse; y de consejo ajeno,
Igual se quiso hacer con el Unjido,
Gritando arrebatado y orgulloso
Así en medio el ejército glorioso:

¡Otro ser sobre mí!... ¡leyes tan duras
Sufrirá mi nobleza! ¡colocarse
La baja humanidad sobre las puras
Anjélicas sustancias! ¡humillarse
Debe Luzbel! ¡Luzbel! ¡oh desventuras!
¡Oh eterna infamia! No, no ha de jactarse
De que se doble en servidumbre odiosa
Ante el polvo mi esencia luminosa.

Anjeles, querubines, ¿entendido
Lo habeis? ¿ó yo me engaño? ¿Nuestra
Gloria y nuestro ser eterno esclarecido
De qué nos sirven ya? la ejecutoria

De dioses dónde está? ¿dónde se han ido
 Los timbres de que hacemos vanagloria,
 Si el lodo, el lodo vil se nos prefiere,
 Y el tirano en su antojo así lo quiere?
 ¡Oh confusion! ¡oh mengua! ¿la debida
 Merced es esta del servir continuo
 Su deidad impotente? Merecida,
 Merecida es la ley, pues el camino
 Le abrió á mandar la voluntad rendida.
 Mas crédulo se engaña: de su indino
 Imperio huyamos ya; y aquel le adore,
 Que su afrentosa tiranía ignore.

Iguales somos en la esencia, iguales
 En luz y potestad: ¿qué le debemos?
 ¿Acaso el don odioso de inmortales
 Para acatarle esclavos? ¿llevarémos
 En vil silencio abatimientos tales
 Por siempre, invictos príncipes?.. hollemos
 El pacto de alianza y vituperio;
 Y lejos dél alzemos otro imperio.

Al aquilon corramos; y divida
 La inmensidad del suyo nuestro estado.
 Firmes, firmes duremos, y en renda
 Súplica le veréis. El principado
 Debido es á Luzbel: mi planta mida
 Las cumbres de su gloria; en el sagrado
 Monte hollaré la luz á él semejante,
 Mayor que ese su Hijo, y dél triunfante.

Yo reinaré... Clamaba el altanero
 Apóstata, y la turba de precitos
 Su ímpia furia con plauso lisonjero
 Loca celebra, y sediciosos gritos.
 No así el vasto océano, cuando fiero
 Los lindes rompe por su autor prescritos,
 Derramándose horrisono, espumoso
 Retumba entre las rocas espantoso.

Suena el reino de Dios confusamente
 Con la execrable sedicion turbado;
 Y el ánjel fiero se sublima, y siente
 Crecer su orgullo viéndose aclamado.
 En un punto y mas suelto que la mente
 Del bando del Altísimo apartado,
 Corre mil veces mas con fugaz vuelo,
 Que dista del abismo el alto cielo.

Tan rápido se huyó, porque á la activa
 Presteza de un espíritu la inmensa
 Estension es un punto: en pos la altiva
 Proterva hueste como nube densa
 Su lado infiel circunda fujitiva;
 Y aprestándose firme á la defensa,
 Reine, gritaba con bramido insano,

Reine el que nos redime del tirano.

Del hórrido tumulto el alarido
 Vaga en el ancho espacio; y se renueva
 Por encontrados ecos repetido,
 Que al solio escelso la justicia lleva:
 De las sonantes armas el ruido
 Dobla el triste fragor; y en furia ciego
 Clamando libertad la turba loca,
 A cruda lid á su Hacedor provoca.

Reverente entre tanto y silencioso,
 Lleno de un pavor santo, se estrechaba
 Ante el trono el ejército dichoso
 De los justos, y á Dios firme adoraba;
 Temblando que su brazo poderoso
 Contra la turba vil que le insultaba,
 De su inmenso furor el dique abriese,
 Y en un punto á la nada los volviese.

Mas el Escelso su jactancia impía
 Burlando en el sagrario rutilante,
 Do entre nubes altísimas yacia,
 De su trono de gloria, con semblante
 De inalterable majestad, oía
 Los fieros del arcánjel arrogante,
 Revolviendo su inmensa justa pena
 En la honda mente de consejos llena.

Y al Hijo vuelto, con la faz bañada
 En amor é inefable complacencia,
 Hijo, le empezó á hablar, en quien se
 [agrada
 Tu almo padre, figura de mi esencia,
 Por los siglos y mas á ti fué dada
 La plenitud del cetro y la potencia.
 Todo se postre á ti, delicia mia,
 Y consorte en mi escelsa monarquía.

Así en mi eternidad lo he pronunciado
 Con firme, irrefragable juramento;
 Luzbel va con los suyos despeñado
 Por la senda del mal; yo les consiento
 Guardar su obstinacion: helo entregado,
 Cual leve arista al ímpetu del viento,
 A su vano sentido, en él se afirme;
 Y ose, pues que lo quiere, resistirme.

Mas tema, tema de mi diestra el brio.
 Yo Dios de las venganzas, ¿del torrente
 De mi furor dó huirá? su cuello impío
 Conculcará tu planta: y reverente
 Vendrá: te adorará como á igual mio,
 Y confundido en su furor demente,
 Dios, aunque tarde, clamará, Dios era;
 Y por ti jurará su lengua fiera.

Que yo te suscité y armé del trueno

De mi cólera; allá cuando en la cumbre
De mi asiento real te uní en mi seno.
Y vosotros en justa servidumbre
Al Verbo confesad de gloria lleno,
A la Lumbre nacida de la Lumbre,
Anjeles; y aclamad mi augusto Hijo
En himnos de alabanza y regocijo. —

Habló el Señor; y el Verbo reclinado
En su seno divino con amable
Aspecto, lleno de bondad y agrado,
Se complació en su plática inefable.
Atónito y rendido el pueblo alado,
Empezó al punto el cántico aceptable
De eterna adoracion, las arpas de oro
Armónicas siguiendo el almo coro.

¡ Señor, Dios Sabaot! reine cumplida
Tu inmensa voluntad: tú poderoso,
Tú dador inefable de la vida,
Tu Verbo de su asiento alto lumbroso
Mire su feliz tropa ante él rendida,
Que ensalza fiel su nombre glorioso;
Y tu deidad y su deidad confiesa:
Y el santo coro en su cantar no cesa.

Todo era gozo y salvas: el gran día
En que en órden se puso el caos oscuro,
Cuando á la voz de Dios el sol nacia
Como en carro triunfal, ni fué tan puro,
Ni semejó su altísima alegría.

Aquel solo que vió, vencido el duro
Infierno, entrar á Cristo en la alta esfera
De justos rodeado, igual le fuera.

Cuando en medio del júbilo imperiosa
Tronó la voz del Padre; y de repente
Cesó el aplauso en la mansion gloriosa,
Y él mirando á Miguel: resplandeciente
Paraninfo, mi escuadra numerosa
Guia, le manda, y rinde al impotente
Enemigo de Dios: ríndelo; y muestra
La fuerza en él de mi sagrada diestra.

Tu zelo fiel he visto con agrado,
Y por él de mi ejército invencible
Príncipe te escojí: yo he confortado
Tu brazo: nada temas: mi terrible
Rayo fulmina, y caiga derrocado
Ruiendo el bando pérfido al horrible
Abismo, donde el fuego eterno arde;
Y que temple mi cólera no aguarde.

Los montes turba: los collados huella:
Y espárcelos cual polvo. — Así decia
La Justicia inefable: humilde ante ella
Con sus doradas alas se cubria

Silencioso el arcánjel, la faz bella
Poner no osando al fuego que salia
A manera de un rápido torrente
Del rostro del airado Omnipotente.

Ardia en llamas vivas la montaña:
Y en nubes de humo el trono luminoso
Se oscureció: tronó su inmensa saña
Tres veces con son hórrido, espantoso;
Y el escuadron que cerca le acompaña
De puros serafines, pavoroso
Se postró ante su faz, clamando: gloria,
Gloria á ti, Señor Dios de la victoria.

Parte Miguel al punto rodeado
De miles de millares de escojidos,
Que en el reino de paz tienen guardado
Su eterno galardón, esclarecidos
Hijos de luz con el blason sagrado
Del Cordero en la frente distinguidos,
En fuerza confirmados invencible,
Y en las manos el rayo irresistible.

Las olas que sin fin rompe en la tierra
La mar, cuando sus playas bate airada,
La inmensa arena que su abismo encierra,
Suma hicieran bien leve, comparada
Con la fiel turba que á la sacra guerra
Se apresta, corre, llega acelerada:
Ni por esto el Señor solo se via,
Que otra hueste aun mayor corte le hacia.

¡ Oh musa celestial, tú que asististe
Al alarde glorioso, y las hileras
De los fuljentes querubines viste
Tendidas ya las ínclitas banderas;
Los nombres díme que en el cielo oíste
De tanto campeón, que en duraderas
Láminas guarda el libro de la vida:
Honra á sus altos triunfos bien debida!

Callarlos el Altísimo ha querido;
Ni un humilde mortal, aunque tocado
Fuese su labio audaz del encendido
Carbon con que el profeta fué abrasado,
A contarlos bastara: el merecido
Tributo de loor á ellos negado,
Sagrada musa, á los caudillos demos;
Y sus ínclitos nombres celebremos.

En alas cuatro el batallón divino
De fondo impenetrable parecia
La ciudad, que de jaspes y oro fino
El águila de Dios labrada un día
Vió del cielo bajar. Cual matutino
Sol, al frente Miguel resplandecia,
Y de oriente á occidente cobijaba,

Cuando sus anchas alas desplegada.

Menos temible entre la zarza ardiente
Le vió en Oreb el mayoral sagrado,
O el grande Josué con el luciente
Acero en Jericó desenvainado:

Su aspecto un fuego vivo, en la alba
[frente
¿Quién como Dios? impreso, el brazo al-
[zado

Con firme accion á combatir dispuesto
Y un rayo en él á fulminarlo presto.

Gabriel, fuerza de Dios, la diestra guia:
No cual despues pacífico y rendido
Trajo el Ave suavísimo á María,
Nuncio feliz; mas del furor tendido
Ahora el arco potente, parecia
Su voz la voz del trueno, el encendido
Rostro un horno ferviente, el recio aliento
Cual huracan del aquilon violento.

Rije Uriel el contrapuesto lado,
Espíritu á Dios fiel, de una nevada
Estola y faja de oro circundado,
Y en la alta diestra la fulmínea espada.
Con loriga de fuego el pecho armado
Y en rubia luz la frente coronada,
Tremendo Rafael la marcha cierra;
Y él solo hasta á fenecer la guerra.

Tales fueran los grandes jenerales,
Que al ejército el Todopoderoso
De sus furores dió, todos iguales
En zelo y en lealtad, del ambicioso
Luzbel y sus sacrílegos parciales
Enemigos sin fin; y el pecho honroso
Ardiendo en comunal alto deseo
De hacer sus frentes de su pié trofeo.

Unense en líneas, mil y mil se ordenan
Y millares sin cuento; blandamente
Sus grandes alas al plegarse suenan;
Y en rededor el delicado ambiente
De olor de gloria y mil esencias llenan:
Sigue á una voz el himno reverente
De loor al Escelso: y acabado,
De un vuelo el gran caudillo en medio
alzado,

Cual un cometa hermoso: campeones,
Les habla, en quien su honor el Señor fia,
Y alistó la lealtad en sus pendones,
De Luzbel la sacrílega osadía
Visteis; y por sus locas sugestiones
La tercer parte de astros que servia
Obsequiosa ante el trono, deslumbrada

De su inefable autor mostrar osada.

¡ Insensatos! ¿ ignoran que su mano
Los sacó de la nada, y que si aleja
De sobre ellos su aliento soberano,
A nada tornarán? ¿ Burlar se deja?
¿ O el rayo asolador enciende en vano?
Este rayo nos da: su justa queja
Vengüemos; y en nosotros el impío
De Dios sienta el inmenso poderío.

Hijos suyos, esclavos venturosos
Somos de su bondad: serlo queremos,
Y estos son nuestros timbres mas glorio-
[sos.
Él con nosotros va: ¿ de qué tememos?
¿ Quién como Dios?— Los vítores gozosos
No le dejan seguir; y á los extremos
Del infinito el eco los llevaba:
Dios, Dios, ¿ quién contra Dios? solo so-
[naba.

Las prestas alas súbito deplegan
Entre salvas de bélica armonía;
Y mas veloces que los rayos llegan
Del solar globo hasta la tierra umbria,
Con sesgo vuelo rápidos navegan
Del vasto espacio la rejion vacía,
Con quien el ancha tierra fuera nada,
Toda en sola una línea prolongada.

No llega en resplandor á los radiantes
Paraninfos la nube mas hermosa,
Que al mar cayendo el sol de mil cam-
[biantes
Riquísimos matiza, ó tan vistosa,
Boreal aurora en ondas centellantes
Se descubre al Lapon: solo medrosa
En el medio una nube amenazaba,
Que las plagas eternas encerraba:

Plagas que allá en el hondo tenebroso
Pozo del ciego abismo á su mandado
Prestas el brazo apremia poderoso.
¡ Mas ay! que el dia del furor llegado,
Las soltará otra vez: el sol lumbroso
Irá tinto de sangre y eclipsado:
Arderá el vasto mar; arderá el suelo;
Y á pedazos caerá deshecho el cielo.

Llega del aquilon á los distritos
La milicia invisible, donde habia
El apóstata terco en sus delitos
Fijado la nefanda tiranía.
Allí una banda inmensa de precitos
Ufana á todas partes le seguia,
Creyéndose por él libre y segura:

Ciega, inflexible en su infernal locura.

La execracion blasfema, el insolente
Escarnecer de Dios son sus canciones,
Sus mas gratos saludos. Quién demente
Se jacta de escederle en los blasones:
Quién a arrastrar el solio refulgente
Llevar quiere los fieros escuadrones:
Quién se finje un Jehová: quién al im-
[pío
Medita ya usurpar el poderío.

Él entre tanto un trono levantado
Del monte del Oprobio en la alta cumbre,
Con mentido fulgor, y en él sentado
Concita la confusa muchedumbre.
Satan se jacta indómito á su lado,
Casi con él igual; aunque la lumbre
De su faz apagado antes se hubiera,
Cuando con Dios airado contendiera.

Síguele Belzebut en ira ardiendo,
A una gran torre igual en la estatura,
A quien la guerra y sanguinoso estruendo
Siempre agradó: con majestad oscura
Del gran Nesroch, que príncipetremendo
Es de los principados, la segura
Frente entre las lejiones se sublima;
A todos su soberbia dando grima.

De otra parte Moloch está horroroso,
Biforme, en sangre tinto, en la montaña
Creyéndose de Dios frente al glorioso
Solio, Dagon, de su tremenda saña
Triste ejemplo, Fegor torpe, asqueroso,
Remon y Belial que le acompaña,
Espíritu sin ley, protervo, osado,
A Luzbel cercan de uno y otro lado;

Y otros príncipes mil que allá nacieron
En las plagas de luz pura inefable,
Y eternos bienes disfrutar pudieron;
Mas su dureza los perdió execrable.
Del libro santo de la vida fueron
Con sentencia justísima inmutable,
Arrancados sus nombres, y una impía
Blasfemia el pronunciarlos hoy seria.

Pero él soberbio en todo remedando
Del sumo Altitonante el señorío,
Su forma vasta, desmedida alzando,
En medio está cual un planeta umbrío
Que á todos amenaza; y señalando
Con el cetro silencio á su albedrío
La confusion blasfema sosegada,
Así empieza con furia despeñada:
¿Del antiguo tirano la indolencia

No veis? ¿venir á combatirnos osa?
¿Dónde está su aclamada omnipotencia?
Yo le veo temblar; y á su medrosa
Turba de serafines la clemencia
Implorar de Luzbel... ¡Memoria odiosa!
Viles, viles esclavos le servimos;
Mas la torpe cadena al fin rompimos.

Invictas potestades, conozcamos
Nuestra nobleza clara; ignominioso
Todo imperio nos es: libres seamos.
¿Cómo servir el ángel?... Tan glorioso
Teson á todo trance mantengamos.
¿Es mas ese Jehová, que al yugo odioso
Rendirnos quiere? Puros, inmortales,
Somos dioses cual él, y en todo iguales.

Su luz mentida deslumbrarnos pudo,
Porque entre rayos escondió la frente;
Temblamos ciegos, y á su mando crudo
Se abatió humilde la cerviz paciente.
Yo, yo os lo descubrí; vedle desnudo
De su falso poder; en el fulgente
Reino que indigno obtuvo, le asaltemos,
Y sus tímidas haces debelemos.

Su silla ocuparé... ¡Jactancia impía!
El gran Miguel de súbito asomando,
Clama con voz de trueno: ¡tu osadía
Bastó á decirla! Pérfido, ¿hasta cuándo
Con tu Dios pugnarás? ¿en qué confía
Tu maldad loca á tu Hacedor juzgando?
¿Querrán tus pensamientos execrables
Penetrar sus consejos insondables?

Tan lejos de ti van, cual de la senda
Tú del bien, y en tu réprobo sentido
Abandonado corres: mas tremenda
Su indignacion santísima ha venido
De lleno sobre ti, cual plaga horrenda
De eternal perdicion: apercebido
El arco está en su mano: tú el primero
Caerás, estrago de su golpe fiero.

¡Ay protervo! ¡ay de ti! ciegos par-
[ciales,
Que su demencia deslumbró orgullosa,
Y falaz precipita á inmensos males,
¡Ay de vosotros! ¡ay! ¿por la dichosa
Obediencia al Señor sus infernales
Imperios conmutais? ¡oh lastimosa
Ceguedad! ¿vuestro dueño soberano
Dejais por la obra infame de su mano?

Al Unjido del Padre, á su Hijo augusto,
Igual con él, que en su divina mente
Sin principio enjendró, ¿negais el justo

Feudo de adoracion? él vuestra frente
Hollará triunfador, y tan injusto
Teson disipará. Luzbel demente,
¡Hollarme! ¡hollarme á mí! ¡blasfemia!
[clama,
Y presto rayo en cólera se inflama.

Sus pérfidos parciales á él unidos
Claman tambien: ¡blasfemia! y con tre-
[mendo
Tumulto y discordantes alaridos
A hatallar se aprestan, repitiendo:
¡Blasfemia, audaz blasfemia escandecidos.
Este fué el grito del combate horrendo,
En que el dragon postrado y sus secuaces,
Triunfó el Señor y sus potentes haces.

¡Quién contarle sabrá! ¡cómo en hu-
[mano
Sentido caber puede! ¡dónde ciego
Voy? ¡qué estrépito se oye? Del tirano
Los golpes son, el centellante fuego
Del rayo de Miguel. Ven, soberano
Espíritu, ven pio al tierno ruego
De un mortal que de Dios las iras canta:
Oid todos, y temblad su diestra santa.

Ordénase de presto el feroz bando,
Y al ejército fiel su inmensa frente
Toda de fuego opone, como cuando
Arde un antiguo bosque, y refulgente
La llama al cielo sube rechinando;
Que el trueno y rayo, y torbellino ar-
[diente,
Si de temple inferior, tambien llevaba,
Y su soberbia misma los forjaba.

Cada cual se imagina un Dios terrible
Lleno de majestad y poderío;
Y con furor avanza irresistible.
Los gritos y humo y resplandor sombrío
Los trances doblan del encuentro horrible;
Y la infernal discordia con impío
Soplo las líneas corre, enciende, incita,
Y á todos mas y mas los precipita.

Luzbel, cual el relámpago lijero
Vaga por todas partes, lo mas rudo
Del combate buscando, insta severo;
Alienta fervoroso, y firme escudo
De las lecciones es; gritando fiero:
Cargad, dioses, cargad, que de este crudo
Punto el quedar en libertad gloriosa
Pende; ó volver á la cadena odiosa.

Del sumo Rey el tercio numeroso
No así se ajita audaz, ni en furor tanto,

Sino firme, paciente, silencioso
El orden sigue del caudillo santo:
Semejante á un nublado tempestoso,
Que inmóvil á la vista pone espanto;
Pero en todos bien claro Dios se via,
Y el inmenso poder que los rejía.

El choque llega al fin, el choque hor-
[rendo.
Estréchanse las líneas, los veloces
Rayos chispeando cruzan, el estruendo
Del trueno brama entre discordes voces.
Gabriel, el gran Gabriel vibra un tre-
[mendo
Huracan, que derriba los atroces
Parciales de Asmodeo, y pasa osado,
Hollando invicto el escuadron postrado.

La confusion los turba, la rabiosa
Discordia á unirlos corre, y con demente
Furia los lanza entre la lid dudosa,
Va delante, y les presta el rayo ardiente;
Mas del ángel la banda victoriosa,
Cual duro escollo opuesto al impotente
Proceloso batir del oceano,
Firme, inmóvil resiste el choque insano.

Todo con él se estremeció medroso;
Solo el monte en que fija la morada
Tiene el Escelso, en eternal reposo
Duró quieto, de donde en su emcumbra
Silla velado en esplendor glorioso,
Su ejército en la accion ruda obstinada,
Con faz de gloria inalterable via,
Y la victoria ante sus piés yacia.

Así el ciego conflicto y teson crece,
El relámpago presto centellea,
Y el reino de las luces se oscurece
En nubes de humo negro: aquí guerrea
Línea con línea firme; allí se ofrece
Un nuevo choque y orden de pelea;
Dos lecciones se ven en alto alzarse;
Y una con otra crudas aferrarse.

Y cual dos vastas nubes que en su seno
La desolacion llevan, impelidas
De huracanes contrarios, el sereno
Cielo con llamas turban repetidas,
Y en sus cóncavos jime ronco el trueno;
Así en sus raudas alas sostenidas,
Violentas chocan y discordes claman;
Y en ráfagas de luz todo lo inflaman.

Las plagas del Señor, sus eternas
Plagas entónces hórridas resuenan:
Azóranse las huestes infernales,

Y de atroz rabia y confusion se llenan.
 Mas tornan fieras de sus crudos males
 Y otra vez y otras mil se desordenan:
 Hiere el fiel bando, hiere, y el impío,
 Mas ciego, carga en su impotente brio.

Ni hay ceder por ningunos: los dañados
 Angeles cada vez mas inflexibles
 Y en su letal orgullo mas cerrados:
 Los altos paraninfos de invisibles
 Esfuerzos sostenidos, y abrasados
 Por la causa de Dios. ¡Cuántos terribles
 Trances y encuentros, y batallas fieras,
 Sacra musa, en un punto entónces vieras!

Que cada cual á derrocar bastaba
 Este nuestro universo al cáos oscuro,

La inefable virtud atrás dejaste;
 Al rápido huracan del impío bando
 Las largas filas súbito arrasando.

Otro blason mas ínclito te espera:
 Ser el impuro príncipe debía
 Víctima de su diestra: en rabia fiera
 Viendo desórden tal sin seso ardia;
 Y entre mil rayos de una en otra hilerá
 Dando á todos aliento discurria:

A quien cubre, á quien hiere, incita, clama;
 Y á singular combate á Miguel llama,

Gritando: Anjel cobarde, vergonzoso
 Ministro del Tirano, á quien mas gusta
 Que ser libre y ser Dios, su imperio odioso,
 Mercenario cantor, siempre en injusta

Diez mil miles delante armados vuelan,
Y otros y mas en su servicio velan.

Los pasos le allanaba un mar de fuego;
Y el terror y el espanto le seguian.

Cesó al verle la accion: perdido y ciego

Tembló Luzbel: sus fuertes se cubrian

Deslumbrados la faz, mientras en juego

Plácido recibéndole corrian

Las seráficas huestes: Santo, Santo,

Repitiendo delante en dulce canto.

A ti solo victoria, ó Poderoso,

Pues se alza sobre todo tu grandeza.

¿Quién se opondrá á tu brazo glorioso,

De los siglos Señor? la fortaleza

A tu derecha está, tú, belicoso,

Tú eres grande y escelso: empieza, empieza

Tus venganzas, ó rey; y la traidora

Turba ahuyente tu diestra triunfadora.

Él se alzó sobre el trono, y de su asiento

Corrió otro mar de fuego; el detenido

Rayo el ángel fulmina, y sin aliento

Cae bramando el Dragon ante él vencido.

Disipóse cual humo al raudó viento,

Seguida del ejército escojido

Su infiel tropa; y la altísima morada

La echó de sí al abismo despeñada.

Tapa, y no escuchen la razón severa.

Corre, corre estos prados que floridos,
Son viva imájen de tus verdes años;
Y á la vejez remite los jemidos.

Así me disimula sus engaños
Con halagüeña voz; así procura
Ciego arrastrarme á sempiternos daños.

Mas luego la razón que á su luz pura
Del ánimo la niebla desvanece,
De la virtud me muestra la hermosura.

Ella dolida de mi error, me ofrece
Su diestra celestial; y la gloriosa
Palma me ostenta que jamás perece.

¿Qué los placeres son, con amorosa
Boca me acusa, y el fugaz contento,
Sino envuelta en espinas frágil rosa?

Que apénas abre entre fragante aliento
De suave aroma el seno delicado,
La agosta el sol, ó la deshoja el viento.

Evita, evita el lazo do enredado
Vas mísero á caer; y la engañada
Tropa desdeña y su falaz cuidado.

Presto verás cuál la vejez helada
Trueca su risa en lágrimas, y en mudo
Silencio el canto y música acordada.

El pesar y el temor con diente agudo
Su infeliz pecho romperán, las flores
Lozanas vueltas en invierno crudo.

Y en pos la enfermedad y los dolores
A aquejarlos vendrán con mil insanos
Recuerdos y fantásticos pavores.

Hasta el sepulcro tenderán las manos,
Buscando asilo entre su horror: ¡ay! huye,
Huye, y no atiendas los clamores vanos.

No los atiendas, necio.—Así me arguye;
Y la razón con su favor deshace
El ciego ardor que el corazón destruye.

Y yo, como el enfermo á quien desplace
En fiebre ardiente amarga medicina,
Y odioso el que la sirve, se le hace;

Así de la razón la luz divina
No puedo resistir, mirar no osando
La virtud en su alteza peregrina.

Y en encendidas lágrimas bañando
Las pálidas mejillas, aun suspiro
Por el mentido bien que voy dejando:

¡Tan dulce es la prision en que me miro!

ORALES.

Del abrasado segador ! ; oh cómo
 La ronca voz, los cánticos sencillos
 Con que su afán el labrador engaña,
 Entre sudor y polvo revolviendo
 El rico grano en las tendidas eras,
 Mi espíritu inundaran de alegría !
 Los recamados centellantes rayos
 De la fresca mañana, los tesoros
 De llama inmensos que en su trono ostenta
 Majestuoso el sol , de la tranquila
 Nevada luna el silencioso paso.
 Tanta luz como esmalta el velo hermoso
 Con que en sombras la noche envuelve el
 [mundo,
 Melancólicas sombras, jamás fueran
 Vistas de mí, sin bendecir humilde
 La mano liberal que omnipotente
 De sí tan rica muestra hacernos sabe:
 Jamás lo fueran sin sentir batiendo
 Mi corazón en celestial zozobra.

Tú lo has visto, Jovino, en mi entusiasmo
 Perdido dulcemente fugitivas
 Volárseme las horas..... Todo, todo
 Se trocó á un infeliz: mi triste musa
 No sabe ya sino lanzar suspiros,
 Ni saben ya sino llorar mis ojos,
 Ni mas que padecer mi tierno pecho.
 En él su hórrido trono alzó la oscura
 Melancolía ; y su mansion hicieran
 Las penas veladoras, los jemidos,
 La agonía, el pesar, la queja amarga,
 Y cuanto monstruo en su delirio infausto
 La azorada razón abortar puede.

¡ Ay ! ¡ si me vieses elevado y triste,
 Inundando mis lágrimas el suelo,
 En él los ojos, como fría estatua
 Inmóvil y en mis penas embargado,
 De abandono y dolor imájen muda !
 ¡ Ay ! ¡ si me vieses, ¡ ay ! en las tinieblas
 Con fugaz planta discurrir perdido,
 Bañado en sudor frío, de mí propio
 Huyendo, y de fantasmas mil cercado !

¡ Ay ! ¡ si pudieses ver..... el devaneo
 De mi ciega razón, tantos combates,
 Tanto caer, y levantarme tanto:
 Temer, dudar, y de mi vil flaqueza
 Indignarme afrentado, en vivas llamas
 Ardiendo el corazón al tiempo mismo !
 ¡ Hacer al cielo mil fervientes votos ;
 Y al punto traspasarlos..... el deseo.....
 La pasión, la razón ya vencedoras.....

Fenecerán los astros, desunida
 Su masa de cristal: en el medroso
 Cáos la tierra vagará perdida;
 Y el luminar del día del reposo
 Saldrá de tantos siglos, impelido
 Del brazo de un arcánjel glorioso.
 Mas tu ser inmortal al alarido
 Y universal ruina preservado,
 Brillará á par del querubin lucido.
 La eternidad le abrazará; y pasmado
 Verá siglos á siglos sucederse,
 Mas y mas que olas lleva el mar airado.
 ¿En qué entónces podrá reconocerse
 Este barro caduco, ahora espuesto,
 Cual humo á un débil soplo, á deshacerse?
 ¡Oh eternidad! ¡eternidad! ¡cuán presto
 Mi espíritu en tu morada tenebrosa
 Entrará, sin que aun nada haya dispuesto!
 ¡Acaso en plazo breve la medrosa
 Campana sonará! ¿Qué es, ¡ay! la vida
 Sino nave en las aguas presurosa?
 ¿Dó están los años de la edad florida?
 ¿Dónde el reir? ¿el embeleso insano
 De los placeres? ¡ilusion mentida!
 Todo pasó: la asoladora mano
 Del tiempo en el abismo de la nada
 Lo despeñó con ímpetu inhumano.
 Quanto fué, feneció: la delicada
 Beldad que ayer idolatré perdido,
 Hoy sin luz yace del solano ajada.
 Al que de un pueblo ante sus piés ren-
 dido
 Ví aclamado, en la casa de la muerte
 Le hallo ya entre sus siervos confundido.
 Al que oí con envidia de tan fuerte
 Jactarse, un soplo de lijero viento
 Súbito en polvo su vigor convierte.
 El sabio que con alto entendimiento
 Señalaba al cometa su ardua via,
 Cual él se esconde, si brilló un momento.
 Y el que en sus cofres encerrar queria
 Todo el oro fatal del rubio oriente,
 Desnudo baja á la rejion sombría.
 Perecen los imperios: grave siente
 El peso del arado el ancho suelo,
 Do la gran Troya se asentó potente.
 Desierto triste la ciudad de Belo
 De fieras es guarida: en la memoria
 Esparta dura para eterno duelo.
 ¿Dó blason tanto y célebre victoria,
 Dó se han hundido? ¡oh suerte miserable

Del ser humano! ¡oh frágil, fugaz gloria!
 ¡Alma inmortal! ¿qué es esto? ¿en qué
 [durable
 Ventura anhelas? ¿la esperanza vana
 Limitas ciega al barro deleznable?
 Hija del cielo, ¿tras el vicio insana
 Así te prostituyes?... el camino
 Emprende de tu patria soberana.
 Empréndele, no tardes; tu destino
 Es la virtud aquí: y en las mansiones
 De gloria el premio á tus victorias digno.
 No jactes, no, tu ser, si las pasiones
 Te han degradado: ¿el mundo te recrea?
 Bestia te torna; olvida tus blasones.
 Un alma que se afana, que se emplea
 En nadas de la tierra, es un lucero
 Caído del cielo al lodo que le afea.
 La virtud, la virtud: este el primero
 De tus conatos sea, de tu mente
 Estudio, de tu pecho afan sincero,
 De tu felicidad perenne fuente.

ELEJIA VI.

LA VIRTUD: EN LA TEMPRANA Y DOLO-
 ROSA MUERTE DE UN HOMBRE
 DE BIEN.

VIRTUD, alma virtud, don inefable,
 Que Dios al hombre en su bondad envia;
 Y al puro serafin gloriosa igualas
 Su humilde y flaco ser, mis ruegos oye:
 Llena mi pecho de tu escelso fuego,
 Y mis pasos sosten. Por ti respiro:
 Por ti soy libre; y traspasar me es dado
 Muy mas presto que el águila las cimas
 Del claro empíreo, hasta llegar felice
 A la altísima corte del Eterno.
 Canto; y mi voz tus alabanzas suena,
 Y el coro de los ánjeles sus himnos
 Une á los míos, y al Señor loamos.
 Cesó; y callando el ánimo te goza.
 Suspiro tierno; y la oracion ferviente
 Con presto vuelo estática sublima
 Mis blandos ayes al escelso trono.
 Cuando mas grato el Inefable escucha
 Con solícito amor las ansias tristes
 Del polvo vil, que su bondad implora,
 O jimo y lloro del ansiar continuo,
 Y entre mil sombras de mentidos bienes
 Errar perdidos los mortales ciegos.

¡Oh! ¡cuántos días mi esperanza anduvo
Colgada de un cabello! ¡cuántos, cuántos
Cubierto el pecho de horrorosas nubes,
Temblé del trueno el pavoroso estruendo;
Y el rayo asolador mi frente heria!
Busqué la dicha, y abracé un fantasma:
Torné á buscar, y hallé miserables penas;
Y jemí triste de mi hallazgo infausto,
Aquí y allí, como la arista leve,
Entre el temor y la inquietud perdido.

Tú lo has visto, Faní, sublime amiga
De la virtud, idólatra de cuanto
Honesto y bueno las delicias hace
De las almas sensibles, cuyo seno
Vence en candor á la brillante aurora,
Vence á la nieve immaculada, siempre
Del pobre abierto al clamoroso labio
Y del triste á las lágrimas amargas.
Tú lo has visto, Faní: ¡miserables días
De horror y luto, y de zozobra y llanto!
Que ya pasaron; y á mis ojos lucen
Otros mas claros de inefable calma,
De constante placer, jamás habidos
Del que á la tierra vil la mente apega.
Tu oficiosa amistad sostuvo entónces
Mi desaliento; y cual benigna lluvia
De primavera tus palabras fueron
Al agostado corazón, que aromas
Y flores goza do llevara abrojos.
Quísolo el cielo: y á curar mis llagas,
Y á sustentarme con potente diestra
Plácida la virtud corrió á mi ruego.

Ella que al sabio á la rejion sublima
De quietud eternal, donde no alcanzan
Ni los cuidados, ni las torvas nubes
En que jemimos en la tierra oscura,
Batidos siempre de sañosos vientos.
Igual su pecho sin zozobra mira
Rodar los días; y al profundo abismo
Hundirse del no ser, en sombra y humo
Vidas, triunfos, blasones disipando.
La paz le rie afable, la sencilla,
Sublime paz del bien obrar: sus plantas,
Mas que á altísima roca el mar soberbio,
Baten en vano las alzadas olas
De las pasiones: inmutable espera
A el almo cielo fuertemente asido;
Y del Eterno en el inmenso seno
Arrojándose fiel, cual hijo amado
Goza feliz sus pródidas caricias.

Él solo, él solo en inexhausta fuente

Sabe embriagarse de delicias puras,
De verdaderos gozos: sombra y nada
Los gozos son del turbulento mundo.
Siempre el cuidado, la inquietud medrosa,
La inconstancia fatal el alma aflijen;
Y al fin la risa en lágrimas convierten.
Anhela hoy loca, y exhalada vuela
Tras lo que al punto insípido le cansa:
Lánzase ciega á asir la rosa; y jime
No hallando en ella sino agudas puntas,
Que mil y mil el corazón le hieren.
Y cual las flores fúnebres que exhalan
Un cansado feto, si en ricos tintes
Brillan, engaño á los incautos ojos,
Tal en mil formas al deseo iluso
El contento falaz su imájen vana
Muestra, encubriendo la fatal ponzoña.

No así, virtud, tus inefables gozos;
Eternos como tú, siempre son nuevos.
Sobre la impura atmósfera encumbrados
De las pasiones y el voluble antojo,
El alma siempre regalarse puede
En su inmortal dulzor; y siempre gratos,
Tiempo, penas, hastío, nada el gusto
Del sabio apaga que á gozarlos llega.
Su ilustrada razón tranquila rije
Su vida igual; y su conciencia llama
De la noche en el fúnebre silencio,
En que su voz mas imperiosa truena,
Sus pensamientos á imparcial exámen.
Mira un deseo: y si traspasa indócil
El alto valladar con que el Escelso
Próvido encierra su vagar liviano,
Al punto en pos lanzándose, las alas
Le rompe locas; y en el cerco estrecho
De su inefable ley torna á encerrarle.

Ante él sin fruto su engañosa rueda
Tiende la vanidad, que al cielo encumbra
La frente necia; y en el lodo hundida
Lleva en el suelo la disforme planta.
Sin fruto ostenta sus cadenas de oro
El funesto poder; mas soberano
Que los que el mundo silencioso adora
En sus brillantes y caducas sillas,
Sobre sí mismo reina: los sentidos,
El corazón sus leyes obedecen.
Y mientras ve la adulación astuta,
La mentira, el error que en torno espian
Las coronadas frentes, mil fatales
Sutiles lazos á sus piés tendiendo;
Él recojido y en silencio escucha

La augusta voz de la verdad divina;
Y corre en pos de su brillante antorcha,
Que fiel le guía al paraíso eterno.

Mira á esta luz cuanto liviano el mundo
Mas precia; y rie en sus juicios vanos.

Ve en la beldad un fósforo agradable
Que al quererle tocar, se apaga, y deja
Solo dolor y funerales sombras.

En las grandezas un fantasma de humo
Formado y nombres bárbaros, que esconde
Dudoso el tiempo: en la ambicion funesta
De la infeliz humanidad el duelo:

Y al orbe en sangre y lágrimas bañado.

Y en la elacion el impotente ahinco

Del pigmeo que alzándose, la helada

Cimá del Atlas igualar pretende.

Su mente alada jenerosa vuela

Sobre soles y soles, que sin cuento

Rodando pueblan el inmenso espacio.

Dios solo para su carrera ardiente:

Vélo, y se postra ante el escelso trono;

Y allí en deleite altísimo embriagado,

Le adora y goza, y en su luz se anega,

Mientras su seno en lágrimas se inunda

De etérea suavidad, que en largo rio

Plácidos brotan sus felices ojos.

O si tal vez hácia la tierra triste

De allá los vuelve, con desden burlando

Su inmensa pequeñez, ¿do está, pregunta,

Dó está la Europa? ¿los imperios dónde,

Que así ciegan los míseros mortales?

Dios y su pecho ocupacion le prestan

Larga y sabrosa; y la virtud benigna

Despierta en él mil altos pensamientos.

Contino en ellos embebido, aprende

Su nobleza á preciar: obra estremada

Del gran Dios, hijo suyo y heredero

Del reino eterno de la luz, hermano

Feliz del ángel, su nobleza es esta,

Estos sus timbres y ascendencia augusta.

De ella glorioso las congojas tristes

Tu pecho ignora de la torva envidia;

Ama tierno á su hermano: y en sus bienes

Se abre sensible al inocente gozo,

Cual al rayo solar fragante rosa.

Buen padre, amigo fiel, buen ciudadano,

Cuántos su lado afortunados ciñen,

Cuántos su claro nombre lejos oyen,

Todos cual númen tutelar le adoran.

Inclina reverente el vicio mismo

La frente ante sus piés; y si en su altura

Osa mirarle, atónito enmudece.

Él entre tanto en afecciones tiernas,

Inmenso cual su autor, á cuantos existe,

Se derrama solícito, inflamado

De esta llama de amor, que eterna arde

Por la infinita creacion, dichosa

Cadena que al gran Ser la nada enlaza,

Corre sus milagrosos eslabones

Del polvo al querubin, y en todos viendo

El propio bien en el comun librado,

Mas y mas vivos sus afectos arden.

Perseguirále con sus negras teas

La atroz venganza; la calumnia aleve

Le lanzará sus invisibles dardos,

O la injusticia de su hogar sañuda

Le arrojará, sin que el enojo un punto

Nuble su corazon, que vuelto al cielo,

Mi amigo, esclama, es Dios, y alegre rie.

Plácida acaso le pondrá la suerte

Sobre su instable rueda; los honores

Coronarán su mérito sublime;

Y el bajo orgullo encontrará cerrado

Siempre su pecho; rejirá un imperio:

Y jemirá en la púrpura importuna

Por el retiro y su feliz llaneza;

Mientras á Dios casi igual, pródigo entiende

En la dicha del último vasallo.

Su continente es firme: débil caña

Bulle el vicioso al ímpetu del viento,

Que va, dóblase, y vuelve en jiros vagos.

No el justo así, mas cual robusta encina

Dilata firme sus pomposas ramas;

Y en vano el huracan su planta bate.

Pálida enfermedad. vejez caduca,

Nada le turbará: la muerte llega;

Y cual su amiga plácido la abraza.

Lidié, canta, y vencí: la mano beso

Que á sí me llama. La virtud sostiene

Su cuello en la ardua lid desfallecido;

Y el claro empíreo á recibirle se abre.

Faní, así vive el virtuoso y muere:

Así brilló tu malogrado esposo,

Tu Belardo infeliz, mi noble amigo,

Mi protector, mi padre. Su nobleza

Fué sola su virtud, no de su cuna

El escelso esplendor, los largos bienes

Amó viviendo el bien: amó los hombres,

Y en ellos al gran Ser con tierno pecho.

La hora sonó; y asido al hilo de oro

De esperanza inmortal, por siempre á

[unirse,

Gual á la palma jeneroso atleta,
Voló seguro á su Hacedor inmenso.
Todos lloraron en su muerte: él solo
La vió el dardo lanzar con faz serena,
De ti cercado y de sus dulces hijos;

Y alentó afable vuestro amargo duelo.
Su vida un dia fué cándido y puro:
Su fin, cual sol que en el cerúleo ocaso
Se hunde de llamas y arreboles lleno.

DISCURSOS.

DISCURSO I.

LA DESPEDIDA DEL ANCIANO. (*)

Por un valle solitario,
Poblado de espesas hayas,
Que á la silenciosa luna
Cierran el paso enramadas,
Un anciano venerable,
A quien de la dulce patria
Echan el odio y la envidia,
Con inciertos pasos vaga.
De cuando en cuando los ojos
Vuelve hácia atrás, y se para;
Y ahogársele el pecho siente
Con mil memorias aciagas.

¡Oh! ¡quiera el cielo benigno,
En voz dolorida esclama,
Que sobre ti patria ciega,
Mi persecucion no caiga!
Tú te ofendes de los buenos;
Y de tus hijos madrastra
Sus virtudes con oprobios,
Con grillos sus luces pagas.
Si la calunnia apadrinas,
La desidia y la ignorancia,
¿Dónde los varones sabios
Podrás hallar que hoy te faltan?

(*) Este discurso se imprimió antes de ahora en el número ciento cincuenta y cuatro del *Censor*, periódico tan útil como conocido.

La verdad ser gusta libre,
Y con el honor se inflama:
El no preciarla, la ahuyenta,
Las cárceles la degradan.
Nunca el saber fué dañoso;
Ni nunca ser supo esclava
La virtud. Si ciudadanos
Quieres, eleva las almas
¡Qué carrera tan inmensa,
Se te descubre! labranza,
Poblacion, letras, costumbres,
Todo tu atencion aguarda.
Aduladores te pierden,
Que tus dolencias regalan:
Cierra el pecho á sus consejos
Y el oido á sus falacias.
Las virtudes son severas;
Y la verdad es amarga:
Quien te la dice, te aprecia;
Y quien te adula, te agravia.
Contempla la edad augusta,
Cuando en tu seno brillaban
Mil héroes, dichosa envidia
De las naciones estrañas;
Siglo de oro de tus glorias,
En que á la tierra humillada
Enseñoreaste á un tiempo
Con las letras y las armas.
¿Qué se hiciera de tus timbres?
¿De la sangre derramada
De tus valerosos hijos
¿Cuál fruto, dime, sacáras?

¿Por qué al menos no los premias,
 Y su virtud no consagras
 En honrosas inscripciones
 Y en inmortales estatuas?
 A tu juventud presentas,
 Cuando aun no sabe imitarlas,
 Las venganzas y adulterios
 De las deidades paganas;
 ¿Y un Pelayo, y un Ramiro,
 Y otros mil que con su lanza
 Quebrantaron las cadenas
 Do jemias aherrojada,
 En olvido sempiterno
 Será que sumidos yazgan?
 ¡Oh mengua! ¡oh descuido! ¡oh siglo!
 ¡Cuán mal el mérito ensalzas!
 Vieran sus débiles nietos
 En sus venerables canas
 Las virtudes, que les dieron
 Nombre eterno, retratadas.
 En esto, en esto debieras
 Gastar los montes de plata
 Que de las remotas Indias
 Traen las flotas á tus playas.
 El labrador, descendiente
 De aquellos que por su espada
 Te las dieron, con gemidos
 Tristes el pan te demanda.
 Su miserable familia
 Por lecho tiene unas pajas,
 ¿Y tú en locas vanidades
 Sumas inmensas derramas?
 ¡Guarte que á tu fin caminas!
 El velo fatal arranca
 De tus ojos, y contempla,
 Contempla, ¡infeliz! tus llagas.
 Esos superfluos tocados,
 Esos airones y gasas
 Que te ofrece el extranjero,
 Venenos son que te acaban.
 Con la virtud de tus hijos
 Los compras: tus recatadas,
 Antiguas fembras, ¡oh tiempos!
 Del vicio mismo hoy se jactan,
 Míralas la frente erguida,
 Que altaneras y livianas,
 Cual vano pavon provocan
 La juventud castellana.
 Un tiempo fué, cuando apenas
 En lo interior de su casa
 Como deidad la matrona

A sus deudos se mostrara.
 Las labores y los hijos,
 Entre dueñas y criadas,
 Del alba á la media noche
 Santamente la ocupaban;
 Y hoy del adúltero al lado,
 Sin seso calles y plazas
 Corre impudente, y abona
 Las mas viles cortesanas.
 Vé tus jóvenes perdidos;
 Y dile á su degradada
 Naturaleza, que al Moro
 A la Libia volver haga.
 Sus rizadas trenzas mira,
 Entre polvos y fragancia,
 Mentir del sesudo anciano
 La cabellera nevada,
 Cuando del femenil sexo
 Usurpan dijes y galas;
 Y de fatiga incapaces,
 Un sol, un soplo los aja.
 ¿Dó están los brazos velludos,
 De cuyo esfuerzo temblaran
 Un tiempo la Holanda indócil
 Y la discorde Alemania?
 ¿Dónde aquellos altos pechos,
 Que en las Cortes de la patria
 Su dignidad sostenian,
 Y sus sanciones dictaban?
 ¿Dónde aquellos de virtudes
 Dechado augusto, en la Italia
 Elocuentes defensores
 De las vacilantes aras?
 ¿Dónde el candor castellano,
 La parsimonia, la llana
 Fe, que entre todos los pueblos
 Al Español señalaban?
 Faltó el entusiasmo honroso;
 La jenerosa crianza
 Faltó, que un héroe algun dia
 De cada hidalgo formara.
 El hijo del padre al lado
 Aprendió de sus palabras
 La prudencia, y de su diestra
 El manejo de las armas.
 Rejir un bridon indócil
 Supo, la cota acerada
 Sufrir, y de sus vasallos
 Responder á las demandas.
 Vivió en sus campos entre ellos;
 Vió del cultivo las ansias;

Y apreciar supo la espiga
 En triste sudor regada.
 Ni se desdenó á su mesa
 De admitirlos, que á la usanza
 Española los aliños
 Peregrinos ignorara.
 Con ellos partió sus bienes:
 Entró á la humilde cabaña
 Del pobre; y trató las bodas
 De la inocente aldeana.
 Mas hoy todo se ha trocado:
 Las ciudades desoladas
 Por su nobleza preguntan,
 Por sus ricos-hombres claman;
 Mientras ellos en la corte,
 En juegos, banquetes, damas,
 El oro de sus estados
 Con ciego furor malgastan:
 Y el labrador indigente
 Solo llorando en la parva
 Ve el trigo, que un mayordomo
 Inhumano le arrebatá.
 ¿Son para aquesto señores?
 ¿Para esto vela y afana
 El infelice colono,
 Espuesto al sol y la escarcha?
 Mejor, sí, mejor sus canes
 Y las bestias en sus cuadras
 Están. ¡Justo Dios! ¿son estas,
 Son estas tus leyes santas?
 ¿Destinaste á esclavos viles
 A los pobres? ¿de otra masa
 Es el noble que el plebeyo?
 ¿Tu ley á todos no iguala?
 ¿No somos todos tus hijos?
 Y esto ves; ¿y fácil callas?
 ¿Y contra el déspota injusto
 Tu diestra al débil no ampara?
 ¡Ah! sepan que con sus timbres
 Y sus carrozas doradas
 La virtud los aborrece,
 Y la razon los infama.
 Solo es noble ante sus ojos
 El que es útil, y trabaja,
 Y en el sudor de su frente
 Su honroso sustento gana.
 Ella busca, y se complace
 Del artesano en la hollada
 Familia; y sus crudas penas
 Con gemidos acompaña.
 Allí el triste se conduce

Del triste; y con mano blanda
 Le da el alivio, que el rico
 En faz cruda le negará.
 Allí encuentra las virtudes:
 Allí la mujer es casta;
 Y los obedientes hijos
 Cual un Dios al padre acatan;
 Mientras en los altos techos
 La discordia su ímpia rabia
 Sopla, y tras la vil codicia
 A todos los vicios llama.
 La madre al hijuelo tierno
 Echa del pecho inhumana,
 Partiendo su nombre augusto
 Con la triste mercenaria.
 En vano las vivas fuentes
 Del dulce néctar la sabia
 Providencia le abre; en vano
 La enfermedad le amenaza.
 Otros gustos la entretienen:
 Salga el tierno infante, salga,
 Que sus débiles gemidos
 Los adúlteros espantan.
 ¡Ministros de Dios! ¿qué es esto?
 ¿Cómo no clamais? ¿La espada
 Del anatema terrible
 Por qué ha de estar en la vaina?
 Cíérrese, cíérrese el templo;
 Nótese de eterna infamia
 A quien cierra á un inocente
 Insensible las entrañas.
 De aquí el mal, la peste toda
 De las familias, que abrasa
 El cuerpo entero, y anuncia
 La ruina mas infausta.
 El padre busca otros lechos:
 El hermano de la hermana
 No es conocido; y la madre
 Es para entrambos estraña.
 El ciego interés completa
 La desunion: él consagra
 A Dios la vírjen, ó al necio
 Vicioso y rico la enlaza.
 Llore la infelice, llore:
 Y víctima desdichada
 El cuello al yugo someta,
 Que cual dogal ha de ahogarla.
 Llore, llore; que al hermano
 La ley de su alta prosapia
 Pasó las rentas; y á ella
 La destinó á ser esclava.

¡ Justo Carlos ! ¿ á tu trono
 Sus vivas quejas no alcanzan ?
 Si les prestas blando oído ,
 ¿ Por qué el remedio nos tardas ?
 ¿ Por qué estos bárbaros usos
 Que á naturaleza ultrajan ,
 Y á los que ella iguales hizo ,
 Tus leyes no los igualan ?
 ¡ Oh interés ! tú solo eres ,
 Tú de tantos males causa ;
 Y en su cólera los cielos
 En los pechos te sembraran.
 Tú forjaste las cadenas
 Del hombre : inhumano armas
 Contra el padre al hijo ; y soplas
 De la sedicion la llama.
 Tú del mérito modesto
 Mofas : al ruin ensalzas ;
 Y de la verdad divina
 El labio anjélico callas.
 Tú al avaro mercadante ,
 Sin que muerte ni horrascas
 Pavor en su pecho infundan ,
 Al vasto océano lanzas.
 Tú de dañosas preseas
 Su nave en las islas cargas ;
 Y con ellas rica en vicios
 Tornas con su peste á España.
 ¡ Ay ! ¡ que á las orillas llega ,
 Y en ellas suelta entre salvas
 Su ponzoña ! ¡ ay ! que la plebe
 Bate viéndola las palmas ,
 Corred , corred , ciudadanos ,
 Hundid en las ondas bravas
 Esos aromas y joyas ,
 Que lloros mil os preparan.
 Perezcan por siempre en ellas ;
 Y eterno anatema caiga
 Sobre el que á fiar tornare
 Su vida á una frágil tabla.
 Mas tú , siglo corrompido ,
 Que hasta los cielos levantas
 Este interés , y lo adoras
 La frente en tierra inclinada ,
 ¿ Tu instruccion es esta ? ¿ el fruto
 Este de tus luces sabias ?
 ¡ O ciego ! el abismo mira
 Que bajo los piés te labras.
 Imagina , inventa medios
 De agotar toda la plata
 De las minas : con tus naos

Inmensos piélagos pasa.
 Los talleres multiplica :
 Manchen la cándida lana
 Ricos tintes : el capullo
 Con prolijo afan trabaja.
 Sustituye cada hora
 Trajes á trajes , que ufana
 La beldad vista en oprobio
 De su inocencia y sus gracias.
 Pon premios á quien descubra
 Un placer nuevo : proclama
 Su fatal nombre ; y altares
 Al lujo execrable alza.
 El oro tu afan , el oro
 Solo tu afan sea : nada
 Sinó oro suene ; él la guerra
 Sople , la dulce paz haga.
 Al taller tus hijos lleve :
 De la tierra en las moradas
 Hondas los suma : corone
 Sus mas heroicas hazañas.
 Mas entre ellos ciudadanos
 No busques , que sobre el ara
 De la patria á morir corran
 Con voluntad denodada :
 No el pudor busques antiguo ,
 No el candor en las palabras ,
 Ni en sus corrompidos pechos
 La inocencia, la paz alma.
 El disfraz de las virtudes ,
 Un honor ciego , una falsa
 Probidad , la vil lisonja ,
 La sencillez afectada ,
 La astuciaalzada en prudencia ,
 Las ceremonias en franca
 Amistad , de Dios el nombre
 Mofado con ímpia audacia :
 Hé aquí los letales frutos
 De la riqueza ; á esto arrastra
 Al corazon el culpable
 Ciego ardor de atesorarlas.
 Su falaz brillo los pechos
 Fascina : del alto alcázar
 A la choza humilde á todos
 Devora su sed insana.
 Todo es menos que ellas : letras ,
 Virtud, ascendencia clara,
 Mérito , honor , nobles hechos ,
 Todo humilde las acata.
 Las leyes yacen ; sucede
 Al amor del bien la helada

Indiferencia : en la sangre
 Del pobre el rico se baña.
 Los estados no se precian
 Por razon : quien mas estafa,
 Es mas honrado : la esteva
 El labrador desampara ;
 Vuela á la corte , y vilmente
 La libertad aldeana
 Vende al rico , y sus virtudes
 Con todos los vicios mancha.
 El maestro de ellos , bien presto
 Mil familias asoladas
 Con su industria pestilente ,
 En oro y grandezas nada.
 Elévase , y tiraniza :
 Funda un estado , y traspasa
 Con él sus pérfidas artes
 A su projenie bastarda.
 Las fortunas son de un dia :
 El que es hoy señor , mañana
 Mendiga : nada hay estable :
 Todos trampean y engañan.
 En medio en su trono de oro
 La opulencia atroz , con vara
 De hierro y sañuda frente ,
 Al pueblo agobia tirana.
 Y tras ella , sí , tras ella...
 ¡ Ah España infeliz !.... en agua
 Mi faz se inunda en tan cruda
 Memoria , y la voz me falta.
 ¡ Dios bueno ! los ojos torna
 Compasivo á mi plegaria ;
 Y echa de mi patria lejos
 Los desastres que la amagan.
 Y vosotros , Castellanos ,
 Aun hay tiempo ; las infaustas
 Riquezas rendid gozosos
 A la virtud sacrosanta.
 Tantos ínclitos abuelos
 Recordad , no hagais que baja
 Su projenie sierva sea
 De superfluidades vanas.
 Tengan vuestros enemigos
 Su fatal lujo ; mas haya
 Honradez y ciudadanos ,
 Cual hubo un tiempo en España.
 Así el anciano decia
 Entre lágrimas cansadas ;
 Y triste á caminar vuelve ,
 Viendo que rie ya el alba.

DISCURSO II.

EL HOMBRE FUÉ CRIADO PARA LA
 VIRTUD: Y SOLO HALLA SU FE-
 LICIDAD EN PRACTICARLA.

¡ Nació , Amintas , el hombre
 Para correr tras la apariencia vana ,
 Cual bestia , del placer ? ¡ ó en sed insana
 Por las riquezas míseras ardiendo
 Del alto Potosí , sin que le asombre
 El inmenso océano ,
 Turbará en frágil pino
 La paz del inocente Americano ?
 El roto muro impávido venciendo ,
 Cubierto el pecho fuerte
 De acero y saña , ¡ afrontará la muerte
 Con faz leda , el camino
 Creyéndola engañado
 De una gloria sin fin ? ¡ abandonando
 Al ocio muelle , en torpe indiferencia
 De su alto ser , de su destino augusto ,
 Su frágil existencia
 Dejará fenecer en sueño injusto ?
 Esta llama divina ,
 Pura , inmortal , que en nuestro pecho
 [arde,
 Del supremo Hacedor plácido aliento,
 Tampoco al vano alarde
 De congojosa ciencia se destina.
 Bien puede con osado pensamiento ,
 De tanto sol luciente
 Como ornando su velo trasparente
 Jira en la noche lúgubre callada ,
 Medir el velocísimo camino
 Solícito el mortal : del mas vecino
 Planeta al mas lejano
 Pesar la mole inmensa : separada
 Ver la luz en el prisma ; ó de liviano
 Ardor herido por el aura leve
 Tregar , do appena el águila se atreve :
 Puede al lóbrego abismo de la tierra
 Calarse ; y cuidadoso ,
 Cuanto ser raro y misterioso encierra
 Su ancho seno , explorar : de las edades
 Con ardor fastidioso
 Los fastos revolver , vicios , maldades ,
 Errores mil entronizados viendo ;
 Y á ti , santa virtud , siempre oprimida ,
 Pobre , ajada , llorosa ;
 O bien al pueblo indómrito rijiendo

En vela triste, en inquietud medrosa,
De su arbitrio la vida
De miles ver colgada:
¿Qué es tanto afán al cabo? amigo, nada.
No, la augusta grandeza
Del hombre no se debe
Fijar sobre apariencias exteriores,
Que á par del justo el delincuente lleve.
Si iluso de la tierra en la bajeza
Se anonada su espíritu, mejores
Las bestias son; y el Padre soberano,
Avaro con la muestra milagrosa
Que en su escelso consejo producía
A su imájen gloriosa,
Y á quien rey sumo de la tierra hacía,
Pródigo en su bondad abrió la mano
Para dotarlas, sometiéndolo injusto
A los medios el fin. Jamás se daña
El bruto en sus deseos,
O vanidad, ó míseros empleos
Le acibaran el gusto:
El hombre solo en su anhelar se engaña.
A fin mas alto el númen le destina,
La virtud celestial es su nobleza;
El lodo vil por ella se avecina
A su inefable Autor: su inmensa alteza
Participa dichoso;
Y al ángel casi igual, con planta pura
Entre sus coros de laurel glorioso
Ceñida en torno la serena frente,
El alcázar de estrellas esplendente
En eterna ventura
Sublime hollará un día.
¿Y habrá quien tenga en mísera agonía
Su pecho? ¿habrá quien vele?
¿Y por el cetro ó por el fausto anhele?
El heredero, el morador del cielo,
De allá al reino del llanto desterrado,
¿De su alma patria, de su ser se olvida?
¿El augusto traslado
Del Dios del universo no alza el vuelo
A contemplarle, en la apariencia vana
Fascinado del bien? ¿con sed ardiente
De ser feliz, de la insondable fuente
Huye de eterna beatitud? ¡Oh insana,
Culpable ceguedad! jime sumida
Del vicio el alma en el infame lodo;
Y su nobleza ilusa,
Menos en lo que debe, busca en todo:
Búrlase, y luego á su Hacedor acusa.
¿Mas qué? ¿tus graves yerros, ser liviano,

Harán trocar el órden soberano
Que dió el gran Ser á su acabada obra?
No, no; ni en ella tu locura sobra.
Todo en órden está: solo tu pecho
Trastornarlo sacrílego porfía,
Cuando una fragua de pasiones hecho,
Anhela, teme, espera, desconfía.
De no meditar nace
Nuestro mísero estado. La alta mente,
A quien se dió pesar con ley severa
El bien y el mal, ó soñolienta yace,
O en fútiles objetos se derrama,
O del placer llevada suavemente
Del aura lisonjera,
En su imájen falaz ciega se inflama:
El bien mentido, cual verdad recibe,
Y de esperanzas y de sombras vive.
A la llorosa puerta de la vida
Nos acecha el error, con faz doblada
Riendo adulator, en aparente
Mentida luz su túnica esplendente:
Y una ancha senda de otros mil hollada
Con la siniestra mano señalando,
De su diestra fatal la nuestra asiendo,
A ir en pos de la turba nos convida.
Luego el vicio nos hacen,
El pecho inocentillo al mal torciendo,
Entre la leche y el arrullo blando
Nuestros padres beber; y se complacen,
Si en ellos el hijuelo los remeda.
Vanidad loca, envidia pestilente
De su labio imprudente
Oye el niño; y estudia cuidadoso
Sin saberlo, á ser vano y envidioso.
Viene el maestro, y en borrar se afana,
Si del primer candor aun algo queda,
Y aplausos coje por su ciencia vana.
De voces sin sentido
Del viejo Lacio nuestra mente abruma;
Y de autores haciendo larga suma,
En su estéril saber desvanecido
Grita, contiende, opina,
De ignorados errores nos instruye,
Nada edifica, cuanto mas destruye:
¡Oh instruccion saludable y peregrina!
La sociedad, fecunda enjendradora
De culpas, de su mano nos recibe,
Y el veneno mortífero nos dora
Con ilustres ejemplos.
En trono de oro al vicio nos presenta,
Que jactancioso sus victorias cuenta

De la inocencia ó la virtud mofada;
 Consagra el interés; erije templos
 Al placer indecente:
 Y por ley el delito nos prescribe
 Con firme voz de miles aclamada.

Gritan luego irritadas altamente
 Las infaustas pasiones, cual rabiosos
 Opuestos huracanes,
 Del mar en las llanuras despeñados;
 Y el triste pecho en míseros cuidados
 Dividen, y en anhelos congojosos.
 Crece la edad, y crecen los afanes:
 Tregar es fuerza á la escarpada cumbre
 Del fastidioso deleznable mando;
 Y fuerza atesorar, por mas que jima
 El infelice que el hogar me cede.
 Quede la tierra, quede
 De miles de cadáveres sembrada,
 Y brille de laurel mi frente ornada.
 ¡ Oh! ¡ con qué ciega furia se desvela!
 ¡ Cuál trabaja en su daño el miserable
 Mortal! cuanto suspira, cuanto anhela,
 Cuanto á gozar llegó tras mil sudores,
 Para su mal lo quiere.

Espinas en su seno son las flores:
 Un instante agradable
 De fujitivo dia
 Luengos años le cuesta de agonía,
 Si de sus vicios víctima no muere.
 Del deseo al dolor, de otro deseo
 A otro nuevo dolor sin cesar veo
 Correr al hombre triste,
 Sin que de tanto error, de tanto daño
 Le corrija jamás un desengaño.
 ¿ En qué desórden tal, en qué consiste?
 ¿ El cielo en verle mísero se place?
 ¿ O libre solo para el vicio nace?

Siguen los seres todos el camino
 Por el dedo divino
 Del Hacedor marcado. En rauda vuelo
 Rodea la tierra al luminar del dia
 Con ley igual por la rejion vacía.
 Miles de soles el inmenso cielo
 Sin tropezarse cruzan: crece hojoso
 Con ornato florido y verde pompa
 El árbol en el valle; y sabe diestro
 Su alimento escojer, sin que le engañe
 Un jugo extraño: en jiro bullicioso
 La abeja sin maestro
 Juega en el prado, y con la débil trompa
 Tambien sabe librar sus dulces mieles,

Sin que la flor mas delicada dañe.
 Las avecillas fieles
 De amor el blando impulso, cuando llega
 El ordenado plazo,
 Unirse saben en felice lazo;
 Y cuando al aire tímido se entrega
 De su ternura el fruto, ya instruido
 De cuanto saber debe, surca el viento:
 ¿ Y solo el racional, siempre perdido,
 Cual ciego entre tinieblas, irá á tiento
 ¿ Él solo, esclavo de fantasmas vanos,
 De funestos errores

Que abortó el interés, siempre en temores
 Sus sueños mismos adorando insanos,
 Dará en la tumba con su triste vida,
 Contando en cada paso una caída?
 ¿ El fugaz punto que infeliz alienta,
 Él solo, él solo en cólera sangrienta,
 En torpe gula, en avaricia infame,
 En hinchada altivez y envidia triste
 Jemirá aherrojado,
 Por mas que austera la razon le clame?
 ¿ En qué trastorno tal, en qué consiste?

Tú, Amintas estudioso, que apartado
 Del liviano furor con que la corte
 Ora se ajita, en meditar te empleas
 Tranquilo el ser humano al cierto norte
 De la alma celestial filosofía;
 Y á un tiempo te lastimas y recreas
 Con su inconstancia y ceguedad: ¿cuál,
 [dime,
 Del abismo de penas en que jime,
 La causa puede ser? ¿qué estrella impía
 Su suerte va de la llorosa cuna
 Hasta el sepulcro mísero rijiendo?
 ¿ Por qué el mal sigue siempre, el bien
 queriendo?

En vano acusa la cruel fortuna,
 Hacer pretende cómplices en vano
 El hombre de su suerte á las estrellas.
 El grande Ordenador dejó en su mano
 El bien y el mal: las huellas,
 Cual el alado poblador del viento,
 Que en él se pierde á su placer esento,
 Torna libre do quiera que le agrada;
 Y si triunfante rie el apetito,
 Y jime la razon abandonada,
 Suyo ha sido el querer, suyo el delito.

No infame pues á la verdad, si yerra;
 Si en pago de una osada confianza
 Se ve del mar sorbido con la nave,

Que fué ocasion á su desdicha grave:
Si á desastrada guerra
Le arrebató la voz de la venganza;
O si en lecho de espinas los ardores
De un loco amor espía entre dolores.

Presta, iluso mortal, presta el oído,
Si de verdad anhelas ser dichoso,
De la razon al grito repetido,
Y sus avisos sigue religioso.

Firme le cierra al seductor acento
De las pasiones: ni el antojo vano
Tu pecho ajite en soplo turbulento;
O des la rienda á un desear insano.
En tu fugaz carrera

Deja al cuidado de tu Autor divino,
Pues él solo lo alcanza, tu destino,
Y de su diestra tu ventura espera.
No á ajena potestad tu suerte fies,
Ni del vicio en las sendas te desvies,
Porque no gozarás ni el alto empleo,
Ni el fresco rosicler de la hermosura,
Tras quien tan loca tu pasión se afana,
Si lidia en ciega guerra tu deseo;

Que á la rosa mas pura
De su ámbar dulce y delicada grana
Priva el delito, y pavoroso abismo
Hacer puede de horror al cielo mismo.

Entra pues, entra en ti: con detenida
Observacion estúdiate á la lumbre
De la augusta verdad; y cuerdo aprende
Los altos fines de tu presta vida.

Que quien su pecho enciende,
Quien su divino ser, no la grandeza,
Siervo de vil costumbre,
Fija en el bajo, miserable suelo,
Ni á los piés jime de la infiel belleza;
Y libre en el oprobio y las prisiones,
Con frente escelsa en contemplar se place
Su faz torva al tirano sin rezelo,
Por mas que muerte indigna le amenace.

Rico en sublimes dones,
Del Padre soberano
La omnipotencia sabia
Te dió á la comun luz: cuanto debiera
Para hacerte feliz, tanto pusiera
Pródigo en sus bondades á tu mano.
Tu labio querellándose le agravia
Con necedad sacrilega, y pidiendo
Al ser tuyo atributos no debidos,
La severa razon desatendiendo,
Se fatiga en inútiles jemidos.

VI.

A esta razon divina ¿qué prefieres
De cuanto el cielo inmensurable encierra,
Y la ancha faz adorna de la tierra?
Todo á tu bien con ella no refieres?

¿Su luz hasta el gran Ser no te encamina,
De ente tanto la escala peregrina
Siguiendo? ¿no le ves en el lumbroso,
Ardiente sol sentado?

¿De la nube en el rayo arrebatado?
¿De la noche en el velo misterioso?

Cultiva pues esta razon, si anhelas
Al verdadero bien: á su luz pura
Solícito nivela tus acciones,
Y la ardua senda de virtud emprende,
Que en tu esfuerzo se libra tu ventura.
La pompa por que insano te desvelas,
Jeneroso abandona; y cuerdo entiende
Que el grande, siervo vil de las pasiones,
Por mas que en su palacio suntuoso,
Do inmensas sumas su fastidio encierra,
El oro le deslumbre, y lisonjero
Aparato de tímidos clientes;
Inútil á la tierra,

Si la verdad lo juzga, es el postrero
De todos los vivientes;
Y el pobre, cuanto oscuro virtuoso,
Que el pan divide en su sudor regado
En mesa humilde á un escuadron de
[hijuelos,

De mísera fortuna ultraje triste,
Honor del ser humano; y de los cielos
Por los ánjeles mismos acatado,
Con ellos en dichosa compañía,
Por mas, Aminta, que en la tierra asiste,
Goza del claro empíreo la alegría.

DISCURSO III.

ÓRDEN DEL UNIVERSO, Y CADENA ADMIRABLE DE SUS SERES.

DEFALLECE mi espíritu, la alteza
De tu ordenada fábrica admirando,
¡O inapeable, ó gran naturaleza!

Los ojos subo al cielo; y centellando
Soles sin cuento en tronos de oro veo
Sobre mi frente atónita jirando.

Loco anhela alcanzarlos el deseo,
Sus pasos acordar, hallar curioso
Su final causa y soberano empleo.

Afánase sin fruto; y silencioso

Solo adora al gran Ser que bastó á echarlos,
Cual polvo, en el espacio luminoso.

Su escelsa diestra alcanzará á pesarlos:
Su dedo á demarcarles el camino;
Y su inmenso saber podrá contarlos.

¡Sirio! ¡brillante Sirio! ¿mas vecino
Cómo no estás á mí? ¿por qué no siento,
Cual el del sol, tu resplandor benigno?

Y tú, sol, rey del dia, ¿dó alimento
Para tu luz recibes? quién, dí, guia
La tierra en torno de tu inmóvil asiento?

La blanca luna en la tiniebla fria
Rije su rueda en esplendor velada,
Cual diosa augusta de la noche umbría.

¡Oh! ¡cuál va silenciosa! ¡cuán callada
Con cetro igual la esfera enseñorea,
Aunque á la negra tierra torne atada!

Vénus allí graciosa se pasea;
Y á distancia sin fin entre sus lunas
Tibio el cano Saturno centellea.

¿A qué le alumbran cinco? acaso algunas
Vanas le son? ¿á tu pausado jiro
Por qué siempre, astro infausto, las adu-
[nas?

Mientras mas lo medito, mas me admiro:
La mente en calcular se desvanece;
Y entre horror santo ciego me retiro.

Mas todo hubo su fin, do resplandece,
Jovino, sabio el númen: concertado
Todo está: el orbe una cadena ofrece

De inmensos eslabones al callado
Meditador: estúdiala, y humilla
La frente ante el Señor que la ha formado.

Ni en el átomo tenue menos brilla
Que en el disco del sol: si mas subieres,
Tu pasmo crecerá en su maravilla.

Do quier te vuelvas, por do quier que
[fueres,
Un órden has de hallar; pero abarcarle
Jamás, jamás con la razon esperes.

Acuérdome que el cielo (aun no mirarle
Supiera bien ni en mi pueril rudeza
Con la atencion de un sabio contemplarle)

Un tiempo me elevaba en su belleza,
Y las horas absorta entretenia
Del alma alada la fugaz viveza.

¡Cuán ledo en medio de la noche umbría
Sobre la muelle yerba reclinado
Sus lámparas sin fin contar queria!

Por el éter inmenso estraviado,
De astro en astro vagando, aquel forjaba

Mayor, el otro en luz mas apagado.

Las tiernas flores que mi cuerpo hollaba,
En ámbar me inundaban delicioso:
De lejos triste el ruiseñor trinaba.

La soledad augusta, el misterioso
Silencio, las tinieblas, el ruido
Del aura blanda por el bosque hojoso

Me llevaban en éstasi embebido;
Y un supremo poder engrandecia
Mi espíritu del vil lodo desprendido.

En medio yo impaciente me decía:
¿Que no haya de alcanzar, cómo á moverse
Bastan? ¿qué reglas guardan? ¿quién los
[guia?

¡Señor! ¡Señor!.. la esfera esclarecerse
Sentí; y alada Inteligencia pura
A mis curiosos ojos ví ofrecerse.

Con un cendal de celestial blancura
Los tocó; y sonriendo cariñosa,
Mi helado pecho plácida asegura.

Alza, dijo, á la bóveda lumbrosa
La vista; y los milagros considera,
Do se estremó la diestra poderosa.

Alzéla, y ver logré la inmensa esfera,
Y el paso de las lumbres eternas
En su perenne rápida carrera.

¡Qué de globos ardientes! ¡qué raudales!
¡Qué océanos de luz! ¡qué de ostentosos
Soles, del claro empíreo altos fanales!

De maravilla tanta codiciosos
Mis atónitos ojos se perdian
Del espacio en los términos dudosos.

Mas alcanzar aun ciegos no podian,
Por qué en órbita tanta diferente
Tan desiguales todos discurrían.

Tocó otra vez mi vista su clemente
Divina diestra; y considera, ó ciego,
Tornó á decir, la bóveda esplendente,

Que el Escelso atendió tu humilde ruego,
Y en este punto el velo ha levantado;
Y envuelta desaparece en santo fuego.

Yo ví entónces el cielo encadenado,
Y alcancé computar por qué camina
En torno el sol Saturno tan pausado.

¡O traicion! ¡ó lazada peregrina,
Con que la inmensa creacion aprieta
Del sumo Dios la voluntad divina!

Tú del crinado, rápido cometa
Al átomo sutil el móvil eres,
La ley que firme ser á ser sujeta.

Recorre el globo: al cielo volar quieres

Trepa pues: sonda el mar: la mente activa
Cala al abismo de ignorados seres:

La hallará siempre estar obrando viva:
La atmósfera apremiar: llevar riendo
El aura por los valles fujitiva.

Los ciegos senos de la tierra hundiendo
Labrar lagos anchísimos, las fuentes
De los eternos rios disponiendo;

Y con brazos tajando omnipotentes
Rocas y abismos, pródigo camino
Dispensar á sus rápidas corrientes,

Hacer que suba en modo peregrino
La sabia, erguido roble, á tu corona;
Y alzar su helada frente al Apenino.

Muy mas activa en la abrazada zona
La espalda al mar ondísiono agitando,
En grillos de arenillas lo aprisiona.

El trono al sol asienta descansando
En sus planetas, y ellos en él á una
La mas subida proporcion guardando.

Mientras de otro sistema este es coluna,
Y firme á un tiempo en otro se sostiene,
Y otro sobre otro sin mudanza alguna:

Hasta llegar al Númen de quien tiene
Su ser el universo; y la balanza
En su potente diestra igual mantiene.

¡O inmensa sucesion, á que no alcanza
Saber mortal! ¡ó variedad estable,
Grande aliento á la tímida esperanza!

Sí, sí, Jovino; el bueno, el inmutable
El poderoso, el sabio cuanto hiciera,
Lo enlazó en nudo y órden inefable.

Todo es union, la parte mas lijera
De impalpable materia al sol luciente
Sostiene, y carga en su inexhausta hoguera.

Nada hay que no sea efecto, y juntamente
Causa no sea: igual el vil insecto
Cabe el gran dueño al querubin ferviente.

En su inmenso saber no hay mas perfecto:
Vió, quiso, obró; y á cada ser ha dado
Virtud con relacion á su alto objeto.

Esas mínimas formas que ha creado
Al parecer sin fin, ruedas son leves
Que altamente en las otras ha engastado.

Tal en lago sereno cercos breves
Forma al caer la piedra: van creciendo;
Y atónito á contarlos no te atreves.

Quita la mas sutil; y estoy temiendo
Ya el todo en desunion: una le aumenta;
Y un órden diferente voy sintiendo.

Esa que en nada tu ignorancia cuenta,

En nudo firme á otra mayor se unia;
Y otra aun mayor sobre las dos se asienta.

¿Qué? ¿el granillo de arena que corria
No ha nada en el torrente cristalino
De sus ondas á arbitrio, un fin tendria?

¿Solo tampoco está? No: del vecino
Monte al llano bajo: si él no existiera,
Tampoco el monte, ni el favor benigno

Que útil dispensa á una provincia entera
Con la nevada frente y fértil rio,
Que dél nace sesgando en la pradera.

Cuando las aguas que el diciembre frio
Tornó en blancos vellones, mas clemente
Desata abril en líquido rocío,

Él bullendo entre peñas mansamente
Se apresura por dar frescor y vida
Al valle desmayado en sed ardiente.

Besa las florecillas de corrida;
Y en su cristal el álamo pomposo
Dobla por verla su corona erguida.

Turbio tal vez y con rumor fragoso,
Arboles, chozas, mieses arrebatada,
Anegando los surcos espumoso.

Rompe puentes, aceñas desbarata;
Hasta que en brazos del antiguo oceano
Se hunde, y su húmeda planta humilde

[acata.
Pródigo empero con abierta mano
De fértil limo hinchó su señorío,
Que el suelo vivifica comarcano.

¿Mas al cabo granillo?... Al poderío
Del rubio sol en tierra trasformado
Lo verá espiga algun tostado estío,

Y pan despues de un sabio, que al estado
Leyes dé acaso; y rija virtuoso
Un pueblo á sus vijilias confiado.

¡O Jovino! ¡Jovino! ¡qué asombroso
El universo es! ¡oh! ¡quién pudiera
Lince indagar su abismo tenebroso!

Vé la materia inánime, grosera
Ajitándose activa, hasta encumbrarse
De su nobleza en la superna esfera;

Cocerse el oro, el talco organizarse,
La sensitiva de la mano huyendo;
Y el pulpo tras la presa audaz lanzarse.

Llega al reino animal, si en su estupendo
Orden, su graduacion, sus perfecciones
Un relijioso horror no estás sintiendo.

¡Oh cuántos! ¡cuán trabados eslabones
Desde el sutil, incalculable insecto
Al crustáceo encerrado entre prisiones:

De este al torpe reptil ya mas perfecto,
O al mudo pez en sus familias raras,
Bruñida escama y portentoso aspecto!

¿Qué? ¿en el inmenso Leviatan te paras
De horror lleno? Un ejército volante
Turba ya el aire en trinos y algazaras.

Ven, no fugaz escape: del jigante,
Libio avestruz al mosca matizado,
De la tórtola al buitre devorante,

Del cuervo al colorin, del tachonado
Pavon al triste buho, ¿á quién la suma
De especies tantas recorrer fué dado?

En índole, color, grandeza, pluma,
Organos, fuerzas, voz, ¡cuán sabiamente
Ostentó el númen su largueza suma!

¿Y habrá quién no la admire? ¿quién
[demente
Los fines niegue, ó que su diestra santa
Cuanto él pudo tener, dió á cada ente?

De Filomena el trino su garganta
Pide, y húbola en dote: ala ligera
La garza audaz, que al cielo se levanta.

Tal tuvo, y demandara la onza fiera
Suelta garra; y la liebre temerosa
Vencer al viento en su fugaz carrera.

Ni si en familia menos numerosa
Cede en órden el bruto, ni hermosura
A la turba en las auras vagarosa.

Crece la perfeccion, y en su estructura
Va la sustancia orgánica en el suelo
Feliz rayando en su mayor altura.

Jenio inmortal, que con sublime anhelo
Su abismo tenebroso has indagado,
Alzando un tanto al universo el velo,

Ven; ¿dí las perfecciones que has ha-
[llado,
Buffon, en cada cual? ¿díme el destino
Que en escala animal le has señalado?

¿Cuál órden la materia, qué camino
Desde el feo murciélago asqueroso
Sigue hasta el pongo, al hombre tan ve-
[cino?

El sagaz elefante, ese coloso
Animado, y tras él, Jovino, mira
El raton en su nido cavernoso.

Del rujiente leon, que ciego en ira
Por los desiertos de la Libia ardiente
Con grave paso cernejudo jira;

Baja del corderillo á la clemente
Mansedumbre, que lame la ímpia mano
Que alza el cuchillo á herirle ferozmente.

Sube del asno rudo al soberano
Instinto del castor, en ser dudoso,
Sabio arquitecto á un tiempo y ciudadano.

Compara ser á ser: maravilloso
Cualquiera en sí, con el inmenso todo,
Jovino, aun lo hallarás mas milagroso.

¿Cuál divino saber bastó á dar modo
A tanta relijion? ¿Quién tan distinto,
Quién tornar pudo un mismo inerte lodo?

Desde el órden supremo del instinto
Va lenta la materia descendiendo
En vario sinuoso laberinto

Al primer elemento: ¿cómo siendo
Una en sí misma, á distinguirse empieza,
La primitiva sencillez perdiendo?

¿Cuál es su último grado de rudeza?
Y si el fuego es su esencia, ¿en pura nieve
Cómo se torna?.. inapeable alteza!

¡Abismos del gran Ser, si á ello se atreve,
Mientras yo reverente vos adoro,
El puro querubin sondaros pruebe!

En el ojo y la luz, entré el sonoro
Aire y mi oido fines ciertos veo:
Cómo obrar puedan, asombrado ignoro.

Solo ofrécese un ser: sagaz rastreo
Su esencia y calidades; ya le admiro
En relacion cumplida con su empleo.

Cada cual es un centro, de do tiro
Líneas á los demás: ninguno existe
Sin que otro exista en finible jiro.

El árbol que de pompa el mayo viste,
Debe al hombre su fruto perfumado;
Y antes á seres mil pródigo asiste.

Da en sus hojas un pueblo alimentado
De insectos, de aves otro con la fruta;
Y hé allí el punzante erizo aun va cargado.

De la tierra el humor su pié disfruta;
En torno empero en su agostada hoja
Calor noviembre y sales le tributa.

La undosa lluvia apaga la congoja
De la tierra; y del monte en la agria frente
Benéfica la nube á par se aloja.

Su seno esconde el mineral luciente,
De la insomne avaricia vil cimiento;
Y allí bajó á labrarle el sol ardiente.

¿Dónde hallarémos fin, do tome asiento
Tan vasta sucesion? Acaso el hombre....
Un noble orgullo en tu interior ya siento,

Apénas resonó tan alto nombre;
Y solo para ti crédulo esperas
Que mayo en flores mil el campo alfombré;

Los vientos surque el ave con lijeras
Alas ; discurra por la selva el bruto ;
Y alumbren soles tantos las esferas ;

De todo escelso fin , justo tributo
Todo al hombre dará , que ha merecido
La divina razon en atributo.

Sí, sí, que él solo, ¡oh dicha! es admitido
A la inmortalidad : solo en su seno
El númen su alto ser dejó esculpido.

Lo demás es vil lodo : él ve lo bueno,
Adora la virtud , lidia , merece,
Y á su autor se unirá de gloria lleno.

¿No es , Jovino , verdad ? ¿no se en-
[grandece

Tu jenio á cima tan gloriosa alzado ?
Mas ya otra nueva escala aquí se ofrece.

Ven ; subámosla á par. El hombre atado
El espíritu al barro nos presenta
Con nudo estrecho , sí , mas ignorado.

Él crece con la planta , y se alimenta :
Se mueve cual el bruto , siente y vive ;
Y en querer y entender ánjel se cuenta.

Goza el alma el deleite que recibe
La nariz en la rosa : el alma ordena ;
Y el brazo á obedecerla se apercibe.

Si la mente se angustia , desordena
Del cuerpo las funciones : si él padece ,
Siente el ánimo á par su acerba pena.

¿Qué de misterios un misterio ofrece !
¿Dónde se obra esta union ? ¿cuándo ? ¿al
[formarse

El hombre ? ¿y cómo con su fin fenece ?
En ciegas conjeturas fatigarse ,
Sabios gritar , escuelas reñir veo ;

Y tercios , no entendiéndose , impugnarse.

La causa ocasional colma el deseo
Del uno : la armonía á aquel agrada ;
Y otro al físico influjo de este empleo.

Natura en tanto en majestad velada
Sigue en nuevos milagros ; y escarnece
Del saber vano la arrogancia hinchada.

Uno es el hombre ; pero cual le ofrece
El Senegal ardiente , el bezo alzado ,
Llana la faz que al ébano oscurece ,

¿Qué hay entre este comun y el bien
[formado

Rubio Aleman ? El Patagon compara
Al Samojedo torpe y abreviado :

Vé el feo Albino ; y la belleza rara
Que á un vil serrallo en tráfico afrentoso
Vende en Bizancio la Jeorjia avara.

Del Hotentote indócil , asqueroso ,
Pasa al Francés social y delicado ,
Del Indio inerte al Bátavo industrioso.

¿Qué estraña variedad ! ¿dónde ha
[empezado ?

¿Cuántas sus formas son ? ¿dónde natura
Pone el primero , fija el postrer grado ?

Corre de pueblo en pueblo : la estatura,
Color , aspecto , voz , uno se ofrece ;
Y á hallar vienes al fin otra figura.

El mismo el tipo , sí , ¿mas lo parece
Al que á un tiempo sagaz el hombre mira
Que bajo el polo y cabe el Gánjes crece ?

Aun mas estraña variedad se admira
En la forma mental. ¡ Oh ! ¿ qué desprecio !
¡ Oh ! ¿ qué respeto celestial me inspira !

Contemplo al gran Newton ; y no hallo
[precio

Para la humanidad : torno la mente
Al rudo Huron , y aun mas la menosprecio.

De la patria en el ara heroicamente
Se ofrece el gran Leonidas ; Catilina
Corre á incendiarla en su furor demente.

Sustituyo Lucrecia á Mesalina ;
Y á Tito , las delicias de la tierra ,
El monstruo parricida de Agripina.

Aquí el hombre en sus cálculos encierra
La fuga del cometa en el vacío ;
Y contando allí seis , perdido yerra.

Mientras en el mármol rudo el poderío
Sentir del Pitio númen me parece ,
Estático en su augusto señorío ;

El Africano estúpido me ofrece
De informe lodo la deidad mas fea ,
Y en su arte igual á Fídias se envanece.

Un fútil vidrio al Iroques recrea ,
Si absorto Galileo en su injeniosa
Lente en el cielo inmenso se pasea.

Ora en paz blanda , en sociedad dichosa
Este ser libre de comun concierto
Rinde á la ley su independenciam odiosa ;

Negándose ora al yugo con pié incierto
Vaga en las anchas selvas , y de un oso
A distinguirle en su rudez no acierto.

Ya la diestra bendice relijioso
Que ordenó el universo , allá elevado
Do alzó el Señor su trono misterioso ;

Y corre de su lumbré encaminado
Cual fijo norte al lauro inmarcesible ,
Que en el Eden eterno le ha plantado.

Ya sumido en tiniebla inconcebible,

Doblando la vil faz al bajo suelo,
Al grito de su ser, sordo, insensible,
El Dios que le pregonan tierra y cielo,
Desconoce; ¡oh dolor! ¡y cuál la fiera
La fatal hora afronta sin rezelo!

¿Es este el hombre mismo? ¿tu severa
Profunda reflexion, al contemplarle
Tan desigual, tan vario, lo dijera?

He aquí el orden, Jovino: el que al
[formarle
Rey le alzó de la tierra en su nobleza,
Sabio acordó á sus climas apropiarle:

Perfecto aquí, del polo en la aspereza
Le vistió su rudez, en el ferviente
Congo la tizne con que el sol le ateza.

El mismo siempre, y siempre diferente:
Del placer y el dolor á par movido,
El bien ansia, y á obrarlo es impotente,

Compasivo en su ser corre á un jemido:
Culpado tiembla, y con severo acento
La olvidada razon truena en su oido.

Este es el hombre, en su inmortal
[aliento
Imájen de su autor, que la estructura
Del orbe abarca en su hondo pensamiento.

¿Y quién desde él la inmensurable altura
Que corre hasta el gran Ser, trepará osado,
Y de una en otra intelijencia pura?

¿Quién desde la inferior al abrasado
Mas alto serafin las perfecciones
Intermedias dirá?... ¿quién lo ha tentado?

Un santo velo sus sublimes dones
Envuelve misterioso á nuestra mente,
Ciega en mil insondables opiniones.

Mas iguales no son; ¡quién diferente
Formó un átomo y otro recojiera
Con el ángel su diestra omnipotente!

Acaso alguno absorto considera,
¡Suerte inefable! del Señor el seno;

Y en él la creacion abarca entera:

Otro tal vez de encojimiento lleno.
Menos verá sin desigual ventura,
En paz eterno de zozobra ajeno:

O á par que otro de un mundo se apre-
[sura
La suerte á moderar, otro al destino
De mil puede rejir en paz segura.

Todos cantando en arpas de oro el trino,
Con que al Santo de santos, de esplendores
Velado, acata el escuadron divino:

Bebiendo entre purísimos amores
De eternal vida en la inexhausta fuente,
Sin ver jamás templados los ardores.

¡Oh dicha! ¡oh pasmo! ¡oh diestra om-
[nipotente!

¿Quién bastará á ensalzarte? ¿quién la alteza
Jamás vió de tus obras dignamente?

¿Quién ¡oh! de tanta, tan distinta pieza
Sintió la proporcion? ¿quién la armonía
De ser tanto, sus fines, su belleza?

Me confundo, me abismo: el alma mía
Se pierde, una flor sola contemplando,
Una de cuantas mayo alegre cria.

¿Qué será? ¿qué? si al cielo el vuelo
[alzando,
Ve tanto sol y mundo allá esparcido
Sobre un centro comun sin fin jirando;

Y este y ellos, y todo dirijido
Por una sola ley, y acaso en ellos
Millones de entes... ¿dónde voy perdido?

¿Mas qué? ¿el gran Ser no es poderoso
á hacellos?

¿Es de su saber sumo acaso indigno?
¿A qué ese cuento de luceros bellos?

Solo á la tierra don tan peregrino,
Inexhausto fulgor... Pues que no alcanza,
Jovino, la razon su alto destino,
Ansieles otro al menos la esperanza.

Índice.

ODAS ANACREONTICAS.

No con mi blanda lira.	28	30
Tras una mariposa.	28	31
Viendo el Amor un dia.	24	31
¡Oh! ¡cómo en tus cristales.	68	32
Pensativo y lloroso.	84	32
La blanda primavera.	68	33
¡Cómo se van las horas.	32	34
Pensaba cuando niño.	24	34
Salud, riente Aurora.	96	35
Ya torna mayo alegre.	104	36
Ya de mis verdes años.	24	37
¡Con qué alegres cantares.	58	37
La rosa de Citéres.	30	38
Un dia que en la vega.	62	38
Ved, amigos, cuál llega.	104	38
Siendo yo niño tierno.	40	40
En esta breve tabla.	92	40
De mi donosa al lado.	48	41
Las zagales me dicen.	12	41
Toma el luciente espejo.	76	42
¡Oh dulce tortolilla!	40	42
¿De dó tus quejas vienen.	40	43
No ha nada que las nubes.	29	43
Dan tus labios de rosa.	28	44
Con una dulce copa.	24	44
¡Dónde están, lira mia.	68	45
¡Oh cuál con estas hojas.	60	45
Aplicueme á las ciencias.	52	46
Al prado fué por flores.	16	47
¡Cuán grata la memoria.	72	47
Pues vienen navidades.	84	48
Solícitas abejas.	32	48
¡Oh! ¡cómo, gayas flores.	52	49
Al partir y dejarla.	64	49
¡Honor, honor á Baco.	72	50

Qué te pide el poeta?	40	51
Dorila esquiva, tente.	75	51
Ven, plácido favonio.	48	52
¿Por qué en ocio y olvido.	55	53
Todo á Baco, Dorila.	32	53
Cuando á mi pobre aldea.	72	54
Por morar en mi pecho.	24	54
¡Con qué indecible gracia.	134	55
¿Dó está, graciosa noche.	75	56
Combatida la encina.	68	57
Cual un claro arroyuelo.	28	57
Preciados son los vinos.	36	58
Dame, Dorila, el vaso.	52	59
¿Sabes, dí, quién te hiciera.	36	59
Retórico molesto.	20	60
En las vueltas fugaces.	96	60
Dicen que alegre canto.	48	61
Triste el Amor un dia.	84	61
No hayas miedo que turbe.	76	62
¿Donde estás, avecilla.	112	63
No suena ya, no suena.	144	64
¡Oh! ¡con cuánta delicia.	92	66
Perseguido y hollado.	55	67
Si en mis sencillos versos.	148	67
¿Será que salvar logren.	76	69

LA INCONSTANCIA — ODAS A LISI.

¡Cuál vaga en la floresta.	84	70
¡Con cuán plácidas ondas.	92	71
¿De dónde alegre vienes.	48	72
No, Lisi, esa constancia.	84	72

LA PALOMA DE FILIS.

Otros cantan de Marte.	76	74
Donosa palomita.	28	74

Fílis, ingrata Fílis.	40	75
No, no por inocente.	36	75
Teniendo su paloma.	12	75
¡Oh, con qué gracia, Fílis.	40	75
Simplecilla paloma.	24	76
¿Para qué, insana, picas.	35	76
Con su paloma estaba.	44	77
Suelta mi palomita.	38	77
Pues que de mi paloma.	32	77
Entre tantos halagos.	25	78
No culpes, palomita	32	78
Vé, donosa paloma.	35	78
Palomita querida.	44	79
No estés, simple paloma.	28	79
Después que hubo gustado.	16	80
Graciosa palomita.	28	80
Parece, palomita.	44	80
Al baile de la aldea.	22	81
Mira, Fili adorada.	40	81
Pensando en tu paloma.	48	81
Inquieta palomita.	12	82
¿Sabes, ó palomita.	35	82
¿Para qué, atrevidilla.	55	82
Si yo trocar pudiera.	48	83

Galatea
GALATEA, Ó LA ILUSION DEL CANTO.

¡Cuánto tu voz divina.	68	84
Amable Galatea.	72	85
¿Será, mi bien, posible.	50	85
Repite, Galatea.	50	86
¡Cuán dulce es, Galatea.	55	86
¡Oh, si feliz mi labio.	56	87
¡Qué ardor hierve en mis venas!	46	88
Encantada mi Erato.	60	88
¡Oh! ¡cuán hermosa al piano.	70	89
No tan rápido el labio.	64	90
¿Qué sombras oscurecen.	60	91
Mientras tú regalabas.	48	91
Sí, cruda Galatea.	58	92
No culpes, Galatea.	68	92
¡Qué mal tus juramentos.	78	93
¿Ves fósforo radiante.	78	94

LETRILLAS.

Si quiero atreverme.	85	95
Tus lindos ojuelos.	85	95
Mi linda guirnalda.	85	96
Merced á tus traiciones.	104	97
A la mas dulce.	60	98

Parad, airecillos.	72	98
Venid, avecillas.	64	99
Deja que en tu seno.	8 90	100
Sal, ¡ay! del pecho mio.	64	101
Rizito donoso.	74	102
Bronce á su llanto.	24	102
Aves, que canoras.	80	103
La noche y el dia.	84	104
A Dios, mi dulce vida.	72	105
Bebamos, bebamos.	76	106
Al viento las penas.	124	106

IDILIOS.

Allí está la gruta.	132	108
Corderita mia.	120	109
Del cárdeno cielo.	148	110
La mi queridita.	52	112
Zagal de mi vida.	158	113
Ya la primavera.	250	114

ROMANCES.

Oye, señora, benigna.	72	117
Del sol llevaba la lumbre.	140	118
No por mí, bella aldeana.	70	119
¿Alamo hermoso, tu pompa.	96	120
Si tu gusto favorece.	52	121
Bajo el álamo que hojoso.	124	122
Para las fiestas de mayo.	10	123
Esta es, adorada Clori.	158	123
Bien venida, ó lluvia, seas.	88	125
Mañana de san Juan.	138	126
No juzgues, bella aldeana.	92	127
Llegó en fin el fausto dia.	184	128
Si á los tiernos sentimientos.	11	130
Si me quieres como dices.	75	131
Tras aquel ceñudo monte.	148	132
Segadores, á las mieses.	168	134
Por entre la verde yerba.	108	136
Quita, quita, Clori mia.	112	137
¿Con qué dolor, Clori mia.	64	138
Miraba Fílis un dia.	152	138
No embarazes, dulce amiga.	152	140
Nunca yo hallado te hubiera.	88	142
No me rindieron, bien mio.	112	143
¿Tú triste, serrana bella?.	96	144
¿Qué es esto, colorin mio.	152	145
Permite, insensible amiga.	184	146
Basta de enojoso ceño.	118	148
¿Ves cuán benigno el otoño.	192	149

Si tan niña te casaron. 151
 Dejad el nido, avecillas. 152
 ¡Qué sirve que viva ausente. 154
 Con Pascuala Jil se casa. 155
 ¡Oh! ¡cómo me encanta, Filis. 155
 ¡Qué me aprovechan los libros!. 157
 Ya el Héspero delicioso. 158
 ¡Oh, qué bien ante mis ojos. 159
 ¡Oh, qué mal se posa el sueño. 162
 Vé, Delio, con qué delicia. 163
 Ya dió alegre el fresco otoño. 164
 ¿Cuándo, inconstante fortuna. 166
 Era la noche, y la luna. 169
 Un tiempo en las dulces redes. 172
 No sé qué grave desdicha. 174
 Yace la infeliz Elvira. 176

SONETOS.

Las blandas quejas de mi dulce lira. 179
 Los ojos tristes, de llorar cansados. 179
 No en vano, desdeñosa, su luz pura. 179
 Cual suele abeja inquieta revolando. 180
 Quiso el Amor que el corazon helado. 180
 Suelta mi palomita pequeñuela. 180
 Ora pienso yo ver á mi señora. 180
 Huyes, Cínaris bella, y desdeñosa. 180
 ¡Oh si el dolor que siento se acabara. 180
 Tiempo, adorada, fué cuando abra-
 sado. 181
 No temas, simplecilla: del dichoso. 181
 De tus doradas hebras, mi señora. 181
 Dame, traidor Aminta, y jamás sea. 181
 ¿Qué quieres, crudo Amor? deja al
 cansado. 181
 Deja ya la cabaña, mi pastora. 182
 En este valle, do sin seso ahora. 182
 Tímido corzo, de cruel acero. 182
 He aquí el lecho nupcial: ¿tiemblas,
 amada. 182
 Perdona, bella Cintia, al pecho mio. 182
 Alivia el peso, soberana Astrea. 183

ELEJÍAS.

Amor, desdenes, ira y todo junto. 183
 ¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mio 184
 La gracia, la virtud y la belleza. 188
 Quédate á Dios pendiente de este
 pino. 188
 En fin, voy á partir, bárbara amiga. 188

¿Si es él, Amor? ¡qué trémula la
 mano. 190

SILVAS.

Fany, Fany, ¿qué es esto? ¡tú suspiras! 192
 ¿Será posible, idolatrado dueño. 193
 Ya entre arreboles la risueña aurora. 194
 Perdon, amables Musas: ya rendido. 195
 Bate las sueltas alas amorosas. 197
 Naced, vistosas flores. 198
 ¿Por qué en tanta alegría. 199
 ¡Ah Clori! se anublaron. 200
 ¿Dó me conduce Amor? ¿dó inad-
 vertido. 201
 Ya vuelvo á ti, pacífico retiro. 202

ÉGLOGAS.

Paced, mansas ovejas. 204
 A Aminta y Lísis en union dichosa. 210
 ¿Dónde, Mirtilo amado. 212
 Fértiles prados, cristalina fuente. 214

BODAS DE CAMACHO EL RICO, COMEDIA
 PASTORAL.

Prólogo. 216
 Acto primero. 217
 Acto segundo. 225
 Acto tercero. 233
 Acto cuarto. 240
 Acto quinto. 247

ODAS.

Por un prado florido. 252
 Del céfiro en las alas conducida. 253
 No porque congojoso. 254
 ¿Qué mas quieres, ó amor? ya estoy
 rendido. 254
 Nada por siempre dura. 254
 ¿Ves, ó dichoso Lícidas, el cielo. 255
 Amable lira mia. 256
 La primavera derramando flores. 256
 Cruda fortuna, que voluble llevas. 257
 Templa el laud sonoro. 257
 Dulce Dalmiro, cuando á Filis suena. 258
 Ingrato, cuando á hablarme. 259
 Velado el sol en esplendor fuljente. 259
 Desdeña, Anfriso, del enero triste. 260
 Deja, dulce Jovino. 261

40	Cruel memoria, de acordarme deja.	261
36	Desciende del olimpo, alma Citéres.	261
80	No tiembles, Lice, ni los ojos bellos.	262
72	No con mísero llanto.	263
68	Id, ó cantares míos, en las alas. . .	264
52	Esperanza solícita, á mi ruego. . .	264
60	Alado dios de Gnido.	265
88	¡Qué dulcísimo canto el aire llena!	265
91	Entre nubes de nácar la mañana. .	266
56	¿Qué son tan triste lastimó mi oído?	267
108	De pompa, majestad y gloria llena.	268
55	¡Oh! ¡con qué silbos resonando aflije.	269
15	Fugaz otoño, tente.	270
90	Huye, Licio, la vida.	271
104	Tus alas de oro de felice vuelo. . .	272
72	¡Oh, qué don tan funesto.	273
76	No es, Julio, la riqueza.	274
64	¿Te admiras de que llore?	275
56	Fausto consuelo de mi triste vida.	275

EPÍSTOLAS.

104	En alas de la pública alegría. . . .	276
135	A ti, querido amigo las primicias. .	277
214	En fin mis votos el benigno cielo. .	279
156	¿Cómo humilde rendir podrá mi musa.	281
281	¿Huyes, ¡ay! huyes mis amantes brazos.	283
308	Bajo una erguida populosa encina.	285
210	¡Qué ven mis ojos! ¡al augusto Cárlos.	288
255	¿Dejaré yo que pródiga la fama. . .	291
244	No, Ugena mio, con rugosa frente.	294
309	No en balde, no, si el infeliz jemido.	296
154	En el silencio de la noche, cuando.	298

ODAS FILOSOFICAS Y SAGRADAS.

65	Salud, lúgubres dias, horrorosos.	300
168	¡Con qué placer te contemplo. . . .	302
80	Do quiera que los ojos.	304
151	Ven, mueve el labio mio.	304
330	¿A dónde incauto desde el ancha vega.	306
65	Delio, cuantos el cielo.	310
99	¡Primero, eterno Ser, incompre- sible!	310
325	Ven, dulce soledad, y al alma mia	311

45	¡Ay! ¡con qué voces en tu amar- go duelo.	315
165	¿Es el orgullo, es la razon quejosa	315
130	¿Oyes, oyes el ruido.	317
60	¿Por qué, por qué, me dejas? . . .	318
150	Salud, ó sol glorioso.	319
130	¡Oh! ¡cuán hórridos chocan. . . .	321
64	Rápida vuela por el aura leve. . .	322
160	¿Dó estoy? ¿qué presto vuelo. . .	322
255	Don grande es la alta fama. . . .	324
64	En medio de su gloria así decía. .	327
208	¡Oh gran naturaleza.	328
36	Señor, á cuyos dias son los siglos.	330
170	Tronó indignado el cielo.	330
69	Cantemos al Señor, que engrande- cido.	332
184	Deten el presto vuelo.	333
160	Hasta en los grillos venturoso sienta	335
170	Silencio augusto, bosques pavoro- sos.	337
155	Benigno en fin el cielo.	339
115	¿Cuándo el cielo piadoso.	340
92	No en tan curioso anhelo.	341
220	Huye, pensamiento mio.	342
126	No es sueño, no ilusion: las arpas de oro.	345
530	¿Dónde la mente en tus etéreas alas	347

LA CAIDA DE LUZBEL, CANTO ÉPICO.

Dí, musa celestial, de dónde pudo.	353
------------------------------------	-----

ELEJÍAS MORALES.

91	¡Oh loca ceguedad! ¿será que rompa	360
165	Cuando la sombra fúnebre y el luto	361
112	¿Dónde hallar podré paz? el pecho mio.	363
121	¡Con qué silencio y majestad cami- nas.	364
200	¿Qué sedicion; oh cielos, en mí sienta	365
235	Virtud, alma virtud, don inefable. .	367

DISCURSOS.

501	Por un valle solitario.	370
330	¿Nació, Amintas, el hombre. . . .	374
471	Desfallece mi espíritu, la alteza. . .	377

Primor de Melendez.

Siempre embebidas las almas,
Ya en esperanzas que finjen,
Ya en desdenes que contrastan,
Ya en favores que consiguen;
Temen ora, ora suspiran,
Ora blandamente rien,
Gozan ora, ora se quejan,
Ora al amado se rinden etc.

MEL. ROM. DEL AMOR.

En habla antigua ó moderna,
¿Cuándo se vió? ¿cuándo? ¿cuándo,
Embeleso mas perfecto,
Y primor mas estremado?
¿Quién así trocó su idioma,
Con imperio soberano,
En armónico instrumento,
(Sumo don de Apolo grato,)
Subido al temple divino
De su voz, oído y mano?
El metró del Romancillo
(Con tan vil desden mirado
Por la bárbara ignorancia
De pedantes insensatos)
Triunfante y esclarecido,
Y por siempre ya endiosado,
Centellea en el alcázar,
Y se goza en los halagos
Del sin-par Melendez, gala

Del Parnaso Castellano;
 Y blason de Europa toda,
 Cuyos ínclitos aplausos,
 En gozosa competencia,
 Pregonan propios y estraños.

De Rosana, la preciosa,
 El vivo y jentil retrato
 ¡Con qué profusion campea!
 ¡Qué matices tan lozanos!
 ¡Cómo hierven! ¡cómo hechizan
 Los símiles mas gallardos,
 En pomposos ramilletes,
 Con destellos redoblados!

De rendir el orbe todo
 A su albedrío blasona;

Luego á la linda,

Como que brinda

En un banquete,

Allá corona

Sus mil primores,

Con el juguete

De la Letrilla

Tan lijerilla

Y tan galana:

Y en un retrete

De ricas flores,

Por su Rosana

Muere de amores.

Y tal vez exhalando

Su tiernísimo acento,

Anacreonte blando,

Sobre el Griego descuella

Con su cadencia bella;

Y en el vaiven templado

De su fino instrumento,

Ostentando la llaga

De su amor estremado,

Encariña y halaga...

Pero las Artes todas á porfia
 De eterno lauro á su Cantor coronan,
 Y en ínclita armonía
 Su escelsa nombradía
 De rejion en rejion sin fin pregonan.
 ¡Con qué sublime lírica arrogancia,
 Ardiendo todo en ansia desalada,
 Con tanta peregrina pincelada
 Su númen fecundísimo rasgnea
 Del sumo acierto la cabal idea,
 Y un vivo cuadro ostenta en cada estancia!...

Su pincel espresivo
 La campestre funcion retrata al vivo,
 Y en las noches de enero,
 Cuando rechina el ábrego con saña,
 Muestra al zagal que, en pastoril hazaña
 De forzuda cuadrilla, en ver se goza
 (Mientras la aldea toda se alborozaba
 Con raptos mil de celestial holganza)

Cómo hasta el cielo lanza
 Lumbre para bailar un roble entero.

Mas, ó divino Meléndez,
 Si allá tus líricos rasgos,
 Tu Batilo incomparable
 Y tantos ínclitos partos,
 Con ardiente idolatría
 Enloquecen mi entusiasmo,
 Viven siempre en mi memoria
 Tus Romances sobrehumanos.

La Mañana ¡qué risueña
 Desemboza el rico manto !
 ¡Qué realces tan vistosos!
 ¡Qué colores tan galanos,
 Desde la esfera, derrama
 Sobre el suelo matizado!
 Todo es vida, todo pompa,
 Todo flores, todo encanto.
 ¡Con qué bonancible temple

La Tarde, al cárdeno ocaso,
 Con mil ráfagas inflama
 Los celajillos rizados!
 Y en su trono de oro y nácar
 El sol, con triunfal boato
 De turquí, púrpura y grana,
 A empozarse vuela.... el cuadro
 Sobre la verdad se encumbra
 En pintoresco aparato.

La sublime Despedida
 De aquel Patriota Anciano
 Que en veloz raudal desfoga
 Su pecho, en zelo abrasado,
 Desarrolla en metro escelso
 Preciosísimos arcanos ;
 Y con ímpetu violento,
 Tras sus nobles Desengaños,
 Arrebata con la gala
 De su intrépido entusiasmo.

El Asonante (1) es un ritmo
 Peculiar del castellano,
 Y su oríjen, tan castizo
 De las márjenes del Tajo,
 Lo realza hasta lo sumo
 A mi fino temple hispano.
 Con aquel eco apacible,
 Tan perene como vario,
 Al compás de su cadencia
 Siempre al oído halagando,
 En el ánimo embebido
 Labra al fin el logro ansiado.

Una y mil veces bien-hayan
 Los Ingenios sobrehumanos

(1) Los Italianos, de cuyo tan agudos y certeros para deslindar todo sonido métrico, se muestran zompos y embotados de oído para percibir el eco del Asonante, hasta el punto de conceptuar que las Anacreónticas y Romanes de Meléndez (quien merece distinguidísima aceptación en Italia) están en verso suelto.

Que ensalzaron el Romance
Con esclarecidos partos;
Y húndase todo enanillo
Que por su ínfimo tamaño
Los gigantes medir sueña,
Y se engrie motejando
La anjélica melodía
De los Cisnes del Parnaso,
En cuyo coro descuellas,
Gran Melendez, por tus Cantos.

J. M. DE F.



Que ensalzaron el florante
 Con esclarecidos partes;
 Y fundase todo en un solo
 Que por su infante tamaño
 Los gigantes medir suña
 Y se erigió moztando
 La angélica melodía
 De los Gitanos del Parnaso
 En cuyo coro desonellas
 Gran Melendez por sus Gitanos

El Asonante
 Peculiar del castellano
 Y su origen tan casizo
 De las márgenes del Tago
 Lo realza hasta lo sumo
 A un fino punto de verso
 Con aquel recumbente
 Tan peregrino y vario
 Al compás de su cadencia
 Siempre al oído halagado
 En el infante embobado
 Labra el fin del arte
 Una y mil veces han
 Los músicos celebrados



Contén el loco empeño:
Ese ominoso brillo
Que aun te fascina, iluso,
Va á hundirte en el abismo.

De tus felices años
Pasó el verdor florido;
Y las que entonces gracias,
Hoy se juzgarán vicios.

Ya eres hombre, y conviene
Dorar arrepentido
Con virtudes y afanes
Los errores de niño.

Yo cedo, y del corriente
Temblando me retiro:
Mas vueltos á él los ojos,
Aun suspirando digo:

¿Por qué, ó naturaleza,
Si es el caer delito,
Tan llana haces la senda,
Tan dulce el precipicio?

¡Felices séres tantos,

ROMANCE VI.

EL AMANTE CRÉDULO.

PARA las fiestas de mayo
Prometió la bella Fili

ELEJIA I.

EL DELEITE Y LA VIRTUD.

¡Oh loca ceguedad! ¿será que rompa
Las cadenas que me atan con la tierra?
¿Oh dejaré que el ocio me corrompa?
¿Rebelaréme al vicio, y cruda guerra
Le haré con firme pecho? ¿ó comunero
Con el vulgo seré, que siempre yerra?
¿Osaré declararme compañero
Del bando vencedor, que heroico pisa
De la virtud el áspero sendero?
¿Seré del pueblo la cancion y risa?
¿O su malsana vanidad siguiendo,
Correré á mi despeño aun mas aprisa?
Las altísimas cumbres que estoy viendo,
Van del honor al templo... Allí me llama,
Allí el deleite plácido riendo.
Sus vinos, cebo al paladar, derrama
En transparentes copas, con su fuego
El ya movido corazon me inflama.
¡A quién no arrastrarán el blando ruego,
La música y balsámicos olores,

Y de tanto amador la trisca y juego!
Toda es gala la tierra y lindas flores,
Del céfiro adormece el manso aliento,
Los trinos de las aves son amores.
Irme mal grado yo tras ellas siento:
La razon me detiene: el apetito
Aguija, y corre mas veloz que el viento.
¿Será, me dice, disfrutar delito
Los frescos valles que á la vista tienes?
¿O yerro entrar en tan feliz distrito?
¿No ves los lisonjeros parabienes,
Con que la alegre turba solicita
Que á gozar corras sus inmensos bienes?
Naturaleza próvida te incita,
Y su abundante mesa te prepara:
¿Sordo serás, cuando placer te grita?
Escúchala; y no necio tan avara
La juzgues con el hombre que ha criado
A que sus dones como rey gozara.
El pesar sigue al gozo; el abrasado
Estío á la apacible primavera;
Y al abundante otoño el cierzo helado.
El tiempo vuela; la ocasion no espera;
Goza tu edad lozana; y los oidos

Y de un rosicler mas vivo
Tus mejillas se animaron,
Nublando el rubor tus ojos
Con un lánguido desmayo;
En que tu seno turjente
Bullendo mas concitado,

Tu embalsamado seno?
¡ Ay! ¡ cómo en él se duerme
Con plácido meneo,
Ya de volar cansado,
El céfiro travieso!
¡ Pero qué voz süave,
En amoroso duelo,
Las sombras entenece
Con ayes halagüenos?
¡ O ruiñenñor cuitado!
Tu delicado acento,
Tus trinos melodiosos,
Tu revolar inquieto
Me dicen los dolores
De tu sensible afecto.
¡ Felice tú, que sabes
Tan dulce encarecerlo!
¡ Oh! goze yo contino,
Goze tu voz, y al eco
Me duerma de tus quejas
Sin sustos ni rezelos!

Se
C
L
D
G
Y

C
La
Se
Se

Los astros choquen entre sí, de duelo
Se vista el dia; y caiga despenada
Naturaleza al seno de la nada.

Por todas partes ínclitas acciones
Se obran á par: con ímpetu invencible
Postra de Belzebut los batallones
De Rafael la diestra irresistible:
Al trueno asolador los campeones
Mas obstinados ceden: el horrible
Caudillo ante sus piés ciego, perdido
Cae; empero sin darse por rendido.

Satanás vuela á darle presta ayuda
Seguido de millares; mas la mano
De Uriel le detiene; de su aguda
Centella herido, y en rencor insano
Ardiendo Moloch yace: la ceñuda
Frente de Belial, que el soberano
Esfuerzo de Gabriel probar queria,
Tambien hollada ante su pié yacia.

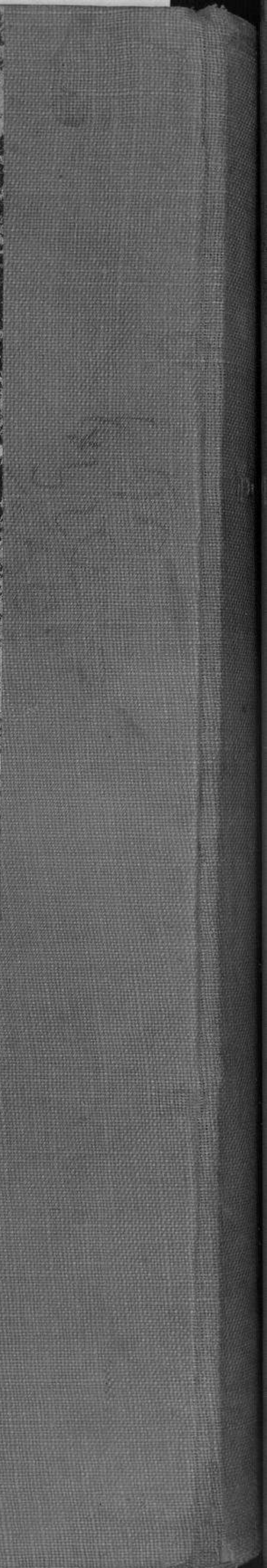
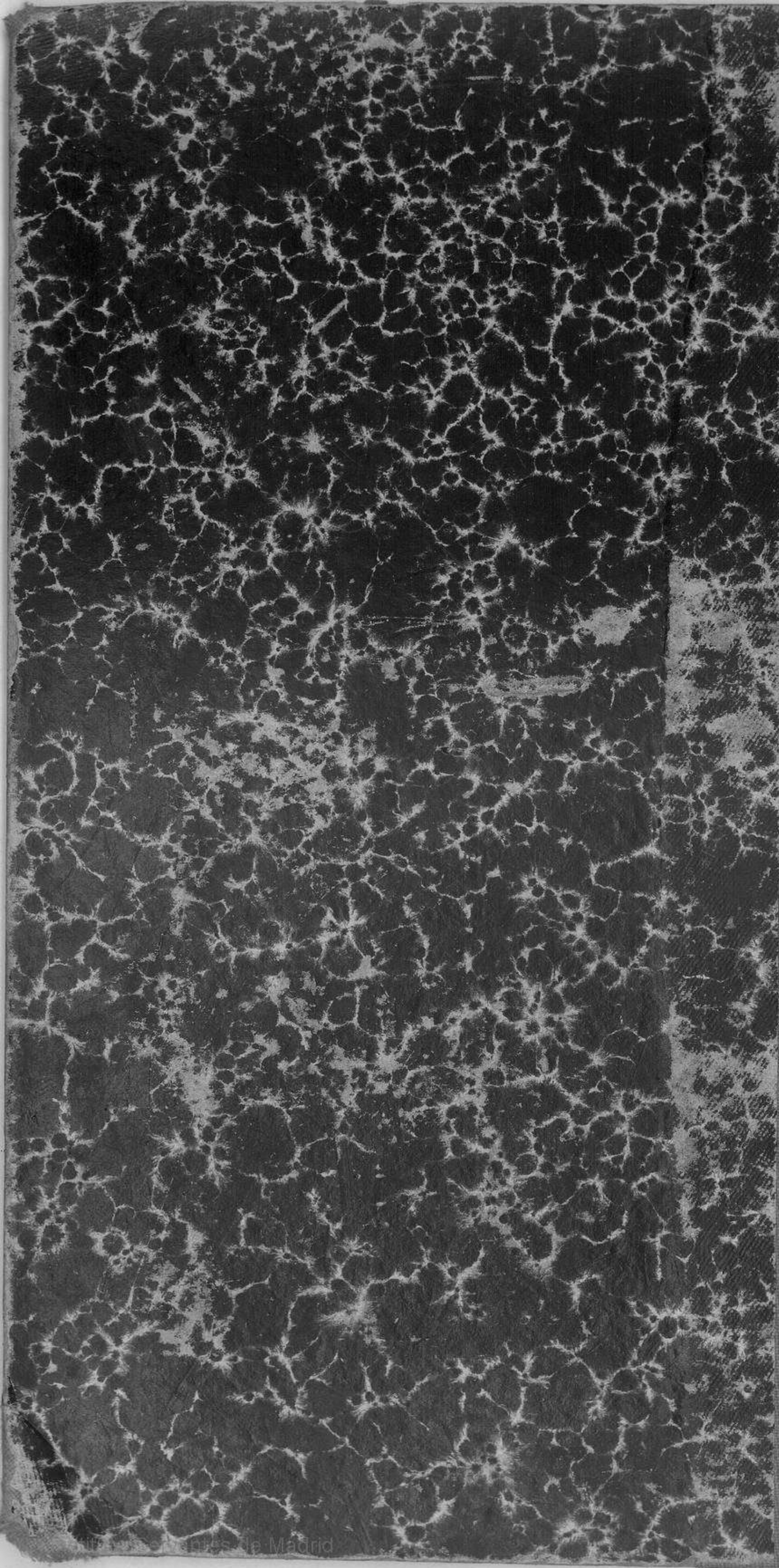
Y tú, almo jeneral, ¿ en cuánto hor-
[rendo
Trance te viste? ¿ á cuántos debelaste?
¿ Quién decirlo podrá? con tu tremendo
Rayo devastador á mil cargaste,
Rendiste á miles: de Jehová luciendo

Guerras levantaré: tema en su trono,
Tema mi eterno, mi implacable encono.

Cesa, nefario, apóstata atrevido,
Autor del mal, que la discordia impía
En el reino de Dios has encendido:
Su maldicion te oprima; y tu osadía
De su siervo reciba el merecido
Galardon esta vez. -- Así decia,
Respondiendo Miguel; y el brazo alzaba,
Que el Altísimo mismo confortaba.

Uno para otro parten mas veloces
Que va la vista rápida: el estruendo
Del trueno los seguia: á los atroces
Golpe tiembla el espacio en son horrendo
Y arde el tirano en ímpetus feroces.
Pero el ánjel de luz, fiel repitiendo
¿ Quién como Dios? un rayo agudo vibra,
Al que el estrago del protervo libra.

Ibale á despedir sobre él cargado,
Cuando el cordero súbito se ofrece
En su trono de gloria, y circundado
Del iris entre nubes resplandece,
Que así el Padre en su seno lo ha orde-
[nado;
Y á él solo el alto triunfo pertenece.



LIBRARY OF THE

POESIAS

UNIVERSITY OF TORONTO

(c) Instituto de Cultura y Arte